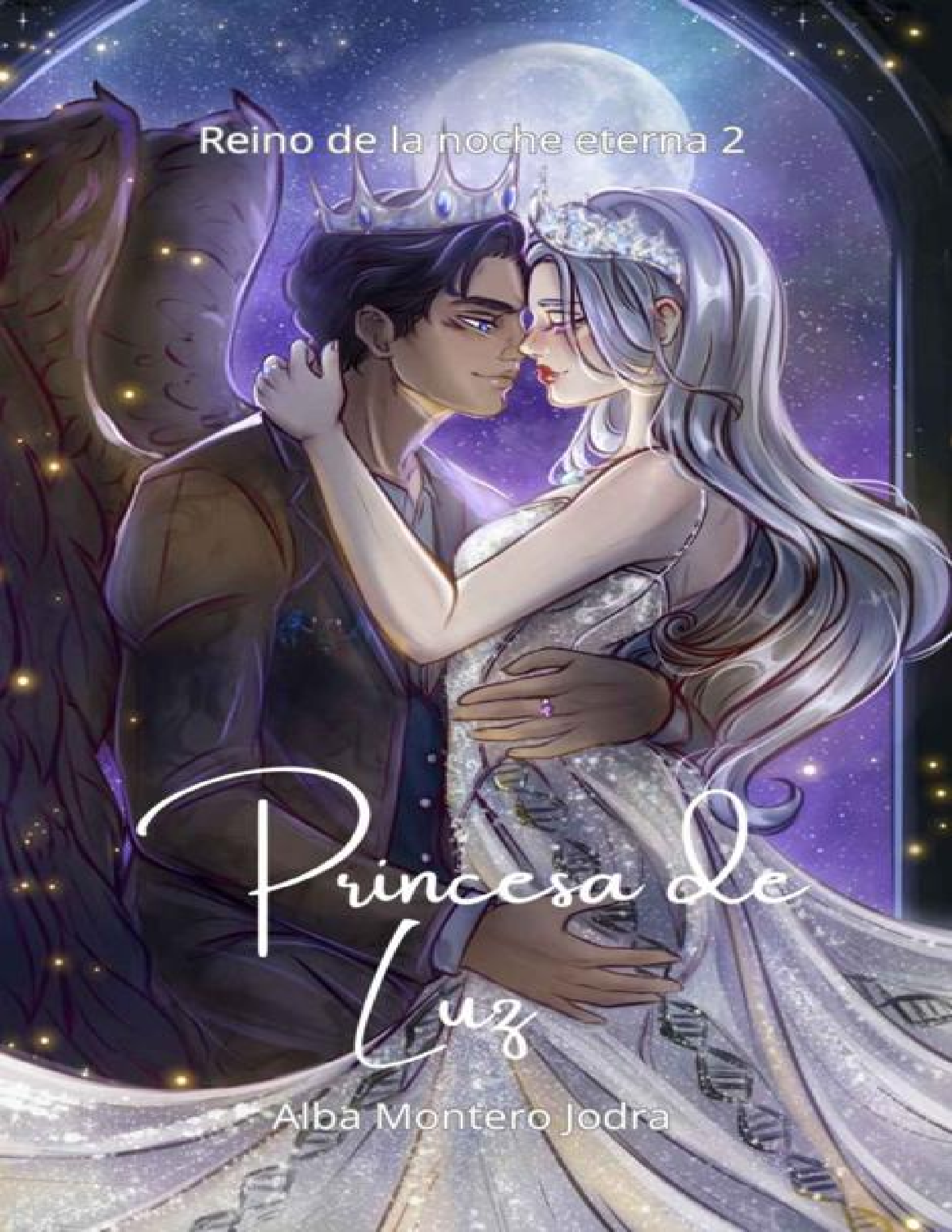

Reino de la noche eterna 2
Princesa De Luz
Alba Montero Jodra

PRINCESA DE LUZ

Reino de la noche eterna 2

Alba Montero Jodra

PRINCESA DE LUZ

Primera edición: mayo de 2025

Título: **Princesa de luz**

© Alba Montero Jodra

Libro: Alba Montero Jodra

Portada: Lorena Cabot González (@alsaces_art)

Ilustraciones interiores: Raúl Santamaría Andrés y Alba Montero Jodra

Mapa: diseño original de Alba Montero Jodra y diseño digitalizada de Julio David Pizarro Llano

Edición y corrección: Julio David Pizarro Llano

ISBN: 9798283971902

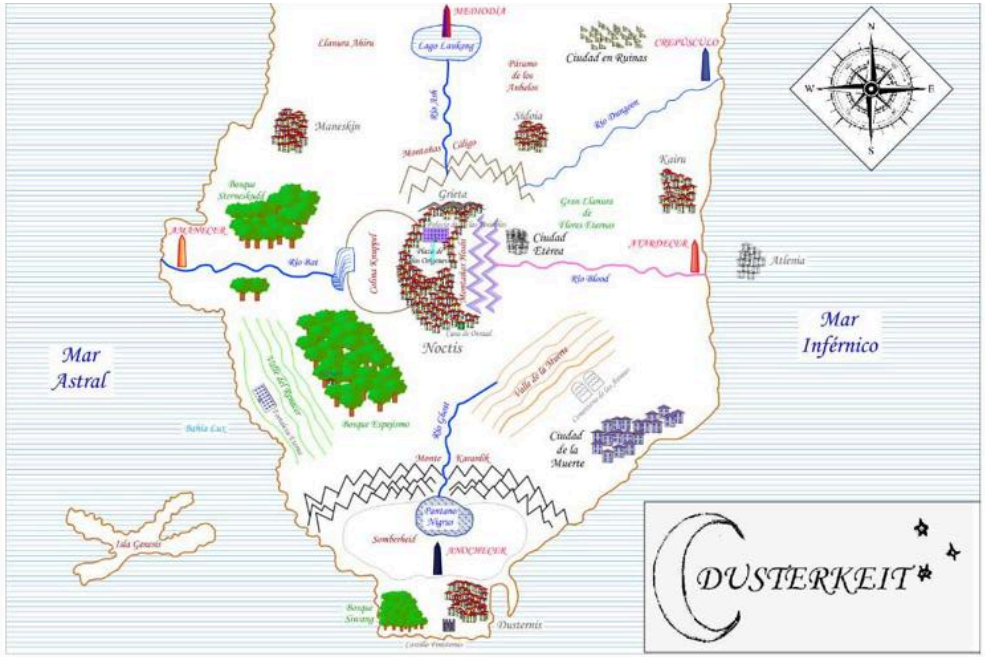
Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Al verdadero Cardan. Tus «cuacks» son música para mis oídos e inspiración para la anátida oscura.

A Marvel y Duna. Mejor que los lectores descubran por qué. Es vuestro turno de brillar como lo hacéis en casa.

A vosotros. Por soñar conmigo en estas páginas.

¡Bienvenidos a Dusterkeit por última vez!


MEDIODÍA
Llanura Máiru
Lago Lankpaj
Río Loh
Ciudad en Ruinas
ORIENTE
Páramo de los Ancianos
Río Dungore
Maneskin
Montañas
Caligo
Sidoia
Kairu
Bosque Sternenkofil
Grieta
Gran Llanura de Flores Eternas
OCCIDENTE
Ciudad Etérea
ORIENTE
Río Bat
Colina Knuppel
Río Blood
Atlenia
Noctis
Mar Astral
Mar Inférnico
Valle del Reposo
Bosque Espejismo
Río Ghost
Valle de la Muerte
Ciudad de la Muerte
Bahía Luz
Monte
Karanbk
Pantano Negro
Somberheid
OCCIDENTE
Isla Genesis
Bosque Siwang
Dusternis
DUSTERKEIT

Prólogo. El legado de Ahrienia



Camille

Aún podía sentir las palabras de los vampiros videntes perforándome la mente: «Eres la salvadora; la hija que nació de una vampira, que solo podía sanar, y de un ángel negro, que solo puede destruir; dando origen a un poder intermedio, la modificación. Haguddrac es tu padre». Las frases de aliento de Zep, asegurándome que estaría conmigo pasase lo que pasase. Y después…

¡Nada!

El desvanecimiento provocado por la tremenda noticia (mi cerebro tardó casi una semana en asimilarla) me llevó a la inconsciencia.

No supe más de los vampiros videntes. Zep había cargado conmigo hasta la salida y me había depositado con delicadeza en el suelo del Valle del Renacer. Desperté rodeada de zorros de luz, acurrucados junto a mi cuerpo. Y bajo la atenta mirada de Zep, cuyo cuerpo se cernía a escasos centímetros del mío. La inquietud y la preocupación cubrían su corazón, eran palpables en su rostro.

—¡Camille! ¡Has vuelto conmigo! —susurró, depositando un suave y rápido besos en mis labios.

—Yo…

—No hace falta que digas nada. Necesitas tiempo para asimilarlo.

Los zorros de luz parecían escucharnos en silencio. Algunos me lamieron los brazos, como si tratasen de ofrecerme consuelo. Como si supiesen quién era yo. Sin embargo, en ese momento, eran la menor de mis preocupaciones

—Pero nuestro mundo corre peligro —balbuceé.

—El mundo puede esperar un poco más. Puede arder hasta sus cimientos. Lo primero es que tú estés bien, Camille.

Me estremecí.

—Yo no quiero que os pase nada. Tenemos que buscar a los Animales Guardianes cuanto antes.

—Ya habrá tiempo para planificar esos viajes, en los que por supuesto iré contigo. Pero ahora, tienes que descansar y procesarlo todo.

Y al final eso había hecho. Tras regresar a Noctis me tomé una semana para pensar en todo lo sucedido. Ovraal ni siquiera me preguntó qué había pasado. Nada más vernos, y detectar mi estado catatónico, me dejó pasar a mi habitación sin apenas preguntas. Él sabía que cuando estuviese preparada se lo contaría. Entre estas cuatro paredes me pasé la mayor parte del tiempo, reflexionando, siendo perfectamente consciente de que pronto tendría que salir y enfrentarme a la realidad. Zep había debido de advertir a Kaia, porque no se había pasado por casa en ese tiempo. Él sí lo había hecho; sus visitas eran como un soplo de aire fresco que me permitían evadirme de la realidad. No me presionaba, ni me recordaba lo que le debía al mundo. Ovraal y Shedyel, con sus conversaciones, sus juegos y sus tés habían sido también parte de mis días grises. Y Seika, que ahora reposaba entre mis brazos, no había dejado de tratar de sacarme sonrisas.

El erizo se escapó de mi agarre, bajó del alfeizar de la ventana en el que yo estaba apoyada y correteó en dirección a mi cama. Me miró indicándome que quería subir. Sonreí. Estaba hecho un trasto. Me levanté, lo cogí entre mis manos y lo dejé sobre las sábanas. Sei correteó hasta el estuche de la daga que había pertenecido a mi madre de sangre, Ahrienia, y comenzó a olisquearlo con insistencia. La caja solo estaba ahí porque la había estado contemplando antes de perderme en mis reflexiones; como si pudiese haberme revelado algo que no supiese.

—¿Qué pasa? —pregunté mirándolo extrañada.

Él posó sus patitas sobre el estuche y lo empujó hasta dejarlo colgando del borde de la cama. Lo atrapé en el aire.

—Sei, ¿por qué haces eso? Estás muy raro y…

Me interrumpí cuando vi que el soporte, donde con anterioridad había descansado la vaina, se elevaba de la delicada caja de terciopelo rosa y dejaba a la vista un papel. Agarré todo para evitar que se cayese y lo coloqué sobre mis piernas.

—¿Lo sabías?

El erizo me miró con los ojos muy abiertos. Quizás solo había tratado de llamar mi atención para jugar. Quité con cuidado el soporte y lo dejé sobre la cama. Un pergamino doblado descansaba en el fondo de la caja. Cuando lo toqué Seika emitió un ruidito de sorpresa; supuse que era por el secreto que habíamos descubierto. Lo desplegué y vi que estaba en blanco. La desilusión amarga se removió en mi interior. Había esperado que fuese algún mensaje de mi madre de sangre. El erizo me clavó sus pinchos en la muñeca con cuidado, pero con insistencia.

Levanté la vista del pergamino y mis ojos se encontraron con una chica prácticamente etérea que parecía un fantasma. Ahora entendía por qué el erizo se había sorprendido. Me llevé las manos a la boca, ahogando un grito para no alarmar a Ovraal. Se parecía a mí. Sabía quién era.

—«Camille, hija mía. ¡Cómo has crecido! Y tú, pinchitos, estás tan encantador como siempre».

Sei se tiró a sus piernas, como si quisiese abrazarle una; pero las atravesó con facilidad. Un momento. Él también tenía que haber perdido la memoria; era imposible que la reconociese, ¿no? No quería pensar en eso, ahora no.

—Mamá —sollocé en un hilo de voz. Incapaz de moverme y de pronunciar una sola palabra.

Sus ojos, azules como el océano, se clavaron en los míos. Su larga melena lisa era blanca como la nieve. Seika se colocó entre mis piernas.

—«Tengo poco tiempo antes de desaparecer. Debes escucharme con atención. Si estás hablando conmigo es porque hay dos cosas que han sucedido: La primera que estoy muerta, él me ha matado

protegiéndote; y no tienes que sentir pena, una verdadera madre moriría por salvar a su propia hija».

Las lágrimas comenzaron a deslizarse por mis mejillas. Ella se acercó y pasó un dedo por mi cara en señal de consuelo; pero, como no poseía cuerpo, estas lo atravesaron. Traté de respirar lentamente para calmarme, y me fijé en que un tatuaje recorría uno de sus brazos.

—«La segunda es que te has visto obligada a regresar a Dusterkeit —prosiguió—. Y este pergamino, que solo se activa con el contacto de la persona que posee mi sangre, mi única hija, te ha permitido hablar con mi espíritu por medio de un hechizo muy poderoso.

»Hija, a veces el pasado nos persigue —dejó escapar una sonrisa rápida al ver que estaba aparentemente más calmada—. En el fondo sabía que tarde o temprano te necesitarían en Dusterkeit. Eres la salvadora. Pero quería darte la posibilidad de vivir una vida mejor, al menos mientras no pudieses defenderte por ti misma, mientras fueses una niña pequeña. No me parecía bien que te robasen el derecho a crecer. Traté de evitar que él se interpusiese en tu camino; aunque si estás aquí es porque te tocará enfrentarlo. Yo sé que tú podrás derrotarlo. Hazlo por las dos. Hazlo por un mundo mejor. ¿Vale?».

Me sonrió y asentí, incapaz de interrumpirla. Cogí a Seika y lo abracé, sintiendo la seguridad que su presencia me transmitía.

—«A estas alturas estarás familiarizada con la palabra aishiteru. Yo le pedí al tuyo que custodiase mi daga a sabiendas de que te la entregaría en el momento correcto»

—¿Cómo? —Abrí la boca por la sorpresa.

—«Vuestra unión estaba escrita en los hilos del destino. Pero no es de ese enlace del que quiero hablarte. Sino del mío con tu padre —un escalofrío me recorrió el cuerpo—. A veces tu aishiteru prefiere el poder por encima del amor —sus ojos azules reflejaron pena un instante fugaz—. Quizás tu padre y yo estábamos predestinados a encontrarnos para una causa más grande que nuestros propios sentimientos. Para traer al mundo a la única persona capaz de hacerle frente a él: tú, mi pequeña.

»Él me engañó. Se hizo pasar por un tal Reth, y no me di cuenta de que era Haguddrac, aquel cuyo nombre no puede ser pronunciado, hasta que ya era demasiado tarde. Pero no me arrepiento de haber pasado por ese infierno con él; porque, gracias a eso, estas hoy aquí.

Su silueta empezó a parpadear, y me di cuenta de que se había vuelto aún más etérea. Con ella se fueron también mis esperanzas de hablar con ese Reth, por si podía contarme algo de mi madre. Reth, el asesino, el enemigo y mi padre eran la misma persona. ¡Fantástico!

»El tiempo se me está acabando, hija mía. Me gustaría hablar tantas cosas contigo. Solo quiero decirte que seas fuerte. Sé que lo eres. Te he visto crecer los tres años que estuviste conmigo, y he visto todo lo que has hecho desde que has llegado a Dusterkeit. Sí, los muertos podemos contemplaros a los vivos que alguna vez significasteis algo para nosotros mientras permanezcáis en nuestro mundo. Me perdí tu crecimiento en el mundo humano; pero ahora estaré contigo. ¡Qué orgullosa estoy de cómo has aprendido a manejar mi daga y tus poderes!, aunque aún te queda mucho por descubrir. Todo a su tiempo.

»Y lo más importante de todo. Tú, mejor que nadie, sabes que la unión que nos da la sangre a veces no significa nada. Aunque tus genes digan que él es tu padre, tu corazón sabe que tu verdadero padre es aquel que te cuidó en el mundo humano. No dejes que tus sentimientos gobiernen tus decisiones. Y, por si te hace dudar, por si te hace replantearte las cosas, por si trata de manipularte, te lo digo yo: él no es una buena persona. No merece compasión. Debería ser eliminado de este mundo, por todas las atrocidades que ya ha cometido y por las que planea cometer.

»Os quiero a los dos, no lo olvidéis. Siento no haber podido pasar más tiempo a vuestro lado».

Las palabras se me quedaron atascadas en la garganta cuando desapareció por completo de nuestro campo de visión. Me hubiera gustado decirle tantas cosas… Pero la sorpresa me había sobrepasado, y el poder escucharla a ella se había antepuesto a usar mi propia voz y quitarle tiempo a la suya. Me aferré a Seika, posando mi cabeza con cuidado sobre sus pinchos. Tenía razón, que fuese mi

padre de sangre no significaba absolutamente nada, ni siquiera lo había conocido. Y era el que estaba destrozando la paz del mundo en el que me había sentido como en casa. Era mi casa y Erik era mi padre. Siempre lo sería.

Tenía que derrotarlo. Me tumbé sobre la cama, sin soltar al erizo. Observé con sorpresa que el pergamino, que descansaba sobre las sábanas, ahora sí contenía un mensaje. Había transcrito todo lo que me había dicho Ahrienia de alguna mágica forma. Cerré los ojos y me quedé dormida. Mañana sería otro día. Mañana comenzaría a hacer frente a mi destino. Yo era la salvadora de Dusterkeit y tenía que hacer honor a mi papel.

Capítulo 1. Una desagradable sorpresa; que igual no era tan sorprendente



Ovraal

Desde que Camille había regresado de la visita a los vampiros videntes había sido como convivir con la sombra de lo que ella alguna vez había sido. No tenía ni idea de lo que le habrían podido revelar para que estuviese así; pero tampoco había querido presionarla. Me lo contaría cuando estuviese preparada. Y no, no le había leído la mente para descubrirlo, habíamos hecho una promesa: nada de leerle la mente sin su permiso.

Shed y yo habíamos hecho toda clase de tonterías para animarla mientras se sentía preparada para revelar lo que la estaba haciendo estar tan mal. Y parecía que funcionaba, pues terminaba riendo a carcajada limpia. Sabía que Seika también la ayudaba a su manera; esa imparable y enérgica bola de pinchos la perseguía a todas partes.

No hacía falta ni mencionar al príncipe Zep. Visitaba mi morada frecuentemente para animarla; aunque estaba sabiendo respetar su tiempo de asimilación de cualquier realidad que le hubiesen transmitido los vampiros videntes.

Después de una larga semana de reflexión, pensé que podría volver a tantear su estado. Llamé con delicadeza a la puerta de su habitación; pero, para variar, no obtuve respuesta. Abrí con cuidado, y lo que encontré me enterneció. Camille dormía plácidamente con las piernas encogidas y el erizo metido entre sus brazos. Me fijé en

que la caja de terciopelo rosa de su daga estaba abierta y desmontada a un lado de su cama, al otro, había un pergamino desplegado, que no iba a husmear, por supuesto.

Me acerqué hasta la cama y los observé con atención. Mis voces no la despertaban; pero mi encantadora presencia, acompañada de mi tono de voz, parecía ser muchísimo más efectiva. El erizo siempre era el hueso más duro de roer; ya podía estar el mundo partiéndose que, mientras él no hubiese dormido lo que le hubiese dado la gana, no se despertaría.

—¡Camille! El desayuno está listo.

Abrió los ojos de par en par sobresaltada.

—¿Por qué siempre tienes que hacer eso? —refunfuñó.

Seika se puso en pie, no sabía si por el movimiento de sus brazos o porque la palabra desayuno acababa de llegar a su pequeño cerebro. Miró a Cam y luego a mí, dudando qué hacer.

—¡Es divertido! Y parece sin duda la forma más efectiva de despertarte con un porcentaje elevadísimo de éxito. —Sonreí ampliamente.

—No tienes remedio —contestó, sacando la lengua y sentándose al borde de la cama.

—Me lo dicen a menudo.

—Ya…

Sus ojos se desviaron al pergamino, como si acabase de recordar que existía.

—Oye, tenemos que hablar.

—Estaba deseando que esas palabras saliesen de tu boca, pelo gris. ¿Vamos a desayunar y hablamos? Tienes una taza llena de sangre de cérvido, tu favorita.

—Muchas gracias, Ov. —Me dedicó una sonrisa—. Vamos al salón.

El erizo emitió un sonidito que parecía de emoción ante la perspectiva de comer. No podía resistirse a mis increíbles desayunos aptos para todos los públicos.

Nos encaminamos al salón, con Seika correteando entre nuestras piernas, y nos sentamos en el sofá. La sangre y la comida reposaban sobre una de mis bandejas de plata favoritas.

—Sírvete —le pedí, mientras bajaba el plato del erizo al suelo, para que pudiese degustar su manjar.

Cam cogió una pasta en silencio y me miró a los ojos.

—Aquel cuyo nombre no puede ser pronunciado, el que mató a Ahrienia, es mi padre.

Agradecí estar sentado para no caerme de culo contra el suelo.

—¡Por el amor del CONDE VLAD DRÁCULA! —exclamé llevándome una mano a la cara.

Aunque estaba más sorprendido que un fénix oscuro sin llama, ya había pensado en esa posibilidad. Pero la había descartado porque mi mente analítica a veces llegaba demasiado lejos. Siempre había existido demasiado misterio en torno al padre de la vampira, tal como sucedía con nuestro enemigo. Algunas piezas simplemente habían encajado solas. Y Camille lo había soltado de golpe, sin preámbulos.

Cogí mi taza y le di un largo sorbo a la sangre, ante su mirada escrutadora, antes de decir nada.

—Bueno, creo que eso no cambia las cosas —continué con seriedad—. Quiero decir que, aunque pueda afectarte compartir genes con ese ser despreciable… Mis disculpas…

—No me ofende, no hace falta que maquilles la verdad o sientas compasión por mí —me interrumpió en tono sincero—. Necesitaba asimilarlo; pero después de haberlo creído muerto tantos años, después de saber lo que le ha hecho a Dusterkeit, el hogar de la gente que quiero. Mi hogar —Se metió una pasta en la boca con agilidad—. Ser mi padre no le va a librar de que tome medidas contra él. Y para mí, mi verdadero padre es Erik.

Un destello fugaz de tristeza cruzó sus ojos púrpura, y pude notar en el ambiente con mis sentidos inmortales que la ausencia de su padre noruego le afectaba. Ojalá pudiese hacer algo para concederle un viaje a la Tierra, para que pudiese visitar a sus progenitores adoptivos.

—Así es como tienes que pensar, pelo gris. Vivir con el gran, magnífico, increíble e inigualable Ovraal te ha hecho más fuerte —bromeé tratando de rebajar la tensión para hacerle reír y desviar sus pensamientos.

—Creo que, si no me hubiese hecho más fuerte, me habría vuelto loca en este mundo. Pero me gusta, me he acostumbrado a él. —Hizo una pausa y, tras un rápido sorbo a la taza de sangre humeante, sus ojos púrpura se clavaron en los míos—. Ovraal he hablado con mi madre, con Ahrienia.

La miré confundido. ¿Estaba hablándome en serio o había tenido algún tipo de sueño? A no ser que… No podía ser. ¿O sí?

—No me mires como a un murciélago buceando en el agua.

Ya se le habían pegado nuestras expresiones en el tiempo que llevaba viviendo aquí. Sobraba decirlo, me sentía orgulloso de ser su amigo y de haberla ayudado. Además de ser la salvadora, y por encima de todo, ella era mi mejor amiga. Los brujos milenarios también tenemos esa clase de sentimientos. Sonreí ampliamente, mis colmillos asomaron.

—Mis disculpas, pelo gris. Pero es que hoy te has planteado acabar con mi larga y productiva existencia de un terrible infarto. ¿Cómo que has hablado con Ahrienia? Cuéntamelo ya.

Seika, que había terminado de comer, se puso a sus pies reclamando atención. Ella lo cogió en brazos y lo depositó en su regazo. Volvió a fijar su mirada en mí.

—La caja que contenía su daga tenía una nota oculta que, según el fantasma de Ahrienia, contenía un hechizo que se activaba con su hija; sangre de su sangre.

Pues sí, podía ser. Y me relató la curiosa conversación que había tenido con su madre en espíritu, que no hacía más que reafirmar lo que le habían dicho los vampiros videntes. Cuando acabó la historia no pude contenerme.

—Así que ese tal Reth ha resultado ser la sanguijuela de tu padre, así es como engañó a Ahrienia. Es una lástima… Aunque no todo son malas noticias; has conocido a tu madre de sangre, aunque haya sido en fantasma.

—Sí, aunque me hubiera gustado pasar más tiempo con ella. Apenas me atreví a hablar, tenía que respirar su presencia un poquito. Respirar el tiempo perdido a su lado que nunca pude tener.

Abrí la boca para contestar, en un intento de consolarla; pero en ese momento alguien, muy oportuno, llamó a la puerta.

—Pelo gris, ¿quieres abrir tú? Yo puedo recoger el desayuno mientras tanto.

Seguro que cierto príncipe había decidido venir a visitarnos, como de costumbre. O debería decir a visitarla. El amor que volcaba en su aishiteru estaba a la vista de todos. Y a mí me parecía perfecto, yo le profesaría mi amor a Shed más tarde. ¡Vivan los aishiterus y los príncipes oscuros! Estaba deseando asistir a la coronación. No me gustaba perderme las fiestas de Palacio, y menos cuando los protagonistas eran mis amigos. ¡Solo faltaba que la anunciasen!

Quizás estéis pensando si Shedyel es mi aishiteru, ¿vosotros que creéis?

Capítulo 2. Una parte de mí



Zephyran

Había respetado el tiempo de duelo de Camille sin sacarle el tema ni una sola vez. Y digo duelo, porque tener un padre así es como no tenerlo; si yo fuese ella sería como asimilar que está muerto para mí. Daba gracias a los Animales Guardianes porque mis padres, Zwarteziel y Sereen, los reyes de Dusterkeit, fuesen unas personas benevolentes y dignas de admirar que aún permanecían a mi lado. Sentía en el alma que Camille no pudiese disfrutar ni de su madre biológica Ahrienia, ella había sido una bella persona, ni de sus padres adoptivos en Noruega, de los que me había hablado alguna vez en estos días de asimilación para ella. Los echaba de menos, se notaba. Y lamentaba que no estuviese en mi mano el poder darle, aunque fuese una tarde con ellos.

El cielo estrellado de la ciudad de Noctis, estaba especialmente bello este antelunio, y no iba a desaprovechar lo que la naturaleza me daba. Habíamos entrado en las semanas posteriores al inicio del verano, en las que las estrellas fugaces se paseaban por el cielo con frecuencia.

Llamé a la puerta de la casa de Ovraal y Camille y esperé pacientemente a que el vampiro me abriese, como había sido costumbre estos días. En su lugar me encontré a mi aishiteru y futura princesa, tan preciosa como siempre. Su pelo gris platino, brillante a la luz de la luna, pero algo revuelto, indicaba que acababa de levantarse hacía poco.

—Buen antelunio, pequeña chupasangre. —Saludé con una reverencia para pincharla. Era mi pasatiempo favorito.

Ella se cruzó de brazos y se apoyó en la jamba de la puerta.

—Buen antelunio. ¿Qué le trae a su alteza el príncipe Zephyran Oakleaf por mi casa? —contraatacó, la diversión en su voz saboreando cada palabra.

Sabía que odiaba los formalismos, y más viniendo de ella. Le guiñé un ojo, como si su «bromita» me fuese indiferente. Observé que llevaba puesto un vestido negro de seda por encima de las rodillas. El aspecto de la prenda indicaba que era ropa de dormir.

—Bonito pijama, ¿puedo pasar?

Se separó de la puerta, y me dio un rápido repaso de arriba abajo. Pude entrever el deseo en sus ojos púrpura. No llevaba puesto nada del otro mundo: mi uniforme azul marino; muy cómodo para luchar si era necesario, como comandante o primero al mando del ejército real. Aunque para todos era el príncipe.

—Claro, encantada de que estés aquí. —Me guiñó un ojo y sonrió, dejando que sus delicados colmillos asomasen entre sus labios.

Se acercó con cuidado y posó una mano sobre mi pecho. Trazando círculos en torno a la insignia con el símbolo del escudo real: un esquema de ADN en el centro, justo encima dos colmillos que goteaban sangre, y a los lados unas alas negras. Simbolizaba la igualdad entre ángeles negros y vampiros que a mis padres y a mí tanto nos gustaba promover. Mi opinión era muy tenida en cuenta por los reyes, a pesar de ser el príncipe; y les estaba muy agradecido por ello.

Mi corazón emitió alegría y devoción con su siguiente latido; y ella pareció notarlo, pues sus dedos se detuvieron sobre mi pecho. Alzó la vista y sus ojos se clavaron en los míos, como quien ve el mundo por primera vez. Sus labios se despegaron ligeramente. Acorté la distancia que nos separaba y le di un lento beso en la boca.

Ella me correspondió y deslizó la lengua entre mis labios, haciéndolo más íntimo. Agarré su cuello con cuidado y ella se aferró a mi cintura. Nuestras lenguas danzando al ritmo de nuestros corazones bombeando desenfrenados. Y transmitiendo con cada

latido todas las emociones que nos embargaban. Alegría, amor, cariño, respeto, deseo, devoción…

La percepción inmortal nos permitía sentir más allá de lo que los humanos eran capaces, y Camille ya se había acostumbrado a ello. Un ruido captó nuestra atención y nos separamos con rapidez, volviéndonos hacia el origen del mismo.

—Buen antelunio, Zephyran —saludó Ov, con el tono de un viejo amigo; sin etiquetas, como a mí me gustaba—. Siento interrumpir vuestro momento con mi muy grata presencia, pero pelo gris tardaba tanto en volver que empezaba a preocuparme y a pensar que quizás no eras tú el ser al que había abierto la puerta. A estas alturas de la película hasta el brujo Ovraal está paranoico.

—¿Ya has recogido? —preguntó Cam con inocencia, aterrizando en la realidad—. ¿Tanto hemos tardado?

—Podría haber recogido el desayuno veinte veces, pero me limité a acariciar a tu erizo y esperar pacientemente mientras regresabas. No tan pacientemente en los últimos minutos, a decir verdad.

Su precioso rostro marmóreo se sonrojó ligeramente, a pesar de lo difícil que era aquello en los vampiros.

—¡Oh! Siento haberte preocupado.

—No pasa nada, pelo gris. Lo importante es que estás sana y salva. ¿Queréis pasar? —ofreció, señalando el interior con los brazos extendidos—. Siempre tengo comida para ti, príncipe.

A veces era inevitable que soltase la maldita palabra, pero se lo perdonaba todo a ese vampiro.

—No te preocupes…—comencé a decir.

—Sí, quiere pasar —me interrumpió Cam con una nota de impaciencia y tirando de mi brazo para que entrase.

Rápidamente capté que necesitaría contarme algo que era mejor hablar lejos de oídos curiosos; así que dejé que tirase de mí hasta el interior. Mientras Ov, con Seika correteando entre sus piernas, iba a cerrar la puerta.

—Tú dirás —inquirí muerto de la curiosidad, una vez estuvimos los tres sentados en el cómodo sofá de Ovraal.

¿Qué podría tener que contarme tras haber estado encerrada todo este tiempo? Quizás era algo que había descubierto Ovraal. No

sé qué esperaba escuchar, pero lo que salió de su boca desde luego no.

Me habló de que se le había aparecido el fantasma de Ahrienia, lo cual me dejó quizás más blanco que ellos. Tras contarme que se trataba de un hechizo y todo lo que había averiguado al respecto, mantuvimos los tres una conversación sobre ese encuentro. Que no nos había revelado prácticamente nada que no supiésemos ya, pero había permitido a mi aishiteru conocer a su madre; aunque fuese en su forma fantasmal. Y eso me hizo más feliz.

Aunque sus advertencias sobre el enemigo parecían haber ayudado a Cam a procesar la realidad.

—Ya estoy lista para ir a ver a los Animales Guardianes —reveló, alzando un brazo en un puño cerrado—. Tengo que seguir con la tarea que el mundo me ha encomendado.

—Me alegra verte con energía de nuevo, pequeña —respondí, deslizando la mano con suavidad por su mejilla—. Iremos; pero antes me gustaría sugerirte algo.

—Creo que es el momento de que os deje solos con vuestras cosas. Además, Shedyel llegará en cualquier momento —habló el brujo, levantándose en dirección al pasillo.

—Tienes el permiso para contarle lo de mi padre y lo de Ahrienia. —contestó Cam elevando el tono de voz—. Además, ya va siendo hora de que yo salga al mundo exterior.

—Me parece bien, ¡disfrutad del antelunio! —exclamó, desapareciendo de nuestra vista sin darnos opción a contestar.

—¿Qué es lo que ibas a sugerirme? —preguntó la vampira intrigada, y su mano apretó la mía sobre mi regazo.

—¿Te gustaría venir al Palacio de las Tinieblas a ver esas pinturas de las que te hablé? Además, Kaia se alegrará de verte por allí. No ha dejado de preguntar por ti, cada vez que me la he cruzado estos días.

Recordaba perfectamente aquella conversación con ella la primera vez que visitó mi hogar. Alguna vez me enseñarás tus cuadros dijo. Y yo le respondí que quizás lo haría si se ganaba la suficiente confianza. Sobraba decir que se lo merecía. Ya era hora de

enseñarle esa parte de mí, igual que ella me había mostrado su maestría con el arpa.

Capítulo 3. Las pinturas del príncipe



Camille

Me acordaba con todo lujo de detalles de la primera noche que visité el palacio junto al príncipe Zephyran. De como él había mirado con anhelo los murales que sus antepasados habían pintado tiempo atrás, como había confesado querer formar parte de esas pinturas. Y como mi curiosidad genuina, sin saber lo importante que después sería él para mí, me había llevado a preguntarle si alguna vez podría ver sus cuadros. Recordaba cómo me había detenido antes de decir esa última palabra y cómo él había completado mi frase, ahorrándome las dudas; porque en aquel entonces acababa de llegar a Dusterkeit. Aquel entonces sonaba tan lejano…; había cambiado todo tanto…

—Me encantaría, llevo mucho tiempo esperando para verlas. Hoy has decidido hacer mi sueño realidad —contesté, alzando la mano para acariciar su mejilla, sin despegar la mirada de sus ojos zafiro.

Unas etéreas corrientes de oscuridad parecieron desfilar por sus iris en respuesta.

—Es un placer cumplir tu sueño Camille, enseñarte esta parte de mí.

Una parte de él, eso era. Y me moría de ganas por volver al Palacio de las Tinieblas y descubrirla.

—Gracias —susurré, y agarré a Seika, que en algún momento de la conversación se había acurrucado en mi regazo—. Voy a cambiarme; con estas ropas no puedo salir de casa. Te cedo a mi erizo mientras tanto. ¡Cuídalo bien!

Deposité a Sei sobre su hombro. Este no ofreció ninguna resistencia. En cambio, dejó completamente visible su estómago, indicando que quería que el príncipe lo acariciase. Este le correspondió.

Elegí un vestido violeta con vuelo y por encima de las rodillas, cubierto por infinidad de puntos brillantes que parecían estrellas. Até a mi muslo la daga, como era costumbre desde que había aprendido a manejarla. Estaba oculta por el vuelo del vestido y la seguridad que me transmitía era impagable. En el pelo un gran lazo púrpura a juego con mis ojos, que destacaba sobre el gris platino. En el cuello una fina cadena de plata, de la que colgaba un cristal azul verdoso con forma de corazón. El mismo que me puse para el baile del solsticio de verano, cuando Zephyran le confesó al mundo que yo era su aishiteru. Pensándolo bien, era la primera vez que iba a visitar Palacio después de aquella mágica noche. No sabía qué iba a encontrarme.

Regresé al salón, tratando de no pensar mucho en mi reciente descubrimiento. Zep estaba jugueteando con el erizo, y se volvió hacia mí en cuanto escuchó mis pasos. Nuestros ojos se estudiaron durante unos segundos, en los que sentí una caricia en el corazón. Contesté transmitiendo el bienestar que su presencia siempre me provocaba.

—Por cierto, no lo dije antes, pero estoy deseando ver a Kaia —confesé, mientras él se acercaba lentamente.

Zep asintió comprensivo. El erizo correteó hasta llegar a mis pies y demandar que lo subiese a mi hombro.

—¡Oh! Ya entiendo, no quieres quedarte a observar lo que hacen esos dos en nuestra ausencia, prefieres venirte con nosotros —le dije, cumpliendo su deseo y moviendo el pelo hacia atrás para no ahogarlo entre mis mechones.

—¡Te he oído! —exclamó Ov; probablemente desde su cuarto.

Dejé escapar una sonora carcajada. Y a Zep se le contagió.

El camino se me hizo corto charlando animadamente con Zep, mientras Sei esquivaba los mechones rebeldes de mi pelo, levantados por el suave viento que nos acompañaba. Las calles de la

ciudad que nunca dormía estaban abarrotadas, como siempre. Cuando llegamos a la plaza de los Orígenes me tomé unos segundos para admirar la gran fuente central que tan bien conocía; la de la bonita escultura de una estructura del ADN oscuro, en cuyas hebras parecían brillar las estrellas. «El ADN que yo puedo manipular a mi antojo», me recordé.

El imponente Palacio de las Tinieblas destacaba sobre el resto de fachadas oscuras. No tardamos en adentrarnos en el enorme Jardín del Plenilunio; mientras pisábamos su hierba verde azulada, el ulular de los búhos oscuros acompañó nuestras voces. Zephyran se detuvo cuando quedamos frente a la fachada violeta de estrellas titilantes, que hacía juego con el vestido que había elegido. Y no, no lo había hecho a propósito.

—¿El vestido es para hacerle competencia a mi hogar?

—Yo no… —empecé a justificarme.

—Era broma —me interrumpió, cogiendo mi mano y apretándola con fuerza—. Tú siempre serás preciosa, no tienes que rivalizar con nada ni con nadie.

Acorté la distancia que nos separaba y le di un rápido beso en los labios. Mi corazón le mandó gratitud y alegría en su siguiente latido. El suyo contestó con orgullo. Y nos quedamos mirándonos por un tiempo que se me hizo eterno. Hasta que Sei protestó en busca de atención. Me separé del príncipe y deslicé el dedo por sus pinchos con cuidado. Después de tanto tiempo, había perfeccionado la técnica para tocarlo sin pincharme.

Me volví en dirección a los guardias apostados junto al gran portón de obsidiana. Zep no me dio tiempo a pensar qué hacer a continuación. Tiró suavemente de mí para acercarnos a ellos.

—Buen antelunio —saludó sin inmutarse.

Un vampiro a la izquierda, un ángel negro a la derecha. Sus ojos se clavaron en los míos unos instantes y luego se volvieron en dirección a su príncipe.

—Buen antelunio, Alteza —dijeron al unísono; sus miradas regresaron a mí—. Y a su aishiteru.

No parecían incómodos o molestos. Los sentidos inmortales me hacían llegar su nerviosismo. Como si no quisiesen que yo me

sintiese ofendida.

—Hola —saludé, perdiendo los formalismos para tratar de relajarlos—. Podéis llamarme Camille.

Ambos asintieron, notablemente más tranquilos. Zep me dedicó una sonrisa, como si captase mis intenciones.

—Un placer, Camille —volvieron a decir al unísono.

—Igualmente. —Sonreí.

No me gustaba ser el centro de atención, pero ser la aishiteru del príncipe parecía haber surtido justamente ese efecto. Lo cual de todas maneras tenía su lógica. Era SU PRÍNCIPE, el heredero a la corona de Dusterkeit. Y yo su pareja, y por tanto le acompañaría en su camino. Recordé mis palabras en el baile del solsticio: «Te amo, Zephyran Oakleaf, y seré tu princesa en este reino y en los que hagan falta; siempre que me enseñes cómo serlo». Tan reales como los pájaros oscuros que revoloteaban por nuestros cielos.

Sentí el brazo de Zep en mi cintura y eso me devolvió a la realidad. La oscuridad, que tan bien conocía, danzaba en torno a su cuerpo; pero también envolvía el mío. Hacía tiempo que habíamos dejado la entrada y caminábamos a la luz de las estrellas que pasaba a través los amplios ventanales, aumentando la de los candelabros que decoraban las paredes

—La sala de pintura está en la tercera planta, junto a mi habitación.

Su habitación. Me había preguntado tantas veces dónde estaba, y ahí tenía la respuesta.

—¿Algún día me enseñaras también tu cuarto por dentro? —pregunté movida por la curiosidad.

—Por supuesto, pequeña vampira. Eso no lo dudes.

Asentí conforme. Puse un pie en las escaleras, hechas de auténtico polvo de estrellas fugaces, que rivalizaban en belleza con la fachada. Y comenzamos a ascender. Sei observaba con curiosidad cualquier cosa que estuviese al alcance de sus ojos.

—Y la sala a la que me llevas, ¿es solo tuya?

—Sí, por eso está junto a mi habitación. Es más cómodo cuando tu casa es enorme.

—Tiene sentido.

Cuando alcanzamos la tercera planta, observé que el suelo estaba cubierto por una alfombra verde menta que contrastaba con los tonos oscuros de las paredes. También con los amplios ventanales que se extendían a uno de los lados. Desde el suelo hasta el techo, solo interrumpidos por las regias paredes, repetían el mismo patrón que en las otras zonas del edificio que había visitado. Al otro lado puertas, con bastante separación entre la mayoría de ellas. Las preguntas curiosas hacían fila en mi cerebro para ser formuladas.

—¿Puedo preguntar por qué la alfombra es de ese color tan llamativo y luminoso? —pregunté, mirando a sus ojos zafiro en cuanto nos detuvimos.

—La elegí yo —respondió una voz delicada y muy familiar a mis espaldas.

Los ojos del príncipe se posaron en ella. Me volví para encontrarme cara a cara con la reina Sereen. La corona plateada con aguamarinas y brillantes incrustados, las fases lunares destacando sobre cada punta, estaba perfectamente colocada sobre su pelo rubio platino, casi blanco. Sus iris, azules como turquesas, sobre mí. Solo era un poco más alta que yo, y la corona le daba parte de esos centímetros de ventaja. Sus imponentes alas negras, le daban aún más, si las tenía en cuenta.

—¡Mamá! ¡No te esperaba por aquí! —exclamó el príncipe, lo que me dio tiempo a recomponerme.

«No te arrodilles. No la llames majestad. Eres la aishiteru del príncipe y no puedes hacer eso», me recordé cuando mis piernas habían estado a punto de flexionarse. Aquel esfuerzo terminaría haciéndose natural cuando viese a los reyes unas cuantas veces. Eso esperaba.

—Tu padre se empeñó en que lo fuese a buscar a una reunión que no duraría más de tres horas. En teoría; ya sabes cómo son estas cosas. El plan era sobrevolar juntos el jardín —se ruborizó— y así contemplar juntos las esculturas de las lunas que me regaló.

Su tono cercano y mis instintos inmortales me permitieron percibir que estaba tratando de acercarse a mí, de parecer una más.

Y no la reina de Dusterkeit.

—Hoy le tocaba a él asistir a la reunión —aclaró el príncipe—. Creo que cuando me toque gobernar, haré lo mismo que vosotros; si a Camille le parece bien.

—¡¿Qué?! —exclamé azorada, sin poder evitarlo, procesando lo que insinuaba. Que algún día yo ocuparía el lugar de Sereen.

—Zwarteziel y yo confiamos mucho el uno en el otro. Para hacerlo más llevadero, solemos turnarnos en asistir a las reuniones; cada vez uno. Aunque ocasionalmente vamos los dos juntos —respondió la reina poniendo mis manos entre las suyas.

Su calidez y su cercanía me hacían sentir muy bien. Recordé sus palabras: «Ahora que estás con nuestro hijo, para nosotros serás como una hija más».

—Me parece una estrategia muy bonita y tierna —confesé, sintiendo la suavidad del tacto de sus manos—. Oye no quería ofenderte con lo de la alfombra. Es preciosa…

—Lo sé, tranquila. Se notaba en tus ojos la verdad de tus palabras. No obstante, aunque te pareciese la alfombra más horrenda del mundo, tendrías todo el derecho a pensarlo. —Sonrió—. Te daré una muestra de mi poder para que entiendas el porqué de la alfombra.

Y me di cuenta de que no tenía ni idea de cuál era la magia de la reina. Zep nos observaba a escasos centímetros, maravillado con nuestra interacción. ¿Los dusterienses conocerían su poder? Era una más de ellos, pero aún había cosas que desconocía. Estaba segura de que lo sabrían. Algún día tendría que confesar la verdad, que era la salvadora. Estaba preparada para hacerlo, solo tenía que encontrar el momento adecuado.

—En este reino de la noche eterna —murmuró, y sus manos se iluminaron llenando las mías de una luz cegadora—, el poder de las estrellas, el poder de la luz, es el que me ha sido otorgado. Soy como un pequeño y pacífico astro. La alfombra es ese toque de luz sobre el palacio, un color claro y llamativo.

—Es precioso —confesé maravillada.

Y su luz creció, creció y creció, hasta sumir el pasillo en una blancura que, por un momento, me recordó al día humano. Como si

una delgada línea separase el poder de las estrellas y el de la luz del sol durante el día; aparentemente tan opuestos y a la vez tan iguales.

—Quizás ya habías oído hablar de mi magia con anterioridad —reveló convencida; entonces sus iris se posaron sobre los míos—. Por cierto, no te lo he preguntado, ¿dónde naciste? Así nos vamos conociendo.

Una pregunta inocente, sin malas intenciones, que contenía el secreto mayor guardado de todos. Sentí como Zep se tensaba, en tanto que la luz de la reina se iba extinguiendo poco a poco. Podía sentir los latidos de mi corazón, mientras barajaba qué decirle. No quería mentirle; era la reina y, lo que era más importante, era la madre de mi aishiteru.

—No sé dónde he nacido, no lo recuerdo.

Ella me miró confundida, separó sus manos con cuidado de las mías; ahora que toda la luz se había ido. No despegó sus ojos de los míos y yo no me detuve.

—Cam —empezó Zep, como advirtiéndome de que no tenía que hacerlo si no quería. Pero sí quería; el problema era que significaba muchas cosas.

La reina esperó pacientemente a que prosiguiese, como si comprendiese que lo que estaba a punto de decir era importante. Lo era. Eso cambiaba las cosas. Su destino. Nuestro destino.

—Soy la hija de Ahrienia, soy la salvadora —solté por fin. Y nunca antes me había sentido tan aliviada. Sentí como un peso se soltaba de mi corazón.

Ella se llevó una mano a la boca y abrió los ojos.

—¡Oh, por los Animales Guardianes! Eres la salvadora —susurró, como si temiese que alguien la escuchase.

Se acercó a mí y me abrazó con fuerza. No había dudado de mi palabra. Suponía que ser la aishiteru de su hijo facilitaba las cosas.

—Lo siento tanto… Tu madre era una gran persona. —sentí su olor a frutos del bosque inundando mis fosas nasales. Y traté de concentrarme en eso para no dar vueltas a las consecuencias de lo que acababa de hacer.

—Lo era —intervino el príncipe, uniéndose al abrazo y poniendo un brazo sobre cada una. Sei emitió un ruidito y se subió a mi

cabeza.

—Por eso tienes un erizo —prosiguió Sereen separándose—. Y te pareces tanto a ella, no sé cómo no me había dado cuenta antes.

Asentí.

—No tienes de qué preocuparte. —Sus iris refulgieron—. Tu secreto está a salvo conmigo.

—Gracias, de corazón. Pero puedes decírselo al rey, no hace falta que escondas información a tu… —dudé por un fugaz instante apenas perceptible— aishiteru.

—¿Estás segura de que no quieres ser tú quien lo haga?

No me corrigió. Debía serlo; era lo esperable.

—Sí. Cuéntaselo tú. Yo se lo diré pronto al resto; cuando encuentre el momento adecuado.

El príncipe y la reina intercambiaron una mirada fugaz, a la que no le di ninguna importancia.

—Os ayudaré a que el reino que gobernáis sea mejor, a devolver la paz —proseguí sin poder evitarlo.

—No lo dudo. Eres poderosa. —Me cogió las manos y me las apretó con suavidad en señal de apoyo—. Debo marcharme ya. Basta que me retrase para que Zwart salga antes de la reunión. Ha sido un placer hablar contigo, Camille.

—El placer es mío.

Se despidió de su hijo y se dirigió a las escaleras. La luminosa cola de su vestido celeste desfilando por los peldaños.

—Me alegro de que te hayas sentido preparada para contarle a mi madre tu pequeño secreto.

Me volví hacia el ángel.

—Tenía que hacerlo.

—Y el detalle que has tenido de que se lo cuente a mi padre, ha sido muy considerado por tu parte. Gracias.

—No podía dejar que le ocultase algo tan grande, que ella sola cargase con esa información.

En cierto modo, aquello me hacía sentir incómoda; como si fuera yo la que me estuviese creyendo el centro de su universo. Y no me gustaba esa sensación. Pero eran Ellos, los vampiros videntes, los que me consideraban la salvadora. No me autoproclamaba y, si tenían

razón, yo no era nadie para negarlo. Cargaría con mi deber. Por mi país, por ellos, por Zep, por mí.

—Lo comprendo —respondió cogiéndome de la mano—. Bueno, tú y yo tenemos algo pendiente, ¿verdad?

Asentí con una amplia sonrisa. Tiró con suavidad de mí en dirección a la puerta que estaba a nuestra derecha. Sei emitió un ruidito de alegría. Sentí sus patitas sobre mi cabeza; debía de estar agarrándose a mis mechones.

—Mi sala de pintura. —Señaló la primera puerta junto a las escaleras—. Y la siguiente, como te dije, es la entrada a mi habitación.

—¡Vamos! ¡Estoy deseando conocer esa parte de ti! —contesté entusiasmada.

Me soltó y rebuscó en su bolsillo hasta sacar un llavero repleto de llaves. Separó una que hacía juego con la puerta; pues, al igual que esta, parecía haber sido salpicada con multitud de manchas de pintura de diferentes colores pastel. Si bien sobre la madera de la puerta había incrustaciones de zafiros formando un arco. Y en su centro, con un pincel y una caligrafía elegante y cuidada, alguien había escrito: «Pinta aquello que te haga feliz, aquello que te remueva el alma y despierte en ti sentimientos intensos. Muéstrale con tu pincel al mundo cómo ves tú aquello que te fascina. Hazles partícipes de lo que ven tus ojos».

—¿Eso lo has escrito tú? —pregunté movida por la curiosidad, sin poder contenerme.

Sonó el clic de la cerradura y comenzó a abrir; se volvió en mi dirección unos instantes, mientras sujetaba la puerta.

—Sí, estaba inspirado —admitió—. ¡Vamos, entra! Ven a ver los misterios que se esconden detrás de esta puerta.

Asentí y cerró con agilidad a nuestras espaldas. Nos quedamos completamente a oscuras. Pero no por mucho tiempo. Sentí su oscuridad pasar por detrás de mi espalda, y las luces comenzaron a encenderse, una detrás de otra.

Ante mí había un estrecho y largo pasillo lleno de candelabros y de cuadros. Caminé lentamente, observando las obras que se extendían a cada lado. Reconocí algunos lugares como el Palacio de

las Tinieblas o el puente de los aéteres. Pero había otros lienzos que no tenía ni idea de qué parte de Dusterkeit representaban: una lluvia de estrellas, un cielo morado, bosques, campos de flores... Era bueno, parecían pintadas por un profesional.

—¿Te gustan? —preguntó Zep rompiendo el silencio—. Tampoco son nada del otro mundo, pero...

—¿Bromeas? ¡Me encantan! Tú también tienes el don, como tus antepasados —contesté, deteniéndome al final del pasillo.

Él se situó frente a mí, y mis ojos se posaron en los suyos.

—Tienes que pintar las paredes de tu hogar. No puedes dejar que esto se pierda.

Sus zafiros brillaron a la luz de los candelabros.

—No quiero estropear lo que hicieron mis ancestros —confesó en un murmullo.

—No lo harás. Continuarás su legado. Prométemelo —pedí cogiéndole las manos.

Su oscuridad desfiló por mis brazos, como una caricia suave.

—¿Por qué es tan importante para ti que pinte esas paredes?

—Porque es tu deseo. Quiero que hagas aquello que te hace feliz. Prométeme que lo harás —insistí, acariciando el dorso de sus manos.

—Algún día, cuando todo esto que nos acecha acabe, lo haré. Te lo prometo.

Sonreí aliviada.

—Eso es lo que quería oír.

Y le di un beso en los labios.

—Eres de lo que no hay —musitó contra mi boca, y su mano se posó en mi nuca—. Vamos a la sala principal, a ver qué te parece.

Una gran sala nos recibió. Las paredes eran de color azul zafiro y estaban llenas de puntitos blancos simulando estrellas, incluso había una luna llena en una de ellas. La pintura era tan realista que parecía que estuviéramos de verdad en el exterior. El suelo semejaba un prado verde esmeralda lleno de pequeñas flores blancas. Y entre toda esa gran obra de arte, se extendían los cuadros por las paredes. Una de ellas albergaba tan solo un gran retrato de cuerpo entero, en el que el rey y la reina se miraban con devoción y amor. Había sabido captar sus emociones en sus rostros.

Me acerqué para poder contemplar mejor la pintura. Y me di cuenta de que había dos caballetes junto a esa pared.

—Es mi rincón para pintar —aclaró.

Observé que junto a uno de ellos había un taburete de madera blanca. Me acerqué lentamente y pude sentir los nervios de Zep en mis latidos. ¿Qué le pasaba? Me volví unos instantes para mirarlo y me dedicó una amplia sonrisa. Las corrientes de oscuridad envolvían su cuerpo. Le mandé impaciencia, curiosidad y sosiego con mi siguiente latido. Y seguí andando.

Rodeé los caballetes y así pude ver lo que había representado en los lienzos. Me llevé las manos al corazón y abrí la boca de par en par. En el de la izquierda había un retrato de mi cara, tan realista que parecía mi propio reflejo. Me sentí tentada de tocarlo; pero no quería estropearlo.

—Me has pintado —musité—. Es… no tengo palabras. Me encanta. Y lo haces de memoria, sin tener a la persona delante; es increíble. ¿Todos tus cuadros son de memoria?

—Muchos de ellos sí.

Lo miré, siendo consciente de que la admiración llegaba a sus sentidos.

Él se me acercó en silencio hasta colocarse a escasos centímetros de mí, justo entre los dos cuadros.

—Mira la otra pintura —me pidió.

Me volví sin pensarlo dos veces. Era yo, con el vestido azul celeste que Kaia me había confeccionado para el baile del solsticio. Los puntitos de la falda en el momento exacto en el que parecían reflejar los colores del arcoíris. Las luciérnagas volando alrededor de mi cuerpo. Incluso se había tomado la molestia de pintar a Seika en mi hombro, como señal de que no se había olvidado de su presencia en el baile o junto a mí. La corona con pequeños cristales posada en mi cabeza, la misma que había revelado al mundo que era su aishiteru.

—Es precioso —alcancé a decir.

—Camille, este cuadro es una declaración de intenciones —confesó acercándose más a mí. Estaba tan cerca que podía respirar su olor a roble y oír los frenéticos latidos de su corazón.

—¿Qué quieres decir?

La oscuridad danzó por un momento fugaz en sus zafiros. Su brazo rodeó mi cintura. Y sus corrientes nos envolvieron, como si fuésemos parte de un solo ser. Las sentía desfilar por mi espalda.

—Camille Dageraad, ¿te gustaría ser oficialmente mi princesa? La princesa de Dusterkeit.

Sentí el momento exacto en el que mi corazón parecía haber estallado de mi pecho.

—Me encantaría. Te amo con todo mi corazón, Zephyran. Siempre estaré donde estés tú. Nos enfrentaremos juntos a todo lo que venga, ¿recuerdas?

Entonces agarró mi nuca con suavidad, y nuestras bocas se juntaron sellando nuestras palabras.

Se separó y metió una mano en el bolsillo, sacando una pequeña cajita violeta de terciopelo. La abrió con agilidad, dejando a la vista dos delicados anillos que parecían hechos de plata.

—En Dusterkeit cuando la aishiteru del príncipe acepta ser coronada, ambos se ponen los anillos que simbolizan su unión.

Cogió con cuidado el que tenía una pequeña piedra de color azul zafiro y me lo colocó en el dedo corazón. El que representaba al órgano que nos unía mágicamente. Dediqué unos segundos a observar mi mano, maravillada. Era tan bonito, el anillo y lo que representaba. Él sonrió ampliamente.

—Ahora tú.

Cogí el suyo con cuidado. Era idéntico al mío, pero con una amatista incrustada. Los minerales parecían representar el color de los ojos del otro. Lo deposité con cuidado en su dedo. Él observó su mano y me la mostró sonriente. No pude evitarlo y lo abracé con fuerza, sintiéndome afortunada por tenerlo. Él deslizó su mano libre por mi espalda.

Sei emitió un ruidito en busca de atención. Nos separamos y alcé la mano para atraparlo.

—¡Te tengo! Si no estuvieses en mi cabeza quizás podría hacerte más caso, ¿no crees? —pregunté, colocándolo en el hueco sobre mi codo.

—No seas mentirosa, estabas más pendiente de mí. —Me guiñó un ojo Zep.

Sei emitió un ruidito, como si le diese la razón.

—¿Los dos en mi contra? Muy bonito, ¿no? —contesté, antes de comenzar a partirme de risa.

Y después caí en la cuenta de que no me había dicho cuando sería la coronación.

—¿Cuándo será?

—En cuando regreses a casa haré correr la voz para que comiencen a preparar todo. Dentro de unas semanas.

—¿Tan pronto? —pregunté, asombrada por la rapidez.

—Sí, estamos en el momento ideal, ya que podemos hacer coincidir la coronación con una noche de estrellas fugaces; algo típico aquí. No sé si te has fijado en el cielo, pero hoy está lleno de ellas.

Negué. ¿Cómo podía ser que no me hubiese dado cuenta?

—Las semanas posteriores al solsticio de verano, estas pueblan los cielos con bastante frecuencia, durante el antelunio y durante la noche. Pero las coronaciones siempre son por la noche, para que la luna pueda iluminar nuestros pasos.

—No voy a dejar de aprender cosas nuevas. Tenéis unas tradiciones muy bonitas —admití.

Él sonrió.

—¿Te apetece ir a ver las estrellas fugaces al Jardín del Plenilunio? Podemos pasar a buscar a Kaia.

—Me encantaría.

Capítulo 4. Antelunio de estrellas fugaces



Kaia

Mi cuerpo estaba cómodamente apoyado en el hueco que ofrecían el ventanal que daba al Jardín del Plenilunio y la pared en la que mi espalda reposaba. Llevaba el pelo azul trenzado sobre mi traje de cuero negro, ideal para el combate y, por tanto, para el día a día. Mis ojos se posaron en los del color del oro líquido del chico que estaba frente a mí. Y no me refiero al rey, sino a Aerian.

Las miradas, que me había dedicado por los pasillos en múltiples ocasiones, eran las que habían conseguido captar mi atención sobre él. Un soldado de Zephyran que no me tenía miedo como los demás. Se pasó su mano encallecida, fruto de su trabajo, por los mechones rubio platino que se habían despeinado al acercar su cara a la mía.

—Hoy te noto muy pensativa —afirmó, posando la mano en la pared, a escasos centímetros de mi cabeza.

—Eso es porque lo estoy. —Le guiñé un ojo y puse un brazo en jarras.

—Mi pequeña amazona —susurró acariciando mi trenza—. ¿Es porque echas de menos a tu amiga Camille?

—Justo ahora no era ella la que ocupaba mis pensamientos. —Lo miré desafiante y mis colmillos asomaron—. Aunque sí, reconozco que la echo muchíííísimo de menos.

—No te pega reconocer esas cosas. —Sus colmillos asomaron, y su boca quedó a escasos centímetros de la mía cuando agachó la cabeza—. Dime, ¿en qué pensabas entonces?

—Pensaba en ti.

Un brillo de diversión danzó en sus ojos amarillos.

—No me digas, ¡qué agradable sorpresa! —La mano, que hasta hace unos segundos vagaba por mi pelo, se posó en mi mejilla—. Hoy estás más transparente que un aéter con tus sentimientos.

—Quizás me esté acostumbrando a ello, soldadito de oro.

Lo agarré por la cabeza, sin delicadezas, y nuestras bocas chocaron en un beso salvaje y apasionado. Sentí mi corazón acelerarse con el contacto de sus labios sobre los míos. Nuestros colmillos rozándose en una sensación agradable. Estaba a punto de morderlo cuando el ruido de unos pasos, demasiado cercanos para mi gusto, captó mi atención.

Puse la mano sobre su pecho definido y lo empujé hacia atrás.

—¿Qué pasa? —preguntó sorprendido.

Pero mis ojos habían dejado de prestarle atención. Estaban clavados en la chica de pelo gris que tan bien conocía y que tanto tiempo llevaba sin ver. Desde que había regresado de su visita a los vampiros videntes no había querido molestarla. No sabía si había hecho lo correcto; pero yo era de las que necesitaba estar sola para pensar y que no me abrumasen. El príncipe había sido estos días el blanco de todas mis preguntas para conocer el estado de mi amiga. El mismo que la acompañaba; ambos se miraban sonrientes sin percatarse de mi presencia.

Aerian siguió la dirección de mi mirada y encajó las piezas.

—Ve a saludarlos. De todas maneras, debería regresar a mi puesto.

—Gracias —murmuré agradecida—. ¡Nos vemos!

Y esa fue toda mi despedida antes de desaparecer de su lado y materializarme frente a Cam y Zep en décimas de segundo, cortesía de la velocidad vampírica. Ellos me miraron perplejos; y pude escuchar a la perfección la risa de Aerian ante mi aparición repentina, justo antes de esfumarse. Mi amiga comenzó a sonreír, podía sentir su ilusión por encontrarse de nuevo conmigo. Sin embargo…

—Así que has vuelto a Palacio y no has venido a visitarme —Me cruce de brazos. Mi tono divertido revelaba que no estaba enfadada.

Ella sonrió.

—¿Puedo abrazarte?

—Solo por ser tú. —Le guiñé un ojo.

Sus brazos no tardaron en apretarme tanto el cuello que podría haberme asfixiado con facilidad. Le devolví el abrazo y me separé rápidamente. El príncipe nos miraba como si fuese un juego muy divertido.

—¿Y tú que miras?

—Yo también me alegro de verte, Kaia —contestó, levantando las manos en señal de paz.

—Fuimos a buscarte a tu habitación, pero no estabas. No me había olvidado de ti, te he echado de menos estos días.

Le sonreí. Mi cuerpo había superado el límite de sentimentalismo diario, que normalmente solía ser nulo.

—Y yo que creía que te habías olvidado de mí —bromeé—. Pues ya estoy aquí. ¿Hay algún motivo por el que me buscaseis?

—Cam anhelaba verte y queríamos proponerte un plan.

—Soy toda oídos.

—Nos apetece ver el espectáculo de estrellas fugaces contigo en el Jardín. Si te parece bien y no tienes nada mejor que hacer claro.

—Me gusta la idea, vamos a vuestros adorados jardines.

Ellos sonrieron y comenzamos a andar. La salida no estaba muy lejos.

—¿Estás preparada para contarme lo que te ha mantenido encerrada estos días? —No pude evitar preguntar movida por la curiosidad.

—Sí, pero cuando estemos fuera.

Lejos de oídos indiscretos. Captado.

—¿Qué hacías tú por aquí? —Quiso saber mi amiga.

Zep nos observaba con atención, pasando la mirada de una a otra, como si estuviese observando un combate cuerpo a cuerpo.

—Estaba charlando un rato con Aerian, pero ya regresó a su puesto de trabajo.

—Me imagino que no solo hablabais —respondió con una sonrisa insinuante.

—Bueno, lo normal. Ya sabes —Le resté importancia, antes de que el recuerdo me calase la cabeza.

Ella asintió despacio.

—No sabía que mis soldados se dedicaban a eso en su tiempo libre —bromeó Zep.

—Pues ya has aprendido algo nuevo, príncipe. ¿Nos tumbamos? —pregunté señalando el amplio césped verde azulado que se extendía frente a nosotros.

—Me gusta como piensas —contestó el ángel; y se tiró en el suelo a un lado de Cam, que no tardó en unirse.

Ocupé su otro lado. Seika se puso sobre su estómago y me miró en busca de atención.

—Hola, púas —saludé, acariciando su hocico con cuidado.

Él emitió un ruidito en respuesta.

—¡Cuaaack!

—Cardan —masculló el príncipe, y las dos sonreímos.

La anátida oscura del príncipe se había posado en la hierba por detrás de nuestras cabezas.

Alcé la vista y vi como multitud de estrellas fugaces iban tiñendo el cielo violeta sobre nosotros. Sumándose temporalmente a la infinidad de estrellas que lo ocupaban de forma permanente.

—¡Es precioso! —exclamó la vampira.

—¡Cuaaack! —parpó el pato en busca de atención.

Hoy se habían levantado todos los animales especialmente cansinos; pero había que reconocer que eran divertidos y me caían bien.

—Ven aquí y te acariciaré —respondió ella.

Ard, contento con esa información, la sobrevoló y se posó en su estómago al lado del erizo. Ella los acarició a los dos en silencio, con la vista perdida en el cielo. El heredero la miraba como si fuese la cosa más adorable del mundo.

—¿Qué pasó con los vampiros videntes? —le recordé.

Entonces me relató toda la historia, pasando por lo que ella tendría que hacer con los Animales Guardianes y la batalla que en algún momento libraríamos contra el enemigo. Cuando ya creía que no podía sorprenderme más soltó a bocajarro.

—Y lo peor de todo es que el enemigo es mi padre.

Me volví hacia ella alucinada. Ahora entendía por qué había estado encerrada. No quise hacer ninguna pregunta incomoda, dejé

que fuese ella la que continuase. Y me contó que ya lo había asumido y que para ella su verdadero padre era Erik. Después añadió que había hablado con el fantasma de Ahrienia, dándome detalles de la conversación.

—¡Por Vlad Drácula! —renegué—. Yo también creo que él puede jugar con esa carta que dice tu madre. Hacerte dudar, hacer que te replantees las cosas… Por supuesto, no lo conozco, pero visto lo que está haciendo con el país, le creo muy capaz. Querrá tenerte a toda costa.

—No me atrapará —respondió, apretando los puños con convicción.

Entonces me di cuenta de que en su mano había un delicado anillo de plata con un zafiro engarzado. Mi vista viajó a las del príncipe, y vi que tenía una joya idéntica pero coronada por una amatista.

—¿Vosotros dos queréis matarme con las sorpresas?

Ambos me miraron confundidos.

—¿Cuándo te ha dicho que la coronación de princesa será oficial? —Clavé mis ojos rosa en mi amiga.

—Hoy mismo. Iba a contártelo, pero es que tenía que decirte demasiadas cosas y estábamos hablando de esto.

—Son noticias frescas entonces. ¡Enhorabuena a los dos!

—Eres la primera en enterarte, pensaba comenzar a organizar todo en cuanto Cam regresase a su casa —intervino el príncipe.

—Vale, todos sabemos que yo haré tu vestido de princesa.

—Todos lo sabemos —repitió Cam sonriendo—. ¿Necesitas volver a tomarme mil medidas?

—No, las tengo de la otra vez. Solo necesito saber la fecha de la coronación.

—Será en unas semanas, te llegará una carta con la fecha exacta.

—Genial. ¿Qué se siente al ser la princesa casi oficial de Dusterkeit? —miré a mi amiga ilusionada con la situación. Le haría un vestido espectacular—. Aunque, bueno, desde que te puso la corona proclamando que eres su aishiteru, realmente eres princesa no oficial.

—Me siento un poco perdida, porque no tengo ni idea de lo que es ser una princesa. Pero sé que Zep me guiará.

—Me conoce bien —añadió el ángel.

Y, después de esa conversación, todos parecimos relajarnos y comenzar a prestar atención al cielo que hasta entonces habíamos dejado olvidado. Mientras las estrellas fugaces iban tiñendo el mundo con su luz, yo no podía dejar de maquinar en mi cabeza. Cómo sería el atuendo con el que mi amiga dejaría las bocas de todos abiertas de par en par y sus ojos salidos de sus órbitas.

Capítulo 5. El inicio de nuestros viajes



Camille

El espectáculo de estrellas fugaces había sido una de las cosas más maravillosas que había contemplado en mucho tiempo. Y los minutos se me había pasado volando junto a Zep, Kaia, Sei y Ard. Cuando regresé a casa, pasado el mediantelunio, me encontré con que Ovraal había preparado una comida deliciosa para todos. Shed se quedó a comer. Nuestra conversación en la mesa fue por los mismos derroteros que la de antes con Kaia; aunque fue más corta, puesto que Ov ya le había contado a su pareja todo.

Mi padre, el enemigo, los Animales Guardianes, Ahrienia… Hasta que Ovraal observó mi anillo y me ahorró tener que darles explicaciones.

—La coronación oficial; me moría de ganas de que tuviese lugar. Pelo gris, ¿cómo has tardado tanto en contárnoslo? —me regañó con una gran sonrisa.

—Estaba esperando a que os aburrieseis de los temas que últimamente parecen la última moda conmigo —bromeé.

—¡Enhorabuena, futura princesa! —exclamaron ambos al unísono.

—Bueno, ¿y cuándo será? —Quiso saber Ov. Sus ojos verdes se clavaron en los míos—. Shed y yo tendremos que ponernos nuestras mejores galas para la coronación de nuestra amiga. Mi mejor amiga.

Sentí el orgullo que teñía sus palabras.

—Zep está organizándolo. Os llegará una carta con la fecha —reproduje lo que le había dicho a Kaia—. Pero será en unas

semanas.

—¡Por todos los búhos oscuros! ¡Es dentro de nada! —exclamó el brujo alarmado.

—Tranquilo, seguro que encontraremos algo glamuroso para ponernos. Como a ti te gusta —lo calmó Shed.

—Estoy con él.

Ese mismo día, por la tarde, hablé con Zephyran de cuáles serían nuestros próximos pasos en la búsqueda de los Animales Guardianes. Sabíamos que cada templo servía para venerar a una pareja de Animales Guardianes: uno de Luz y otro de Oscuridad. Este equilibrio ahora estaba roto por obra del enemigo, que había hecho que ambas partes fuesen de Oscuridad, dando así lugar a la grieta que partía el cielo al norte de Noctis.

Recordaba perfectamente cuál era mi misión. Las palabras de los vampiros videntes habían retumbado con frecuencia estos días en mi cabeza: «Debes usar tu poder para saber cuál de los dos tiene las células oscuras, que no le corresponden en absoluto, y mutarlas para que vuelvan a ser células luminosas. Una vez haya luz y oscuridad en las cinco parejas, el equilibrio será restablecido y la grieta se cerrará».

Zep y yo habíamos decidido que el primer templo que visitaríamos sería el del Amanecer, el que pertenecía a los Unicornios. Recordaba perfectamente la imagen del que había visto en la fuente de Noctis la primera vez que visité la ciudad junto a Ovraal: oscuro y de crines blancas. Pero no tenía ni idea de si era el de la Luz o el de la Oscuridad. Eso debería averiguarlo cuando los encontrásemos.

Ovraal había intervenido al final de nuestra conversación para informarnos de que se quedaría en la ciudad; porque era necesario que alguien poderoso permaneciese en ella por si algo sucediese. Shedyel lo acompañaría. No tenía ni idea de cuáles eran los poderes de este último; pero los de Ov, desde luego, valdrían como buena defensa de la ciudad. Por si algo sucedía, por si tenían lugar más ataques en la grieta. También contábamos con el ejército de Zep, que en su ausencia quedaría a cargo de Kurai, su segundo al mando.

—¡Buena suerte, pelo gris! ¡Y a ti también, mi viejo amigo y príncipe de Dusterkeit! —había exclamado el vampiro esta mañana cuando se despidió de nosotros en su puerta, con Shedyel a su lado. Estaba segura de que aprovecharía mi ausencia para pasar más rato con él.

—Gracias, divertíos en mi ausencia —respondí con una amplia sonrisa.

Sentía las patitas de Seika sobre mi cabeza. Vendría con nosotros. No quería volver a pasar tantos días sin él.

—¡Nos vemos a la vuelta! —se despidió el príncipe.

Zep y yo ya estábamos a punto de salir de la ciudad de Noctis, cuando una voz familiar captó nuestra atención.

—¡Cam, Zep! —exclamó, antes de usar su velocidad para colocarse justo delante de nosotros.

Sentí una presencia a nuestras espaldas y me volví, para encontrarme con Aerian. Desvié la mirada de nuevo a mi amiga.

—Kaia, ¿qué hacéis aquí?

El príncipe parecía igual de confundido que yo.

—¿No esperabais de verdad que os permitiríamos ir solos? —preguntó cruzándose de brazos.

—No quería molestar a nadie más con mis problemas.

—Tus problemas son los de todo el mundo en esta ciudad, en este país —respondió como si eso lo explicase todo—. Además, soy tu amiga. Quiero acompañaros.

—Está bien. No seré yo quien te lo impida.

Las miradas de todos se volvieron hacia Aerian, que se encogió de hombros.

—Le pedí permiso a mi capitán. Dijo que se apañarían para cubrir mis ausencias. Siempre que a vos os parezca bien, Alteza.

—Si tú quieres venir, yo no tengo ningún problema, Aerian.

—Gracias, Alteza. —Hizo una rápida reverencia.

—¿Cómo os enterasteis de dónde estábamos?

—Entre los soldados corrió la voz de que el príncipe había mandado a Kurai ocupar su lugar, porque debía partir en un viaje por la colina Knuppel. Se lo conté a Kaia y decidimos que os vendría bien nuestra ayuda. Yo seré el soldado que os escolte.

—Y yo puedo valer como uno más —añadió Kaia, señalando su traje negro.

—Una última pregunta, ¿cómo vas a hacer mi vestido si vienes con nosotros?

—Me he pasado toda la noche plasmando en el papel todo lo que hay en mi cabeza y se lo he pasado, junto con los patrones y las telas, a una sastra vampira de palacio de confianza. Tiene órdenes de ir cortando las piezas, y empezar a coser si yo no he regresado cuando queden cinco días para la coronación. ¿Nos movemos?

—¡Cuaaack!

Todos nos volvimos, encontrándonos con Cardan aterrizando a escasos centímetros del príncipe. Comenzó a parpar, como si estuviese indignado porque no hubiese contado con él para el viaje. El ángel le sonrió y después volvió sus ojos zafiro al resto.

—Parece que ahora sí estamos todos.

Y nos echamos a reír. Así fue como nuestro grupo formado por tres vampiros, un ángel negro, un erizo oscuro y una anátida oscura atravesó la línea que indicaba el final de la ciudad de Noctis y el principio de la colina Knuppel. Y de pronto se hizo la luz. Había olvidado lo que se sentía bajo la luz del día. Sí, en Dusterkeit siempre era de noche. Pero habíamos entrado dentro de la única porción de terreno en la que el cielo era de un precioso cian, igual que el del planeta en el que me había criado. Bueno, igual de no ser por las estrellas que poblaban el cielo en toda su extensión.

—¿Alguna vez habíais estado en esta zona? —pregunté movida por la curiosidad.

Todos negaron con la cabeza y los animales emitieron ruidos ininteligibles. Me volví hacia Kaia, dudando si podía hacer el comentario que se me pasaba por la cabeza.

—Lo sabe todo y no dirá nada.

Dejé escapar un sonoro suspiro de alivio. Mejor así.

—Es como el cielo del mundo humano —dije entonces—. Pero está lleno de estrellas y no hay Sol.

—Quizás te sientas más como en tu hogar aquí entonces —opinó el príncipe, cogiendo mi mano con cuidado.

—La Tierra siempre será un poco mi hogar, porque me crie allí. Pero ahora mi hogar es Dusterkeit. Eres tú.

Sus ojos zafiro parecieron rielar a la luz de las estrellas y de este cielo luminoso. Me mandó un latido transmitiendo su bienestar y devoción por mí.

—Eres la princesa con la que siempre soñé.

—Parad el carro —intervino Kaia moviendo las manos exageradamente—. Hemos venido a buscar a los Animales Guardianes, no a presenciar vuestro amor, pasteloso como la sangre de cérvido.

—Es mi favorita —contesté guiñándole un ojo.

Aerian y Zep se rieron ruidosamente.

—No sé por qué no me sorprende, amiga.

De pronto, algo similar a un cerdo muy pequeño y de color negro apareció a las espaldas de la vampira.

—¿Qué es eso? —Señalé.

—La colina Knuppel es conocida por albergar todo tipo de animales de granja. —Se volvió, y su trenza azul danzó en el aire—. Eso es un pox; son inofensivos, como todas las criaturas que campan por esta colina.

—¿Un pox? Es idéntico a los cerdos de la Tierra.

—Hoy estás especialmente nostálgica con el planeta que te acogió. —Sonrió—. Nunca he oído hablar de esos cerdos… Es broma, también existen aquí. Los pox son parientes suyos; de hecho, también se les llama cerdos oscuros.

—Recuerdo haber bebido su sangre. —Sonreí de vuelta.

Me fijé en el suelo, la hierba azulada camuflaba nuestras pisadas. El terreno estaba lleno de pox que olisqueaban. A lo lejos pude discernir unas criaturas que parecían una bola de lana negra, con patas negras desnudas y dos ojos al frente, perdidos entre la lana. Se parecían, solo un poquito, a las ovejas.

—Son galasis —aclaró Zep siguiendo la dirección de mi mirada—. Algunos materiales que se usan para hacer ropa provienen de ellas.

—Tenemos que encontrar la cascada —opinó Aerian.

—La encontraremos cuando llevemos un día caminando. Lo he calculado y, contando con las pausas para dormir y las posibles

amenazas, son aproximadamente cuatro días de viaje, dos a velocidad vampírica. Pero traemos provisiones de más, ya que en los bosques Sterneskudd la cosa podría complicarse.

—Hemos hecho los mismos cálculos, Alteza —contestó el soldado.

—Hay que intentar seguir el margen del río, hasta que demos con el templo que está en la orilla derecha.

En ese momento una galasis se cruzó en mi camino y me tomé la licencia de observarla de cerca. Sus ojos azul verdoso se encontraron con los míos y emitió un balido dulce. Observé que su lana no era exactamente negra, pues parecía brillar en algunas partes, casi como si contuviese trozos de galaxia.

—Puedes acariciarla —aclaró Kaia.

¿Tanto se me notaba? Mi mano se deslizó por su cabeza; era suave. Al cabo de un rato, la criatura encontró más interesante una flor de color añil que crecía a sus pies y comenzó a comérsela. Tras un largo rato caminando decidimos echar mano de la supervelocidad para ganar tiempo. Tuvimos que convencer a un orgulloso Cardan de que se subiese a los brazos de Aerian. Quizás las caricias y los bichos que le proporcionamos ayudaron en el proceso. Eso y que vio que Seika seguía cómodamente en mi pelo y yo era la elegida para llevar a Zep a caballito, su peso como una pluma para mí.

Así nos desplazamos por el prado azulado, esquivando todos los obstáculos; o, mejor dicho, a todos los animales oscuros que se cruzaban por nuestro camino, como si con ellos no fuese la cosa. Paramos solo para comer, y seguimos hasta que la luna comenzó a salir por el cielo indicando que se hacía de noche.

—Solo una persona aquí necesita dormir —comentó mi amiga mirando a Zep.

—¿Qué insinúas? —preguntó este.

—Que podríamos seguir viajando hasta el templo sin descanso y ahorrarnos mucho, mucho tiempo.

—Mi pequeña amazona, creo que a todos nos conviene dormir. Ya que es un viaje largo y no sabemos con qué vamos a encontrarnos cuando lleguemos al bosque. Los pox y los galasis son inofensivos, pero ¿y allí qué?

—Yo estoy con él; necesitamos dormir para reponer fuerzas, Kaia —opiné—. No tengo ni idea de qué esconde el bosque ese, pero veo bien dormir. Además, Sei y Ard también necesitan descansar como algo vital.

—¡Cuack! —parpó removiéndose en los brazos de Aerian.

—Vale, como queráis. Era solo una idea.

—¡Guardad silencio un momento! ¿Oís eso? —preguntó el soldado. Sus ojos como el oro líquido miraban al frente escudriñando el paisaje.

—¡Es agua! ¡Hemos encontrado la cascada! —exclamó la vampira.

Miré al frente, por encima del borde del acantilado, y observé el perfecto contraste que se formaba en el horizonte entre los dos cielos que, según los mapas, se encontraban sobre el río Bat que debería estar tras la cascada. A un lado el cian lleno de luz y al otro el negro como el carbón de la noche cerrada. Un degradado entre ambos colores se formaba en la unión de ambos cielos. Justo por encima del curso del río. La luna coronando el centro entre ambos.

El inicio de la cascada era ya perfectamente visible para nosotros: aguas blancas de espuma y niebla que mojaba. Su rugido inundando mis oídos.

—Me parece que este es un buen lugar para dormir —intervino Zep.

Bajó de mi espalda sin esfuerzo. Estaba como nueva a pesar de haber cargado con él todo el antelunio; cortesía de mis genes vampíricos. Cardan se removió en los brazos de Aerian, hasta que este se detuvo y lo dejó volar al suelo.

—Estoy de acuerdo con vos, Alteza. Después todo lo que nos espera es bosque. Estamos en la zona más tranquila de todo el viaje.

—No es necesario siquiera hacer guardias nocturnas —le respondió el ángel.

Sei se removió pidiendo que lo bajase; y le hice caso, colocándolo junto a Ard. No tardaron en ponerse a jugar, ignorando nuestra conversación.

—Establezcamos el campamento entonces —propuso mi amiga abriendo su mochila—. Tela mágica —añadió como única explicación.

La posó en el suelo, y comenzó a crecer hasta adquirir la forma de una casa morada hecha enteramente de tela. Tiendas mágicas. Después sacó dos sacos de dormir a juego con la «casa». Zep la imitó, y una nueva tienda del color de los zafiros apareció ante nosotros.

—Bueno, pues ya está. ¡Cada uno a su tienda! —exclamó Kaia con una nota de diversión en la voz.

—Ard y Sei vienen con nosotros —intervino Zep rodeando mi cintura y envolviéndome con una de sus alas.

Asentí y pasamos al interior, tras dar las buenas noches a Aerian y a mi amiga.

Capítulo 6. Bosque Sterneskudd



Zephyran

Cam había observado maravillada el interior de la tienda mágica durante un buen rato. A pesar de que ya llevaba tiempo viviendo aquí, aún había cosas que continuaban sorprendiéndola. La tienda era lo suficientemente grande como para que cupiese una cama doble, que no era tan cómoda como la de Palacio, pero cumplía su función. A un lado un bloque rectangular para colocar las pertenencias.

Mi oscuridad comenzó a reptar en su dirección, hacia adelante, y acarició su espalda con delicadeza. Ella se estremeció con mi contacto y sus ojos púrpura me miraron.

—¿Cómo puede caber todo esto en una simple tela?

—Magia. —Sonreí, y mis corrientes se deslizaron por sus brazos.

—Es fascinante —murmuró acercándose a mí. Sus ojos se tornaron esmeralda, rosa, amarillos, zafiro, y volvieron a su ser.

—Lo que tú haces también lo es —contesté acercándome más.

Agarré su mochila y ella no opuso resistencia. La deposité en el bloque destinado para esa función, al lado de la mía. Y me tumbe junto a la pared de tela de color zafiro, dejándole a ella la parte de fuera. Iba a ser el segundo viaje en el que dormiría a su lado, aunque el primero en el que ella lo hacía también. En el primero, en el Bosque Espejismo sin la tienda mágica, ella había permanecido despierta todas las noches, empeñada en protegerme.

Sus ojos se clavaron en los míos cuando se acercó y se tumbó con cuidado. Nos observamos en el silencio de la noche, hasta que

sus ojos comenzaron a cerrarse.

—¿No tienes frío? —preguntó, agarrando la manta que se extendía a nuestros pies.

—Ahora mismo no, pero supongo que luego refrescará.

Ella extendió la manta cubriéndose también, a pesar de no necesitarla. Ella no sentía el frío.

—Así mejor. —Bostezó.

—Tu capacidad para conciliar el sueño me sorprende.

—Algunas costumbres del mundo humano se han quedado muy arraigadas dentro de mí. Y me he pasado todo el antelunio corriendo, contigo a mis espaldas. Quizás eso haga que mi cuerpo quiera que reponga fuerzas.

—Quizás —musité—. Date la vuelta, quiero abrazarte.

Se giró y su espalda se posó sobre mi pecho. Su pelo gris platino invadió mi cara, trayéndome con él su olor a vainilla y frutos del bosque. Le coloqué con cuidado los mechones sueltos por debajo de la cabeza. Podía sentir el latido de nuestros corazones sincronizados. Mis brazos la abrazaron con fuerza, como si cualquier cosa pudiese arrebatármela de mi lado. Lo impediría, la protegería con mi vida.

—¡Duérmete, pequeña vampira! —susurré contra su oído.

Ella se volvió y me dio un rápido beso en los labios, antes de recuperar su posición.

—¡Buenas noches, mi príncipe oscuro!

No tardó en dormirse, el ritmo de su corazón me lo reveló. Me permití observarla, era increíble y era mi aishiteru. Me quedé dormido casi sin darme cuenta. Estaba demasiado a gusto. Podría acostumbrarme a ello.

—¡Arriba dormilones! ¡La luna hace tiempo que se ha puesto y tenemos todavía mucho camino por delante! —exclamó Kaia dando golpecitos contra la tela de la tienda.

—Oye, no creo que sea buena idea despertar al príncipe así —opinó Aerian.

—Por encima de príncipe es mi amigo.

Su respuesta me hizo sonreír. Cam se volvió hacia mí.

—Parece que tenemos que seguir con nuestro viaje. —Su mano se posó sobre mi pecho.

—Eso parece. —Deslicé la mano por su mechón suelto, colocándoselo detrás de la oreja.

Nos dimos un beso rápido y salimos al exterior. Seika y Cardan nos siguieron y comenzaron a husmear en el césped en busca de comida. Me agaché para cumplir sus deseos.

—¡Buenos días, Kaia! Los despertadores como tú deberían conquistar el mundo —bromeó Cam.

—Mira lo efectivo que ha sido. —Le guiñó un ojo.

—He pensado que la mejor forma de bajar la cascada es volando —empecé a hablar—. Yo puedo llevar a Aerian y Cam a Kaia. La pendiente del terreno es demasiado empinada.

—Olvidas que yo puedo manejar la naturaleza —objetó Kaia no muy convencida.

—Lo sé, pero cualquier cosa que hagas va a hacer ruido y va a perturbar la paz de las criaturas que habitan en el bosque allá abajo. Y no queremos eso, pudiendo evitarlo, ¿verdad?

—Su Alteza tiene razón, Kaia. Tampoco será mucho tiempo.

No me hacía especial ilusión que Aerian no parase de llamarme príncipe o alteza, pero en el ejército lo tenían así interiorizado. De modo que volví a morderme la lengua. No sabía cuánto más podría aguantar antes de decirle que, como pareja de Kaia y amigo mío, podía apartar los formalismos; al menos mientras estuviésemos de viaje.

—Venga, Kaia. Será divertido cargar contigo.

Las alas membranosas que Cam poseía, como híbrida de vampiro y ángel negro, aparecieron en su espalda.

—Vale, cógeme. Veamos lo que se siente al volar. —Se colocó delante de su amiga con la mano extendida.

Cam se agachó para recoger a Seika y depositarlo sobre su cabeza y agarró a Kaia de la mano.

—¿Estás segura de que quieres tener solo un punto de apoyo?

—Entre mi fuerza y la tuya no serán necesarios más.

Cogí a Aerian en brazos. Pesaba un poco, pero el entrenamiento me permitiría cargar con él.

—¡Espera! —exclamó Cam, soltando a su amiga y acercándose a nosotros—. No es necesario que te canses antes de haber luchado siquiera.

Su mano se posó sobre mis brazos y sentí un cosquilleo. De pronto Aerian no pesaba tanto. Era como un pájaro.

—Gracias —murmuré.

—¿Os ha dado fuerza? Llevadme como ella lleva a Kaia, no me gusta que me lleven en brazos. Por favor, Alteza —me suplicó.

Asentí y lo bajé al suelo. Alzamos el vuelo, probablemente en una de las escenas más cómicas de la historia. Kaia y Aerian se sujetaban a nosotros como si les fuese la vida en ello; en cierto modo les iba. Pero se miraban desafiantes, como si fuese parte de algún reto entre ellos. Cardan volaba a mi lado, parpando alegre.

Mire hacia la cascada que se extendía a nuestros pies. El sonido del agua se intensificó cuando sobrevolamos el final de la misma. Los rápidos hacían que nadar ahí fuese probablemente inviable. La pendiente elevada, llena de hierba, pasaba de azul a verde en un llamativo degradado a ambos lados de la cascada.

—Vamos a bajar ahí. —Señalé un terreno llano junto al margen del río Bat.

Una vez que aterrizamos, Cam se acercó para retirarme la superfuerza. Sabía que no me gustaba hacer trampas con mis habilidades. Mi oscuridad acarició sus brazos en respuesta. Ella sonrió.

—Ha sido un paseo curioso —intervino Aerian.

—Curioso es una muy buena forma de definirlo, soldadito de oro —contestó Kaia, deslizando su mano sobre la trenza—. Por suerte ya estamos en tierra.

—¡Bienvenidos al bosque Sterneskudd! Mantened los ojos bien abiertos —pedí, suplicando a quien quiera que pudiese escucharnos que no nos encontrásemos con los monstruos que lo habitaban.

Comenzamos a caminar siguiendo la margen del río. El cielo estrellado y luminoso sobre nosotros, permitía que cualquier amenaza fuese más fácilmente visible. La humedad, acompañada del calor, era un poco agobiante; pero podría soportarlo. Observé que Ard se había colocado junto al río, analizando si había algo a lo que

pudiese echarle el pico. Sonreí. A pesar de ello, sabía que se mantenía alerta y no iba a dudar en atacar a lo que fuese necesario.

Entre los densos árboles comenzaron a aparecer ciervos oscuros. Sus cuernos iridiscentes brillaban a la luz de las estrellas. Sus ojos de varios colores, según el ciervo, nos observaban, hasta que se cansaban y seguían andando entre la vegetación, como si nunca nos hubiesen visto.

—¿Estos cuentan como amenaza? —preguntó Cam.

—Estos poseen la sangre que tanto te gusta beber. —Sonreí enseñando los dientes—. Pero no van a hacer nada más que observarnos. Huirán si detectan que somos una amenaza.

—Está bien saberlo, aunque no pienso beber de ellos. Soy una vampira civilizada. —Su pelo se agitó con el viento.

—Tú y todos —respondió Kaia.

—Por cierto, tengo hambre —comentó Cam, abriendo la mochila y tendiéndome mi desayuno.

Después ofreció sangre a los vampiros.

—Gracias por tu oferta, pero tengo preparada una cantimplora de sangre picante de hiena para nosotros. La de cérvido no es mi preferida.

—Como quieras, más para mí entonces —respondió, comenzando a alimentarse sin perder el tiempo.

—Beberás sangre de cérvido en su presencia, ¡qué cruel! —bromeé observando sus colmillos, de los que ya goteaba sangre.

Se relamió antes de contestar.

—Ellos no saben que es suya, están demasiado lejos para olerla.

Un ruido partió el cielo, haciendo que me tensase y dejase salir mi oscuridad. Ya estaban tardando en aparecer.

—Parece que tenemos compañía —anunció Kaia mirándose las uñas con aburrimiento—. Ya me preguntaba cuando comenzaría la diversión.

Sentí el nerviosismo de Camille a través de sus latidos. Le mandé la misma sensación para que supiese que no era la única que lo sentía, pero la acompañé de apoyo, valentía y seguridad. Era su

primera batalla real sabiendo usar sus poderes. Vi como desenfundaba con agilidad su daga y escudriñaba el terreno en busca del peligro.

Aerian sacó su espada y la hoja rieló a la luz del cielo. Un guerrero de pies a cabeza. Me preguntaba si el apodo que le había puesto Kaia se debería a sus ojos o a su poder.

—Formad un círculo; hay que ver por dónde vienen. Son fomens, hacen que parezca que el cielo se está rompiendo para asustar a sus presas. Cardan y Seika id por el cielo, no dejéis que os atrapen, son demasiado grandes para vosotros.

Entonces lo vi. Unos ojos rojos, que asomaban entre las hojas de un arbusto, se clavaban en mi dirección. Saltó, y sus cuatro patas oscuras y peludas se hicieron visibles en el aire.

Capítulo 7. El Templo del Amanecer



Camille

Las alas de Zep estaban rozando las mías, aún extendidas. A nuestras espaldas Kaia y Aerian. El corazón comenzó a latirme con fuerza, al sentir que sería la primera vez que usaría mis poderes en un combate de verdad. Tenía miedo, pero no podía sucumbir a él. «Los valientes ignoran el miedo, lo conquistan. Lo hacen suyo», me dije. Cuando vi que el fomens saltó hacia Zep, no dudé y, aferrándome a la daga, usé mi velocidad vampírica para situarme justo frente a él, rompiendo la formación.

Sabía que había más a mis espaldas, oía sus atronadores rugidos, pero no podía volverme, no podía perder la concentración. Mis ojos se clavaron en los suyos, se dio cuenta demasiado tarde de que me tenía al lado. Lo toqué, sentí la canción de su ADN bailar en mi interior; la seguí, la hice mía. Y sus largas y afiladas garras se redujeron a la altura de los pelos de sus patas, redondas e inofensivas.

La bestia me miró confundida durante unos segundos. Después se separó de mí, como si hubiese comprendido que podía hacerle algo, y abrió la boca dejando que sus larguísimos y afilados dientes reluciesen a la luz del cielo. Sus ojos rojos me miraron con rabia; el cielo seguía amenazando con romperse, incluso podía escuchar relámpagos. Saltó y lo esquivé, permitiéndome una única y fugaz mirada a mis espaldas. Zep luchaba contra tres fomens; sus corrientes de oscuridad los atrapaban sin esfuerzo. Kaia y Aerian, tenían cinco para ellos; me pareció ver que un rayo cayó sobre uno.

Sentí que perdía el equilibrio y choqué contra el suelo. Me volví hacia mi objetivo que, aprovechando mi breve distracción, me había agarrado con sus patas. Agradecí haberle despojado de sus uñas. Entonces todo sucedió muy rápido. Abrió la boca, de nuevo dispuesto a clavarme los dientes y hacerme su comida, cuando otro saltó de entre los árboles.

Estaba tocando mis pies; aprovecharía la ventaja que me daba. Alcé la daga al cielo para atacar al que caía, mientras que ordenaba al ADN del primero que sus dientes se volviesen pequeños y perdiesen la capacidad de rasgar. Impotente, me miró unos segundos antes de huir en dirección a los árboles rugiendo con fuerza.

El fomens que caía sobre mí, desvió su trayectoria para atraparme entre sus piernas. Escuché como el cielo se partía, y sentí los pasos de nuevas criaturas que se acercaban; eran muchas, sonaban como una manada. Me giré a un lado para entrar en contacto con sus patas, pero sus dientes viajaron a mi brazo demasiado rápido. Endurecí mi piel, y chocaron con piedra.

—¡Camille! —gritó Zep.

Sabía que no podía ayudarme, él estaba luchando contra los monstruos que lo rodeaban. Esto tendría que hacerlo sola; era perfectamente capaz. No podía seguir modificando su ADN sin más; tenía que matarlos. En defensa propia. No había hueco para la pena en mi corazón. Ellos no dudarían en matarme a mí. Alcé la daga y se la clavé donde supuse que estaría su corazón. La bestia emitió un alarido, su sangre salpicó mi piel y comenzó a caer sobre mí. Suspiré aliviada y asqueada, y la empujé con todas mis fuerzas a un lado. Me desendurecí para levantarme, necesitaba sentirme ágil para seguir luchando.

Fue una muy mala idea. Sentí un corte en la rodilla y como algo caliente se deslizaba. Estaba sangrando, y no tenía muy buena pinta. Pero no había tiempo de pararme a verlo. Tres fomens me miraban relamiéndose, creyendo que su presa estaba lo suficientemente débil. Me levanté; temblaba, y no sabía si era de miedo o por la sangre que estaba perdiendo. Los truenos resonaban a mis espaldas, recordándome que estábamos en una especie de pesadilla; muy real.

Observé que no eran tres, eran ocho; no, trece. Se disponían en filas unos detrás de otros. La bestia herida había debido de ir a buscar al resto clamando venganza. Sabía que no debía lanzar la daga, perder un arma nunca era buena opción; pero me costaba moverme y no me atrevía a acercarme a las bestias en estas condiciones. Tenía que modificar mi cuerpo, no el de ellos. No podría tocarlos.

Apunté al más cercano y lancé la daga con determinación. Voló hasta clavarse en su corazón, y cayó con un estruendo. Quedaban doce. El resto de fomens comenzaron a caminar, imposibilitándome el acceso a su compañero, rodeándome. No podía escapar.

«Piensa piensa piensa», urgí. Las patas de todos se contrajeron, estaban listos para saltar sobre mí. Sentía el dolor en la pierna. Los primeros se lanzaron, y unas garras alargadas salieron de mis manos; rasgué sin piedad el pecho de los dos que tenía más cerca. Cayeron sin vida. Entonces un fomens me empujó y perdí el equilibrio, cayendo de nuevo contra el suelo.

El resto saltaron. Me di la vuelta y volví a alzar las garras en el aire, mientras volvía a endurecer la piel de mi cuerpo; no sabía cómo de resistente sería, pero no quería comprobarlo. Lancé un zarpazo, pero fallé y mis uñas se clavaron en el estómago de uno de ellos. Moví el brazo con fuerza, haciendo que saliese despedido y se llevase a uno de sus compañeros con él. Otro se posó sobre mi cara, y sentí su pútrido aliento.

Su cuerpo estaba lejos de mi alcance, pues había sido listo y no había caído sobre mí, tras haber visto el destino de sus compañeros. Traté de alzar las manos para clavarle las garras, pero el resto de las bestias también tenían sus bocas abiertas a escasos centímetros de mi piel. Estaba perdida.

Cerré los ojos preparándome para mi final, sintiendo cada vez más cerca el aliento de uno de ellos. Las mandíbulas del resto sobre mi piel, que aún ofrecía resistencia inalterable. Y entonces una corriente de oscuridad se metió en la boca del primero, y sentí como su alma se partía y se desvanecía sobre mí.

Me iba a aplastar. Pero vi el pie de Kaia sobre mi cabeza, pegándole una patada y mandándolo bien lejos. La oscuridad

comenzó a envolver a cada uno de los monstruos que me rodeaba, haciendo ondas sobre ellos, estrujándolos, aplastándolos. Pude sentir el momento exacto en el que los que aún permanecían vivos se desorientaban, como si el tacto de la oscuridad les hubiese arrebatado la capacidad de ver y de oír. Zep apareció a mi derecha; en su rostro no había ni rastro de bondad, era la ira más pura y primitiva la que recorría su mirada zafiro. Un latido de venganza llegó a mi corazón, y respondí mandándole mi cariño.

Aerian apareció junto a Kaia y su espada se clavó sobre uno, rasgando la piel como si fuese un cojín.

—¡Levántate! —me pidió Kaia extendiendo su mano, mientras más víctimas caían ante la oscuridad de Zep.

La cogí y me levanté, sintiéndome débil. Un charco de sangre había ocupado el lugar en el que antes estaba mi pierna. Vi como unos pinchos negros y plumas suspendidas en oscuridad volaban en dirección a uno de los fomens y miré al cielo. Cardan volaba sobre nuestras cabezas, envuelto en oscuridad como su dueño. Seika a dos patas sobre sus plumas.

—No puedes luchar así. Colócate entre Aerian y yo. Nosotros nos encargaremos de los que quedan.

Asentí, algo mareada. El príncipe seguía matando criaturas, como si solo tuviese ojos para ellas. Observé que Kaia lanzaba flores que sacaba de sus bolsillos, y los monstruos se congelaban, se paralizaban… Después llamaba al agua del río y los envolvía con facilidad; los mandaba a sus aguas, dejando que se ahogasen.

Aerian luchaba con la espada como si fuese una extensión más de su cuerpo. Entonces lo vi; vi como alzaba una mano al cielo, como si estuviese llamando a alguien. No llamaba a alguien, sino a algo. Los relámpagos iluminaban la escena. Un rayo venía hacia él, como si fuese su esclavo. Movía la mano con maestría y el rayo se desviaba hacia el fomens, que caía al suelo ruidosamente. Todo en medio de un concierto de truenos. No había tormenta, él era la tormenta. El señor de los truenos, los rayos, los relámpagos. Y Kaia era como la madre naturaleza; incluso sus poderes se complementaban, como ellos.

Dediqué una mirada a mi pierna y rebusqué en mi interior. Ahora que estaba protegida y quedaban pocos monstruos, quizás podría tratar de curarme. Y busqué mi poder; le pedí que mi piel se regenerase, que volviese a su ser. Sentí un cosquilleo en la rodilla; el corte dejó de sangrar y comenzó a cerrarse, hasta que en su lugar solo quedó una pequeña cicatriz. Removí mis células y desapareció. Mi piel estaba como si nunca nadie me hubiese atacado.

—Ya no queda ni uno —gruñó Zephyran acercándose a mí—. ¿Estás bien? Tu pierna tenía muy mal aspecto, déjame verla.

Se agachó y levantó mi pierna con delicadeza.

—Qué raro, creía que era esta la que tenías herida.

—Es que… —comencé, pero ya tenía mi otra pierna entre sus manos.

—¡Camille te has curado!

Kaia y Aerian se volvieron y nos observaron en silencio.

—Yo solo he usado mi poder de manipulación del ADN.

—No. Aquel día con el aikern al que «reconfiguraste los huesos», ya lo sospeché; pero decidí creerte. Quizás había alguna forma de que un hueso roto se recolocase y de hacer a sus células ligarse modificando el ADN. Pero ahora… no hay ninguna duda. Tienes el poder de la curación, como tu madre.

—¿Por qué?

—No veo que ninguna modificación del ADN oscuro pueda hacer que un corte desaparezca. Tú modificas, no curas. O eso se suponía.

—Yo estoy con él, Cam —intervino Kaia con los brazos en jarras. Tenía algún rasguño por la cara, pero nada importante.

Aerian se volvió, y observé que tenía un corte feo en la mano. A Zep parecía que no le habían tocado ni un ala.

—Yo soy el que menos sabe aquí de todo esto. No obstante, tiene sentido lo que dicen —añadió el soldado—. Al fin y al cabo, Ahrienia era tu madre, quizás lo heredaste. Existe una probabilidad de heredar los poderes de algún progenitor, aunque no es lo normal.

En ese momento Cardan aterrizó al lado del príncipe y Sei corrió hasta colocarse entre mis piernas. Les sonreí antes de contestar. Me parecía increíble que de verdad yo pudiese sanar, pero ellos sabían más que yo de magia.

—Vale, tendré que creeros —me resigné.

—Hay una forma de comprobarlo —respondió el príncipe leyéndome el pensamiento. Señaló a Aerian—. Cúralo a él. Para modificar el ADN de otras personas necesitas tocarlas; pero sanar no requiere contacto, solo que tus manos estén a escasos centímetros de la piel de la persona que quieres sanar.

Asentí. Aerian tendió su mano en el aire en silencio. Puse la mía suspendida a escasa distancia de la suya. Me concentré en curarlo. Pasaron unos minutos y no sucedió nada, y comencé a pensar que todos estaban equivocados. De pronto sentí como me llegaba la información de sus células; las leí, pensé en sanarlo.

—Siento un cosquilleo.

—¡El corte está desapareciendo! —exclamó Kaia.

—Puedes curar.

Esas dos palabras fueron las que me acompañaron durante el resto del trayecto, en el que consideramos que estábamos lo suficientemente familiarizados con el bosque como para que pudiésemos ir a velocidad vampírica de vez en cuando, ganando tiempo. Fomens y otras criaturas igual de desagradables se cruzaron en nuestro camino, pero logramos deshacernos de ellas con éxito. Yo curaba cada herida que obteníamos como regalo de esas batallas.

Las dos noches en el bosque Sterneskudd habían sido de todo menos tranquilas. Kaia, Aerian y yo nos turnábamos para hacer guardias, ya que éramos los que menos necesitábamos dormir. Las amenazas eran fácilmente visibles a distancia gracias al color del cielo. Eso me había hecho comprender que la noche en la colina Knuppel había sido un regalo.

En una de esas guardias, en el silencio de la noche, las palabras de Ahrienia volvieron a mi mente: «¡Qué orgullosa estoy de cómo has aprendido a manejar mi daga y tus poderes!, aunque aún te queda mucho por descubrir. Todo a su tiempo». Ella lo sabía, sabía que yo podía curar.

Zep había dicho que el templo debía de estar cerca, perdido en alguna parte del bosque Sterneskudd, pero cerca de la margen del

río Bat. En un lugar donde, según los mapas antiguos, pudiese escucharse el ruido del Mar Astral.

—¿Manejas las tormentas? —Miré a Aerian, sintiéndome preparada para preguntar por fin por los poderes de los demás, después de las noches de reflexión que me habían costado los míos.

—No las manejo. —Me sonrió, y capté lo orgulloso que estaba de su magia—. Las creo de cero y las hago mías.

—Para el caso es lo mismo —lo pinchó Kaia, dándole un golpecito con el dedo en el hombro.

—Tú me tienes envidia porque no puedes crear de cero, solo puedes usar lo que la naturaleza tiene a tu disposición —contraatacó. Sabía que bromeaba, pero a la vampira pareció darle igual.

—Más quisieras, no necesito crear de cero. Hay cantidad de recursos útiles a mano. —El desafío cubrió sus ojos rosa, y lo miró pagada de sí misma—. Y ya conoces a mis amigas las flores, así que no me hagas que te las presente de una forma desagradable.

—Estaré encantado de conocerlas, si así me invitas a tu habitación. —Una amplia sonrisa perfiló su boca—. Otra vez más. Sé que a ti también te encantan esas noches, pequeña amazona.

Kaia abrió la boca para replicar, pero Zep se lo impidió.

—Chicos, se oye el mar y ahí, a lo lejos, parece intuirse un obelisco. —Señaló.

Tenía razón, el sonido del mar había comenzado a acompañar al de nuestras pisadas en algún momento. Y la construcción que señaló se hacía cada vez más nítida. Guardamos silencio hasta acercarnos y quedar a una distancia prudencial.

—Alteza, no es por dar malos presagios como un infernio, pero no parece haber ningún templo. Y a lo lejos se ve el borde del acantilado. No hay nada más allá.

Me acerqué más al obelisco. Amanecer era su nombre, o al menos el del templo. Con razón, era de colores rojos, naranjas, y amarillos, unidos en una sintonía perfecta. Dos cuernos estaban grabados en lo más alto, uno blanco y otro negro, representando a los Unicornios Guardianes, simbolizando la luz y la oscuridad. Me

paré a pensar, el sonido del agua rompiendo contra el acantilado inundando mi mente.

—A ver, ellos no quieren ser vistos. Pero se supone que a mí me necesitan.

—Sí, eso se supone —respondió Kaia.

—Quizás algún hechizo esconda al templo —opinó el príncipe, acercándose a mí.

—O quizás no.

Tenía una corazonada y pensaba seguirla. Mi mano se posó sobre el obelisco.

—¿Qué haces? —preguntó mi amiga—. No creo que sea muy buena idea tocar una construcción sagrada con nuestras manos.

Y precisamente por eso… Sin embargo, no sucedía nada. Extendí la otra mano y me mantuve firme, esperando a que la estructura reaccionase a mi presencia. «¡Vamos, tiene que funcionar!».

—Soy yo, la salvadora. He venido a ayudaros —grité mirando hacia arriba.

—No hace falta que los fomens se enteren —susurró Aerian.

Pero lo ignoré. Una fuerza superior a mí me decía que tenía que permanecer con las manos sobre la fría, y probablemente arcaica, construcción. Sentí el cálido contacto de la mano de Zep en mi hombro, dándome su apoyo. Sus corrientes de oscuridad moviéndose entre nuestros cuerpos, envolviéndonos.

Quizás también tenía que dar una muestra de mi poder. No podía modificar la construcción, pero si hacer que la canción del ADN vibrase por mis células, se concentrase en mis manos. «Soy yo, la que ha venido a ayudaros a restaurar el equilibrio del mundo. Cerremos juntos la grieta», pensé.

Y entonces lo sentí. Sentí como el obelisco reaccionaba a mi magia. Sentí un cosquilleo en las manos. Una canción resonó en mi cabeza, como si hablase del origen de los tiempos, donde la luz y la oscuridad danzaban mientras se producía la creación. La creación de este mundo.

—¡Está funcionando! —exclamó Kaia.

Desvié ligeramente la mirada y vi como, tras el obelisco, había comenzado a materializarse un templo. No solté la mano hasta que

la canción que había poblado mi cabeza hubo finalizado. Hasta que no fue más que un recuerdo de algo que había sido hacía mucho tiempo. Un recuerdo que no me pertenecía.

Mis manos soltaron la construcción, y vi que entre la hierba había ofrendas que los habitantes de Dusterkeit debían de haber entregado a los Unicornios en algún momento. Las palabras del vampiro vidente que controlaba el tiempo inundaron mi mente: «Para ella será como un pasatiempo encontrar a los diez. Dejarán que los vea, ya que ellos necesitan su ayuda; igual que ella necesita la de ellos». Quizás ellos habían sido la fuerza que me había permitido saber lo que tenía que hacer para poder visualizar el templo.

—¡Lo has conseguido! Sabía que podrías hacerlo —Zep rompió el silencio. Sentí su respiración cerca de mi nuca y un escalofrío me recorrió la piel.

Su mano aún descansaba sobre mi hombro. Me volví y lo miré intensamente a los ojos durante unos segundos, antes de pasar a Kaia y Aerian.

—¿A qué esperamos para movernos? Vamos a investigar qué es lo que nos aguarda en el templo —urgió Kaia, deslizando los dedos por su trenza con rapidez.

Eso hicimos, sin perder más tiempo. Era agradable caminar en aquella área del bosque. El sonido del mar Astral era envolvente y relajante, a pesar de los fuertes ruidos que hacía al romper contra el acantilado. Me detuve frente al templo. Era una construcción que parecía hecha enteramente de piedra. Varias columnas lo sostenían, dejando a la vista unas escaleras que parecían algo desgastadas por el paso del tiempo. Sobre ellas un frontón triangular, rematado a su vez por una estatua de lo que suponía que era Helios; se alzaba captando los destellos de las estrellas, de tal manera que parecía brillar con ellas. Sobre sus vértices laterales, dos grandes esculturas representaban a los Unicornios Guardianes, con las patas alzadas como si quisiesen sujetar a Helios o a nuestro propio cielo. Ellos interferían en el equilibrio de nuestro mundo. Unas inscripciones en alguna lengua antigua recorrían la base del frontón. Todo el conjunto

poseía los mismos colores que el obelisco, haciendo honor a su nombre: Templo del Amanecer. Era fascinantemente bello.

—¿Entramos o nos quedamos contemplando la arquitectura todo el antelunio? —preguntó Kaia, acercándose a mí con una amplia sonrisa.

Seika se removió en mi cabeza; estaba segura de que me había despeinado, pero no me importaba. Entonces caí en la cuenta.

—¿No deberíamos haberles traído algún tipo de ofrenda, como las que había allá atrás?

—A pesar de la cantidad de ellas que les ha hecho la sociedad a lo largo de los años, no tengo ni idea de qué podría gustarles. —contestó Zep—. Al fin y al cabo, son leyendas y muy poca gente ha tenido el placer de verlos.

—¿Pues sabéis qué? —intervino Aerian adelantándose. Cardan, que parecía llevarse muy bien con él, lo siguió, colocándose entre el soldado y el príncipe. Su cara del uno al otro. Me preguntaba cuánto entendería de lo que hablábamos. Todos lo miramos con atención—. No tengo ni la menor idea de qué puede gustarles, pero a mí se me ha ocurrido traer arándanos.

—Me parece buen plan —contestó el príncipe.

Y me contuve la risa ante lo cómico de la situación.

—Vamos adentro —les pedí.

Zep y yo pasamos delante. Y Aerian y Kaia se colocaron un poco más atrás, como si quisiesen cubrir nuestros laterales de alguna posible amenaza. Cardan entre ambos. El corazón comenzó a latirme con fuerza ante el inminente encuentro, acompasado con cada uno de mis pasos sobre las largas escaleras. Un eco que se fundía con el sonido del mar de fondo. El ángel me miró y me mandó un latido de fuerza. Le respondí con otro, con toda la valentía y la determinación que pude reunir.

En el interior nos detuvimos a contemplar las paredes que formaban un cuadrado. Los colores del arcoíris parecían pintarlas de manera totalmente aleatoria; se alternaban con múltiples brillos, que casi parecían tener luz propia. No había ni rastro de los Animales Guardianes.

—¿Dónde están? —murmuró Kaia, como si temiese romper la paz de aquel lugar.

Sentí unos pasos a mis espaldas. El soldado me entregó una bolsita, con la ofrenda en la que nadie más parecía haber pensado. Me agaché para depositarla en el frío suelo, de algún mineral de color plateado. Abierta, con multitud de arándanos al descubierto, despuntando sobre el color del suelo.

—¿Hola? —pregunté, levantándome y mirando en todas direcciones—. He venido a ayudaros. Soy Camille Dageraad.

El apellido, que aún no sabía si pertenecía a mi padre o a mi madre, sonó extraño en mi boca. Un relincho, que parecía proceder del mismísimo cielo, retumbó a lo largo de la estancia. Me percaté de que frente a nosotros había una oquedad que debía de conducir a otra sala. Clavé los ojos en ella, hasta que un cuerno iridiscente asomó por allí. Sus patas negras asomaron, y luego el resto del cuerpo.

Era la misma criatura que había visto en la ciudad de Noctis. Escuché los sonidos de sorpresa que profirieron mi aishiteru y mis amigos. Era tal y como lo recordaba, un precioso unicornio negro plata. Caminaba con majestuosidad en mi dirección, como si supiese quién era. El sonido delicado de sus patas llenando el silencio, su presencia llenándolo todo. Como si su poder fuese palpable en el aire. Agitó la cabeza, y sus crines blancas bailaron al compás de sus pasos.

Otro Unicornio apareció de repente; era idéntico al primero. Su pelaje azabache destacando sobre las coloridas paredes. ¿Sería al primero al que había visto en la ciudad de Noctis o al segundo? Emitió un relincho dulce y se colocó junto a su compañero, que se había detenido frente a mí. Eran idénticos. Y yo tenía que descubrir cuál de los dos representaba realmente la Oscuridad y cuál era el de la Luz, el intruso oscuro.

Los ojos de ambos se posaron sobre mí, cuatro iris de un añil intenso que rodeaban sus brillantes pupilas. Miré al uno y al otro y comencé a agacharme para tratar de ofrecerles mis respetos; pero los hocicos de ambos se colaron por debajo de mis hombros, empujándome hacia arriba.

—Está bien, nada de reverencias.

Un relincho, supuse que de satisfacción, salió de ambos al unísono. Ahora que los tenía tan cerca, podía sentir el poder de ambos, envolvente. Y no podía entender cómo alguien podía ser capaz de condenarlos a esto, condenando al mundo.

Sabía lo que tenía que hacer. Ya había manipulado el ADN de varias especies y había aprendido su canción. ¿Cómo sería el de estas criaturas que parecían sagradas?

—Voy a ver quién de vosotros es el de la Luz —les informé, antes de alzar mis manos y posarlas sobre sus caras—. Tengo que tocaros para llegar a vuestras células. Siento lo que os ha hecho ese ser despreciable que tengo por padre…

Sentí como movían sus cabezas en un gesto de asentimiento. Entonces hice aquello para lo que había nacido; me sumergí en sus poderes. Y dos canciones arcaicas comenzaron a hablarme de sus genes, de lo que cada uno había sido desde el principio de los tiempos. Luz y oscuridad en perfecto equilibro. Aunque en uno de ellos la luz estaba reprimida, luchaba por salir a la superficie arrasando con la negrura que había penetrado en su alma. Una batalla perdida; ellos no podían mutar sus células.

—Tú eres el portador de la Luz —musité, fijando mi mirada en el de la izquierda. Solté a su compañero y posé ambas manos sobre su rostro.

Hice que su canción siguiese mis órdenes, las que lo llevarían por el camino en el que siempre debería de haber permanecido. Sus células oscuras no opusieron resistencia, sabían que tenían que volver a ser luminosas. Empecé por la cabeza y, poco a poco, mi poder fue colonizando cada punto de su cuerpo. Mientras la melodía se volvía más grandiosa, más etérea, más omnipresente. Sentí como si él en el fondo de su corazón me diese las gracias. Su piel iba tornándose de su auténtico color, mientras todo su cuerpo recuperaba el poder que siempre le había pertenecido. Una explosión de luz nos envolvió.

—¡Camille! —exclamó Zephyran.

—¿Pero qué murciélagos…? —escuché a Kaia.

—Estoy bien —los tranquilicé.

Sentí como el agotamiento se apoderaba de mí. Debía de requerir una gran cantidad de poder, pero no me importaba. Mi cabeza se posó sobre la suya y permanecimos allí, envueltos en luz. No me detuve hasta que la última célula de su cuerpo hubo mutado para volver a sus orígenes.

Me separé poco a poco del Unicornio, algo debilitada, y le sonreí. Mis ojos púrpura se clavaron en los suyos, que ahora eran de un azul casi cristalino. Su pelaje se había vuelto blanco como la nieve y sus crines de los colores del arcoíris. Su cola tenía multitud de flores magenta enroscadas, como si fuesen una parte de su cuerpo.

Los dos Unicornios Guardianes emitieron un relincho de agradecimiento, se miraron y comenzaron a volar. Derrochando contentos su magia danzaron sobre nuestras cabezas; del negro salían pequeñas volutas de oscuridad, y del blanco espirales de luz; cuando se cruzaban originaban pequeños arcoíris.

Zep y Kaia se lanzaron a abrazarme y Cardan se colocó justo delante de mí, como si quisiese darme las gracias. Sei dio golpecitos sobre mi cabeza y Aerian alzó la espada al aire y gritó como si acabase de ganar una batalla.

—¡Lo hemos conseguido! ¡Por la salvadora!

Kaia chocó su daga contra la espada sin soltarme.

—¡Por mi amiga!

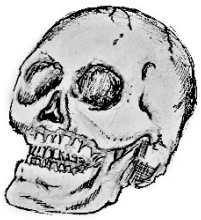
La oscuridad de Zep, acompañada de los pinchos de Sei y las corrientes oscuras con plumas de Ard, viajaron hasta chocar con el acero.

—¡Por el amor de mi vida! ¡Mi princesa de luz!

Le sonreí y mis colmillos asomaron. Los Unicornios emitieron un sonido que parecía unirse a sus gritos de victoria y, agarrando previamente y con delicadeza la bolsita con los arándanos, comenzaron a regresar a la otra sala. Me llevé la mano a la cabeza, me dolía cantidad. Como si me estuviesen aplastando con fuerza ambos lados del cráneo. Kaia y Zep me miraron preocupados.

—Pues parece que les han gustado los arándanos —opinó Aerian. Me hizo sonreír antes de sumarse a las miradas de preocupación de todos.

Capítulo 8. Una valiosa pista inevitable



Haguddrac

Haguddrac se hallaba cómodamente repantingado en su gran trono de mármol negro en el Castillo Finisternis. Sus pies sobre el asiento, pisando algunas de las incrustaciones de rubí que lo «adornaban». No le importaba lo más mínimo, pero era aterrador saber que esas piedras contenían los rostros de aquellos a los que había matado con su poder de destrucción. Algo se removió dentro de él en ese instante, y supo lo que había pasado sin necesidad de preguntárselo a nadie.

Se levantó furioso de su trono. Estaba harto de los impedimentos. A él pocas cosas se le resistían, y ahora no iba a ser diferente. Apretó los puños con fuerza y comenzó a bajar las escaleras furioso. Sus ojos rojos el magma naciente de un volcán en erupción, paseándose por sus iris.

Hasta ahora había esperado pacientemente, haciendo pocas cosas para llamar la atención. No había tenido forma de saber que su valiosa hija había recuperado los poderes. Las despreciables salvaguardas de Palacio habían impedido la entrada a su ejército de pesadilla. Para colmo, ella nunca se había acercado a la grieta. Así que no tenía ni la menor idea de dónde estaba. No la tenía, hasta ahora. Le había dado una pista muy valiosa que no pensaba desaprovechar.

—¡Guardias! —clamó, y un rayo partió el cielo en ese instante. La tormenta solía acompañar a aquel lugar frío, como si el cielo se revolviese sabiendo quién vivía ahí.

Era una pista muy jugosa. Por un lado, le había revelado que en ese preciso instante Camille estaba en el Templo del Amanecer. Y por otro, que había aprendido a usar sus poderes, puesto que había devuelto la maldita luz al Guardián al que él mismo se había encargado de arrebatársela. No le importaba, puesto que aún quedaban cuatro templos y la grieta se mantendría íntegra en el cielo. Necesitaba que permaneciese así un poco más.

Incluso los pasos de su gran arácnido oscuro habían empezado a molestarle, pese a su ligereza. Aunque no la mataría, era extremadamente útil. En su lugar lo pagaron unos cuantos murciélagos que entraron en la habitación. Los fue agarrando y estrujando entre sus manos, mientras los torturaba hasta la muerte con su poder de destrucción. Amvrila seguía el reguero de animales muertos, que iba devorando con la misma poca compasión que su rey.

Las puertas se abrieron y Haguddrac dedicó una mirada superficial a sus guardias, que se detuvieron en el umbral, sin atreverse a acercarse. El límite cuando él estaba sentado en el trono era claro. Pero cuando se encontraba de pie, podía depender de su mal humor. Uno de ellos dudó, y cometió el error de acercarse un poco de más, haciendo una aparatosa reverencia.

—¡Oh, Gran Rey! ¿Qué es lo que necesitáis de nosotros?

—¡De ti nada! —exclamó. Y un rayo de destrucción salió de su mano hasta alcanzar el cuerpo del ente oscuro, que no tardó en caer con estruendo contra el suelo—. Total, puedo conseguir muchos otros como tú, que sean más respetuosos. En cuanto la grieta se llevé más muertos los crearé.

Su voz se escuchaba por encima de los gritos del ente, que aún se retorcía recibiendo cada ápice de su poder. Hasta que volvió el silencio y solo quedó un cuerpo maltrecho, con alas y extremidades en ángulos biológicamente imposibles. Su compañero alado observó la escena impertérrito, casi sin pestañear. Aunque por dentro se le habían revuelto sus tripas muertas.

—Bien, mucho mejor. ¡Amvrila, cómetelo!

El guardia superviviente se obligó a mirar, sabiendo que si no lo hacía sería peor.

—En cuanto a ti —prosiguió el rey mirando fijamente a su súbdito. Los crujidos del arácnido devorando a su presa aún de fondo—. Presta atención, porque no te lo repetiré.

—Sí, Gran Rey. —Se arrodilló quedando a la altura de sus pies para recibir su próxima orden.

—Camille se encuentra ahora mismo en el Templo del Amanecer. Vamos a tenderles una emboscada. Así que moviliza a los guardias del castillo para que acudan al salón del trono inmediatamente.

—Sí, Gran Rey —respondió levantándose.

—¡Vamos, márchate de mi vista!

El vampiro de piel negruzca asintió y desapareció en un instante.

Había hablado en plural: «Tenderles una emboscada». Porque no era tan tonto como para pensar que ella viajaría sola. El heredero del usurpador no permitiría esa imprudencia. Sus súbditos se encargarían de quienes quiera que fuesen los que la acompañasen, dejarían vivir al principito, y traerían a su hija con vida al Castillo.

Sabía exactamente la dirección que tomarían. Lo más cómodo era seguir la de las manecillas del reloj. Ir al Templo del Mediodía, el más cercano, y luego al del Crepúsculo. Estaba claro que el Templo del Anochecer sería el último; puesto que se encontraba pasando el Monte Karanlik. Dentro de su territorio, por donde nadie que osase pasar regresaba con vida.

De modo que no había otro camino posible. A ciudad Maneskin no llegarían a tiempo, pero sí, a marchas forzadas, a la Ciudad en Ruinas. Allí aguardarían hasta que ella apareciese. Si sus cálculos eran incorrectos, tampoco importaba; porque sabía que tarde o temprano ella pasaría por allí. Y sus súbditos esperarían el tiempo que fuese necesario si así él lo ordenaba.

—A ver cuánto tardan estos inútiles en aparecer —rugió, hablando para sí mismo mientras caminaba de un lado a otro—. Cuando tenga a Camille en mis manos, seré invencible. No necesitaré crear más entes oscuros.

Varios relámpagos iluminaron la estancia unos instantes, justo antes de que un trueno partiese el cielo. Amvrila lo seguía como quien veneraba a un dios, y escupió al suelo uno de los huesos partidos del ente oscuro que había ingerido.

—¡Maldito arácnido! Córtate un poco y no ensucies el suelo —gruñó, dedicándole una mirada espeluznante.

Los ocho negros ojos del artrópodo se posaron sobre su Señor unos instantes, antes de recoger el hueso con dos de sus patas y volverlo a introducir en sus fauces. Los crujidos inundaron la sala, entremezclándose con el ruido de la tormenta.

Capítulo 9. Mientras tanto en la ciudad de Noctis



Ovraal

Hacía unos días que Camille, Seika y Zephyran habían partido. Ya me había enterado por los soldados de Palacio de que no habían ido solos, Kaia, Aerian y Cardan los habían acompañado. Y me parecía perfecto; nunca se sabía qué amenazas podías encontrarte de camino a uno de los templos de los Animales Guardianes. Aunque, para mi gusto, el peor era el Templo del Anochecer.

Pero ahora no era momento de pensar en eso. Los días en Noctis habían estado muy tranquilos y yo los había disfrutado al máximo con Shedyel. Me hallaba tumbado sobre mi sofá de terciopelo, con una copa llena de sangre. Y lo más importante, los ojos azul celeste de Shed contemplando cada centímetro de mi cuerpo, como si fuese cualquiera de las maravillas del mundo perdidas por Dusterkeit. Mis colmillos asomaron por la anticipación, me quité la camiseta con rapidez y la lancé al suelo. Estaba impoluto, no era un pox.

Un brillo de diversión bailó en las pupilas de mi compañero, que me imitó quitándose la suya. Se acercó lentamente al sofá, como si yo fuese su presa, y me quedé inmóvil analizando sus movimientos. ¿Qué podía decir?, me gustaba ser cazado. Sus piernas se colocaron estratégicamente a cada lado de mi cuerpo. Y se agachó hasta que nuestras bocas quedaron a escasos milímetros.

—Como te gusta hacerte desear, ¿verdad? —murmuró contra mi oído.

—No sabes cuánto, Shedyel. —Lo agarré por las caderas y tiré de él.

No se lo esperaba y perdió el equilibrio. Su cuerpo impactó contra el mío. Sentí el contacto caliente de su piel, en perfecto contraste con la mía, fría como el invierno. Y ataqué su boca sin perder ni un segundo. Él me correspondió dejándose llevar; sus colmillos se clavaron con cuidado sobre mis labios, llevándose parte de mi sangre consigo. Me gustaba la idea de que una parte de mí viajase por su interior.

Entonces, unos fuertes golpes a la puerta hicieron que nos separásemos bruscamente. Shed se levantó en un tiempo récord. Me relamí los labios, comprobando que no quedase nada de sangre en ellos dando una pista de lo que estaba haciendo. No es que me importase que los demás lo supiesen, pero no me parecía apropiado exhibirse. Aunque mi mente olvidó algo muy importante cuando llegó a esa conclusión.

—¡Buenas noches! —exclamé abriendo la puerta.

Kurai apareció en el umbral y sus ojos grises se abrieron como platos. ¿Es qué tenía ranius en la cara?

—Ovraal, me dijiste que te avisara si requeríamos tu ayuda —comenzó a hablar apurado.

Entonces caí en que estaba sin camiseta. Claro, era eso. Me había lucido no exhibiéndome.

—Dame un segundo —le pedí.

Y fui veloz al salón, donde Shedyel sin poder contener la risa me lanzó mi camiseta. Lo fulminé con la mirada, pero no había tiempo para jueguecitos. Regresé a la entrada donde el segundo al mando del ejército de Zephyran me esperaba.

—Ya estoy de vuelta. —Sonreí apoyándome en el marco de la puerta. Él pareció relajarse—. Cuéntame qué te trae por aquí. Te ofrecería un poco de té, pero me imagino que es un asunto urgente.

—Imaginas bien. La parte del ejército encargada de vigilar la grieta dio la alarma a medianoche de que estaban entrando criaturas a través de ella. Hemos desplegado una parte de las tropas allí y he venido tan rápido como mis capacidades vampíricas me lo han permitido.

—Bien, no se hable más. Vamos a dar una paliza a esos seres molestos. ¡Shedyel! —grité—. ¡Tenemos que irnos!

El aludido no tardó en ponerse a nuestra altura.

—Gracias por vuestra ayuda.

—Es un placer para mí, general. Hagamos uso de las capacidades con las que nos dotó a todos la madre naturaleza y partamos hacia allí de inmediato.

Shedyel me miró interrogante.

—Están atacándonos en la zona de la grieta.

Y no hizo falta más. Los tres corrimos tan rápidos como el viento entre las calles de Noctis, esquivando a todos los nocteños que caminaban con calma, sin saber lo que sucedía al norte de su ciudad. Le había dicho a Kurai que me avisase de cualquier ataque que hubiese. Sabía que tarde o temprano algo sucedería. Y mis poderes primigenios eran extremadamente útiles. El pánico era más notorio en las calles conforme nos acercábamos a zonas desde las que, perfectamente, podían escucharse los ruidos de la batalla.

Cuando llegamos al campo de batalla pude contemplar con mis propios ojos el caos que se había formado. Por un lado, los soldados de Zep, rebosantes de vida; y me refiero en comparación con el otro bando, en el que la definición de vida dejaba mucho que desear para algunos. Monstruos sin ojos se intercalaban entre los entes oscuros de los que me habían hablado Zep y Cam. Eran casi como nosotros, si se olvidaba el pequeño detalle de que, efectivamente, parecían muertos vivientes. La sangre negra salpicaba el suelo, entrecruzándose con la roja.

Cuando me quise dar cuenta Kurai ya se había perdido entre los demás y luchaba con la espada en alto, acompañando sus ataques con potentes ráfagas de aire.

—Bueno pues… ¡Qué comience la fiesta! —exclamé mirando a Shed—. ¡Vamos a cargárnoslos hasta que no quede ni uno!

Él asintió y se perdió entre el fragor de la batalla. El agua ya había comenzado a manar de sus puños. Parecía un poder inofensivo; pero, como te metiese un buen chorro hasta la tráquea, morirías ahogado. Y quien quiera puede probar a meterse bajo un chorro de agua a elevada presión un ratito, a ver como termina su cabeza. Además, el líquido se volvía afilado y duro, como una cuchilla, cuando él le daba forma.

Un monstruo sin ojos emitió un chillido captando mi atención. Me volví y salté, a tiempo de esquivar sus manos negras que se estrellaron contra el suelo. Con él había un diminuto problema, no tenía ojos, por lo que no podía usar mi poder para controlarlo. Así que conjuré un hechizo para hacer que comenzase a dar vueltas de un lado a otro, creyendo que era una gallina oscura.

Usé el poder de mi mente para volar y buscar, entre magia, acero y sangre, a mis presas favoritas, las que tenían ojos en la cara. Aterricé en medio de una encarnizada batalla, pero me di cuenta de que nadie me miraba. Estaban enfrascados en sus propias luchas. Así que capté su atención. Hice un hechizo; un montón de confeti salió de mis manos y lo dispersé por sus cabezas. Los soldados de Zep ni se inmutaron, estaban hechos para la batalla. Pero, algunos entes oscuros cometieron el error de mirarme, aunque solo fuese unas décimas de segundo; y eso fue suficiente.

Mis ojos adquirieron el verde esmeralda que indicaba que estaba controlando a alguien. Hice sus pensamientos míos; su mente era demasiado retorcida para mi gusto, pero no esperaba menos de aquellos seres. Sentí como mi poder se desplazaba por sus sinapsis neuronales; las de los cerebros de los cuerpos que habían arrebatado y que ahora estaban irremediablemente unidos a ellos por haberlos poseído. Y les mandé atravesarse en las espadas de los soldados con los que estaban luchando. Les mandé quedarse quietos mientras eran quemados, ahogados… Derrotados.

Volé buscando más enemigos con los que enfrentarme. Podía escuchar los lamentos desgarradores que escapaban de la grieta sobre mi cabeza. Eran demasiado molestos, nada relajantes. Aunque tampoco es que una batalla fuese un momento zen. Observé que había soldados vampiros encargados simplemente de coger a los muertos y llevárselos lejos, a Palacio, a un entierro digno. Lejos de la grieta.

Pero a veces no eran lo suficientemente rápidos. Vi como una mano salía de la grieta y atrapaba a un soldado. Estaba demasiado lejos, y no pensaba acercarme. Era demasiado peligroso; tampoco había nada que salvar. Su cuerpo inerte indicaba que ya había

perdido la vida. Un ente oscuro más se uniría a la esperpéntica colección del enemigo. No podía permitirme ser uno de ellos.

—¡Ov! —Shed captó mi atención—. ¡Cuidado!

Miré al frente y vi como un ángel negro de piel oscura se precipitaba hacia mí con fuego ardiendo en sus manos. Antes de que pudiese hacer nada el agua de Shed levantó una barrera entre nosotros y apagó sus puños. Eso lo aturdió unos instantes, que aproveché para agarrarlo y lanzarlo con todas mis fuerzas contra el suelo, donde peleaba un odioso monstruo sin ojos al que derribó. Un soldado alzó la espada y les cortó la cabeza, al uno y al otro.

—¡Gracias! —exclamé mirando hacia abajo.

Shed ya había desaparecido, observé que estaba varios metros por delante enfrascado en una pelea. Así que seguí volando en busca de nuevas presas. No era por presumir, pero mi presencia contaba como veinte soldados gracias a mi temido poder. Conjuré un hechizo detrás de otro, llamando la atención del ejercito enemigo. En cuanto dirigían su vista hacia mí comenzaba la fiesta. Daba igual que fueran monstruos de ojos lechosos y dientes afilados o entes oscuros dentro de ángeles negros y vampiros, todos por igual; en cuanto me miraban a los ojos comenzaba su perdición. Se dejaban matar cuando yo se lo iba ordenando.

Llegué a un punto en el que había varios seres reunidos. Y digo seres porque ahí había de todo. Los ángeles negros del ejército de Zep luchaban en el aire con unas bestias inmundas nada glamurosas. Sus cuencas oculares no tenían ojos, pero no parecían necesitarlos para nada. Tendría que derrotarlos por medio de hechizos. Vi sus alas; eran oscuras y medio desgarradas, funcionales a pesar de todo. Sus garras tratando de clavarse en los soldados de Zep que les hacían frente. Sabía perfectamente cómo eran esas criaturas, iguales al monstruo que había atacado a Cam y Zep en Palacio tiempo atrás. Pero no había tiempo para clasificar especies de seres despreciables. Volé por encima de sus cabezas aprovechando que estaban distraídos con los ángeles.

Alcé las manos en el aire y mi ira se descargó sobre ellos. Eran unas bestias tan inoportunas que ni siquiera había podido elegir una ropa de combate para la batalla. Varios rayos de poder cayeron en

dirección a sus cabezas. Los soldados de Zep miraban aturdidos como sus oponentes empezaban a comportarse como si su cuerpo estuviese ardiendo, tratando de huir de una amenaza mientras ellos les clavaban sus espadas. Otros simplemente creían que eran pox o galasis; y magia de todo tipo los alcanzaba, arrebatándoles la vida. Cuando miraron hacia arriba descubrieron que yo era el causante de todo, y sonrieron agradecidos.

Decidí aterrizar en busca de mis siguientes presas. Al final las consecuencias eran muy similares, tanto cuando manejaba la mente, como cuando lanzaba conjuros. Pero el abanico de posibilidades era infinitamente mayor cuando hacía lo primero. Cada vez había menos enemigos en el campo de batalla, ya habíamos comenzado a superarlos en número. Vi a Kurai, que combinaba estocadas perfectas con la espada con el viento que manejaba con la mano libre.

Me colé en el campo de visión de algunos monstruos y entes oscuros y permití que muriesen. Uno detrás de otro. Hasta que poco a poco el ruido de la batalla fue disminuyendo. Hasta que no quedo ni un solo enemigo en pie. Las espadas y los puños de los soldados en alto. Reconocí la mano de Shed entre ellas y suspiré aliviado. Alcé mi puño también. Habíamos ganado una batalla; pero estaba convencido de que aún nos quedaban muchas, que llegarían cuando menos lo esperásemos. Incluida la batalla final. Por eso había que estar preparados para todo.

Me desplacé veloz entre la gente y abracé a Shedyel con fuerza.

—¿Estás herido? —pregunté sin soltarlo.

—Pequeños cortecitos sin importancia. ¿Y tú?

—¿Tú que crees? —Sonreí ampliamente.

—Déjame adivinar, ¿ni un solo rasguño?

—Cuando regresemos a casa compruebas si estás en lo cierto —murmuré contra su oído y me separé—. Vamos a hablar con Kurai.

Comencé a andar en busca del soldado. Sentí el agua de Shed como una caricia en mi cuello y luego oí sus pasos a mis espaldas. No tenía remedio.

Capítulo 10. ¿Migraña vampírica?



Zephyran

Había llamado a Camille princesa de luz porque, a pesar de adorar la oscuridad y vivir en un mundo lleno de ella, para mí ella era la luz que había arrasado con todo lo que conocía. Era como el brillo de las estrellas que había atravesado cada una de las capas de mi corazón dormido. Era la luz de la esperanza para nuestro mundo. Ya había comenzado a ejercer su papel, sin dudarlo. Había hecho que volviesen a ser luminosas las células del Unicornio Guardián de la Luz, iniciando así el restablecimiento del equilibrio. Quedaban cuatro parejas de Animales Guardianes.

Recordaba perfectamente como, después de ese primer grito de victoria, Cam se había llevado las manos a la cabeza. Todos la habíamos mirado preocupados. Se suponía que tu propio poder no podía hacerte daño; eso habíamos creído siempre, que era una parte de ti totalmente inofensiva. Pero su estado pareció indicarnos lo contrario.

—¿Por qué me duele tanto la cabeza? Es como si tuviese migraña —soltó, después de un rato sujetándosela sin decir nada, bajo nuestras miradas de preocupación.

—¿Migra… qué? —preguntó Aerian confundido.

—Perdón. Olvidaba que no conocéis la terminología humana —lamentó—. Es un tipo de dolor de cabeza. No voy a entrar en detalles, pero la clase de molestia en las sienes que puede producir es idéntica a la que tengo y uno de sus síntomas es la fotofobia; no puedo mirar la luz sin que me moleste.

—¿Foto… qué? —insistió mi soldado.

—Creo que eso significa lo que ha dicho después de la luz —precisó Kaia cruzándose de brazos.

Cam asintió con lentitud.

—No importa. Solo trataba de definirlo de alguna manera; pero no ha sido una buena idea. —Se levantó del suelo en el que había permanecido agachada y nos miró—. El caso es que, cuando estaba manipulando genéticamente al Unicornio Guardián, ha llegado un punto en el que he comenzado a debilitarme y a sentir ese dolor de cabeza.

—Quizás sea un efecto secundario de manejar el material genético de una criatura legendaria —propuse mi punto de vista.

—Sí, yo opino lo mismo. Y por eso te molesta la luz. —argumentó Kaia—. Parece algún tipo de burla del destino. Tú se la devuelves y, para restablecer el equilibro, hacen que a ti te moleste; ya que no puedes volverte un Animal Guardián de Oscuridad, como ellos cuando el enemigo les hizo eso.

—¿Y será algo permanente? —preguntó Cam.

—Yo creo que será algo temporal —respondí, lamentando no tener una solución o una respuesta más convincente—. No tiene sentido que te castiguen eternamente con esto, después de que los ayudes.

Después de eso, salimos del templo y comenzamos a debatir si debíamos volver a casa o seguir el camino hacia el Templo del Mediodía y parar en ciudad Maneskin para coger provisiones. Pero Camille insistió en que quería seguir con el viaje y en que confiaba en reponerse por el camino. De modo que, finalmente, continuamos con el recorrido hacia el siguiente obelisco.

Teníamos un día completo de viaje a la ciudad si íbamos a velocidad vampírica, dos a velocidad normal. Eso sin descansar; pero Camille no podía seguir ese ritmo estando tan débil. Por eso Kaia llevó a su amiga a caballito y Aerian cargó conmigo. Seika viajó sujeto a la cabeza de su dueña y Cardan sobre la mía.

No fue un recorrido especialmente agradable, ya que el Bosque Sterneskudd, mejor dicho, los monstruos que lo habitaban, no nos ofrecieron tregua. Tuvimos que detenernos varias veces para luchar. Siempre rodeando a Cam, a la que no le permitimos usar sus poderes a menos que fuese estrictamente necesario. Incluso en la noche que pasamos en la tienda mágica antes de llegar a la ciudad, Aerian y Kaia se turnaron con las guardias.

Ciudad Maneskin era una villa fortificada con una gran muralla. De no ser así, el terreno llano permitiría el paso de las bestias de los alrededores. Los guardias que custodiaban la entrada que daba al bosque nos saludaron marcialmente. En sus caras se leía perfectamente que se estaban preguntando qué hacía el príncipe en su ciudad.

—¡Buenas noches! —saludé, tras haberme situado al frente del grupo—. Estamos en medio de un largo viaje y venimos a reponernos en vuestra ciudad, que es mejor parada que el bosque. Buscaremos descanso aquí también.

—Lo que deseéis, Alteza. Vos y vuestros compañeros sois bienvenidos a Maneskin.

Los ojos de ambos se detuvieron en Camille. Se miraron el uno al otro fugazmente y después le dedicaron un nuevo saludo a mi aishiteru.

—Buenas noches, futura princesa.

Camille se los quedó mirando sin saber que decir. Abrió la boca para contestar, pero Kaia no le dio tiempo a hacerlo; se adelantó y comenzó a andar en dirección a la ciudad.

—¡Vamos! —nos llamó—. No quiero seguir en ese bosque insufrible. Es hora de divertirnos un poco.

Nos despedimos de los guardias y la seguimos.

—¿Estás mejor? —pregunté a mi pareja.

—Sí —contestó sonriente—. Desde que me he levantado el agotamiento se ha ido yendo y con él el dolor de cabeza. Parece que sí era un efecto secundario de ayudar a los Unicornios Guardianes, cuando vayamos al siguiente templo lo descubriremos…

—Me alegro de que ya estés bien. —Le mandé un latido de calidez y agarré su mano—. Vamos a divertirnos un poco, como dice

Kaia.

Ella bajó a un intranquilo Sei de su cabeza y este comenzó a juguetear con Cardan, moviéndose entre las piernas de los cuatro. La gente de la ciudad nos miraba dejando escapar sonidos de sorpresa. Algunos se detenían demasiado; no estaban tan acostumbrados como los nocteños a ver a un miembro de la realeza por sus calles, y menos con su aishiteru. Eso era nuevo para ellos tratándose del heredero de la corona.

Nos metimos en un mercado artesanal de puestecillos acogedores en el que olía, demasiado bien, a comida. Después de cenar allí, nos permitimos comprar todo tipo de provisiones. Por suerte, también vendían sangre al gusto de los tres vampiros. Más tarde Kaia y Cam se acercaron a un puestecito de minerales y se compraron una pequeña esmeralda cada una. Como símbolo de su amistad dijeron.

Luego Kaia y Aerian se perdieron entre los puestos de armas y Cam me llevó a uno de pulseras. Sei y Ard tenían bastante con corretear por la calle que dividía los dos lados del mercado, mientras se lanzaban púas y plumas entre ellos. Esquivaban con habilidad a la gente para que no fuesen víctima de sus ataques. Sonreí al verlos sortear a una ángel negro por los pelos.

—¡Es preciosa! —exclamó, captando mi atención.

Observé que se había fijado en una delicada pulsera de plata con incrustaciones de diferentes piedras preciosas. En el centro un diamante iridiscente. Al noroeste de Maneskin había una mina repleta de diferentes tipos de minerales, entre ellos los diamantes iridiscentes. Solo podían encontrarse en esa zona de todo el mapa de Dusterkeit, puesto que el cielo luminoso de alguna manera influía en que adquiriesen ese color mágico.

—Que buen gusto tienes, querida —le dijo la vendedora, clavando sus ojos marrones en ella—. Por ser la aishiteru del príncipe te lo daría gratis, pero justo has elegido una de las joyas más caras.

—No es necesario que me regales nada —respondió. Pude sentir su vergüenza en el aire—. Es muy bonito todo lo que vendes.

—Gracias princesa.

Sentí como ella iba a rebatírselo, pero luego pareció pensárselo mejor. Nos despedimos de la vendedora y continuamos por el resto de puestecitos, que Cam no dejaba de mirar maravillada. Decía que había cosas similares a las del mundo humano; pero también otras que desconocía, y quería aprender lo que eran. Así que le hablé de cada objeto que encontraba para que conociese más de nuestro mundo.

—¡Camille ven a ver esto! —exclamó Kaia.

—¿Qué pasa?

—Ven y te lo enseñamos, Kaia no va a parar hasta que no lo veas con tus propios ojos.

—Está bien, voy. ¿Vienes?

—Yo voy a buscar a Sei y Ard, que ya va siendo hora de encontrar una posada en la que dormir. Y después os alcanzo.

No era mentira. Todo el reino sabía que, cuando viajaba, me gustaba valerme por mí mismo, sin que me recibieran con honores ni me facilitaran alojamientos. Pero también quería hacer una cosa más. Esperé a que estuviesen lo suficientemente lejos antes de perderme entre la gente y regresar al puesto de la pulsera que había llamado la atención a Camille.

—¿Cuánto vale?

—Dos millones y medio de noxes —contestó la vendedora. Sus ojos brillaron ante la posibilidad de obtener tanto dinero.

—Toma —Le tendí un poco más de la cifra indicada—. Quédate con el cambio.

—Muchísimas gracias, Alteza. —Su cara se iluminó de la emoción—. No sabéis lo bien que me viene este dinero.

Sonreí y me guardé en el bolsillo del pantalón la cajita con la pulsera con mucho cuidado.

—¡Qué tengas una feliz noche!

—¡Gracias Alteza, que los Animales Guardianes os paguen vuestra generosidad!

Pasé entre la gente buscando a Ard y Sei y les indiqué que me siguiesen. El erizo se detuvo frente a mí y emitió ruiditos, como si me

pidiese que yo lo cogiese en brazos. Lo coloqué en mi hombro y él tocó mi cuello con la patita. Agradecí que también confiase en mí para subirse. La anátida caminó a mi altura parpando contento, contando a saber qué.

No tardé en localizar a Cam, en un puestecito apartado flanqueada por Aerian y Kaia. Todos observaban fascinados a la mujer ángel negro, de pelo púrpura y ojos fucsia, que estaba al otro lado de la madera oscura, sobre la que no había absolutamente nada. Sabía qué se ofrecía en ese puesto sin necesidad de preguntarlo. El problema era que pocos dusterienses tenían verdaderamente la habilidad de leer el futuro. Algunos, que no la tenían, fingían tenerla para ganar unos cuántos noxes.

—¿Interrumpo algo? —pregunté, abrazando a Cam por la espalda.

—¡Alteza! —exclamó la «vidente» haciendo una reverencia—. Estaba en proceso de ver lo que el futuro le depara a vuestra aishiteru.

—Kaia pensó que sería divertido —la justificó ella. Sin tener ni idea de las posibilidades de que aquello fuese una farsa.

Miré a la susodicha.

—¿Qué? —Se encogió de hombros y deslizó la mano con rapidez por su trenza azul—. Para la costurera de la reina trescientos noxes no son nada.

—Relajaos, noto tensión en el ambiente —intervino misteriosa la mujer de pelo púrpura—. Yo estoy aquí para ofreceros respuestas a algunas de vuestras inquietudes. Mi deber es compartir el don con el que se me ha bendecido con los habitantes de Dusterkeit que lo necesiten.

Me mantuve en silencio. Sería lo mejor; pero no pensaba creerme nada que saliese de su boca.

—Veo una coronación, eres la aishiteru del príncipe —comenzó, sus ojos mirando al cielo como si este le pudiese dar la respuesta.

Era demasiado básico, a estas alturas todos debían de saber ya que Camille era mi aishiteru y sería coronada pronto.

—Noto vuestro escepticismo príncipe —murmuró clavando su mirada fucsia en mí—. Sé que hay muchos impostores que dicen

tener mi don, pero yo no soy una de ellos. Os daré una muestra de mi poder gratis, el amor que sentís por ella —señaló a Cam que se revolvió inquieta— es tan poderoso como la magia que mueve este mundo. En vuestro camino habrá muchas amenazas y vos, joven príncipe, la pondréis por encima de todo, a cualquier precio.

La sorpresa se filtró en mi cara. Sus palabras retumbaron en mi cabeza, devolviéndome a una de mis conversaciones con los vampiros videntes: «Terminarás matando por ella. La pondrás por encima de todo a cualquier precio». Eran casi las mismas palabras; podía ser casualidad, o quizás no.

—Veo que os he sorprendido, Alteza.

—Alguien me dijo una vez algo parecido —confesé, y los vampiros se volvieron en mi dirección.

Ella sonrío complacida.

—Bueno seguiré con Camille… Dageraad, ¿verdad? Es el apellido de tu madre. —Ella pegó un respingo al descubrir ese dato, que teníamos que creer que era cierto—. Ten cuidado, tu padre te ha tendido una emboscada utilizando a sus súbditos. No puedo ver dónde, hay información que me llega difusa; pero sé que será pronto. Tú papel con el mundo es muy importante, nuestro futuro pende de tus manos. Eres la salvadora, lo veo en tu sino.

Se levantó y alzó las manos en dirección al cielo. Su vestido negro se elevó ligeramente, como movido por su magia.

—Por favor, no subas el tono de voz. No queremos que los demás lo sepan todavía —le pedí—. Una multitud de gente a nuestro alrededor solo nos retrasaría.

La adivina me dedicó una sonrisa, pero me hizo caso. No se mostraba orgullosa de haber acertado. No, era como si supiese que había empezado a confiar en ella. Ella ya daba por hecho que lo que decía era cierto, sin lugar a dudas.

Kaia y Aerian intercambiaron una mirada. Camille me miró a mí de forma fugaz, antes de volver a fijar sus ojos púrpura en la pitonisa ¿Sería real después de todo? Los videntes falsos no daban tantos datos.

—Una última cosa. Vas a tener en tus manos algo muy valioso, lo que te generará cansancio y dolores de cabeza. No sé si ya lo has

hecho en el pasado, puesto que solo veo el futuro. Y lo que sea es algo tan legendario que sus velos me impiden percibir de qué se trata.—Se agachó un poco para poner su rostro más cerca del de mi pareja—. Solo que será algo temporal cada vez que emplees tus poderes. No puedo ofreceros mucho más. Hay datos del destino que aún son hilos sin tejer; esperan a que elijáis unos caminos u otros, que harán que unos hilos se deshagan y otros se unan. El futuro, menos para los vampiros videntes, es siempre incierto, queridos; y está en vuestras manos. Espero haberos sido de ayuda.

Cuando dejamos el puesto, tuve que explicarles que habían sido los vampiros videntes los que me habían dicho algo relacionado con el futuro que me había leído. Y que no había querido dar más vueltas al tema porque lo que tuviese que ser sucedería igualmente. Cam había asegurado que creía lo que había dicho la ángel negro y todos estábamos de acuerdo en que tendríamos que estar pendientes de cualquier amenaza que pudiese presentarse. Más que nunca. Puesto que en teoría teníamos una emboscada lista para nosotros en alguna parte.

Fuimos a la posada más cercana al mercado. La medianoche hacía tiempo que había pasado y teníamos que descansar. Era una construcción de madera rosa pastel con algunas líneas negras; un gran cartel sobre la puerta rodeado de flores azules rezaba: «Posada Dulces Sueños». Nos acercamos al mostrador ante la atenta mirada ámbar del vampiro posadero, que me había reconocido desde que toqué el umbral de la puerta. Por suerte no había muchos turistas, por lo que nos ofrecieron dos habitaciones. Nos despedimos de Kaia y Aerian y entramos en nuestro cuarto con Sei y Ard.

—Es muy bonito —opinó la vampira, observando todo con detenimiento.

Era pequeño pero acogedor. La ventana tenía una cortina de seda violeta que estaba echada, y a pesar de ello se colaba la luz de la luna y la del cielo más claro de todo Dusterkeit. Nunca me acostumbraría a aquella zona del reino en la que parecía haber demasiada luz. Paredes de color añil y, como únicos muebles, el pequeño armario y la mesita, junto a la gran cama con sábanas de un degradado de celeste y blanco. Un cojín con forma de búho, lo

suficientemente grande como para que cupiesen Cardan y Seika, se extendía en el suelo de madera azul verdosa, en el lado contrario a la mesita.

—Me encanta la idea de que Sei haya viajado en tu hombro —comentó acercándose a mí y mirando al erizo, que emitió un ruidito como si supiese que hablaba de él.

Ella puso la mano extendida cerca de mi hombro y el animalillo saltó. Lo bajó al suelo y corrió al cojín de búho seguido de Ard que parpó, feliz de poder dormir por fin.

—Aun así, él prefiere estar contigo. Era su única opción. —Sonreí sin dejar de mirarla.

—Desde que nos hemos reunido ha tenido tiempo para suplicar subirse a mi hombro, ¿no crees? —Sonrió de vuelta.

Acorté la distancia que nos separaba hasta quedar a escasos centímetros. Metí la mano en los bolsillos y la cajita verde pastel quedó al descubierto.

—Puede que tengas razón, algún día lo descubriremos. —Le guiñé un ojo y mis corrientes de oscuridad se movieron, rodeándola. Ella se estremeció ante su dulce caricia cuando pasaron por sus brazos y sus piernas. Pero su vista estaba posada en mis manos.

—¿Qué es eso?

—Ábrelo y descúbrelo tú misma.

Cogió la cajita con cuidado, y abrió la boca sorprendida cuando vio la pulsera con el diamante iridiscente engarzado en su centro.

—La has comprado para mí —murmuró fascinada—. Yo… no sé qué decir. No tenías que haberte molestado.

—La querías y ese es motivo suficiente para mí —respondí, colocándole un mechón gris platino detrás de la oreja—. Quiero hacerte feliz.

—Tú me haces feliz, no necesito nada material para serlo. Pero guardaré en mi corazón este bonito detalle. ¿Me la pones?

Asentí y se la coloqué en la muñeca con cuidado. Ella me miró y musitó un gracias antes de estrellar sus labios contra los míos. El dulce sabor de su boca era todo lo que yo podía desear. Mis manos se colocaron en su cintura. Ella comenzó a moverse hacia atrás y me reacomodé, siguiéndola sin separarme de ella. Hasta que cayó en la

cama y me miró con el anhelo danzando en sus ojos, púrpura como el cielo estrellado. La luz que ella desprendía tenía que ser visible a kilómetros de distancia.

Gateó hasta posar su espalda en el cabecero de la cama y me pidió con la mano que la siguiese. Sus colmillos asomados coronando su amplia sonrisa. Mi oscuridad había sido más rápida, ya la rodeaba por infinidad de lugares. Me subí al colchón y me coloqué a su lado. Mi mano viajó hasta su rostro y ella se estremeció con el contacto.

—¿Alguna vez te han dicho que el cielo está en tus ojos y tu pelo es como la luna? —musité, embelesado por su belleza.

Podía sentir los latidos de su corazón, a pesar de la distancia. Ella posó su mano sobre mi muñeca.

—¿Dónde ves las estrellas en mis ojos? —murmuró sin moverse.

—Tu mirada es la luz de mis días, mi princesa de luz. Es una de las fuerzas que mueve mi existencia.

—Zep… —susurró, y escuchar mi nombre en su voz lo hacía demasiado bonito—. Tu pelo es como la oscuridad dulce que representas, y yo adoro la oscuridad porque me recuerda a ti. Tu mirada es como el mar en la noche. Y tu sangre sabe a lo mismo, a mar con estrellas y a roble. Creo que mi corazón siempre te ha buscado, incluso antes de conocerte.

—¿Qué quieres decir? —La miré intrigado.

—En Noruega, cuando estaba triste o simplemente me apetecía pensar, me gustaba ir a la playa a escuchar el sonido del mar acompañado de las estrellas en la noche. Por el día me iba al jardín a posarme en el tronco de un roble que mis padres habían plantado.

—Seguro que era yo, llamándote desde Dusterkeit —murmuré contra sus labios—. Siempre me he sentido fascinado por el sonido del arpa, y resulta que era la especialidad de mi aishiteru.

Nuestras frentes se juntaron justo antes de que sus labios se uniesen con los míos. Sentí la fina presión de sus colmillos y como un hilillo de sangre fluía a cada lado. Era una sensación agradable, no sentía dolor. Ella profundizó en el beso y sus brazos se aferraron a mi cuello, tirando de mí en su dirección. Hasta que ella terminó

tumbada y yo acabé justo encima. Posé una mano a cada lado de su cabeza tratando de no aplastarla.

—Sabes que es imposible que me aplastes —me recordó, clavando sus ojos púrpura en los míos—. No pesas nada sobre mí.

Dejé que mi cuerpo cayese sobre el suyo con cuidado. Sintiendo cada fibra de su ser pegada a la mía. Aquella sensación podría volverme loco. La besé tratando de no pensar en ello, quería que fuese ella la que diese el siguiente paso. Porque algo en los latidos frenéticos de su corazón me decía que sería su primera vez.

—Mucho mejor, ¿verdad?

Mis ojos zafiro se clavaron en los suyos, cargados de deseo.

—No es necesario que hagamos esto si no quieres.

—Quiero hacerlo, príncipe Zephyran.

Capítulo 11. Infinitos



Camille

Aquel intercambio de palabras bonitas hablando de luz y oscuridad había tocado la fibra sensible de mi corazón, cargado de cariño para el heredero de la corona, que me había hecho descubrir sentimientos que jamás hubiese pensado que viajarían por cada fibra de mi cuerpo.

Nuestras frentes se juntaron y, sin poder evitarlo, mis labios buscaron los suyos. Mis colmillos asomaron y bebí de su sangre con delicadeza, saboreando aquello de lo que habíamos hablado: un bosque antiguo y mares colonizados por la luz de las estrellas. Profundicé el beso, movida por la canción de su sangre, y mis brazos agarraron su cuello, tirando de él en mi dirección. Hasta que ambos caímos sobre la cama. Él justo encima de mí. No quería que aquello terminase nunca. Posó sus manos a ambos lados de mi cuerpo, con tanta delicadeza como siempre.

—Sabes que es imposible que me aplastes —le recordé, clavando mis ojos en sus zafiros, cargados del mismo anhelo y deseo que captaba en el aire—. No pesas nada sobre mí.

Obedeció y dejó que su cuerpo cayese sobre el mío con cuidado. Sentí el momento exacto en el que nuestros cuerpos entraron en contacto. Una descarga recorrió todo mi ser suplicando que hiciese caso a mi corazón. Zep me besó, parecía nervioso; lo estaba. Pero mi corazón, de latidos desbocados, no se quedaba atrás.

—Mucho mejor, ¿verdad?

Sus zafiros se clavaron en mis ojos. Las corrientes de oscuridad de sus iris se volvieron más intensas que nunca.

—No es necesario que hagamos esto si no quieres.

—Quiero hacerlo, príncipe Zephyran.

Nunca antes lo había hecho, y aun así me sentía preparada. Él era mi principio y mi final. Era todo lo que mi cuerpo anhelaba. Mis manos viajaron hasta su camiseta y, bajo su atenta mirada, la deslicé hacia arriba hasta que su esculpido cuerpo quedó al descubierto. Y, como movida por algún impulso primigenio, le despojé de lo que le quedaba.

Podía escuchar los latidos frenéticos de mi corazón ante su cuerpo totalmente desnudo y a mi disposición. Todo él era precioso. Sonreí tratando de calmarme. Sentí como un latido de calma y cariño me inundaba y le respondí con dos idénticos. Él me quitó la ropa con cuidado, como si fuese una muñeca que no quería romper. En esos momentos, de alguna manera, me reconfortaba.

Su oscuridad comenzó a danzar a nuestro alrededor, y poco a poco fue envolviendo mi cuerpo. Me estremecí. La agradable sensación de sentirla por todas partes pareció suficiente para relajar un poco mi corazón desbocado.

—Eres muy bonita —susurró, deslizando pausadamente su mano entre mis pechos hasta tocar mi ombligo—. ¿Estás segura de que quieres seguir?

Asentí. Me permití recorrer su cuerpo como quien contempla una obra de arte. Él dejó escapar un gruñido en respuesta.

—Iré poco a poco. No quiero hacerte daño.

—Confío en ti.

Me besó en una cadencia lenta, que poco a poco fue volviéndose más intensa. Mis manos se aferraron a su cuello. Sentí el momento exacto en el que entró dentro de mí. Dolía y a la vez no. Él se movía lento, dejando que mi cuerpo se acostumbrase a la intrusión.

—¿Estás bien? —susurró contra mi oído.

—Mejor que nunca.

Sentí como se adentró más en mi interior toda su extensión. Siguió moviéndose con cuidado, hasta que el dolor desapareció y solo el placer inundaba todas y cada una de mis terminaciones.

—¿Te gusta? —pregunté.

—Me quedaría a vivir en este momento para siempre.

Busqué su boca y lo besé como si fuese mi sustento. Éramos la unión perfecta; la magia lo sabía antes que nosotros cuando nos hizo aishiterus. Su oscuridad nos envolvió, como si no distinguiese donde acababa él y donde empezaba yo. O como si no le importase, porque de alguna manera yo era una parte de ella. Y ahí, a la luz de la luna y las estrellas que pasaban por la ventana, me dejé llevar hasta que olvidé que estábamos en la posada. Solo existíamos nosotros en aquel baile que simbolizaba el amor más puro y verdadero. La canción que mis latidos nunca se cansarían de entonar. Éramos infinitos, eternos. No podía sentir nada más. Él lo inundó todo.

Caímos rendidos, sin molestarnos en ponernos la ropa. Me dormí apoyada en la piel que resguardaba su corazón, sintiendo sus latidos como mi hogar. Sus manos abrazando mi cuerpo, como si fuese su posesión más preciada. En algún momento en el que ya me había perdido en mi subconsciente casi bajo el reinado del sueño me pareció escuchar: «Duerme mi princesa de luz». Y soñé que éramos invencibles.

Al día siguiente, nuestro nuevo despertador, o sea Kaia, nos sacó del mundo en el que habíamos vivido esa noche, devolviéndonos a la cruel realidad, en la que teníamos que seguir el recorrido de los templos y hacerle frente a mi padre.

—¡Chicos! Hace tiempo que la luna se ha ido y deberíamos salir de Maneskin ya —anunció, sin dejar de golpear la puerta.

—Eres pura energía desde que te levantas. —Escuché la voz de Aerian.

Zep y yo nos miramos, y rápidamente nos vestimos. No había tiempo de nada más. Abrí para dejar pasar a Kaia, con Sei y Ard asomados cada uno desde una de mis piernas.

—Buen antelunio, Kaia.

—Vaya, que cara traes. —Sonrió ampliamente, mostrando todos los dientes—. Habéis disfrutado de la noche por lo que veo.

—¿Y vosotros? —contraataqué.

—Nosotros siempre —contestó Aerian, pasando un brazo por el hombro de Kaia.

—Vamos a dar el desayuno a los animales y bajamos a tomar el nuestro —intervino Zep, colocándose a mi lado y cortando la conversación, ¡gracias a Drácula!

Todos nos mostramos de acuerdo. Tras desayunar subimos al cuarto a recoger las cosas, y a Sei y Ard que ya habían terminado su comida y, como siempre, estaban jugueteando.

—Sé que fue tu primera vez —confesó Zep sin poder contenerse, aprovechando que estábamos solos.

—Sí —me volví y nuestras miradas se encontraron—, no puedo sentirme más afortunada. Porque todas y cada una de las veces de mi vida serán contigo.

—«Te amo, Camille».

Lo besé en respuesta. Un momento, ¿había hablado a través de la mente?

—¿Qué acabas de…?

—Cuando dos aishiterus se vuelven uno, para manifestar su amor sin palabras, la conexión de sus corazones se vuelve más fuerte. —Sus manos se posaron en mis caderas—. Adquieren la capacidad de hablar a través de la mente. El poder del corazón viaja al cerebro. Solo funciona si están lo suficientemente cerca; no es igual que los latidos del corazón, que viajan no importando dónde estés.

—Y esto es intuitivo… —empecé.

Rebusqué en mi interior y vi que algo en mi mente había cambiado. Había una especie de puente, que supuse que me conducía a él.

—«Te amo, Zephyran».

—Ya ves que sí. —Él sonrió—. Tu mensaje me ha llegado alto y claro.

Me besó, y mis manos se posaron en su cara; su tacto era muy agradable. Nos perdimos en nosotros hasta que Kaia y Aerian vinieron a buscarnos y tuvimos que retomar el viaje. Tras pagar al vampiro posadero los noxes correspondientes por nuestro alojamiento, salimos a la luz de Maneskin. Las calles estaban llenas

de gente que, al igual que el día anterior, dejaba de hacer lo que estaba haciendo para ver a su príncipe y a su aishiteru. Cardan parpaba, contento de ser el centro de atención, y se ganaba algunas caricias por parte de los maneskinenses. Así había dicho Zep que se llamaban.

En el momento en que cruzamos la puerta de la muralla norte de la ciudad tuve conciencia de que la tregua de tranquilidad había llegado a su fin y de que deberíamos permanecer alerta. Si la vidente tenía razón, el enemigo podría habernos tendido la emboscada en cualquier parte. Aunque en la llanura que nos recibió no parecía haber ningún miembro de su ejército de pesadilla.

Miré a Zephyran, queriendo saber cómo se llamaba el terreno en el que estábamos.

—Llanura Ahiru. Está a un día del lago Laukang en el que se supone que está el Templo del Mediodía.

Observé el paisaje. La combinación de hierbas, de diferentes tonalidades de verdes y azules mezclados entre sí, configuraba un paisaje precioso. Una hierba amarilla, destacando sobre el resto, captó mi atención.

—¿Y eso?

—La comida favorita de los olisqueadores; su sabor amargo y olor característico hacen que la detecten rápido —respondió Kaia jugando con un mechón de su pelo, que hoy se había dejado suelto—. Y mejor que no te interpongas en su camino cuando la encuentren, porque irán a por ti.

—¡Qué agresivos! Espero no ver ninguno.

Pero no tuvimos esa suerte. En cuanto comenzamos el camino, a velocidad vampírica para reducir el tiempo a la mitad, un chasquido resonó en el aire. Y, puesto que el cielo seguía siendo de un precioso cian, con estrellas incluidas, me fijé mejor y pude ver su largo hocico a pesar de la distancia. Una bola de pelo alargada de color añil se desplazaba en dirección a alguna hierba que había detectado en el terreno. No tardaron en aparecer otros como él que emitieron chasquidos que retumbaron en el aire. Sus largos hocicos negros destacaban sobre el césped.

—Mirad bien que no haya ninguna hierba amarilla cerca de por dónde os estéis desplazando —pidió Zep.

—Hay tan pocas que teniendo en cuenta nuestra velocidad sería mala suerte que alguno nos atacase por estar justo en su camino —opiné. Sin dejar de buscar las dichosas hierbas.

Pronto los perdimos de vista y pudimos hacer una pausa. Extendimos un mantel en el suelo y comimos. Al terminar brindamos, los vampiros con sangre y Zep con zumo de frutas del bosque. Cuando estaba bebiendo volví a escuchar un chasquido y vi que los olisqueadores se dirigían veloces hacia nuestra posición.

—¡Levantaos! —gritó Zep moviéndose veloz.

Esquivé a uno que pasó de largo. El suelo temblaba bajo mis pies y, con el rápido movimiento para apartarme de su camino, perdí el equilibrio y caí al suelo, llenándome de césped. Con tan mala suerte que unas briznas amarillas se enredaron en mi pelo. El suelo junto a mi cuerpo se rompió y un olisqueador se acercó hasta llegar a tirar de mi pelo, tratando de liberar su comida.

Zep voló hasta mí y me agarró de las manos para elevarme en el aire. Suspiré aliviada. No quería atacar a un ser vivo que, en principio, no tenía intención de hacerme daño. Sei, que ya había acudido en mi auxilió, se agarró a mi pierna rápido para elevarse con nosotros.

—Para comer liberan una saliva ácida que destruye todo lo que toca —me explicó—. Por eso hay que evitarlos.

Sentí como un escalofrío recorría mi cuerpo al entender lo cerca que había estado de salir herida. Y vi que solo quedaba una pequeña porción de terreno llena de tierra donde antes había estado la hierba amarilla.

—¿Y por qué no está todo lleno de agujeros?

—Porque esta hierba se regenera extraordinariamente rápido. Crecerá en menos de una hora.

—Vale —respondí, dejando que mis alas membranosas saliesen al exterior—. Voy a soltarte y vamos a buscar a Kaia y Aerian. Paso de seguir haciendo este recorrido a pie.

Él se rio con fuerza.

—¿Qué te hace tanta gracia?

Cogí a Seika, que seguía en mi pierna, y lo coloqué en mi cabeza; él emitió un ruidito satisfecho. Me elevé en el aire.

—Tu nueva aprensión por los olisqueadores.

—Que se vayan a freír murciélagos. No quiero uno cerca en lo que me resta de vida.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Kaia, que estaba en el terreno justo debajo de nosotros.

—Que me niego a seguir en el suelo entre esas bestias.

—Recibido. Nosotros iremos andando —intervino Aerian, con un Cardan feliz en uno de sus brazos y su espada en el otro—. Así podemos conservar la velocidad vampírica. Estos seres no son nada que un guerrero no pueda enfrentar.

Capítulo 12. Templo del Mediodía



Zephyran

El resto del viaje por la Llanura Ahiru lo pasé aferrado al cuello de Cam, con las alas plegadas para evitar entorpecer su vuelo. A estas alturas ya podía decir que me había acostumbrado a la velocidad vampírica, como si fuese una parte de mí. De alguna manera lo era, del mismo modo que mi aishiteru constituía una pieza esencial en mi existencia. Estar dentro de ella había sido como tocar el cielo y bañarse en las estrellas, bajo la luna de su pelo gris platino. Todo mi cuerpo había reaccionado sabiendo que ella era mi hogar. Que ya no había espacio para un mundo en el que no existiese ella. Ella era mi mundo. Y sí, no había podido evitar estrenar la conexión de nuestras mentes con ese: «Duerme mi princesa de luz».

—Creo que estamos llegando. A lo lejos diviso como el cielo comienza a cambiar de color —anunció Cam, sacándome de mis pensamientos.

No es que no tuviese nada mejor que hacer que andar alerta por si aparecía alguna amenaza. Es que, a la velocidad de Cam, para mí todo era un gran borrón; por lo que no me quedaba más opción que delegar el sentido de la vista en los vampiros. Confiaba plenamente en todos ellos. Y no había desconectado el resto de los sentidos mientras había dejado que mi mente se perdiese.

—Efectivamente, puedo ver el lago —contestó Kaia.

No tardamos en aterrizar junto al mismo. La luna ya se había puesto en el cielo, por lo que decidimos cenar antes de acercarnos al obelisco, que se alzaba imponente entre las aguas del lago Laukang.

Solo había una cosa que podía engatusar a Cardan por encima de la comida, y era jugar con los de su especie. Por lo que, en cuanto vio que el lago estaba lleno de anátidas oscuras, no dudo en lanzarse a nadar entre ellas.

Cuando todos, incluido Cardan, terminamos de comer, decidimos comenzar la búsqueda del Templo del Mediodía.

—¿No sería mejor dormir y meternos al lago en el antelunio? —preguntó Aerian.

—Si Camille vuelve a experimentar dolores de cabeza y cansancio, lo mejor será que la hora de dormir esté cerca para que pueda reponerse antes —opiné yo.

—A mí también me parece mejor idea entrar ahora. Ya descansaremos después —intervino Kaia.

Todos miramos a la que tenía la decisión en sus manos, puesto que ella era la que iba a sufrir las consecuencias.

—Vamos al obelisco. Lo mejor será ir nadando. Realmente no hace falta que me acompañéis en el chapuzón.

Sin decir nada más se lanzó al agua con Sei en su cabeza. Cardan la siguió como si aquello fuese un baño normal; pero, cuando vio que iba directa al obelisco, se desvió a jugar con los de su especie. Me tiré sin pensarlo dos veces; y escuché el sonido del agua a mis espaldas, indicándome que Kaia y Aerian habían tomado la misma decisión.

—¿Cómo sabías que no había nada en estas aguas que pudiese hacerte daño? —pregunté, alcanzándola y quedándome a un lado.

El color cian del obelisco destacaba sobre el colorido cielo, que presentaba degradados entre el rojo anaranjado del este y el cian del oeste. Sobre el lago podían apreciarse los tres tipos de cielos, según en qué parte se ubicase uno; era como si alguien hubiese jugado con una paleta de colores.

Ella ya se había colocado frente al Obelisco del Mediodía que surgía de las aguas, de espaldas al lugar en el que, mucho más al sur, desembocaba el río Ash en el lago Laukang. Posiblemente el tempo se encontraba sobre la orilla en la prolongación de la línea que unía ambos puntos.

—Cardan se metió muy tranquilo y nadie le dijo nada.

—Eso es porque esa anátida hace lo que le viene en gana —contestó Kaia a nuestras espaldas.

—Tiene un poco de tu vena impulsiva. —Se rio Aerian.

Kaia lo fulminó con la mirada.

—Bueno, supongo que esto funciona igual que el anterior. Porque no hay ningún templo visible a sus espaldas —empezó Cam ignorando sus puyas—. Voy a tocarlo.

Sus manos se posaron en la roca, y esta vez permaneció en silencio. Había algo mágico que parecía hacer vibrar su esencia, anunciando que su magia estaba palpitando en su interior. Se concentró, como si estuviese ida, en alguna otra parte tiempo atrás. Kaia y Aerian se mantuvieron en silencio, pero yo no pude resistirme a usar nuestro puente mental.

—«¿Qué es lo que sientes cuando haces eso?».

—«Una canción que habla del origen de los tiempos, de cuando se formó el equilibrio entre la luz y la oscuridad, inunda mi cabeza. Es igual que la otra vez; pero la melodía es algo diferente».

No quise distraerla más y observé la parte superior del obelisco, donde destacaban dos huellas grabadas en oro, una con relleno blanco y la otra negro. La marca de los Animales Guardianes que habitaban ese templo. Tras un largo rato, observé sorprendido como, junto a la orilla del lago que se extendía tras el obelisco, se materializaba un templo. El que pertenecía a la pareja más amigable según las leyendas; cosa que, por supuesto, nadie había comprobado si era cierto en muchísimo tiempo.

Cam se detuvo y fijó su vista en la construcción recién aparecida.

—¡Vamos! ¡Me muero por entrar! —se impacientó Kaia nadando hacia la orilla.

Todos la seguimos, casi en una carrera por ver quién llegaba antes a la orilla; aunque ella y mi soldado fueron los primeros. Cam se retrasó para nadar a mi altura y no dejarme solo. Y Cardan, que en algún momento había descubierto que con nosotros comenzaba la «diversión», había volado por encima de nuestras cabezas y nos esperaba parpando animado al otro lado.

El templo de piedra, del mismo cian que el obelisco entremezclado con multitud de trazados en dorado, nos recibió

imponente. Al igual que el otro, tenía varias columnas; entre ellas se extendían unas escaleras tocadas por el paso del tiempo.

El frontón era diferente: semicircular, rematado por la estatua de un Helios resplandeciente destacando sobre los tres cielos de fondo. Sobre sus vértices laterales, dos grandes esculturas representaban a los Perros Guardianes sentados en una postura solemne, como si adorasen a su estrella. Unas inscripciones en lengua antigua, que lamentaba no comprender, recorrían su base.

—¿Eso son…? —comenzó Camille fijándose en las estatuas—. ¿Perros? ¿En vuestro mundo hay?

—Sí, perros oscuros—respondió Kaia colocándose a su lado—. En algunas zonas de Dusterkeit puedes encontrarlos. Algunos ángeles negros y vampiros los adoptan como mascotas.

—Pero los Animales Guardianes son diferentes a todos los perros oscuros de Dusterkeit —aclaré.

Subimos las escaleras en silencio, y Aerian aprovechó para dar más arándanos a mi aishiteru. Y allí, en el interior, entre las paredes doradas, como la luz del astro rey, y cian, se hallaban los poderosos Perros Guardianes. Eran gigantes en comparación con los perros oscuros. Correteaban de un lugar a otro, agitando la cola y retándose entre ellos, hasta que sus poderosos ojos se posaron en Cam y emitieron un ladrido afable.

Parecían gemelos idénticos puesto que ambos eran muy grandes, con la cabeza marrón y los ojos del mismo color, aunque más claro. Su cuerpo era blanco con una combinación de machas por todas partes, unas grandes del mismo tono que la cabeza y otras pequeñas y negras. Un aura negra indicando la oscuridad rodeaba a los dos.

—Hola, he venido a ayudaros —comenzó Camille, acercándose a ellos.

—«Lo sabemos, por favor devuelve a mi hermana Duna a su estado originario». —la voz psíquica del de la derecha caló en nuestras mentes.

Intercambiamos miradas entre nosotros, perplejos. ¿Desde cuándo hablaban? ¿Y tenían nombres?

—«Arvel y yo hablamos. Si el resto de parejas hablan, es algo que tendréis que descubrir vosotros mismos» —contestó el de la

izquierda.

—«Soy chica» —remarcó.

Mis labios se despegaron por la sorpresa. ¿Estaba…?

—«Sí, los Perros Guardianes podemos leeros la mente». —Y luego sus ojos se posaron en mi pareja y parecieron brillar—. «Por favor, devuélveme la luz que me arrebataron».

Ella asintió decidida y dejó la bolsa de arándanos en el suelo, justo antes de elevar sus manos y posarlas en la cabeza de Duna, que era más alta que ella con diferencia. Se relamió ante la ofrenda.

—«No te aproveches de mi estado y espérame antes de comerte esos arándanos». —avisó a Arvel.

El otro gruñó, pero se resistió a probar bocado y comenzó a llamar la atención de Aerian para que le proporcionase algunos mimos. Eran fascinantemente amigables. Kaia se unió a la fiesta de las caricias a Arvel. Mientras Ard y yo observábamos fascinados como Cam usaba su magia para devolver a Duna lo que le había sido arrebatado.

Al principio no sucedía nada, pero de pronto el aura de oscuridad que envolvía a la Guardiana se volvió de luz. Su cabeza adquirió tonalidades blancas en el centro y marrones claras a los lados. Su cuerpo se volvió blanco, con tan solo algunas manchas negras o marrones claras. Por último, su tamaño comenzó a disminuir, hasta que sus ojos azulados y su hocico negro quedaron a la altura de la cara de Cam.

—«Gracias por salvarme y contribuir a restablecer el equilibrio». —Le dio un lametón en la mejilla. La vampira sonrió y le acarició la cabeza contenta.

Duna corrió a por los arándanos. Junto a Arvel hicieron que desapareciesen en cuestión de segundos.

—«Gracias por tan deliciosa ofrenda» —dijo ella.

—«Sí, y por devolver la luz a mi compañera» —añadió Arvel.

Tras alzar manos, poderes y acero victoriosos, dedicamos un rato más a acariciar a los Perros Guardianes que parecían contentos de haber tenido una numerosa visita. Observé que Cam no se quejaba de la luz ni se llevaba las manos a la cabeza; pero, por su rostro, parecía tan cansada como la última vez.

En cuanto bajamos las escaleras del templo se agachó y se llevó las manos a la cabeza revelando que los dolores volvían a asaltarla.

—¿Estás bien? —pregunté pasando el brazo por su cuello.

—Es la misma sensación de antes. No podía amargar el día a Duna y Arvel, se los veía tan felices… —confesó.

Nuestros ojos se cruzaron y le sonreí.

—Eres muy buena. Anda, vamos a descansar.

—¿No queréis bañaros en el lago para celebrarlo? —preguntó, pero su voz sonó entrecortada.

El erizo observaba desde su cabeza con gesto preocupado.

—Ni hablar, estás peor que un kitsune muerto. Tú necesitas descansar —intervino Kaia, colocándose justo delante de ella.

—Mañana nos damos un baño antes de partir —sugirió Aerian.

—¡Cuaaack! —parpó Ard contento con esa idea.

Establecimos las tiendas junto al lago Laukang, y Kaia y Aerian se encargaron de las guardias. Aunque aquella zona no era especialmente peligrosa, una posible emboscada nos esperaba en alguna parte y no podíamos bajar la guardia. La vidente había acertado con los dolores de cabeza de Camille. Y, con todos los datos en los que no se había equivocado, no dudaba en que en cualquier momento nos asaltase el ejército enemigo.

En cuanto nos tumbamos en la cama, Cam se llevó las manos a los ojos, molesta incluso por la poca luz que entraba a la tienda mágica desde el exterior. Por lo que extendí mi ala negra para cubrir por completo su cara.

—¿Tú vas a dormir? No se te ve con mucho sueño.

—Lo haré cuando tú lo hagas. Hoy me toca cuidarte.

—El dolor es un poco más llevadero contigo a mi lado —confesó adormilada, deslizando una mano por las plumas del ala que la cubría. Me estremecí—. Mi príncipe oscuro.

—Me alegra oír eso mi princesa de luz. —Sonreí.

—Aún no soy una princesa, solo soy una huérfana que encontró un hogar en el que sentirse completa —confesó en un arrebato de debilidad.

—Para mí siempre lo has sido, pequeña vampira; incluso antes de colocarte la corona de aishiteru.

—Solo espero estar a la altura, príncipe Zephyran.

—Lo estarás, estamos juntos en esto y en todo lo que venga por delante, ¿recuerdas? —Deposité un beso en su frente.

—«Juntos contra el mundo». —Sonaba agotada, incluso a través de la mente.

Dejé que mi oscuridad la acariciase hasta que se quedó completamente dormida. Disfruté de verla en ese estado un poco más, recordando que ya solo quedaban tres parejas de Animales Guardianes para que por fin pudiésemos cerrar la maldita grieta. Sin embargo, en aquellos instantes solo podía ver la dulzura que acompañaba a su expresión, libre de dolor y con una pequeña sonrisa. Y como su mano se había quedado aferrada a mi brazo.

Capítulo 13. Lago Laukang



Camille

Me desperté mucho más renovada. La luz había dejado de molestarme y la intensidad del dolor de cabeza había bajado lo suficiente como para que fuese soportable. Aún estaba cansada, pero no tanto como el día anterior. Aproveché que Zep dormía plácidamente para dejar vagar a mi cabeza; no quería moverme y despertarlo. Observé mi pulsera y el anillo, no me los había quitado ni para dormir, ni pensaba hacerlo; ahora eran una parte de mí. Él parecía pensar lo mismo, puesto que su anillo resaltaba en la mano que tenía posada en la almohada.

Los Perros Guardianes me habían parecido super adorables. Duna era como un *beagle* del mundo humano y Arvel como un *pointer*, solo que eran mucho más grandes y tenían auras que los envolvían, además de una voz psíquica. Casi nada. Era un alivio pensar que ya solo quedaban tres parejas de Animales Guardianes a las que ayudar y que después terminaría la pesadilla de la grieta. Aunque en algún momento tendría que enfrentarme a mi padre y acabar con él sin pestañear; las advertencias de Ahrienia pesaban sobre mi cabeza.

Y, si la vidente estaba en lo cierto, en cualquier momento podríamos sufrir una emboscada. Agucé el oído; pero en el exterior solo se escuchaban las voces de Kaia y Aerian charlando animadamente. No había rastro de peligro.

—¿Ya estás despierta? —preguntó el ángel a mis espaldas.

—Desde hace un ratito. —Me giré.

—¿Le damos el desayuno a Ard y Sei y salimos?

Asentí, le di un rápido beso en los labios y me encaminé hacia los animales, que, nada más escuchar mis pasos, se despertaron y comenzaron a corretear alterados.

—Aquí tenéis.

Eso fue todo lo que hizo falta para que su rumbo cambiase y comenzasen a devorar su comida. Me volví hacia Zep.

—¿Vamos fuera, entonces? Kaia y Aerian ya están despiertos.

—Vamos. —Se levantó de golpe. Sus alas negras extendidas mostrando todo su esplendor.

Me encaminé a la salida y desplacé la tela de la tienda mágica con cuidado. Solo podía abrirse desde dentro, para reducir el riesgo de amenazas. El material de las paredes y el techo era también resistente a múltiples ataques, como los de fuego y los eléctricos.

—¡Buen antelunio, dormilones! —exclamó Kaia—. Vais progresando, hoy no ha hecho falta que os despierte.

Estaba sentada junto a la orilla del lago, al lado de Aerian. Ambos disfrutaban de un gran vaso de sangre.

—Bañarse en el lago es un incentivo suficiente como para que se levanten. Viajar sin parar igual no lo es tanto —opinó el soldado, apartando la vista de su desayuno.

Sonreí.

Nos unimos a ellos. El pobre Zep tenía que soportar el olor a sangre de la comida de los tres, mientras él disfrutaba de uno de sus zumos de frutas. La vampira sacó unas pastas que olían demasiado bien, a canela y chocolate.

—¿De dónde has sacado eso? —Me interesé.

—Las compré en el mercado de Maneskin. Y no veo mejor momento para degustarlas.

—Hoy el desayuno huele mejor que nunca —intervino Zep, cogiendo una pasta redonda cubierta de chocolate—. Has tenido la mejor idea del mundo.

—Gracias, príncipe. Es una pequeña celebración de otra pequeña victoria de mi querida amiga, y por tanto del mundo. De paso te libero hoy del olor a sangre de todas las mañanas.

—Un detalle por tu parte. —Su tono sonó cómico.

Cogí una galleta de canela y la mojé en mi sangre de cérvido. Esas pastas estaban deliciosas. Sei y Ard no tardaron en salir de la tienda, que habíamos dejado ligeramente abierta, y se llevaron una galleta con manzanilla y otra con bichos que la vampira había reservado para ellos. Mi amiga había pensado en todo.

—Me parece que ya es la hora del baño —anunció Kaia levantándose. Su trenza azul voló en el aire por unos instantes.

—¡Cuaaack! —parpó la anátida, muy conforme con la idea.

Todos asentimos. Nos lanzamos a las aguas del Laukang, cuya temperatura parecía ideal para que se bañasen los que sentían frío como Zep. Mis ojos se clavaron en los suyos y le dediqué una amplia sonrisa. Comencé a nadar y el príncipe me siguió.

Aquel lago era increíble, estaba lleno de anátidas oscuras entre las que Ard no tardó en mezclarse. Sei nadaba a mi lado, observando el fondo. Estaba lleno de peces de color negro, muy diferentes entre sí. Ninguno parecía incómodo con nuestra presencia.

Me giré y me quedé flotando de espaldas, disfrutando de aquel rato de bienestar. El cielo sobre mi cabeza estaba plagado de estrellas, pero según por donde me moviese iba cambiando de color. El área oeste del lago, en la que nos encontrábamos, estaba algo más iluminada a causa del cian de su cielo.

Sentí algo duro y plumoso en mi brazo y me volví, encontrándome con un Zephyran con las alas extendidas.

—Parecías tan desconectada del mundo así, que quise imitarte.

Extendí la mano en su dirección y él me la cogió con agilidad.

—Así se está mucho mejor ¿no crees? —Le guiñé un ojo.

Nadamos en silencio, disfrutando de la paz que el paisaje nos ofrecía; hasta que sentí como alguien me salpicaba tirándome una ingente cantidad de agua encima, demasiada para haber sido solo salpicada. Me giré y observé a Kaia riéndose.

—¿Te diviertes usando tus poderes? —Me incorporé y Zep me imitó—. A ver si voy a tener que hacer que todos los peces de este estanque adquieran aletas puntiagudas y te las claven en los pies.

—Suerte si consigues coger alguno. —Me guiñó un ojo.

Alargué mi brazo sin darle tiempo a procesarlo, y tiré de ella, haciendo que perdiese el equilibrio y cayese de cara contra el agua.

Aerian, que estaba a sus espaldas, comenzó a reírse ruidosamente y aprovechó para cogerla como si fuese un saco de patatas. Ella le dio golpecitos en la espalda para liberarse.

—Gracias por entregarme a esta rebelde. —Sonrió el soldado.

—No por mucho tiempo —respondió la vampira, antes de hacer que el agua que lo rodeaba comenzase a moverse y lo dejase atrapado. Usó la distracción para liberarse.

—Eres un soldado horrible —bromeó, cruzándose de brazos.

—Y a pesar de todo, me quieres. —Una amplia sonrisa cubrió su rostro, mientras acortaba la distancia que los separaba.

—Si quieres que te bese tendrás que ganártelo, soldadito de oro.

—¿Qué desea mi pequeña amazona?

Su mano comenzó a acariciar la trenza de ella, que se mostraba reacia a hacer cualquier movimiento.

—Gáname un pulso en el aire y te concederé lo que deseas. —Lo miró desafiante.

—Será un honor.

No tardaron en sacar las manos del agua, salpicando todo a su alrededor. Zep y yo observamos el pulso como si fuese un espectáculo. A veces parecía ganar uno y luego el otro, hasta que la mano de mi amiga cayó, dándole la victoria al soldado.

—Gané. Eres mía.

Ella frunció el ceño, pero dejó que la besase y no tardó en dejarse llevar. Zep y yo nos miramos divertidos y nos marchamos a nadar en dirección al cielo rojo anaranjado. Lejos de ellos. Seika se unió a nosotros por el camino y, como era incapaz de seguirnos el ritmo con sus pequeñas patitas, se subió a mi espalda y se agarró a dos de mis mechones, como si fuesen las riendas de un caballo acuático.

Cuando pasamos junto al obelisco una imagen de Duna y Arvel cruzó mi mente. Eran tan agradables que me daba pena no volver a verlos. Desvié mi mirada al otro lado, y vi que a lo lejos se divisaba la desembocadura del río Ash.

En cuanto el cielo sobre nosotros se volvió rojo anaranjado me volví hacia el príncipe, que me dedicó una amplia sonrisa. El erizo emitió un ruidito, molesto por el movimiento de mis mechones. Moví

una mano hacia atrás, para que se posase en ella, y me erguí colocándolo en mi cabeza.

—Así verás todo desde lo alto.

Zep se irguió también, colocándose justo frente a mí. El agua se deslizó por sus alas dejando una bonita imagen de su cuerpo. Le sonreí y me devolvió el gesto, nadando hasta quedar a escasos centímetros. Me giré, para comprobar que Kaia y Aerian apenas eran visibles a esa distancia.

—No nos ven —contestó con su voz aterciopelada, y su mano se posó en mi cara.

Giré la cabeza y abracé su cuerpo. Su oscuridad comenzó a rodearnos; me estremecí al sentirla en mis piernas y, poco a poco, en todo mi cuerpo.

—Atraviesa el agua.

—El agua también puede absorber la oscuridad, como prácticamente todos los elementos de este mundo.

Observé en silencio como el paisaje se había convertido en meras rendijas. Parecía que nos habíamos metido en una crisálida de oscuridad, lejos de todo lo demás. Aquello me robó el aliento. Recordé que tenía que respirar y mover mis extremidades, no quería hundirme.

Lo miré fijamente a los ojos y posé una mano en su cintura, atrayéndolo hacia mí.

—Ahora mismo el mundo podría desaparecer.

—¿Cómo? —pregunté aturdida.

—La oscuridad podría envolvernos por completo.

Y sentí como Seika, como si previese lo que iba a suceder, saltaba desde mi cabeza, salpicando mi espalda, y nadaba lejos de nosotros. Me giré unos segundos arrepentida, y comprobé que se dirigía hacia Cardan. Suspiré aliviada.

—No te preocupes, estará bien —murmuró acariciando mi mejilla, con la vista perdida en el erizo—. Ard no conoce un fin cuando se trata de jugar.

Asentí conforme, y eso fue todo lo que pareció necesitar para convertir la oscuridad en una barrera. Miré sus labios, ansiosa por sentirlos; él se percató de mi gesto y, cogiendo mi cara con ambas

manos, dejó un cálido beso que hizo que mis colmillos asomasen por la anticipación.

Moví los labios en respuesta y sentí como su sangre entraba en mí, despertando todos mis instintos. Él se removió, pero no paró. Siguió hasta que su voz mental me sacó de aquel sueño, aún sin separarse de mí, como si no hubiese tiempo para eso.

—«Mi oscuridad puede sostener aquello que no necesitemos».

—«Aquella vez que me llevaste volando me dijiste que no impediría que me cayese. Que serías tú el que lo haría».

—«Solo pretendía hacerme el interesante. Claro que sería yo el que te detendría; a través de mi poder o con mis manos, lo que llegase primero. También me viste sostener a un monstruo con ella».

—«No tienes remedio». —Le di un golpecito en el pecho, cayendo en que era cierto lo que decía.

Se separó lo suficiente de mí como para que pudiese observar que se quitaba la camiseta y la lanzaba hacia abajo. Me limpié la sangre que me había quedado en los labios, sin dejar de mirar a sus ojos zafiro, que brillaban divertidos en una invitación silenciosa.

Le dediqué una amplia sonrisa y me uní a él, hasta que bajo su crisálida de oscuridad solo quedamos nosotros, sin nada que se interpusiese entre nuestras pieles en contacto. Encajé mis piernas en sus caderas y posé mi mano en su corazón, que se movía frenético. Le mandé un latido de felicidad y sonreí. Él me imitó y posó la mano en mi barbilla, elevando mi cara hasta que su boca estaba insoportablemente cerca.

—«Aguanta la respiración» —murmuró contra mi oído—. «No sé cuánto duran los humanos sin respirar, pero aquí el mínimo está en diez minutos».

¿Diez minutos? Aquello me sorprendió bastante. Confiaba ciegamente en él, así que asentí y cogí aire. Ni siquiera parecía que lo estuviese conteniendo.

—«Si ves que no aguantas me avisas».

Volví a asentir. Y eso fue todo lo que necesitó. Nos sumergió en el agua; como si el mundo no debiese ser testigo de lo que sucedía entre nosotros, incluso con su oscuridad rodeándonos. Me tumbó boca arriba y me mimó, admirándome como si nunca pudiese

cansarse de aquella sensación. Alcé la mano y me permití acariciarlo, como si mañana se fuese a romper el mundo.

Mi pelo se movía en todas direcciones; era tan largo que se entremezclaba con la oscuridad que nos cubría, perdiéndose más allá. Sus alas extendidas también sobrepasaban los límites. Mi mano libre viajó a su ala derecha, sintiendo sus plumas suaves. Hasta que volvió a su rostro y lo atraje hacia mí.

Y allí, perdidos en la burbuja de nuestros propios sueños y deseos, me hizo suya hasta que olvidé que éramos dos seres. Éramos todo lo que podía sentir. Éramos uno solo. Mis manos acariciaron su pelo negro cuando aceleró el ritmo, perdiéndose en sus mechones. Las suyas se deslizaban por mi espalda, como si no quisiese perderse ni un centímetro de mi piel empapada.

—«Te amo, mi príncipe oscuro. Eres todo lo que es sempiterno dentro de mi corazón».

—«Yo también te amo, pequeña vampira. Eres la eterna y perfecta constante de mi vida, la misma que da vida a mis latidos».

Sus palabras hicieron que perdiese el control. Me aferré a su cuello con fuerza. Él apretó mis caderas, clavando allí sus brazos. Hasta que terminamos juntos en una deliciosa sensación y sus alas me envolvieron acariciando mi espalda, como si aún no pudiese despegarse de mí. Mi cabeza se apoyó en su pecho y me habría quedado eternamente escuchando los latidos de su corazón. Pero sentí que el aire comenzaba a faltarme y lo miré presa del pánico. Él nos elevó con rapidez, sin darme tiempo a decir nada. Su oscuridad aún nos envolvía, cuando a un lado comenzaron a ascender otras dos corrientes de oscuridad con nuestra ropa.

Capítulo 14. Decisiones



Camille

Después del agradable chapuzón, para todos, había llegado la hora de tomar decisiones. Aún con la reticencia de Ard a abandonar el lago y a sus nuevos amigos, entre los que había encontrado algunos con un pompón en la cabeza, como él. Zep dijo que se olvidaría de ello en cuanto llegase su hora de comer. Nos habíamos sentado en círculo junto al lago, todos con los sentidos alerta ante nuevas amenazas.

—Yo digo que sigamos andando hacia el siguiente templo —propuso Kaia deslizando los dedos por su pelo azul, ahora suelto y empapado.

—Tenemos provisiones suficientes para soportar el viaje —la apoyó Zep—. Y es mejor cruzar las montañas Cáligo una sola vez que dos.

Una imagen demasiado definida de los aikerns, que Zephyran había cazado cuando estaba aprendiendo a usar mis poderes, cruzó mi mente. No, no quería tener la posibilidad de encontrarme con esas criaturas dos veces.

—Estoy de acuerdo con vos, Alteza —apuntó Aerian.

—Si vosotros lo veis claro, yo no tengo nada más que añadir —intervine, toqueteando mi pelo con nerviosismo.

—Después regresaremos, llevamos muchos días fuera y tenemos que coger provisiones y ver cómo va la preparación de la coronación. —Zep se volvió hacia mí con una amplia sonrisa—. Quizás seas

oficialmente princesa antes de ir a por la cuarta pareja de Animales Guardianes.

—Nada me haría más ilusión —Sonreí en respuesta, tratando de ignorar los nervios que me generaba pensar en ese gran evento que lo cambiaría todo un poco más.

Para llegar al Obelisco del Crepúsculo, el camino más corto era a través de la Ciudad en Ruinas. Pero antes teníamos que recorrer el Páramo de los Anhelos. El cielo rojo anaranjado sobre nuestras cabezas estaba plagado de estrellas; pero de alguna manera desprendía un calor insoportable, según Zephyran. Gracias a Drácula yo no sentía nada.

El color del cielo se ajustaba perfectamente al terreno árido que estábamos pisando. El suelo estaba cubierto de hierba amarillenta y seca, entre la que de vez en cuando se observaban algunas plantas de lo más extrañas; tenían hojas largas y duras similares al aloe vera, pero de color negro y verde oscuro.

—¿Por qué se le llama Páramo de los Anhelos? —pregunté, después de un buen rato caminando.

—Por la Ciudad en Ruinas—contestó el príncipe—. Las leyendas cuentan que sus habitantes ansiaban tantas cosas que pusieron sus deseos por encima de todo lo demás. Y la ciudad misma se consumió en el egoísmo, el poder y la magia.

—Hace milenios que ahí no vive nadie —continuó Kaia, agachándose para arrancar una hoja negra y después hacerla pedazos que metió en su bolsillo—. Puede aturdir durante unos minutos a quien toque un solo trocito de esta hoja; me vendrá bien —explicó ante mi atenta mirada. Y sopló el polvillo de sus manos lejos de nuestro alcance. Como si quisiese evitar un accidente.

—Tú siempre encontrando lo más letal de la naturaleza —la picó Aerian.

—Es extremadamente útil, señor de los rayos.

Yo más bien pensaba que ambos podían ser letales. Sus poderes mortíferos no eran tan diferentes cuando Kaia escogía lo más terrible de la naturaleza. Y si a eso le sumábamos el manejo que tenían con sus armas de acero…

—Como iba diciendo antes de que Aerian me interrumpiese, nadie se atreve a habitar esa ciudad desde que su gente se extinguió. Si alguien sobrevivió, no se sabe que ha sido de ellos.

—Escalofriante…—murmuré, esquivando un gran arbusto—. ¿De verdad no podemos ir a velocidad vampírica?

—Es mejor que guardes descanso hasta que lleguemos a la Ciudad en Ruinas —aseguró Zep—. Solo está a un día de viaje a ritmo normal sin descanso. Podremos apañarnos. Una vez allí, volveremos a viajar usando vuestra velocidad.

—Vale…

Un fuerte temblor en la tierra me dejó con las palabras en la boca. Me giré hacia el origen del sonido, pero Zep ya me había cogido entre sus brazos y elevado en el aire. Sei tiró de mi pelo para evitar caerse.

—¡Anélidos oscuros! —gritó Kaia, justo antes de que la tierra delante de ella se partiese.

Aerian se colocó al otro lado, con una mano alzada en dirección al cielo y la otra sujeta a su espada. Un gusano, que parecía de dos veces mi tamaño, se abalanzó hacia mi amiga; pero esta se movió veloz a un lado para esquivarlo. Un rayo bajó del cielo directo a la criatura, dejándola en el sitio.

Un estruendo hizo que mirase a nuestras espaldas, donde multitud de gusanos se dirigían hacia mis amigos.

—Me gustaría ayudar… —lamenté.

—Ya has ayudado bastante al mundo. Tienes que reponerte. Ellos solos pueden con todo, y yo algo puedo hacer desde aquí —murmuró Zep, y una corriente de oscuridad viajó hacia una de las bestias.

—¿De dónde salen tantos gusanos?

—Hemos debido de pisar el terreno sobre uno de sus nidos. Eso les molesta mucho y hace que salgan a cazarnos.

—¿Nos devoran? —pregunté, observando como Kaia lanzaba trozos de hoja negra, y los bichos a los que tocaban se quedaban quietos o comenzaban a moverse sin rumbo fijo.

Apuntó a otra planta con la mano y sus hojas puntiagudas comenzaron a volar y a clavarse en algunos gusanos. Aerian lanzaba

rayos a los que estaban más lejos, para evitar golpearnos, mientras se lanzaba sobre otros y les hundía la espada en la cabeza, dando lugar a sonidos muy desagradables.

—Si te pillan te inyectarán un veneno que hará que no puedas volver a andar. Y entre todos te envolverán y te llevarán a su guarida bajo tierra, donde te comerán vivo poco a poco. —Lanzó otra corriente de oscuridad, que se bifurcó, haciendo agonizar a dos de los monstruos.

Agradecí que hacía ya tiempo que había desayunado, porque de lo contrario podría haber decorado el suelo con el contenido de mi estómago.

—¡Qué horror!

Cuando por fin se deshicieron de todos, bajamos al suelo. Lo que no bajó fue mi miedo hacia esos seres. Me mantuve todo el camino más alerta que nunca, temiendo que volviesen a aparecer y me pillasen desprevenida. Incluso cuando pusimos la tienda mágica para dormir, tuve que asegurarme de que era resistente a sus ataques.

Al día siguiente el viaje fue mucho más tranquilo, como la calma que precede a la tormenta. No pasamos por ningún nido de esos aterradores monstruos. Y como me había levantado recuperada, habíamos avanzado a velocidad vampírica, llegando al límite del Páramo con la Ciudad en Ruinas a la hora de comer.

En cuanto puse un pie en aquel terreno completamente en ruinas supe que algo iba mal.

—¿Este sitio debería estar completamente desierto no? —pregunté, como si aquello me pudiese salvar de lo que venía a continuación.

—Tú lo has dicho, debería —contestó Kaia, colocándose a mi lado con la daga desenvainada y una flor galaxia entre sus dedos.

Zep, que estaba a mi otro lado, se tensó y dejó que varias corrientes de oscuridad comenzasen a deslizarse entre nosotros. Observé las ruinas con atención. Era como si nadie hubiese estado allí en mucho tiempo. Mucho más adelante, entre las piedras, Aerian ya se había colocado en posición de combate.

Observé como saltaba de entre las rocas un monstruo totalmente idéntico al que nos había atacado en la sala de música. Sus alas

rasgadas partieron el cielo en dirección al soldado, pero este saltó a la izquierda para esquivarlo. Cuando tocó el suelo, le clavó la espada por la espalda, justo a la altura de donde podría tener el corazón.

La sangre negra comenzó a brotar; pero no pude seguir mirando, porque a nuestras espaldas habían comenzado a aparecer multitud de vampiros y ángeles negros de piel oscura que parecían haber perdido la vida, entes oscuros. Y entre ellos, monstruos. Ni siquiera podía contarlos, eran demasiados. La vidente había tenido razón. Ante nosotros estaba la emboscada que nos había tendido el enemigo.

Un ángel negro, que parecía tan vivo como Zephyran, se abrió paso entre el ejército de pesadillas. Todos parecían igual de sorprendidos que yo.

—Os lo voy a dejar bien clarito para que luego no haya malentendidos —empezó, con sus ojos ámbar clavados en los míos—. Entregadnos a la chica y no habrá problemas.

—Tú has debido de perder completamente la cabeza si crees que vamos a rendirnos sin luchar —siseó Kaia, apuntándole con la daga.

—Los que la habéis perdido sois vosotros si creéis que podéis ganarnos. Estáis claramente en minoría —remarcó. Como si no fuese evidente.

Aerian se adelantó, su cuerpo estaba perdido de sangre negra.

—Pero, ¡por las asquerosas egagrópilas de los búhos oscuros! ¿Por qué un ángel negro normal y corriente está entre estas bestias? ¿Alguien puede explicármelo?

—El Gran Rey es mucho mejor que ese estúpido príncipe y sus padres. —Escupió al suelo apuntando a Zep, con el odio palpable en sus facciones—. Nos ha prometido muchas cosas a los ángeles negros que lo apoyamos y entiende que somos la especie que está por encima de todo. Por algo obtuvimos alas en la creación; los vampiros y los entes oscuros deberían ser nuestros siervos…

Kaia se abalanzó sobre él, con la flor como una galaxia que lo dejaría ciego un día entero; pero, antes de que pudiese alcanzarlo, este se elevó en el aire y lanzó una ráfaga de viento que hizo que mi amiga chocase contra el suelo.

—Como decía, somos seres superiores, estas bestias temperamentales ni siquiera tienen educación. Es la última vez que lo digo. Si no os rendís, todo mi ejército caerá sobre vosotros.

—¡Vete a la mierda! —escupió Aerian. Y envió un rayo en su dirección.

Pero uno de sus monstruos voladores fue más veloz y se interpuso, cayendo chamuscado al suelo.

—Lo ha definido muy bien. No pienso irme contigo a ninguna parte.

—Bien, ¡Atacad! —gritó, entre la tormenta que Aerian ya había creado en el cielo—. Y recordad que a Camille la quiero VIVA, y que el hijo del usurpador tampoco debe morir. A los demás podéis cargároslos.

Después de eso el caos reinó entre las ruinas. Dejé que mis alas saliesen al exterior y me encargué junto con Zephyran de los enemigos que iban por el aire. Ángeles caídos y monstruos surgían por todas partes. Por un momento lo vi todo demasiado negro, pero no podía permitirme pensar en ello.

Las garras de un monstruo sin ojos venían directas a mi estómago; volé veloz para esquivarlo y lo agarré del brazo, haciendo que las perdiese en segundos. Emitió un chillido desagradable tratando de liberarse; pero Sei, que estaba sobre mi cabeza, comenzó a clavarle pinchos por todo el cuerpo. Volé hasta colocarme justo delante de él y le clavé la daga en el hueco del corazón, deseando que estuviese ahí. La sangre me salpicó la cara; saqué el arma y me aparté, viendo como caía al suelo sin vida. Endurecí mi piel, consciente de que había demasiadas amenazas y debía protegerme. Quería ver que todos estuviesen bien, pero no podía despistarme ni un segundo.

Dos ángeles de piel negra y tres monstruos me habían rodeado mientras estaba distraída luchando. Sei comenzó a disparar pinchos, tratando de acertar en los ojos de los entes oscuros. Dio en el blanco con uno, pero con el otro falló.

—¡Estúpida bola de pinchos! —exclamó, llevándose las manos a la cara.

Aproveché para acercarme y clavarle la daga en el pecho. El otro ente lanzó una bola de fuego en mi dirección, y extraje mi daga con rapidez, dando gracias a la velocidad vampírica por salvarme de morir chamuscada. Menos mal que me necesitaban con vida. El ente agarró a Sei con su mano consumida y sentí como mi corazón se partía.

Traté de abalanzarme sobre él, presa del pánico; pero uno de los monstruos que estaba a mis espaldas me clavó las garras y la sangre comenzó a manar con rapidez de mi brazo. Me concentré en curarme mientras volaba en dirección al erizo, ignorando a los monstruos que me perseguían. Sei ya no estaba entre sus manos, las tenía llenas de pinchos oscuros. Miré en todas las direcciones, preocupada, y vi como el erizo correteaba por el suelo, tratando de esquivar cadáveres y monstruos.

Volé para atraparlo y volví a colocarlo en mi cabeza, suspirando aliviada. Sentí una presión en el pie y miré hacia abajo, donde un monstruo de ojos lechosos me tenía agarrada. Su boca de dientes afilados se dirigía a mi pierna. Había cometido el error de tocarme. Llamé a mi magia y sus dientes, blandos como gelatina, chocaron con mi pierna, deshaciéndose al contacto con mi piel dura. Aproveché para darle una patada en la cara con todas mis fuerzas y cayó al suelo, aplastando a un vampiro oscuro que estaba a sus espaldas.

Ascendí buscando a Zephyran. Me abrí paso entre los monstruos, tocando y destrozando a todo el que podía, volviéndolo inofensivo. Hasta que vi su oscuridad en la distancia. Me acerqué todo lo rápido que mi cuerpo me permitía. Vi como su poder se colaba en las bocas de todos los que osaban abrirla. El sonido de sus almas partiéndose inundaba el aire, junto con los truenos de Aerian, perdido por alguna parte en la tierra.

Vi que Zep tenía un tajo en el estómago con muy mal aspecto. Sangraba sin interrupción. Menos mal que nos quería vivos a los dos. No entendía por qué también a él; mejor para nosotros. No iba a pararme a pensar en ello ahora. De cualquier manera, no sabía si estaban pirados o eran muy estúpidos o muy desobedientes.

—«¿Por qué no me has avisado?».

—«No quería distraerte y que te hiciesen algo por mi culpa».

—«No corro ningún peligro. A mí me quieren con vida». —O eso se suponía, porque a algunos poco parecía importarle. Pero no iba a hacer esa aclaración.

Mientras decía esas palabras, clavé mi daga con fuerza en la espalda del primer monstruo del círculo que me permitiría acceder a Zep y curarlo. No me vio venir, y se retorció antes de caer inerte al suelo.

Quería matarlos a todos. Pero antes me acerqué a Zep y curé la herida de su vientre, mientras su oscuridad nos protegía de todo el que osase acercarse a nosotros. Lamenté que mi don solo me permitiese hacer cambios físicos; no tenía nada con lo que disparar a los demás, como hacía la gente a la que quería.

La ira llenó mis ojos púrpura y todo pasó veloz dentro de mí, mientras apuñalaba y esquivaba monstruos uno detrás de otro, curando a la vez las heridas que me iban dejando. Entonces me di cuenta de otro de mis grandes errores. No había visto todo el potencial que albergaba mi ADN oscuro. Su canción resonó con fuerza en mis venas, en cada una de mis células.

Era todas las combinaciones de genes que podían poblar las células de este mundo. Era el agua que llenaba los océanos, era el fuego que devoraba el mundo, era el viento que susurraba, era los árboles que poblaban los bosques y la tierra que sustentaba nuestras pisadas. Era todo eso, porque eran los poderes elementales controlados por genes que estaban silenciados en mis células. Pero allí estaban. Estaban, a diferencia de los poderes superiores y primigenios que no me pertenecían y escapaban a mi control.

Y, como si hubiese nacido para ese momento, alcé la mano y el fuego comenzó a salir de ella clamando venganza. Viajó hasta quemar hasta los huesos al primer monstruo que nos rodeaba, y luego otro y otro y otro. Hasta que el olor a chamuscado se mezcló con el de la podredumbre.

Capítulo 15. Madre naturaleza vampira y sus límites



Kaia

Pelear en una ciudad en ruinas, donde la acción de la naturaleza durante siglos había dejado un montón de piedras y plantas a mi disposición, era toda una fiesta. Aerian se había ido pegando a mí, hasta que nuestras espaldas se tocaron. Estábamos rodeados de monstruos y entes oscuros, y lo mejor era cubrir mutuamente nuestras propias espaldas.

El sonido de la tormenta, que él mismo había provocado, reinaba en el cielo. De vez en cuando, algún rayo mataba a las bestias que nos rodeaban, pero su magia tenía un límite. Todo poder tiene sus grietas, por lo que no podía estar produciendo rayos de forma muy continuada. Debía hacer pausas entre unos y otros.

Un monstruo sin ojos, aunque con una perfecta percepción espacial, se abalanzó sobre mí. Sin dudarlo atraje hacia mi mano un pedrusco suelto y se lo estampé en el cráneo. Cayó inerte al suelo, su sangre salpicó el aire. El sonido de la carne, desgarrándose una y otra vez como consecuencia de las estocadas de mi pareja, era como una melodía de guerra que no quería dejar de escuchar. Me recordaba que seguía vivo, que no lo habían atrapado. Eso y la reconfortante sensación de su espalda contra la mía, que me indicaba que seguía en pie.

Alcé las manos y llamé a todas las rocas dispersas a nuestro alrededor, que se elevaron y obedecieron mis órdenes, estrellándose contra todos los enemigos que no habían sido lo suficientemente rápidos para apartarse. Un vampiro negro avanzó veloz, hasta

quedar a escasos centímetros de mis ojos. Me apretó el brazo con fuerza, tratando de levantarme y estamparme contra el suelo; pero no me había pasado meses entrenando para nada.

Con la mano libre le metí un puñetazo en el estómago que hizo que me soltase. Antes de que pudiese hacer nada más, mi daga ya se había clavado en su corazón.

—«¿Estás bien? He sentido como te agitabas».

La piel desgarrada por el acero se escuchaba de fondo a nuestro puente mental.

—«Nada que no pueda manejar, ¿y tú?».

Pegué una patada a otro vampiro que trató de atacarme.

—«Lo mismo, pequeña amazona».

El ejército enemigo seguía avanzando hacia nosotros. Cada vez eran menos; pero es que en un principio habían sido demasiados. El cobarde que los dirigía, que decía ser un ángel negro muy vivo, se mantenía al margen, observando como atacaban sus abominaciones. En cuanto terminase con todos pensaba matarlo yo misma; y que se metiese la superioridad de su raza, según él, por donde le cupiese.

Saqué de mis bolsillos unas cuantas flores y las lancé con una puntería perfecta, paralizando, cegando o congelando a unos cuantos monstruos. Las piedras se encargaron del resto. La verdad, las plantas de la ciudad no eran muy útiles para atacar; no creía que los cortes que pudiese hacerles con sus hojas sirviesen de mucho.

—«Ahora que hay menos, voy a lanzarme a por unos cuantos. Me separo de ti. ¡Buena suerte, soldadito de oro!».

—«¡Buena suerte! Nos vemos al final de la batalla».

—«Más te vale salir con vida y no dejarme sola». —Era una exigencia y una súplica.

—«Nunca perdería la oportunidad de disfrutar de tu ferocidad un solo día de mi existencia».

Pero yo ya había comenzado a danzar por el aire, aterrizando sobre pechos de monstruos para clavarles la daga hasta el fondo. Una y otra y otra vez, dejando un reguero de cadáveres en el suelo. Los que se resistían a la daga tenían el placer de llevarse una de mis flores de regalo. Hasta que un olor a quemado bastante fuerte captó

mi atención. Me estremecí, temiendo que les hubiese pasado algo a Cam y Zep; puesto que ninguno de nosotros manejaba el fuego.

Alcé la cabeza al cielo buscando a mis amigos. Un montón de cadáveres caían uno detrás de otro. Y allí, en el centro de toda esa masacre, estaba Camille, con las manos en alto y las llamas crepitando en sus manos.

—¡Por los Animales Guardianes! Pero ¡qué murciélagos…! —mascullé.

Algo me golpeó por la espalda, sin darme tiempo a procesar lo que acababa de ver, y caí de cabeza contra el suelo. Apoyé las manos para levantarme, y unas garras cortaron la piel de mi espalda; sentí la sangre caliente fluyendo. Me giré, encontrándome con los ojos rojos de un ser esquelético que había clavado sus garras en mi camiseta. Su otra mano se dirigía a mi corazón; busqué la daga, pero se me había debido de caer con el golpe.

En un movimiento instintivo alcé ambas manos. Sentí como se rasgaba la tela de la manga que el monstruo tenía sujeta y agarré su brazo con todas mis fuerzas, tratando de impedir la estocada final. Pero tenía demasiada fuerza y solo frenaba su avance. Le metí una patada en el estómago; emitió un estridente chillido, pero no se movió.

Las flores se me habían agotado y, con toda su corpulencia encima, no alcanzaba a ver ninguna roca. Alcé la tierra del suelo y se la metí en los ojos; él gritó, pero siguió con su cometido. Sus garras a centímetros de mi pecho. Este iba a ser mi triste final. Tenía que despedirme de Aerian.

—«Lo siento. Te he fallado…».

Pero entonces una fuerte corriente de agua se metió en su boca abierta. El monstruo se elevó bruscamente; llevándose las manos a la garganta trató de deshacerse de la intrusión que le debía de estar cortando la respiración.

—«¿Qué estás diciendo?» —preguntó extrañado.

—«Olvídalo. Está todo controlado».

—¿Estás bien? —Escuché a mi amiga detrás de mi cabeza.—. Casi no llegó a tiempo.

—Todo lo bien que podría estar en una situación así. —Me levanté con cuidado.

—Un segundo. —La mano de la que no salía agua se alzó y comenzó a manar de ella fuego, quemando al que casi me arrebata la vida—. Ya está. ¿Estás herida? Y esto es tuyo, estaba en el suelo

—En el brazo y en la espalda. Gracias —contesté, cogiendo mi daga.

Se colocó detrás de mí y elevó mi camiseta.

—Esto tiene un aspecto terrible.

—Gracias —bromeé.

Sentí un cosquilleo y la sangre dejó de brotar; después el dolor desapareció.

—Hemos acabado con los enemigos aéreos —comentó, agarrando mi brazo para sanarlo—. Zep está ayudando a Aerian con los que quedan por tierra.

Un grito ensordecedor nos sacó de nuestra conversación. Me volví en su dirección instintivamente; tres monstruos venían a por nosotras. Cam alzó la mano, pero no salió nada.

—¡Maldita sea! Me he quedado sin fuego —se lamentó, sacando la daga lista para atacar.

—Luego tendrás que explicarme qué han sido todos esos poderes. —Agarré la mía—. Ahora, vamos a darles una paliza.

Hice uso de mi velocidad vampírica para clavarles la daga a dos de los monstruos, mientras Cam se encargaba del tercero.

—Tienes mal aspecto. ¿Tú estás bien? —pregunté cuando la alcancé.

—Sí, es solo que creo que estoy agotada de todo lo que he manipulado mi ADN —confesó—. Pero no puedo parar de luchar. Eso que has visto es que he descubierto que puedo manejar los poderes elementales: tierra, fuego, aire y plantas. Aunque parece cansarme mucho más y tener un límite; mis células no reaccionan y no quieren darme más esa magia.

Me volví para buscar a Zep y Aerian. Luchaban contra unos treinta enemigos, demasiado entretenidos con ellos; pero no parecía haber más en las proximidades.

—Tú poder no deja de sorprenderme. Por suerte para nosotros, ya casi hemos terminado. Por cierto, ¿dónde está el ángel negro que los dirigía?

Capítulo 16. El ángel negro



Camille

Kaia y yo escrutamos la distancia en busca del ángel negro. No había ni rastro de él en el suelo. Pero en el aire…

—¡Ahí está! —grité señalándolo—. Yo me encargaré de él.

—¿Estás segura? —dudó.

—Sí. Tú ve a ayudar a Zep y Aerian —pedí.

—Está bien —contestó, no muy convencida—. Tiene suerte de que yo no pueda volar, porque tenía muchas ganas de matarlo. ¡Buena suerte!

Fue veloz en dirección a Zep y Aerian. Dejé que mis alas membranosas saliesen y me elevé en el aire, con los ojos clavados en el ángel.

—¡Cuaack! —escuché a Ard a mis espaldas, que no tardó en colocarse a mi lado.

Sentí como Seika se removía en mi cabeza saludando a la anátida. Alcé las manos y lo subí al lomo de Cardan. Ambos parecían contentos de estar juntos en el aire.

Rebusqué en mi interior los poderes elementales; pero sus genes se habían silenciado de nuevo y no respondían. Habría sido mucho más sencillo si hubiera podido acceder a ellos. Saqué la daga, y el tacto del acero me reconfortó. Endurecí mi piel; todo parecía funcionar como siempre, menos el recién descubierto acceso a la magia elemental.

—¿Qué ven mis ojos? La vampira que mi Gran Rey reclama quiere ofrecerse voluntariamente a mí. —Rio, y sus ojos ámbar desafiantes

se clavaron en los míos.

—Ni en tus mejores sueños.

Sin darle tiempo a contestar hice uso de mi velocidad, con la daga apuntando a su corazón. Era un ángel negro, no tenía mis reflejos. Pero donde debería haberse oído el tejido de su camiseta rasgándose escuché el sonido del aire. Me giré hacia la izquierda, desde donde me miraba con una amplia sonrisa.

—Eres demasiado predecible.

Lanzó una fuerte ráfaga de viento en mi dirección y volé a un lado para esquivarla. Busqué el fuego en mi interior; sin éxito.

—¿Qué te pasa? ¿Se te han acabado los poderes que robas?

—Yo no robo nada —grité. Y traté de clavarle la daga en el brazo; pero volvió a esquivarme.

—¡Oh!, claro que sí —se mofó—. Manipulas tu ADN para tener a tu disposición la magia que los demás tenemos por nacimiento.

Sabía lo que pretendía. Quería hacerme dudar, quería desconcentrarme para hacerme más débil y aprovecharse. No lo conseguiría.

—Yo también modifico mis genes por nacimiento. —Y le metí un puñetazo en el estómago, que esta vez no pudo esquivar.

Tosió con fuerza antes de responder.

—Eres una niñata insolente. Cuando tu padre te tenga en su poder, a ver si…

Pero no le dejé acabar y le metí un puñetazo que le hizo girar la cara.

—Ya me estoy cansando de ti. Sucia chupasangre.

Levantó un fuerte viento, que me desplazó hacia abajo con facilidad. Maldije para mis adentros, tratando de salir de la corriente de aire. El cielo no era el mejor lugar para luchar contra alguien con su poder. Vi como una corriente de oscuridad llena de plumas salía disparada hacia la cara del ángel, produciéndole gran cantidad de cortes. Los pinchos de Sei se le clavaron en la cara; su rostro estaba mucho mejor así.

Él miró hacia arriba y alzó sus manos en dirección a Ard y Sei, liberándome del fuerte vendaval.

—Estúpido pajarraco —bramó, desatando el viento contra ellos.

Deseé con todas mis fuerzas que el erizo estuviese agarrado al cuello del ave; pero no podía perder la oportunidad que me habían brindado. Aproveché la distracción para acercarme a gran velocidad a él. De nuevo con la punta de la daga al descubierto. Ya podía sentir la victoria cuando agarró mi cuello con una de sus manos, mientras continuaba usando la otra para atrapar a Cardan y Sei en el viento. No tenía ni idea de dónde estaba la anátida, no podía volverme hacia atrás.

Mi arma se había clavado lejos de su corazón, le había hecho un tajo del que manaba sangre; pero mi mano se había soltado del arma, que había caído al suelo en picado, impidiendo que continuase cortándole. Sentía la fuerza con la que me sostenía el cuello. Daba gracias a que mi piel estaba endurecida, aunque aun así podía sentir la presión de sus dedos.

—Te mataría, de no ser porque te necesitamos viva.

Aproveché el contacto con su cuello para hacer una prueba con mi magia. Si yo podía manejar los poderes elementales, quizás también podía modificar los genes de los demás para suprimirles esa magia; y, para mi suerte, la del ángel negro pertenecía a ese grupo. Mis manos se aferraron a la suya, fingiendo que quería soltarme para distraerlo.

—¿Eres tan débil que ni siquiera tienes más fuerza que un ángel negro? —se burló—. ¡Qué decepción!

No respondí, dejaría que viviese con su terrible equivocación. Rebusqué en su interior hasta que encontré lo que buscaba. Ahí estaba, la magia del viento latente en todas sus células, recordando que él había nacido para manejar esa magia. Di órdenes a mi poder y penetró en su interior.

—¿Qué me estás haciendo? Para inmediatamente —gritó agitándome furioso.

Contaba con una gran ventaja, él no tenía ni idea de que el puente de mi magia era su contacto. Sentí como cada una de sus células iba perdiendo el don con el que habían nacido, hasta que no quedó ni una sola en su cuerpo que pudiese hacer ni una brizna de aire. Así se quedaría, quizás para siempre, mientras yo no volviese a mutar sus células. Y no pensaba hacerlo.

—¡Mi magia! —chilló. Me soltó y alzó las manos en dirección a Cardan, que había aprovechado quedar libre de su viento para volar lejos de nosotros.

Tras varios intentos de invocar aire, sin resultado, sus ojos ámbar se clavaron en los míos.

—Me la has robado. ¡Devuélvemela ahora mismo, idiota!

—Yo no te he robado nada. —Sonreí lentamente, dejando que la malicia calase mi rostro—. Solo he reconfigurado tus células para que no puedas usar más tu magia.

—¿Sabes qué? Me da lo mismo, cuando el Gran Rey te encuentre, hará que me devuelvas lo que me pertenece; aunque sea con un arma cortando tu cuello.

—Buena suerte atrapándome.

Sacó una espada, de una funda que debía llevar en su espalda y que hasta ahora me había pasado desapercibida, y se movió en mi dirección. Retrocedí para esquivar la estocada. Tenía que pensar algo rápido, puesto que mi daga se encontraba en el suelo, perdida en alguna parte. Necesitaba tocarlo para poder usar mi magia con él; pero, con un solo movimiento en falso, su espada podría cortarme. Volví a entrar en mi interior, mientras continuaba volando hacia atrás sin perderlo de vista, rezando a cualquier ser superior que me escuchase para recuperar la capacidad de usar los poderes elementales. Nada.

Entonces tuve una idea que podría terminar muy mal.

—Tú ganas, me entrego. Pero para de atacarme.

Se detuvo y, tras analizar mi rostro en busca de alguna trampa, pareció conformarse.

—Acércate a mí entonces.

Obedecí, reprimiendo una sonrisa. Esperaba que dejase de atacar para acercarme a toda velocidad y hacer que mi magia le arrebatase más cosas. Aunque me lo había puesto mucho más fácil. Pero puso su espada en vertical y con rapidez tocó mis muñecas y mis piernas con el mango.

—¿Qué estas…? —empecé, pero sentí el frío tacto del acero en mis extremidades, y comprobé que me había atado con cuerdas metálicas.

—Ataduras ocultas. No esperarías que te llevase ante nuestro Señor estando totalmente libre, ¿verdad?

Me abalancé sobre él sin pensar y, cuando sentí el contacto de su pecho, comencé a ordenar a mis células que le quitasen la capacidad de volar. En el suelo sería un blanco fácil.

—¡Eres una…! —murmuró empujándome lejos, interrumpiendo mi ataque. Y, con un fugaz movimiento, su espada estaba sobre mi cuello—. Ahora entiendo lo que pasa. Necesitas tocarme para usar tu poder.

Lamenté que cuando usaba mi poder sobre alguien, este sintiese un cosquilleo. Esa era sin duda una de las grietas de mi magia, le había terminado revelando al ángel que necesitaba tocarlo para usar mi don. Podía sentir un hilillo de sangre deslizándose por mi garganta. Mis alas no estaban atadas, aún podía volar lejos; pero necesitaba pensar una estrategia mejor. Huiría, ¿y después qué?
Entonces vi como una familiar corriente de oscuridad rodeaba su arma, y fue toda la señal que necesité para separarme y volar lejos de él siguiendo a la oscuridad. Hasta encontrarme cara a cara con Zep. Pero él no me miraba a mí, miraba al ángel negro.

Capítulo 17. Venganza



Zephyran

Ya solo quedaban cinco monstruos en pie cuando Cardan aterrizó junto a mí y comenzó a parpar sin parar. La alarma visible en sus ojos. Observé que Sei estaba agarrado a su cuello y que el pavor parecía brillar en su mirada. Solo podía significar una cosa: Camille estaba en problemas. Avisé a mis amigos de que los dejaba solos y volé todo lo rápido que pude, siguiendo a la anátida.

Observé la escena que se desarrollaba en el aire, a escasos centímetros del suelo. Y sentí como la ira se apoderaba hasta de la última fibra de mi ser. El ángel negro estaba tan concentrado en la vampira que no se había percatado de mi presencia, muy por encima de ellos. Podría matarlo desde esta distancia, pero me arriesgaría a que su espada se clavase en la piel de Cam. Tenía que ir directamente al arma.

Mi oscuridad comenzó a danzar, sedienta de venganza, hasta que tocó el acero, indicando a mi aishiteru mi presencia. Los ojos del ángel negro ya estaban clavados en mí, cuando ella comenzó a huir lejos de él hasta encontrarse conmigo.

—«¿Estás bien? ¿Te ha hecho más daño?».

Ella me miró agradecida de que estuviese allí. Observé que estaba atada por las muñecas y los tobillos; me encargaría de eso más tarde.

—«Solo tengo el corte del cuello. Le he arrebatado su magia, al menos de momento; únicamente puede usar el acero».

—«Fantástico; haré que lamente haber nacido. Quédate aquí». —No me pasó desapercibido que había dicho que le había quitado su

poder al enemigo. Hablaríamos de ello más tarde.

—Vosotros, encargaos de cuidarla. —Me volví hacia Ard y Sei, que asintieron despacio.

El ángel negro estaba cada vez más cerca, con la espada en alto. Le sonreí a Cam antes de descender en dirección al enemigo.

—Contigo no tendré miramientos, príncipe —escupió con desdén —. ¡Mierda fósil de murciélago! Ya me da lo mismo lo que diga el Gran Rey. Haré que parezca un accidente de uno de esos descerebrados monstruos y que lo mate a él.

—Me alegro de que estemos de acuerdo en algo. —Me regodeé cuando mi oscuridad comenzó a rodearle.

Él miró en todas las direcciones y se dio cuenta de que estaba atrapado. Todo mi poder estaba desatado sobre él. Cerré más la oscuridad, a modo de barrera. Podía sentir el dolor que estaba experimentando, y a pesar de ello me lanzó varias estocadas; sin éxito.

—Maldito…

Pero no le dejé acabar; una de mis corrientes de oscuridad se bifurcó y penetró en su boca.

—Hasta nunca.

Sentí el crujido de su alma, pero no me dio ninguna pena. Había permanecido observando la batalla como un cobarde, mientras los demás sufrían bajo su mando. Y, lo más importante, había tenido el atrevimiento de herir a Camille. Agarré su espada, antes de que su cadáver cayese al suelo con un fuerte estruendo.

—Zep. —Escuché la voz de la vampira a mis espaldas.

Me giré.

—Cam, te ha atado usando el mango de esta espada, ¿verdad?

Ella me miró extrañada y asintió.

—Bien, porque las ataduras mágicas solo pueden cortarse con el arma que las ha creado. Son armas hechizadas —le expliqué. Y corté las cuerdas metálicas negras de dos tajos, con cuidado de no hacerle daño.

—Gracias.

Me abrazó con fuerza. Mis manos se deslizaron por su cuello, devolviéndole el abrazo.

—¿Tú estás bien? —preguntó, separándose para observar mi rostro—. ¿Dónde está el ejército contra el que estabais luchando?

—Solo quedaban cinco cuando me fui.

Miré al cielo; estaba despejado y no había ni rastro de la tormenta de Aerian. La Luna se alzaba imponente entre las estrellas.

—Creo que ya los han derrotado. —Señalé al cielo, y ella lo entendió.

—No me has contestado, ¿estás herido?

—Algunos cortes por el cuerpo, pero nada grave —confesé.

—Pues voy a curarte, y después iremos con ellos.

—Vale, mi princesa de luz. —Sonreí, saboreando la paz del ambiente. Agradeciendo que estuviésemos sanos y salvos. Posé una mano en su mejilla—. Cúrame.

Y eso hizo. Sentí un agradable cosquilleo en cada punto de mi cuerpo que le iba indicando. Era parecido a cuando usaba su poder de modificación sobre mí, pero no era idéntico.

—Gracias, estoy como nuevo.

Ella sonrió, conforme con el resultado. Ard se acercó a nosotros, con Sei removiéndose sobre su cuerpo, impaciente. Cam pareció captar lo que quería y lo cogió entre sus brazos. El erizo abrazó su dedo, y ella se lo llevó a la mejilla, girando la cabeza para que tocase con cuidado sus pinchos.

—Cuánto me alegro de que estés bien, Sei.

—¡Cuack! —parpó la anátida indignada.

—Tú también Ard. Los dos sois importantes. —Le dio varios toquecitos en el pompón y se colocó a Sei en el hombro—. Por cierto, he perdido mi daga en el suelo.

Bajamos a buscarla, y no tardamos en encontrarla, puesto que estaba justo debajo de donde habían estado peleando ellos, y el acero brillaba sobre la tierra.

Después volamos hasta llegar a donde Kaia y Aerian se habían sentado en el suelo y charlaban animadamente. Lo que nos confirmó que ya no había enemigos, por si quedaba alguna duda.

La vampira se levantó de golpe al vernos aterrizar.

—¿Estáis todos bien? ¿Habéis matado a ese desgraciado?

—Zep lo hizo —contestó Cam acercándose a su amiga.

—Espero que haya sido una experiencia muy placentera. —Sonrió, deslizando las manos con rapidez entre sus mechones azules.

—No sabes cuánto —respondí, sabiendo que era una de las pocas veces en las que podría decir eso. No disfrutaba especialmente matando; pero él se lo merecía, con todas las letras.

—¿Creéis que no hay nadie más escondido, esperando a tendernos una emboscada? —preguntó Camille.

—Nunca se sabe dónde puede haber más enemigos —respondió Aerian. No podía estar más de acuerdo—. Pero creo que, de haber habido más criaturas en la ciudad, habrían venido a socorrer a sus aliados cuando estaban cayendo.

Kaia y yo asentimos, dándole la razón.

—Tiene sentido.

—No sé cómo lo veis, pero ya que estamos aquí y que ha anochecido, cenaría y montaría las tiendas mágicas aquí mismo.

—Lo veo perfecto —contestó Kaia sacando la suya.

—Yo también —dijeron Cam y Aerian al unísono. Así que desplegué la mía.

—Dejadme que os cure antes —pidió Cam mirando a la pareja. Y eso hizo.

—Esto de que puedas sanar es extremadamente útil —opinó Kaia.

Acordamos que serían Kaia y Aerian los que se turnarían con las guardias, puesto que el ataque estaba demasiado reciente. Si había alguien en alguna parte esperando a que la primera horda fracasase para raptar a Cam sería mejor que no estuviese ella sola, por si le tendían una nueva trampa.

Esa noche Cam y yo dormimos abrazados. Ambos perfectamente conscientes de que la batalla podía haber acabado mucho peor. Y de que podía haber más peligros allá fuera que tratasen de separarnos. Pero ahí, en ese momento, disfruté del contacto de su piel; sintiéndome el ser más afortunado de Dusterkeit por tenerla.

Capítulo 18. El Jardín Abandonado



Camille

Me había ido a dormir pensando en todas las posibilidades en las que la batalla contra el ejército enemigo habría podido salir mal. Agradecía que mis amigos, incluidos los animales, estuviesen sanos y salvos. Mi poder de curación estaba resultando ser extremadamente útil. También agradecía que el príncipe permaneciese a mi lado; el contacto de su piel por la noche había sido lo único que había permitido que descansase el tiempo necesario. Me gustaba la paz y la tranquilidad que me transmitía.

Al levantarnos no había habido tiempo de mucho, solo de desayunar y emprender el viaje con rapidez. La batalla nos había retrasado y habíamos calculado las provisiones para algo menos de tiempo. Mientras recorría a velocidad vampírica la Ciudad en Ruinas, con Sei en mi cabeza y Zep a caballito, era el tema que había primado.

—Yendo a nuestra velocidad máxima acortaremos el viaje lo suficiente como para tener provisiones hasta llegar a Ciudad Sidoia —apuntó Aerian, que corría a la derecha de Kaia. Zep y yo íbamos a su izquierda. Y Ard, como siempre, iba apoyado en los brazos del soldado.

—¿Ciudad Sidoia? —pregunté. Sin tener ni idea, para variar, de dónde estaba algún punto de la geografía de Dusterkeit.

—Está justo al noreste de las montañas Cáligo —explicó Zep. De esas sí conocía su ubicación—. Pasaremos por allí una vez hayamos terminado en el Templo del Crepúsculo.

—¿Cuánto queda para llegar al obelisco?

—A esta velocidad, poco más de dos días de viaje contando con las paradas para dormir —me respondió Kaia.

—¿Bromeas? ¿Y volveremos a salir al Páramo de los Anhelos cuando terminemos de recorrer la ciudad?

—Quieres saberlo todo ¡eh! —Me guiñó un ojo. Admiraba como su trenza se mantenía atada a pesar de la velocidad.

—Principalmente quiero no volver a encontrarme con los anélidos oscuros en la vida. Y no es que estas ruinas me traigan mejores recuerdos, puesto que aquí hemos luchado contra seres despreciables.

—Yo te entiendo —me apoyó Zep, dándome una ligera caricia en el cuello. No podía hacer mucho más si no quería salir despedido; sus manos no podían despegarse de mi cuello bajo ningún concepto—. Llamamos a este terreno en el mapa Ciudad en Ruinas, pero en realidad, pronto entraremos en el Jardín Abandonado. Es mucho más grande que la ciudad, pero pertenecía a esta. Los ángeles negros y vampiros agricultores usaban amplias parcelas de tierra, ubicadas entre los árboles del jardín, para sus cultivos. Todo murió allí, al igual que en la ciudad.

—¡Qué historia más bonita! —ironicé. Aún sin entender cómo toda una civilización podía haberse consumido de esa manera. Pero me creía las leyendas.

—Después del Jardín Abandonado, habrá un pequeño tramo de camino que será en el Páramo de los Anhelos; pero será muy poco tiempo —me prometió. De alguna manera aquello debía consolarme.

El camino transcurrió sin sobresaltos, puesto que los únicos seres vivos que había entre las edificaciones consumidas éramos nosotros y las plantas que se habían atrevido a crecer entre ellas. Por lo que me permití relajarme en cuanto a posibles emboscadas, aunque no dejé de estar alerta. Paramos para comer justo en el límite de las ruinas con el terreno herbáceo, nada atrayente. Casi podía sentir el viento correr al otro lado, invitándonos a dar media vuelta.

Zephyran había hecho una hoguera, tanto para que él y los animales no pasasen frío como para cocinar la comida, que él

prefería bastante hecha, aunque a los vampiros nos valiese cruda. Pensé que mientras comíamos sería el momento ideal para revelarles lo que había descubierto cuando me había levantado. Y algo me decía que iba a tener que hacer uso de ello pronto. Aunque debía elegir muy bien cuándo lo empleaba, puesto que tenía un límite claro.

—Voy a empezar por el principio, ya que algunos no sabéis todo —comencé. Y les relaté cómo había descubierto que podía manejar los cuatro poderes elementales: tierra, fuego, aire y plantas. Y como estos parecían tener un límite si abusaba de ellos. Aerian me miraba, especialmente sorprendido.

—Sin duda escondes cantidad de secretos con esa magia tuya tan especial —dijo al fin—. Cuando te vimos manejando el fuego en el cielo, Kaia y yo alucinamos en todas las tonalidades de negro.

Sonreí, dando un trago a la sangre de cérvido. Zep apretó mi mano con suavidad.

—Nos será tan útil como tu capacidad de curarnos —opinó Kaia—. Lo que tenemos que averiguar es cuánto dura ese límite a partir del cual ya no puedes hacer más magia elemental.

—No estoy segura de haberlo encontrado; pero hoy, cuando me he levantado, he visto que podía utilizarla de nuevo —revelé —. Puede que me recupere durmiendo, independientemente de la cantidad de magia que use, o…

—O puede que dependa de cuánto tires del poder elemental, independientemente de que duermas. Y lo importante para recuperar esa capacidad sean las horas que pasen —completó Kaia.

—Exactamente. Usé muchísimo fuego en la batalla, y eso nos dio una ventaja con los enemigos aéreos, permitiéndonos derrotarlos.

—Bueno, solo hay una forma de saber cómo funciona ese límite —intervino el ángel—. Lo descubriremos por las malas en las próximas batallas.

Lo miré frunciendo el ceño.

—Pensaba que dirías algo más ingenioso.

—Podríamos hacer pruebas en Noctis; pero no creo que llevarte al límite sea seguro, ni siquiera en la ciudad. Nunca sabemos cuándo

puede aparecer un enemigo, tal y como están las cosas ahora —argumentó.

—Visto así, tiene toda la razón —opinó Kaia, dando un mordisco a la carne que sostenía hincada en un palo.

—¿Y qué importa el límite de su magia, mientras nos beneficiemos de ella en la batalla, siempre que esté a nuestra disposición? —preguntó el soldado alcanzando más comida.

—No me gusta tener un arma cuya duración desconozco, eso la hace impredecible —razoné.

—El futuro siempre lo es. Yo tampoco sé cuántos enemigos tendré que derrotar antes de que se me acaben las flores que llevo siempre en los bolsillos. Y, por cierto, ahora mismo no me queda ni una —apuntó la vampira, dándome una palmadita en el hombro—. Tendrás que considerarla como un arma voluble. Hasta ahora te has defendido bien sin eso.

—Tiene razón. Eres bastante buena con tu capacidad para modificar los genes, incluso sin los poderes elementales —la apoyó Zephyran, clavando sus ojos zafiro en mí.

—Al parecer, igual que manejo poderes elementales también puedo suprimirlos en los enemigos —comencé, permitiéndome mirarlo fijamente. Luego me volví hacia el resto, que no lo sabían—. Le arrebaté el manejo del aire a ese ángel negro que dirigía el ejército.

—Eres una caja de sorpresas —comentó Aerian, dando un sorbo a su sangre de hiena y relamiéndose—. Un arma vampira de combate.

—¡Cuidado con lo que dices, soldado!, que ella no es un arma —exclamó Zep en tono grave.

—Era una broma, Alteza. —Lo miró, con los ojos oro abiertos de par en par y las manos elevadas en señal de paz.

—Lo sé. —Sonrió el ángel.

Kaia golpeó con fuerza en el hombro al soldado, y estallamos en carcajadas.

—Ya os vale… —gruñó—. Oye, y eso de quitarles sus poderes elementales de los demás, ¿tiene un límite? ¿Puedes suprimirlos en varios individuos a la vez infinitamente o…?

—Lo desconozco, aunque pienso que sí. Cuando lo averigüe os lo cuento. En combate, supongo, como el resto de cosas.

—Oye… —comenzó Zephyran pegándose más a mí—. He estado pensando que, igual que puedes usar tú los poderes elementales, quizás también puedas dárselos a los demás.

Me volví hacia él. Tenía lógica lo que decía, y suponía lo que iba a decir a continuación. Pero me adelanté antes de que hiciese ninguna propuesta.

—En caso de que pueda hacerlo, seguro que tendrá un límite, igual que lo hay en mi cuerpo. Y, al no ser vosotros los poseedores del poder de manipulación genética, quizás en vosotros duren menos tiempo las facultades que pueda transmitiros.

—Tu razonamiento tiene bastante lógica. Pero quiero que intentes darme algún poder elemental —pidió, alzando las manos y poniéndolas sobre mi regazo.

—Esto no me lo puedo perder —murmuró Kaia.

Escuché el codazo que le propinó Aerian. Y podía imaginar como ella lo fulminaba con la mirada en respuesta.

—Vale —accedí, poniendo sus manos entre las mías.

En el momento en el que entré en su interior, me di cuenta de que con los demás no iba a ser tan fácil como conmigo. La oscuridad reinaba en todas y cada una de sus células; ni siquiera me atrevía a hacer nada que alterase ese flujo de poder, que además estaba segura de que no podría modificar. Pero era como una gran niebla, con la que chocaba mi magia al deslizarse sobre sus células.

Se suponía que al ser mi aishiteru debía fluir todo más fácilmente, y aun así… Me concentré, tratando de descubrir qué era lo que fallaba; quizás no podía dar poderes elementales a los demás. Dejé que la canción de mi poder me guiase por sus células, por su ADN oscuro; y entonces allí, en las profundidades de toda esa información, encontré algo que parecía un gran silencio entre tanto ruido. Algo que nunca debería haber tenido un lugar en Zephyran, pues no era su poder.

Mi magia se enroscó en los lugares que correspondían, pero entonces me detuve. La oscuridad estaba intacta; pero, quizás podía ser peligroso.

—¿Estás seguro de que quieres que haga esto?¿Y si es perjudicial para ti de alguna manera? —Dudé clavando mis ojos púrpura en los suyos, en los que reinaba la determinación y la plena confianza en mí.

—Sí lo fuese lo sabrías —aseguró—. Vamos, tú cara me dice que has encontrado la forma. Confío en ti, ¿recuerdas?

Reprimí el impulso de girarme hacia mis amigos para ver lo que opinaban al respecto. Miré nuestras manos unidas, mi anillo con el zafiro reluciendo a la luz de las estrellas. Él confiaba en mí y yo tenía que confiar en él, y especialmente en mí misma. Entendí que, si fuese peligroso, de alguna manera mi magia me lo diría, y si no, podría suprimir el cambio en cuestión de segundos. Lo había hecho arrebatando la magia al ángel negro.

—Está bien.

Me permití mirarlo una última vez, antes de sumergirme de nuevo en mi magia. Aún estaba retenida donde la había dejado, sin alterar nada. Debía elegir un único poder. Solo uno a la vez. Era más seguro para este primer intento; aunque había comprobado que podía mutar el ADN de mis propias células para hacer uso simultáneo de dos magias elementales. Elegí el poder del agua, y el mío se adentró en su canción, llenando todas las células de Zephyran con ella. Haciendo que despertase en ellas aquello que nunca debía haber sido, pero que ahora tenía la oportunidad de ser. El cambio fue veloz, y no olvidé comprobar el estado de su oscuridad en cada momento. Respiré aliviada al acabar y darme cuenta de que su poder seguía con él.

—Te he dado el poder del agua —contesté abriendo los ojos; en algún momento debía de haberlos cerrado concentrada en los flujos de poder—. Intenta usarlo.

Él me dedicó una amplia sonrisa y separó sus manos de las mías, como si temiese hacerme daño con su nueva magia. Kaia y Aerian nos observaban en silencio, como si se tratase de un espectáculo.

—Allá voy —Puso la palma de su mano boca arriba.

Una corriente de oscuridad salió de ella, confirmándome que no había tocado su poder al darle el del agua; lo cual me alivió bastante. Aunque por unos instantes dudé de si había hecho lo correcto, si de

verdad le había modificado bien las células o me había equivocado. No, tenía que dejar de dudar de mí misma.

—Ha sido la costumbre. Dadme un momento.

La oscuridad se retrajo y desapareció. Pasaron unos minutos, que se me hicieron eternos, en los que no salía nada de las manos de Zep. Hasta que una pequeña capa de agua se formó sobre su palma. Sonreí satisfecha.

—Pues sí que podías darnos los poderes elementales —habló Kaia rompiendo el silencio.

—Esto es increíble, Cam —murmuró Zep, sin dejar de juguetear con el agua que bailaba por su palma. Y se volvió hacia el resto—. Si alguna vez ella os otorga un poder, tenéis que encontrarlo en vuestro interior. Su presencia es diferente a la del que tenéis por nacimiento. En cuanto la he descubierto, lo demás ha salido solo.

—Bueno es saberlo —respondió Kaia.

—Gracias por la información, Alteza.

Cardan, que estaba jugando con Sei, se percató de que el príncipe estaba invocando agua y corrió hacia él parpando animadamente. Hasta que su pico se mojó en su mano, en señal de aprobación. Sei, que se había quedado justo detrás de él, miraba sorprendido.

—Parece que Ard está contento, porque el agua es como una parte de él —opinó Zep.

Todos sonreímos.

—Oye, ha sido divertido, pero creo que debería volver a suprimir este poder elemental en tus células —comencé algo nerviosa—. No sabemos cuánto dura en ti una vez lo posees, ni si hay un límite temporal en el que puedes utilizarlo antes de que tus células se reconfiguren solas y no admitan más, como hacen las mías. Y nunca se sabe cuándo podréis necesitar que os ayude, pasándoos cualquier magia elemental.

—Sí, tienes razón; ya contaba con ello —contestó, alzando la mano en la que no estaba sumergido el pico de la anátida para que hiciese mi trabajo—. Lo siento compañero, el agua desaparecerá.

Cogí su mano y me concentré. En su interior ahora resonaban los dos poderes. Mi magia penetró en sus células y encontró con

facilidad la modificación que yo había impuesto. La orden de que todo se deshiciese fue calándolas a todas. Hasta que el poder elemental volvió a quedar silenciado.

—¡Cuaaack! —parpó el ave, cuando vio que su pico ahora solo tocaba aire, confirmando mi trabajo.

—Lo siento, amiguito. —Lo acaricié como compensación, y se separó de Zep posándose en mi regazo—. Algún día, cuando todo acabe, le daré ese poder para que juegues con él todo lo que quieras.

Ya habíamos descansado lo suficiente. Zep apagó la hoguera y seguimos con el viaje. De nuevo a velocidad vampírica, por lo que Zep volvió a agarrarse a mi cuello y Sei a los pelos de mi cabeza. En cuanto pasamos la línea que dividía las ruinas del Jardín Abandonado, sentí como si hubiésemos entrado en otra dimensión.

El viento soplaba con fuerza, y podía sentirlo a pesar de la velocidad. Los árboles parecían marchitos, y a la vez no; habría jurado que de vez en cuando se movían. Entre ellos se extendían espacios de tierra desiertos, en los que alguna vez debió de haber algún cultivo. Agucé el oído; no sabía si estaba perdiendo la cabeza o si entre el fuerte viento se escuchaban voces. Pero…, ¡no había nadie!

—Oye chicos…—comencé, volviéndome hacia Kaia y Aerian. Ard había invocado una corriente de oscuridad y plumas alrededor de su cuerpo, a pesar de estar entre los brazos del soldado—. ¿Soy la única que está oyendo voces?

—No, no eres la única —contestó Kaia. Y sentí como un escalofrío recorría todo mi cuerpo—. Algunas leyendas poco conocidas dicen que en el Jardín Abandonado habitan los fantasmas de los antiguos pobladores de la ciudad. Buscan saciar su egoísmo más allá de la muerte, alimentándose de las almas de los que vagan por su terreno.

—¿Cómo sabes eso, Kaia? —preguntó Zephyran, con una nota de sorpresa en la voz.

—He leído demasiados libros en la biblioteca de palacio.

—«El poder es la gloria».

—«Entréganoslo y seremos libres».

El viento pareció soplar con más fuerza, y las tétricas voces se oían cada vez más.

—¿Qué importa cómo lo sepa? ¿Qué hacemos? —pregunté presa del pánico—. ¿Ponía algo en esos libros?

—El fuego los espanta —reveló.

—No tenemos antorchas —recordó Aerian.

—«Dadnos vuestras almas».

—Deteneos todos ahora mismo. Voy a daros mi poder.

Mi magia ya estaba sobre Zep, cuyas manos estaban en contacto con mi cuello permitiéndome actuar con rapidez. Le di el poder del fuego, mientras encendía una llama en una de mis manos.

—«No sois nada».

—No sabemos si podrás dárnoslo a todos al mismo tiempo —recordó el soldado, pero se detuvo.

Zep bajó al suelo, con las llamas invadiendo sus manos. Era extraño verlo así, sin la oscuridad que lo caracterizaba.

—Tendremos que comprobarlo. —Puse una mano sobre Aerian; pero lo que vi a sus espaldas me dejó helada.

Varios ángeles negros y vampiros de aspecto fantasmal se acercaban en fila hacia nosotros, en una marcha espectral.

—«Almas frescas; seremos libres por fin» —murmuraban a coro. Sus voces eran ya demasiado altas.

—Ya te he dado el poder del fuego. No sueltes a Cardan. No sé si los animales pueden recibir los poderes elementales igual que vosotros. Tendrás que protegerlo.

Aerian asintió. Ard no movió ni una pluma, aún envuelto en su poder; como si eso pudiese protegerlo. Ov había dicho que la magia de los animales se regía por leyes diferentes, por lo que quizás no pudiesen recibir la magia elemental. Y no había tiempo de comprobarlo.

—Sei, te digo lo mismo; no te bajes de mi cabeza —le pedí acercándome a Kaia. Toqué su muñeca—. ¿Los demás poderes no sirven con ellos?

—Los atraviesan. Son etéreos para todo menos para el fuego —confesó. Parecía apesadumbrada.

—Ya puedes usarlo.

—Vamos a disparar fuego a todo lo que veamos en dirección al sur. Tenemos que salir al Páramo de los Anhelos, donde estaremos a salvo —gritó Kaia, para que todos pudiésemos oírla—. Estos fantasmas no pueden salir de la tierra en la que murieron.

—«El poder es la gloria».

—«La tierra nos pertenece».

—«Murió con nosotros, no es de nadie más».

El único problema era que los espíritus estaban justo al sur. Comenzamos a andar, todos con las llamas en nuestras manos. Me adelanté un paso; ya había usado el poder antes. Alcé la mano y una llamarada viajó hasta chocar con el primer fantasma, que emitió un chillido agudo demasiado desagradable y luego desapareció.

—«Lamentaréis usar el fuego contra nosotros».

Volví a invocarlo y los fui matando uno a uno. Mis amigos y Zep me imitaron y pronto todo se convirtió en un baile de llamas, hasta que no quedó ni uno frente a nosotros.

—¡Corred! —grité, y clavé mis ojos en los de Zep—. Y tú súbete a mí. ¡Rápido! Antes de que vengan más.

Zep se subió y comenzamos a huir hacia el sur todo lo rápido que nuestras piernas nos lo permitían. Algo se movió a ambos lados de nosotros, y vi como uno de los árboles… ¡No!, varios…, habían sacados las raíces de la tierra y se acercaban veloces. Donde antes habían estado…, ¡habían crecido nuevos árboles!

Alcé la mano y los quemé sin ningún remordimiento. Zep se unió a mí. Observé que Kaia y Aerian hacían lo mismo con los de su lado.

—«No saldréis de aquí» —escuché la voz. Demasiado cerca.

Me volví, para encontrarme cara a cara con un ángel negro etéreo que había aprovechado la distracción de los árboles para acercarse a mí. Su mano tocaba mi brazo, que había adquirido un color morado muy feo. No tenía tiempo de pensar. Alcé el otro brazo e hice que el fuego recorriese toda mi piel, quemándolo hasta que desapareció.

A lo lejos ya podía ver la línea que indicaba el final de los jardines. Comencé a sentir nauseas, como si mi equilibrio fallase.

—«Estás infectada. Morirás».

—Encárgate de ellos —le pedí a Zep.

—¿Estás bien? —Una nota de pánico cubrió su voz.

—Tengo que curarme, eso es todo. —Me esforcé en mantener la calma.

—«Tu poder es nuestro. Morirás y nos entregarás tu poderosa magia. Queremos tu energía» —gritó otro, antes de que Zep se lo cargase sin parpadear.

Se me estaba nublando la vista y el morado se había extendido por la mitad de mi brazo. No podía detenerme o nos alcanzarían, y no sabía cuánto tiempo más podríamos usar mi fuego. Me adentré en mi interior para curarme. Detecté la esencia fantasmal recorrer mi sistema, reclamándolo para ella. Era como un veneno que se extendía poco a poco por cada una de mis células. Deseé que no fuese demasiado tarde.

Dejé que la magia de la curación invadiese todo mi cuerpo, pura y blanca. «Mi princesa de luz», recordé las palabras de Zep; ¿o las había pronunciado él? No lo sabía, estaba demasiado débil. La curación en cierto modo era luz, era esperanza para los que habían sido dañados. Pero tenía sus grietas, todo poder las tenía. Sentía como si el veneno bloquease la pureza de mi magia, como si esta no pudiese acceder, y comencé a ponerme nerviosa. No podía morir. No podía dejar este mundo; me necesitaba. Zep también me necesitaba; no podía dejarlo solo.

Le mandé un latido pasándole todo mi amor; era todo lo que me podía permitir en ese momento. Estaba demasiado débil. Él respondió con lo mismo, envuelto en una nota de miedo que no pudo ocultar. Podía escuchar las voces de todos, prácticamente ininteligibles. Podía sentir el veneno, por mi brazo entero ya, luchando por viajar a todo mi cuerpo. Las voces de los fantasmas sonaban revueltas. No sabía ni cómo me tenía en pie aún en ese estado.

—«Camille, tienes que ser fuerte» —me pidió Zep con una nota de pánico. Su voz mental era lo único que podía escuchar con claridad—. «No hay nada que se le resista a tu poder de curación. Puedes hacerlo. Cúrate y vuelve conmigo».

Me esforcé por penetrar en las células infectadas.

—«Eres la luz, el veneno te teme» —insistió el príncipe.

Entonces algo hizo clic en mi interior, el blanco llenó todo mi cuerpo. Era cegador, tanto que había dejado de ver lo que había justo delante de mí; me movía por inercia. Agarré la mano de Kaia con las fuerzas que me quedaban.

—«Dile que me guie y que coja a Seika. No puedo ver» — le pedí al ángel con fuerzas renovadas.

—«Detente».

Le hice casó, y sentí como el frío invadía mi espalda en el lugar en el que había estado él. Los brazos fuertes de Kaia me sujetaron.

—«Aerian cargará conmigo y con Cardan. Estaré bien» —anunció, resolviendo mis inquietudes.

—Sé fuerte amiga. Como me dejes sola con estos dos, te encontraré y te mataré una segunda vez.

Me habría reído de no estar tan débil. Esa fue toda la conexión con el mundo real que me permitió mi cuerpo. Seguí usando mi poder y la luz envolvió todas mis células; podía sentir como asfixiaba el veneno de los fantasmas. Como lo doblegaba con su omnipresencia, haciéndolo cada vez más pequeño, devorándolo. Hasta que, poco a poco, fue quedando cada vez menos, hasta que se convirtió en una semilla morada.

La presioné, pero no desaparecía. Era el origen de todo el veneno, lo que me había implantado aquel espíritu. Lo intenté una y otra vez; sin éxito. Hasta que una conocida voz ocupó mis pensamientos.

—«Hija mía, tu poder de curación no es lo suficientemente fuerte». —La imagen de Ahrienia penetró en mi mente. Su pelo blanco tenía ahora más significado que nunca. Su poder era como la luz, más fuerte que el mío.

—«Mamá, ¿qué haces aquí?» —pensé, deseando que me escuchase.

—«He usado un pase de visita para ayudarte. No puedes morir aquí».

Sentí como su magia envolvía la mía. Era cegadora, poderosa, antigua, primigenia.

—«Juntas venceremos la semilla de poder de los espíritus que se empeña en quitarte lo que es tuyo».

—«Gracias mamá. Me gustaría haber podido conocerte en otras circunstancias. Viva, a mi lado» —confesé. Las palabras me salieron solas, antes de que pudiese arrepentirme de la última frase.

—«Lo siento hija, lo di todo por protegerte. Entregué mi vida para que fueses feliz. Y no me arrepiento, aunque eso nos haya quitado tiempo juntas. Doy gracias por estas dos visitas y por poderte ver a diario, aunque tú no me veas. Siempre estaré en tu corazón».

Sentí como su mano tocaba justo ese punto. Su esencia era una parte de mi corazón, sus recuerdos desde que llegué a Dusterkeit estaban ahí. Y de pronto quise saberlo, confirmar las palabras de la vidente. Aunque todo lo que había dicho se había cumplido.

—«Mi apellido Dageraad, ¿es tuyo?».

—«Sí, hija. No podía dejar que llevases el de un tirano».

—«Llevaré el tuyo orgullosa».

Ella sonrió.

—«Ya queda menos. Aguanta solo un poco más. No puedo usar mi magia en el mundo terrenal, si no es superpuesta sobre la tuya».

Volví a concentrarme en mi poder, aun asfixiando la semilla, que cada vez era más pequeña. Ahora parecía tan solo un guisante morado. El peso de la luz de nuestras magias aplastándolo. Podía sentir el poder de mi madre en cada fibra de mi cuerpo. Era demasiado intenso.

—«Algún día tu poder será tan fuerte como el mío» —dijo, como si pudiese leerme la mente.

—«Espero estar a tu altura» —confesé sin dejar de presionar. Y sentí el momento exacto en el que el veneno desapareció. Aunque aún me sentía demasiado cansada como para volver al mundo real. Y podría quedarme ahí un rato más con mi madre, disfrutando de su compañía. La que el enemigo, al que no podía llamar padre y sentirlo como tal, me había arrebatado.

—«Lo estarás. Vas haciéndote cada vez más fuerte. Estoy orgullosa de ti, hija. No lo olvides. Volvería a dejarme engañar por él solo por volver a verte nacer y estar a tu lado el poco tiempo que la vida me dio contigo».

Habría llorado, pero en ese estado no podía manejar mi cuerpo externo.

—«Ya hemos terminado. Debo irme». —Algo se rompió dentro de mí al escuchar esas palabras.

—«¿Puedo preguntarte una última cosa?»

—«¿Sí?».

—«Seika, ¿te recuerda? Tengo entendido que el precio por pasar al mundo humano es perder los recuerdos, pero cuando te vio se comportó de un modo muy extraño».

—«Los animales son las cosas más puras e inocentes de este mundo. Las fuerzas superiores a nosotros han querido que solo pierdan la capacidad de usar sus poderes, y olviden que los tuvieron una vez. Pero de alguna manera recuerdan lo que vivieron en Dusterkeit. Muy poca gente sabe esta ley hija. Ni siquiera sé si alguien vivo la recordará».

La miré sorprendida. El pobre Sei había cargado solo con los recuerdos. Lamenté no haber podido hacer nada por él en todo ese tiempo que pasó siendo el único que recordaba nuestro hogar.

—«Debo partir» —anunció mi madre, sacándome de mis pensamientos—. «Ahora tendrás que descansar para reponerte; pero cuando despiertes, la gente a la que quieres estará allí».

Menos tú, quise decir. Pero ya había desaparecido. Y sucumbí a un largo sueño.

Capítulo 19. El Templo del Crepúsculo



Camille

Se escuchaba el sonido inconfundible del fuego, probablemente una hoguera, entremezclado con las voces de Zep, Kaia y Aerian. Me sentía totalmente renovada, a pesar de que el veneno del fantasma podría haber acabado conmigo. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Dónde estaba? Abrí los ojos de golpe, impaciente por obtener respuesta a esas preguntas.

Un cielo rojo anaranjado repleto de estrellas me recibió, la luna no estaba por ninguna parte. El terreno árido y salpicado de hierbas amarillas y plantas, que ahora me resultaban familiares, me reveló que estábamos en el Páramo de los Anhelos. Mi cuerpo estaba apoyado sobre una fina manta.

—Camille, ¡has despertado! —exclamó Zephyran. Sus ojos zafiro ocuparon el lugar de las estrellas.

Sei saltó animado desde su hombro, aterrizando encima de mi cara. Lo atrapé con las manos y le di un abrazo. Recordando lo que me había dicho Ahrienia.

—Hola. —Me incorporé con el erizo en mi hombro y le di un rápido beso en los labios al ángel antes de sentarme.

Miré a Kaia, que rebuscaba en su mochila; hasta que sacó una cantimplora y me la tendió. Ard nos observaba cauteloso, y le hice señas para que viniese a acariciarlo.

—Toma. Debes de estar sedienta.

—Gracias. —La cogí y di un largo trago.

Suerte que el síndrome de abstinencia de sangre ya era cosa del pasado, de no ser así podría haber tratado de beber de las venas de todos. Sentía que hacía tiempo que no me alimentaba.

—Buen antelunio, pequeña salvadora —saludó Aerian con una pequeña sonrisa.

Se la devolví antes de soltar la pregunta que llevaba danzando por mi cabeza demasiado tiempo.

—¿Cuánto tiempo he pasado dormida?

—¿Dormida? Estabas más tiesa que una tumba —respondió Kaia, deslizando la mano por su trenza azul con rapidez.

—Has pasado dormida dos noches y un antelunio, día y medio. —Resolvió mis dudas el príncipe. Se levantó para apagar la hoguera—. Justo acabábamos de desayunar y estábamos a punto de ponernos en marcha.

—Pensaba que aquí hacía calor para ti. —No pude evitar comentar.

—Lo hace, me apetecía desayunar algo caliente. ¿Ya no temes a los anélidos oscuros?

—Creo que, después de lo que ha pasado en el Jardín Abandonado, esos gusanos son simples mascotas —bromeé. Tampoco era mentira. El alivio por haber escapado de los fantasmas era mucho mayor que el miedo a esas criaturas alargadas. Me sentía afortunada a pesar de ellas.

—Hablando del Jardín, os debo una disculpa… —empezó la vampira, retorciendo su trenza con nerviosismo.

—¿Seguimos con el viaje y nos lo cuentas por el camino? —intervino Aerian, y se volvió hacia mí—. Solo si tú te sientes preparada para andar, claro. Si no, igual alguien tiene que ir a Sidoia a por provisiones o…

—No es necesario —le interrumpí—. Estoy bien; dormir me ha devuelto las fuerzas. Yo también tengo cosas que contaros cuando nos pongamos en marcha.

Sentí que Zep estaba especialmente animado cuando aferró mi cuello con sus manos. Sei viajaría en mi cabeza, como siempre.

Estaba lista para usar mi velocidad vampírica, y me sentí libre a pesar de los gusanos. A pesar de todo. Deposité una mano sobre la de Zep y le mandé un latido, transmitiéndole mi estado; él respondió conforme.

Me volví hacia Kaia, que esta vez era la que cargaba con la anátida oscura.

—¿Y eso? —pregunté.

—Desde que has estado inconsciente, o dormida como dices tú, Cardan ha preferido viajar sobre mi cabeza, para observar todos tus movimientos bien de cerca. Supongo que ahora, simplemente, quiere vigilarte entre mis brazos, que parece más cómodo.

—Es un traidor —canturreó Aerian—. Ya querrá volver conmigo cuando vea que te paras a recoger hojas negras y toda la larga lista de provisiones para tu magia.

—No tengo que coger muchas más. Voy servida con todas las que cogí ayer. —Sonrió.

—Creo que tenéis que contarme qué me he perdido. Y yo os diré cómo me deshice del veneno. Pero antes, Kaia, ¿por qué dijiste que nos debes una disculpa?

—Porque al parecer era la única que conocía la existencia de las leyendas sobre los fantasmas del Jardín Abandonado. Si os soy sincera, como casi todos los libros que leí solo mencionaban la leyenda que todos conocéis, pensaba que no era real… No podía imaginar que los fantasmas existiesen… —Clavó sus ojos rosa en mí. Arrepentida—. Y no te habría pasado nada si hubiésemos salido de la Ciudad en Ruinas directamente al Páramo de los Anhelos.

—No pasa nada —respondí con sinceridad.

Los chicos me apoyaron; pero ella no parecía muy contenta, aun así.

—Gracias a lo buena lectora que eres supimos que se combatían con el fuego —añadió Zep—. Si no hubieses leído esos libros, igualmente habríamos ido por ese camino, pero probablemente habríamos tardado en encontrar la manera de defendernos.

—Visto así… —contestó un poco aliviada.

—De no haber ido por ahí, habría pasado todo el camino asustada por los anélidos oscuros y no habría hablado con mi madre

—solté, sabiendo el impacto que tendrían mis palabras.

—¿CÓMO? —preguntaron los vampiros al unísono.

—¡¿Has visto a Ahrienia?! —preguntó Zep sorprendido.

Entonces les relaté cómo había tratado de curarme el veneno del espíritu sin éxito. Cómo lo había intentado una y otra vez, hasta que creía tenerlo controlado, pero quedó una semilla de la que no conseguía deshacerme. Y cómo entonces apareció Ahrienia, su recuerdo perfectamente nítido en mi mente. Les hablé de que me dijo que tenía un pase para ayudarme; que yo no era lo suficientemente fuerte para deshacerme del veneno, pero lo sería, que Dageraad era su apellido. Incluso les dije lo de los recuerdos de Sei.

—¿A alguien aún le quedaban dudas de que lo que decía la vidente era cierto? —preguntó Aerian. Nadie respondió.

—No había leído nada de que los animales conservasen los recuerdos, a pesar de olvidar su magia —contestó Kaia pensativa.

—Quizás seamos los únicos vivos que lo sabemos. Parece información clasificada —opinó el ángel negro; y luego murmuró—. Me alegro de que hayas podido ver a tu madre, Cam.

—Gracias —respondí. Y un nudo de angustia comenzó a formarse en mi garganta. Sentí una caricia en el corazón y le mandé mi agradecimiento. Cambié de tema antes de que alguna lágrima pudiese empañar mi visión—. ¿Qué hicisteis vosotros mientras yo dormía? Contadme lo que me he perdido, por favor.

—No queda mucho más que no sepas. —comenzó la vampira—. Cargué contigo, junto a Sei, para sacarte del Jardín Abandonado. Cuando perdiste el conocimiento estábamos muy cerca de la linde con el Páramo de los Anhelos. En cuanto nos alejamos lo suficiente plantamos el campamento allí. Luego pasamos un día entero avanzando por ese lugar desértico, Cardan en mi cabeza, yo recolectando plantas…

—Te olvidas de que yo cargué con Zep y de que cada vez que te parabas a recoger plantas el príncipe se bajaba y te sostenía a Cam y Sei. —Sus ojos oro se movieron de Kaia a mí—. La segunda noche también la pasamos en el páramo. Y por suerte, han sido pocos los anélidos oscuros que hemos tenido que enfrentar.

—Os olvidáis de lo más importante —intervino el ángel—. Estábamos desesperados por saber cuándo despertarías.

—Oye el sentimental eres tú —le cortó Kaia—. Yo sabía que despertaría, la había amenazado de muerte.

—Pequeña amazona salvaje, deja al príncipe hablar y no le interrumpas. Disculpadla Alteza, es así de impulsiva. —Vi cómo le sacaba la lengua y Kaia le sacaba el dedo. Esos dos no tenían remedio.

—No les hagas caso; prosigue. —Sonreí ampliamente.

—Bueno… como iba diciendo, fue horrible no tener ni idea de cuándo volverías con nosotros; aunque, por suerte, ya te tenemos aquí. Pero lo otro que quería que supieras es que, como estabas dormida, nadie podía suprimirnos el poder del fuego que nos cediste.

Entonces caí en la cuenta. Cómo podía haber olvidado algo tan importante.

—¿Y qué pasó?¿Seguís teniéndolo?

Aerian negó con la cabeza.

—¡Ojalá! —exclamó mi amiga—. Habría quemado a esos gusanos molestos, sin necesidad de tener que entregarte a Zep cada vez que aparecían.

—¿Cuánto duraron?

—Unas horas —contestó el príncipe—. Pero tampoco lo usamos tanto como tú en la batalla de la Ciudad en Ruinas. No sabemos si durará menos si se emplea más el poder.

—¿Se os fue a todos al mismo tiempo?

—Prácticamente sí.

—Bueno, ya tenemos un poco más de información.

Rebusqué en mi interior para asegurarme de que el acceso a la manipulación del ADN para obtener poderes elementales seguía ahí. Respiré aliviada cuando lo encontré. Fijé la vista al frente y me di cuenta de que a lo lejos se divisaba el Obelisco del Crepúsculo, muy cerca de un curso del agua, que imaginé que sería del río Dungeon.

Conforme nos acercábamos me di cuenta de que el sonido del mar se hacía cada vez más intenso. El cielo sobre el obelisco era rojo anaranjado; pero a su lado derecho se volvía de un degradado entre

rojos, naranjas, azules y morados, como si alguien hubiese hecho una paleta de pintura en el cielo. El río Dungeon corría salvaje bajo el degradado y más allá, al sur, podía distinguirse el cielo azul y morado del territorio entre el Dungeon y el Blood. Las palabras de Ovraal sobre los cielos de Dusterkeit habían quedado grabadas a fuego en mi mente.

Paramos para comer a escasos metros del monumento. Aproveché para saciar mi curiosidad, justo después de dar un buen mordisco a la carne jugosa y llena de sangre.

—¿El Mar Astral llega hasta esta parte de la geografía?

Zep, que tenía la boca llena, negó con la cabeza; pero Kaia se le adelantó.

—No solo ese mar nos rodea querida amiga. Las aguas del oeste de Dusterkeit pertenecen al Mar Astral, en cambio las del este pertenecen al Mar Inférnico.

—Eso es —le dio la razón el príncipe—. Y cuanto más lejos estemos de ese mar mejor. —Y, como si me leyese la mente, añadió—. En tierra firme no hay ningún peligro.

—¿Qué hay en esas aguas?

—Criaturas que podrían parecer sacadas de tus peores pesadillas —respondió Aerian, clavando su mirada de oro en mí.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Pensé en que sus ojos hacían juego con su poder de control de la tormenta, tratando de desviar mis pensamientos hacia otro sitio para tranquilizarme.

—Tampoco tendríais nada de qué preocuparos conmigo —añadió tras mi mutismo—. El mar es un atractor de rayos gigante, podría chamuscarlos en un abrir y cerrar de alas.

—Tiene sentido, lo de tu poder. El nombre del mar también.

Cuando terminamos de comer el obelisco volvió a captar toda mi atención. El fuerte sonido de la corriente del río Dungeon parecía estar compitiendo con el de las olas rompiendo en alguna parte cercana. Aunque el obelisco, imponente, no tenía nada que envidiarles. Varias tonalidades de azules y morados se entremezclaban en la piedra, como si fuese un trozo de crepúsculo

destacando sobre el cielo rojo anaranjado contra el que se recortaba su cúspide. Y ahí, en su punta, destacaban dos dibujos idénticos, uno blanco y otro negro, con el borde plateado. Cada uno estaba compuesto por dos alas de las que salía una cola lisa rematada en una especie de pincel, lo que me reveló que las criaturas que se encontraban en el interior eran los Grifos Guardianes.

Como ya era costumbre, mis ojos se desviaron hacia Aerian en una pregunta silenciosa.

—No tenía claro que a estas bestias les gustasen los arándanos, así que he guardado en el saco de las ofrendas dos grandes trozos de carne cruda.

—Bien pensado soldado —apuntó Zep.

—Para algo que hace bien hay que reconocérselo —añadió Kaia, antes de sacarle la lengua.

Aerian la fulminó con la mirada. Los dejé con su batallita verbal y me acerqué al monumento. Mis manos se posaron sobre él, siguiendo los pasos que ya tenía perfectamente interiorizados. Hice vibrar mi poder, que resonó en todas y cada una de mis células, antes de concentrarse en mis manos.

—«Soy la salvadora, vengo a ayudaros a restaurar el equilibrio del mundo. Cerremos juntos la grieta» —pensé.

Igual que las veces anteriores, sentí como el obelisco respondía a mi poder. Las manos me cosquillearon y la canción del origen de los tiempos pobló mi cabeza, esta vez con un registro más grave que las otras dos. Observé como tras el monumento comenzaba a materializarse el templo. Cuando la canción terminó, el hogar de los Grifos ya era perfectamente visible. Despegué mis manos con cuidado de la piedra y me volví hacia Aerian.

—Ahora sí, entrégame esa carne cruda por favor.

—Aquí tienes. —Me dio el saco.

Zephyran se colocó a mi lado y la anátida oscura se situó a su otro lado. Sei se revolvió en mi cabeza.

—Creo que Ard va a disfrutar especialmente de este templo en el que sus habitantes tienen alas como él. Y ya sabes cuánto le gusta eso.

—Tienes toda la razón. —Me reí bajito.

Me dio la mano y se la apreté con fuerza, mandándole un latido de valentía y esperanza. Él respondió con uno de orgullo teñido de la misma esperanza. El templo de piedra era similar a los anteriores. Varias columnas azules y moradas lo sostenían; tras ellas las arcaicas escaleras. El frontón en este caso era rectangular, como la mitad de un cuadrado; lo coronaba una estatua, redonda y rutilante a la luz de las estrellas. Zep me había confirmado que representaba a Helios; omnipresente y oculto en Dusterkeit, pero perfectamente visible en la cúspide de sus templos. Como si no lo olvidasen; como si él quisiese estar eternamente presente a pesar de la oscuridad de su mundo, en la que la luz la daban las estrellas del firmamento.

Sobre los ángulos laterales, dos grandes figuras de los Grifos Guardianes parecían caminar en dirección a Helios, pero con la mirada rapaz fija en quienes quiera que fuesen sus visitantes. En la base del frontón había inscripciones en ese idioma desconocido para todos. El templo al completo daba claramente la sensación de ser un trozo de crepúsculo, siendo la perfecta representación de su nombre: Templo del Crepúsculo.

Subimos por las escaleras, Kaia y Aerian iban justo detrás de nosotros. Sus voces se fundían con el eco de nuestras pisadas, rivalizando con los ruidos salvajes del río Dungeon y el mar Inférnico. Casi parecían advertir de la ferocidad de los Animales que habitaban el templo. Pero yo había visto a uno de los Grifos aquella vez que salí a volar con Zephyran, y no nos había atacado.

—«Oye, los Grifos Guardianes… ¿se alimentan de ángeles negros o vampiros».

No pude evitar hacer la pregunta, temiendo decirla en voz alta por si me escuchaban. ¿Hablarían como Duna y Arvel?

—«Los libros contienen poca información acerca de los Animales Guardianes. Recuerda que prácticamente nadie ha tenido el placer de ver uno solo. No obstante, dudo que vayan a alimentarse de la gente que viene a ayudarlos».

—«Visto así…».

Nuestra conversación se interrumpió cuando llegamos al final de las escaleras. Me paré unos segundos en la entrada, dudando, Zep me apretó la mano mandándome su apoyo.

—Vamos, que no muerden —susurró Kaia, más atrevida que nadie.

—O eso creemos —verbalizó Aerian las palabras que se me habían quedado atascadas en la garganta.

Me armé de valor y me adentré en el edificio. Las paredes azules y moradas estaban teñidas de cantidad de hilos plateados y dorados que resplandecían. A cada lado dos grandes aberturas cuadradas daban al exterior; por ellas entraba a raudales la luz de las estrellas, como si quisiesen estar en eterno contacto con el cielo. Para variar, estábamos los seis solos. Aproveché para depositar en el suelo la bolsa con la carne cruda, y la abrí para que pudiesen verla y, sobre todo, olerla, solo por si acaso tenían un hambre atroz.

Frente a nosotros estaba la oquedad que debía ser la entrada de otra sala. Podía escuchar los latidos frenéticos de mi corazón. Respiré hondo tratando de calmarme. Aunque los Unicornios y los Perros habían sonado como criaturas mucho más amigables.

—¿Hola? —pregunté, y mi voz retumbó en las paredes.

Esperamos unos minutos, pero no sucedió nada.

—Yo investigaría lo que hay al otro lado de la oquedad —opinó Kaia rompiendo el silencio.

—Yo también creo que es lo mejor —la apoyó Zep.

Me volví hacia él. Sus ojos zafiro me miraban con confianza. Me transmitieron la calma que necesitaba para avanzar.

—Está bien, ¡vamos allá!

Agarré el saco y caminé lentamente hasta que la otra sala comenzó a ser perfectamente visible. Me adentré por la oquedad y pude ver a los dos Grifos dormidos, uno a cada lado de la sala. Había mucha más luz que en la estancia anterior por lo que miré hacia arriba, encontrándome el firmamento sobre mi cabeza, separado de mí tan solo por un fino cristal transparente.

Me volví hacia las criaturas mitológicas preguntándome qué hacer a continuación. Parecían dormir plácidamente y ni se habían inmutado con nuestra presencia. Cada uno tenía una ventana a su lado, hecha simplemente de cristal, al igual que el techo. Junto a cada una de ellas, un gran grabado de plata representaba a un grifo; uno relleno de negro y otro de blanco. Lo que parecía revelar sin

necesidad de tocarlos quién era quién, si es que estaban durmiendo en el lado que acompañaba a su imagen.

¿Se despertarían si los tocaba para manipular su ADN? La idea de probar suerte y que no llegasen a despertarse era tentadora; aunque no parecía la opción correcta. De pronto, Cardan pasó corriendo delante de mí y miró a ambos lados con los ojos como platos. Dejé el saco en el suelo con un presentimiento, la carne cruda perfectamente visible de nuevo.

—¡Cuaaaack!¡Cuaaaack! —comenzó a parpar como un descosido, mirando a un lado y a otro.

—Pero ¿qué haces? ¿Te has vuelto loco? ¿Quieres que nos saquen los ojos por despertarlos de esa manera? —preguntó Aerian.

Zep se adelantó para atrapar a la anátida; pero ya era demasiado tarde. Cardan voló y, en un visto y no visto, se posó sobre el ala oscura del Grifo de la izquierda.

—No te atrevas… —murmuró Aerian.

—¡CUAAAAAACK!

En ese momento ambos Grifos abrieron sus ojos azules verdosos que se clavaron en nosotros. Al de la izquierda no parecía importarle tener una anátida oscura encima. Recé a cualquier ser superior que existiese para que no estuviesen enfadados por la forma en que habían vuelto a la vigilia.

—Hola… —balbuceé. Y me armé de valor. Era la salvadora; me necesitaban. No podían hacerme daño. Tenía que creérmelo.

Volví a empezar.

—He venido a ayudaros. —Mi voz sonó más fuerte y convencida. Miré a uno y otro, que seguían impertérritos—. Me imagino que el de la Luz es el de la derecha. Pero tocándoos puedo descubrirlo.

Ambos emitieron un fuerte chillido y se levantaron de golpe; Ard aún sobre el lomo de uno. Sus patas se clavaron en el suelo. Toda la parte delantera de su cuerpo era de águila. El plumaje negro poblaba sus grandes alas, salvo las puntas que eran añil. Su cabeza era de un negro más clarito, con el pico amarillo, ganchudo y muy puntiagudo. Sus patas delanteras, de águila, eran plateadas. Su parte trasera era como la de un león, de pelaje negro grisáceo; los pelos de la punta de la cola de color gris, las patas robustas y ágiles.

Caminaron en silencio hacia mí. Me quedé quieta; ellos siguieron, hasta que pude sentir en la piel el aire de sus narinas. Observé que Ard andaba de un lado a otro por el lomo del de la izquierda, como si no le infundiese ningún miedo. El de la derecha se agachó y partió un trozo de carne, que se llevó al pico.

—Vale; voy a tocarte para ayudarte a recuperar tu magia. —Me volví hacia él, suponiendo que fuese el de la derecha. Ignoré la actitud temeraria de la anátida. Pensé que, si al Grifo le molestase tenerlo encima, ya habría hecho algo para manifestarlo.

Un chillido más suave fue toda la respuesta que obtuve.

Respiré hondo tres veces antes de poner la mano en un lateral de su cabeza. El tacto suave de sus plumas me recibió. Lo miré, buscando su aprobación, antes de empezar. Su ojo azul verdoso estaba clavado en mí, pero no hizo nada. Aquello podría valerme.

Me sumergí en su interior, dejando que sus células me hablasen. Una canción arcaica comenzó a narrarme la historia de sus genes, del equilibrio que habían representado desde el principio de los tiempos. Y de como la luz estaba silenciada en todas y cada una de sus células, como nunca debió haber sido, desequilibrando el mundo. Luchaba por arrasar a la oscuridad que no le pertenecía, que penetraba su alma a la que solo la luz debió tocar. Una batalla perdida, en la que solo la salvadora podía ganar.

Mis suposiciones habían sido ciertas. Él era el Guardián de la Luz. Hice lo que tenía que hacer, llamé a su canción y la hice bailar al son de mi magia. La conduje por el camino por el que siempre debía haber resonado y permanecido. Sus células oscuras no opusieron resistencia, se sabían intrusas y no obstaculizaron su vuelta a la luz. Empecé por su pico, su cabeza, sus alas; poco a poco mi poder fue inundando sus células, volviéndolas luminosas. Simultáneamente la melodía se volvía más grandiosa, más fuerte, acompañándome en el proceso.

Noté como si el agradecimiento se entremezclase entre las notas, como si él, al igual que los dos anteriores, me diese las gracias por devolverle lo que era suyo. Su plumaje iba recuperando su verdadero color. Entonces una explosión de luz nos envolvió, y me sentí fugazmente una parte de él.

Y al igual que las veces anteriores, me sentía extremadamente cansada. Pero no me detuve hasta que su pelaje y su cola volvieron a su aspecto original, devolviendo hasta a la última célula de su cuerpo la luz que le había sido arrebatada por mi padre.

Me separé del Grifo de Luz, siendo consciente de que ya solo quedaban dos Animales Guardianes para restablecer el equilibrio y cerrar la grieta por completo. No pude evitar sonreírle al Grifo, a pesar del fuerte dolor de cabeza que se había apoderado de mí. Pero el hecho de que fuese la tercera vez, lo hacía más soportable; sentía que mi cuerpo se estaba empezando a acostumbrar. Como si lo estuviese asimilando, como si mi poder, de alguna manera, estuviese mejorando. A pesar de lo molesta que era la luz en esos momentos para mis ojos.

Observé que sus ojos eran ahora de un color verde lima y las plumas de su cabeza se habían vuelto blancas como la nieve; el pico naranja y las patas igualmente plateadas. Las alas blancas también, con las puntas de color cian. Su pelaje de un amarillo muy claro, que casi parecía brillar. El mechón de pelo de la punta de la cola era ahora blanco y parecía recorrido por multitud de puntitos brillantes, como si fuesen estrellas.

Ambos emitieron un fuerte chillido, como si me diesen las gracias al unísono.

—«Lo has conseguido». —Escuché la voz de Zep con claridad en mi mente.

—«Siempre». —Era un hecho que debía ser así. No podía ser de otra manera. Era lo que necesitaba el mundo.

Los Grifos captaron mi atención cuando pasaron uno a cada lado de mi cuerpo, rozando intencionadamente sus alas con mi piel. Me giré para ver cómo engullían la carne cruda que quedaba en el suelo. Emitieron un sonido armonioso y se elevaron por encima de nuestras cabezas; Cardan bajó al suelo en ese momento. El Grifo de Oscuridad hizo una pirueta, y observé que las caras inferiores de sus alas parecían un manto de estrellas, como si cargase con ellas. En cambio, el Grifo de Luz portaba un cielo cian con un Helios resplandeciente. Pero…, en aquel mundo no era posible que se viese. ¿Por qué estaría grabado en las plumas de esos Animales Guardianes?

Kaia, Zep y Aerian se acercaron a felicitarme, haciendo que dejase de pensar en las incógnitas de Dusterkeit que aún desconocía. Ard celebró la victoria con nosotros, antes de elevarse a volar entre los Grifos. Me llevé las manos a la cabeza, deseando que aquel dolor pasase pronto. Zep me pasó la mano por la mejilla con suavidad, la dejó detenida y clavó sus zafiros en mí.

—Ya queda menos para que dejes de sufrir las consecuencias de ayudar a los Animales Guardianes.

—No me importa sufrirlas, si así ayudo a que la paz vuelva a mi hogar. Es mi papel —murmuré, sintiendo su cálido tacto. Y elevé la mano para acariciar su rostro.

El próximo viaje no sería a un templo; sería a Noctis, donde tendría lugar la coronación. Aquello me puso bastante nerviosa; no solo me convertiría oficialmente en princesa, sino que trataría de llevar a cabo la idea que tenía en mi mente. Ya era hora de hacerlo, y la coronación era el momento perfecto.

Besé al príncipe, tratando de ignorar mi fuerte dolor de cabeza.

Capítulo 20. Sidoia



Zephyran

Recorrer el Páramo de los Anhelos con la fobia a la luz de Camille no había sido precisamente lo más idóneo, puesto que el cielo rojo anaranjado daba más luz que los otros cielos de la geografía de Dusterkeit. Afortunadamente, la migraña vampírica le duró menos que las veces anteriores, dando más fuerza a la teoría de que su cuerpo se iba acostumbrando a usar magia sobre seres tan ancestrales como eran los Animales Guardianes.

Habíamos viajado a velocidad vampírica, siguiendo el curso del río Dungeon; el camino más corto. No hacía falta ni mencionar que prefería viajar agarrado a Camille que a Aerian; pero el primer día no me había quedado otro remedio. Como soldado estaba perfectamente acostumbrado a adaptarme a las situaciones que fuesen necesarias. De vez en cuando me había ido dando la mano con Camille, tratando de mantenernos agarrados a pesar de la velocidad de Kaia y Aerian. Me había parecido que era un juego que había establecido ella para tratar de olvidar su dolor de cabeza.

El resto de los días el viaje había transcurrido con toda la normalidad que había cabido esperar en el Páramo de los Anhelos. De vez en cuando, los anélidos oscuros habían entorpecido nuestro camino. Kaia había aprovechado para coger aún más provisiones de plantas nocivas. Y yo había ido dando vueltas en la cabeza a lo que tenía reservado para Camille en Sidoia. La cuarta noche, cuando había salido de la tienda mágica a tomar el aire, la costurera, que estaba haciendo guardia, me había sorprendido.

—Príncipe Zephyran, ¿qué te trae por aquí? ¿No puedes dormir? —preguntó, cruzándose de brazos y fijando sus ojos rosa en mí.

—Algo así —admití, pasándome una mano por el pelo.

—Tienes suerte de que esté haciendo guardia. ¿Qué es lo que te preocupa? Desembucha.

Dudé por unos segundos. Sabía que no le diría nada a Cam, pero temía que se despertase y nos escuchase.

—Vamos, tu secreto estará a salvo conmigo.

Me acerqué lentamente a ella, hasta detenerme a escasos metros de distancia. Agaché la cabeza para poder mirarla a la cara.

—No es por ti, Kaia. No quería que mi aishiteru nos oyese —murmuré.

—¡Ah ya entiendo! —exclamó, aunque con un hilo de voz—. Intuyo lo que te pasa.

—¿Sí?

—No quieres que te oiga tu aishiteru y estamos yendo a Sidoia. Rojo y en vena, sangre.

—Sorpréndeme con tu teoría.

—Quieres hacer una visita al brujo Fraxtanus.

—Eres demasiado lista. —Una sonrisa de satisfacción inundó su rostro—. No quiero esperar a llegar a Noctis y concertar la cita con él otro día. Siento que es una oportunidad que me ha dado el destino y que debo aprovechar. Nunca se sabe cuándo puedes necesitar…

—¡Shhh! —me interrumpió, poniéndome la mano en la boca.

—¿Zep? —Escuché la inconfundible voz de Cam a escasos centímetros de mí—. ¿Qué haces despierto?

—¿Y tú? —Le agradecí a Kaia con la mirada que me hubiese hecho callar tan bruscamente. Ahora lo entendía. Me volví hacia mi vampira.

—No podía dormir y, cuando vi que no estabas… Después de la emboscada ando algo paranoica —admitió.

—No pasa nada, Camille —respondí pasando la mano por su cintura—. Vamos adentro. Solo había salido a tomar el aire, para ver si me entraba el sueño paseando por aquí, y me puse a charlar con Kaia.

—Aprovecha para dormir, o para lo que sea, tú que puedes —gritó Kaia guiñándola un ojo, conforme nos alejábamos—. Es lo bueno de que no hayas tenido que hacer guardia.

—Mañana en la ciudad tú también podrás dormir o hacer lo que quieras —contestó Cam dedicándole una amplia sonrisa. Luego se volvió hacia mí—. ¿De qué hablabais? ¿Por qué os habéis callado de golpe?

Dudé por unos segundos antes de responder. La verdad por delante.

—De un viejo amigo que de vez en cuando viene a Noctis.

A ella pareció valerle. Agradecí internamente que esta vez no hubiese sido tan curiosa como de costumbre.

El quinto día de viaje llegamos a Sidoia al final del antelunio, cuando quedaba poco para que la luna se pusiese. El inconfundible aroma a abeto nos indicó que habíamos alcanzado nuestro destino. Donde la vista se perdía en el horizonte, se veían las montañas Cáligo, como si presidiesen sobre aquella pequeña ciudad.

Conforme nos movíamos entre sus calles, pobladas de abetos y flores de montaña, la gente nos miraba, perfectamente consciente de quiénes éramos Camille y yo. Mi aishiteru contemplaba maravillada la multitud de pequeñas casitas que se extendían por todas partes. Sus tejados estaban nevados y en esos momentos la nieve caía sobre nuestras cabezas; era algo frecuente allí.

Cardan y Sei seguían nuestros pasos jugueteando con la nieve, a la cual el erizo parecía mucho más acostumbrado que Ard. Cam me explicó que en su ciudad de Noruega nevaba constantemente.

Cuando llegamos a la posada, Kaia y Aerian se despidieron, alegando que estaban muy cansados y querían irse a dormir pronto. Yo sabía que era la excusa de mi amiga para dejarnos solos. No se lo había pedido; pero ella era así, actuaba por su cuenta. Aunque estaba seguro de que ella también aprovecharía ese tiempo.

—¿Quieres dar un paseo? —pregunté a Cam agarrando sus manos con cuidado.

Ella asintió con lentitud, y nos dirigimos al exterior de la posada. Ard y Sei se habían quedado en nuestra habitación, bastante entretenidos con unos juguetes que les había dado el agradable ángel negro de recepción.

—Esta ciudad me recuerda demasiado a Noruega —admitió ella. Y pude ver claramente la nostalgia en sus ojos púrpura.

—Puedes verlo como un pedacito de la Tierra perdido en Dusterkeit —le sugerí sonriendo.

—Sí…, aunque Erik y Freya no están aquí.

—Ojalá pudiese hacer que estuviesen —admití, y nos fundimos en un abrazo.

No sé cuánto tiempo permanecimos unidos, pero cuando nos separamos la luna ya había ocupado su lugar en el cielo anaranjado y la nieve había cubierto nuestros pelos. Ella sonrió y se cogió las manos nerviosa.

—Bueno y… ¿a dónde vamos?

—A conocer al viejo amigo del que estaba hablando con Kaia —respondí en tono misterioso—. Pero antes vas a probar las manzanas de nieve, receta especial de Sidoia.

—¿Están hechas de nieve? —preguntó extrañada.

—No. Los sidoienses hacen manzanas caramelizadas cuya cobertura dulce parece hecha de nieve, pero en realidad es una mezcla de ingredientes secreta combinada con magia.

—¡Guau, quiero probarlas! —exclamó, dando saltitos contenta.

Cumplí con mi palabra y compré una manzana de nieve para cada uno.

—¡Está deliciosa! —exclamó ella, después de darle un mordisco—. Es dulce, pero no sabe igual que nada que haya probado antes.

Le di un beso en la mejilla. Y le dejé disfrutar de la comida mientras recorría las calles de su mano. Nos la terminamos justo a tiempo para detenernos en la puerta de la casa de Fraxtanus. La fachada azul cobalto estaba decorada con líneas de tinta negra, que dibujaban patrones geométricos en toda su extensión.

Observé la aldaba mágica de la puerta, con forma de pájaro de plata, destacando sobre la madera celeste. Un acebo de verdad

sujeto por su pico.

—A Kaia le habría gustado ese llamador —dijo Cam—. ¿Y ahora qué? ¿Vas a llamar sin más?

Elevé el brazo para agarrar al pájaro; pero, antes de que pudiese emitir un solo dulce canto con el contacto de mis dedos, la puerta se abrió de golpe. Fraxtanus se apoyó sobre ella y clavó sus ojos verde lima en mí. La melena verde esmeralda colgaba suelta casi hasta el pecho, como siempre. Un pequeño pájaro negro y añil se asomó entre su pelo y canturreó. Oreas.

—¡Altezas! —exclamó al percatarse de que yo era su visita. El plural no pasó desapercibido para nadie. Hizo una rápida reverencia, en la que el pájaro luchó por permanecer en su pelo en movimiento—. No esperaba veros hasta dentro de siete días.

—¿Siete días? —pregunté sin pensar. Encajando todas las piezas de golpe.

—La coronación es dentro de siete días, Alteza.

Cam y yo intercambiamos una mirada fugaz. Teníamos poco tiempo para regresar a la ciudad; pero estábamos a tan solo veinticuatro horas de viaje, si viajábamos a velocidad vampírica por las montañas Cáligo.

—Gracias Frax —respondí—. Quiero presentarte a mi aishiteru, Camille.

—Encantado, Alteza. —Hizo otra reverencia, para la que el pájaro de su pelo había estado más preparado—. Mi nombre es Fraxtanus, Frax para los amigos.

—Tú puedes llamarme Cam —contestó ella, ofreciéndole su mano.

Noté su incomodidad ante la reverencia. En ese sentido no éramos tan diferentes. Sabía que a ella tampoco le gustaba abusar del poder.

—Cam, entonces —respondió el ángel negro estrechándole la mano—. ¿A qué se debe el placer de vuestra visita? Como no os esperaba no tengo sangre para ofreceros, pero tengo leche y jugos de bayas diversos.

—La leche está bien, no te preocupes. —Sonrió Camille.

—Quiero adelantar el procedimiento —confesé mirando con determinación a sus ojos verdes.

Mi aishiteru me miró con la pregunta en la boca. Frax solo asintió, e hizo un gesto con la mano invitándonos a pasar a su humilde morada. Cuando se volvió, observé que había multitud de pájaros posados en sus alas.

—Luego hablamos, pequeños —murmuró a las aves. Y en un batir de alas, estas se desperdigaron en todas las direcciones. Menos Oreas, su fiel amigo, que casi siempre permanecía en su pelo.

Nos condujo a su salón. En cuanto nos sentamos en su amplio sofá de color musgo y Frax desapareció en el umbral de la puerta, Cam se volvió hacia mí.

—«¿Algún motivo por el que tenga tantos pájaros y les haya dicho luego hablamos, como si estuviese chiflado? Con todo el respeto del mundo».

Me reí a través de nuestro puente mental.

—«Está más cuerdo de lo que crees. Es un poderoso brujo cuyo poder elemental comenzó siendo manejar el aire, y terminó por convertirse en uno superior. Obtuvo tanto dominio sobre este que adquirió la capacidad de hablar con los animales que pueblan los cielos. Oreas es su fiel pájaro, lo encontró abandonado hace mucho tiempo».

—«Increíble… ¿Y cómo os habéis conocido?».

—«No hay nadie en Dusterkeit que no conozca a Frax y a su familia de ángeles brujos».

Me miró con cara de aquí estoy yo y no le conocía.

—«¿Por qué?» —preguntó en cambio.

—«Pronto lo descubrirás».

Cam me miró pensativa. Antes de que pudiese decir nada más, Frax regresó con un vaso en cada mano. Varios pájaros grandes le sostenían una bandeja con pastas en el aire; otros llevaban una taza, que dejaron con cuidado sobre la mesa de madera con los bordes recubiertos de plantas que hacía juego con el sofá. Él dejó los vasos frente a nosotros y se sentó en el sofá verde menta de enfrente.

—Vamos, comed. No os cortéis. Es un placer tener a la realeza en mi humilde hogar —comenzó Frax, acercando un poco más a

nosotros la bandeja de pastas. Guiñó un ojo a Cam sosteniendo su vaso en el aire—. Yo también soy más de leche que de jugo de bayas; aunque supongo que vos preferís la sangre antes que estos dos.

Ella lo miró, mientras cogía su vaso. Era la primera persona que le daba ese trato tan directo. De princesa.

—Depende del día.

—¡Oh! Eso también es maravilloso —opinó. Oreas se asomó entre sus pelos, sus ojos azules verdosos fijos en nosotros, observándonos—. En cuanto a vos Alteza, espero que el jugo de arándanos de mi huerto sea de vuestro agrado, no he olvidado lo mucho que os gustan.

Me llevé el vaso a la boca y di un sorbo. Sabía que en su casa había una puerta trasera que conducía a un gran huerto en el que cultivaba de todo.

—Delicioso, yo no he olvidado lo agradable que es comer todo lo que cultivas.

Cam cogió una pasta y nos miró varias veces al uno y al otro antes de hablar. Como si se estuviese armando de valor. Se la metió en la boca y tragó antes de comenzar.

—¿Qué clase de procedimiento es ese que Zephyran quiere adelantar? —Sus ojos púrpura brillaban de curiosidad.

—¡Vaya! ¿Nunca habéis oído hablar del poder que corre por las venas de mi familia, princesa? Ese que nos pasamos de generación en generación. Aparte de la magia propia que cada uno tiene, me refiero.

Ella miró interrogante al uno y al otro. Quizás había sido como entregar en bandeja a Frax que Cam era la salvadora; puesto que muy poca gente en Dusterkeit desconocía los poderes de su familia, sobre todo con la edad de mi aishiteru.

—Vos sois la primera persona en todo Dusterkeit que conozco y no sabe de mi don. No pasa nada. —Oreas pio dulcemente—. Mi familia y yo tenemos el poder de canalizar la magia de dos aishiterus. Puedo hacer que el poder de oscuridad de Zep quede impregnado en un punto de vuestra piel en forma de tatuaje, princesa. Igualmente puedo hacer que vuestro poder…, sea cual sea…, quede en la piel del príncipe dando otro tatuaje.

Entonces caí en la cuenta de que el tatuador descubriría que Cam era la salvadora. Su magia era demasiado poderosa y destacable como para que no hubiese llegado a los oídos de todos en tantos años. Sumado a que no conocía el don de Frax... Y para rematar, yo quería adelantar el procedimiento. Como si de alguna manera me urgiese. Me urgía.

Capítulo 21. Tatuajes mágicos



Camille

Estaba segura de que me había quedado más blanca que un vampiro a dieta de leche con aquella revelación. Tatuajes de aishiterus. Recordé el tatuaje negro que recorría el brazo de mi madre. También sus palabras: «A veces tu aishiteru prefiere el poder por encima del amor». Claro que sabía que el enemigo, mi verdadero padre, era su aishiteru. Pero pensar que llevaba tatuado en su piel algo de él hizo que me diesen escalofríos. Zep pareció notarlo; sus ojos zafiro se clavaron en mí con preocupación.

—«¿Estás bien?».

—«El fantasma de Ahrienia tenía un tatuaje en el brazo».

—«Llegaron a hacérselo; es verdad. Ahora entiendo todo. No sé cómo no he caído antes…».

—«¿En qué?».

—«En cómo tu padre fue capaz de encontrar a tu madre a pesar de todo».

—¿Qué os pasa, Altezas? —preguntó Fraxtanus, mirando al uno y al otro—. Parece que a la princesa se le acabase de aparecer un fantasma.

—No…, lo siento. Me sorprendió tu don. —Respondí con la verdad a medias—. Me encantaría que nos hagas el tatuaje cuanto antes.

Seguí la corriente de lo que había dicho antes Zephyran. Adelantar el procedimiento. De todos modos, tener un tatuaje juntos, el mío con parte de su magia, era algo que me parecía muy

bonito. Así siempre llevaría algo suyo conmigo. Podría habérmelo dicho antes, pero al príncipe le gustaban demasiado las sorpresas.

—¿Por qué queríais adelantar el procedimiento? ¿Por qué venir a buscarme en vez de esperar a que llegase a Palacio el día de la coronación? Si se me permite preguntar.

Miré a mi aishiteru, puesto que desconocía la respuesta.

—Habíamos salido de viaje y, aprovechando que pasaba por aquí, preferí dejarlo hecho. Uno nunca sabe cuándo le puede hacer falta el tatuaje, y menos en los tiempos que corren.

¿El tatuaje no era solo un simple adorno? Recordé las palabras del ángel negro: «En cómo tu padre fue capaz de encontrar a tu madre a pesar de todo». Y entonces lo supe. El tatuaje tenía un localizador.

—Lo entiendo. —Una amplia sonrisa surcó su rostro—. Con esa grieta partiendo los cielos y tantos ataques… Mejor poder saber dónde está vuestro aishiteru en todo momento.

—¿Tantos ataques? —pregunté, sin poder evitarlo.

—¿Cuánto tiempo lleváis fuera? —Quiso saber el tatuador, extrañado.

—Bastante. Teníamos asuntos que resolver —contestó el príncipe.

—Os convendría saber entonces que se están produciendo cantidad de ataques desde la grieta.

La grieta seguía intacta. No se iba a cerrar hasta que modificase los genes de la última pareja de Animales Guardianes; eso habían dicho los vampiros videntes. Me pregunté cómo estarían Ovraal y Shedyel, los reyes, y todos los habitantes de la ciudad… Las malas noticias corrían más rápido que los vampiros… Y, sin embargo, no nos habíamos enterado de los ataques.

—Lo desconocía. ¿Están todos bien? —preguntó Zep, leyendo mis pensamientos.

—Hasta lo que yo sé, al menos sus Majestades están bien.

Ovraal… Era demasiado fuerte como para que le hubiese pasado algo. Y seguro que protegería a Shedyel. Una urgencia por ver a mis amigos me recorrió el cuerpo; pero traté de ignorarlo. Ya estábamos cerca de Noctis. Más pronto de lo que pensaba los veríamos. Sanos y salvos. Eso esperaba.

Zep suspiró aliviado y pareció suponer en lo que estaba pensando.

—«Estarán bien. Pronto los veremos».

Dejé que sus palabras me calasen.

—Bueno; queréis esos tatuajes. —Cambió de tema el tatuador mágico. Oreas pio, como si le agradase la idea—. Me muero de ganas de saber de vuestros poderes princesa. Debo conocer la magia de ambos para poder canalizarlos.

Eché una rápida mirada a Zep, y él asintió.

—Puedo modificar el ADN. El mío y el de los demás.

Él clavó sus ojos verde lima en mí, visiblemente sorprendido; pero no dijo nada.

—Está bien.

Dio dos palmadas, y una multitud de pájaros oscuros, cada uno de un color combinado con el negro, apareció en el salón. Se posaron en la mesa y, tras comerse las migas de las pastas, comenzaron a recoger. Cuando acabaron, dejaron caer una sábana decorada con bordados de aves. Cardan habría adorado estar en esta casa.

—Poned sobre la mesa la parte del cuerpo que queráis tatuaros —pidió— y yo haré el resto.

Zep y yo nos miramos.

—«Tú eliges tu sitio. Yo elijo el mío. No tiene por qué ser el mismo».

—«Vale, creo que tengo el lugar perfecto».

Planté el brazo izquierdo sobre la mesa, la palma de la mano hacia arriba.

—Desde la muñeca hasta la doblez del codo. Me gustaría que estuviese donde lo pueda ver cada día con facilidad —confesé.

—Me parece un emplazamiento perfecto. ¿Y vos, Alteza? —Se volvió hacia Zep.

—El mismo sitio, pero en el brazo derecho —respondió, dejándolo sobre la mesa.

—«¿Lo has hecho porque yo lo elegí?».

—«Quería ver nuestros tatuajes cerca cuando nos diésemos la mano; y tú has cumplido ese deseo. ¿Casualidad o destino?».

Me reí a través de nuestro puente mental. No tenía remedio, pero era demasiado bonito lo que decía.

—Bien, preparaos —avisó, posando una mano en cada uno—. Antes de empezar debo advertiros, por puro protocolo, de que mi magia solo funciona con verdaderos aishiterus. Aunque está claro que vosotros lo sois, por una larga lista de motivos.

Asentimos en silencio.

—Yo solo leo la magia que está dentro de los aishiterus y materializo el tatuaje que estaba destinado para vosotros —explicó—. Aquel que os revelará siempre dónde está vuestro aishiteru, gracias a la adhesión de vuestra magia a la piel del otro. Es un hechizo eterno de localización y una muestra de amor verdadero.

Sentí un cosquilleo a lo largo del brazo. El proceso ya había empezado. Observé que Oreas volaba hasta colocarse entre nuestros antebrazos y nos miraba con curiosidad.

—Por eso necesitaba conocer la magia de ambos para poder canalizarla —siguió—. Es extraño que no hubiese oído hablar de vuestra magia princesa. Pero todo puede ser. Andaríais escondida en algún remoto lugar de Dusterkeit, esperando a vuestro encuentro con el príncipe, grabado en las estrellas por la Diosa.

¿La Diosa? Quise preguntar. Pero me habría delatado. Más tarde lo averiguaría preguntando a Zep. Era consciente de que había demasiadas pistas que hacían que él pudiese sospechar que yo era la salvadora. Lo terminaría sabiendo. Pero hoy no era el día. No cuando estaba haciéndonos los tatuajes y otras cosas apremiaban.

El cosquilleo se volvió más fuerte, casi parecía quemar. Y entonces una sensación familiar invadió las células que habían comenzado a absorber la tinta mágica. A diferencia de los tatuajes humanos, no dolía; ardía. Sentía como la oscuridad de Zep se impregnaba en mi piel, volviéndose una parte de mí. Era fascinante.

Me giré momentáneamente hacia Zep y me di cuenta de que, al igual que yo, él observaba su brazo con fascinación y curiosidad. Sus ojos zafiro se cruzaron con los míos y nos dijimos sin palabras todo lo que nuestros corazones tantas veces se habían dicho. Le mandé un latido de emoción y él respondió con otro.

—«No podía esperar a la coronación con los tiempos que corren. Los ataques a la grieta solo me lo han confirmado. Ahora, vayas donde vayas, una parte de mí siempre irá contigo. Destinada a encontrarte estés donde estés».

—«Una parte de mí también irá siempre contigo. Yo también podré encontrarte, estés donde estés. Juntos contra el mundo».

—«Juntos contra el mundo».

Y observé fascinada como el tatuaje comenzaba a formarse. Era demasiado bonito. Representaba a nuestra magia, a nosotros, juntos y entrelazados.

Capítulo 22. El ADN y la oscuridad



Zephyran

Nuestro tatuaje no podía haber sido más perfecto como marca de amor eterno. Observé maravillado el resultado de la magia de Cam impregnada en mi piel. La tinta negra había formado un largo esquema de ADN, que recorría mi antebrazo desde la muñeca hasta la articulación del codo. Una corriente de oscuridad giraba en torno a la doble hélice, formando una tercera hélice paralela. Un símbolo que representaba una parte de ambos; nuestras magias unidas sempiternamente en nuestro cuerpo.

Sabía lo que eso significaba, iba a decírselo a mi aishiteru después, pero ella se me adelantó.

—¡Es precioso! —exclamó Cam.

Clavé en ella mis ojos zafiro, le sonreí y deslicé la mirada a su tatuaje, idéntico al mío. El negro destacaba sobre su piel marmórea, haciendo que fuese aún más llamativo.

—No podía ser más perfecto —murmuré. La voz me salió ronca.

Oreas pio varias veces en señal de aprobación, antes de volver a meterse entre los pelos esmeralda de Frax. Me volví hacia su dueño, que observaba el resultado fascinado.

—Vaya vaya, hacía tiempo que no me encontraba con un caso de aishiterus como este. Veo que habéis salido como sus Majestades, Alteza.

—¿Qué pasa? —preguntó Camille sin poder evitarlo.

—Solo los aishiterus a los que les une un vínculo mucho más fuerte tienen tatuajes que representan sus magias combinadas. Solo

los que serían capaces de entregar su vida a cambio de que el otro sobreviviese. El pueblo dice que son los aishiterus que más se aman. Yo no tengo nada más que decir; tan solo soy el catalizador de la magia.

La sorpresa en las facciones de Cam era claramente visible. Yo en el fondo de mi corazón había esperado algo así. Sabía la intensidad del amor que le profesaba a la vampira, sin necesidad de que ninguna tinta mágica me lo confirmase. Las palabras de los vampiros videntes inundaron mis pensamientos: «Terminarás matando por ella. La pondrás por encima de todo a cualquier precio». Incluso la vidente de ciudad Maneskin había mencionado este dato.

Los ojos púrpura de la vampira me revelaron sin palabras que ella se sentía igual que yo. Después de eso nos despedimos de Frax, dándole las gracias. Él aseguró que había sido un placer tener a los príncipes de Dusterkeit en su humilde morada y que estaba deseando asistir a la coronación. De camino a la posada, Camille rompió el agradable silencio que nos había acompañado, en el que tan solo nos habíamos dedicado a observar nuestros tatuajes, más cerca con nuestras manos unidas.

—¿Dónde tienen el tatuaje tus padres?, si no es indiscreción. No se lo he visto nunca.

—Eso es porque mi madre lo lleva en el tobillo y mi padre en el pecho, exactamente sobre el corazón.

—Y…, ¿cuál es el poder del rey?

—Puede manejar la tierra; es capaz de provocar terremotos. Además, puede crear cualquier roca o mineral a partir de sus manos.

—¡Increíble! Puede pasar de crear un inofensivo y bello mineral a destruir literalmente la tierra que pisa.

—No cometas el error de creer que son inofensivos —repliqué—. Lanzados desde lejos con la suficiente potencia o, simplemente, empuñados como armas, pueden hacer mucho daño. Mi padre tiene bastante fuerza; antes que yo, él dirigía el ejército.

—Tiene que ser fascinante ver al rey en acción… —contestó maravillada—. ¿Y qué representan sus tatuajes? ¿cómo combinan sus dos poderes?

—Un diamante como emblema de la tierra, junto con una estrella simbolizando la luz de los cuerpos celestes que es capaz de invocar mi madre. Su rutilar casi parece hacer que el diamante tenga luz propia. Cielo y tierra unidos en su piel, sus magias.

Al día siguiente no tardamos en ponernos en marcha después de desayunar, era bastante pronto, la luna acababa de ponerse. Nuestros amigos se habían encargado de coger las provisiones para el viaje en algún momento de la noche anterior, cuando se habían retirado a la posada. Mientras comíamos Kaia y Aerian habían asegurado que les encantaba nuestra nueva marca en los brazos. Esa noche Camille y yo habíamos celebrado nuestro nuevo tatuaje a nuestra preciosa manera; pero eso no nos había impedido en absoluto dormir abrazados el uno al otro.

Rememoré aquella inolvidable noche, mientras atravesábamos las solitarias calles, saliendo de Sidoia. De vez en cuando algún vampiro se cruzaba en nuestro camino; pero allí parecía que a nadie le gustaba madrugar. Como si los vampiros y los ángeles negros se hubiesen puesto de acuerdo para dormir por la noche, los primeros como gesto compasivo hacia los segundos. No los culpaba. En aquella ciudad de montaña el frío calaba los huesos; cosa que no afectaba a los vampiros. Pero no podía negar la belleza de los abetos y las flores que crecían entre las casas.

Kaia llevó el peso de la conversación hasta que llegamos al pie de las montañas Cáligo.

—Según lo que os dijo Frax, ahora mismo quedan seis días para la coronación. Necesito llegar a Palacio pronto. Le dije a Alana que empezase cuando quedasen cinco días, si yo no había regresado.

—Tranquila. Llegaremos a tiempo. Si pasamos las montañas Cáligo a velocidad vampírica estaremos allí en veinticuatro horas.

—Si paramos a dormir llegaremos mañana por la noche —se quejó.

—Podré aguantar una noche sin dormir. No es para tanto.

—¿De verdad? —preguntó Cam, no muy convencida.

—Sí, sé lo importante que es para Kaia hacer tu vestido.

Sabía que sus instrucciones a Alana habían sido tan solo una medida de precaución, por si a ella la sucedía algo en el viaje. Pero, pudiendo evitarlo, Kaia quería hacer el traje para la coronación de su amiga.

—Pero alteza… —comenzó, perdiendo su habitual tono—, tampoco quiero que pagues tú las consecuencias.

Aerian miraba al uno y al otro sin saber que decir.

—No hay consecuencias que pagar. Un ángel negro puede pasar perfectamente una noche sin dormir. Descansaré cuando lleguemos a Noctis.

Tras un corto rato de discusión, cuando por fin se cansaron de tratar de convencerme de lo contrario, llegamos a las montañas Cáligo. Se alzaban imponentes ante nosotros, sus picos casi parecían tocar el cielo rojo anaranjado poblado de estrellas. Tras ellas estaba mi querida ciudad, Noctis. Estaba deseando llegar y ver cómo se encontraban todos después de los ataques procedentes de la grieta.

Decidimos que sería mejor que alguien fuese por el aire, por si había algún aikern pendiente de encontrar a su próxima presa. En consecuencia, Cam desplegó sus alas membranosas antes de cargar conmigo y elevarse en el cielo. Seika se había colocado sobre su cabeza, como siempre. Seguiríamos a Kaia y Aerian que irían por tierra. Cardan viajaba cómodamente alternando entre los brazos de uno y otro; se había puesto exquisito e iba decidiendo con quién quería ir, según le parecía.

Hasta la hora de comer el camino se hizo bastante llevadero. Solo nos habíamos cruzado con unos cuantos lobos y zorros oscuros, cuyo pelaje negro destacaba fácilmente sobre el terreno nevado. Eran criaturas inofensivas, a menos que se sintiesen atacadas o fueses una de sus presas; lo que no era el caso de los ángeles negros y de los vampiros.

Cuando apagamos la hoguera, que me había permitido mantenerme caliente mientras comíamos, escuchamos varios chillidos que hicieron eco en las montañas. Demasiado agudos y molestos.

—¡Aikerns! —murmuró Camille, familiarizada con ellos gracias a nuestros entrenamientos.

En ese momento agradecí haber elegido esas criaturas para entrenarla. No habían hecho falta explicaciones de ningún tipo. Nos colocamos en círculo a la espera de que los monstruos apareciesen. Lo primero que se vio, entre la nieve que caía con fuerza, fueron sus grandes ojos, rojos como la sangre.

Conforme se acercaban, sus cuerpos se hicieron más visibles. Sus alargadas bocas abiertas, llenas de dientes afilados, con sus lenguas puntiagudas y alargadas y goteando saliva, ansiosas por comernos. Ard se colocó entre Cam y yo y comenzó a parpar, como si estuviese indignado de que unos monstruos tuviesen las patas igual que él, aunque más gruesas y casi tan largas como el resto de su cuerpo.

Sus cuerpos, grandes bolas de pelo azul celeste, destacaban sobre la infinidad de copos blancos que caían sin cesar. Desagradables calvas permitían puntuales vistas de sus órganos a través de su piel translúcida. Alzaron sus brazos, similares a las patas delanteras de cualquier felino salvaje, pero coronados por largas garras afiladas y puntiagudas, lo mismo que sus dientes.

Cuando registraron que algunos en nuestro grupo no tenían alas, alzaron las suyas, negras y membranosas. Por los agujeros de las mismas, pasaban los copos de nieve y la luz de las estrellas. No dejaron de batirlas hasta que se hubieron acercado lo suficiente, lo más que les permití antes de que mi oscuridad se desplegase y comenzase a destruirlos.

No podía consentir que sus lenguas se enroscasen ni un poco en nuestro cuerpo, o nos partirían los huesos. Usaban esa técnica para debilitar a su víctima antes de devorarla sin compasión. Escuché un crujido; pero no habían sido ellos, sino yo partiendo el alma del primero que había osado acercarse.

Los chillidos se volvieron más intensos y más aikerns comenzaron a rodearnos. Vi como las hojas negras, que Kaia había recogido en el páramo, volaban con una precisión admirable y golpeaban las caras de muchos de ellos, dejándolos aturdidos. La tormenta llenó el cielo y se entremezcló con la nevada; varios rayos se atrevieron a golpear a los aikerns más alejados de nosotros. Y comenzó la verdadera pelea.

Mi oscuridad fue estrujando un aikern detrás de otro; mientras que los menos afortunados, simplemente eran testigos de cómo su alma se partía en pedazos, o perdían alguno de sus sentidos antes de sucumbir. Había notado el momento exacto en el que Cam había vuelto a sacar sus alas membranosas y se había despegado un poco de nosotros. Observé como elevaba su mano en el aire y el fuego comenzaba a extenderse, quemando a todos los que encontraba.

Me volví al frente y continué matando con mi oscuridad, sin sentir ningún arrepentimiento. Eran monstruos. Los truenos en el cielo parecían recordarlo. De vez en cuando se escuchaban los cortes de la espada de Aerian, alternando con el ruido de su magia. Los que osaban acercarse a él pasaban por su acero. Cardan se había colocado a mí lado y disparaba sus corrientes de oscuridad con plumas; de no ser por estas, casi se confundían con las mías. Seika se había colocado entre Camille y yo y disparaba sus pinchos. Un aikern los recibió en los ojos, quedándose ciego; lo que permitió a Ard matarlo con su oscuridad con más facilidad.

Había demasiados; pero, por suerte, su escasa inteligencia impedía que pudiesen desarrollar una estrategia contra nosotros. Cobardes, solo atacaban en grupo, y a la vez estúpidos. Cada vez que nos deshacíamos de una fila, aparecía otra invocada por los chillidos de los anteriores. Me preguntaba cuántos aikerns habitarían las montañas Cáligo. Parecían infinitos.

Me cargué a los que estaba envolviendo con mi poder; pero una nueva fila, cada vez más cerca de mí, ocupó su lugar.

Vi como uno de ellos saltaba, esquivando mi oscuridad que mantenía apresados a unos cuántos. Me permití mirar hacia arriba, y me di cuenta de que no se dirigía hacia mí, sino a por Camille, que miraba las filas de monstruos que se extendían ante ella sin dejar de invocar fuego.

—¡Camille, cuidado! —grité.

Capítulo 23. Aikerns



Camille

Estaba harta de los aikerns. Sentía el fuego cantando en mis venas, a pesar de no ser ese mi verdadero poder. En realidad, sí lo era. Yo tenía el poder de hacer mía la magia elemental de cada ser de Dusterkeit, yo tenía el poder de manipular el ADN oscuro. Me pertenecía. Salía de mí. Eran mis genes silenciados cobrando vida.

Este enfrentamiento con los aikerns estaba siendo bastante diferente al que había mantenido con uno solo en la sala de entrenamiento, cuando aún no tenía ni idea de que los poderes elementales estaban a mi disposición por tiempo limitado. Fui quemando a uno detrás de otro, repitiéndome en mi cabeza que eran monstruos que merecían morir y no mi compasión. Habrían acabado conmigo si no me hubiera adelantado a hacerlo yo con ellos.

—¡Camille, cuidado! —Escuché la voz de Zephyran y miré por instinto hacia el único punto que no estaba controlando. Hacia arriba.

Un aikern, no, tres, volaban veloces hacia mí con las garras extendidas. Zep elevó su oscuridad para protegerme y el tercero cayó, desorientado y ciego; luego se escuchó un crujido. Pero el primero y el segundo estaban demasiado cerca. Kaia se volvió y lanzó plantas negras hacia el segundo, que quedó aturdido en el aire.

Zep se volvió hacia los que ahora se dirigían hacia él. En algún momento multitud de ellos habían comenzado a ocupar el aire sobre

nuestras cabezas.

—No tengo rayos suficientes para matarlos a todos lo bastante rápido —lamentó Aerian.

Vi como lanzaba una sucesión de rayos, apuntando al que estaba más cerca de mí y a unos cuantos más. Pero seguía habiendo demasiados, y sus chillidos no hacían más que invocar a más. Entonces tuve una idea: haría uso de mi velocidad vampírica. Me despegué de mis amigos y de mi aishiteru, viendo como todos los poderes desfilaban por el paisaje nevado. Agradecí ser una vampira y poder ir a una velocidad demasiado grande para que les diese tiempo a pestañear antes de descubrir lo que les haría.

Corrí todo lo rápido que mi cuerpo me permitía, tocando la piel de los aikerns uno por uno, sin darles tiempo a cazarme. Sus cuerdas vocales obedecieron la canción que mi poder de modificación les ordenaba, se sometían dejando de funcionar, impidiendo que emitiesen más chillidos para alertar al resto. Sus garras se reducían y se volvían redondeadas y frágiles, impidiendo que me desgarrasen cuando pasaba por delante de ellos. Sus lenguas perdieron la fuerza que les permitía romper los huesos y sus dientes se redondearon.

Así, uno a uno, fueron volviéndose inofensivos. Hasta que no quedó ni un solo monstruo en tierra capaz de invocar a los de su especie o de hacernos el más mínimo daño. Mis alas salieron a la luz y repetí el mismo proceso con los del aire, demasiado enfrascados en tratar de romper los huesos a los míos como para darse cuenta de lo que les había pasado a sus compañeros.

Cuando hube terminado, me detuve para observar el resultado de mi trabajo. Los monstruos se miraban unos a otros confundidos y después posaban sus ojos rojos en mí, perfectamente conscientes de que yo era la responsable de su nuevo estado. Zep me apretó la mano en señal de apoyo. Observé el odio que destilaba de las criaturas, que rápidamente pasó a ser un gesto de miedo.

Unos pocos comenzaron a huir, cada vez fueron más; hasta que nos quedamos completamente solos.

—Ni yo lo podría haber hecho mejor. Bien hecho —apuntó Aerian acercándose a mí.

—Parece que nos has salvado y ahorrado unas cuantas horas de lucha —intervino Zep estrechándome entre sus brazos.

—¿No vamos a matarlos? —preguntó Kaia acercándose a nosotros.

—Déjalos que se vayan; ya no podrán hacer daño a nadie. Y nosotros estaremos tranquilos un tiempo. Espero —respondí agarrando con firmeza los brazos del príncipe, pero con los ojos clavados en la vampira.

—Sí, pequeña amazona. No hace falta ser salvaje cuando no es necesario —intervino el soldado.

—Mira quien fue a hablar, ¿crees que yo he matado más aikerns con mi poder que tú con tus rayos?

—Ahí sí era necesario.

Desconecté de su conversación y observé que ya había atardecido. Zep me instó a seguir andando y retomamos el viaje. No sabíamos si, de alguna manera, los que no podían chillar habían alertado al resto de aikerns; pero apenas nos molestó ni uno solo en el camino restante hasta Noctis. La cena fue absolutamente tranquila.

Por la noche, mi mente alternaba entre tratar de convencer al ángel de que se durmiese, aprovechando que lo llevaba a mis espaldas, y pensar cómo estaría la ciudad cuando llegásemos. Deseaba con todas mis fuerzas que Ovraal y Shedyel estuviesen bien.

—No puedo dormir en esta postura, en el aire y a ciento cincuenta kilómetros por hora —se había quejado el príncipe—. No tengo sueño. Y no quiero estamparme.

—¿No confías en mí?

—Claro que confío en ti; pero, si duermo, mis alas pueden chocar con las tuyas, como ejemplo de una larga lista de cosas que no puedo controlar sin estar despierto.

—Está bien. Tú ganas.

Cuando llegamos a Noctis, ya había amanecido, la luna había abandonado el cielo, ahora de un color morado y plagado de estrellas que había echado de menos. No me podía creer que por fin estuviésemos de vuelta en la ciudad. Aterricé con cuidado y Zep se

bajó con agilidad; pero no me pasó desapercibido que no dormir le había pasado factura.

—¡Hogar, dulce hogar! —dijo bostezando.

—Bueno, creo que las prioridades están claras. En cuanto lleguemos a Palacio tú tienes que dormir y yo tengo que buscar a Alana con urgencia —apuntó Kaia, deslizando las manos por su trenza azul con rapidez. Clavó sus ojos rosa en mí—. Tengo que hacer el vestido con el que sorprenderás a todos. Prepárate.

—Gracias por todo Kaia —respondí nerviosa observando el cielo—. Me muero de ganas de verlo.

La grieta no tardó en aparecer, y todos guardamos silencio contemplándola. Estaba intacta, como si no hubiese devuelto la luz a tres de los cinco Animales Guardianes; aunque era lo esperable. Zep y yo le habíamos contado a Kaia y Aerian lo que nos había dicho el tatuador acerca de los ataques. Pero, afortunadamente, nada ni nadie salía de ella en estos momentos. Suspiré aliviada.

Cuando mi mirada pasó a recorrer el suelo, vi que tampoco había monstruos, pero sí unos cuantos soldados. Uno de ellos fijó sus ojos grises en nosotros y corrió, como vampiro que era, hasta quedar a unos metros de Zep. Hizo una aparatosa reverencia, en la que su pelo rubio voló con el ligero aire del antelunio.

—Buen antelunio Kurai, encantado de verte de nuevo —saludó Zep, revelando que se trataba de su segundo al mando. Había oído hablar bastante de él, pero nunca había tenido el placer de verlo en persona.

—Su Alteza ha regresado. —Se volvió hacia mí y me dedicó una reverencia—. Princesa, es un placer conoceros en persona.

Parecía que cada vez más gente daba por hecho que directamente era la princesa, a pesar de no ser todavía oficial. Tendría que acostumbrarme. De todas maneras, en cinco días todo cambiaría y lo sería con todas las letras, por lo que no había mucha diferencia. Tenía que admitir que sonaba bien, solo porque Zephyran era el príncipe. El título no me importaba. «Princesa de luz», había dicho él.

—Encantada de conocerte Kurai —contesté, sin saber muy bien cómo tratarlo—. Zephyran me ha hablado de ti.

Él dedicó una rápida mirada al príncipe.

—Oye —interrumpió Kaia—. Yo no quiero ser grosera, pero ya que no hay nada en la grieta y tengo muy poco tiempo por delante, me despido de vosotros. Necesito encontrar a Alana antes de que comience a coser tu vestido. —Fijó sus ojos rosa en mí—. Quiero hacerlo yo desde cero. Si tenéis necesidad de algo en estos cinco días, ya sabéis dónde buscarme. Tengo mucho trabajo y pretendo que quede perfecto.

—Tranquila, puedes irte. Y tú, Aerian, puedes acompañarla. Preséntate a tu sargento y reintégrate en la plantilla, pero tómate estos seis días libres.

—Pero, Alteza… —comenzó, dudando—. He pasado semanas sin estar de servicio.

Me parecía curioso como con Kaia parecía tan seguro y orgulloso de sí mismo; pero en cambio con Zephyran se comportaba de esa manera, aún después de aquel largo viaje juntos. Aunque en el fondo, seguía siendo su soldado.

—Aerian, es una orden. Nos has acompañado en el viaje, has participado en mi protección, y eso cuenta como servicio. —Le guiñó un ojo—. Te mereces ese descanso. Así puedes cuidar de Kaia, que ya se la ve estresada con el vestido, y disfrutas de la coronación de tu amiga.

—Os he oído, sigo aquí —intervino Kaia.

—A mí me parece una idea genial —apoyé.

—Está bien —accedió Aerian, el agradecimiento visible en sus ojos como el oro líquido—. Muchas gracias, Alteza. Será un honor asistir a la coronación de Camille.

Sonreí ampliamente. Kurai nos miraba a todos alternativamente, como si fuese a explotar de un momento a otro si no comenzaba a hablar. Pero hay que reconocer que aguantó sin rechistar hasta que nos despedimos de Kaia, Aerian, y Cardan. Parpó llamando nuestra atención, su modo particular de decir adiós, en cuanto Kaia y Aerian comenzaron a marcharse. No sabía si había dormido algo en los brazos de Aerian, pero se le notaba impaciente por volver a su estanque.

Solo cuando todos se habían ido, y Sei establecido en mi cabeza, Kurai comenzó a hablar, como si una horda de monstruos fuese a devorarlo si se callaba.

—Alteza, Altezas —se corrigió veloz mirándome, dando por hecho que también tenía que incluirme a mí por estar presente. Pero sus ojos grises volvieron al príncipe—, en el tiempo en que no habéis estado se han producido multitud de ataques en la grieta. Más de los que nunca hemos registrado. Ovraal asegura que las salvaguardas de Palacio están intactas, por lo que podemos estar allí dentro libres de peligro.

»De todas maneras, los monstruos y entes oscuros únicamente atacan bajo la grieta de la que caen. Los vampiros soldados del turno de guardia corren a avisar al resto cada vez que se produce un ataque. Hasta ahora siempre hemos logrado frenarlos antes de que haya civiles heridos. No puedo decir lo mismo de los soldados, algunos han caído y otros han salido gravemente perjudicados; unos se han recuperado y otros no…

—Vale —le cortó Zep discretamente. Lo agradecí internamente, mi cabeza estaba a punto de explotar con tantos datos contados de carrerilla—. Me parecen bien las medidas que has tomado de que haya soldados vigilando la grieta. Está claro que el enemigo ha movido otra ficha. No sé con qué intención se estarán produciendo estos ataques, pero lo mejor es estar alerta. Si no hay nada urgente, mañana puedes pasarme la lista de las bajas. Esta noche no he dormido, y necesito descansar para estar al cien por cien.

—Lo entiendo, Alteza —respondió Kurai, poniéndose firme algo más calmado. Reparó en nuestros tatuajes por primera vez, pero no dijo nada—. Mañana podéis llamarme cuando deseéis, y hablaremos de todo esto más tranquilamente.

No tardamos en despedirnos de él. Zep me dio la mano y se la apreté con fuerza, disfrutando de su calidez. Su oscuridad comenzó a reptar por mi brazo.

—¿Siempre es así de intenso? —pregunté.

—Suele serlo. Pero es muy buen soldado. Siempre tiene esa necesidad de expresar todo con rapidez. Ya estoy acostumbrado y no me importa.

—Me alegro —contesté, sintiendo como las corrientes me envolvían.

Recorrimos el camino en silencio. No hacía falta decir nada y su oscuridad siempre era agradable y tranquilizadora. «Dulce Oscuridad» la había llamado, tantas veces que había perdido la cuenta. Cuando la bonita fachada del Palacio de las Tinieblas se hizo visible, me detuve y lo miré fijamente a los ojos.

—Supongo que es hora de despedirnos. Tú estás muy cansado y necesitas dormir.

—No pensarás que voy a dejarte sola, sobre todo después de saber que se están produciendo numerosos ataques y que hace bien poco el enemigo te andaba buscando porque te necesita.

—Puedo defenderme sola, tienes que dormir. —Me empeñé.

—Andar un poco más para acompañarte a casa y quedarme tranquilo no va a hacerme daño. No puedo irme a dormir sin saber que has llegado sana y salva. —La oscuridad en sus ojos zafiro se revolvió.

—Está bien, pero luego irás directo a la cama.

—Prometido.

—Gracias por preocuparte por mí —dije bajito.

—Eres la que ha llenado mi vida de matices de colores, después de tanto tiempo preocupándome solo por mi deber —respondió, colocando con cuidado un mechón gris platino detrás de mi oreja—. Mi princesa de luz, es lo menos que puedo hacer.

Su mano se detuvo en mi mejilla. Alcé la mía, observando el perfecto tatuaje hasta que agarré su cuello con cuidado.

—Mi príncipe oscuro, no solo los colores llenan la vida de matices. También lo hace la oscuridad; porque la oscuridad eres tú. Y tú eres todo cuánto quiero, eres el hogar de mi corazón, mi aishiteru.

Nos fundimos en un beso en el que sus alas me arroparon, como si me protegiesen del mundo, de las adversidades, de todo lo que quedaba por delante.

Capítulo 24. Reencuentro



Ovraal

Estaba hasta los mismísimos murciélagos del conde Vlad Drácula de luchar, un día sí y otro también. No me arrepentía; haría todo lo necesario por defender mi ciudad, por ayudar a los demás con el poder que me había dado la madre naturaleza. Pero el factor sorpresa y los ataques constantes hacían que fuese agotador. Esa noche el combate había sido muy intenso. Shed tenía varios cortes por diversas zonas del cuerpo; uno de ellos era lo bastante profundo como para que le hubiesen tenido que dar puntos los sanadores de Palacio.

A mí, con mis poderes, era demasiado difícil pillarme. Tenía algún rasguño sin importancia. Además, ya me había acostumbrado a luchar contra esas bestias inmundas, lo que le daba aún más ventaja a mi poder. No sabía cuántas tenía a su disposición el enemigo, pero tenía que ser un numeroso ejército, que nosotros estábamos mermando. De alguna manera debería notarse cuando llegase la hora de la batalla final. Eso esperaba.

A veces me preguntaba qué tal les iría a Camille y Zephyran. Sabía que mi ayuda era valiosa en la ciudad y que Kaia y Aerian los habían acompañado en su viaje. Pero…, quizás ellos podrían haberme necesitado más. Con todos los soldados que tenía Zep, seguro que eran más que suficientes para proteger la grieta. De cualquier forma, de ninguna manera iban a pasar el monte Karanlik para ir al Templo del Anochecer, si no era con mi estimada compañía.

Shed me dio un apretón en la pierna, devolviéndome a la realidad. Acabábamos de terminar de desayunar, los vasos vacíos aún reposaban sobre la mesa. En algún momento habíamos decidido que se mudase a vivir conmigo; era lo más seguro y estábamos perfectamente capacitados para vivir juntos. Sabía que a Camille, cuando llegase, tampoco le importaría. Y esperaba que llegase pronto, puesto que mis ganas de reventarle su cara bonita a su padre, más conocido como nuestro enemigo, iban elevándose a cantidades agigantadas.

—¿Todo bien? —Sus ojos azul celeste se clavaron en los míos.

—Si pudiese partirle la tráquea a ese desgraciado todo iría mejor. Pero sí, todo bien, salvo por eso. —Sonreí ampliamente, dejando que mis colmillos asomasen.

Entonces llamaron a la puerta, maldije para mis adentros. Iba a volverme loco. ¡Por el amor de Vlad Drácula!, necesitaba unas vacaciones oscuras. Me alcé como un resorte y fui veloz hacia la puerta, esperando que fuese Kurai en busca de refuerzos. Cuando la abrí, me llevé la mano al pecho sorprendido. Eso no lo esperaba, aunque algún día tendría que suceder.

—Buen antelunio, Ov. Te hemos echado de menos —saludó Camille, acercándose para darme un sentido abrazo. Casi como si necesitara saber que estaba bien.

Observé que ambos tenían un tatuaje, una doble hélice de ADN rodeada por una corriente oscura cubría parte de sus brazos. Desde luego me había perdido muchas cosas. Tampoco me extrañaba que, con los tiempos que corrían, hubiesen adelantado el procedimiento del tatuaje de la aishiteru del príncipe.

—Pelo gris, ¡cuánto tiempo sin verte! Tenemos muchas cosas de las que hablar. Y en cinco días es tu coronación, ¡por las antenas de los blatodeos oscuros! —exclamé. Eso, de alguna manera, podría explicar que hubiesen regresado. Me volví hacia el ángel negro. Sin reverencias, como a él le gustaba—. Su alteza, el príncipe Zephyran.

—Yo también me alegro de verte, Ovraal. —Alzó la mano y se la estreché con ligereza.

—¿Qué son esas voces? —preguntó Shedyel, que en algún momento había hecho uso de su velocidad para colocarse a mis

espaldas.

Respiró muy cerca de mi cuello, y su olor a arroyo cristalino y arándanos inundo mis fosas nasales. Sus ojos celestes se posaron en los príncipes de Dusterkeit. Con el tiempo que quedaba para la coronación oficial, podía tomarme esas licencias.

—Shedyel, gracias a los Animales Guardianes que estás bien —dijo la vampira. Entonces, Shed movió ligeramente el brazo y la larga venda que se perdía en su hombro quedó al descubierto. El semblante de Cam cambió—. ¿Qué te ha pasado? ¿Estáis bien? Nos hemos enterado de los ataques en la grieta.

Shedyel se separó de mí, se acercó a la pareja y les dio un corto abrazo conjunto.

—Un placer veros de nuevo. No es nada. Estamos bien —aseguró—. Anda, ¡vamos adentro!

—Shed tiene razón. Venid dentro y nos contáis todo.

—Yo me tengo que ir, no hemos dormido esta noche para que Kaia llegase a tiempo para poder coser el vestido de la coronación de Cam —confesó el príncipe, llevándose una mano a la cabeza—. Necesito descansar, pero Camille os lo contará todo.

—Está bien, nos veremos pronto, alteza. ¡Dulces sueños! —exclamé despidiéndolo con la mano. No pude evitar añadir, mirando al uno y al otro—. Y, por cierto, bonito tatuaje.

—A mí también me mola —aportó Shed.

—Gracias —respondieron al unísono, y me dedicaron una amplia sonrisa antes de dedicarse una fugaz mirada entre ellos.

Cam le dio un beso en los labios. Murmuraron algo que no pude entender, pero que tampoco era de mi incumbencia, justo antes de que el ángel negro alzase el vuelo.

—¿Pasamos? —pregunté a la vampira con una amplia sonrisa—. Tengo sangre de cérvido, tu favorita.

—Me gusta cómo suena, no he desayunado. —Sus colmillos asomaron.

En cuanto puso un pie en el pasillo, Sei saltó desde su cabeza a mis manos. Tuve que elevarlas con rapidez para cazarlo. Su cabeza comenzó a restregarse entre mis dedos.

—Yo también me alegro de verte, pequeña bola de pinchos.

Emitió un ruidito de felicidad.

En el salón le hicimos a Camille sentarse, a pesar de sus protestas por querer ayudar. Shed y yo preparamos un buen desayuno de sangre con pastas. Una vez nos hubimos colocado los tres en el sofá, uno a cada lado de la vampira, y Seika en el suelo junto a su plato de comida, me permití el lujo de hablar el primero.

—Pelo gris, tenemos el placer de informarte de que Shedyel se ha mudado a vivir con nosotros. —Ambos le dedicamos una amplia sonrisa—. Creemos que es lo más seguro y, además, estábamos listos para dar el paso de vivir juntos.

Ella nos miró sorprendida, y dio un corto sorbo a la sangre antes de responder.

—Me alegro mucho por vosotros chicos. ¡Enhorabuena! Habrá que celebrarlo, ¿no?

—Este desayuno y tu coronación me parecen la celebración perfecta. —Sonreí, dejando que mis colmillos asomasen, y saboreé una pasta.

—Claro, porque Ov adora las fiestas y yo la tranquilidad de estar en la habitación —aclaró Shedyel, dando un corto sorbo a su sangre de león.

Intercambiamos unas cuantas frases más, antes de pasar a los temas que harían que me quedase tan tieso como una tumba por la sorpresa.

—¿Qué le ha pasado a Shed? —preguntó Camille, cogiendo una pasta, y fijando sus ojos púrpura en él.

—Eres cabezota cuando quieres saber algo, ¡eh! —Clavé mis ojos verde bosque en ella. Que ahora nos miraba al uno y al otro.

—El combate que tuvo lugar anoche bajo la grieta fue bastante intenso —comenzó Shed con seriedad, pasó la mano por su pelo plateado con rapidez—. Me hicieron varias heridas y uno de los cortes fue bastante profundo, por lo que tuve que ir a que los sanadores de Palacio me diesen puntos. Usaron magia para acelerar el proceso de cicatrización y que dejase de sangrar; pero no fue suficiente para hacerlo desaparecer por completo.

—Yo puedo ayudarte con eso. Dime dónde más estás herido —respondió la vampira con la misma seriedad.

A veces hacía falta un poco de humor para llevar la vida mejor. Así que hice el papel que mejor se me daba, mientras me preguntaba cómo exactamente Camille iba a ayudar a Shed. A menos que... Una idea comenzó a formarse en mi cabeza.

—Oye, como sigáis poniendo esas caras de espectros atormentados, voy a perder el glamour que he ido recolectando para ir divino a la coronación de Camille.

Me pareció que Cam se había removido ante la palabra espectro. ¡Por el amor de Vlad!, ¿qué estaba pasando?

—Ovraal —empezó ella, posando una mano con cuidado sobre mi brazo—. Puedo curar a Shedyel. Y a ti, si tienes alguna herida que te moleste.

—Qué puedes hacer ¿qué? —pregunté, confirmando mi teoría. Pero no venía mal una segunda confirmación.

—He descubierto que tengo el poder de curación de Ahrienia, aunque no soy tan fuerte como ella. —Juraría que sus ojos púrpura se habían humedecido—. Muéstrame tus heridas, Shed.

El vampiro se quitó la camiseta con agilidad, dejando al descubierto sus marcados abdominales. Observé la venda que le rodeaba el pecho y finalizaba en su brazo izquierdo. Él se la arrancó sin pestañear. Quedó al descubierto el largo corte que un monstruo le había propinado de un profundo zarpazo. Algunos arañazos más recorrían su torso, aunque no tan profundos como el primero; intentos de aquella bestia por desgarrarlo, hasta que finalmente logró su objetivo cerca del corazón. Gracias a Drácula que Shed se había movido con rapidez, haciendo que el tajo no llegase tan adentro. Las garras de ese monstruo eran demasiado largas.

Camille se levantó y se colocó delante de mi aishiteru. Sí, ahora lo confieso, él es el elegido de mi corazón. ¿Qué puedo decir?

—¿Dolerá? —Dudó Shed.

—Hasta donde sé, lo único que provoco son cosquilleos. Incluso en mí misma.

Sus palabras revelaban tanto de lo que tenían que haber vivido que me estremecí. Había usado su poder de curación varias veces.

—¿Cuándo? —pregunté, mientras ella elevaba la mano y la colocaba a escasos milímetros de la piel de Shed. El poder de

curación que ya había visto antes, en Ahrienia.

—Todo empezó cuando reconfiguré los huesos de un aikern en un entrenamiento de Palacio con Zep. Creí que tan solo había usado mi poder de modificación del ADN, pero estaba equivocada —empezó su historia.

Observé como, a medida que hablaba, la herida de Shed se iba cerrando. Como un pequeño brillo de luz, luz de curación casi imperceptible, parecía salir de su mano. El principio de lo que ella podría llegar a alcanzar poniendo en práctica su poder una y otra vez. Pensé que ambas reinas, la vigente y la futura, tenían un poder que emitía luz; una proveniente de las estrellas y la otra de la mismísima vida.

Ella continuó relatando como, tras una pelea con unos fomens, se había curado; como Zep había asegurado que era ese poder y como, luego, ella había hecho desaparecer un corte en una mano de Aerian. Aprovechó para decirnos que Kaia y Aerian los habían acompañado en su viaje, y nosotros le confirmamos que ya nos habíamos enterado.

Cuando acabó con el corte, siguió hasta dejar el torso de Shed intacto, como si nunca antes hubiese habido una herida allí.

—Muchas gracias, Camille. He sentido el cosquilleo y he visto tu luz.

—¿Mi luz? —preguntó ella extrañada.

—Sí, sale un pequeño destello blanco de tu mano cuando nos curas.

—Eso es nuevo —confesó mirándosela. Como si eso pudiese hacer que la luz volviese a salir.

—Pruébalo con mis heridas, ya verás. —Me remangué la camiseta, dejando al descubierto mis pequeños rasguños; apenas visibles ya, pero suficientes para que ella pudiese curar y verlo.

—¿No tienes más heridas?

—No —negué con la cabeza—, en esta batalla lo tuve todo controlado.

—¿En esta batalla? —preguntó, acercándose y comenzando a usar su poder sobre mí. Sentí el familiar cosquilleo. Era igual que su madre.

—Ha habido bastantes ataques en la grieta. Los suficientes como para que haya aprendido a luchar con eficacia contra esos entes oscuros y monstruos. Al principio me lleve alguna que otra herida.

Shed y yo le hablamos de los ataques, para que supiese que todos habían sido similares. Pequeños ejércitos de pesadilla, compuestos por entes oscuros y monstruos de diversos aspectos, invadían la ciudad. Siempre eran contenidos con eficacia, aunque no sin bajas: muertos y heridos graves. Se trataba de incursiones constantes, siempre imprevisibles, como si el enemigo pretendiese reducir nuestros efectivos. Aquello también revelaba que la grieta seguía intacta.

—Creo que la grieta no se cerrará hasta que haya curado al último Animal Guardian, haciendo que el equilibrio se restablezca de nuevo. Es lo que dijeron los vampiros videntes —expuso Camille.

—Yo pienso lo mismo. ¿A cuántos has podido visitar?

—A tres parejas: los Unicornios, los Perros y los Grifos.

Entonces se extendió contándonos sus aventuras desde el primer templo hasta el último. Todas las batallas que habían tenido lugar, incluyendo la emboscada del enemigo que claramente había intentado atraparla sin éxito. La escuchamos en silencio, aportando de vez en cuando nuestras opiniones. Llegó al punto en el que un fantasma de la Ciudad en Ruinas le había aplicado su veneno y ella había necesitado la ayuda del fantasma de Ahrienia para curarse. Confirmando que su magia de curación aún tenía mucho camino por delante.

—Creo que tu magia de curación se ha fortalecido bastante en este viaje, Camille. Por eso ahora te sale luz de las manos al usarla. La curación es vida, es luz. Esta irá creciendo y terminará siendo igual a la de Ahrienia, o puede que incluso más fuerte —casi fantaseé—; pero, gracias a Drácula has descubierto ese poder. Si no, el fantasma podría haber acabado con tu vida.

Ella se estremeció. Pero continuó explicando la revelación de que su apellido pertenecía a su madre; me alegré enormemente por ello. También dijo que Sei conservaba sus recuerdos de Dusterkeit cuando fue al mundo humano. Tenía sentido la afirmación de Ahrienia de

que los animales eran las criaturas más puras de este mundo, y por eso escapaban a esa ley.

—Entonces tú también eres un animal —bromeó Shedyel.

—Cierra tu pico de anátida oscura —le pedí guiñándole un ojo—. El poder de mi mente escapa a todas esas leyes.

—Ya, ¿qué clase de animal eres? ¿No serás un Animal Guardián?

—Vete a freír murciélagos —le espeté, asestándole un puñetazo en el hombro—. A veces eres peor que un pox.

Entonces, mi cabeza, que había estado dando vueltas a todo lo que nos había contado Cam, llegó a una conclusión.

—Creo que tu padre es de esos seres arcaicos que no está a favor de la igualdad de especies. Ese ángel negro que lideraba al ejército que os hizo la emboscada es la clara prueba. Y está claro que a ti te quiere para hacerse invencible con tu poder de modificación genética. Ya lo dijeron los vampiros videntes. Podrías hacer que los ángeles se volviesen super fuertes y no fuesen rivales para los vampiros, a los que claramente desprecia ese ser.

»Pero estoy seguro de que no muchos ángeles negros le deben de apoyar. A saber lo que les habrá prometido. Pienso que por eso ha originado la grieta, para ganar más seguidores a través de ella con los monstruos y los entes oscuros que están relacionados con ella. Los vampiros que se unen a su causa y de cuyos poderes se beneficia, al fin y al cabo, son entes oscuros.

Camille y Shed me miraban más sorprendidos que un fénix oscuro sin llama.

—Tiene todo el sentido del mundo —confirmó Camille.

—Sí, lo tiene. —Shed asintió con lentitud.

—Oye hay algo más que tengo que deciros —comenzó la vampira—. A propósito de eso de utilizar mis poderes y demás...

Cogió mi brazo. Sentí como si algo que no debería estar en mi interior se adueñaba poco a poco de mis células. Y la miré sin comprender. Pese a mis milenios de vida, no tenía ni la menor idea de qué era lo que acababa de hacer.

—Prueba a invocar fuego. —Fue todo lo que dijo.

—¿Fuego? ¿Por qué? —pregunté, por primera vez en mucho tiempo sin palabras.

Rebusqué en mi interior, y me di cuenta de que mi magia había cambiado. Mi poder se entremezclaba con otro más básico, más elemental. El fuego invitaba a mis células a ser invocado. Coloqué mi mano mirando hacia arriba y una llama apareció. No quemaba, era ahora una parte de mí.

—Por el amor del conde Vlad Drácula y de la diosa Heleia. ¿Puedes explicarme qué significa esto?

Un poder elemental, me había dado ¡un poder elemental! Mi mente viajaba a toda velocidad cuando respondió.

—Puedo modificar el ADN para poseer yo un poder elemental o para dárselo a los demás. —Sus ojos purpura se desviaron en dirección a Shedyel—. También puedo suprimirle su poder elemental a alguien que ya lo posee.

—Yo tampoco tengo palabras para lo que acabamos de presenciar; pero no necesito una demostración viviendo sin mi magia, ni por unos segundos. Es como una prolongación de mi cuerpo para mí —aclaró él.

—Tranquilo, no estaba en mis planes hacer una demostración de eso —respondió la vampira con una amplia sonrisa.

Después procedió a explicarnos cómo habían ido haciendo uso de ello durante el viaje. Y todo lo que había averiguado sobre los poderes elementales que podía invocar o suprimir. Tenía sentido. Sus ojos se clavaron en los míos esperando mi veredicto.

—En mi opinión, tiene su lógica. Pienso que incluso cabría la posibilidad de que cuánto más practiques más dure ese poder en ti. Pero es solo una teoría.

—Podría ser… —caviló—. Será algo que con el tiempo descubriré.

Ella pareció conforme. Creí que se iría a su habitación, pues sus ojos se volvieron hacia Seika y se detuvieron en él un rato. El pequeño erizo jugaba con la falsa pared que Shed le había regalado para que lanzase sus pinchos sin dañar la preciada pared de mi salón. La estructura era, definitivamente, a prueba de pinchos de erizo oscuro.

Se volvió de nuevo hacia nosotros con gesto pensativo.

—Oye… ¿podéis explicarme quién es la diosa Heleia? El otro día Frax dijo: «Grabado en las estrellas por la Diosa» y ahora tú —me

miró fijamente— has nombrado a la diosa Heleia.

Shed y yo intercambiamos una mirada fugaz, antes de explicarle la gran historia.

—Según las leyendas, la diosa Heleia es la diosa creadora. Ella hizo un hechizo para que este mundo estuviese en eterno equilibrio con la Tierra. Como ya te dije una vez, a pesar de estar en mundos paralelos, cada planeta gira a la vez en torno a su astro rey. Esa magia antigua, que fluye por sí sola y que hace que la radiación heliar varíe según el sitio, como si fuese un hechizo, también se dice que fue obra de Heleia. Ella fue la que hizo posible que nuestro país sea «el reino de la noche eterna».

»Pero fue más lejos. Toda acción en la naturaleza de dimensiones tan colosales requiere un precio y un equilibrio. Los Animales Guardianes, de Luz y de Oscuridad, nacieron de los rayos de Helios y de las estrellas, respectivamente; siendo moldeados por la Diosa misma, que también usó su propia sangre para crearlos. Una pareja para cada punto del mapa en el que se establecieron los templos. Aunque, en realidad, nadie sabe si los Animales Guardianes tienen limitaciones de movimientos o pueden andar por Dusterkeit como les apetezca. Ya sabes, las leyendas dicen que solo los afortunados se topan con uno y, si te encuentras a dos…; bueno, ya conoces esa historia. Ellos son los guardianes del equilibrio, y las parejas de Luz son las que hacen que una parte de Helios siga aquí, aunque no podamos verlo. Por eso también debería haber una estatua de Helios en cada templo, con los Animales Guardianes a cada lado sujetándola. Un mero recordatorio.

—La hay… —murmuró ella, notablemente sorprendida—. Sabiendo esto, tiene más sentido que se haya generado una grieta en el cielo por culpa de lo que mi padre les hizo a los Animales Guardianes…

Asentí lentamente y continué hablando.

—Lo que sí está comprobado, y que en teoría también es parte de ese precio, es que, una vez cada diez años, se ve a Helios en la Isla Génesis. Allí también puedes encontrar un templo dedicado exclusivamente a la diosa creadora, pero debo remarcar que nadie la ha visto jamás. Además, las auroras boreales conectan la Tierra con

Dusterkeit, en el momento en que son visibles desde los países del norte de la Tierra, como recordatorio de esa conexión y equilibrio entre ambos planetas.

—¿Qué clase de criatura es Heleia? —preguntó pensativa, mientras procesaba lo que la acaba de comentar.

—Se dice que es ángel negro y vampiro a la vez. Que tiene alas negras de plumas y colmillos afilados.

—No es híbrida de la misma manera que yo.

—No, no lo es. Pertenece a ambas especies a la vez de una manera diferente. Ella es el origen de todo. No nació de nadie.

—Entendido, muchas gracias por la explicación. Creo que he tenido suficiente por hoy. Debería irme a mi cuarto a descansar.

—Un placer, pelo gris. —Sonreí y mis colmillos asomaron—. Te vendrá bien descansar después de ese largo viaje.

—Descansa, Cam —murmuró Shed.

Ella cogió al erizo, que había llenado la falsa pared de pinchos, y desapareció de nuestra vista. Shed y yo nos miramos, diciéndonos muchas cosas con los ojos.

Capítulo 25. Futura princesa



Camille

La conversación con Ovraal me había mantenido entretenida durante días. Recordé la espalda de los Grifos, representando el día y la noche y lo entendí todo después de la historia de Heleia. Al final la luz de los trocitos de día permanecía escondida a la luz de las estrellas de la noche. También mi padre, el enemigo, había ocupado bastante espacio en mi cabeza. Les había contado a todos la teoría que tenía Ovraal sobre él, y se habían mostrado de acuerdo. Todo encajaba; pero ¿cuál sería su próximo movimiento? Aparte de estar atacando constantemente a través de la grieta con su ejército de pesadilla, con sus monstruos y entes oscuros.

Tampoco había podido hacer mucho más hasta que llegó el mismo día de la coronación. Viajar al siguiente templo ya no era una posibilidad, con el evento tan cerca. Kaia había estado encerrada cosiendo mi vestido, prácticamente sin descansar, por más que le insistí en que debería hacerlo. No había podido hablar con ella más que a través de una puerta cerrada, porque se negaba a que viese ni siquiera la tela. Desde luego había logrado parar a Alana y lo había realizado ella desde cero. Me hacía sentir bien llevar de nuevo algo hecho por mi amiga. Y me constaba que, al menos Aerian, había estado acompañándola con frecuencia durante el proceso.

Ovraal y Shedyel habían salido algunas noches a ayudar a Kurai, con los ataques que se habían seguido produciendo en la grieta. Zephyran y yo teníamos terminantemente prohibido participar en la defensa de la ciudad hasta después de la coronación. Por eso el

ángel negro había acudido a verme cada noche, mientras mis amigos combatían. Habían sido unas noches de lo más raras, deseando con todas mis fuerzas que los vampiros no saliesen heridos. Que el menor número de soldados del ejército de Zep resultase herido o muerto; sabía que cero bajas era un número idílico.

Tenía muchas ganas de derrotar al enemigo; aunque una pequeña parte de mí tenía miedo de no ser capaz cuando llegase el momento. Al fin y al cabo, era mi padre de sangre. Pero no, mi verdadero padre era Erik; y el enemigo había matado a Ahrienia y sembrado caos, muerte y dolor por mi hogar. Debía pagar las consecuencias.

Casi sentí como un *déjà vu* estar en el cuarto de Kaia, preparándome para bajar a la sala en la que me esperaría Zephyran. Pero, desde entonces yo había vivido muchas cosas, y la situación iba a ser completamente diferente. ¡Por todos los murciélagos! ¡Era MI coronación! Cuando terminase sería oficialmente una princesa.

—¿Todo bien? —preguntó Kaia, que ya estaba vestida.

Llevaba un vestido azul eléctrico que se ajustaba perfectamente a su figura en la parte de arriba, en la que había un intrincado entramado de ramas verde amarillentas, que casi parecían relámpagos; como si, de alguna manera, llevase presente a Aerian en su traje. De cintura para abajo tenía un pequeño vuelo, y estaba lleno de tallos verdes de los que salían flores con relieve auténtico. No, las flores eran auténticas.

En cuanto a su pelo azul claro, lo llevaba recogido a un lado en una larga trenza con una flor en cada intersección. Un fino y largo lazo de color azul verdoso la remataba. La claridad de su pelo resaltaba sobre la tela más oscura de su vestido.

—¿Otra vez vestida con armas? —pregunté con la mirada posada en las mismas. Sin responder a su pregunta.

—¿Quién dijo que sean de verdad? —me guiñó un ojo, y el rosa de sus iris pareció refulgir.

—Algo me dice que tanto estas como las de tu vestido del baile del solsticio de verano podrían herir gravemente a alguien.

—Bueno, mejor no las toques y no lo comprobaremos, ¿vale?

La habitante de palacio, así llamaba Zep a sus sirvientes en pos de la igualdad, que estaba sentada en el sillón verde lima de mi amiga pareció estremecerse ante sus palabras. Seika nos observaba desde la cama de la vampira.

—Nahele, ven a ayudarnos por favor —la llamó la vampira.

La ángel negro se levantó y se acercó a nosotras con rapidez. Ya se había arrodillado ante mí antes, cuando había entrado en la habitación; para ella ya era una princesa. Entendía a Zephyran, era algo incómodo que la gente hiciese eso constantemente. Y no quería que nadie pensase que era superior a ellos. ¡Por Drácula!, aún era una simple plebeya hasta que la coronación terminase. Y cuando fuese oficialmente princesa…, me gustaba la forma de pensar de Zep.

—¿En qué puedo ayudar, Kaia?

—Vamos a colocarle ya el vestido y, como ya hemos hablado, me ayudarás —contestó mi amiga—. Tráelo con mucha discreción del salón de costura, por favor. Y no te preocupes, está bien protegido. Nadie verá ni una diminuta parte de esa tela antes de tiempo. Nadie aparte de nosotras, claro. —Sonrió ampliamente.

—Vale —respondió con una tímida sonrisa—. Enseguida vuelvo.

Sentí como el corazón se me aceleraba expectante. En unas horas la ceremonia comenzaría. En unas horas estaría frente a Zephyran y sus padres, los reyes de Dusterkeit.

—Tranquila, todo saldrá bien —aseguró la vampira, perfectamente consciente de mi nerviosismo.

—Lo sé, es solo que lo siento como algo muy grande para una plebeya como yo. Y estará la familia real.

—Tú ya eres parte de ella, aunque no sea algo oficial. Hace tiempo que mucha gente te ve como a una princesa. Y están deseando celebrar tu coronación.

Al cabo de unos minutos, la ángel negro llamó a la puerta y volvió a aparecer ante nosotras. Depositó el vestido con cuidado sobre la cama de mi amiga, el erizo corrió a un lado para esquivarlo. La vampira, mucho menos cuidadosa que la habitante de palacio, quitó todas las protecciones, dejando el vestido a la vista. Y se volvió hacia mí. Incluso Sei parecía notablemente sorprendido.

—¡Madre mía, Kaia! Cada día te superas; es precioso. No tengo palabras para describirlo.

Ella sonrió complacida. No creía que algo pudiese ser más bonito que el vestido que llevé al baile del solsticio de verano. Pero estaba claramente equivocada.

Capítulo 26. Princesa de luz



Zephyran

Hoy era el gran día. Mi princesa de luz iba a ser coronada oficialmente. Como la tradición dictaba, los reyes y su vástago debían esperar al nuevo miembro de la familia, y aishiteru de este último, en el salón del trono. Era una señal de respeto, un indicativo de que había sido aceptado. Y gustosamente esperaríamos el tiempo que hiciese falta hasta que apareciese, dando comienzo a la ceremonia.

Me hallaba de pie con las alas extendidas, mis padres sentados a mis espaldas en sus respectivos tronos. Dediqué una rápida mirada por los grandes ventanales que se extendían a mi derecha, para contemplar la luna llena imponente en el cielo; otra tradición. Su luz se colaba en la estancia entremezclada con la de las estrellas. El otro lado también estaba cubierto de ventanales, conectándonos con el firmamento.

No teniendo suficiente con la luz de los astros; del techo, decorado con constelaciones y bordeado por zafiros, colgaban multitud de candelabros de araña recubiertos de diamantes. Al final de las delicadas escaleras de mármol que conducían a los tronos se encontraba Bidras, el ángel negro que oficiaría la ceremonia. Estaba muy quieto, flanqueado por un elegante paje que sostenía un cojín con la corona, en pie sobre la alfombra de plumas negras que llegaba hasta la entrada. A ambos lados de la misma, tan cerca de los ventanales como era posible, dos largas mesas de obsidiana con

pequeños brillos plateados recorrían la sala al completo; habían sido colocadas provisionalmente con motivo de la coronación.

Los habitantes de palacio se movían entre las dos mesas colocando los platos con la comida, tapada hasta que Camille tuviese la corona sobre la cabeza y comenzase el banquete y el baile. Cardan los perseguía, esperando que alguien se apiadase de él y lanzase al suelo algo de comida; pero no les entorpecía, en alguna parte de su emplumado corazón sabía que era un evento importante. Los animales oscuros eran más listos de lo que mucha gente podía pensar.

En una esquina de la sala se había dispuesto un escenario. También era un montaje provisional hecho con madera de pino. El toque especial se lo daba una capa de magia que hacía que pareciese una pequeña galaxia suspendida sobre el precioso suelo de mármol, de diferentes tonalidades de azul entremezcladas con dorados y plateados en espiral.

—Hijo, la princesa está al caer —murmuró mi padre, lo suficientemente bajo como para que solo nosotros tres lo escuchásemos.

Asentí levemente, como única señal de que le había escuchado. Para él ya era una princesa; capté el mensaje subliminal.

—Estamos muy orgullosos de ti. Siempre lo hemos estado —susurró Sereen. Y añadió, como si notase mi nerviosismo—. Todo saldrá bien.

—Gracias madre.

Los guardias abrieron las puertas de madera de ébano, dando paso a los invitados. Sabía que ni Camille ni Kaia estarían entre ellos. Reconocía a varios ángeles negros y vampiros antiguos amigos de la familia, soldados que tenían el día libre, habitantes de palacio e incluso conocidos de otras celebraciones.

Unas sillas hechas de diferentes minerales, cortesía de Zwarteziel, estaban dispuestas a ambos lados de la alfombra negra, colocadas específicamente para la ceremonia, de modo que todos pudiesen contemplar la coronación de mi aishiteru. Ovraal y Shedyel me dedicaron una mirada desde la distancia, en cuanto me vieron, y se sentaron en la primera fila, en una posición estratégica para

contemplar todo mejor. Aerian se colocó en la esquina de una fila que compartía con los soldados de Palacio.

Cuando todos se hubieron sentado la música comenzó a sonar. Dediqué tan solo unos segundos a recordar que esta noche no había habido ni un solo ataque en la grieta. Era extraño, teniendo en cuenta que las noticias en este reino volaban y que para el enemigo sería la ocasión ideal para atacar. No estaba tranquilo, pese a tener guardias bajo la grieta, vigilando, y por todas partes. No estábamos desprotegidos, pero algunos sí distraídos.

Me dejé llevar por el sonido del arpa, entremezclándose con el violín y el resto de instrumentos. Reconocía esa melodía, era la pieza ceremonial que sonaba cuando el invitado principal, en este caso la princesa, iba a aparecer. Sentí como el corazón me daba un vuelco y le mandé a través de él un latido apoyo, ánimo y orgullo. Ella respondió con alegría, cariño y un toque de nervios. De pronto el peso de la corona plateada con las piedras azules incrustadas, se hizo patente sobre mi cabeza. Recordándome dónde estaba.

Los guardias que estaban apostados junto a la puerta la abrieron de nuevo. Las miradas de todos los presentes se volvieron en su dirección. Camille apareció en el umbral, acompañada de Kaia que portaba un vestido azul eléctrico. La tradición era que el nuevo miembro de la familia entrara acompañado por alguien de su confianza al salón del trono.

Kaia caminaba con la cabeza alta, su trenza floreada danzando con cada uno de sus pasos, sincronizados con los de Cam. Pero yo, yo solo tenía ojos para la vampira de pelo gris como la luna que había conquistado mi corazón. Escuché las exclamaciones de los invitados al percatarse del tatuaje de ADN recubierto de corrientes oscuras que cubría el brazo de Cam; por supuesto que sabían lo que significaba. El mío estaba oculto bajo mi traje negro, pero no dudaría en remangarme cuando fuese necesario.

En cuanto a su vestido, parecía hecho por la mismísima Diosa. De cintura para arriba, una especie de corpiño plateado con finos tirantes se ajustaba perfectamente a su figura; tenía transparencias en los laterales, recubiertas de multitud de brillantes, y en el pecho flores iridiscentes tejidas, que iban cambiando de color según como

les alumbrase la luz de los candelabros. Su larga melena iba suelta, moviéndose con ligereza con cada uno de sus pasos. A partir de la cintura, el vestido se convertía en una multitud de capas que volaban, con espirales de ADN tejidas en negro brillante de arriba abajo en cada doblez de la tela, como indicativo de su poder. Entre los ADN el tejido plateado quedaba inmaculado, salvo porque parecía recorrido por auténticas estrellas que daban luz al vestido. Kaia había usado el poder de mi madre para tejerlo. Me habría vuelto hacia Sereen en busca de explicaciones, pero no podía dejar de mirar a la vampira. Era fascinante como la luz brillaba y se envolvía con sus pasos. *Princesa de luz* me recordaba mi cabeza.

Conforme se acercaba, pude ver como sus ojos púrpura rutilaban de felicidad. Llevaba el colgante fino de plata, del que pendía el cristal azul verdoso con forma de corazón que tan bien conocía. Seika en su hombro, lidiando con sus pelos; hoy la cabeza no podía ser su lugar. Cam sonrió y le devolví la sonrisa. La gente hizo más exclamaciones. La música se volvió más intensa y observé como el auxiliar de Bidras alzaba un poco más el cojín negro de terciopelo que sostenía su corona.

Capítulo 27. La coronación



Camille

«Estaba sucediendo». Eso era lo que no podía dejar de pensar mi cabeza. Hacía tiempo que había comenzado a vivir en un precioso cuento de fantasía, en el que por desgracia tenía que haber villanos. Pero ese era nuestro momento, no había espacio para nada malo. Observé a Zephyran y sonreí; pequeñas corrientes de oscuridad parecían recorrer sus ojos zafiro. Sentía las miradas de todos los asistentes sobre mí, pero no me importaba; la mirada de Zep, de alguna manera, calmaba mis nervios. Mi corazón desbocado, poco a poco, iba frenando. Todos guardaban silencio. La música ceremonial era también como un bálsamo para mí.

Estaba precioso con el traje negro y añil. El escudo de la realeza en su pecho. Sus alas deslumbrantes extendidas y destacando a ambos lados de su cuerpo. No, su traje simbolizaba su poder, las corrientes de oscuridad de la tela parecían danzar y enroscarse por todo su cuerpo; presentes, aún sin estar invocadas realmente. En su cabeza la corona plateada con las piedras azules incrustadas, destacando sobre su pelo oscuro.

Detrás de Zep estaban los reyes. Zwarteziel majestuoso con su traje negro, sentado en su trono de obsidiana recubierto en parte de terciopelo rojo, sus alas extendidas envolviéndolo. Sereen regia a su lado, en un trono idéntico pero recubierto de terciopelo verde, también con las alas extendidas. Muy razonable que esos tronos no tuviesen reposabrazos. Las coronas de ambos sobre sus cabezas; la del rey de color negro azabache con incrustaciones de zafiros, la de

la reina plateada con las fases de la luna en cada punta y multitud de brillantes, como pequeños astros, entre las incrustaciones de aguamarinas. Teniendo en cuenta sus poderes, sus coronas tenían todo el sentido del mundo.

La reina me guiñó un ojo, y desvió su mirada al vuelo de mi vestido. Sabía que su poder había decorado mi falda. No pude más que dedicarle una sonrisa.

Me permití deslizar una rápida mirada por la multitud, hasta que localicé a Ovraal, a Shedyel y a Aerian, con Cardan sentado en su regazo. Todos me sonrieron, como muestra de apoyo, cuando sus ojos se encontraron con los míos. Kaia me cogió la mano y me la apretó con fuerza, dándome aliento. Sabía lo que venía ahora. Miré al frente, donde un ángel negro de pelo rubio y ojos azules me esperaba, junto a un elegante paje con un cojín en el que descansaba mi corona. Zephyran había comenzado a descender, lento y ceremonioso, las escaleras de mármol. Al otro lado de la alfombra de plumas estaba Fraxtanus, cuya labor en este acto se había visto bastante reducida, ya que la había llevado a cabo antes de tiempo.

Kaia elevó mi mano unida a la suya, y mi mirada se clavó en sus ojos rosa. Me giré para ver a Zep, ya sobre la alfombra.

—Con todos vosotros la futura princesa Camille Dageraad, a la que he tenido el honor de acompañar hasta aquí. —Se volvió hacia Zephyran con una sonrisa—. Os la entrego, Alteza.

Mi amiga depositó mi mano en la de Zephyran, que me la apretó con fuerza. Hizo una reverencia y se fue a su asiento, en primera fila, junto a Ovraal. El ángel invocó pequeñas corrientes de oscuridad, que se deslizaron por su brazo hasta envolver el mío. Después se remangó, para mostrar a todos su tatuaje, a juego con el mío. Más exclamaciones de sorpresa. Ambos llevábamos los anillos que simbolizaban nuestra unión. Y yo me había puesto, como siempre, mi pulsera, en el brazo contrario al tatuaje. Bajo las mil capas del vestido sentía, por una vez, la ausencia de mi preciada daga, que bajo las salvaguardas de Palacio no sería necesaria.

—No pudimos evitar adelantar esta parte de la ceremonia —confesó, con voz aterciopelada y una nota de comicidad rebajando la tensión—. Espero que podáis perdonarnos.

Algunos se rieron con aquel comentario. Sei se revolvió en mi hombro, recordándome que estaba ahí, con nosotros.

Miré al ángel que había conquistado mi corazón. Porque no podía mirar a ningún otro lado.

—Doy fe de ello —confirmó Fraxtanus. Oreas asomando entre sus mechones—. En vez de hacerles el tatuaje a la vista de todos vosotros, no pudieron resistir a la tentación de hacérselo antes.

Oreas pio dulcemente.

—Ya sabéis lo que significa que ambas magias estén representadas en el tatuaje —continuó mirando a los asistentes—. No me queda ya más que desearles suerte en su camino. Que nos honren como príncipes de Dusterkeit y con su futuro reinado.

La gente chilló y aplaudió con fuerza. Una sensación de júbilo embargó mi corazón. Y aún no me habían coronado.

—Bueno, bueno, Frax. Ya has hecho tu papel. Es hora de que yo haga lo propio. —Me volví hacia el ángel rubio—. Me presento a vos, Alteza; soy Bidras, el oficiante de la ceremonia. Encantado de conoceros —Hizo una reverencia.

—Encantada Bidras —murmuré.

—«Ya queda poco, mi princesa de luz» —murmuró Zep a través de nuestro puente mental.

—«Sí, mi príncipe oscuro». —Me permití una nota de diversión.

Zephyran soltó mi mano, y sentí el vacío que dejó. No permitiría que los nervios se apoderasen de mí. Observé la corona plateada sobre el cojín de terciopelo, los cristales que la recorrían brillaban a la luz de las estrellas. Era la del baile del solsticio, y a la vez no. Alguien se había tomado la molestia de incrustar hélices de ADN hechas de turmalina; su azul cristalino brillante, intercalado entre los cristales.

Frax dio dos palmadas, captando mi atención. Observé como se elevaban desde los asientos multitud de luciérnagas, que habían permanecido escondidas hasta ese momento. Puede hablar con los

animales que pueblan los cielos recordé. Llenaron la sala del trono, haciendo que pareciese que estábamos sumergidos en las estrellas.

Bidras se aclaró la garganta, e incluso los músicos guardaron silencio. La pieza cambió por una sonata celestial, en la que el papel del arpa destacaba sobre todos los demás; como si quisiesen remarcar que la música iba destinada a mí. Dediqué una fugaz mirada a Zep, que asintió con lentitud, y me volví hacia el oficiante.

—Ángeles negros, vampiros y animales oscuros de diversos lugares. Hoy estamos todos aquí reunidos para presenciar la coronación de Camille Dageraad, aishiteru del príncipe Zephyran Oakleaf. De tal manera que, bajo la luz de las luciérnagas y las estrellas, pasará a formar parte oficialmente de la familia real y, por tanto, deberá ser tratada con el debido respeto.

»Yo, Bidras Solnedgang, bendecido por los reyes del reino de la noche eterna, por la Diosa y los Animales Guardianes, tengo el poder de entregaros vuestra corona bajo previo juramento para con el reino de Dusterkeit.

»Camille Dageraad, hija de Freya y Erik —y de Ahrienia pensó mi mente. Pero eso me hacía ser irrevocablemente para todos la salvadora, por eso Zep había dado esos datos de mis padres. En ese momento habría jurado ver a mi madre en su forma fantasmal al fondo, tras los tronos de los reyes. Pero después de un parpadeo había desaparecido—, ¿juráis ejercer vuestro papel de aishiteru y reinar al lado del príncipe Zephyran Oakleaf cuando llegue el momento y, mientras llega, ejercer vuestro papel de princesa y respetar a los reyes?

—¡Lo juro! —respondí mirando al ángel negro y a sus padres.

—¿Juráis defender y proteger con vuestra vida, cuando así se requiera, al reino de Dusterkeit y a sus habitantes?

—¡Lo juro! —De alguna manera ya lo estaba haciendo con mi papel de salvadora. Y lo haría mientras estuviese con vida.

—Hechos los juramentos, por el poder que me ha sido otorgado yo os corono princesa de Dusterkeit. —Elevó la corona, las luciérnagas se arremolinaron en torno a ella y las exclamaciones del público llenaron el salón.

Sentí su cálido contacto sobre mi cabeza. Sei se removió en mi hombro y le dediqué una sonrisa. En este mundo nadie había dicho nada porque un animal me acompañase a lo largo de la ceremonia. La música hizo un crescendo y dediqué, tan solo unos segundos, a contemplar el precioso escenario que había colocado en un rincón de la sala.

Bridas me hizo una profunda reverencia.

—Os saludo, Alteza.

Le dediqué una cálida sonrisa y mis ojos púrpura se clavaron en los zafiro de Zep, que sonreía orgulloso, con las alas extendidas y los brazos cruzados. Las corrientes de oscuridad hicieron su aparición y comenzaron a envolver su cuerpo. Dediqué una fugaz mirada a la falda de mi vestido, observando la luz que contrastaba con su oscuridad.

—«Ya eres oficialmente princesa, mi princesa de luz».

—«Eso parece, mi príncipe oscuro».

Mi aishiteru se acercó más a mí, hasta tenderme su mano que cogí sin pensarlo. Me condujo por las escaleras de mármol. Los reyes se habían levantado de sus tronos y aplaudían sonrientes. Realmente en Dusterkeit parecía que no hubiese apenas diferencias entre clases. La aishiteru del príncipe no se arrodillaba ante los reyes, incluso antes de ser princesa.

Cuando llegamos al último escalón Zep me giró con delicadeza, sus corrientes oscuras aún enroscándose por su cuerpo. Su mano se posó en mi barbilla, elevó ligeramente mi cara y me dio un corto beso en los labios. La gente aplaudió y gritó; me volví, para ver como todos se habían levantado. Diferentes frases se sucedían una y otra vez.

—¡Viva la princesa de Dusterkeit!

—¡Viva los príncipes!

—¡Larga vida a la dinastía Oakleaf!

—«Tú ya eres parte de nuestra dinastía» —aclaró Zep, con la voz ronca, a través de nuestro puente mental.

Sentí una mano a mi espalda y me giré, para encontrarme cara a cara con los ojos azules, como un mar cristalino, de la reina Sereen.

Su vestido blanco representando su poder de luz de estrellas.

—Bienvenida a la casa real, pequeña.

El rey Zwarteziel, que se había colocado detrás de Zep, me sonrió; sus ojos como el oro líquido brillaban. Casi sentí que me decía con la mirada que sabía mi secreto. Yo le había dado permiso a la reina para contárselo. Observé su traje, marrón con minerales de múltiples tipos y colores cosidos.

—Bienvenida Camille.

—Gracias —murmuré.

Observé como las luciérnagas se habían concentrado alrededor de los cuatro. Zwarteziel le dio un abrazo a su hijo y la reina hizo lo mismo conmigo. Otro paso en la ceremonia de coronación de este entrañable mundo. Dejé que mis brazos se posasen en su delicado cuello.

—Gracias por haber dado un poco de tu magia a mi vestido —musité, lo suficientemente bajo para que solo me oyese ella.

—Ha sido un placer —susurró en respuesta.

Cuando nos separamos, el rey dio tres sonoras palmadas para captar la atención de todos. ¡Cómo si no la tuviésemos ya!

—Habitantes de Dusterkeit —su voz retumbó en las paredes— es hora de celebrar lo que ha acontecido aquí esta noche. ¡Qué comience el banquete!

»Pero antes, brindemos todos juntos con la bebida luz de luna.

La gente aplaudía con fuerza. Todos, los que aún no lo estaban, se pusieron en pie y abandonaron sus asientos. Los habitantes de Palacio comenzaron a recoger todas las sillas y a colocarlas junto a las mesas, despejando el espacio para poder bailar.

Las puertas se abrieron y entraron nuevos habitantes de palacio con copas repletas de un líquido azulado. Cuando todos tuvimos la bebida en nuestras manos me asomé a la mía, para descubrir que parecía, literalmente, el cielo estrellado en una copa. El azul oscuro estaba bañado por cantidad de puntitos plateados.

—«¿Cómo se hace esta bebida?» —le pregunté al ángel negro.

—«Magia y receta secreta de los cocineros de Palacio. Te aseguro que está deliciosa. Solo se sirve en ocasiones tan especiales como esta».

—¡Podéis beber! —exclamó la reina. Y alzó su copa, con su mano brillando gracias a una parte de su poder.

Zep y yo alzamos las nuestras y brindamos sonrientes, después brindamos de nuevo con los reyes. Y, por último, dediqué una mirada al público con la copa en alto. Ovraal, Shedyel, Aerian y Kaia alzaron las suyas cuando nuestras miradas se encontraron. Sentí que estaban contentos, y no pude sentirme más feliz con la situación. Bebí y lo supe; si había un sabor a estrellas, era exactamente ese.

Los habitantes de palacio, que ya habían acabado de retirar las sillas, también se detuvieron a brindar y beber con nosotros. Después fueron a las mesas, a destapar toda la comida que estaba dispuesta.

—Reclamo vuestra atención un momento —pidió la reina, por encima de todo el jaleo que se había montado—. Nos gustaría invitar a nuestra princesa a hacer la apertura de la cena de una forma diferente. Antes de que abra el baile con su aishiteru, nos gustaría que tocase una pieza con el arpa para todos vosotros. Si ella quiere. —Me miró y me dedicó una amplia sonrisa—. Los que fuisteis al baile del solsticio de verano ya sabéis lo bien que toca nuestra vampira.

—Estaré encantada —respondí.

La gente aplaudió con entusiasmo.

Nadie se movió de su sitio mientras yo bajaba las escaleras. Tampoco cuando caminaba por la alfombra de plumas negras en dirección al escenario que semejaba una galaxia suspendida en el aire. Tan solo se apartaban cuando interferían en mi camino, murmuraban «princesa» y algunos, incluso, hacían reverencias a mi paso. Los niños alzaban su mano para que la chocase con ellos.

Cuando subí al escenario, los músicos ya se habían mezclado con el público. Me encontré con el arpa del capitel poblado de flores rosas que tan bien conocía. Me senté y respiré hondo. Había llegado el momento; la reina me lo había regalado, como si supiese lo que andaba tramando. Era mi oportunidad. Pero antes…, tenía que tocar una pieza. Y sabía exactamente cuál sería: *Claro de Luna* de Debussy, tercer movimiento de la Suite bergamasca.

Así que posé mis manos sobre las cuerdas de purpurina gris y comencé a deslizarlas por ellas, como si fuesen prolongaciones de mi cuerpo. Aún seguía pareciéndome mágica la forma en la que el sonido salía de las cuerdas. Levanté la mirada del instrumento para recorrer el salón del trono. Todos me miraban, con diferentes caras de asombro.

El erizo se mantenía en mi hombro; podía sentir cómo movía la cabeza de un lado a otro observando al público. Miré a mis amigos; Kaia alzó el pulgar hacia arriba en señal de aprobación, Ov y Shed brindaron con nuevas bebidas, Aerian sonrió y Cardan…, bueno, me dedicó una mirada antes de continuar comiendo sus amados bichos.

Observé que los reyes se habían mezclado con el público. Zep se había colocado al lado del escenario, mirándome con devoción y amor. Le sonreí sin dejar de deslizar mis dedos por las cuerdas estrelladas; no podía parar. Él me sonrió de vuelta. Volví a mirar al público; entre ellos, captó mi atención un ángel negro que estaba muy quieto y me miraba con especial fascinación. Un escalofrío recorrió mi cuerpo, pero no le presté atención. Estaba nerviosa. No quedaba nada para que la pieza terminase. Hubiera jurado que me había sonreído.

Dejé que mis pensamientos se desviasen por otros derroteros mientras daba fin a la bella pieza. Entonces recordé la conversación que había mantenido con Zep y Sereen aquel día que nos la habíamos encontrado en Palacio. «Sí. Cuéntaselo tú. Yo se lo diré pronto al resto, cuando encuentre el momento adecuado», le había dicho a la reina, otorgándole el permiso para revelarle eso al rey. Ella y Zephyran habían intercambiado una mirada que no me había pasado desapercibida. Y luego la reina me había invitado a tocar. Seguramente lo habría hecho igual; pero ella había coincidido conmigo, mucho antes de que yo lo supiese, en que ese era el momento para hacerlo.

Cuando terminé me aclaré la garganta entre los sonoros aplausos de la gente. Me levanté con cuidado, directa a enfrentarme con mi destino. El que me había traído de vuelta a aquel mundo. El que me había permitido conocer a Zep, a mis amigos y todos sus habitantes. Cogí el micrófono que estaba en el centro del escenario.

—Buenas noches —comencé, mientras terminaba de ordenar mis ideas. Vi como todos se detenían y posaban sus miradas en mí. El ángel negro extraño no había dejado de mirarme como si fuese un fantasma. Pero no pensaría en eso—. Tengo que hablar con vosotros. Os lo debo.

Me detuve unos segundos. Estaba a punto de hacerlo, y ya no habría marcha atrás. Sentí como Zep me mandaba a través de sus latidos apoyo y esperanza. Esperanza era lo que yo quería transmitir a nuestro reino. Era mi deber, y lo haría encantada.

—Quiero que sepáis que no solo soy vuestra princesa —hice una pausa—. También soy la salvadora que todos estabais esperando.

Miré a Zep, que sonreía orgulloso, y a Frax, que estaba cerca del escenario; su mirada parecía decir: «ya lo sabía». Todas las caras del público estaban vueltas hacia mí, con la sorpresa reflejada en sus facciones.

—Quiero que sepáis que, aunque no estamos a salvo del enemigo, como todo el mundo sabe desde que esa horrible grieta partió los cielos, estoy haciendo todo lo que está en mi mano para poder derrotarlo. He comenzado la tarea que el destino me encomendó para restablecer el equilibrio de nuestro mundo. Y, cuando llegué el momento, lucharé con mi vida para defender este lugar. Tarde o temprano venceremos y volveréis a vivir en paz y armonía. Viviremos en paz y armonía.

—Por eso tiene un erizo —gritó alguien.

—¿Cómo no nos hemos dado cuenta antes?

—Es la hija perdida de Ahrienia.

Las voces se sucedieron, contestándose unos a otros. Hasta que comenzaron a celebrar.

—¡Viva la salvadora y princesa de Dusterkeit!

—¡La esperanza ha vuelto a llenar nuestros corazones!

No tenía nada más que decir. Así que, entre sus voces, bajé del escenario a encontrarme con Zep, que me dio un beso en la frente.

—Lo has hecho muy bien —murmuró contra mi oído.

—Gracias.

Los habitantes de palacio se apresuraron a enrollar la alfombra, dejando sitio para el baile. Los músicos ya habían vuelto al escenario

y comenzado a tocar una sonata teñida de esperanza. La gente poco a poco comenzó a comer y beber. Podía ver como sus caras se habían llenado de esperanza, teñida con la alegría por la ceremonia que todos estábamos presenciando.

—Ya lo sospechaba. —Sonó la conocida voz de Fraxtanus a mis espaldas.

Oreas se asomó en su pelo y pio, como si apoyase su afirmación.

No tenía mucho más que decir. Estaba todo dicho.

—Has sido muy inteligente —contestó Zep por mí.

—Solo puedo desearos, y desearnos a todos, lo mejor contra el enemigo. Confío en ti, Camille. Me gustan tus vibraciones —dijo. Y, antes de que pudiese contestar, desapareció entre la multitud.

—Él es así —explicó Zephyran, y me tendió una mano—. Debemos abrir el baile. ¿Me concedes el honor?

Sonreí y le cogí la mano, dejando que me llevase a través de la pista. Observé que las luciérnagas se habían posado en su corona. Por los ventanales de fondo la luz de la luna llena y las estrellas se colaba en la estancia. Primero los reyes, y después otras parejas, se fueron uniendo al baile.

—Gracias —murmuré.

—¿Por qué? —preguntó confundido.

—Por haberme elegido a mí.

—Siempre te elegiría a ti. Incluso si volviese a nacer, sabría que tú eres mi aishiteru, princesa.

—Te amo Zephyran Oakleaf.

—Y yo a ti, mi pequeña vampira.

Nos perdimos en nuestro baile, danzando entre las estrellas fugaces que se observaban con frecuencia tras los cristales. Cuando llegamos a la altura de mis amigos nos felicitaron a ambos, por mi coronación y por mi revelación al mundo de mi papel de salvadora. Los reyes también tuvieron su momento, en el que me dijeron que había sido muy valiente confesándoselo al mundo y que ellos confiaban plenamente en mí y sabían que algún día la oscuridad volvería a brillar, sin ninguna grieta, en nuestro reino de la noche eterna.

Cuando paramos a comer, cogí mi copa de sangre de cérvido. La bebida luz de luna estaba buenísima, pero, con tanto movimiento, necesitaba mi dosis revitalizante de sangre. Le di un largo trago y comencé a degustar los manjares que habían servido mientras conversaba con mis amigos. Me di cuenta de que Seika no se había separado de mi lado, así que lo coloqué entre mis manos y le hablé.

—¡Eh! Tú también tienes que ir a comer y divertirte, ¿por qué no vas con Cardan?

Puso una cara rara y no se movió, pero yo insistí depositándolo en el suelo.

—Venga, lo pasaréis bien juntos —lo animé.

Tras resistirse bastante, finalmente correteó por el salón hasta encontrar a Cardan que devoraba, junto al resto de patos del estanque y mascotas de los invitados, todo lo que había dispuesto en la esquina de la mesa dedicada a ellos.

En ese momento alguien tocó mi hombro, y me volví para ver de quién se trataba. El ángel negro que me había mirado con tanta atención mientras tocaba me dedicó una amplia sonrisa.

—Os saludo, Alteza. He oído hablar mucho de vos y os admiro. ¿Me concederíais un baile? —preguntó con voz apasionada. Sus ojos añil parecían brillar a la luz de las velas y las estrellas—. Si a vuestros acompañantes no les incomoda, claro.

—Nosotros no tenemos nada que decir, ella es libre de tomar sus propias decisiones —respondió Zep con una amplia sonrisa. Algo me decía que lo conocía.

—Yo… —dudé, me ponía un poco nerviosa bailar con un desconocido. La confianza no era lo mío. Pero no podía hacerle ese feo—. Está bien, ¿puedo saber tu nombre?

—Oh, qué despiste por mi parte —parecía nervioso. Miré a Ov; su capacidad para leer la mente me daba tranquilidad, pero en ese momento estaba demasiado entretenido hablando con Shed, Kaia y Aerian. Tampoco pasaría nada, solo era un admirador y Zephyran no le había negado nada—. Mi nombre es Skumring, encantado Alteza.

Hizo una aparatosa reverencia, que habría jurado que le costaba. Pero quizás estaba paranoica. Nada en su cuerpo indicaba que fuese

una amenaza. No me gustaba ser el centro de atención, y su devoción me ponía nerviosa. Eso era todo.

—Skumring es un viejo amigo de la familia que vive en Kairu —explicó el príncipe.

—Así es —respondió este con una amplia sonrisa.

Cogí su mano, caliente al tacto, y observé como el inicio de un tatuaje blanco se perdía en su traje azul marino. Sentí el peso de su mirada añil mientras bailábamos. Me sentía inexplicablemente nerviosa.

—¿Os gusta mi tatuaje? —preguntó rompiendo el hielo.

—¿También tienes un aishiteru? —respondí, dejando que me guiase por el salón.

—Tenía —murmuró, tan bajo que solo yo pude oírle.

Sentí que, de alguna manera, había metido la pata.

—Lo siento…

—Fue hace mucho tiempo —justificó con pocas palabras. Desvío el tema—. Algún día tenéis que venir a Kairu, si no lo habéis hecho ya. Supongo que no, porque una cara como la vuestra la recordaría. De camino hacia allí hay una llanura llena de flores de colores. Es preciosa como vuestro pelo gris platino.

—Vaya, gracias —murmuré, sin saber que decir—. Me encantan las flores.

La conversación se sucedió hablando de ellas. Al principio observaba los ventanales con frecuencia, debido a mi nerviosismo y falta de confianza con los desconocidos. Pero, poco a poco, Skumring fue logrando el efecto deseado, relajándome. Me había dado mala espina, pero su gentileza y respeto habían logrado calmarme en cuestión de minutos.

La música hizo un crescendo que provocó que ambos guardásemos silencio. Sus ojos añil se detuvieron en los míos; pareció dudar.

—¿Conocéis los Jardines del Plenilunio? Supongo que sí, ¡qué tontería!, dado que sois la aishiteru del príncipe, pero…

—Sí, los conozco —respondí, intuyendo a dónde quería llegar.

—¿Me llevaríais a verlos?

Busqué a Zephyran con la mirada, dudando de si era buena idea salir. Pero, ¿por qué no? Había dicho que era un amigo de la familia y había resultado ser agradable. Además, las salvaguardas de Palacio nos protegían.

—Solo será un ratito, no os robaré más tiempo —contestó, como si pudiese leer mi expresión. Bajó la voz y la pena pareció teñir su mirada—. Veréis, es que tengo un problema grave y me queda poco tiempo de vida. Seguramente esta sea la última vez que pueda visitar Palacio y disfrutar de sus jardines. Y nada me haría más feliz que su Alteza, nuestra princesa y salvadora me los mostrase.

Sus palabras me removieron por dentro. Tenía que cumplir su petición; él había sido amable conmigo y solo sería un momento. No haría falta que avisase a Zep. Volvería pronto.

—Vale, vamos. Te los mostraré.

El ángel sonrió y la felicidad llenó sus pupilas. Lo conduje a la entrada del salón del trono al que dediqué una última mirada. Mis amigos estaban bailando y Zep hablando con los reyes. Su mirada se cruzó con la mía en ese instante.

—«¿A dónde vas?» —preguntó a través de nuestra conexión.

—«Vuestro amigo dice que quiere que le enseñe los jardines. Que le queda poco tiempo de vida…» —resumí.

—«¿De verdad? No sabía eso… ¿No quieres que os acompañe?».

—«Solo será un momento. No te preocupes, disfruta de la conversación con los reyes».

—«Está bien. Tened cuidado».

—«Cuenta con ello».

Me volví hacia Skumring, pero había desaparecido. Recorrí el salón con la mirada hasta encontrarlo, de espaldas en un rincón apartado de una de las mesas. Antes de poder preguntarme qué estaba haciendo, se giró con dos copas llenas de la bebida luz de luna y caminó hacia mí.

—¿Te ayudo? —pregunté cuando me alcanzó.

—No será necesario; de verdad, Alteza —aseguró.

No insistí.

Los guardias nos abrieron la puerta. Los pasillos estaban desiertos, salvo por los soldados de Zep de turno de guardia esa

noche, que de vez en cuando aparecían en nuestro campo de visión.

Cuando salimos fuera, el aire nocturno nos recibió. Miré a la luna, espléndida e imponente, haciendo competencia a las estrellas fugaces que pintaban el cielo. Aquello era precioso.

—Es increíble, ¿no creéis? —preguntó el ángel sin dejar de caminar.

La hierba verde azulada se extendía a nuestros pies. Caminamos manteniendo conversaciones banales, que se alternaban con el silencio, hasta que llegamos al lago de Cardan y las demás anátidas. En su centro pudimos admirar la escultura de la Luna Llena, que rivalizaba con la del firmamento. Era una de las cuatro que el rey había regalado a la reina.

No había ni una sola anátida. Todas debían de estar en el banquete junto con Ard. Miré al ángel negro.

—Este es uno de mis sitios favoritos del Jardín, por eso te he traído aquí.

—¡Oh, muchas gracias! —exclamó, mirándolo todo maravillado—. ¿Qué os parece si brindamos? Las leyendas cuentan que brindar con esta bebida a la luz de la luna y beber cumple tus mayores deseos.

—¿De verdad? —pregunté sin poder evitarlo.

No tenía ningún deseo, aparte de derrotar a mi padre y salvar a mis seres queridos de su amenaza sobre el reino. Todo sería perfecto de no ser por eso. Pero no era una ingenua; por mucho que nos encontrásemos en un lugar donde la magia existía, dudaba que un trago a la luz de la luna fuese a cumplir mis deseos. Era algo que tenía que hacer yo.

Lo miré a los ojos, que rutilaban con fuerza. Estaba segura de que su deseo era poder sortear a la muerte. Sonreí débilmente. No compartiría mis pensamientos con él, sería cruel. Un brindis no me haría daño.

—Claro, ¿por qué no probáis? Yo tengo mis propios deseos, y os aseguro que se cumplirán cuando bebamos.

Sonreí ante su idealismo.

—Brindemos.

Skumring me pasó la copa sin dejar de sonreír. La agarré con fuerza.

—Brindemos —respondí, chocando con la suya.

Me llevé el líquido azul oscuro y plateado a la boca y le di un trago, hasta que no quedó nada en la copa.

—Eres una ingenua hija mía —contestó el ángel negro.

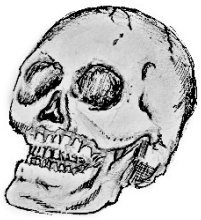
De pronto sus ojos se tornaron rojos, como la mismísima sangre.

—¿Qué?

Encajé todas las piezas demasiado tarde: «Yo tengo mis propios deseos, y os aseguro que se cumplirán cuando bebamos». Comencé a sentir muchísimo sueño. ¿Cómo era posible que hubiese entrado con las salvaguardas de Ovraal activadas? Había sido una ingenua. Traté de hablar con Zephyran; pero no funcionaba, estaba demasiado lejos. Antes de que pudiese mandarle un latido, que sí podía sortear la distancia, caí al suelo a los pies de mi peor pesadilla.

—Tu padre te cuidará. Ya estamos juntos por fin. —Concluyó con una carcajada tétrica. Fue lo último que escuché antes de ver todo negro.

Capítulo 28. El destructor del equilibrio



Haguddrac

Colarse en Palacio había sido demasiado fácil, y la coronación el momento perfecto para pasar desapercibido. Tan solo había tenido que hechizar mi apariencia y hacerme pasar por uno de los invitados que estaban apuntados en la lista, como amigos de la estúpida realeza. Uno lo suficientemente lejano como para que nadie hiciese muchas preguntas, ni notase que se comportaba diferente. Los guardias me habían dejado pasar sin preguntas. ¿Quién iba a sospechar de un viejo conocido de la familia real? Y más en una noche en la que no se habían producido ataques en la grieta. Cortesía mía; hoy la amenaza venía por dentro, y necesitaba el menor público posible en torno a la grieta.

¿Qué decir de las salvaguardas de ese brujo de tres al cuarto? Muy buena protección contra mis súbditos, pero nada eficaces contra mí. Ya lo intentó el insensato de Blagden, y supongo que nadie esperaba que me personase yo mismo en el palacio. Pero ya estaba hasta los mismísimos arácnidos oscuros de esperar. Si tus súbditos son unos incompetentes, lo mejor es hacer tú mismo el trabajo sucio.

El verdadero Skumring estaba atado con esposas mágicas a mitad de camino entre Kairu y Noctis, controlado por algunos entes oscuros. Lo liberarían cuando esto terminase, por supuesto. Odiaba a los vampiros, pero no tenía nada en contra de los ángeles negros; de los que me eran leales o no se habían manifestado en mi contra,

quiero decir. La dinastía Oakleaf me importaba menos que una pata de arácnido. Estaba usurpando mi corona.

Una vez en el salón del trono nadie había sospechado de Skumring. Ver a mi hija revelar que era la salvadora y llenar al público de esperanza había sido vomitivo. No se lo permitiría; ahora era mía y me obedecería. La cogí en brazos con fuerza; su corona cayó al césped, como muestra de que su poder real era inexistente contra mí. Eché el vuelo en dirección a la grieta. El príncipe pronto se daría cuenta de que su princesa no estaba. Tenía que salir rápido de allí.

Había sido demasiado fácil. Eran tan idiotas que había tenido que contener las ganas de reírme en varias ocasiones. El teatro excesivo, como si fuese un admirador, y la pena generada con esa mentira de que me quedaba poco tiempo de vida, habían funcionado a la perfección. Y el toque final, cuando Camille no había podido evitar mirar al príncipe a los ojos, yo había aprovechado para ir a servir las bebidas, en una parte bien apartada de la mesa, donde había podido hechizar la copa de mi hija sin que nadie me escuchase pronunciar las palabras. Hechizo indoloro, insípido e inoloro.

Cuando llegué a la grieta aterricé, para no llamar demasiado la atención. Observé que había tres vampiros montando guardia. En cuanto me vieron, dos desaparecieron y reaparecieron frente a mí con las espadas en alto. El otro supuse que se había marchado a alertar a Zephyran de lo que había sucedido; pero no me importaba.

—¡Suéltala ahora mismo! —exclamó el primer estúpido.

Mis ojos rojos se clavaron en él, alcé la mano y lancé un rayo de destrucción que atravesó su corazón. Murió al instante; la muerte era mi amiga, yo la conjuraba. Después lancé otro rayo, que falló porque el segundo fue más listo e hizo uso de su velocidad para esquivarme. Sujetar a Camille con una mano era todo un estorbo, pero no podía perderla. Sentí el acero de una espada en mi cuello, pero esta vez no fallé. Un grito de agonía salió de su boca, antes de caer al suelo inerte.

—¡Patéticos! —murmuré.

Con el campo despejado, eché a volar y me sumergí en la oscuridad de la grieta. Aferré con fuerza a Camille con ambas manos.

Ningún vampiro o ángel negro podía cruzarla si no era agarrado a mí. Moriría en el proceso.

Rememoré: «El destructor del equilibrio tendrá acceso eterno a la consecuencia del desequilibrio que causó (la grieta). Allá donde esté su hogar, conectará con la ciudad que sea el centro del país (Noctis)».

Llegarían tarde. El tiempo pasaba más rápido dentro de la grieta, se tardaba mucho menos en llegar al Castillo Finisternis desde allí que por el monte Karanlik.

Capítulo 29. Pánico



Zephyran

Camille estaba tardando demasiado en regresar. Agradecí tener el tatuaje. Seguramente tan solo eran paranoias mías, preocupado por su seguridad. Skumring era un viejo amigo de la familia, inofensivo. Pero, ¿por qué le quedaría poco tiempo de vida?, ¿qué le pasaría? No invadiría su intimidad si decidía contárselo tan solo a mi aishiteru. Mis pensamientos se detuvieron de golpe cuando me di cuenta de que el tatuaje no funcionaba. No la localizaba. Pero era imposible, a menos que… A menos que estuviese muerta. No podía ser. Entré en pánico.

El puente mental no funcionaría, porque estaba demasiado lejos. Mandé un latido de desasosiego, luchando contra lo imposible; pero no obtuve respuesta. Mis padres me observaban preocupados.

—¿Dónde está? —Sin darme cuenta había elevado la voz y todos los asistentes se volvieron hacia mí—. ¿Dónde está mi aishiteru?

Sentí la cálida mano de mi madre sobre mi hombro.

—Hijo, la encontraremos.

Antes de que pudiese responder nada, Ovraal ya estaba ante mí gracias a su velocidad. Sus ojos verdes se clavaron en los míos. Shed, Kaia y Aerian no tardaron en aparecer, flanqueándolo.

—¡Qué no cunda el pánico! —exclamó, casi para que también le oyesen los asistentes, que nos miraban con diferentes grados de preocupación. Bajó la voz para que solo los más próximos: mis padres, mis amigos y yo mismo, pudiésemos escucharle—. ¿Qué ha sucedido, alteza?

—Ha estado bailando con Skumring, un viejo amigo de la familia. Después salieron a tomar el aire al Jardín del Plenilunio. Cuando vi que tardaban demasiado, me dio por comprobar a través del tatuaje dónde estaba; pero ¡no la localizo! Tampoco me contesta a través de los latidos.

—¡Es imposible que esté muerta! —exclamó Kaia—. Era un amigo de la familia, ¿no?

—Lo cierto es que le he notado algo raro cuando crucé unas palabras con él en medio del baile —caviló el rey—, pero pensé que tendría un mal día.

—Skum nunca haría daño a esta familia —aseguró la reina.

—Esto es absurdo. Quizás alguien los ha atacado aprovechando que estaban en el jardín —opinó Aerian.

—Las salvaguardas de Ovraal se supone que impiden la entrada a cualquier integrante del ejército enemigo —intervino Shedyel.

—Por eso no me cuadra —contestó mi soldado.

En ese momento apareció Sei, que comenzó a removerse inquieto. Lo recogí del suelo y lo acaricié para tranquilizarlo. Era como si, de alguna manera, el erizo captase algo.

—Eso yo lo he dado por hecho —razonó el rey—. Por eso Skumring, o cualquier otro invitado que los haya seguido, es sospechoso. Pero, se supone que los guardias han supervisado todo y no ha entrado nadie en quien no confiemos.

Ovraal había permanecido demasiado quieto y callado, concentrado en algo.

—¡Silencio! —exclamó—. He comprobado las salvaguardas. Alguien las ha profanado.

Las exclamaciones de sorpresa se sucedieron. Un escalofrío desagradable me recorrió el cuerpo.

—Solo existe una persona en este mundo que podría ser capaz de sortearlas. Y, por si a alguien le cabe alguna duda, los entes oscuros y monstruos dejaron de entrar, por lo que contra ellos eran claramente efectivas. Son engendros cuyo poder no es comparable al mío.

—¿Qué estás insinuando? —preguntó Kaia con cara de pocos amigos. Aunque, llegados a este punto todos lo sabíamos.

—Su padre —murmuré, harto de tantos rodeos.

—Punto para el príncipe —dijo Ov con una amplia sonrisa, en la que se entrevió por unos milisegundos la tensión con la que cargaba—. Teniendo en cuenta que ya se hizo pasar por un tal Reth, que ni siquiera existía, no le habrá costado mucho elaborar un hechizo para suplantar a Skumring. Estoy seguro de que era él.

La información que Ahrienia nos había proporcionado se había vuelto útil.

—¿A nadie le ha parecido raro que ese tal Skumring se la llevase sola al jardín? —preguntó de pronto el brujo.

Me di cuenta de que, cada vez que decían Skumring, Seika se revolvía en mis manos. Pero no tenía tiempo ahora para pensar en el motivo.

—Pensé que serían paranoias mías —respondí—. Era un simple invitado, estábamos protegidos por las salvaguardas y tampoco había habido ningún ataque en la grieta; lo que me dejaba más tranquilo.

Ahora, pensándolo bien, entendía por qué. Había provocado que, de alguna manera, bajásemos la guardia para poder llevársela. Apreté los puños con fuerza.

—En estos tiempos que corren no podemos fiarnos ni de nuestra sombra. De cualquier manera, ya no importa. Tenemos que encontrarla.

Asentí.

—Kaia, dile por favor al director de la orquesta que anuncie que la ceremonia ha terminado y que deben marcharse todos a sus casas. Pero que lo haga pasados unos minutos, para dar tiempo a que se organicen los soldados y protejan la salida.

»Aerian, busca al capitán de la guardia y transmítele mis ordenes de vigilar que nadie sea atacado, solo por si acaso; y de que registren el jardín, por si han dejado alguna pista. Luego, preséntate al general Kurai y transmítele mi orden de que organicen una tropa en dirección a Kairu, para buscar al verdadero Skumring.

Si es que quedaba algo que rescatar, pensé. Pero eso me lo callé. Tenía que guardar una pequeña esperanza y buscarlo, aunque fuese para darle un entierro digno.

—Ahora mismo —dijo Kaia.

—Sí, Alteza —contestó Aerian, antes de desaparecer.

—¿Por qué el tatuaje no la localiza? —volví a insistir—. No tiene sentido que la haya matado. Él la necesita viva tanto como nosotros, para sus propios fines…

—Tengo una teoría —comenzó Ovraal, y todos nos giramos hacia él.

Nadie podía negar que los años y su poder le habían dado una elevada sabiduría. Él era ahora nuestra esperanza.

—No hay ningún hechizo que pueda escapar al amor, que pueda romper las uniones mágicas que genera. La grieta que el enemigo ha creado es, en sí misma, un desequilibrio para el mundo; algo que podría considerarse ajeno a este. Por tanto, allí dentro podrían no funcionar los tatuajes. Siendo él mismo su creador, podría tener el poder de viajar a través de ella. Eso nos llevaría a que tiene otra abertura más allá del monte Karanlik. Porque está claro que se ha llevado a Camille para utilizarla con sus súbditos. Seguro que la tiene en su propio hogar: el castillo Finisternis. Así se llama dónde él vive, me he estado informando.

»Por otro lado, como la grieta es un desequilibrio, puede escapar de algún modo a las leyes de este mundo. Tal vez a través de ella el tiempo corra distinto, más rápido o más lento. Lo que está claro es que tenemos que ponernos en marcha en dirección al reino de pesadilla de ese ser abominable y rescatar a Camille.

Todos nos mostramos sorprendidos. Pero, de acuerdo con la teoría del brujo, tenía sentido. Fuese o no cierto que su padre podía viajar a través de la grieta, lo que estaba claro es que estaría en el castillo Finisternis; así se llamaba. Por lo que teníamos que ir a buscar a mi aishiteru. La rescataría, y mataría a su padre con mi propia oscuridad…

Ov me miró, como si supiese lo que estaba pensando.

—No, nada de muertes innecesarias en este rescate. Te leo la mirada, no la mente. —Alzó las manos en gesto de inocencia—. Ya lo mataremos cuando llegue el momento. Tenemos que pasar desapercibidos. Si llamamos la atención siendo muchos, podría

usarla como arma antes de tiempo. La rescataremos por la noche, cuando el ángel negro duerma. ¡Oh, vaya!, ¡qué mala suerte que los ángeles necesiten dormir!

De pronto aparecieron en el salón del trono Onius, el capitán de la guardia ese día y Roram, uno de los vampiros encargados de la vigilancia de la grieta.

—Alteza —comenzó Onius, hablando de manera atropellada, mientras hacía un rápido saludo militar—, el enemigo ha intentado llevarse a la princesa a través de la grieta. Roram los ha visto. Informa, soldado.

—Alteza, mis compañeros y yo estábamos de guardia en la grieta. Hemos visto a un ángel negro que aferraba fuertemente a la princesa Camille, que parecía desmayada, y trataba de llevársela —siguió Roram visiblemente alterado, olvidándose de saludar—. Yo he corrido a avisar a la guardia, mientras mis compañeros se enfrentaban a él.

—Alteza —continuó el capitán—, he ordenado la alerta, enviado una patrulla de socorro integrada por vampiros, más rápidos, y mandado aviso al general Kurai. Por último, he recibido vuestra orden, que me transmitió Aerian, y he dispuesto que los soldados de refuerzo de la guardia protejan la salida de los invitados e incrementen la seguridad en la ciudad.

Entonces el sargento Dracra apareció ante nosotros. Los vampiros eran extremadamente útiles para dar noticias cuando el tiempo era valioso y jugaba en tu contra.

—Alteza —saludó militarmente—, soy uno de los integrantes de la patrulla de socorro. Os informo de que los dos primeros guardias están muertos y no hay ni rastro de la princesa ni del enemigo. Hemos encontrado en el jardín la corona de vuestra aishiteru y dos copas, tiradas en el césped junto al lago de las anátidas oscuras. Creemos que se la ha llevado a través de la grieta.

Hablando de Cardan; en algún momento, con todo ese revuelo, se había colocado a mi lado. Miraba confuso lo que iba aconteciendo.

Dracra me entregó la corona. La agarré con delicadeza, recordando la dulce mirada de mi aishiteru. La encontraría.

—Gracias, soldados. Podéis retiraros.

—Sí, Alteza —respondieron al unísono. Y desaparecieron.

—Bueno, esto concuerda con mi teoría —comenzó Ov—. Está claro que le dio a beber algo que la hizo dormir para llevársela. Es lo menos dañino, y por eso no responde a tus latidos.

—¡Maldita sea! —gruñí. Me volví hacia mis padres, quitándome mi corona de la cabeza también. Les ofrecí ambas—. Tomad, yo tengo una misión que emprender.

—Tranquilo hijo, la encontraréis —contestó mi padre.

Mi madre me dio un rápido abrazo.

—Creo que será mejor que vayáis a vuestra habitación. No hace falta que sigáis aquí. El reino os necesita. Mejor id a descansar.

Tras una corta conversación, en la que nos ofrecieron sus mejores deseos, se marcharon. Me volví hacia Kaia.

—Tú y Cardan deberíais quedaros.

—¡Cuaaack! —parpó el pato indignado.

—¿Qué? Ni de broma. Han raptado a mi amiga. Quiero ayudar.

—Siento interrumpir —dijo Ovraal—, pero creo que el príncipe tiene razón. Nadie que haya cruzado el monte Karanlik ha regresado con vida. Por eso necesitamos a alguien muy poderoso, y cuantas menos personas tenga que proteger mejor. —Su voz sonaba chistosa a pesar de las circunstancias. Se señaló a sí mismo y le guiñó un ojo—. Y queremos pasar desapercibidos. Por eso no llevaremos soldados, que están mejor protegiendo la ciudad.

Se volvió hacia mí.

—Sé que a ti no voy a convencerte de que te quedes. Y tú eres mi príncipe, así que no voy a negarte que me acompañes.

—Me alegro de que me entiendas —contesté, dejando que mis corrientes de oscuridad se desatasen, en un intento de liberar la tensión acumulada.

—¡Alto ahí! ¿Qué pasa conmigo? —preguntó Shed.

—Tú también te quedarás —lo miró Ov desafiante—, cuidarás de Seika.

El erizo se removió en mis manos, disconforme.

—Lo siento, pequeño. Tenemos que traer a tu amiguita sana y salva —le susurré.

Puso mala cara; pero después emitió un ruidito, claudicando.

—Oye, estáis locos si pensáis que yo voy a quedarme aquí —insistió Shedyel—. Quiero ayudaros. Tres tampoco son tanta gente. Y podré intervenir si sucede cualquier cosa.

Shed y Ov se desafiaron con la mirada en una batalla silenciosa.

—Yo lo cuidaré, en mi cuarto no le faltará de nada y será seguro con las salvaguardas. —Se ofreció Kaia, rindiéndose a quedarse y alzando las manos—. Cuanto antes partáis, mejor.

Le entregué al erizo.

—Gracias. Cuéntale tú todo a Aerian. Y puedes participar en la vigilancia de Palacio con él si quieres. Siento que se haya acabado antes de tiempo su día libre.

—No es culpa tuya, es culpa de ese tío. Algún día tendré el placer de descargar mi poder contra él ¡Buena suerte chicos! —Se volvió hacia la anátida—. Vamos Ard, puedes venir a mi cuarto a jugar con Sei hasta que ellos regresen.

Ella comenzó a andar con paso decidido y la cabeza bien alta. Cardan parpó contento, con eso lo había conquistado, y la siguió fuera del salón del trono.

Me volví hacia la pareja de vampiros, que aún se retaba con la mirada.

—Vamos, dejadlo ya. Iremos los tres a rescatarla. Ya hemos perdido mucho tiempo hablando. Y antes de que digáis nada, nadie va a convencerme para que duerma esta noche, ¿entendido?

—Sí, alteza —respondieron al unísono.

Capítulo 30. Operación de rescate



Zephyran

No tardamos mucho en preparar las provisiones, sacándolas de las cocinas de Palacio. El viaje a Dusternis sin ningún tipo de descanso era aproximadamente de cinco días; según la distancia medida en los mapas hechos por cartógrafos que habían alcanzado la ciudad por mar antes de que el enemigo la conquistase. En realidad nadie había atravesado el monte Karanlik, o al menos, no había regresado para contarlo. Completados los preparativos, salimos del Palacio de las Tinieblas sin intercambiar muchas palabras.

Ahora atravesábamos el Bosque Espejismo. Pese a ser el lugar de Dusterkeit que más odiaba, por su cielo de noche cerrada, negra como una pesadilla, parecía condenado constantemente a recorrerlo. Agradecí que fuese de noche; la luz de la luna, acompañando a la de las estrellas titilantes en el cielo, hacía que el rango de visión fuese algo mayor.

Les había pedido ir a velocidad vampírica, para reducir la duración del viaje lo más posible. Eso me había costado tener que ir a caballito sobre Ovraal, lo cual era visualmente todo un espectáculo. Los vampiros bromeaban y esquivaban los grandes árboles de ramas retorcidas en ángulos impensables. Yo estaba a otras cosas, tratando de contactar con Camille a través de los latidos; pero sin obtener respuesta.

—No sabemos cuánto tiempo dura eso que la ha hecho dormir plácidamente. Podrían pasar muchas horas hasta que se despierte —había dicho el brujo, en un intento de tranquilizarme.

Pasaron diez horas. La luna se escondió y seguía sin haber ni rastro de Camille. Volví a manifestarle al brujo mi preocupación. Shed me miró con compasión. Ellos parecían alegres; pero, por mi percepción inmortal, podía captar perfectamente la tensión que sentían.

—Muchas horas también pueden ser un día entero —contestó, frenando en seco y fijando sus ojos verdes, que se volvieron de color esmeralda, en mí.

Sentí mucho sueño; me había pasado la noche sin dormir y había tenido un día demasiado duro. Mi cuerpo necesitaba descansar antes de seguir con el nuevo día. Con esos pensamientos me perdí en el reino onírico, sintiendo que la espalda de Ovraal era la mejor almohada del mundo.

Abrí los ojos de golpe; tomé conciencia de encontrarme tumbado sobre algo mullido. Escudriñé la estancia. ¡Por todas las plumas del ángel!, estaba en mi tienda mágica. Un vacío se instaló en mi cuerpo al recordar que la última vez Cam había estado conmigo; y ahora estaba en manos del enemigo. Me levanté de golpe, comprendiendo con rapidez lo que había sucedido. Ovraal había controlado mi mente para que durmiese y Shed lo había sabido; por eso me había mirado así. Apreté los puños con fuerza. Debería agradecérselo, porque habría estado dispuesto a no dormir hasta alcanzar el monte Karanlik; pero eso también me habría hecho más débil.

Me dirigí a la salida y desplacé la tela con cuidado. Me asomé, para comprobar que aún no había salido la luna. Saqué mi farolillo de la mochila y lo encendí antes de salir. Al lado de mi tienda se encontraba la de Ovraal y Shedyel. Quizás no debería ir a llamarlos, por lo que pudiesen estar haciendo; pero el tiempo apremiaba.

Caminé esquivando alguna seta luminosa, atento al canto de los búhos oscuros, que debían de estar en los árboles que nos rodeaban.

—Ovraal, Shedyel —los llamé, sin atreverme a abrir la tela.

—Alteza, ¿te has despertado? —escuché la voz de Ov y varios ruidos antes de que se acercase a la entrada y abriese un poco la

tienda. No iba a preguntar qué estaban haciendo—. ¿Qué tal estás?

—¿Por qué lo has hecho? —pregunté, tratando de no enfadarme—. Podríamos haber hablado como personas normales.

—No habrías entrado en razón.

Gruñí en respuesta.

—Vamos, incluso nosotros necesitábamos descansar. Nos dirigimos al hogar del enemigo. Lo mejor es que nuestros poderes estén al cien por cien, por lo que podamos encontrarnos.

Sentí que mi estómago estaba demasiado vacío.

—Vale, tú ganas. ¿Qué te parece si voy a por leña y preparamos una hoguera para comer?

—¿Comer? —ironizó—. Está bien entrada la tarde, hemos hecho un buen descanso. Bueno, tú sobre todo.

—Pues comida cena, para poder seguir viajando por la noche —contesté tras un largo suspiro.

—Me parece bien —respondió, elevando un pulgar hacia arriba—. Y tranquilo, no la va a matar. Es mejor llegar más tarde y con fuerzas para defendernos si nos pilla, que llegar antes siendo débiles. Shed y yo nos ocuparemos de preparar la comida.

Asentí y me perdí en el bosque. Ovraal tenía toda la razón, yo era un estratega y debía de haber pensado con la cabeza. Pero mi amor por Camille me había cegado por completo, ofuscado en salvarla cuanto antes. Caminé, con los oídos bien alerta, entre árboles y setas, recolectando leña en silencio.

De pronto un ruido captó toda mi atención. Miré a todas partes, enfocando con el farolillo y maldiciendo por haberme apartado demasiado de la tienda mágica. Cuando creía que no había nada volvió a escucharse, justo a mis espaldas. Me volví y desaté mi oscuridad a mi alrededor, a modo de barrera, de forma instintiva.

—Zephyran Oakleaf —murmuró Skum, que al instante dejó de serlo para dar paso a un ser de ojos rojos como dos rubís.

—Tú, el padre de Cam —gruñí, dejando caer toda la leña a mis pies.

—El mismo.

Fue todo lo que necesité oír para dejar que mi oscuridad se replegase contra él. La esquivó con demasiada facilidad.

—Dime joven príncipe, estarías dispuesto a morir para que tu aishiteru pueda vivir —murmuró—. Solo no podrás atraparme.

Una rama crujió; retrocedí, sin volverme hacia ella. Podía ser una trampa.

—Zephyran, ayúdame. —sonó la inconfundible voz de mi aishiteru—. Me duele todo.

—Mira cómo está. Es ella o tú. Entrégate a la muerte y os la devolveré.

Una bola de oscuridad comenzó a formarse en su muñeca. Me giré unos instantes, para encontrarme con una Cam atada a la rama y completamente magullada. Dos cortes demasiado feos atravesaban su cara. No se curaba. Algo muy malo le estaba pasando para que no lo hiciese.

Volví a lanzar corrientes de oscuridad; pero él siempre las esquivaba.

—No te entregues por mí —decía ella.

—«¡Camille!… ¡Camille!… ¡Camille!...».

Intenté usar mi conexión mental con ella. La llamé una y otra vez; pero no funcionaba. No podíamos hablar. Era imposible.

El enemigo lanzó un rayo de destrucción y me elevé en el aire, batiendo las alas con fuerza, para esquivarlo. Suspiré aliviado.

—No me gusta repetir las cosas dos veces, príncipe de mierda. Muere ahora, o la haré sufrir.

Un rayo de destrucción viajó veloz a donde estaba ella. Demasiado rápido para que yo pudiese hacer nada para pararlo; ni siquiera me daba tiempo a interponer mi cuerpo. Cayó en sus manos, que comenzaron a volverse negras, a deshacerse. Ella empezó a chillar, agonizante.

—Morirá. Ya la he usado para lo que quería. No me sirve para nada.

—¡Camille! —grité con todas mis fuerzas.

Su cuerpo cayó inconsciente al suelo. Lejos de mí.

—Te mataré —gruñí. Y me abalancé sobre él.

Pero mi cuerpo se encontró con el césped. Miré hacia arriba, donde él estaba volando.

Capítulo 31. Bosque Espejismo



Ovraal

El grito desesperado de Zephyran, despertó todas mis alarmas. Lo peor no era el grito, era su contenido: ¡Camille! Por Vlad Drácula, ¿qué estaba sucediendo? Aunque tenía una teoría. Agarré a Shed con fuerza, sin tiempo para explicaciones, y corrí todo lo rápido que mi cuerpo me lo permitió, siguiendo las pisadas aún húmedas del ángel negro.

—Luego te lo explico —dije en cambio.

—No será necesario. Hay que estar sordo para no haber oído eso —contestó, soltándose y corriendo a mi ritmo. Ventajas de ser ambos vampiros.

Me encontré frente a Zephyran tirado en el suelo, protegiendo a una Camille demasiado magullada; era imposible que no se hubiese curado, por supuesto. El supuesto enemigo volaba sobre ellos, dispuesto a lanzar su rayo de destrucción para matar a Zep y llevarse a Camille en el proceso.

—No lo hagas Zep —pidió Cam.

—Te protegería con mi vida, ese es mi destino —aseguró, completamente ido.

—«Dame un segundo y quédate ahí, por lo que más quieras» —le transmití a Shed a través de nuestro puente mental.

Obedeció sin rechistar.

—«Por ti».

Sonreí a través de nuestro puente mental y me coloqué en un punto en el que el enemigo pudiese verme.

—¡Eh, tú! Sucia sabandija.

Todos se volvieron hacia mí. Pero mis ojos se clavaron en el enemigo. No podía leer su mente, no podía controlarlo. Quizás el padre de Cam era más poderoso de lo que todos pensábamos o quizás mi teoría era cierta, sencillamente; porque no notaba siquiera una leve resistencia a mi poder. Los ojos púrpura de Camille se encontraron con los míos. Había prometido no leerle la mente, pero esta era una emergencia. Nada; no podía leer su mente, ni controlarla. Tal como me temía.

Miré a Zephyran, dispuesto a revelarle mi teoría.

—Alteza, estás jugando con espejismos. Nada de esto es real.

—¡¿Bromeas?!

—¡No le hagas ni caso! —gritó el enemigo.

—Por si te queda alguna duda, voy a demostrártelo —le aseguré al príncipe.

Me coloqué justo delante del enemigo.

—¡Vamos! ¡Mátame a mí!

—¿Te has vuelto loco? —preguntó el príncipe, aún sin asimilar lo que estaba pasando.

—Te mataré a ti entonces. Hace mucho que sueño con tu muerte, brujo.

—«No intervengo porque confío plenamente en ti. Pero si mueres, moriré contigo» —amenazó Shed a través de nuestro puente mental.

«Vale, Shed. Lo tengo muy claro. Ambos estaremos vivos después de esto».

Pero nadie intervino cuando el rayo de destrucción del enemigo alcanzó mi corazón. Mostrando que en el fondo confiaban en mí.

Capítulo 32. Señales del corazón



Zephyran

Observé con algo de temor, pero a la vez con plena confianza en el brujo, como el rayo de destrucción alcanzaba su pecho. Y como después se giraba con una amplia sonrisa de victoria, para demostrarnos que no le había sucedido nada. Eché de golpe todo el aire que había estado conteniendo, y me aparté del espejismo de Camille que, mirándolo mejor, había desaparecido; y con él el del enemigo.

—Os lo dije —comenzó Ovraal, agachándose a recoger la leña que yo había dejado desperdigada por el suelo.

Shed salió de entre los matorrales que había a nuestro lado y chocó las palmas con él, diciéndole que era un genio.

—Gracias por salvarme de esta locura —comencé—. ¿Cómo lo has sabido? Era demasiado real. Eso de los ángulos no funciona tan bien cuando el espejismo está hecho con personas.

—No, es difícil encontrar el ángulo en el que desaparecen. Los espejismos no pueden hacernos daño y la única forma de vencerlos es enfrentándose al miedo; por eso dejé que me matase. Al fin y al cabo, este bosque juega con nuestros peores miedos para mostrárnoslos.

—Sí, eso ya lo sé. Pero no me puedo enfrentar al miedo si no encuentro el ángulo que me revele la verdad. Si resultara ser cierto puedo morir en el intento. ¿Cómo has encontrado el ángulo ciego tan rápido? No quiero volver a caer en esto.

—No lo he encontrado.

Lo miré confundido; pero Shed parecía haber encajado las piezas.

—Ha tratado de leer o controlar las mentes de Camille y de su padre. Y no ha podido —explicó Shed.

—Exactamente —corroboró Ov—. Siento haber intentado profanar la mente de Cam espejismo, pero era una emergencia. Los espejismos no son personas reales, por lo que no puedo controlar la mente de algo que no existe. Así lo he sabido.

—Eres un genio. No me voy a separar de ti en todo el viaje —bromeé.

—Me parece correcto. Cualquiera en su sano juicio viviría pegado al poderoso brujo Ovraal eternamente.

Una pequeña criatura de pelaje azul celeste apareció en nuestro campo de visión. Clavó, solo unos segundos, en nosotros sus cristalinos ojos azules, siempre acechantes a los temores de los visitantes del bosque, y correteó fugaz entre nuestras piernas. Sus pupilas negras estaban dilatadas, indicando que había creado un espejismo recientemente. Era un imago.

—Y ahí estaba el responsable —anunció Ov, devolviéndome a la realidad.

Después de eso hicimos la fogata y la parada correspondiente para comer. Ov y Shed me confesaron que ellos habían estado avanzando por la mañana, conmigo dormido sobre la espalda del brujo, por lo que habían dormido mucho menos que yo; pero eso no era problema para unos vampiros. Eso quería decir que el monte Karanlik estaba más cerca de lo que hubiera imaginado.

Retomamos la marcha. Las alucinaciones se volvieron pequeñas pesadillas, muy muy transitorias por cortesía de Ovraal, que terminaba con ellas demasiado rápido como para que el miedo se formase en mi sistema. También contribuía que, después de la primera, ya no era tan fácil engañarme. La noche llegó, dando paso a la luna y a más luz en el cielo negro azabache.

—Ha salido la luna, y eso significa que es la hora de dormir de cierto príncipe —anunció Ovraal, mirándome por unos segundos con una amplia sonrisa. Estaba loco, girándose en marcha.

—He dormido hace nada, gracias a tus poderes —le recordé con cierto resquemor.

—Lo sé alteza. Pero el monte Karanlik aparecerá ante nosotros cuando amanezca, y no sabemos cuándo podremos volver a parar para dormir.

—Nosotros no lo haremos —puntualizó Shed—. Comenzaremos con las guardias una vez pisemos el terreno del monte, pero tú tendrás que dormir. No debería haber mucho tiempo a velocidad vampírica hasta el castillo del enemigo. Suponiendo que no encontremos ninguna amenaza que nos retrase, y no tiene pinta de que vaya a ser el caso.

No sabía en qué momento se había vuelto Shedyel tan hablador; pero suponía que la confianza que había ganado conmigo en todo este tiempo había surtido su efecto. Me gustaba su prudencia.

—Recuerda, nadie que haya pasado de allí ha salido con vida. Aunque eso es porque yo no lo he intentado —aseguró el brujo.

—Vale, vosotros ganáis. Vamos a dormir.

—Tranquilo, nosotros andaremos un poco más. Y luego descansaremos solo unas horas. Te ahorraré la incomodidad de esforzarte en quedarte dormido en mi espalda.

Frenó unos instantes y clavó su mirada verde en mí; rápidamente se tornó esmeralda. No opuse resistencia; de todas maneras, era consciente de lo mucho que me hubiera costado conciliar el sueño. En cuestión de segundos me perdí en mis sueños, o más bien pesadillas; porque la ausencia de Cam estaba causando estragos serios en mi mente. El enemigo amenazaba con matarla si no me entregaba, una y otra vez en infinitos escenarios; aunque eso no tenía ningún sentido, porque la necesitaba como arma. Habría jurado que gritaba dormido y, en ese momento, la paz alcanzó mi sistema y las pesadillas se volvieron sueños. Mi subconsciente sabía que había sido el brujo, controlando mi mente.

Me desperté en mi tienda mágica. Cuando me levanté para ver dónde estábamos, toqué algo duro con los pies y miré al suelo sobresaltado.

—Pero…, ¿qué murciélagos hacéis vosotros dos durmiendo en el suelo de mi tienda?

—Buen antelunio, alteza —respondió Ov, poniéndose boca arriba y abriendo los ojos de golpe—. No podíamos dejarte solo a estas alturas del viaje.

—Sí, mira tú mismo dónde nos encontramos —sugirió Shed—. Por cierto, ya se ha puesto la luna.

Los esquivé y sentí como se levantaban a mis espaldas. Llegué en dos zancadas hasta la puerta de la tienda, desplacé la tela de golpe y la negrura del antelunio me recibió. Frente a nosotros se alzaban imponentes unas grandes montañas, negras como la obsidiana. Se confundirían con el cielo, de no ser por sus puntas nevadas y por alguna especie de esencia primigenia y antigua, que las hacía destacar frente al mundo. El monte Karanlik.

Sentí la mano de Ov en mi hombro, dándome un ligero apretón; Shed hizo lo mismo al otro lado. Estábamos juntos en el camino, ellos eran mi apoyo para rescatar a mi aishiteru; ese era el mensaje que sin palabras me estaban transmitiendo. Rebusqué en mi interior a mi princesa de luz y le mandé un latido de fuerza y esperanza, una vez más intentando que me contestase. Hubiera deseado que mi corazón transmitiese el mensaje: «voy a por ti»; pero no era posible. Pasaron los segundos y, cuando ya había perdido toda esperanza, un latido de cariño llegó a mi sistema. Me erguí de golpe por la sorpresa. Usé la conexión de nuestros tatuajes para localizarla, y confirmé nuestras peores sospechas.

—¿Qué te pasa? —preguntó el brujo.

—Camille ha despertado. Está en el Castillo Finisternis.

Capítulo 33. Mi padre



Camille

Me desperté sobresaltada. Todo lo sucedido vino a mi mente, en una secuencia interminable de imágenes que me hacían revivir mi peor pesadilla. ¿Cómo había sido tan tonta? Aunque, pensándolo mejor, ¿quién iba a imaginar que mi propio padre se colaría en el palacio haciéndose pasar por otro invitado? Había sorteado las salvaguardas de Ov; pero eso era, supuestamente, imposible.

Me hallaba en una cama, negra, como el alma podrida de mi padre. Un momento, ¿qué hacía en una cama si era una prisionera? Aparté las sábanas de golpe, pude ver que aún llevaba el vestido de la coronación como prueba de lo que había pasado, y me levanté. Corrí al ventanal para asomarme. Un siniestro jardín lleno de oscuras plantas me recibió. El cielo era pura negrura, pese a que, de vez en cuando, los relámpagos lo partían. Registré la habitación con la mirada; las paredes, de color azabache, hacían juego con la cama y el resto de muebles de madera oscura. Casi parecía el dormitorio de un fanático del negro y no la prisión que seguramente era. No tenía dudas de que estaba en el castillo de mi padre.

Aunque, solo por si acaso podía huir…, corrí a la puerta y la abrí de golpe. Nada raro, en apariencia. Traté de atravesar el umbral con la mano, pero algo quemó las puntas de mis dedos. Pegué un grito y retrocedí. Estaba oficialmente atrapada.

Escuché unos pasos y mi corazón se aceleró. La idea de hacerme la dormida cruzó fugaz por mi mente. Pero la descarté rápidamente, puesto que acababa de gritar delatándome y, seguramente, él sabría

cuánto tiempo iba a dejarme inconsciente lo que quiera que hubiese echado en aquella copa.

Él apareció ante mí. Lo sabía sin necesidad de ninguna confirmación.

—Buen antelunio, hija mía —saludó sonriente.

—Haguddrac —respondí, sin ganas y con rabia. Ya no importaba pronunciar su nombre. Estaba con él.

—Prefiero padre o Gran Rey, lo que más te guste.

Observé sus ojos, rojos como la sangre, clavados en los míos, su pelo negro revuelto y sus grandes alas negras, destacando a sus espaldas. Iba vestido de negro; el mismo tatuaje blanco que sobresalía de su traje en el baile estaba ahora al descubierto. Había dicho que su aishiteru había muerto hacía mucho tiempo. Claro…, era Ahrienia.

—Veo que te has fijado en el precio que pagué para poder encontrarte. —Su voz era grave, y sonaba demasiado terrible en mi cabeza.

—Es el tatuaje que te hiciste con mi madre —respondí cabreada.

—Relaja esos humos, hija mía. He dedicado mi vida a encontrarte desde que esa sucia chupasangre te arrancó de mis brazos.

—¡No te atrevas a hablar así de mi madre!

Quería atacarlo, pero no podía. No podía atravesar la barrera mágica de la puerta para tocarlo y usar mi poder sobre él.

—¿Sabes? Ella era la mala de esta historia. Yo solo quería lo mejor para Dusterkeit.

—¿Por qué tenéis un tatuaje? —respondí, ignorando sus palabras.

Recordé el tatuaje de Ahrienia: una corriente negra con multitud de bifurcaciones, que claramente representaban la destrucción. El blanco de Haguddrac en cambio representaba la luz de la curación de mi madre; la luz que no merecía. «A veces tu aishiteru prefiere el poder por encima del amor», había dicho ella. Por eso sus tatuajes no eran sus poderes combinados. ¿Pero acaso se podía amar a alguien y traicionarlo por el poder? ¿Matarlo con tus propias manos? Yo no lo creía.

—¿No es obvio? —contestó aburrido; aunque su voz sonaba más amable de lo que esperaba. No ganaría así mi confianza—. Amaba a

tu madre.

—¡¿Y por eso la mataste?! —le espeté.

—Hay cosas que están por encima del amor. Tú eres más débil que yo porque priorizas el amor. —Señaló mi tatuaje—. Esa representación de vuestros poderes combinados me lo revela. Y la información es poder. Darías cualquier cosa por tu aishiteru. Eso te hace débil.

»Yo, en cambio, sacrifiqué el amor por una causa mayor. Fue fácil engañarla, ¿sabes? Conociendo lo que estaba escrito en los hilos del destino creé un personaje: Reth. La quise mucho tiempo, la cuidé; pero, cuando llegó el momento de tenerte, llegó la hora del sacrificio. Ella nunca me habría dejado usarte como arma, tenía que apartar los obstáculos de mi camino. El tatuaje eterno e imborrable fue muy útil para localizarla, por mucho que se escondiese, ¿sabes? Algunos inútiles murieron por intentar protegerla de lo inevitable.

—¡Estás loco! —grité encolerizada.

—Fue igual de fácil engañarte a ti —continuó hablando haciendo caso omiso de mis palabras—. Aunque esta vez tuve que hacerme pasar por alguien que iba al baile de verdad. Mis fuentes me informaron de que asistiría a la coronación ese tal Skumring, por lo que fue fácil colarme en palacio. Te hice creer que me quedaba poco tiempo de vida; eso y la historia de mi aishiteru consiguieron reblandecerte y hacerte confiar en mí. Hija, tienes que aprender a ser menos ingenua y crédula.

Cruzó con facilidad el umbral y se colocó a escasos centímetros de mí. Era tentador atacarlo, y eso hice. Una bola de fuego comenzó a formarse en mi mano. Pero antes de que creciese, la suya se cerró sobre la mía y las brasas se apagaron. Un dolor insoportable inundó las células de mis manos. Contraataqué, casi por instinto, con la magia de curación. Estaba destruyendo mis células, pero no estaba usando todo su poder. Me habría matado. No lo haría. Me necesitaba.

—No intentes atacarme —gruñó—. Soy mucho más poderoso que tú y conozco todos tus trucos.

Puse mala cara. De momento, atacarlo quedaba descartado.

—¿Dónde está el verdadero Skumring? Lo has matado, ¿verdad?

Me miró fijamente.

—¿Tan poca fe tienes en tu propio padre? No soy tan malo como crees, o debería decir como te han hecho creer —hizo una pausa. Se notaba que le gustaba su papel de superioridad en el tablero. Él iba muchos pasos por delante de nosotros—. Verás, dejé al verdadero Skumring atado con esposas mágicas a mitad de camino entre Kairu y Noctis, controlado por unos entes oscuros para que no hiciese ninguna tontería. A estas alturas ya lo habrán liberado y habrá vuelto a su hogar. Me imagino.

¿Estaba de coña? ¿Qué pretendía? ¿A qué estaba jugando? Recordé las palabras de Ovraal: «Creo que tu padre es de esos seres arcaicos que no está a favor de la igualdad de especies». También había llamado sucia chupasangre a mi madre. ¿Sería porque era un ángel negro? ¿Lo habría matado de ser un vampiro? Tampoco había pasado desapercibido para mí el «a estas alturas». ¿Cuánto tiempo llevaba dormida? Pero debía resolver mis dudas por partes.

—¿Por qué no lo mataste? —insistí.

—No tengo nada en contra de los ángeles negros. Siempre y cuando me sean leales o no se manifiesten en mi contra —puntualizó—. No puedo decir lo mismo de los vampiros; aunque estaría dispuesto a tolerarlos si se adaptaran a mis normas.

—Yo soy una vampira —gruñí, mientras llegaba a la conclusión de que Ovraal tenía razón.

—Tú eres una hí-bri-da —contestó arrastrando las sílabas—. Llevas genes de ángel negro. Y no de uno cualquiera. Tienes genes míos.

Su arrogancia teñida de amabilidad me sacaba de quicio. Era mejor así. No podía encariñarme con él. No podía pensar en el vínculo que nos unía. Mi verdadero padre siempre sería Erik.

—¿Cuánto llevo dormida? —pregunté, ignorando sus comentarios.

—Día y medio.

Aquella información me pilló por sorpresa. En teoría su castillo estaba en Dusternis, al sur del reino, por lo que deduje que debería de haber varios días de viaje hasta aquí. Pero, por otro lado, no me

sentía como si hubiese dormido tanto. Tenía que verificarlo. Tampoco conocía las distancias.

—¿Dónde estamos?

—En mi castillo, bienvenida al Castillo Finisternis —ironizó.

Un fuerte trueno se escuchó de fondo, pero él ni se inmutó.

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí tan rápido?

Apretó los puños con fuerza y se separó ligeramente de mí.

—Me estoy empezando a cansar de tanta pregunta —Podía sentir la tensión. Le costaba ser «amable»; no iba con él, como no podía ser de otra manera tratándose de un asesino egocéntrico con aires de superioridad—. Como mis queridos súbditos no consiguieron atraparte en la emboscada de la Ciudad en Ruinas, decidí ir yo mismo. Nada como hacer las cosas uno; lástima que algunas solo puedan suceder con ayuda. Soy el único capaz de burlar las salvaguardas de ese vampirucho; Ovraal, ¿verdad? El resto de la historia ya la conoces. Hechicé la copa que te bebiste para que te dejase dormida durante el viaje; fue demasiado fácil. Como ya te dije, el amor te hace débil.

Un recuerdo fugaz cruzó mi cabeza.

—La hechizaste cuando fuiste a por las copas, mientras miraba a Zep… —murmuré, y me arriesgué a seguir. No había respondido del todo a mi pregunta—. Pero no me has contestado a mi pregunta, solo lo que hiciste conmigo para raptarme.

Soltó el aire con fuerza.

—Mira, me da igual contestarte. Tómate esta información como un regalo. De todas maneras, no saldrás de aquí; este será tu nuevo hogar.

«Ni en sueños», le habría dicho; pero me convenía guardar silencio. Confiaba en que viniesen a rescatarme, porque huir yo sola estaba descartado. Zephyran tenía que haberse dado cuenta de que yo no estaba. Y en ese momento, como si fuese cosa del destino, me llegó un latido de cariño de Zep. Respondí con otro de fuerza y esperanza. De funcionar nuestro puente mental le habría dicho: «estoy bien y confío en ti»; pero tenía que conformarme con eso.

—Gracias, supongo —contesté tras una larga pausa, incitándolo a seguir.

Entonces recordé que el tatuaje me permitía localizar a mi aishiteru, y di gracias por ello. Me adentré en nuestra conexión, intentando no parecer concentrada frente a Haguddrac. Tardé unos segundos en saber que estaba frente al monte Karanlik. No tenía ni idea de cómo el tatuaje sabía decirme que estaba en un sitio que yo no había pisado jamás, al menos no conscientemente. La respuesta más sencilla era magia, la magia sí conocía todo el reino. Aunque lo importante era lo que aquello significaba: quería decir que estaba viniendo a rescatarme. Y eso calentó mi corazón, dándome más fuerzas para continuar siguiéndole la corriente.

—Hemos venido hasta aquí a través de la grieta. Solo el destructor del equilibrio puede hacerlo, aparte de vuestros amiguitos: los entes oscuros y monstruos, que os han estado visitando con frecuencia. —Era una provocación, pero no respondería. Me mantuve firme—. El tiempo pasa más rápido dentro de la grieta y se tarda menos en llegar a mi castillo desde ella, puesto que tiene otra abertura cerca de aquí. Tú has venido agarrada a mí todo el trayecto; de otra manera no habría sido posible que las cruzases.

Lo miré en silencio, tratando de no parecer sorprendida. No era ninguna buena noticia que él pudiese viajar por la grieta. Si había tardado menos de día y medio en traerme al Castillo, quería decir que lo teníamos más cerca de lo que pensábamos. Los ataques de la grieta debían de ser todos distracciones para ocultar su verdadero cometido.

—¿Y las manos que salen de la grieta? No las has mencionado en esa lista. Rara vez se ve su cuerpo, por lo que he oído, o ¿es que son monstruos?

—Eso es porque es la oscuridad misma saliendo de ella, proyectándose al exterior formando una criatura, de cualquier forma que se le ocurra, ligada a la grieta.

Aquello no sonaba nada bien. Aunque era un consuelo que no fuese a salir por ella nada con el tamaño de esas manos.

—Bueno, ya hemos tenido suficiente. Ahora permíteme que te enseñe el castillo —anuncio atravesando la puerta.

Lo miré con desconfianza. Chasqueó los dedos.

—Ya no está hechizada. Puedes salir.

Dudé y primero probé a atravesar la puerta con la mano; pero no sentí lo mismo que la primera vez. Ahí ya no había nada. Salí, comprobando que tenía razón. Aunque sabía que, por puro interés, no podía matarme, no me fiaba de él.

—Bien, cuando vuelvas volveré a hechizarla. Solo para asegurarme de que no te escapas. Solo saldrás de esa habitación acompañada por mí.

Observé las paredes negras totalmente carentes de decoración. Su castillo era muy diferente al de Zephyran. Parecía que la vida había sido arrancada de aquel lugar. Había pocas ventanas, y no eran muy grandes. La infinidad de candelabros, que se extendían a ambos lados de las paredes, eran la principal fuente de luz.

—¿Y qué hay de tus súbditos? ¿Ellos no pueden acompañarme? —pregunté esperanzada. Si había alguna mínima posibilidad de escapar y facilitarle las cosas a Zep, era esa. ¿Vendría solo o acompañado? Debía ser lo segundo, teniendo en cuenta que nadie había sobrevivido al camino.

Me miró y se carcajeó sonoramente.

—Voy a pensar que no me estás tomando por tonto. No me fio de mis súbditos, tan solo son medios para fines; y a ellos tu poder los afecta, por lo que podría pasársete por la cabeza la infeliz idea de intentar escapar —remarcó la palabra *intentar*, como si ni con esas fuese a conseguirlo, por algún motivo.

—Era pura curiosidad —mascullé mintiendo. Me convenía.

Un silencio denso se instaló durante el resto del recorrido. Observé que los guardias con los que nos cruzábamos se arrodillaban ante él, sin decir una palabra. Él tampoco les hablaba a ellos. Lo peor era que había más ángeles negros de los que nunca hubiera pensado y, como era de esperar, no había ni un vampiro. Eso sin tener en cuenta a los entes oscuros, que poseían a cuerpos de ambas especies.

Se detuvo ante un gran portón sombrío y brillante con aspecto de estar hecho de ónix, de una negrura que parecía querer engullirte. Dos guardias, entes oscuros, custodiaban la entrada. Su piel

renegrida y cuarteada era aún más tétrica a la luz de las velas. Se arrodillaron con agilidad sobrenatural.

—¡Abrid! —imperó. Seco y preciso, en un tono totalmente diferente al que había utilizado conmigo.

—Sí, Gran Rey —respondieron al unísono.

Entramos en una gran sala, tan oscura como el resto. Frente a nosotros, tras una infinidad de escaleras, estaba su trono. Caminó con paso decidido y en silencio hacia él. Una alfombra roja amortiguaba nuestros pasos. Me giré para observar las paredes hechas de pirita; una gruesa línea de lo que parecían diamantes rojos las recorría a media altura, tan solo interrumpida por una ventana abierta de par en par. Solitario hueco al exterior por el que se observaban los relámpagos, única luz de la estancia, junto con la muy escasa de las lámparas de araña del techo.

Me giré en la otra dirección, esperando encontrar un espejo de lo que había a la izquierda. En efecto, así era; pero también había algo más. Un escalofrío me recorrió el cuerpo al darme cuenta de que, a pesar de que se movía, no me había percatado de su presencia. No hacía ruido al andar.

—Te presento a Amvrila —La voz de Hag retumbó en la estancia. Nos habíamos detenido justo al pie de las escaleras que conducían a su trono—. Un arácnido oscuro extremadamente útil.

El animal, si es que podía considerarse como tal, emitió un chirrido bastante desagradable en respuesta, mientras caminaba hacia nosotros. Simultáneamente, una extraña vibración transmitida por el suelo me entró por los pies y se extendió hasta la punta de los pelos de mi cabeza, intensificando el nuevo escalofrío que ya me recorría. Sus cuatro pares de ojos negros estaban clavados en nosotros. Era como una araña gigante y con veinte pares de patas, cinco veces más que las del mundo humano. Su cuerpo peludo, sacado de cualquier horrible pesadilla, me hacía desear salir corriendo. Pero debía guardar la compostura. Aún temblando, tragué con fuerza, tratando de serenarme. No me haría nada, me necesitaban viva.

El gran arácnido elevó una de sus enormes y peludas patas, de borde cortante como una navaja, al acercarse a nosotros. Echó una

mirada fugaz a su dueño, habría jurado que había veneración en sus ocho ojos.

—Puedes presentarte —concedió, a lo que parecía una pregunta silenciosa en idioma arácnido.

La repugnante pata que había detenido en el aire se dirigió a mí. Me tensé, pero no me moví. La posó sobre mi hombro. Mi estómago amenazando con revolverse; de ser humana ya lo habría hecho. Su extremidad se deslizó hasta mi cara donde se posó con cuidado, casi diría con delicadeza, y se detuvo unos segundos. Emitió un nuevo chirrido y contuve la necesidad de taparme los oídos, no fuera a ser que se ofendiese y me metiese un bocado. Porque había visto sus afilados dientes en un intento de sonrisa; eso no lo tenían las arañas de la Tierra.

—Sí, es mi hija. Sangre de mi sangre. No es comida.

Amvrila emitió otro siniestro sonido y despegó las patas de mí.

Un murciélago extraviado, que debía de haber entrado por la ventana, se posó sobre mi cabeza. El monstruo lo miró, el hambre patente en sus ojos como agujeros negros de pesadilla. Antes de que pudiese hacer ningún movimiento para salvar al animal, Haguddrac lo atrapó y se lo lanzó a su mascota.

Esta, veloz como un rayo, ensartó al pobre quiróptero a la altura del corazón, y se lo llevó a sus enormes fauces. Un desagradable crujido resonó por toda la estancia. Desearía no haber visto aquella escena, que me perseguiría en mis peores pesadillas. Pero la pesadilla tan solo acababa de comenzar.

—Vamos —me pidió, comenzando a subir las escaleras—. Mis súbditos tienen una distancia de seguridad. No pueden acercarse demasiado al trono. Pero tú, hija mía, tienes mi permiso. Si te portas bien puede que algún día reines a mi lado; teniendo menos poder que yo, por supuesto. Soy el único que sabe la verdadera forma en la que ha de regirse este reino.

«Nunca», habría contestado. Pero, si antes ya pensaba que estaba en desventaja, con ese horrible arácnido caminando a nuestras espaldas, mi desventaja se había incrementado de manera exponencial. Me mantuve en silencio, y él no insistió. Por supuesto que no rogaría a nadie por una respuesta.

Cuando nos acercamos lo suficiente a su trono, me di cuenta de que estaba hecho de mármol negro. Tenía grandes incrustaciones de rubíes a lo largo de toda su superficie; pero eso no era lo peor. Lo peor era que dentro de aquellas piedras preciosas parecía haber rostros agónicos encerrados. ¡¿Qué murciélagos era eso?!

—¡Oh! ¿Te gustan mi trono? —preguntó, siguiendo la dirección de mi mirada—. Hay demasiados recuerdos de gente a la que mi poder de destrucción consumió. Pero no entran todos, claro. Son tan solo unos pocos.

¡Por los Animales Guardianes! ¿En qué momento había pasado de contestarle mal a guardar silencio o parecer conformista? Un poco de mi verdadera opinión no le vendría mal.

—Es lo más horrible que he visto en mucho tiempo —respondí cruzándome de brazos.

—Una verdadera lástima, querida. ¿Están volviendo tus malos modales?

—Si no te gustan, puedes dejarme en paz —gruñí.

—Creo que aún no te he contado lo que hace a Amvrila tan especial —Prosiguió, ignorando mis palabras—. Verás, cuando me veo obligado a sacarle la verdad a alguien, ella se encarga. Tan solo atrapa entre sus patas al pobre desgraciado en cuestión, le hace tragar un líquido, negro como la muerte, y saca una voz de ultratumba que resuena en el aire. Expresando entonces tan solo la verdad de lo que piensa o ha visto su presa.

—Eso es muy desagradable —contesté, ignorando el terror que se había apoderado de mi cuerpo. No me mataría, pero…, ¿sería capaz de someterme a eso?, ¿necesitaba alguna verdad de mí?

—Puede serlo para los débiles. Y, por si te lo estás preguntando, en principio no tengo pensado usar su habilidad contigo. A menos que me decepciones, claro.

Habría jurado que un brillo de maldad, como si fuese el mismísimo magma, había recorrido sus ojos.

Capítulo 34. El monte Karanlik



Zephyran

De alguna manera, me tranquilizaba el hecho de que Cam hubiese despertado. Aunque no podía olvidar la teoría de Ovraal de que el enemigo la necesitaba para modificar genéticamente a su ejército y hacerlos más fuertes, seguramente para la batalla final. Cada minuto que pasaba estábamos un poco más cerca de nuestra perdición. También más cerca de rescatarla. Esto último era lo que debía pensar.

Hacía tiempo que el camino se había convertido en oscuridad; pero de la mala. Mi poder reptaba a mi alrededor manteniéndome alerta. Estábamos pasando por el terreno de obsidiana pura que correspondía al monte Karanlik, tan negro como el cielo que había sobre nuestras cabezas. El único contraste de luz eran las estrellas del cielo, y esa esencia antigua que hacía que, de alguna manera, la piedra de las montañas destacase contra el mundo. La nieve que recubría algunas zonas no era suficiente como para que no se vislumbrase el negro entre sus huecos. El propio terreno parecía una advertencia para los más prudentes. No era nuestro caso. Nadie había pasado del monte Karanlik con vida; eso era lo que se decía. El camino nos llevaría a descubrir por qué.

Ovraal y Shedyel escudriñaban el terreno en silencio, como si cualquier ruido pudiese alertar a las criaturas que moraban en estos montes. Por supuesto, no sabía cuáles eran. Nadie había regresado para hablar de esos horrores. Ov frenó en seco, pillándome desprevenido; el farol rebotó en su garganta.

—Por el amor de Vlad, alteza, ¿quieres ahogarme? Me necesitarás para llegar con vida hasta tu aishiteru —murmuró.

—Mis disculpas, no esperaba ese frenazo —susurré de vuelta.

Shedyel dejó que una risilla baja inundase el ambiente.

Un ambiente que, de alguna manera, se había enrarecido. Como si alguna clase de presencia hubiese comenzado a observar nuestros pasos.

—¿Por eso has frenado? —pregunté, cuidándome mucho de que el eco de mi voz no retumbase en la montaña.

—Umbras —murmuró, mirando a todas partes.

Me bajé de él con agilidad y dejé que mi oscuridad me envolviese con más fuerza.

—Creía que eran criaturas mitológicas de los libros —intervino Shedyel—; pero…

—Yo no veo nada.

—Quizás alguien sí logró atravesar los montes, después de todo. Antes de que el enemigo se asentase al otro lado, por supuesto —opinó Ov, sin dejar de mirar tenso en todas direcciones. Sonó como si supiese más de lo que daba a entender; pero no era momento de discutir.

Entonces recordé un extraño manuscrito de la biblioteca de Palacio que leí de niño y hablaba de las umbras. Eran criaturas hechas de sombras, adoptaban diversas formas para apoderarse de quien quiera que se cruzase en su camino. Si confundías tu sombra con ellas y las rozabas, solo un poco, estabas perdido. Te convertirías en una cáscara vacía, ellos engullirían tu alma. Eso si no eras lo suficientemente astuto como para ver aquello que las delataba, diferenciándolas de las sombras normales: sus ojos rojos como la sangre.

Observé como, bajo las ramas de un árbol alargado y lleno de hojas negras, caía una sombra imposible. Una mancha opaca destacaba levemente contra la luminosidad del suelo y de la nieve.

—Ahí —susurré, apretando el hombro del brujo.

La umbra, como si hubiese notado nuestra presencia comenzó a desenroscarse. Era como si la sombra del árbol, donde la obsidiana perdía su brillo, se volviese antinatural y creciese; hasta que sus ojos

rojos aparecieron, destacando demasiado en las tinieblas. Un siseo partió el silencio y salió disparada hacia nosotros.

—¡Cuidado! —chilló Ovraal, corriendo a un lado.

Shed y yo lo seguimos. Yo era mucho más lento, pero había logrado esquivarla de igual manera. Mi oscuridad reptó por el suelo tratando de agarrarla; pero se elevó en menos de un segundo, volviéndose una figura casi etérea. Sus ojos clavados en mí. Y, de pronto, se desintegró. Cayó al suelo en forma de cenizas, que volaron con el aire.

Me volví hacia Ovraal, cuyos ojos eran dos esmeraldas.

—¿Qué? Tiene ojos; le mandé autodestruirse —contestó encogiéndose de hombros.

Shed le chocó la mano.

Quizás con Ov iba a ser fácil cruzar el monte Karanlik, después de todo. Pero más siseos rompieron la calma, más umbras, Como si estuviesen furiosas, como si hubiesen estado conectadas a la primera formando parte de un solo ser. Umbras con vida. Instintivamente los tres nos pusimos en círculo, con nuestras espaldas tocándose. Nos envolví a todos en una gran barrera de oscuridad.

—¿Qué puede hacer mi agua contra unas umbras? —preguntó Shed con ironía—. La oscuridad es parecida a ellas, seguro que funciona. Pero el agua atraviesa las sombras, quizás también las atraviese a ellas.

—Solo hay una forma de comprobarlo —canturreó Ov.

Y diez umbras aparecieron de la nada, inundando todo nuestro campo de visión. Desplegué mi oscuridad en dirección a la más cercana. Pero de pronto apareció una a escasos centímetros de mi barrera, me sobresalté por la sorpresa, pero la mantuve firme. Sus ojos me miraban transmitiendo venganza, como si de alguna forma hablasen a mi subconsciente. Una bifurcación de mi poder la enroscó, aprisionándola hasta que se deshizo.

—Mi poder no funciona contra ellas —murmuró Shedyel.

—No te separes de nosotros entonces —pidió Ov.

—Tendría que estar loco para hacerlo.

Y así, fui desplegando mi oscuridad contra ellas, una y otra vez. Los siseos se iban apagando. Hasta que, entre las cenizas que

esparcía Ov y las umbras que yo deshacía, volvimos a quedarnos solos bajo aquel cielo de pesadilla. El brujo me hizo volver a subirme a él para ganar velocidad. Aunque tuvimos que parar demasiadas veces, para luchar contra las umbra y otros monstruos negros que parecían trozos de la propia montaña con vida.

Cuando la luna se puso, anunciando que deberíamos ir pensando en dormir, el vampiro brujo no se demoró en hacérnoslo saber.

—Estas batallitas nos han retrasado bastante y también han ido drenando nuestra energía. Por eso debemos descansar. Hoy haré guardia yo.

—Acabas de decir que han drenado nuestra energía, y da la casualidad de que yo no he podido hacer nada —contestó Shed cruzándose de brazos—. Yo debería hacer guardia. Tú deberías descansar.

—Ni hablar; si aparecen umbras por la noche tú no podrás hacerles frente, como ya has podido comprobar. Por si se te ha olvidado.

—Claro que no se me ha olvidado, te lo acabo de decir. Si aparecen os avisaré.

—No, de ninguna manera. Tú dormirás. Para la próxima vez, que ya estaremos por Somberheid, podrás hacer guardia. Y despertarme si pasa cualquier cosa, por su puesto.

—Haremos guardia dentro de la tienda mágica, que en teoría está protegida. ¿Qué problema tienes con eso?

—Muchos, un segundo es suficiente para que pase de todo con una umbra.

—Ovraal tiene razón, Shed. Hoy dormirás, igual que yo. Será divertido —añadí, tratando de aportar humor a la situación.

—Mientras estemos vivos, será divertido —contestó Ovraal por él, fulminándolo con la mirada.

—Está bien, vosotros ganáis. —Resopló con fuerza.

Me había pasado todo el viaje por el monte Karanlik haciendo uso del tatuaje, para localizar a Cam y comprobar que permanecía en el Castillo Finisternis. Sentirla me daba seguridad y fuerzas para

seguir adelante. Y eso hice de nuevo, justo antes de dormir. Le mandé un latido de ternura, para recordarle cuánto la quería; otro de satisfacción, porque cada vez estábamos más cerca; y otro de serenidad, porque confiaba en que la princesa vigente volvería con nosotros.

Eché un vistazo a los vampiros, que habían improvisado una cama de sábanas en el suelo. Shed estaba de brazos cruzados, con la mirada perdida en el techo, y Ov sentado y alerta. Tras eso me quedé profundamente dormido. Estaba tan cansado que no había tenido tiempo de pensar en nada más. Aunque habría jurado escuchar la voz de Ovraal, amenazando a Shedyel con que si no se dormía no dudaría en usar sus poderes contra él. Y un: «No te atreverás», con un tono que parecía el del invocador de agua.

Capítulo 35. Lo que los «bebés» durmientes no saben



Ovraal

La noche iba a ser verdaderamente larga en este monte de los horrores. Prometía cosas terroríficas al lado de las cuales las umbras eran simples bebés de galasis. Precisamente por eso, prácticamente había obligado a mis acompañantes a dormir. Me había costado una batallita verbal con Shed; finalmente había logrado que se durmiese, amenazándolo con usar mis poderes sobre él. Me odiaría; pero en el fondo me quería. En mi defensa diría que no me había hecho falta usarlos; yo podía ser muy convincente cuando quería. Como iba diciendo, nadie que conservase la cordura, y hubiese vivido lo suficiente para tener cierta información, caminaría por el monte Karanlik en plena noche. Sí, la luna permitía que la iluminación fuese algo mayor; pero también hacía que saliesen criaturas de pesadilla.

Vivir milenios otorgaba muchas ventajas, y una era haber leído demasiado sobre todas las cosas que tenían lugar en el mundo. La protección que tenía la tienda no era, ni remotamente, suficiente para hacer frente a lo que allí nos acechaba. Por eso me había tirado la primera media hora murmurando palabras para levantar unas salvaguardas en condiciones. Mientras, el príncipe y Shed habían dormido como bebés; no había necesidad de despertar a nadie y alertarlo de lo que pasaría a continuación. Había planeado llegar a Somberheid antes de que anocheciese, pero las umbras habían entorpecido mi misión con creces. Aunque, siendo sinceros, que las umbras retrasasen a los viajeros para que se enfrentasen a los

auténticos horrores del monte no era ninguna novedad. Y ese era el auténtico peligro.

Las criaturas no se hicieron de rogar, solo pude rezar a la Diosa para que mis salvaguardas funcionasen. Confiaba en ellas. Solo podía confiar en mí mismo. Era el más poderoso de todos. Ruidos escalofriantes de todo tipo comenzaron a escucharse. Reclamaban a sus presas. Nos reclamaban a nosotros. Constituían la primera barrera que hacía que casi nadie que cruzase el monte Karanlik lo hiciese con vida. Muchas de las demás barreras, más modernas, seguramente se las deberíamos al padre de Cam. Esas eran las que transformaban ese *casi nadie* en *NADIE*.

La tienda comenzó a vibrar; me volví hacia Zep y Shed, que aún dormían, ajenos a lo que pasaba en el exterior. Por su bien, me metí en sus mentes y volví sus sueños más profundos; no despertarían hasta que hubiese amanecido. A menos que mi magia fallase. En ese caso, estaríamos condenadamente perdidos. Normalmente necesitaba mirar a los ojos a alguien para controlar su mente. Aunque, cuando estaban dormidos, el reinado del subconsciente me permitía saltarme esa barrera.

Sombras de cosas horribles se proyectaron una y otra vez en las paredes de la tienda. Nunca habría podido conciliar el sueño con semejantes pesadillas delante de mis ojos. La tienda vibró más fuerte, como si fuese a ser arrancada del suelo, y mi corazón se aceleró.

«Sobrevivirá, no caerá» me repetí una y otra vez.

—«Ovraal, ábrenos la puerta a tu morada, si no quieres que tu muerte y la de tus amigos sea más lenta y dolorosa. Podemos sentir vuestras presencias».

Varios pares de ojos amarillos se vieron a través de la tela por unos instantes.

No me atreví a responder, no dejaría que pudiesen usar mi voz en mi contra. Las peores criaturas de este mundo moraban ahí fuera, y yo era la única barrera contra ellas.

Sus voces se escucharon una y otra vez dentro de mi mente, incitándome a abrir. Los minutos parecían horas allí dentro. Pero,

conforme iba pasando el tiempo, comencé a respirar de nuevo. Ya habrían entrado de haber podido romper mis protecciones. No lo habían hecho. No podían.

Y a pesar de todo, una intranquilidad me acompañó toda la noche. Mientras ojos de diferentes colores, sombras, voces espectrales y chillidos llenaban las horas. Hasta que la luna se puso y se perdieron con ella, prometiendo una venganza que no obtendrían. Nunca más me expondría en la noche de aquel monte.

Capítulo 36. Soy la perdición del pueblo



Camille

Me desperté con el corazón en la boca. Las pesadillas con Amvrila acompañada de miles de arácnidos oscuros me habían pasado factura, aunque la realidad también se había convertido en una pesadilla. Tenía que evitar a toda costa que usase a ese bicho contra mí; no solo por lo tétrico que parecía, sino también porque podría sacarme información que no quería que encontrase.

Respiré hondo, tratando de calmarme, y recordé los latidos que me había mandado Zep ayer por la noche; como si fuese un «buenas noches» a distancia, cargado de ternura, satisfacción y serenidad. Era como si supiese que todo iba a salir bien. Le contesté tras localizarlo y comprobar que había avanzado bastante por el monte Karanlik. Estaba más cerca, más cerca de mí; pero nadie que hubiese cruzado el monte había regresado con vida. Mi intuición me decía que no viajaba solo. Deseaba con todas mis fuerzas que Ov lo acompañase, su poder de controlar mentes era extremadamente útil y eficaz.

Un poco más tranquila, observé mi vestido extendido sobre una silla regia. Aún conservaba la luz que Sereen le había otorgado. Un rayo de esperanza, un trocito de hogar.

Haguddrac me había dejado ropa más cómoda: unos pantalones blancos vaporosos y una blusa negra algo ceñida. Dijo que había pertenecido a Ahrienia. No tenía ni idea de que hacía con ropa suya en el castillo. Quizás mi madre la había olvidado y él la había conservado. De alguna retorcida e insana manera debía haberla amado, para haber hecho eso.

Dos golpecitos en la puerta me sacaron de mis pensamientos. Sabía quién era sin necesidad de escuchar su voz. Se había mostrado «amable», a su manera, durante el día anterior. Me había enseñado varias habitaciones de su castillo, como si fuese una invitada y no una prisionera. No podría huir, ni aunque quisiera, por culpa de la barrera mágica que había instalada en mi puerta.

—¿Sí? —Ya estaba hasta los colmillos de su falsa amabilidad.

—¿Puedo pasar?

Sus modales eran extremadamente irónicos, puesto que estaba segura de que los perdería en cuanto le llevase demasiado la contraria.

—Sí… —respondí aburrida.

Sin decir nada más, deshizo el hechizo, abrió la puerta y entró. Era tentador escapar. Podría usar mi velocidad sobrenatural, pero mandaría a sus vampiros entes oscuros atraparme. Intentarlo, viendo cómo me miraba fijamente, no era una opción.

—Te pareces tanto a ella… —murmuró.

Sabía que se refería a Ahrienia sin necesidad de que aclarase nada.

—Suerte que no me parezco a ti —bufé. «Ni en mi buen corazón ni en mi aspecto», habría añadido.

—Te levantas con muy mal humor, hija. Ten un poco de respeto por tu padre y Gran Rey.

—Lo que tú digas.

—Bueno, hoy tenemos mucho trabajo que hacer —comenzó, cambiando de tema. Hizo un gesto con la mano para que saliese de la habitación con él—. Sospecho que con tus amigos ya has hecho los deberes y sabes por qué necesito tu ayuda.

Me levanté y lo seguí por el pasillo.

—¿Por qué no viniste a por mí en el baile del solsticio de verano? —pregunté, ignorándolo y siguiendo su táctica de cambiar de tema. Aunque no me salvaría de la que me esperaba—. Era una situación parecida a la coronación, podías infiltrarte y romper igualmente las salvaguardas de mi amigo.

—Ya veo, te has despertado tan preguntona como ayer. Necesitaba comprobar que sabías usar tus poderes.

—¿Lo supiste cuando me tendiste la emboscada?

—La emboscada solo era para atraparte. Lo supe cuando devolviste a su estado original a la primera pareja de Animales Guardianes. Pude sentirlo. No creerías que podías deshacer mi trabajo sin que yo me diese cuenta, ¿verdad?

Aquella información me sorprendió, pero no dejé que él lo notase. Había sido una ingenua por pensar que no se daría cuenta. Podría responder muchas cosas, pero opté por sacarle más información al respecto.

—¿Por qué no mataste a los Animales Guardianes de Luz en vez de volverlos de Oscuridad? Así nadie podría restablecer tu desequilibrio. ¿Y cómo los localizaste a todos?

—Es difícil que los Animales Guardianes mueran. Cuando usé mi magia de destrucción sobre las parejas de Luz, en lugar de matarlas las volví de Oscuridad. Aunque la grieta tan solo era algo temporal, tampoco me convenía a mí dejarla mucho tiempo partiendo los cielos. El desequilibrio que permanece durante mucho tiempo empieza a tener consecuencias sobre el mundo en que se vive.

»Por eso tampoco me interesaba matar a los Guardianes, los necesito para que la estabilidad se restablezca cuando tú les devuelvas su condición; cuando llegue el momento te llevaré yo mismo a visitar a los que permanezcan oscuros. Sé cómo encontrarlos; ya los localicé una vez, con un hechizo antiguo y poderoso que perfeccioné durante muchísimo tiempo.

Retuve en silencio toda la información que me daba. Recordé que los vampiros videntes me habían dicho que Hag llevaba mucho tiempo tratando de encontrar a los Animales Guardianes, de burlar sus mecanismos de defensa. Pero, si llevaba siglos…, eso era desde antes de que yo naciese; tanto tiempo que el mundo habría sufrido las consecuencias. Sin que yo pudiese hacer nada para impedirlo.

—¿Por qué creaste la grieta, si sabías que no te convenía dejarla mucho tiempo?

—Pensaba originarla solo cuando llegase el momento de beneficiarme de ella; siempre después de que tú hubieses nacido para detener el proceso. Me sirvió para que tu amiguito moviese el culo y fuese a por ti al mundo humano. Sabía que tú restablecerías el

equilibrio cuando yo ya me hubiese beneficiado lo suficiente de su inexistencia. Y cuando eso sucediese, ya me daría igual que cerrases la grieta y dejase de poder utilizar a los entes oscuros. En ese momento ya tendría suficientes monstruos y entes en mi ejército, y entonces te atraparía para que usases tu poder de modificación genética sobre mis ángeles negros, haciéndolos más poderosos. Así nos volveríamos invencibles frente al ejército de tu principito. Porque, por si no te has dado cuenta, yo solo puedo destruir células; tú puedes modificar su ADN oscuro, hacer infinidad de cosas con ellas.

Era un plan retorcido, pero todo tenía sentido; las piezas iban encajando en mi cabeza. No quería ayudarle; pero, ¿tenía otra opción? Estaba atrapada. Aun así, me resistiría mientras me fuese posible.

—¿En qué te beneficia el desequilibrio de la grieta?

—¿No es obvio, Camille? A través de ella he podido hacer múltiples ataques, que me han servido para ir reduciendo los efectivos del ejército de la dinastía Oakleaf. Gracias a ella, mis monstruos me han ido trayendo a vuestros muertos. Es la grieta la que me otorgó el poder de permitir que los entes oscuros ocupen el cuerpo de vuestros caídos y se sumen a mis huestes. Así he creado un gran ejército de ángeles negros, monstruos y entes oscuros.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo ante la confirmación de lo que ya conocía, perfilado con lo que él sabía y nosotros desconocíamos. Ovraal también había acertado muchas cosas con su teoría. Estaba dándome demasiada información. Seguro que confiaba en que yo nunca más saldría de su castillo.

Se detuvo ante una puerta negra cerrada y me miró fijamente a los ojos.

—Bueno, ya me he cansado de tantas preguntas. Te las he respondido, ahora tú tienes que cumplir con tu parte. Hemos llegado a nuestro destino.

Ordenó a los guardias, vampiros sin vida, que había apostados en la entrada que abriesen. Estaba segura de que no estaban colocados ahí sin motivo, eran un control más por si trataba de escapar. En el

fondo de mi ser sabía lo que iba a encontrarme tras esa puerta. Y, cuando atravesamos el umbral, confirmé mis sospechas.

Una horda de soldados, ángeles negros en formación militar, parecía esperar nuestra llegada; estaban tan vivos como yo. Sabía lo que iba a pedirme. Creía que, hablando con él, de alguna manera podría haber retrasado las cosas; pero había sido una ingenua. Me había conducido a donde él quería, igualmente.

El ejército vivo al vernos hizo una amplia reverencia y se arrodilló de forma sincronizada.

—Soldados, he traído a mi hija. —Alzó la voz. Los ángeles continuaban arrodillados, tanto que sus alas tocaban el suelo—. Como os prometí, vuestra lealtad será recompensada. Hoy os volveréis más fuertes, hoy evolucionaréis como raza. ¡Podéis levantaros!

—¡Viva el Gran Rey, futuro gobernante de Dusterkeit! —gritaron todos al unísono, alzándose—. ¡Larga vida a su hija Camille!

Parecía que todas sus palabras estuviesen meticulosamente ordenadas. Futuro gobernante… ¿Cómo había sido tan tonta de no haber caído en las consecuencias de que nos ganase en la batalla final? Si destrozaba al ejército de Zephyran, si lograba matarlo a él y a sus padres, podría volverse rey del reino de la noche eterna. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Eso no pasaría. Zephyran me rescataría. Todos nosotros, juntos, venceríamos.

—¿De dónde has sacado a tantos ángeles negros? —pregunté. Por una parte, realmente curiosa de que alguien en su sano juicio pudiese apoyarlo y, por otra, tratando de alargar el tiempo.

Zephyran estaba en Somberheid, más cerca del castillo; pero parecía haberse detenido. Caminaba más lento, no estaban usando la velocidad vampírica. Al menos no en esos momentos. Quizás no llegase a tiempo, después de todo. No, no podía perder la esperanza.

—¿De dónde? De la ciudad antaño conocida como Ablinatt, ahora Ciudad en Ruinas. Incluso el nombre le fue arrebatado cuando sucumbió, olvidada por todos. Al igual que yo, sus ancestros, nacieron allí. La desigualdad pudrió la ciudad y yo me encargué de

encontrar a los supervivientes y su descendencia, prometiéndoles igualdad entre ellos y superioridad frente al resto de dusterienses.

Recordaba lo horrible que había sido recorrer esa zona en concreto del reino. Saber que venían de allí solo hacía que se me revolviese más el estómago. Pensé en mi siguiente pregunta tratando de ignorar todo lo demás, pero se me adelantó.

—Sé lo que estás intentando Camille, y mi paciencia tiene un límite. Si crees que alargando esto conseguirás un final diferente, déjame decirte que estás malditamente equivocada. Así que haznos un favor a todos, querida hijita, y comienza a dar color a mi ejército.

Me tensé. Aún me quedaba resistirme.

—¿Y si me niego? —lo miré desafiante.

Sus ojos rojos se volvieron como magma ardiente. Podía respirar en el ambiente que se estaba conteniendo. De no haber sido yo, ya me habría hecho bastante daño.

—Colaborarás conmigo si no quieres que mate a tu aishiteru. Tú me importas, aunque no lo creas; pero él no. Sé que han cruzado el monte Karanlik, gracias a mis informantes. No creo que sobreviva, aunque ese brujo de pacotilla puede darle alguna oportunidad de hacerlo. Si sobrevive, yo lo mataré si no colaboras. Y me refiero a colaborar modificando mi ejército y no yéndote con él cuando venga a buscarte. No tendré piedad cuando me lo vuelva a encontrar si desapareces de este castillo. —Sonrió con maldad—. Te lo dije, el amor es nuestra debilidad.

»Además, hay información que me vendría tremendamente bien saber acerca de la dinastía Oakleaf. Podría sacártela ahora mismo por la fuerza, utilizando a Amvrila. Podría resistir a la tentación de obtener algo tan valioso si tú me ayudas. Tú decides.

Un miedo real recorrió mi sistema cuando me di cuenta de que estaba completamente perdida. De que no me quedaba ninguna otra opción. Tenía que modificar a su ejército, por Zephyran. No sabía lo que se encontraría cuando llegase al castillo, ni si tenía alguna oportunidad de sobrevivir… Si él le perdonaba la vida a cambio de que yo modificara su ejército…, tendría que cumplir con mi parte. Me consoló saber que Ovraal estaba con mi aishiteru.

—¿Cómo sabré que dices la verdad y no me mientes?

—Soy tu padre. Contigo soy un hombre de palabra. Tendrás que confiar en mí.

Suspiré resignada. Algo dentro de mí me decía que estaba siendo sincero.

—¿Qué quieres que haga con ellos?

—Dales fuerza y velocidad vampírica, que esas sabandijas no tengan esa ventaja contra ellos. Dale a cada uno un poder superior, para que estén por encima de los que solo tienen poderes elementales. No quiero que tengan poderes primigenios. No pueden estar por encima de mí. Ni de ti.

Estaba segura de que me había quedado más blanca de lo que ya era con esa revelación. La estupefacción debió de reflejarse en mi cara, pues él continuó hablando.

—¡Oh!, ya veo lo que pasa. Ahora entiendo por qué elegiste el fuego para tratar de hacerme daño. ¿Quién te ha dicho que solo puedes usar poderes elementales? Tienes todo el ADN oscuro a tu disposición. Todos los poderes existentes son tuyos.

Capítulo 37. Los misterios de Somberheid



Zephyran

Me desperté cuando la luna ya se había puesto. Ov y Shed mantenían una conversación relajada. En cuanto se percataron de que me había levantado, el brujo insistió en que desayunásemos dentro de la tienda mágica. Sacó comida para todos de su mochila. Se revolvió su pelo negro con inquietud; también percibí su nerviosismo a través de mis sentidos inmortales.

—Tenemos que hablar —comenzó en cuanto hubimos terminado—. Hay un motivo por el cual anoche me puse tan insistente en que durmierais.

—Lo sabía —contestó Shed apretando los puños.

Yo tan solo recordé en silencio las palabras que había usado el día anterior: «Quizás alguien sí logró atravesar los montes, después de todo. Antes de que el enemigo se asentase al otro lado, por supuesto». Lo que relató a continuación tan solo confirmó mis sospechas.

Nos habló de las criaturas horribles y demasiado poderosas que se apoderaban del monte Karanlik por las noches, en cuanto la luna coronaba el cielo; confirmando que eran una de las barreras que hacía que la gente no cruzase el monte con vida. Por eso había levantado unas salvaguardas en la tienda mágica, para evitar que nos hiciesen daño. Y había pasado una noche horrible, mientras entraba en nuestras mentes para impedir que nos despertásemos.

A Shedyel no le hizo ninguna gracia que Ovraal lo hubiese estado pasando mal, mientras él dormía «plácidamente», por lo que

mantuvieron una conversación algo acalorada; hasta que Shed aceptó que el brujo solo quería protegernos a todos, mantenernos con vida. Yo le dije lo mucho que sentía que hubiese tenido que pasar por eso solo; pero le entendía, no quise hacerle pasar otro mal rato.

Con la palabra de Ovraal de que ya no había mayor peligro que las umbras, recogimos la tienda y continuamos bajando hacia Dusternis. No nos encontramos con muchas umbras, como si aún fuese demasiado pronto para ellas.

Varias horas después ya estábamos en Somberheid. Ovraal me bajó y me pidió que de momento fuésemos a mi ritmo, para que yo también pudiese analizar el terreno y familiarizarme con él. Cosa que agradecí, porque, entre tanto borrón, ni me había dado cuenta de que habíamos cambiado de terreno. Bajo el cielo negro azabache, poblado de estrellas, crecía por todas partes hierba de color añil, entre la que había multitud de flores diferentes que a Kaia le habría encantado recoger. Ov nos había advertido de que los datos históricos de ese terreno no eran claros; podríamos encontrarnos con cualquier cosa y debíamos permanecer alerta.

Observé lo que parecía un gran pantano de aguas negras, que hacía competencia al cielo sobre nuestras cabezas, pareciendo su propio reflejo. Había infinidad de nenúfares oscuros, de tonalidades apagadas, extendidos por toda la ciénaga. Ahí era donde nacía el río Ghost.

—Por lo que más queráis, no os acerquéis al pantano Nigrus —lo señaló poniendo cara de desagrado.

—Sus aguas no invitan a bañarse, la verdad —respondió Shed.

—¿Por qué?

Observé que había alguna que otra ranius, Camille habría dicho que eran algo similares a las ranas de color negro. Eran bastante grandes y se dedicaban a croar entre silencios y escrutarnos con sus ojos rojos, con pupilas en forma de rendijas.

—Por eso. —Señaló a una de las ranius.

El agua comenzó a agitarse y una cabeza llena de escamas negras emergió. Un cocodrilem, creo que no hace falta que diga a qué se

parece, abrió sus fauces y devoró a la ranius en un santiamén. Clavó sus pupilas amarillas en nosotros, acechante.

—No pueden salir del agua. Así que, mientras no os deis un chapuzón, estáis a salvo de ellos.

—¡Fantástico! —exclamó Shed en tono irónico.

La hierba sonaba demasiado, delatando dónde estábamos, y tenía constantemente la sensación de estar siendo observado. Miraba en todas las direcciones sin ver a ninguna criatura viva, aparte de las del pantano y nosotros. Cuando los vampiros consideraron que ya me había familiarizado lo suficiente con el terreno, volvieron a llevarme a su velocidad.

Y sorprendentemente, a pesar de la incómoda sensación, que quizás tan solo era alguna clase de magia para repeler a los que pisaban ese terreno, alcanzamos el Obelisco del Anochecer cuando la luna acababa de coronar el cielo. Sus tonalidades negras y añil entremezcladas no fueron una sorpresa para mí. No tuve tiempo de ver nada más, porque lo que se extendía justo detrás de él captó mi atención y comprendí por qué se habían detenido.

Una gran grieta, gemela de la que había en Noctis, partía el cielo.

—Pues aquí tenemos a nuestra amiga, que confirma mis sospechas —dijo Ov alzando ambas manos al cielo.

—Roram tenía razón. Se llevó a Cam a través de la grieta. Por eso, a pesar de nuestra velocidad vampírica, él ha llegado mucho más rápido al castillo.

—Eso es, alteza. Eso es —caviló el brujo.

—No sé a vosotros, pero a mí esta grieta me da muy mal rollo —murmuró Shed, temiendo que algo en su interior lo oyese.

—No eres el único —contesto Ov, aún pensativo.

—Si funciona como la de Noctis, podría no suceder nada cuando pasemos por debajo —sugerí, no muy convencido.

—O podría ser, mejor dicho, es una de las barreras que marca la diferencia entre que la gente vuelva con vida, o no vuelva —aportó Ovraal.

—Eso tiene más sentido —le dio la razón el otro vampiro.

Analicé el terreno. La grieta parecía una separación entre Somberheid y Dusternis. Parecía que la única forma de sortearla era

lanzándose a las aguas del mar Astral o del Inférnico; algo que, sin un barco, no era una buena idea. Podría sobrevolarla, pero yo solo no podía con el peso de Ovraal y de Shedyel. Llevar a uno y luego a otro no era una opción; no podíamos separarnos del brujo bajo ningún concepto, a las pruebas me remitía. Si Cam estuviese aquí…

—Sí, has llegado a la misma conclusión que yo —empezó el vampiro milenario—. Podría volar con el poder de la mente; pero tendría que cargar con vosotros dos, para ir a velocidad vampírica, y mis manos dejarían de estar libres. Es arriesgado ser el único con el control de la situación en estas tierras.

—Sin Camille, solo podemos pasar por debajo —dijimos ambos al unísono.

—Pues ya podemos ir rezando a la Diosa para que nos ayude con cualquiera que sea la amenaza que espere ahí arriba —clamó Shedyel.

—Sea cual sea, tendremos que descubrirlo —respondió su pareja comenzando a andar. Nos miró al uno y al otro—. Una cosa más, aseguraros de que no quede nadie con vida. Si dejamos escapar solo a uno, podría alertar al enemigo de que estamos aquí y todo el plan se iría a freír murciélagos.

Shed y yo asentimos en silencio.

Estábamos a escasos metros del terreno justo debajo de la grieta, pero el tiempo pareció ralentizarse con la expectación de lo que sucedería a continuación. Supimos el momento exacto en el que pusimos un pie bajo sus dominios. Un trueno partió el cielo y reinó el caos.

Una horda de monstruos salió y comenzó a descender. Por supuesto que tirar de velocidad vampírica y huir no era una opción; nos delatarían. Mi corazón comenzó a latir con fuerza. Usé el tatuaje una última vez, para comprobar que Cam seguía en el Castillo Finisternis, antes de lanzarme a la batalla.

—¡Qué comience el espectáculo! —exclamó el vampiro gracioso.

Y mi oscuridad estalló.

Capítulo 38. La modificadora del ADN oscuro



Camille

Las palabras de Hag habían calado muy hondo en mí. Él solo me había revelado lo que me faltaba por descubrir de mi poder, cuando yo creía que ya lo sabía todo. ¡Todos los poderes del mundo estaban en mis manos! Yo podía darles forma dentro de mí y en los demás. Era un arma vampírica, un arma viva. No, nunca me consideraría una híbrida.

En respuesta, casi sin pensar, rebusqué en mi interior. Le pedí a mi ADN oscuro, presente en todas y cada una de mis células, que me hablase de la canción que regía mis poderes. La canción oculta que no había querido escuchar. Y ahí, en el fondo de mi ser, sentí el tirón de algo demasiado poderoso. Algo que debía ser manejado con responsabilidad, cosa que Haguddrac no iba a hacer.

Volví a la consciencia, dándome cuenta de que los ojos rojos de mi padre estaban clavados en mí.

—Lo has sentido, ¿verdad?

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, ni siquiera estaba segura de haber llegado lo suficientemente lejos como para saber manejarlo. No quería contestarle, pero no tenía escapatoria.

—Sí, pero nunca lo he usado —admití en voz alta. Quizás que me enseñase a usarlo también sería beneficioso para mi bando, después. Quizás me hablase de los peligros de usarlo.

—Siempre hay una primera vez para todo —respondió con tacto—. ¿Hasta dónde has llegado con tu poder, hija?

—Creo que solo soy capaz de dar poderes elementales a los demás, o a mí misma, durante unas pocas horas.

En ese momento encajé todo, lo supe sin necesidad de que él lo dijera. ¿Cómo iba a crear un ejército prácticamente indestructible si no? Los poderes elementales que les despertara deberían ser irreversibles, y solo suprimibles de nuevo bajo mi mano. Aunque no me parecía gran cosa.

—Conforme vayas entrenando, tu poder se irá volviendo cada vez mayor. Puedes hacer que los poderes elementales, o de cualquier tipo, duren cada vez más, sobre ti y sobre los demás. Tú podrías llevarlos hasta cansarte, ellos hasta que tú se los retires.

—¿Y cómo se supone que voy a hacer hoy más de lo que he hecho nunca para tus soldados? Así de repente, sin entrenarlo.

Una débil esperanza se formó en mi corazón, pero él no tardó en quitármela; de un plumazo.

—No temas, hija mía. Tengo la solución para eso.

Se volvió hacia el ejército de ángeles negros.

—¡Forstaerker! Ven aquí —gritó y se volvió hacia mí—. Llámalo For, será más sencillo.

Si no tenía que llamarlo nunca, sería mejor para mí.

Observé como aquel ángel se colocaba a la altura de sus compañeros de la primera fila, como si también en este patio existiese una distancia de seguridad con mi padre. Se esforzaba en ponerme por encima de los demás; pero yo no quería eso, deseaba una distancia con él. Y deseaba, por encima de todo, regresar a mi hogar. Era una prisionera.

—Sí, Gran Rey —respondió For, haciendo una aparatosa reverencia. Ni siquiera me miró. Podía respirar la tensión que en el fondo todos sentían. El miedo que le tenían parecía ser divertido para mi padre.

—Mira a la cara a mi hija y cuéntale cuál es tu poder.

—Sí, Gran Rey. —Se giró hacia mí e hizo otra reverencia antes de clavar sus ojos amarillos, del color del limón, en mí—. Es un placer para mí teneros entre nuestras filas, hija del Gran Rey. Veréis, soy un domador de poderes, lo que me da una dualidad. Soy amplificador, puedo dar un buen empujón a vuestro don para que llegue a su

límite de poder sin necesidad de entrenamiento. Y soy restaurador, cuando un poder se agota y necesita un descanso, puedo hacer que vuelva al momento. El efecto de ambas cosas solo durará cuando yo esté actuando sobre vuestra mente.

—En resumen, nos ahorrará un montón de tiempo —aportó mi odioso padre.

Estaba malditamente perdida, pero no tenía otra opción si quería que no le hiciese daño a Zep, de torcerse las cosas. Él mismo había parecido insinuar que no me sería fácil escapar de su castillo, aunque desconocía el motivo. Debía de ser idéntico al que, quizás, podrían encontrarse mi aishiteru y Ovraal. No sabía si venían con alguien más. Caí en la cuenta de que él había prometido inmunidad a Zephyran, pero no al resto de mis amigos.

—Si lo hago, no harás daño a ninguna de las personas que me importan. Prométeme que no les pasará nada —lo miré desafiante, apretando los puños con fuerza.

—Creo que no estás en posición de pedir muchas cosas. Por suerte soy un buen padre y concederé tu deseo. No tocaré a ninguno de tus amiguitos, ni a tu príncipe. Ya sabes cuáles son las condiciones. Considéralo un regalo de paz entre tú y yo. No sabes las ganas que tengo de matar a ese brujo milenario creído.

Me mordí la lengua, no era el momento de defenderlo. No, si no quería que se arrepintiese de sus palabras.

—Tenemos un trato —dije en cambio.

—Tienes mi palabra, Camille. Y ahora ve a hacer lo que te he mandado. No me hagas perder más tiempo.

—Solo una cosa más.

—La última.

—¿No es peligroso usar tanto poder sobre tantas criaturas?

—Supongo que ya conoces la regla de que tu propio poder no puede hacerte daño. Aunque…, solo es real hasta cierto punto. Seguro que cuando devolviste la luz a los Animales Guardianes tuviste dolores de cabeza y te debilitaste por un tiempo. Cuando juegas con criaturas legendarias, o cuando usas demasiado poder primigenio de un calibre como el tuyo, tu cuerpo puede sufrir las consecuencias.

Poder primigenio, ese era mi poder. Hizo una pausa, analizándome con sus ojos rojos. Dejé que sus palabras calasen hondo en mí.

—Pero tranquila, no dejaría que a mi querida hija le pasase nada por mi culpa. Forstaerker también te protegerá de estas consecuencias con su poder restaurador; no solo recupera tu poder, también a ti. Estarás a salvo conmigo.

Lo miré en silencio. No sabía si me alegraba o me aterraba aquella información. Yo estaría a salvo, pero el mundo no. Si pudiese sufrir las consecuencias de mis poderes, quizás podríamos tener que hacer pausas durante el proceso, ralentizarlo. De esta manera… Si Zep no se daba prisa, nuestras posibilidades en la batalla final se reducirían.

—Vamos —me apremió—. Dale la mano al domador, para que pueda ayudarte, y dale a mi ejército de ángeles negros lo que se merece.

Miré dubitativa la mano de For.

—Y no hagas ninguna tontería. Su poder funciona igual aunque lo sueltes, solo es menos eficaz. Supongo que no tendremos que hacer otra visita a Amvrila cuando salgamos de aquí.

Ahí estaba su amenaza velada. Tragué con fuerza y le di la mano al que me ayudaría a condenar a mi pueblo. En ese momento un latido de esperanza colonizó mi corazón, como si me quisiese decir: «no te rindas». Le respondí con un latido de fuerza. «Tú puedes con todo, vuelve conmigo», quería decirle.

For comenzó a andar, su pelo amarillo a juego con sus ojos pareció brillar por un momento fugaz. Me dio un pequeño apretón en la mano, como si me estuviese dando ánimos para lo que venía a continuación.

Sentía la mirada de Haguddrac clavada en mi espalda, observándonos con atención. Todo parecía suceder a cámara lenta.

El de los ojos limón llevó una mano a mi cara y me la giró, para dejarme cara a cara con el primero que recibiría el poder que nunca antes había sabido que poseía.

Respiré hondo, asimilando que nadie me salvaría de lo que sucedería en esta sala.

Sentí fluir por mis venas una magia que no era mía, era como un calor estival que revitalizaba todas y cada una de mis células. El poder amplificador.

—Tiene mi magia fluyendo por su cuerpo, Gran Rey.

—Cuando quieras, hija mía. —Una carcajada tétrica acompañó sus palabras.

Tenía que pensar con rapidez. Estaba segura de que comprobaría que les estaba dando poderes superiores, fuerza y velocidad. Tenía que darles algo, no era posible la inacción; pero ese algo sí podría ser lo más inofensivo que se me ocurriese.

Los ojos grises del soldado me miraban con admiración, como si fuese una diosa que fuese a bendecirlo y no la perdición de mi reino.

Suspiré con fuerza y agarré su brazo con mi mano libre. Me sumergí en mi magia, que había contenido más de lo que nunca hubiese imaginado. Mientras pensaba qué le regalaría, le di la fuerza y la velocidad de los vampiros; lo menos potentes que pude sin que se notase que no había dado todo de mí. Su poder elemental era el de manejar el agua. Hice que mis células me leyesen la canción del ADN que me llevaría al catálogo de poderes superiores y, con una facilidad que sabía que no me pertenecía, las magias superiores desfilaron por mi mente. Le di el poder de la invisibilidad incompleta; no podría volverse totalmente incorpóreo, algo lo delataría.

El soldado sonrió con lentitud al sentir el cosquilleo de mi magia por su piel. Cuando terminé sentí un leve mareo, que rápidamente desapareció tras sentir un cosquilleo frío y agradable por todas y cada una de mis células. El poder restaurador de For era demasiado efectivo. Pero había visto la sombra de lo que me pasaría si entregaba poderes superiores sin estar bajo su protección.

—Demuéstrame lo que te ha dado soldado —le pidió Hag en cuanto solté su brazo.

El soldado se volvió invisible, un fino contorno delataba su posición. Mi padre lo observó dubitativo.

—Mmm… ¿Eso es todo lo que puede hacer, For? Dime si ha empleado su magia al máximo para dar ese poder.

El corazón se me paró. Le diría que no le había dado el poder completo. Me descubrirían. Sus ojos limón me miraron, con una

disculpa grabada que no supe interpretar, y se giró hacia el tirano.

—Gran Rey, esto es todo lo que puede hacer vuestra hija ahora mismo. Absorbí su mareo. Estamos pasando por alto meses de entrenamiento. Mi poder tiene sus límites y es casi perfecto el resultado, ¿no creéis? En la batalla podrá pasar desapercibido.

¿Estaba ayudándome?, o ¿era que ni él era capaz de saber cuál era el límite de mi poder? Mi padre nos miró pensativo. Los minutos se me hicieron eternos hasta que finalmente habló.

—Está bien; si eso es todo lo que tenemos, nos servirá. Pensándolo bien, así no podrán jugármela ni a mí. Siempre podré ver a este soldado, no lo perderé de vista. De la otra forma…

For seguía agarrándome la mano; así que, mientras me conducía al siguiente soldado, me sumergí en mi poder y nos otorgué el poder superior de la telepatía. Esta vez ni siquiera sentí el mareo, como si él hubiese notado el momento exacto en el que usaba mi poder y amortiguado las consecuencias.

—«Camille, me habéis dado un poder a mí también».

—«¿Por qué?» —pregunté sin extenderme.

—«Porque quiero un mundo mejor, como vos. Se hubiese hecho con otro domador de poderes si yo no hubiese fingido serle leal. Mejor poderes incompletos que completos, esto estaba escrito en el destino. Y sabía que vos teníais buen corazón. Es un juego peligroso al que estoy dispuesto a jugar. Si duda de mi lealtad, en cualquier momento, me entregará a Amvrila. Debemos seguir fingiendo, ¿estáis de acuerdo?».

La esperanza llenó de nuevo mi corazón.

—«¿Podemos hacer que luego pierdan de nuevo todos sus poderes?».

—«Me descubriría. Tenemos que jugar a su juego y confiar».

—«Por un mundo mejor». —Fue toda mi respuesta antes de poner las manos sobre la siguiente ángel negro.

Le di el poder de crear hielo, que no es un poder elemental, aunque parezca mentira. Y a partir de ahí, un poder tras otro fue siendo entregado. De vez en cuando tenía que darles magias un poco más efectivas en combate para que no sospechase. Haguddrac

iba aprobando todos y cada uno de los poderes que repartía, y verificando que todos tuviesen fuerza y velocidad vampírica.

Madre naturaleza, Kaia podría enfrentarla. Cambiaformas a animales. Leer la mente, pero no controlarla; además, esto último era un poder primigenio. Telequinesis de objetos, pero no de personas. Cambio de tamaño, no muy extremo. Respirar bajo el agua. Moldeador de acero; podría sacar armas de su piel, pero no separarlas de sus células para dárselas a los demás. Domadora de monstruos, pero no de ángeles y vampiros. Controlador de sombras, débil contra la luz de la curación y la de las estrellas.

En ese momento un dolor insoportable llenó mi cabeza. Las piernas comenzaron a flaquearme y los temblores llenaron mi cuerpo.

—«Lo siento, mi poder restaurador ha dejado de funcionar. Tiene un límite contra una magia tan poderosa como la diosa creadora en los albores del mundo».

Caí de rodillas al suelo, llevándome las manos a mi corazón que latía frenético. Traté de usar mi magia de curación, pero no respondía. Mis poderes parecían apagados para mí, vagaban descontrolados por mi torrente sanguíneo.

—¿QUÉ LE PASA? ¿POR QUÉ NO LA ESTÁS AYUDANDO, FORSTAERKER? —chillo desquiciado.

Era como si realmente le preocupase. Pero no iba a engañarme. Le preocupaba su ejército, no yo. Y si me quería solo un poco, no era de una forma sana. Y era una mala persona.

Un latigazo recorrió mi cráneo. Otra vez esa sensación de migraña. Me doblé, llevándome las manos a la cabeza, y grité cuando un dolor agonizante recorrió mi sistema.

—Mi poder no funciona, Gran Rey. Ha dejado de funcionar con ella. —Su voz sonó igualmente alarmada.

Debía de haberse ganado muy bien su fingida lealtad porque Hag no la cuestionó.

—¡Hija, cúrate! ¡Usa la magia de tu madre! —exclamó.

Alcé la vista, y vi como un pánico real y primitivo inundaba sus ojos rojos.

—No puedo, ya lo he intentado —hablé entre toses—. Mi poder no responde.

—Maldición, yo solo puedo destruir —gritó. Y lanzó un rayo de destrucción contra una antorcha, que se desintegró con su contacto—. Hemos terminado por hoy. No volveremos a alcanzar el límite. Nos vamos a la cama.

Me cogió entre sus brazos, uno sostenía mis piernas y el otro mi espalda. Una parte de mí agradeció la situación. Si mi sufrimiento era el pago para que no pudiese transformar con rapidez a su ejército, sufriría encantada.

Chillé cuando otra onda expansiva llenó mi cabeza, como si fuese a explotar. Y sentí como poco a poco iba perdiendo la conciencia. El mundo comenzó a parpadear. Lo miré, el pánico aún inundaba sus pupilas.

Habría jurado escuchar: «Hija mía, siento que tengas que pagar este precio. A veces lamento incluso haber matado a Ahri, pero era necesario. El poder infinito tiene un precio elevado». No sabía si había sido real o producto de mi imaginación fundida completamente en el negro.

Capítulo 39. La Diosa



Camille

No sabía dónde estaba. Estaba dormida y a la vez no. Suspendida en un vacío infinito, en una oscuridad infinita. Sentía la tensión de mi cuerpo, incluso en ese estado de inconsciencia. Me gritaba que le había pedido demasiado. Que en un día había hecho algo que me habría costado meses. Que había entregado demasiado y de forma permanente. Pero, ¿qué otra opción habría tenido?

Un punto de luz apareció en la oscuridad. Se acercó poco a poco a donde me encontraba suspendida. Cuando estuvo lo bastante cerca, me di cuenta de que era la mujer más guapa que había visto nunca. Llevaba un vestido blanco y vaporoso, casi transparente en algunas partes; parecía flotar en la negrura, como si tuviese vida propia. Unas grandes alas negras cubiertas de plumas asomaban a su espalda. Su pelo, largo, finalizaba justo debajo de sus pechos; el rubio platino destacaba sobre su vestido, casi como si brillase conteniendo el firmamento, recubierto de flores. Sus ojos eran de color violeta con destellos iridiscentes. Algo me decía que el mundo estaba contenido en su mirada.

Alzó una mano, llena de pulseras con símbolos que no conocía, y sus ojos se clavaron en los míos.

—¿Quién eres? —No pude evitar preguntar, aunque de alguna manera lo sabía.

—¿Tú quién crees que soy? —Su voz sonaba dulce, pero fuerte y omnipotente. Observé que unos colmillos vampíricos asomaron en sus labios.

Recordé las palabras de Ovraal: «Se dice que es ángel negro y vampiro a la vez».

—La diosa Heleia —dije sin dudar.

Asintió lentamente con la cabeza.

—He venido a advertirte, Camille Dageraad. Si sigues jugando con tu poder, sin estar preparada para emplear tanta fuerza, terminarás muriendo. Ni un domador de poderes ni tu poder de curación te salvarán. Estás saltándote tiempo de entrenamiento y evolución.

Me habría estremecido, si hubiese tenido un cuerpo real.

—¿Por qué me adviertes en lugar de ayudarnos? Eres una diosa, ¿no tienes más poder que ninguno de nosotros?

—No se me permite intervenir con mi poder en asuntos de criaturas inferiores que puedan alterar los flujos del mundo, Camille. De hacerlo, el mundo creado, Dusterkeit, podría destruirse como castigo. Puedo hablar con vosotros, aconsejaros, pero no usar mi poder. Los dioses estamos condenados a observar nuestras creaciones, pequeña vampira. Ya se me permitió la licencia de dar a los humanos originales, vuestros ancestros, la capacidad de tener poderes modificando su ADN; así pasaron a ser dos nuevas especies: ángeles negros y vampiros. Fue así como comenzó a exigírseles un elevado precio a los humanos de la Tierra si querían pasar a Dusterkeit, donde ya no existían.

No podía apartar mis ojos de ella. Quedé muy sorprendida por la información. Cuando la procesé…

—¿Por qué me llamas pequeña vampira?

—Puedo verlo todo. Sé que te identificas más como una vampira que como una híbrida.

Continué mirándola fijamente y permanecí en silencio.

—Camille, confío en ti. Tienes mi bendición. Sé que estás haciendo esto por el amor que profesas a tus seres queridos. Pero ten cuidado, no sea que te termine consumiendo. Eres la única que puede salvar a este mundo. Devuélvele la paz que yo un día le entregué. Pero no a cualquier precio.

Le habría dicho muchas cosas, pero tenía que saber algo con urgencia.

—¿Me pondré bien pronto?

—No podrás usar tu poder hasta que te hayas recuperado. Cuando despiertes aún tendrás que descansar un poco más. Pero no olvides mi advertencia.

La contemplé en silencio. Antes de que pudiese decir nada más, se me adelantó.

—¡Qué te vaya bien Camille! Espero que esto sea un hasta pronto y no un hasta siempre.

Quise gritar que esperase, que tenía muchas cosas que preguntarle. Pero desapareció en la oscuridad, tan rápido como había aparecido. Y volví a quedarme sola con mi subconsciente.

Capítulo 40. Caos de oscuridad



Zephyran

El mundo se había oscurecido un poco más cuando todos esos monstruos se habían abalanzado sobre nosotros. Llevábamos horas luchando; la luna llena ya había alcanzado su máximo apogeo en el firmamento, su luz rielando y desafiando a la negrura del cielo y de aquellas criaturas. En el caos de la batalla, el recuerdo de sus ojos púrpura de alguna manera me daba fuerzas para seguir luchando. Esperanza.

Entre tanta oscuridad, la mía casi parecía confundirse en su camino para atrapar y matar a sus presas. La piedad no era una opción cuando se trataba de monstruos y entes oscuros. Claro que mataría, a todo el que se interpusiera en mi camino hacia la salvación de ella, a todo el que osase hacer que su vida corriese peligro. ¿A eso se referirían los vampiros videntes?: «Terminarás matando por ella. La pondrás por encima de todo a cualquier precio». Esa maldita frase parecía burlarse de mí, invitándome a descifrarla. Tampoco importaba; lo que tenía que suceder, sucedería igualmente. Estaba escrito.

—¡Alteza! ¡Cuidado!

La voz de Ovraal me hizo girarme instintivamente hacia atrás; me encontré cara a cara con unas fauces abiertas y unas garras apuntando a mi pecho, para rasgar y arrancar mi corazón de cuajo. Me aparté a un lado, pero no lo bastante rápido. Las garras del monstruo se clavaron en mi camiseta, rasgando la tela y haciendo que la sangre manase. Sus babas cayeron sobre mi cara, sus

colmillos demasiado cerca. Gruñí y mi oscuridad penetró en su boca. El crujido de su alma partió el mundo, y cayó inerte sobre mí.

Le di un empujón rápido, justo a tiempo para centrar mi atención en dos monstruos y un vampiro ente oscuro con los que ya estaba luchando antes, que habían aprovechado la distracción para acercarse más. Lancé mi oscuridad y los monstruos cayeron, pero el vampiro era demasiado rápido. Sin darme tiempo a levantarme aplastó mis piernas, poniéndose sobre mí. El agua comenzó a brotar de sus manos.

Mi oscuridad trató de apresar su cuerpo, pero él la esquivaba todo el rato.

—Te mataré —rugió.

Le pegué una patada, pero no sirvió de nada; era demasiado fuerte. Su puño lleno de agua se movió en dirección a mi boca. En ese momento una ráfaga de viento hizo volar a mi pelo; el vampiro también salió volando y Ovraal apareció ante mis ojos. Tiró al ente oscuro al suelo, inmovilizándolo y apretando sus manos con fuerza. No necesitaba verlo para saber que sus ojos estaban de color esmeralda. Soltó a su presa, que alzó la mano e ingirió su propia agua, siendo ahogado por su mismo poder.

—Gracias —murmuré.

—No hay de que, alteza —contestó, alzándose con agilidad y sacudiéndose tierra de los pantalones.

—¿Dónde está Shedyel? Hace tiempo que no lo veo —pregunté escudriñando alrededor.

—Yo también, pero…

Me volví hacia el brujo y seguí la dirección de su mirada. Ambos nos dimos cuenta a la vez de que Shed estaba rodeado por monstruos y entes oscuros. Uno de estos últimos se volvió y nos guiñó un ojo en la distancia. Entonces echó a correr en dirección al sur, en dirección al Castillo Finisternis.

—Hay que frenarlo o avisará al enemigo y perderemos el factor sorpresa, pero Shed está en peligro —dijo Ov atropelladamente.

—Yo me encargaré de ayudarlo, tu caza al ente vampiro.

Asintió y desapareció. Era una carrera con un contrincante al que solo otro de su «especie» podría ganar. Sabía que para él había sido

una decisión difícil; su poder mental era mucho más efectivo que mi oscuridad. Pero si el ente llegaba a su destino, estaríamos malditamente perdidos. Entrar a la boca del aikern sin refuerzos no era una buena idea cuando el líder contaba con el poder de la destrucción y además poseía un ejército.

Aproveché que varios monstruos estaban de espaldas para derribarlos con mi oscuridad. Con el camino despejado me abrí paso hacia Shed, que había desaparecido de mi campo de visión. En el centro del círculo de atacantes establecí una barrera impenetrable a mi alrededor. Entonces me di cuenta de que mi amigo se hallaba inconsciente en el suelo, con un monstruo furioso aplastándolo.

—Maldición —murmuré.

«Por favor, que esté bien». Pegué un puñetazo envuelto en oscuridad al monstruo que estaba sobre él; me aproveché de que no me había visto, centrado en su presa. Sentí como los enemigos a mis espaldas cerraban el círculo. Mi barrera nos envolvió a los dos, serviría por un tiempo. Analicé su cuerpo en busca de heridas. Un tajo muy feo recorría su cuello, acompañado de un charco de sangre.

—¿Shedyel? —probé.

No hubo respuesta. Podía sentir como los monstruos se estrellaban contra mi barrera, la presión que ejercían tratando de derribarla. Pero no tenía tiempo para ellos. Lo cogí de los hombros y lo zarandeé con cuidado.

—¡Vamos, despierta!

Pero no reaccionaba. Acerqué la oreja a su pecho y comprobé que su corazón continuaba latiendo. Mientras siguiese vivo habría esperanza. Rasgué un trozo de mi camiseta y taponé con rapidez el corte del cuello; luego envié una corriente de oscuridad a apretar con presión constante sobre la herida, para evitar que perdiese más sangre. No había más manchas rojas en el suelo, por lo que deduje que no tenía otras heridas graves que debiese cubrir. Aproveché para cubrir mi propia herida en el brazo, a la que había descuidado a pesar del agudo dolor que me producía.

En ese momento lo mejor que podía hacer por él era protegerlo. No tenía ni una pizca de poderes curativos. Me volví hacia los monstruos y, manteniendo la barrera con un esfuerzo que sabía que

me cansaría demasiado, comencé a lanzar corrientes de oscuridad. Fui matando a uno detrás de otro, deseando que Ovraal llegase cuanto antes para ayudarnos.

—Cuando mueras nos daremos un banquete con tus huesos. Huesos reales —amenazó con voz grave un ente oscuro ángel negro que se acercó demasiado a la barrera.

Sus carcajadas resonaron en mi cabeza. Mi oscuridad lo atrapó; pero, después de matar a unos cuantos monstruos y mantener la barrera, había perdido fuerza.

—Vaya, parece que no puedes matarme. Veamos si mi poder puede atravesar tu barrera, enclenque.

Alzó la mano y el fuego chocó contra mi protección. Suspiré aliviado al ver que no la atravesaba. Pero, de pronto, un agujero comenzó a formarse y el pánico inundo mis terminaciones.

—¡Ups!, he encontrado una grieta. ¿Qué te parece?

—Púdrete en el infierno —gruñí.

Mi oscuridad voló hasta el fuego, que viajaba apuntando con certeza a donde Shed estaba inconsciente. Su agua habría sido enormemente útil en ese momento. Mi poder envolvió al suyo en una lucha que parecía perdida. El fuego estaba cada vez más cerca de nosotros.

Entonces un borrón apareció en el aire y le metió una patada, haciendo que saliese despedido y su ataque perdiese fuerza.

—¿Qué le pasa a Shedyel? —preguntó Ov con una nota de pánico—. Pagaréis por esto, bestias descerebradas.

Después de eso, los monstruos comenzaron a rajarse la garganta; los entes oscuros usaron sus poderes contra sí mismos y las criaturas sin ojos fueron cayendo según Ov se iba encargando de ellas personalmente, mientras se movía con agilidad entre sus víctimas. Cuando el último fue abatido, bajé mi barrera y expulsé el aire con fuerza. Iba a necesitar un largo descanso después de esto.

—Ya no queda ni uno. Estamos temporalmente a salvo —anunció Ovraal, justo delante del cuerpo de Shed.

Se arrodilló, para comprobar él mismo que respiraba.

—Debemos aprovechar ahora y viajar hasta Dusternis cuanto antes. Allí buscaremos refugio —habló atropelladamente— Pero antes tengo que ayudarlo; ha perdido demasiada sangre.

Sin dar ninguna explicación comenzó a murmurar en un lenguaje antiguo. Y al cabo de unos minutos me pidió que retirara mi oscuridad y quitó el empapado trozo de mi camiseta del cuello de Shedyel. Observé perplejo como la piel se había unido de nuevo.

—¿Si sabías hacer esto por qué no lo habías dicho antes? —pregunté sorprendido.

Los ojos de Shed se abrieron de golpe.

—¡Por Drácula!, estoy vivo. ¿Qué ha pasado?

—Te he curado con un hechizo, pero no servirá de forma permanente. Debemos encontrar cuanto antes a alguien con el don de la sanación, o la herida volverá a abrirse.

Se volvió hacia mí.

—Por eso no lo había hecho antes, es una venda mal puesta. Más eficaz que una tirita, pero aun así… El poder de Camille es lo que necesitamos, o de cualquier sanador que se precie.

Por suerte para nosotros la grieta estaba muy cerca de la ciudad de Dusternis. Por el camino, Ov y yo le contamos a Shed lo que había pasado mientras había permanecido inconsciente y él me dio las gracias por protegerlo. Habíamos conseguido que ningún monstruo o ente oscuro escapase para informar al enemigo de que estábamos allí, pero tampoco sabíamos si nos esperaban más sorpresas.

El camino se me hizo eterno a pesar de ser corto; estaba demasiado cansado, el brazo me dolía cantidad. Era de noche, pero la hora habitual de irme a dormir había pasado hacía rato. Cuando entramos en Dusternis, me encontré con una ciudad que parecía demasiado antigua para aún permanecer en pie. Me preguntaba quién viviría en aquellas casas ruinosas, aún estables quizás por magia.

Un suave viento hacía que algunas puertas entreabiertas chirriasen. Ovraal andaba como si supiese a dónde debía ir, pero aquello no tenía ningún sentido. De pronto, una sombra captó mi

atención. El brujo nos empujó con fuerza a una callejuela. Y la sombra pasó, sin percatarse de que estábamos a su lado.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté, después de unos segundos de silencio.

—Un ente oscuro vampiro recorriendo las calles.

—No me digas que esta ciudad…

—Está controlada por entes oscuros sí. No podía ser de otra forma estando tan cerca del Castillo Finisternis. Aquí vive la gente que ha jurado lealtad al enemigo y algún pobre inocente que ha decidido quedarse aquí porque no le quedaba otra.

—Creía que en la batalla de Dusternis no había habido ningún superviviente. De otra manera el reinado de mis padres habría llegado hasta este sitio, impidiendo que viviesen en estas condiciones… Habríamos encontrado la forma…

—Eso es lo que el enemigo quería que creyésemos. Ningún vampiro sobrevivió, los ángeles negros leales a su causa y los temerosos, que se quedaron por miedo, aún viven aquí. Vamos, sigamos andando.

Volvimos a las calles principales, oscuras. Mis sentidos alerta ante cualquier amenaza que pudiese aparecer. No tenía tiempo de cuestionar por qué Ovraal sabía tantas cosas y no nos lo había dicho, pero su pareja no parecía pensar lo mismo.

—Un momento, te conozco demasiado bien —comenzó Shed fulminándolo con la mirada—. Tú nunca ibas a haberme dejado hacer guardia en Somberheid. De alguna manera esperabas todo esto. Y aún guardas un secreto bajo la manga. Estás demasiado tranquilo para estar tan lejos de la única persona con poderes curativos que conocemos.

—Bueno, ¿qué puedo decir? —se encogió de hombros—. Milenios de vida permiten mantener el contacto con mucha gente. Hay un amigo, con el que me mando cartas de vez en cuando, que vive aquí.

—¡¿QUÉ?! ¿Por qué no nos lo has dicho antes? —preguntó el vampiro enfadado.

—Porque, cuando Cam permanecía con nosotros, no quería que nadie partiese hacia el Castillo Finisternis antes de tiempo. Y porque

tampoco quería que esto influyese, de ninguna manera, en nuestro viaje ahora.

Se paró ante la puerta de la casa más ruinosa que había visto nunca. No invitaba a entrar. La pared estaba que se caía. En ese momento comprendí un poco más por qué Ovraal conocía el nombre del Castillo y no nos había dicho nada hasta ahora.

—Hemos llegado —anunció el brujo, dejándonos perplejos.

—¿Hablas en serio? —pregunté señalando la casa.

—Sí. —Se adelantó y llamó a la puerta.

Un ángel negro nos abrió. Tenía el pelo azul cerúleo y los ojos de color verde lima con motas verdes oscuras. Abrazó a Ovraal con fuerza y nos invitó a pasar.

En cuanto pasé de la puerta me di cuenta de que el interior de la casa no estaba, para nada, en ruinas. El colorido de sus muebles era acogedor entre tanta negrura.

—¿Cómo es posible? —preguntó Shed. Pero yo ya lo sabía.

—Es un hechizo para ocultar mi casa. —respondió el desconocido—. Así nadie trata de arrebatármela. A veces hay disputas por los hogares. Esta ciudad es demasiado pobre y todos luchan por encontrar el mejor hogar para sobrevivir, entre monstruos, que a veces deciden darse un festín, y entes oscuros. ¡Qué maleducado soy! No me he presentado. Mi nombre es Bassorth, curandero en las sombras de la gente necesitada de este lugar y parte de la resistencia que ha jurado falsa lealtad al enemigo. Ya os aviso, no os hagáis ilusiones; somos muy pocos. Vuestro ejército y la vampira Camille sois nuestra luz de esperanza.

Capítulo 41. Dusternis



Zephyran

Una vez instalados en el amplio salón de Bass, así lo llamaba Ovraal, el anfitrión no tardó en curar a Shedyel. El sofá, de pelo sintético azul, era demasiado mullido y cómodo; me recreé en esa sensación, tratando de olvidar el dolor lacerante del brazo. Ya quedaba menos para ver a mi aishiteru; cuando la rescatase le hablaría de mis planes para el día de la coronación, esos que su querido padre nos chafó.

—Zephyran, es tu turno. —Los ojos del brujo se clavaron en los míos, devolviéndome a la realidad—. No creerás que no me he dado cuenta de que llevas sufriendo desde la última batalla.

—Bueno, Shedyel era más importante. Mi herida es un rasguño sin importancia al lado de lo que tenía él.

—Andad, dejaos de charlas y enseñadme esa herida. Yo la curaré.

Dejé el corte al descubierto y Bassorth usó su magia de luz sobre mí. Era como la de Camille, pero a la vez no. Siempre reconocería la magia de mi aishiteru sobre mí, su sensación nunca sería igual que la producida por los poderes de los demás.

—Gracias —contesté algo tarde, cuando por fin el dolor me abandonó.

Después de curarnos, volvió a repetirnos que había ángeles negros dispuestos a traicionar al enemigo cuando llegase el momento, por un mundo mejor. Pero serían tan solo una pequeña contribución, parte de un gran plan en la batalla final; saldrían cuando fuese el momento. No eran el plato fuerte; ese papel le

correspondía a Camille, secundada por nuestro ejército. Eran una pequeña gota de esperanza en medio del caos, una más en el camino para derrotar al enemigo. Estaba seguro de que todos juntos lo conseguiríamos.

—A pesar de lo que os he contado, no podéis fiaros de nadie. Los ángeles que forman parte de la resistencia no serán ni el uno por ciento de los que están con el enemigo. No os dejéis engañar cuando lleguéis al castillo, o los verdaderos fanáticos podrían mataros. Tendréis que hacer como si no os hubiese dicho nada: matar a todos, sean de la resistencia o no; porque nunca lo sabréis. Ellos están dispuestos a morir por esta causa y a fingir hasta que llegue el momento de dar la cara.

No me hacía gracia matar alguno de los que apoyasen nuestra causa; pero no teníamos otra opción si no queríamos que acabasen con nosotros los secuaces del enemigo, si no queríamos poner en riesgo a toda la resistencia haciendo que el enemigo descubriese el pequeño factor sorpresa. Las palabras de Bass habían retumbado en mi cabeza, ya tendido en la colorida cama; hasta que había buscado a Cam a través de los latidos y no había obtenido respuesta. Eran altas horas de la noche, debía de dormir ya; aunque ese día no me había dado las buenas noches. Usé el tatuaje para comprobar que seguía en el Castillo Finisternis, solo por quedarme tranquilo, y ahí estaba. No tardé en quedarme dormido, sin dejar de pensar en su pelo platino como la luna y sus ojos púrpura; estaba demasiado cansado y necesitaba reponer fuerzas y magia para el viaje.

Al día siguiente Bassorth nos había preparado un desayuno que parecía una comida; lo consumí sin ganas, preocupado porque aún no había localizado a Camille a través de los latidos y ya hacía un buen rato que había llegado el antelunio. Quizás aún no se habría despertado. ¿Llegaríamos demasiado tarde y el enemigo ya habría cumplido su misión?, ¿la mataría después? No podía permitirme pensar en eso. No ahora.

El resto del día lo pasamos en casa del amigo del brujo. La ciudad estaba a tan solo una hora y media del Castillo Finisternis. Por lo que teníamos que comer y cenar allí para ganar tiempo hasta que anocheciese. Tampoco era seguro pararse a comer en medio de

aquel nido de monstruos. Por suerte, había comprobado algo antes de la hora de la comida: Cam me respondía a los latidos. Lo que me dejó notablemente aliviado.

Tras despedirnos de Bass, que nos llenó las mochilas de más comida para el viaje, y darle las gracias por todo, continuamos el camino a través de la ciudad de Dusternis. La luna hacía un tiempo que había aparecido en el cielo, apenas intercambiamos palabras, ya había sido todo dicho en casa del amigo ángel negro de Ovraal. No nos quedaba más remedio que matar, sin preguntar, si se daba la ocasión. Sabíamos que, aunque entrásemos de noche, habría vigilancia en el castillo.

Ov había hecho un hechizo para que él y Shed aparentasen tener dos alas a la espalda; era importante no llamar la atención en aquella ciudad llena de ángeles negros en la que no había cabida para los vampiros. El problema era que, si alguien tocaba un ala, esta desaparecía por ese instante, como buena ilusión; por eso debían tener mucho cuidado de que nadie se chocase con ellos. El mismo hechizo también había cambiado la apariencia de los tres: diferentes colores en nuestro pelo, en los ojos del brujo y en los míos. Nadie podía reconocernos ahora que habíamos pasado la segunda grieta, o saltarían las alarmas.

Bassorth había hecho una cosa más por nosotros: propagar por Dusternis el rumor de que el príncipe Zephyran y sus amigos habían perecido, a causa de sus heridas en la grieta, y unos ángeles negros de la ciudad habían recogido sus cuerpos y los habían quemado. Confiábamos en que no vendría a pedir explicaciones él mismo, mandaría a cualquiera de sus entes oscuros para informarse. No dejaría el castillo teniendo allí a Camille.

El camino por Dusternis se hizo bastante monótono. Caminábamos todo lo recto que podíamos entre las casas ruinosas, esquivando monstruos y entes oscuros que caminaban por las calles como si fuesen suyas. Los ángeles negros que se cruzaban con nosotros me daban bastante lástima; necesitaba cambiar las condiciones de esa ciudad. En cuanto terminásemos con el enemigo Dusternis renacería.

De madrugada, ya nos estábamos acercando al Castillo Finisternis que se alzaba imponente ante nosotros. Era todo lo contrario al Palacio de las Tinieblas. Mientras que la estructura del segundo era oscuridad estrellada, la del primero era oscuridad, vacío y muerte. Las torres negras se perdían en el tétrico cielo como el carbón, cuyas estrellas y relámpagos constantes eran la única luz en aquel lugar.

—Parece que hemos llegado a nuestro destino. —Rompió el silencio Ov hablando en tono cómico.

—¿Aún te queda humor frente a la casa del enemigo? —preguntó Shed cruzándose de brazos.

Las alas aún adornaban sus espaldas. Me revolví el pelo, ahora rubio, con nerviosismo.

—A mí siempre, querido Shed. Sin mi gracia la vida no sería lo mismo.

—No tienes remedio. —Shed dejó escapar un largo suspiro.

La fachada estaba cada vez más cerca. Entre la tormenta, que parecía que no iba a amainar jamás, observé que estaba hecha de pirita. Aunque nadie dijo nada, sabía que todos nos manteníamos alerta ante posibles amenazas. En cambio, no había ni un alma alrededor del Castillo; como si el enemigo confiase en que nadie sería tan iluso para llegar hasta allí o como si tuviese preparada alguna clase de trampa. Cam está ahí dentro, me recordé. Solo esas paredes, y lo que quiera que se interpusiese como barrera, me separaban de ella. Y en ese instante descubrí lo qué era; a la vez que Ovraal.

—¡Entes oscuros! Unos guardias que no necesitan dormir por la noche, como no podía ser de otra manera.

—¿Por qué sabes que no necesitan dormir? —preguntó el otro vampiro.

—Porque siempre atacan por la noche, porque es típico de las criaturas abominables y porque Bass me lo indicó en una cálida conversación, justo antes de que vosotros despertarais.

—Bien, y ¿qué hacemos con ellos?

El brujo no respondió. Usó la velocidad vampírica para acercarse a la puerta en cuestión de segundos, invalidando ante ellos su disfraz de ángel negro, y de paso los nuestros. Los entes tuvieron tan solo

una fracción de segundo para ponerse a la defensiva, justo antes de que el control de Ov entrase en sus mentes y les ordenase matarse entre ellos.

Shed me cogió en brazos sin pedir permiso, tampoco me importó, y me llevó hasta Ov en segundos. Me dejó en el suelo antes de hablar.

—¿Te has vuelto loco? Podías habernos avisado, por lo menos para que te cubriésemos las espaldas.

—No era necesario, sabía que funcionaría el factor sorpresa.

—Pero…

—¡Sshh! —exclamó, concentrándose como si buscase algo.

—¿Qué pasa? —pregunté, aprovechando que su batallita verbal había terminado.

—Nuestro querido enemigo ha colocado sus propias salvaguardas en el Castillo Finisternis; otra barrera más. Nadie que no haya sido invitado puede pasar y nadie a quien no se le haya dado permiso puede salir, incluida Camille.

—Genial, ¿y ahora qué hacemos? —inquirió Shed, con sus ojos celestes, los únicos que no habían cambiado, abiertos al máximo perplejos.

Él era el único al que el enemigo podría no ponerle cara. Aun así, su pelo plateado era ahora de color negro.

—¿Puedes romperlas? —verbalicé la pregunta.

—Pero, ¿por quién me tomáis? Por supuesto que puedo hacerlo, solo necesito un poco de silencio y concentración. Hay que burlarlas de tal manera que a él le llegue la señal de que las he desactivado con bastante retraso. Aunque espero que esté dormido, como buen ángel negro confiado y arrogante; pero más vale prevenir que curar.

Podía sentir el tirón en mi interior, la vibración que nos mantenía conectados. La que me había revelado que ella era mi aishiteru cuando llegó a Dusterkeit. La fuerza había aumentado, indicándome que ella estaba en el interior, y lo ratificaba el tatuaje que me indicaba su localización.

Capítulo 42. Vibración de aishiterus



Camille

En algún momento había pasado de estar suspendida en la oscuridad, donde la diosa Heleia había aparecido y desaparecido, a dormir profundamente. Como si mi cuerpo reclamase ese descanso. Como si lo necesitase por haber tirado de mi magia más de lo que debía antes de estar lista. Las palabras de Ella aún estaban frescas en mi mente y no creía que pudiese olvidarlas jamás. Me incorporé, sin levantarme de la cama, aún bajo las sábanas negras. Eché una mirada al vestido del baile de la coronación, algo que parecía haber sucedido en otro tiempo. Una gota de esperanza en la habitación.

Los ojos zafiro del príncipe ocuparon mis pensamientos. Como si estuviésemos conectados por algo superior; de alguna manera lo estábamos. Recibí un latido suyo de persistencia, fuerza y cariño. Se me había adelantado; le contesté con otro de resiliencia, cargado de amor y paciencia. «Aguantaré todo lo que se me ponga por delante hasta que vengas a por mí», quería decirle. Le eché una mirada al anillo y la pulsera, que tanto significado atesoraban, antes de observar mi tatuaje y localizar a Zephyran. Estaba en Dusternis, más cerca. No veía la hora en la que por fin pudiese verlo de nuevo, a él, a Ovraal y a quien quiera que fuese con ellos. Los echaba de menos, a mis seres queridos.

La cabeza me dio un latigazo y me llevé la mano por instinto al punto del dolor. Me sentía demasiado cansada; rebusqué en mi interior y sentí que mi magia estaba más débil que nunca. Tal y como había pronosticado Heleia, iba a necesitar descansar. En el fondo era

un regalo, deseaba con todas mis fuerzas no poder usar mi poder hasta que no estuviese a salvo con Zephyran. Ya había modificado una parte de su ejército. No quería seguir ejerciendo este papel de perdición; aunque procurase hacerlo de la peor forma posible, colaborando con el enemigo. Seguiría entregándoles todo a medias si era necesario. Menos mal que For estaba de mi lado; era un gran alivio.

Llamaron a la puerta sacándome de mis pensamientos. Me puse tensa. Sabía que era él. Podía recordar cómo había perdido los papeles cuando yo había quedado incapacitada, pagando el precio de usar tanto poder sin estar preparada. Recordaba perfectamente sus últimas palabras, aunque no estaba muy segura de si me lo había imaginado, en las que lamentaba haber matado a Ahrienia y que yo pagase el precio. No podía permitirme ni un poco de debilidad por aquel ser. Solo le importaba el poder. Nada más.

—Hija, ¿puedo pasar?

—Adelante.

La puerta se abrió y sus ojos rojos se clavaron en los míos. Juraría que era preocupación lo que asomaba en su expresión. Preocupación por perder al arma que haría a su ejército prácticamente invencible. Eso era. No podía permitirme dudarlo. Ni por un segundo.

Clavé la vista en sus imponentes alas negras, para no mirarlo a la cara, mientras se acercaba con paso despreocupado sin dejar de observarme.

—¿Cómo te encuentras hoy? —preguntó. Posó una mano sobre las sábanas, a una distancia prudencial de mis piernas.

Lo miré a la cara.

—¿La verdad?, sigo débil. No creo que pueda usar mi magia hoy.

Acercó su cara a la mía. Sus iris tenían motas de color granate.

—Si no puedes hacerlo, no lo haremos. Esperaremos hasta que estés recuperada.

«Puedo morir», me recordé. Por eso le importa tanto mi bienestar. Si la espicho, su plan se irá a freír murciélagos.

—Gracias —respondí, sin saber que decir.

—Esta tarde Forstaerker te hará una visita. A ver si consigue restaurar tu poder o sigue sin poder hacer nada por ti. Eres demasiado poderosa, hija mía. En eso nos parecemos.

Tragué con fuerza. Y usé su táctica de cambiar de tema.

—¿Qué hora es? ¿Cuánto he dormido?

Se incorporó sin dejar de mirarme.

—Las doce y media. Hemos pasado el mediantelunio.

Sacó la mano que tenía a la espalda y me dio una botellita con un líquido rojo en su interior.

—Toma, he pensado que tendrías hambre. Mandé a los entes oscuros vampiro salir a cazar al bosque colindante, para que tuvieses tu comida cuando despertases. —Su gesto de asco ante mi dieta no me pasó desapercibido—. Ahora ordenaré a los criados que te traigan más comida.

Cogí la botellita y la destapé bajo la atenta mirada de Hag. El olor a sangre llenó mis fosas nasales. Me la bebí de un trago. Un sabor más dulzón que el de la sangre de cérvido inundó mis papilas gustativas.

—¿De qué animal es esto? —pregunté al terminar.

—Ardilla oscura, el bosque Siwang está lleno de esos asquerosos animalillos.

Ignoré la última parte de la frase.

—¿Dónde está ese bosque?

—Ya empiezas con tus preguntitas, ¿eh? Supongo que es una buena señal. Ya te dije que es un bosque colindante, está al oeste.

—¿Qué le voy a hacer? Soy una criatura curiosa por naturaleza.

Después de eso me dejó descansar unas dos horas. Me hizo ir a comer junto a él, en un salón con una enorme mesa negra de cristal. Luego me dio un paseo por el castillo; en su transcurso, como ya había hecho en la comida, me mantuve en silencio el mayor tiempo posible. Estaba asqueada por el miedo que le profesaban sus súbditos, claramente respirable en el aire en cada rincón de Palacio. Él lo disfrutaba, o lo ignoraba.

Cuando me dejó en mi habitación de nuevo, me pidió amablemente que me sentase en la cama. Una sonrisa de suficiencia cubría su rostro.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó mi padre.

Abrí la boca para responder, pero alguien llamaba insistentemente a la puerta.

—¡Pasa de una condenada vez! —exclamó mi padre, cabreado por la insistencia.

El pelo amarillo de Forstaerker apareció en el umbral.

—¡Gran Rey! —Hizo una amplia reverencia—. He venido a ayudaros a vos y a vuestra hija, tal y como me mandasteis.

—Pasa, tienes suerte de ser el único domador de poderes del castillo. Si no, te destriparía por esa insistencia molesta. La próxima vez no revientes la puerta.

—Sí, Gran Rey, lo siento.

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

Los ojos amarillos del domador de poderes se clavaron en los míos. Me sentía mucho mejor, rebusqué en mi interior y comprobé que mi magia estaba de nuevo disponible para mí. Pero él estaba de mi lado; podría aprovechar esa ventaja, fingir que sigo mal y escaquearme de mejorar el ejército enemigo el mayor tiempo posible. Me cogió las manos con delicadeza y se concentró, antes de decir.

—Buenas noticias, Gran Rey. Ha estado toda la mañana sin poder usar su poder, pero hace poco acaba de recuperarlo. No es mucho, suficiente para modificar a unos pocos miembros más del ejército. No debería abusar, o quizás el precio a pagar esta vez sea demasiado elevado.

Haguddrac sonrió ampliamente. ¿Qué murciélagos estaba haciendo For? ¿Por qué le decía eso? Entonces recordé que no había anulado nuestra telepatía; aunque con el tiempo que había pasado ya no estaba presente, porque no se había amplificado y no lo habíamos hecho permanente como las otras modificaciones al ejército de mi padre. Aproveché que estaba sujetando mis manos para devolvérsela. El cosquilleo, frío y agradable como una noche de invierno, me indicó que había notado lo que había hecho y me había restaurado el poder.

—«Por Drácula, ¿qué narices estás haciendo?».

—«Salvarnos el pellejo. No malgastéis vuestro poder con nuestra conexión mental, aunque ahora era necesaria. Disimulad».

—Fantástico, ¿qué os parece si modificamos unos pocos soldados más? Para no perder la costumbre. Creo que practicar diariamente le ayudará a evolucionar y no le hará daño mientras no pasemos el límite. Controla que así sea, domador.

—Sí, Gran Rey.

—«¿De qué nos has salvado? Dímelo».

—No contestaste a mi pregunta Camille.

—Ya lo ha hecho For por mí. Estoy mejor, aunque tampoco para tirar colmillos.

—Aquí se dice para tirar alas, hija del Gran Rey —dijo el domador guiñándome un ojo.

—Eso es, hay que adoctrinarla. —Me miró sonriente, como si se tratase de algún tipo de broma—. Me alegro de que estés mejor.

—«Me jugué el cuello llamando insistentemente precisamente para evitar que mintieseis con vuestra respuesta. Sabía que sería tentador decir que seguíais débil. Escuchadme bien. Tenemos un topo de la resistencia en las cocinas; se ha enterado de la orden de echar un hechizo a vuestro alimento para comprobar que ambos estábamos diciéndole la verdad. El color del alimento en vuestro plato mientras comíais, solo visible para él, le revelaba si habíais recuperado vuestro poder en una escala colorimétrica».

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Definitivamente nos había salvado.

—«Espero que esto os dé una pista del juego peligroso al que estamos jugando».

—«Sí, soy consciente. ¿Pero hay más? ¿Has dicho resistencia?».

—«Sí, pero somos muy pocos. A veces ni siquiera entre nosotros nos conocemos».

Después de eso, me tocó seguir modificando a algún miembro más del ejército enemigo. Uno de los peores poderes que di esa tarde fue uno que me pidió mi padre en persona: hice que uno de sus ángeles negros pudiese realizar varias copias de sí mismo. La tara era que, cuando cualquier clon alzaba la mano, se veía una marca de

color rojo que indicaba que no era el verdadero; había que matar al original para acabar con las copias.

El domador supo el momento exacto en el que, si modificaba a un solo ángel más, volvería a pagar el precio; así se lo hizo saber a mi padre. Me daba cuenta del juego peligroso al que jugábamos, claro que sí. Debíamos movernos cerca de la verdad, tejiendo con ella pequeñas mentiras que nadie pudiese averiguar jamás, o pagaríamos las consecuencias. Me había dicho por telepatía, entre una modificación y otra, que no podía mentir con mi límite; ignorábamos la extensión del hechizo. Quizás no solo se veía el color en la comida, quizás también se veía en mi cuerpo. Mi querido padre no se fiaba de nadie, de modo que nadie sabía toda la verdad; seguro.

—Bien, vamos a descansar. Los dos habéis pasado la prueba. —En su sonrisa no había ni un ápice de bondad—. Porque supongo que no pensaríais, ni por un segundo, que dejaría en manos de otro controlar cuándo llegaría el momento en el que mi hija pagaría un precio demasiado elevado por usar su poder. Estoy de acuerdo contigo Forstaerker, mi leal súbdito; no puede usar su don ni una vez más. Hoy.

Después de eso abandonamos la sala del ejército de ángeles negros. Me despedí mentalmente del domador de poderes. Haguddrac me condujo a mi habitación, donde volvió a dejarme encerrada bajo esa maldita barrera que me impedía atravesar el umbral de la puerta. Él desapareció de mi vista, pero para mí iba a ser una noche muy larga. A pesar del poder restaurador de For, tenía una migraña horrible. La luz no me molestaba, porque no era con luz con lo que había jugado, pero mi cráneo amenazaba con aplastar mi cerebro.

Dando vueltas a los juegos peligrosos, la noche fue avanzando. Sabía que tenía que dormir, pero algo me lo impedía. Miré por la ventana. La luna brillaba sobre aquel mundo oscuro de pesadilla. Entonces lo sentí, sentí la vibración como si fuese la primera vez en la Plaza de los Orígenes; solo que esta vez sabía perfectamente por qué la estaba experimentando. Casi sin poder creerlo utilicé mi tatuaje para localizar a Zephyran. Confirmar que estaba dentro del Castillo Finisternis hizo que mi corazón se acelerase; por la expectación y por

miedo a que mi padre los descubriese. A esas horas de la noche debía de estar dormido; los ángeles necesitaban dormir, aunque fuesen negros. Era muy tarde en la madrugada, pero aun así…, el Castillo estaba vigilado; él lo había dicho.

Me mantuve expectante y sentí el momento exacto en el que estaban a escasos centímetros de mi puerta a través del tatuaje. No quería gritar y alertar a los súbditos de mi padre.

—No paséis —me apresuré a decir—, ha puesto una barrera.

—No temas, pelo gris. Nada que el poder de Ovraal no pueda burlar.

—Ov… —murmuré.

Lo imaginé haciendo movimientos con las manos. Y poco después la puerta se abrió de golpe y Zephyran Oakleaf, el heredero de la corona y portador de mi corazón, apareció ante mí. Las lágrimas comenzaron a deslizarse por mis mejillas. El dolor en la cabeza me recordaba que no estaba soñando, que aquello era muy real. Tenía el pelo rubio, pero sabía que era él. Sus facciones y la vibración que retumbaba en mi corazón me lo confirmaban.

Un ángel de alas negras, ojos naranjas y pelo plateado apareció junto a mi aishiteru.

—¿Ov…? —volví a murmurar. Se habían disfrazado y habían venido a por mí.

Shedyel se asomó. Sabía que era él porque no le habían cambiado prácticamente nada, a excepción del pelo y sus nuevas alas, y porque invocó una pequeña corriente de agua sobre su mano a modo de saludo. Temeroso de decir algo que nos matase a todos. Porque, si nos pillaba, estábamos todos muertos.

—«He pasado por mucho para encontrarte; pero cada segundo de ello ha merecido la pena, mi princesa de luz».

—«Zephyran, me has encontrado. Te he echado de menos» —fue todo lo que alcancé a decir.

Justo entonces Ovraal atravesó el umbral a velocidad vampírica y me dio un gran abrazo, que correspondí. Me susurró que se habían camuflado por medio de un hechizo suyo, generando una ilusión que les daba otros rasgos.

Zephyran y Shed pasaron tras él, como si hubiesen estado esperando a la confirmación del brujo para hacerlo.

El príncipe se acercó hasta mí. Ovraal se apartó dejándole espacio. Me levanté sobre la cama y me lancé, colgándome de sus caderas. Lo abracé como si pudiesen arrebatármelo de un momento a otro. Sentí su olor a roble en contacto con mi cuerpo, que reaccionó como si lo necesitase. El olor a hogar.

—Yo también te he echado de menos —contestó, elevando mi barbilla con cuidado.

Sus ojos zafiro parecían refulgir; de cerca podía ver sus bonitas corrientes de oscuridad circular por sus iris, de cerca la ilusión óptica del hechizo de Ovraal desaparecía. Me besó, y por unos instantes el mundo dejó de existir. Me perdí en aquella sensación, tan primigenia como mi magia. Podía sentir la urgencia con la que sus labios bailaban al ritmo de los míos, tan unidos como nuestros corazones.

Sentí que me mojaba los labios y abrí los ojos, que en algún momento había cerrado. Ambos habíamos estado llorando, por el mismo motivo. Alcé la mano para limpiarlo y le besé todo el rastro que habían ido dejando sus lágrimas. Él me limpió las mías y me sonrió.

—Siento interrumpir este momento tan emotivo, pero tenemos que irnos, corriendo como alma que lleva Drácula, si no queremos terminar todos muertos. No sé cuánto tiempo más podré resistir haciendo que parezca que la barrera y las salvaguardas siguen activas.

Sonreí una última vez a Zep, sin creer aún que por fin estuviesen conmigo de nuevo, y me descolgué, bajando al suelo con agilidad.

—Una cosa más, pelo gris. Necesitas un disfraz, y mejor que sea parecido al nuestro. Si te parece bien, me ha gustado mi nuevo oficio de caracterizador; aunque sé que tú puedes hacerlo.

—Te lo agradezco. Estoy agotada.

Ov se acercó a mí y movió las manos con rapidez. Observé que mi pelo se volvía de color morado.

—Bonitos ojos azules y bonitas alas de ángel negro—comentó Zep guiñándome un ojo.

Comprobé que la ilusión era super real y tan solo podía ver el engaño cuando me acercaba el pelo a escasos centímetros de mis ojos.

—Muy gracioso ojos verdes —respondí a Zep, y mirándolos uno a uno formulé mi pregunta—. ¿Alguien tiene una mochila con espacio de sobra para mi vestido?

Señalé el del día de la coronación tendido sobre la silla, que aún conservaba la luz de Sereen.

—Sería un crimen contra el glamour dejar eso ahí —comenzó Ov llevándose una mano a la frente—. Aunque yo tengo la mochila llena de provisiones de Bass.

—¿Quién es Bass?

Zep colocó con delicadeza una mano en mi cintura.

—Cuando salgamos de aquí te lo explicaremos.

Shed se adelantó abriendo su mochila.

—Mételo aquí.

—Gracias Shed.

Me acerqué a la silla, lo doblé con rapidez y lo guardé con cuidado.

—Bien, no queremos llamar la atención; así que, primero saldré yo con Shedyel y después vosotros. Como no hay monstruos vigilando, tan solo entes oscuros y ángeles negros, en cuanto me vean ejerceré mi control mental sobre ellos; así actuarán como si fuésemos solo unos súbditos más del enemigo. Una vez hayamos salido de tu habitación, caminaremos con rapidez a la salida; pero sin usar la velocidad vampírica. Recordad que no queremos llamar la atención.

Todos asentimos. Mientras Ov y Shed salían aproveché mi conexión mental con el príncipe para saber más.

—«¿Así es como habéis entrado en el castillo sin ser vistos?».

—«En realidad los guardias de la entrada nos vieron, pero Ov les ordenó matarse. Dentro ha preferido ser más pacífico y simplemente pasar desapercibidos. Es muy rápido con el control mental».

—«Ya… ¿os ha costado mucho encontrarme?».

—«Seguí las vibraciones de aishiterus y el tatuaje hasta tu habitación». —Me miró, y sus ojos rielaron por unos instantes.

—«Yo también las sentí».

—Vamos —nos apremió Shedyel, asomándose a la puerta.

Salimos tras él y no hubo espacio para decir nada más. Estaba rompiendo mi palabra y escapando. No dudaba de que, si mi padre volvía a encontrarse con Zep y mis amigos, los mataría sin pensarlo y me atraparía de nuevo.

Caminé, tratando de calmarme por aquellos pasillos oscuros. Zephyran a mi lado y los vampiros a la cabeza. Cada vez que nos cruzábamos con algún ente oscuro o ángel negro sucedía lo mismo: primero nos miraban sorprendidos, como si conociesen perfectamente los rasgos de todos los que habitaban este castillo; y después adquirían las facciones neutras bajo las que se escondía el miedo y seguían caminando, como si fuésemos uno más de ellos. No lo veía, pero sabía que los ojos de Ov debían de estar refulgiendo constantemente, como dos esmeraldas, bajo la capa de ilusión óptica del hechizo.

Tras un tiempo que se me hizo eterno, pero que seguramente no fueron más de veinte minutos, por fin salimos del maldito Castillo Finisternis. El cielo, negro como el carbón y cargado por la tormenta, nos recibió. Los truenos no ayudaban a que me calmase. No lo haría hasta que la fachada de pirita no fuese más que una mota en la distancia.

—Coge en brazos a Zephyran —urgió Ovraal—. Es hora de usar la velocidad vampírica. Síguenos y no mires atrás.

Así que eso hice y me disolví en la noche, sin perder de vista a Ovraal, tratando de centrarme tan solo en la velocidad y la libertad que transmitía. En el peso ligero de mi aishiteru sobre mis brazos.

Era como si el brujo y Shed supiesen todo el tiempo por dónde debían ir y por dónde no. Poco después nos adentramos en una ciudad antigua y algo ruinosa habitada por ángeles negros. Zep me dijo que se trataba de Dusternis y que ya habían establecido una ruta aproximada por la que moraban menos entes oscuros, que eran quienes se encargaban de controlar aquella ciudad. Aun así nos cruzamos con alguno, que cayó al suelo inerte con rapidez. Estaban desperdigados, eran pocos y nosotros éramos cuatro seres demasiado alerta.

No paramos para absolutamente nada. Me dijeron sobre la marcha que no nos lo podíamos permitir, ya que Bassorth, el amigo de Ov que vivía en esa ciudad, había extendido el falso rumor de que ellos habían muerto. Bass era el que salvaba el inconveniente que suponía vivir con monstruos, gracias a su poder de curación a disposición de Dusternis. Además, había un pequeño tramo de camino hasta el Templo del Anochecer, que era nuestro destino. Para cuando llegásemos, mi padre, en cuyo nombre no iba ya ni a pensar estando a distancia de él, quizás ya habría despertado. Lo más seguro era que, una vez descubierto el engaño, enviara un ejército de sus súbditos a buscarnos.

La luna nos acompañaba cuando salimos de la ciudad. Nos encontrábamos en una pequeña extensión yerma, en la que lo único que se escuchaba en el profundo silencio era el romper del mar Inférnico sobre el terreno escarpado del fondo. No me extrañaba que aquello estuviese desértico dadas las circunstancias. No tardamos en vislumbrar a lo lejos la grieta, gemela de la que había en Noctis, ante nosotros, en medio de nuestro camino.

—No podemos pasar por debajo —habló Ov frenando en seco—. La única forma de rebasarla sin alertar a los monstruos que vigilan desde el interior es…

—Bordeándola —completé por él.

—Tenemos que desviarnos, volando a velocidad vampírica al este sobre una pequeña parte del Mar Inférnico. Yo cogeré a Shed y utilizaré el poder de mi mente para volar y tú llevarás a Zephyran. Aterrizaremos junto al Obelisco del Anochecer. Cuando lo toques, rezaremos a la Diosa para que el templo aparezca cerca del obelisco. Según los libros antiguos debería estar en Somberheid.

Dejé que mis alas membranosas apareciesen a mi espalda y alcé el vuelo. Seguí a Ov en el aire, sin poder evitar mirar hacia abajo. El mar Inférnico parecía indomable; bajo el cielo negro el agua casi parecía de ese color, salvo por el reflejo de las estrellas como multitud de puntitos blancos. Juraría haber visto una cola oscurísima asomar entre las aguas revueltas, pero no sabía si me lo había imaginado.

—«¿Sabes?, creo que estoy batiendo mi récord de máximo tiempo a velocidad vampírica» —bromeó Zep.

—«Has parado hace unas horas» —le recordé.

—«¿Qué es una pequeña pausa, y otras tantas, al lado de una sucesión de días a velocidad vampírica? Ahora sin parar a dormir».

—«El único motivo por el que no me he puesto insistente con que duermas es porque incluso yo me muero de la tensión. Y porque Ovraal aseguró que todos podríamos dormir en el Templo del Anochecer, más seguro que cualquier otro sitio de por aquí ahora mismo».

—«Ya. Ni siquiera se fiaba de la casa de Bassorth, ahora. Cosa entendible, porque puede que tu padre ya esté peinando la ciudad y todo lo que haya cerca, buscándote».

Asentí y mi vista se quedó clavada en el Obelisco del Anochecer. La luna se asomaba imponente junto a su cúspide. Sus tonalidades negras y añil se entremezclaban, como si hubiese absorbido tanto la oscuridad del anochecer como los colores de Somberheid; sus hierbas brotaban de color añil y su cielo era negro, a excepción de las estrellas. Aterrizamos lo más cerca que pudimos del obelisco, en silencio.

—Todo tuyo, pelo gris. Nosotros vigilaremos que no haya nadie —dijo Ov, colocándose justo a mi espalda.

Zep se bajó de mis brazos, tras bostezar y darme un suave apretón en la mano se colocó al lado de Ov. Shed ocupó el lado contrario.

Volví la vista al obelisco, que en primer plano parecía cubierto de purpurina gris. Cerca de la punta había grabadas nueve colas que confluían en un mismo punto; cuatro de ellas eran de color dorado y las otras cuatro blancas, como si representasen a Helios y a las estrellas, respectivamente; la cola central lucía los dos tonos, uno en cada mitad.

Posé la mano sobre la piedra fría e hice vibrar mi poder por todas mis células. Sentía que aún no me había recuperado del todo; pero solo estaba mostrándolo, no usándolo. A través de mi mente les mandé a los Kitsunes el mensaje de que era la salvadora y había venido a ayudarlos. Sentí como el obelisco reaccionaba a mi magia,

el cosquilleo en mis manos y la canción del origen de los tiempos, de la luz y la oscuridad, danzando en mi cabeza, entremezclándose con la de mi propio poder como si fuesen una sola.

Cuando despegué la mano, suspiré aliviada al comprobar que el templo se había materializado tras el obelisco. Tapaba las vistas de lo que, según ellos me habían dicho, era el Pantano Nigrus.

—Vamos —apremió Ovraal impaciente.

Todos lo seguimos y nos colocamos a su altura. Me volví hacia Zep.

—¿Tenéis alguna ofrenda en esas mochilas cargadas de provisiones?

—Por supuesto, Bassorth me dio una bolsita con tofu.

—¿Tofu? ¿Hablas en serio? ¿No se estropea?

—Es su comida favorita y mi magia lo mantiene fresco —respondió encogiéndose de hombros.

Me volví hacia Zep y le cogí la mano en silencio, mientras comenzábamos a subir los largos escalones del templo, sorteando las columnas. La piedra era del mismo color que el obelisco, llena de brillo gris, lo que le daba el aspecto de un manto de estrellas. El frontón parecía hecho de multitud de medias lunas, o colas, o puede que ambas, unidas con las puntas hacia arriba. En el centro, sostenida entre dos de ellas, la estatua de Helios brillaba sobre el cielo azabache. Sobre los vértices inferiores, apoyadas sobre colas pétreas, las esculturas de los Kitsunes Guardianes, con la vista al frente y las colas flotando a sus espaldas; sin mirar a su astro pero quizás sí protegiéndolo, custodiándolo alertas ante lo que viniese hacia ellos. En la base del frontón había unas inscripciones en lengua antigua. Ov captó mi atención, dejando en mi mano libre la bolsita con el tofu, y comenzó a hablar en tono solemne. Supe que estaba repitiendo lo que había leído en las inscripciones antes de subir las escaleras.

—Dichosos los transeúntes que accedan a este templo, hogar de los Kitsunes Guardianes de la Luz y la Oscuridad, hijos de la diosa Heleia y portadores de la luz de Helios y las estrellas.

»No olvidéis que es necesario un equilibrio entre la luz y la oscuridad. No olvidéis que ellos velan por vuestra paz. No olvidéis

vuestras ofrendas.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Ov había dicho que los Guardianes de este templo, según las leyendas, tenían poderes telequinéticos y de teletransporte; por eso habíamos decidido pasar lo poco que quedaba de noche allí, donde estaríamos a salvo. Al despertar ellos nos devolverían al Palacio de las Tinieblas; nos ayudarían, porque nos necesitaban para restablecer el equilibrio. Pero antes debíamos descasar aquí; porque, tal y como les había dicho sin entrar a detalles, aún no podía usar mis poderes. Nadie había dormido en lo que llevábamos de noche, lo cual era especialmente importante en el caso de Zephyran. Además, cazábamos dos murciélagos de una dentellada; porque, ya que estábamos aquí, ayudábamos a la penúltima pareja de Animales Guardianes. No había necesidad de regresar sobre nuestros pasos desde Noctis y volver a esta horrible región. Y lo más importante de todo: en cuanto usase mi poder, mi padre sabría que estábamos aquí; él mismo me lo había revelado.

Una vez en el interior, me di cuenta de que este templo era diferente de todos los demás. Entre los tonos azulados y negros de la noche se extendían multitud de grabados en oro que representaban animales; como si quisiesen remarcar que eran los guardianes del bosque y sus criaturas. Algunos los conocía, pero otros no los había visto nunca.

Una risa aguda llenó el aire, solté a Zep y me adelanté unos pasos en busca del origen de aquel sonido. Pero estábamos solos en la sala.

—«Mmm huele a tofú».

Miré en todas las direcciones, frustrada por no encontrar nada.

—«Camille Dageraad, muy presuntuoso por tu parte creer que vamos a ofreceros morada a ti y a tus seres queridos, ¿no crees? Podríamos poseer vuestros cuerpos y jugar un rato. Eso sería divertido. ¿A qué sí?».

Capítulo 43. Los Kitsunes Guardianes



Camille

Miré a Zephyran para comprobar si él también había oído la voz.

—«Lo he oído. Todos lo hemos hecho».

Me volví hacia Shed, que escudriñaba la estancia con cara de circunstancias. Ov sonreía ampliamente, como si la situación le pareciese divertida.

—Tranquilos, no hay nada que temer —aseguró el brujo encogiéndose de hombros.

Pero yo no lo tuve tan claro hasta que oímos la segunda voz telepática.

—«Déjate de bromas, hermano, no asustes a nuestros invitados. Nuestro deber es proteger a las criaturas vivas, no atormentarlas».

Entonces se vislumbró un destello de oscuridad en la oquedad frente a nosotros. Se materializó en un gran Kitsune dando saltos ligeros y ágiles, casi parecía flotar en el aire. Se sentó en una pose regia y clavó en nosotros sus ojos añil, enmarcados por delicado pelo azul celeste. El resto del pelaje era de color negro, plagado de multitud de puntitos grises de luz que casi parecían tener vida propia, como estrellas titilantes. A su espalda se alzaban en abanico nueve colas, también negras con las puntas azul oscuro, sobre el que destacaba el dibujo en pelo gris de sendas fases de la luna, en orden desde la luna nueva hasta la luna llena.

—«Encantado de conocer a la salvadora y sus simpáticos amigos. ¡Hermano, sal ya y deja de hacerte de rogar!».

Otro destello de oscuridad ocupó la oquedad antes de que otro Kitsune totalmente idéntico al primero apareciese, saltando con la misma ligereza, pero con más carácter y fuerza. Se detuvo a mi derecha, a unos metros de su hermano. Posó dos de sus colas en el suelo, cubriendo sus patas; las otras siete las agitó en el aire.

—«Buenas noches, casi mejor ya buen antelunio, invitados. No os atormentaré más». —Nos dedicó una sonrisa cómica.

—Es un placer para nosotros conoceros —comencé.

—«Lo sabemos» —respondió el "atormentador".

Lo miré extrañada. Antes había demostrado que sabía que queríamos dormir en su morada, su hermano había dicho simpáticos amigos; ¿y ahora esto? Llegué a una conclusión, pero Shed habló antes que yo.

—¿Por qué parece que sabéis todo?

—«Porque lo sabemos desde el momento en el que ponéis un pie en nuestro templo. Solo bajo su techo, podemos leeros la mente».

—Interesante —murmuró Zephyran.

—«Sabemos que Camille nos quiere ayudar, pero antes necesita descansar; porque el mismo que nos hizo a ambos Kitsunes de Oscuridad ha absorbido su poder, usándola» —intervino el hermano amable.

Todos me miraron con diferentes caras de horror ante ese dato. El Guardián continuó hablando.

—«Podéis dormir aquí. No volverá a entrar una segunda vez. El templo está oculto para todos los que no están dentro y hemos reforzado la seguridad desde su ataque. Cuando Camille esté preparada estaremos encantados de recibir su ayuda. Por cierto, para cualquier duda, mi nombre es Taiyo».

—Muchas gracias, de verdad —respondí aliviada—. Espero poder estar lista para ayudaros mañana.

—«Ya que mi hermano se presenta, mi nombre es Tsuki. Y podéis dormir tranquilos, no os poseeré hoy». —Sus ojos añil brillaron, cargados de diversión.

—«Hermano, basta ya».

—«Es humor, relájate Taiyo».

Ovraal se adelantó varios pasos.

—Me gustas Tsuki, tienes mi carácter.

Me llevé las manos a la cabeza y suspiré con fuerza.

—«Tú a mí también Ovraal, eres de los míos».

Después de la revelación de que podían leernos la mente, nadie se sorprendió de que supiese su nombre y cómo era su forma de ser; aun sin haber hablado apenas.

—Una pregunta —comenzó Zep captando la atención de todos—. No me malinterpretéis, pero si de verdad podéis poseernos, lo que no dudo ni por un segundo, ¿por qué no lo hicisteis con el enemigo cuando vino a haceros esto? —Señaló sus cuerpos idénticos.

Fue Taiyo el que respondió.

—«Su poder de destrucción y muerte impide que nada vivo entre en su interior». —No hubo ni rastro de alegría en el tono que empleó.

—«Si no, yo me habría encargado de que sufriese las consecuencias de mi ira» —añadió Tsuki.

Después de eso, los Kitsunes Guardianes nos condujeron por la oquedad de la que habían salido. Ya había sospechado quién era el de la Luz y quién el de la Oscuridad; pero me lo confirmaron cuando el amable, Taiyo, se tumbó bajó la pared llena de motivos relacionados con Helios y el gracioso, Tsuki, lo hizo en la decorada con motivos nocturnos de lunas y estrellas. Sus cuerpos y las nueve colas de cada uno nos protegían por todos lados; de modo que improvisamos dos lechos de hojas al abrigo de los Kitsunes.

Ovraal nos devolvió nuestro aspecto original y nos fuimos a dormir sin que nadie dijese nada, aunque mis amigos y mi aishiteru se morían de ganas por saber qué había pasado en el Castillo Finisternis. Era demasiado tarde y había cosas que apremiaban más.

Me dormí rápidamente, por primera vez en lo que me había parecido una eternidad, resguardada entre los brazos de Zephyran, cuyos latidos me dieron la calma que necesitaba para rendirme ante el mundo onírico. Esa madrugada soñé con Taiyo y Tsuki; no sabía si porque, incluso en sueños, velaban por nuestra paz o porque

estábamos en su templo. Pero sentí como si algo me reparase por dentro, como si mi magia volviese a vibrar.

Más tarde, al despertarme, me encontré con una escena un tanto peculiar. Cada Kitsune se había sentado en un extremo de la habitación, con el tofu sobre unas hojas junto a sus patas. Ya habían empezado a catar nuestra ofrenda. Zephyran estaba tendido a mi lado abrazándome, esperando a que abriese los ojos. Ov y Shed hablaban en susurros con sendos vasos de sangre en sus manos. A mi lado había uno de jugo de bayas y otro de sangre. Desayuno entre Kitsunes, buen título para la escena.

—Buen antelunio princesa dormilona, te estaba esperando para llenar el estómago. Los Kitsunes se han empeñado en recolectar ellos tu desayuno y en tomar su ofrenda junto a nosotros.

Le sonreí, permitiéndome observar sus ojos zafiro por unos instantes, y le di un rápido beso en los labios.

—Gracias por esperarme, pero no era necesario.

Me incorporé con agilidad y él se sentó a mi lado.

—Gracias —murmuré mirando a los Guardianes, que sonrieron complacidos.

No sabía cómo lo habían hecho, ni por qué se habían tomado esa molestia. En mis sueños me pareció que habían permanecido conmigo toda la noche.

—«Y lo hemos hecho. Ambas cosas, estar en tus sueños y a tu lado. No nos hemos movido de aquí» —contestó Tsuki a mis pensamientos.

—Pero entonces…

—«Tú disfruta del desayuno y luego hablamos».

Miré el vaso con atención y lo cogí. Me lo acerqué y lo olfateé; no olía como ninguna sangre que hubiese probado jamás, olía a naturaleza, a estrellas y a animales salvajes y libres. Una idea fugaz pasó por mi cabeza. Pero no podía ser, ¿qué sentido tenía eso? Le di un trago sin pensarlo más, y la esencia legendaria, milenaria y antigua no pasó desapercibida para mí. Sentí como mi ADN oscuro reaccionaba en todas y cada una de mis células, como si la sangre fuese mágica.

Busqué mi poder y me di cuenta de que estaba intacto. No, no solo estaba intacto. Parecía contener la fuerza de Helios y las estrellas, parecía estar más que listo para usarse.

—Me habéis dado vuestra sangre —lo dije en voz alta para que todos fuesen conscientes.

Me miraron con diferentes grados de sorpresa.

—«Así es. Me hice un cortecito mientras dormías, para recolectar tu desayuno. Te dije que no me había ido de tu lado» —contestó Tsuki.

—Pero, ¿por qué?

Parecía que incluso Ovraal se había quedado sin palabras.

—«Has tirado mucho de tu poder antes de tiempo, sin estar preparada. La diosa Heleia ya te lo dijo. Ella no puede intervenir, pero nosotros sí; hasta cierto punto, claro. Nuestro poder restaurador y amplificador es más intenso que el de un domador de poderes» —añadió Taiyo.

—Por el amor del conde Vlad Drácula, me he perdido demasiadas cosas. Pelo gris, tienes que empezar a cantar cuanto antes.

—Nos lo dirá cuando estemos a salvo —murmuró Zephyran mirándome fascinado.

Les sonreí y clavé mi mirada en Taiyo.

—¿Qué hicisteis mientras dormía?

—«Protegeros a todos. Y velar para que el efecto de nuestra sangre fuese aún más potente. Podrás curarnos y no sentirás esas migrañas vampíricas. Podrás usar tu magia sin miedo a las consecuencias, hasta que tu organismo elimine nuestra sangre».

—Gracias, de verdad… —respondí, fascinada por lo que habían hecho.

—«Agradécenoslo poniéndote manos a la obra. El tiempo apremia y debéis partir cuanto antes a vuestro hogar. Nuestra recomendación es que permanezcáis unidos» —dijo Tsuki.

De modo que, sin más dilación, sin pensarlo siquiera, sabía que era él; caminé hasta Taiyo para devolverle aquello que le habían arrebatado.

Alcé la mano para poder tocar su cabeza, ya que era más alto que yo; cara a cara imponía incluso más. El resplandor oscuro que lo

rodeaba, rutilante, pronto sería reemplazado. Su cabeza era suave al tacto. Me sumergí, sintiéndome como una diosa por unos instantes; mi poder burbujeó como si fuese el caldo de los orígenes del mundo, como si fuese el secreto que contenían todas las formas de vida de este mundo. El ADN oscuro abierto para mí. Un pensamiento fugaz pasó por mi cabeza, ¿así era como debería sentirme cuando usar mi poder no me debilitase?

Las células oscuras de Taiyo reaccionaron a mi magia, revelándome que ese no era su verdadero ser, que la luz pugnaba por salir sin éxito. Casi sin necesidad de concentrarme, mi magia fluyó veloz por su cuerpo, devolviendo la luminosidad a sus células, extinguiendo la oscuridad a su paso veloz y etéreo por todo su cuerpo. Hasta que, en cuestión de segundos, la acción de mi padre sobre su cuerpo quedó extinta.

Lo miré maravillada y llena de vitalidad, como si no acabase de emplear mucha magia. Ahora era un resplandor de luz el que recorría su cuerpo, de pelaje blanco como la nieve. Observé sus ojos iridiscentes, perfilados por un fino pelaje amarillo y cargados de agradecimiento. Me separé poco a poco de él, para observar que las puntas de sus colas ahora eran de los colores del arcoíris en lugar de azules, salvo las de los extremos, una negra y otra blanca. Como si el espectro de la luz estuviese contenido en las nueve. Destellos de luz amarilla, como pequeños soles ardientes, recorrían su plumaje.

—«Lo sé, mi aspecto impresiona. Gracias por devolverme a lo que siempre he sido, un Kitsune de Luz» —habló Taiyo rompiendo el silencio.

—«Sí, gracias. Ya comenzaba a aburrirme que mi hermano fuese como una imagen especular mía cada vez que lo tenía de frente. Aunque deberíais admitir que el más impresionante de los dos es el Kitsune de Oscuridad».

Todos nos reímos.

Zep corrió a mi lado y me posó una mano en la cintura.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Sí, estoy mejor que nunca; hablando en términos de mi magia —aclaré.

—«Príncipe, ¿no te fías de nosotros?» —preguntó Taiyo.

—Claro que sí —contestó rápidamente—. Me deja más tranquilo preguntarle.

—«Cosas de aishiterus…» —murmuró divertido en respuesta.

Y en ese momento fui consciente de dos cosas. La primera, que ya solo quedaba una pareja de Animales Guardianes por devolver a la normalidad, y por fin la grieta se cerraría. La segunda, que acabábamos de revelar a mi padre dónde estábamos; aunque en teoría aquí dentro estábamos protegidos.

—«Sí, Camille, es hora de despedirse» —contestó Taiyo, y sentí la nota de pena en su voz—. «No hay tiempo que perder».

Miré a Zep y me volví hacia Ov y Shed, que se habían colocado a mi derecha.

—Debemos partir cuanto antes, cada vez que devuelvo a la normalidad un Animal Guardián, mi padre lo sabe.

—¡Por los mocos negros de las narices de todos los monstruos! —respondió Ov—. Aunque me lo temía. Debemos tener cuidado con eso, aunque no dudo de las protecciones de los Kitsunes. Por fortuna, ellos pueden teletransportarnos. No cuento con tener la misma suerte con la última pareja de Animales Guardianes. Y no sabemos cuál será el próximo movimiento de tu padre después de haberle arrebatado a su hija.

La realidad cayó como una lápida frente a nosotros.

—«Tranquilos, os llevaremos sanos y salvos al Palacio de las Tinieblas. Allá donde haya alguien que ansíe con todas sus fuerzas veros. Lejos de peligro» —aseguró Tsuki.

—«Yo me encargo, hermano. Solo tenéis que agarrar mis colas, yo os teletransportaré de vuelta».

Los miré apenada. Sin poder evitarlo les di un abrazo de despedida a cada uno. Ni siquiera Tsuki se resistió.

—Nunca os olvidaré —murmuré.

—«Ni nosotros a ti, vampira» —contestaron al unísono.

Grabé sus sonrisas antes de partir. Cuando cada uno estábamos sujetando una de las colas de Taiyo, observé como el verde de la mía se iluminaba; como todas lo hacían. En un instante estábamos allí, viéndolos por última vez, y al siguiente desaparecimos.

Capítulo 44. Hogar, dulce hogar



Zephyran

Mientras agarraba la cola con el extremo azul del Kitsune de Luz, estaba observando a Camille, que asía a su vez la contigua de punta verde; y de pronto desapareció. Todos desaparecimos. Y rápidamente mi vista se llenó de un escenario totalmente diferente. Mi mano apuntaba ahora a un gran ventanal desde el que entraba la luz de las estrellas, el cielo morado cambiante de Noctis. Sabía perfectamente dónde me encontraba. Antes de que pudiese girarme, para comprobar que los demás habían llegado conmigo, un grito proveniente de mi derecha cortó el aire.

—¡Por la Diosa, habéis regresado! Pero podríais no haberme dado este susto de muerte.

Me volví, para encontrarme con la vampira de pelo azul que tan bien conocía: mi querida amiga Kaia. En cada mano sostenía una pesa, como si hubiese estado haciendo ejercicio. Junto a ella se encontraba Camille, que no tardó en darle un fuerte abrazo. «Allá donde haya alguien que ansíe con todas sus fuerzas veros», había dicho Tsuki. Kaia era la vampira que cumplía a la perfección con esa premisa.

Escuché el ruidito de Seika que en algún momento había salido disparado hacia mi aishiteru, quien lo acogió entre sus brazos. El erizo se escondió entre su pelo, y por esta vez no pareció molestarle lo más mínimo. La había echado demasiado de menos, como todos.

—¡Por los colmillos del conde Drácula! —exclamó Ovraal. Me giré hacia el otro lado, para comprobar que él y Shed habían aparecido a

escasos centímetros de las plantas, nada «inofensivas», que cultivaba mi amiga—. Yo también me alegro de verte Kaia; pero aparecer aquí casi me cuesta un sueño de diez años.

Señaló una flor azul, peligrosamente cerca de su cara.

—No te quejes mucho, yo casi me trago la que te puede dejar ciego durante un día entero —contestó Shed, junto a la flor con los colores de una galaxia—. Buen antelunio, Kaia.

—Hola chicos. Mis plantas casi os atacan y a mí casi me da un infarto, por lo que estamos en paz —Les guiñó un ojo y depositó las pesas con cuidado en el suelo—. Dadme un momento, ¡AERIAAAN!

La puerta de la habitación se abrió antes de que nadie pudiese decir nada, y el pelo rubio platino de mi soldado asomó en el umbral.

—Pequeña amazona, no hay necesidad de gritar o…

Clavó sus ojos del color del oro líquido en Kaia y su frase quedó a medias cuando se percató de nuestra presencia.

—Bueno, algunas ocasiones sí requieren un buen grito —se corrigió.

Ella sonrió conforme.

—Altezas —hizo una reverencia dirigida a Camille y otra a mí—, Ovraal y Shedyel, bienvenidos de nuevo al Palacio de las Tinieblas.

—Puedes entrar —le pedí—. Tenemos mucho de lo que hablar. Todos.

—Ahora que estamos todos aquí —comenzó Camille algo inquieta—, sé dónde está el verdadero Skumring.

—Tranquila, princesa —contestó Aerian—. La tropa que el general Kurai mandó a Kairu, siguiendo la orden de su Alteza el príncipe antes de partir, lo ha encontrado. Está sano y salvo en su ciudad.

Ella dejó escapar el aire aliviada. Me fascinaba su manera de preocuparse por los demás.

Después de eso, Kaia nos habló de sus días cuidando de Seika, que había estado jugando con mi fiel anátida, Cardan, a diario; pese a que había permanecido inquieto, como si fuera capaz de imaginar dónde había estado nuestra querida vampira. Aerian había pasado algunos días vigilando el pasillo de la habitación de Kaia, por eso

había acudido tan rápido a su llamada. La peor noticia, que ya esperábamos, era que habían continuado los ataques bajo la grieta y seguido generando algunas bajas en el ejército real.

Todos permanecían alertas ante posibles nuevas amenazas, en Palacio habían estado más alterados que nunca desde que habían raptado a mi aishiteru. Mis padres habían pedido refuerzos a todas las ciudades que tuviesen un ejército lo suficientemente grande como para cedernos algunos efectivos. Su intención era aumentar la vigilancia en torno a la ciudad, la grieta y el palacio; eso si llegaban a tiempo, o al menos para la batalla final, en la que todo apoyo sería muy necesario.

Luego le tocó hablar a mi aishiteru que era la que más cosas tenía para contarnos. Empezó su relato diciendo que su padre sabía cada vez que ella devolvía a su estado original a un Animal Guardián, detalló la manera en que el enemigo los había localizado y cómo había llenado de oscuridad a cada Guardián de Luz, ante la imposibilidad de matarlos. Pero todo iba más allá y estaba finamente hilado, formando parte de un plan maestro. Había comenzado por crear la grieta cuando Cam ya había nacido, de ese modo forzó a que la fuesen a buscar al mundo humano para arreglarlo. Sabiendo que, para cuando ella lo solucionase, él ya se habría beneficiado de las consecuencias del desequilibrio de la grieta y le daría igual que se cerrase, privándole del poder de crear entes oscuros.

A él también le convenía que se cerrase llegados a ese punto, teniendo en cuenta las devastadoras consecuencias del desequilibrio prolongado en el tiempo. Cam nos dijo que le había confesado que la iba a llevar él mismo a los templos restantes cuando fuese la hora. Para entonces ya tendría suficientes entes oscuros y monstruos en su ejército y la atraparía para que arreglase a sus ángeles negros con el poder de modificación génica. Eso la llevó a contarnos el origen de los soldados ángeles negros de su padre: Ablinatt, la ciudad en la que él mismo había nacido, ahora en ruinas.

Ov la hizo frenar.

—Lo de Ablinatt es un secreto muy bien guardado. Sabía lo de esa ciudad, pero no lo que había pasado con su gente. Tiene sentido. Me imagino que tienes mucho más que contar; pero con esto puedo

hacerme a la idea de que, si el enemigo ya ha conseguido lo que quiere de ti, no volverá a buscarte más. Simplemente tendrá lugar la batalla final.

»Dime, pelo gris, ¿ha conseguido lo que quiere de ti? Quiero saber que es todo eso que dijeron los Kitsunes Guardianes sobre que el enemigo ha absorbido todo tu poder usándote.

Kaia y Aerian de pronto parecían muy inquietos.

Miré a los ojos púrpura de la princesa; su rostro, ya marmóreo de por sí, pareció palidecer aún más, como reflejada en leche de galasis. Nadie dijo nada, dándole espacio para continuar. Aproveché la pausa para caminar hasta ella y sujetarle la mano con fuerza, dándole ánimos para continuar. Sabiendo el peso que cargaba sobre sus hombros, el valor de su respuesta.

—Veréis, tenéis que saber algunas cosas antes. —Tragó con fuerza—. El objetivo de mi padre es derrocar a los reyes y ser él mismo el Gran Rey de Dusterkeit. Tenías razón Ov, no está a favor de la igualdad de especies, y eso también da fuerza a sus objetivos.

—No esperaba nada menos ruin por su parte —respondió el brujo mirándola con atención.

Los demás contestaron cosas en la misma línea. Yo prefería permanecer en silencio hasta que ella terminase de hablar. Podía sentir la tensión en el aire.

—Termina de contarme esas cosas y responde a mi pregunta, por Vlad Drácula. Me estoy impacientando.

—Hay algo que no sabéis de mi poder. Mi padre dijo que, conforme lo fuese entrenando, se iría volviendo cada vez mayor. Podré hacer que los poderes que otorgue a los demás o que use yo misma, duren cada vez más; hasta que quiera retirárselos a alguien o me canse de llevarlos yo. El caso es que…, no solo puedo poseer o dar poderes elementales…; también puedo manipular el ADN oscuro para conceder poderes superiores o primigenios.

Ov la observaba impertérrito. Pero diferentes exclamaciones de sorpresa se sucedieron. Yo me tragué la mía y le apreté la mano con más fuerza. Ya era poderosa antes, pero sabiendo que era capaz de eso…

—«Tranquila. Siempre supe que eras poderosa, siempre lo has sido» —murmuré a través de nuestro puente mental.

Ella me dedicó una sonrisa, y fue la única señal que tuve de que me había escuchado.

—Bueno, mi padre me presentó a su maravillosa mascota Amvrila, que tiene el poder de sacar toda la verdad a sus presas por métodos que podrían calificarse como horripilante tortura. Dejó una amenaza velada de que podría usarla contra mí si lo decepcionaba. No podía dejarle entrar a mis pensamientos. Amenazó con mataros a todos si no le ayudaba. Aunque se mostró curiosamente agradable conmigo.

Apreté la mano libre en un puño, con fuerza. Las ganas de matarlo aumentaron.

—¿Eso te parece agradable? —verbalizó Kaia por todos.

—No, pero me daba un trato especial.

Eso la llevó a contarnos los motivos por los que se lo había dado y cómo la había paseado por el Castillo Finisternis, a pesar de tenerla como prisionera.

—¡Es un lunático! —exclamó Shed—. Está claro que se comportaba así para poder conseguir más fácilmente de ti lo que quería.

—Le sigo odiando —aclaró ella—. Por eso no os preocupéis.

—¿Y qué es lo que hiciste bajo amenaza, Alteza? —preguntó Aerian en tono comedido.

Entonces nos contó que su padre tenía un domador de poderes a su servicio; para nuestra suerte era parte de la resistencia. Le había ayudado a ocultar todo su potencial; había dado poderes al ejército enemigo, aunque siempre con ciertas fisuras que nos darían ventajas a la hora de la batalla. Era un gran problema que parte de sus ángeles negros tuviesen ahora fuerza y velocidad vampíricas; también que tuviesen poderes superiores, aunque no fuesen perfectos. Por suerte, el ego de su padre para no otorgar poderes primigenios nos benefició a todos.

Después nos habló de que, en su caso, usar tanto poder sí era algo peligroso. Ni siquiera el domador de poderes había podido salvarla

de caer inconsciente y preocupar a su padre, aparentemente. Nos relató su conversación con la diosa Heleia. Terminó contándonos todos los detalles de la historia y nosotros narramos la de nuestro viaje de rescate.

La segunda grieta no era un problema para nadie en esos momentos, se cerraría a la vez que la primera. No volvería a llevarse a Cam a través de ellas, me encargaría personalmente de eso. El problema era la primera; mermando poco a poco nuestros efectivos nos mantuvo distraídos de su verdadero cometido: raptar a Cam.

Y después de una productiva conversación, llegamos a la conclusión de que el primer paso era continuar con el plan. Visitar el último templo de Animales Guardianes para cerrar la grieta, lo cual nos daría una clara ventaja en la batalla final. El ejército de ángeles negros del enemigo no podía atravesar la segunda grieta para llegar a Noctis, cosa que nos beneficiaba. Tendrían que venir a pie; si venían todos unidos, lo que le daría a su formación un mayor porcentaje de éxito, no marcharían a velocidad vampírica, que solo unos pocos podrían seguir, sino a paso normal. Si cualquiera de nuestras teorías fallaba, el ejército real estaría preparado con las instrucciones que les transmitiría yo mismo, en cuanto terminásemos de hablar.

Pero más valía que no, porque necesitábamos a Camille para hacer frente al enemigo. Para que le arrebatase a su ejército sus poderes superiores, si la situación lo requiriese. Necesitábamos la poderosa magia primigenia de Ovraal, que nos acompañaría en nuestro último viaje para, en palabras textuales suyas: «Proteger a su mejor amiga y princesa sin opción a réplicas». Necesitaríamos estar todos unidos cuando el enemigo regresase acompañado por su ejército.

Sí, existía la posibilidad de que quisiese volver a raptar a Camille para que continuase modificando a su ejército. Pero ya tenía unos cuantos miembros con poderes superiores; aparte de que sabía que su técnica de hacerse pasar por alguien no volvería a funcionar, ya la conocíamos. De modo que, si intentaba atraparla, seguramente lo haría acompañado de su ejército para la batalla final.

Cuando Aerian se marchó me volví hacia Camille; Sei aún estaba envuelto en sus mechones, como si no quisiese soltarlos nunca. Sus ojos púrpura se clavaron en los míos y su olor a vainilla me inundó por la proximidad. Agarré sus dos manos con fuerza, perfectamente consciente de que teníamos público. Necesitaba hablar con ese público después. Primero debía hacer lo que tenía que haber hecho la noche de la coronación.

—Camille —hice una pausa—, el día de tu coronación mis planes se vieron frustrados. No esperaba el final de día que tuvimos. Nadie, supongo. Tenía pensado mostrarte las estrellas fugaces y, bajo su luz, ofrecerte venir a vivir conmigo a Palacio. Mi cuarto está muy vacío sin ti.

Sus ojos se encharcaron. Una de sus manos se soltó para enjuagarse las lágrimas, que nada tenían que ver con la tristeza. Pero yo fui más rápido y las atrapé con mi dedo, limpiándoselas con delicadeza. Le di un beso en la frente al terminar.

—Nada me haría más feliz, mi príncipe —contestó, acercándose para plantarme un beso en los labios.

Nuestros amigos comenzaron a aplaudir con fuerza. Camille se separó despacio y los fulminó uno a uno con la mirada.

—¿No tenéis nada mejor que hacer? —Su tono sonó cómico.

—Enhorabuena, pelo gris. Ya tienes un nuevo hogar. Aunque siempre serás bienvenida en mi morada.

—Gracias por todo —le sonrió.

Me adelanté, mirando a la pareja de vampiros y elevando una mano en el aire para captar su atención.

—Un momento, también tengo una propuesta para vosotros.

—¿Para nosotros? —preguntó Ovraal extrañado, mirándome fijamente.

Shed clavó sus ojos celestes en mí con curiosidad.

—Eso he dicho, sí. Veréis, he pensado que, tal y como están las cosas, lo mejor es que permanezcamos todos unidos hasta que derrotemos al enemigo; por eso creo que podríamos habilitaros uno de los dormitorios de Palacio a los dos. La puerta de al lado de la habitación de Kaia está libre.

—Soy una vecina muy ruidosa; mis ejercicios de pesas en el antelunio no pueden faltar.

Ov la miró con una amplia sonrisa.

—Tus labores del antelunio no son un problema para mí. Y estoy seguro de que las paredes de palacio están bastante insonorizadas.

—¿Eso es un sí? —preguntó Camille, visiblemente contenta de tenerlos más cerca.

—No es un sí. —Se volvió hacia ella—. ¿Qué haríamos si me acostumbro a los lujos de Palacio? Eso sería terrorífico.

—Vamos Ovraal —intervino Shedyel—. Deja de hacerte de rogar; estoy seguro de que te mueres de ganas de probar la experiencia de vivir en Palacio. Podrás disfrutar de los lujos y, cuando no los tengas, ya buscaré algo divertido para compensarte del «terrible sufrimiento».

Camille se rio divertida. El brujo pareció pensárselo.

—Yo solo añadiré que estarás más cerca de Cam por si necesita tu ayuda. Todos juntos la protegeremos —expuse para terminar de convencerlo.

—Un momento, os agradezco la intención, pero yo puedo protegerme sola con mi magia. Nos cuidaremos los unos a los otros estando juntos, estando cerca.

—«No te enfades, se muere por ayudarte todo el tiempo. Solo intento convencerlo de que se mude aquí. Sé que puedes defenderte tú sola».

—«Gracias, supongo; pero…».

—No sé, tengo que pensarlo —interrumpió nuestros pensamientos.

—A mí no tienes que convencerme, Alteza. Yo vendré encantado en cuanto este cabezota acepte la invitación.

—Gracias, Shedyel. Tsuki dijo que su recomendación era que permaneciésemos unidos. Solo sigo su consejo. Si lo dice un Kitsune Guardián es porque es importante. Solo será hasta que derrotemos al enemigo. Aunque… —sonreí ampliamente—, si queréis mudaros aquí para toda la eternidad no tengo ningún problema.

—Está bien, vosotros ganáis —claudicó—. Nos mudaremos, pero cuando todo acabe volveré a mi casa. No quiero abandonarla, llevo

milenios en ella.

—Puedes tener las dos cosas amigo —lo tenté—. Cuando todo acabe, si te gusta la estancia en mi hogar, puedes dormir en un sitio u otro según te apetezca; ese dormitorio puede ser vuestro. Siempre habrá una puerta abierta para vosotros aquí.

—Gracias alteza —sonrió con calidez.

Después de eso, Shed entregó su vestido del baile de la coronación a Cam, quien lo dejó temporalmente sobre la cama de su amiga. Kaia se quedó mostrando a Ovraal y Shedyel su nueva habitación; mientras, mi pareja y yo fuimos a ver a mis padres, que a esas horas estaban en el salón del trono. Mi madre se lanzó a abrazar a Camille en cuanto la vio y mi padre me estrechó la mano. Contarles todo lo que había sucedido nos llevó tanto tiempo que insistieron en que comiésemos todos juntos. Terminamos en el gran salón de la tercera planta, sentados a la gran mesa de turmalina azul con multitud de brillos grises incrustados, simulando las estrellas.

Camille no pudo evitar pasear la mirada por las paredes en cuanto se sentó. Estaban decoradas con una gran variedad de motivos nocturnos, animales y plantas entrelazándose entre ellos. Al fondo un gran ventanal de cristal permitía el paso de las estrellas; cuando era de noche, la luna iluminaba la mesa como si fuese una parte de su reinado. Todos lo éramos.

Noté el momento justo en el que se volvió lo suficiente para percatarse de que, en la parte superior del respaldo de su silla, había una doble hélice de ADN tallada sobre la madera oscura. Salvó por eso, era idéntica a las demás, negra y con turmalinas cubriendo todo el contorno del respaldo. Dos cojines morados permitían que sentarse en ellas fuese enormemente cómodo.

—¿Te gusta? —preguntó mi madre adelantándose—. Lo hemos mandado tallar para ti.

—¿Cómo? —preguntó aturdida.

—Mira nuestras sillas, querida; cada una tiene grabado algo que le pertenece a uno de nosotros.

Ella me miró, transmitiéndome muchas cosas en unos segundos, y se fijó en el grabado de mi silla, que simulaba una corriente de oscuridad. Después volvió la vista al frente, donde mis padres se

inclinaban a un lado, plegando las alas para exhibir sus propios grabados: un diamante en la de mi padre y una estrella en la de mi madre.

—Son nuestros poderes —verbalizó.

—Así es.

—Gracias por hacer esto por mí —murmuró.

—Eres una más de nosotros, cariño —le dijo Sereen.

Ella sonrió y miró al resto de sillas, cuyo grabado era el escudo de la realeza.

—¿Las demás para quiénes son?

—Para todos; queremos hacer que cualquiera se sienta uno más de nosotros, cuando comemos con los habitantes de palacio o con invitados. Porque al final todos somos iguales, como reza nuestro escudo —respondió Zwarteziel.

Ella los miró fascinada. Tras unos minutos de silencio un habitante de palacio llamó a la puerta y desplegaron la comida sobre la mesa. Seika, como si no pudiese contenerse, saltó a su propio plato y comenzó a comer.

—Bueno, creo que todos deberíamos hacer lo mismo que él. —Sonrió mi padre.

Y así fue como disfrutamos de la primera comida de la familia real completa; cálida y agradable.

Después de comer fuimos con los reyes a buscar a Ovraal y Shedyel, para ir todos juntos a la reunión de estado mayor con los jefes superiores de mi ejército. Fue muy interesante para todos la información que nos dio Cam acerca del ejército enemigo. Nos sobrecogió especialmente enterarnos de la existencia de la monstruosa Amvrila. Les di instrucciones claras de lo que teníamos que hacer a continuación. Si cualquiera de nuestras teorías fallaba, ellos estarían preparados para hacer frente al enemigo en nuestra ausencia. Ellos se mostraron contentos de que la princesa, y su erizo, asistiesen a una de nuestras deliberaciones; especialmente Kurai.

Cuando terminamos, fui con Ovraal, Cam y Shedyel a la casa del primero. Nos acompañaron varios habitantes de palacio, para ayudarles a trasladar las cosas necesarias para el tiempo que viviesen

aquí; que en el caso de Cam sería para siempre. Kaia se mantuvo desaparecida, con la misión que la había encomendado.

Cam y yo llegamos antes a nuestro hogar. Ella no tenía tantas cosas como el brujo, por lo que no nos acompañaban más de tres habitantes ni hizo falta más de un paseo. Dejaron todo apelotonado en la puerta de nuestra habitación. Les pedí a los habitantes de palacio que no colocasen nada, puesto que quería que la entrada de la vampira a nuestro hogar conjunto fuese un momento íntimo y bonito para los dos.

Apareció Kaia, que nos hizo una visita fugaz. Pronto se despidió de nosotros, alegando que tenía un vestido que terminar de retocar para esta noche. Por supuesto, yo sabía de qué se trataba. Camille se lo había dejado convenientemente olvidado en su habitación.

Antes de nada, hicimos una breve visita a Ovraal y Shedyel en su nueva habitación. Estaban claramente satisfechos, aunque aún continuaban colocando sus cosas. No les molestamos más, también teníamos pertenencias que colocar. Cuando regresamos los bártulos de Cam permanecían donde las habíamos dejado junto a la puerta.

—Bienvenida a mi habitación en este gran Palacio, mi princesa de luz. Ahora es nuestra, desde hoy hasta el final de los tiempos.

—Hasta el final de los tiempos —repitió—. Estoy deseando conocerla.

Le sonreí mientras sacaba el llavero del pantalón y buscaba la llave. Hacia juego con la puerta, pintada de una mezcla de azules y negros. La introduje en la cerradura, bajo su atenta mirada, abrí la puerta y se la sostuve para que pasase. Seika, como si hubiese detectado que ya no íbamos a movernos más, comenzó a revolverse en su hombro. Ella lo cogió y lo dejó en el suelo, donde comenzó a corretear sin parar, olfateándolo todo y emitiendo ruiditos de felicidad.

—¿Te gusta?

—Es preciosa —murmuró—, como su propietario.

Se volvió hacia mí, plantando su mano en mi pecho. El corazón se me aceleró con su contacto.

—Querrás decir sus propietarios.

Asintió.

—Tendré que acostumbrarme.

Sus ojos púrpura me recorrieron el rostro hasta detenerse en mis labios. Sin darme tiempo a procesarlo, tiró de mi camisa con fuerza y encajó nuestras bocas. La agarré del cuello, sintiendo la sedosidad de su pelo y dejándome llevar. Mi otra mano se coló en su cintura. Y por un momento olvidamos al mundo, olvidamos que la puerta estaba abierta de par en par y sus cosas fuera.

Ella se separó y miró al exterior, como si acabase de recordarlo. Después pasamos el resto de la tarde colocando todas sus pertenencias en nuestra habitación hasta caer agotados sobre la cama. La luz de la luna ya entraba por el ventanal de la derecha, que daba a un balcón al que se podía salir a contemplar la noche. La reflejaban los troncos dorados de árboles sin hojas que se extendían por toda la superficie de la colcha de terciopelo azul oscuro; casi parecía que mágicamente las hojas poblasen sus ramas. Lo hacían, era producto de la magia de mi madre impregnada eternamente en ellas; reaccionaban a la luz de los astros.

Camille se incorporó y lo observó maravillada. Luego se volvió hacia Seika, que dormía plácidamente sobre su adorable cojín de murciélago en el suelo de la izquierda, junto a mi gran armario empotrado, de color morado con motivos plateados, en el que descansaban todas nuestras cosas. Frente a la cama se hallaba mi gran estantería añil y plateada, repleta de libros cuyos títulos la vampira no había podido evitar curiosear, uno a uno.

En ese momento llamaron a la puerta; por la forma de llamar sabía perfectamente de quién se trataba. Mi aishiteru me miró, con la duda reflejada en sus ojos purpura. Llevé la mano con delicadeza a su mejilla y le sonreí.

—Creo que voy a tener que recordártelo de nuevo, es nuestra habitación. Si quieres, puedes abrir tú.

Movió la cabeza recreándose en el contacto de mi piel con su mejilla.

—Está bien, voy a abrir yo.

Se levantó con agilidad y corrió a la puerta.

—Ya pensaba que nunca me abriríais —dramatizó Kaia—. ¿Qué tal va la adaptación a tu nueva habitación?

Llevaba una gran caja cuadrada en sus manos. Ov y Shed estaban a sus espaldas, uno a cada lado.

—Bien, pero ¿qué es eso?

—¿Cómo que qué es? ¿Ya te has olvidado de aquello que confeccioné con tanto mimo y con ayuda de la magia de la reina para ti?

—Mi vestido… —murmuró—. Pensaba recogerlo después.

—Tu padre destrozó algunas partes de la tela cuando te raptó. Lo he reparado —le tendió la caja.

—Muchas gracias Kaia, de verdad. —La cogió y la dejó sobre la cama.

El trío de vampiros la siguió y Ov se sentó en el sillón lila colocado a la izquierda de la estantería, justo al lado de la terraza.

—Me muero de hambre. Si vais a discutir más, os espero aquí sentado. El dormitorio que nos has dejado es maravilloso, alteza; muchas gracias. Tiene todo lo que un brujo milenario podría desear.

—Si está genial, gracias Alteza —dijo Shed.

—Me alegro de haber acertado con el dormitorio chicos. Ahora, ¿vamos a cenar?

Los llevé al gran salón de la familia real en el que habíamos comido con Camille; para que estuviésemos más tranquilos, por si alguien quería sacar algún tema. Aerian llegó más tarde, pero también se unió a la velada. Era tan tarde que mis padres ya habían cenado, al igual que Seika, que se quedó durmiendo en su cojín.

Como era de esperar, el último templo tuvo cabida en la conversación, el del Atardecer. Tras una acalorada discusión llegamos a la conclusión de que Ovraal y Shedyel nos acompañarían. Ov dijo que Kaia y Aerian ya habían visitado tres templos con nosotros y que él tenía derecho a los otros dos. Además, arguyó que, con su poder de control mental, era más necesario al lado de Camille que en ningún otro sitio. Después todos estaríamos juntos en la batalla final, cuando llegase el momento.

Tras ponerse la luna emprenderíamos el viaje, pero mientras tanto podríamos disfrutar de la noche. Así que, en cuanto nos despedimos de nuestros amigos y estuvimos completamente solos en nuestra habitación, me quede mirando a la vampira. Y todo lo que

había querido hacer en la noche de la coronación, pero no había podido llevar a cabo, cruzó mi cabeza con velocidad.

—Camille Dageraad, princesa de la reinante dinastía Oakleaf —comencé, cogiendo su mano con delicadeza. Sus ojos púrpura se clavaron en los míos y rutilaron a la luz de la luna—. Aunque lo cierto es que ha pasado de todo, me gustaría que lo olvidáramos por entero y retrocediéramos a la noche de tu coronación. Como si nada de esto hubiese ocurrido, te profesaré todo el amor que te tenía guardado. ¿Me concedes esta noche?

—Por supuesto que sí, Zephyran Oakleaf, te amo con todo mi corazón. Me encantaría vivir lo que aquella noche nos arrebataron.

Alcé su mano y le di una vuelta en el aire con delicadeza, para que quedase frente a la cajita con su vestido. Me coloqué a su espalda y le susurré al oído.

—También tendremos que llevar la misma ropa. Como si nada de esto hubiese pasado, ¿recuerdas?

Sentí como se estremecía.

—Por eso Kaia tenía tanta urgencia por reparar mi vestido.

—Me has pillado. Mientras hablábamos en el cuarto de Kaia…, bueno… digamos que ella y yo tuvimos un intercambio de miradas en el que tu vestido participó, seguido de un asentimiento por parte de tu querida amiga.

Le di un apretón en la cintura y me permití respirar su olor a vainilla y frutos del bosque.

—Vale, ya veo que aprovechaste muy bien la ocasión —respondió, volviéndose hacia mí y dándome un pico fugaz—. Veamos lo que tienes preparado.

Destapó la caja, encontrándose también con la corona que había perdido en el jardín. La guardó junto a la mía con una sonrisa, sacó el vestido y lo extendió sobre la cama; aún conservaba la luz eterna de Sereen. Comenzó a desvestirse con rapidez.

—«Voy a por mi traje antes de que esto se me vaya de las manos». —Mi voz sonó grave, teñida por el deseo; incluso a través de nuestro puente mental.

—«Sabia elección» —dijo ella.

Pero yo ya había comenzado a ponerme el traje con rapidez. Ya no era época de estrellas fugaces; pero, si quería tener la más mínima oportunidad de ver alguna, ese era el momento.

—Ya estoy lista —murmuró—. Aunque necesitaría una pequeña ayudita con las lazadas de la espalda.

Me giré y la misma imagen que me había cautivado el día de la coronación apareció ante mis ojos. Solo que esta vez Camille sujetaba su vestido con fuerza por la parte del escote, impidiendo que la tela cayese.

—Claro, pequeña vampira.

Caminé con ligereza hasta detenerme a centímetros de su espalda. Anudé la tela con agilidad y le puse la mano en el hombro cuando terminé.

—Solo un detalle más para que todo sea igual. —Rescaté mi corona de donde la había guardado y le coloqué la suya en su cabeza.

Mi aishiteru se giró y me imitó.

—Ya puedes acompañarme, princesa. Ya casi no quedan estrellas fugaces, pero quiero intentarlo.

Sus ojos púrpura se clavaron en los míos, teñidos de sorpresa. La luz de su traje no hacía más que recordarme una y otra vez lo que ella era. Ella lo había eclipsado todo.

—¿A dónde vamos? —preguntó echando una mirada fugaz a Seika, que permanecía dormido.

—A mi balcón —le sonreí.

Extendí la mano en una invitación silenciosa, ella la aferró como si fuese un salvavidas. Cruzamos la habitación hasta quedarnos frente al gran ventanal. Los destellos de luz penetraban al interior en una sucesión rutilante. Ella observaba todo como si contemplase por primera vez el mundo. Agarré el picaporte con la mano libre y la conduje afuera.

Ella se soltó y dio varios pasos, hasta detenerse a observar maravillada el cielo plagado de estrellas, la luna presidiendo en el centro. Yo me detuve en su pelo gris platino, que brillaba como el propio astro. Y ahí, su silueta contrastando contra la piedra violeta,

alzó la cara aún más y se llenó de felicidad. Sonrió, como si nada más importase en el mundo.

Me acerqué con lentitud a ella, grabando aquella imagen en mi mente. Formaría parte de uno de mis cuadros. Posé la mano en la barandilla de piedra, sentí el viento deslizarse por las plumas de mis alas desplegadas. Ella registró mi movimiento y se colocó justo frente a mí.

—No sé si veremos estrellas fugaces, pero respirar aire fresco aquí contigo ya es un regalo —confesó.

Solté la barandilla y me acerqué un poco más a ella, quedando a escasos centímetros de su rostro.

—Tú eres el regalo, princesa de luz. Es realmente fascinante verte con ese traje, que parece contener todo tu poder en un trozo de tela.

—El tuyo no se queda atrás, mi príncipe oscuro. La oscuridad recorre la tela —su mirada fue subiendo por mi traje negro y añil hasta llegar a mi cara—, como hace con tus ojos cuando me miras.

Podía imaginar las corrientes recorriendo mis zafiros.

—¡Oh! —dejó escapar un suspiro en el momento exacto en el que las auténticas corrientes de oscuridad que había ido desplegando rozaron sus brazos.

Nuestras miradas se posaron en nuestros tatuajes y junté mis manos con las suyas, apretándolas con ligereza.

—Princesa, ¿me concedes este baile?

Ella asintió y llevó la mano a mi cuello. Pasé el brazo por su cintura y comenzamos a movernos con lentitud. Con nuestras manos entrelazadas, nuestros tatuajes chocaban; casi podía sentir la vibración de su contacto. Mi oscuridad nos envolvía. No había música, pero no la necesitábamos. El ulular de los búhos oscuros y la paz de aquel momento era todo lo que podía pedir. Bailamos hasta que me dolieron los pies, sin dejar de alternar entre mirar al otro o mirar al firmamento en busca de estrellas fugaces.

Cuando nos cansamos, nos asomamos juntos a la balaustrada, sonriéndole al mundo. Miramos al cielo violeta y, justo en ese preciso instante, tres estrellas fugaces pasaron veloces delante de nuestros ojos.

—¡Mira eso! —señaló Camille eufórica.

—Lo he visto, preciosa. —Me volví hacia ella—. Eso quiere decir que hemos cumplido uno de nuestros objetivos de la noche.

—Creía que ya no me ibas a llamar así.

—Hoy es uno de esos días en los que no puedo evitarlo. Y aunque no te lo diga, siempre lo eres.

Ella me dio un toquecito en el hombro y dejó escapar una risa por lo bajo.

—Lo que quieras, alteza.

—¿Tengo que recordarte que ahora tú también eres alteza?

—Vaya, fallo mío. Aunque esa palabra lleva perteneciéndome mucho menos tiempo que a ti. ¿No crees?

—Por supuesto.

—Y volviendo a lo de antes, ¿cuál es ese otro objetivo de la noche?

Si las miradas podían hablar, la que le dediqué en ese momento anticipó lo que mis palabras nunca podrían expresar ni la mitad de bien.

—Recordarte lo mucho que te amo —respondí con la voz ronca —. ¿Vamos dentro?

Sentí como su corazón se aceleraba.

—Yo también tendré que recordártelo, por si acaso se te ha olvidado —contestó, girándose y regresando a la habitación.

La seguí riéndome por lo bajo. Cerré el ventanal y cuando volví a mirar la habitación ella me observaba tumbada en la cama. Nuestra cama desde hoy hasta el final de los días.

Le sonreí y no hizo falta decir nada más. En cuanto pisé el colchón, las coronas desaparecieron y las ropas comenzaron a caer por todas partes. En ese momento no importaba lo caras que eran y el tiempo que había llevado confeccionarlas. Sobrevivirían a ello.

La luz de las estrellas hacía que todo su cuerpo desnudo resplandeciese. El tatuaje negro era lo único que destacaba entre tanta pureza. Agarré sus manos con cuidado y me alcé sobre ella, apoyándoselas en la almohada. Nos besamos, primero con cuidado, como si temiésemos romper al otro; y después con la pasión y el deseo que nos habían conducido hasta esos instantes.

Ella me clavó los colmillos y me estremecí de placer. Sentí el fino hilo de sangre por mis labios antes de que desapareciese en su boca. En este mundo los vampiros civilizados solo bebían directamente de la persona que consideraban digna de su corazón, haciéndolo un gesto enormemente íntimo. Podía sentir el ritmo desenfrenado de nuestros corazones, sincronizándose en uno solo, mientras ella pasaba la lengua por donde antes había bebido.

Agarré su rostro y la separé de mí con cuidado. Me miraba como si fuese lo que más anhelaba en el mundo. Quise recordarle que era todo suyo y la besé en la frente, en las mejillas, en el cuello. Fui dejando un reguero de besos por todo su cuerpo hasta que ella tiró de mis brazos de nuevo hacia arriba. Me empujó con delicadeza, pero usando fuerza vampírica. Sentí el contacto del colchón bajo mis alas. Ella sonrió, justo antes de decidir besar todas y cada una de mis plumas, haciendo que me volviese loco.

Dejé que mi poder saliese, que nos envolviese, mientras ella continuaba venerando cada rincón de mi cuerpo. Hasta que fui yo el que sostuvo sus manos y la hice volver a mi altura. Fue ella la que hizo que fuésemos uno, que olvidase todo lo que nos rodeaba para centrarme tan solo en ella. En su pelo revolviéndose con cada movimiento. En sus ojos púrpura bañados del amor y la felicidad más puros. En sus labios carnosos con los colmillos aún asomados. En la luz que salía de su cuerpo; no venía de las estrellas, venía de ella. Mi oscuridad se enroscó entre su luz, haciendo que nuestros poderes se entrelazasen, que fuesen uno al igual que nosotros. Oscuridad del destrozador de almas y curación de la modificadora del ADN oscuro. Hasta que nos dejamos llevar y la magia estalló en una lluvia de blancos y negros. Hasta que no importó nada más que la sensación que sentíamos al estar unidos. Hasta que caímos rendidos en la cama mirándonos el uno al otro, con la alegría y la paz tiñendo nuestros rostros. Como si nada más importase. Solo éramos ella y yo.

—Hogar, dulce hogar —murmuró acurrucándose en mi pecho.

Y supe que no se refería al Palacio de las Tinieblas, sino a mí.

Capítulo 45. El secreto de Seika



Camille

Miré a Zephyran, sintiéndome en casa, con su corazón justo debajo de mi oreja. Su latido era todo lo que necesitaba oír para encontrar la paz. No sé cuánto tiempo pasamos abrazados en silencio, yo acariciando su rostro y él deslizando la mano por mi espalda. De repente me di cuenta de que tenía que aprovechar lo que los Kitsunes Guardianes me habían entregado. Rebusqué en mi interior, y vi cómo mi poder aún estaba cargado de vitalidad, aunque ya había comenzado a esfumarse.

—¿Qué te pasa? —preguntó Zephyran, consciente de cómo me había tensado de repente.

—Es Seika, necesito comprobar algo antes de que la amplificación de mi poder que me dio Tsuki desaparezca.

—Si vas a despertarlo, lo mejor es que te vistas primero —apuntó.

Le saqué la lengua y, sin esperar que me siguiese, recogí todo a velocidad vampírica y saqué del armario dos conjuntos de dormir. Le lancé el suyo.

—Gracias —contestó, ya sentado sobre la cama—. Lo habría cogido yo mismo, pero eres demasiado rápida.

—Muy gracioso —respondí mientras me vestía en segundos.

Comprobé que él ya llevaba su ropa de dormir, de terciopelo negro, antes de agacharme sobre el cojín de murciélago. Comencé a moverlo con cuidado.

El erizo se activó al momento y miró en todas las direcciones buscando un peligro, cuando vio que estaba frente a él emitió un ruidito, medio conforme medio enfadado por tan brusca interrupción de su placentero reposo.

—Sei, siento haberte despertado; pero es importante. Debo aprovechar algo que me han dado.

Lo cogí entre mis manos. Me adentré en mi interior, buscando la capacidad de hablar con los animales entre los genes de poderes superiores silenciados. Mi magia me condujo sin esfuerzo por el camino, y sentí el momento exacto en el que el don me fue otorgado. Los ruiditos de Seika comenzaron a ser palabras.

—Espero que haya una buena razón para que me hayas despertado. Estaba soñando con un campo de manzanilla.

—Seika —sollocé conteniendo la emoción—. Siento haber estropeado tu sueño en ese campo.

—Un momento, ¿puedes entender lo que digo?

—No podré hacerlo por mucho tiempo, porque puede ser peligroso; pero sí.

—¿Qué está pasando? Acaso estás… —intervino Zephyran, para el que los sonidos de mi erizo seguían sin formar palabras en nuestro idioma—. Por todos los murciélagos, ¡estás hablando con Seika!

Me volví hacia el ángel negro.

—Sí, déjame acabar y luego te explico todo.

Mi atención volvió al erizo.

—En el baile, parecías reacio a separarte de mí. ¿Qué te pasaba?, ¿sabías algo?

—Desde que volvimos a Dusterkeit —sus ojos oscuros se clavaron en los míos—, poco a poco he ido desarrollando un don que me permite ver cuándo un peligro te acecha y es muy grande. Lo sentía dentro de mí, Camille, percibía que Skumring era tu padre disfrazado. Mi magia me lo decía.

—Por la Diosa —murmuré—. Siento no haberte hecho caso.

—No es culpa tuya, no podías entenderme. Lo intenté con el lenguaje no verbal. Pero todos estabais convencidos de que dentro del palacio no corríais ningún peligro.

—Gracias por tratar de protegerme, Seika. Y también por haber permanecido siempre a mi lado desde que nací. —Lo solté todo, sabiendo que quizás no podría volver a hablar más con él. Dependería de que pudiese hacer que mi poder evolucionase. Y no sabía de cuánto tiempo disponía antes de la batalla final.

—Gracias también a ti por elegirme, Camille. Es un placer que seas mi vampira.

—Es un placer que seas mi erizo oscuro —repetí con una amplia sonrisa.

Sentí un latigazo en la cabeza. Dejé al erizo en el colchón y me la agarré con ambas manos.

—¡Camille! —exclamó Zep alarmado.

—Estoy bien, tranquilo.

Pero se bajó al suelo junto a nosotros, sentándose a mi lado.

—Tienes que romper ya nuestra conexión; si no estarás en peligro. Hace poco que has usado mucha magia superior con el ejército del enemigo. La sangre de los Kitsunes ya está perdiendo su efecto y no podrá impedir las consecuencias.

—¿Tú cómo sabes todo eso?

—Oí vuestra conversación; aunque no podáis entenderme, yo a vosotros sí. Por otro lado, mi poder me alerta cuándo corres peligro; eso me revela la información, aunque yo no la conozca de antemano.

—Gracias, Seika. Voy a volver a suprimir este poder superior —contesté con pena, incapaz de formular una despedida mejor. Seguiría conmigo, aun cuando yo no pudiese entender su lenguaje; lo que me causaba un sentimiento complejo de agradecimiento, tristeza y orgullo, todo a la vez.

Después de eso me tumbé en la cama junto a Zephyran, que me pidió que le contase todo lo que había pasado; y eso hice. La intranquilidad de Sei durante la coronación, y también cuando se había quedado solo con Kaia, quedaban ahora perfectamente explicadas.

—Me di cuenta de que cada vez que decían Skumring, Seika se revolvía en mis manos. Pero no tenía tiempo para pararme a pensar en el por qué; te habían raptado ya. Claro que todo tiene sentido, incluso lo inquieto que estaba durante el baile.

—Tranquilo, ahora estoy a salvo —le respondí.

Seika emitió un ruidito adormilado de fondo; y habría dado lo que fuese por entenderlo.

—Dicen que los animales suelen desarrollar segundos dones cuando su vínculo con su vampiro o ángel negro es muy fuerte. A veces ese no es un factor, simplemente los tienen. Pero creo que entre Seika y tú lo que sucede es que estáis muy unidos. Él quiere protegerte, como todos.

Asentí.

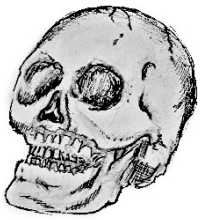
—Todos queremos protegernos, los unos a los otros.

La cabeza seguía molestándome, pero el dolor había disminuido desde el momento en que había cortado la comunicación con Seika.

—¿Estás bien?

—He estado peor. Se me pasará. Deberíamos dormir.

Capítulo 46. Faria



Haguddrac

Cuando me llegó de Dusternis la noticia de que el maldito heredero a la corona y sus desafortunados acompañantes habían muerto, dudé de ella. Habían conseguido llegar hasta la grieta, que no era, ni mucho menos, el más difícil de los obstáculos; no tenía sentido, ¡maldito brujo de pacotilla! Pero aquella nueva venía de la ciudad controlada por los míos; podría ser cierta, y sería muy conveniente. Había hecho una promesa, pero ese hecho me quitaba los obstáculos de en medio sin necesidad de cumplirla. Planeé mandar espías del castillo a comprobar directamente la veracidad de aquella información. Por supuesto, se la ocultaría a Camille, para que siguiese ayudándome.

Realmente me preocupaba mi hija, por mucho que ella lo dudase; podía verlo en sus ojos. Pero ella era sangre de mi sangre, tenía una parte de mis genes; de alguna retorcida manera era una parte de mí. Era mi descendencia y debía tratarla como tal. Aunque ella no comprendiese mis motivos.

No hizo falta mandar a nadie, pues cuando me levanté y fui a buscar a mi hija a su habitación, había desaparecido. No me extrañó, para entonces ya lo sabía. Lo supe desde el momento en que comprobé mentalmente que las salvaguardas habían sido profanadas, por un ser despreciable que conocía muy bien. Las versiones de los guardias coincidían en que habían visto pasearse por los pasillos a nuevos súbditos, pero no les parecieron

sospechosos ni habían observado ninguna cosa extraña más. El control mental de mi enemigo y un hechizo de disfraz debían ser los responsables.

La huida de Camille me dejó claras dos cosas. La primera que era evidente que todos estaban vivos y la noticia de su muerte había sido una farsa para intentar que yo bajase la guardia. La segunda que tendría que hacer las cosas por las malas, su querido príncipe y sus amigos habían perdido la inmunidad por mi parte desde ese momento; ya que ella había incumplido su promesa, no tenía ningún motivo para mantener la mía. No había querido seguir ayudándome, no comprendía los motivos de mi bien mayor. Pero no importaba. Con los ángeles negros que ella ya había modificado genéticamente, el ejército había ganado bastante fuerza. Y mi poder de destrucción era extremadamente útil.

Ese día lancé varios rayos contra los candelabros de la pared que reventaron en un mar negro. Mandé reponerlos. No podía matar a todos los inútiles; porque era perfectamente consciente de su imposibilidad de escapar al control mental del brujo vampiro, y porque los necesitaba vigilando el castillo cuando me marchase.

Había llegado el momento de organizar las tropas para la batalla final. Me cargaría a todos los Oakleaf y por fin podría ascender al trono. Mi hija tendría que terminar confiando en mí, uniéndose a mi causa; por las buenas o por las malas. Era necesaria.

—¡Todos habéis sido convocados al salón del trono, inmediatamente! ¡Corred la voz! —grité por los pasillos cuando me cansé de destrozar candelabros—. ¡Ha llegado la hora!

Al día siguiente, me di cuenta del momento exacto en el que Camille devolvió a la normalidad al Kitsune de Luz. No me importaba, esos estúpidos Animales Guardianes ya no me servían para nada, además el equilibrio debía volver a restablecerse si quería tener un reino sobre el que reinar. Ni siquiera me interesaba ya la grieta, por la que parte de mi ejército no podría acceder. Confiaba en la fuerza de mis tropas y en haber mermado lo suficiente las suyas. También en el factor sorpresa. Iríamos todos juntos a Noctis y atacaríamos cuando menos se lo esperasen.

Si mi hija estaba fuera encargándose de la última pareja de Animales Guardianes, mejor; llegaría cuando la fiesta hubiese empezado. Con suerte, podrían ser tan confiados como para llevar a Ovraal a ese viaje y así facilitarme la conquista. Cuando ella regresase, se la arrebataría a la fuerza y la haría terminar su trabajo.

Pero si estaba dentro, vería todo el espectáculo de sangre y destrucción desde el principio. Se vería obligada a contemplar como su gente moría. Como los que quería sucumbían bajo mi mano por haberme desobedecido. Ese sería su castigo.

Capítulo 47. La indignación de Cardan y los hoshizora



Camille

Cuando me desperté al día siguiente, me di cuenta de que me había quedado dormida sin escuchar la respuesta de Zephyran. Observé que su mano descansaba sobre mi estómago y su cuerpo estaba pegado al mío; aún dormía. Pero los rayos de la luna, que antes entraban por el ventanal, habían desaparecido; ya solo las estrellas nos iluminaban. Me encontraba mejor, y estaba segura de que era porque la poca sangre de Tsuki que me quedaba dentro cuando había hablado con Seika me había curado durante la noche. A cambio había desaparecido de mi sistema. Estaba yo sola con mi magia. De nuevo.

El príncipe se despertó poco después. Ovraal y Shedyel estaban al caer, por lo que desayunamos rápido, sobre la cama junto a Sei, y nos vestimos. Justo a tiempo para escuchar varios golpes apresurados en la puerta.

—Ya voy yo.

Aceleré y abrí con rapidez.

Al otro lado del umbral se encontraban Ovraal, Shedyel, Kaia, Aerian y Cardan.

—¡Cuaaack!

Sin esperar al permiso de nadie, la anátida se adentró con rapidez en la habitación. Lo seguí con la mirada viendo cómo se subía al regazo de mi aishiteru y continuaba parpando.

Seika, al verlo, se activó y se colocó a los pies del ángel negro. No pude ver lo que pasaba a continuación porque Ov colocó su mano

en mi hombro, captando mi atención y haciendo que me girase.

—¡Buen antelunio, pelo gris! ¡A ti también príncipe! —Alzó la voz para que le oyese—. Tenemos un viaje que completar. Como sois unos dormilones, Shed y yo nos hemos encargado de llenar las bolsas con provisiones en las cocinas de Palacio.

—¡Hola! —saludó Shed, asomándose desde detrás de Ov con dos grandes mochilas—. Nosotros las llevaremos, hay comida de sobra hasta Kairu para todos. También hemos cogido las tiendas mágicas.

—Gracias, pero ¿qué hacéis vosotros aquí? —pregunté, volviéndome hacia Kaia y Aerian.

—Nosotros solo venimos a despedirnos. Tranquila, esta vez no os convenceremos de nada. Vais bien acompañados. —Me guiñó un ojo y miró al suelo.

Seguí su mirada; pero Zep, que se había colocado a mi lado, habló antes de que sacase conclusiones.

—Cardan también viene.

Aproveché que estaban todos para contarles lo que había averiguado de Seika. Kaia comprendió por qué estuvo tan inquieto cuando había permanecido con ella. Después de que nos desearan suerte nos despedimos de ella y de Aerian. No pude evitar dar un abrazo a Kaia, a pesar de su reticencia; terminó sonriendo. Ella sabía, al igual que yo, que no teníamos ni idea de lo que nos encontraríamos cuando regresásemos.

Salí de Noctis contemplando la ciudad en calma, como quien sabe que está mirando algo por última vez. Creo que a todos nos invadía esa esencia: la incertidumbre. La sensación de que la batalla final estaba a la vuelta de la esquina era demasiado patente. Podía percibir las emociones de todos. Zep me apretó la mano y deslizó su dedo por mi palma, en una suave caricia cuando mi nerviosismo se hizo demasiado fuerte, demasiado respirable.

Cuando pasamos cerca del puente de los aéteres el nerviosismo se vio temporalmente sustituido por agradables recuerdos. Mis ojos púrpura se cruzaron con los zafiro de Zep, que relucían con el mismo recuerdo en mente: nuestro primer beso bajo la luz de las criaturas de aquel puente. Después de todo lo que habíamos vivido, parecía

que hacía siglos desde entonces. Y a pesar de todo, lo recordaba como si hubiese sido ayer.

Al llegar al pie de las montañas Hoshi me paré para contemplar la mezcla de los cielos en el horizonte. El azul morado como el crepúsculo a mi oeste, el rosáceo anaranjado al este y entre ambos, indicando el lugar de nacimiento del río Blood, una mezcla de todos los colores. Pero lo más sorprendente no era eso, sino el color de las montañas. Salvo por sus cumbres nevadas, parecían un reflejo del cielo en la tierra, la piedra era de colores azulados y violetas entremezclados en un degradado natural perfecto, pero estaba llena de puntitos grises que parecían brillar.

—¿Algo que deba saber de estas montañas antes de que subamos la velocidad? —pregunté mirando a todos con atención.

—Mmm…, veamos —comenzó Ov—. En estas montañas habitan los hoshizora, sus guardianes que velan porque todas las criaturas vivan en paz. Aunque hay alguna que otra bestia que no les hace ni el más mínimo caso.

—¿Cómo sabré quién es quién?

Era una pregunta un tanto estúpida, pero necesitaba conocer la respuesta.

—Lo sabrás —contestó convencido el brujo.

Miré al príncipe en busca de una respuesta mejor.

—Los hoshizora brillan, princesa.

Esa explicación fue suficiente para mí. Coloqué a Seika en mi cabeza y cogí a Zep a caballito. Cardan nos miró, no muy convencido, intuyendo lo que le tocaría hacer.

—¡Vamos patito! ¡Ven conmigo! —comenzó Ov, acercándose con las manos extendidas.

—¡CUAAAACK! —parpó, alejándose unos pasos indignado.

—¿Qué te pasa? Prometo no chuparte la sangre. Eso no va conmigo. Soy un vampiro civilizado. Creía que esta explicación no era necesaria —comentó confundido.

—No es eso lo que no le gusta. Le has llamado «pa-ti-to», y es una anátida oscura. Es muy ofensivo para él. «Pato» aún lo tolera; pero…, lo que no quiero repetir, hace que se lo lleven los espectros —explicó Zephyran.

—Bueno en la Tierra sus parientes se llaman así, y suena como una cosa más adorable de lo que parece ser este. Le estaba lanzando un cumplido.

—¡Cuaaack!

Contuve la risa mirándolos. Shed se acercó y clavó sus ojos azul celeste en Ard.

—No les hagas ni caso; yo te llevaré si lo deseas, pequeña anátida oscura.

Extendió una mano y la detuvo en el aire como pidiéndole permiso para acariciarlo. Ard lo escaneó dubitativo; finalmente se acercó hasta que su pompón quedó en la mano del vampiro.

—Bueno pues ya hemos visto quién será el afortunado que cargará con mi anátida.

—Seguro que es porque sabe que él tiene el poder de manejar el agua. ¡Anda que rechazar ir con el grandioso brujo Ovraal!

—¡Cuaaack!

—Vale, pequeña anátida; me ha quedado claro. —Agitó las manos en el aire en señal de paz—. Puedes ir con mi querido Shedyel.

Después de eso emprendimos el viaje a velocidad vampírica. De esa manera al anochecer ya habríamos atravesado las montañas Hoshi. Durante el camino no dejé de observar el suelo montañoso que parecía sin ninguna duda un reflejo del cielo que nos cubría, de tonalidades azules y moradas; eso indicaba que estábamos al norte del río Blood. Hasta que dos cosas captaron mi atención. La primera que las aguas del río Blood de cerca eran claramente de color rojo, no tenía muy claro si quería saber el por qué; y la segunda que un puñado de hoshizora había comenzado a danzar a nuestro alrededor, sin señales de tener intención de hacernos daño.

Supe que eran ellos porque parecían estrellas en movimiento. Un brillo blanco salía de su pelaje, algo que los hacía parecer adorables peluches que lucían, con dos ojos negros redondeados. Cuando uno de ellos se acercó a nosotros, siempre en silencio, pude comprobar que en cada una de sus pupilas había grabada una constelación. Más tarde descubrí que cada uno tenía la suya.

—¿No son adorables? —comentó Ov sin detenerse—. Saben quién eres, pelo gris. Saben que no eres una amenaza, y nosotros tampoco; así que no tenéis de qué preocuparos.

—¿Qué hacen con las amenazas?

—Son los guardianes de la montaña —contestó Zep—. Los libros de historia dicen que estas criaturas, que te parecen tan monas, matan a los que profanan la paz de Hoshi y llenan el río de su sangre como recordatorio. Por eso el agua del Blood suele tener un color rojo en su paso por la montaña.

—¿Cómo los matan? No veo como un ser así puede hacer daño.

—Oh, pelo gris, me gusta tu inocencia —contestó Ov dedicándome una amplia sonrisa. Y habría jurado que los hoshizora se detenían aguardando su respuesta—. Cuando algo perturba la paz de su hogar, pierden la luz y se transforman en un mini agujero negro que absorbe a su presa, de tal forma que la desangra sobre el río; ellos succionan el resto del cuerpo. De algo tienen que alimentarse.

Lo miré horrorizada. Los hoshizora continuaban siguiendo nuestro camino en silencio. Eran vigilantes. Deseaba con todas mis fuerzas no cabrearlos. Pero, conforme avanzaba el antelunio, nuestro problema comenzaron a ser las bestias que nos fuimos cruzando por la montaña. Monstruos decrépitos y sedientos de sangre trataban de darnos caza. No fue muy grave, cuando no eran nuestros poderes los que los frenaban, eran los guardianes de la montaña. Pude ver demasiado cerca cómo uno de ellos engullía a una bestia, dejando un charco de sangre que drenaba por el suelo hasta perderse en el río. Se notó claramente que este parecía volverse un poco más rojo, justo antes de que la sangre se diluyese y se fuese aclarando.

Cuando paramos para comer, los guardianes hicieron un círculo de luz a nuestro alrededor, protegiéndonos. Lo sabían, sabían que nuestro mundo me necesitaba y velarían por nosotros.

—Aunque los hoshizora siguen a los que caminan por sus montañas, no es normal que haya tantos para un grupo pequeño. Es por ti, pelo gris —había dicho Ovraal, mientras comíamos.

Me había vuelto hacía las bolas de luz, y habría jurado que todos sus ojos de constelaciones estaban puestos sobre mí. Comí tratando

de ignorarlos, recordando que para mí eran estrellas y no agujeros expulsadores de sangre.

Fue al anochecer cuando decidimos poner las tiendas mágicas al pie de la montaña, donde todavía había hoshizora para velar por nuestro descanso. Ovraal dijo que podríamos dormir todos bajo su atenta vigilia. Así fue como su luz, más potente, acompañó a la de los puntos brillantes de las estrellas. Tumbada en la cama, aún podía ver su rutilar a través de la tela de la tienda. Sentía el brazo de Zep cálido sobre mi estómago. Me volví y vi en sus ojos una promesa silenciosa, que ninguno verbalizó.

Esa noche agradecí que la mirada de constelaciones de los guardianes no atravesase la tienda como lo hacía su luminiscencia. Veneré cada punto del cuerpo del príncipe como él lo hizo con el mío, recordándonos nuestro amor, con nuestras magias entrelazándose al compás de nuestros movimientos. Hasta que caímos rendidos y apoyé la cabeza sobre su pecho. Sintiendo los latidos desenfrenados de su corazón, el mismo que nos permitía comunicarnos como aishiterus.

—Mi princesa de luz —susurró contra mi oído, deslizando la mano con suavidad por mi pelo.

—Mi príncipe oscuro —respondí, pasando la mía por su pecho hasta que me quedé dormida.

Capítulo 48. Rumbo a Kaira



Zephyran

Al día siguiente, nos despertamos en cuanto se puso la luna y desayunamos acompañados de los graciosos hoshizora. Cam se despidió de ellos alegremente y Ard les parpó en señal de respeto. No tardamos en alcanzar la Ciudad Etérea, localizada prácticamente al lado del pie de la montaña Hoshi. En cuanto la princesa la vio le cambió la cara y nos miró a todos en busca de una explicación.

—¿Alguien sería tan amable de decirme por qué hemos dormido en la montaña teniendo la ciudad tan cerca?

—Eso mismo pensaba yo, pero… —murmuró Shedyel.

Ov y yo nos miramos. Pensábamos igual en ese sentido.

—Atravesaremos la ciudad para que tú misma veas el por qué —dijo el brujo.

—«Era mucho más seguro» —le expliqué a través de nuestro puente mental.

Me miró algo escéptica, pero se adentró en la ciudad sin decir nada más. Aunque para mí todo era un borrón a su velocidad, sabía perfectamente lo que hacía cuando miraba a un lado y a otro de las calles, con cara de estar alucinando en todas las tonalidades de negro. Las casas de fachadas prácticamente transparentes, salvo por las pequeñas piedras preciosas que las adornaban en algunos puntos, eran la construcción reinante en la ciudad Etérea; de ahí su nombre.

—¿Esta gente se siente a salvo en esas casas? —preguntó por fin.

—Les gustan las transparencias y los pequeños brillos, a cambio de tener la oportunidad de ver a los hoshizora desde el interior de sus moradas. —contestó Ovraal—. A veces bajan a comprobar que los ciudadanos están bien, los sienten como una extensión de su montaña.

—Vale, ahora todo tiene sentido. Me parece mucho más seguro dormir en nuestra tienda, perfectamente opaca y rodeada de bolas de luz, que en estas casas transparentes en las que todos pueden verme dentro mientras duermo.

—Quizás los hoshizora nos habrían acompañado a la ciudad —opinó Shed.

—No íbamos a hacer la prueba. Y la tienda sigue siendo mucho más cómoda que las transparencias. No me gusta que la gente vea lo que hago —contestó Ov con una amplia sonrisa.

La calle estaba llena de gente. Lo sabía porque Cam me lo había transmitido y porque no paraba de moverse a los lados para esquivar borrones. Aunque se mostró mucho más calmada después de haber sabido que los hoshizora habían sido nuestra mejor opción.

Al anochecer ya habíamos puesto las tiendas mágicas junto a la entrada de la Gran Llanura de Flores que limitaba con la ciudad de Kairu. Camille había insistido en recorrerla, pero Ovraal le había insistido en que era tan grande que cuando llegase al final habría encontrado la ciudad.

—Mañana la recorreremos y podrás contemplar todas las que quieras —le había susurrado.

Su reacción fue mirarme con una amplia sonrisa; sus ojos púrpura brillaron a la luz de las estrellas.

Al día siguiente me habría conformado con ver como Camille miraba maravillada a un lado y a otro, mientras yo solo veía borrones de colorines aferrado a su cuello. Pero ella tenía otros planes para mí.

—¿Te gustaría ver lo mismo que yo veo?

—Nada me agradaría más que poder disfrutar contigo del paisaje que te está deleitando.

—Bien —contestó posando su mano sobre las mías—, voy a cumplir tu deseo.

Sentí el cosquilleo de su magia a través de mi cuerpo. Antes de que mi cabeza pudiese encajar las piezas de lo que ella había hecho, las flores aparecieron ante mí con una nitidez asombrosa.

—Me has dado vista vampírica.

Ella se giró unos instantes y me miró con una amplia sonrisa. Su pelo gris platino destacaba sobre todas y cada una de las flores. Era como un trocito de otro bonito cuadro, bajo el cielo azul y morado cubierto de estrellas.

—Gracias, pero ¿no es peligroso para ti hacer esto?

Volvió a mirar al frente.

—Bueno, no creo que esto pueda considerarse un poder superior. Y solo practicando evolucionará mi magia. No le hará daño a nadie que te dé esto por un tiempo.

—Está bien; pero si notas algo extraño házmelo saber.

—Cuenta con ello —contestó acariciando a Seika, que reposaba en su cabeza y se revolvió contra su dedo.

—¿A él también se la darás?

—No, a él no. No necesita volverse loco viendo mogollón de flores sin poder pararse a olisquearlas.

—Eres de lo que no hay —murmuré contra su pelo.

Y me permití perderme en el paisaje. Olvidar todo lo malo por un momento mientras viajaba sobre su espalda. No me gustaba obtener cosas que la naturaleza no me había dado de nacimiento, pero era innegable que aquello era un regalo que no podría rechazar. No cuando me permitía ver como mi aishiteru corría entre las flores con la ligereza de una mariposa. Como su pelo se movía con sus pasos, destacando como un manto lunar sobre las mismísimas estrellas del cielo.

El suelo era un espectáculo de flores de colores: rosas, morados, azules, amarillos, naranjas, verdes; todos los colores del mundo recogidos en las plantas de la llanura, que no se inmutaban bajo los pasos de los vampiros. Observé que unos metros más adelante Ovraal y Shedyel charlaban sonrientes, mientras Ard los contemplaba con curiosidad. Podría acostumbrarme a ver el mundo como ella.

Aquella llanura era un pequeño hueco de paz entre tantos terrenos de caos que rodeaban todas y cada una de las ciudades de Dusterkeit. No me extrañó ni lo más mínimo que los kairenses acudiesen allí con frecuencia a conectar con la naturaleza y descansar.

Capítulo 49. La ciudad costera



Camille

Darle a Zephyran visión vampírica había sido una de las mejores cosas que se me habían ocurrido. Le duró todo el viaje a Kairu, hasta que, ya frente a la ciudad del mar y las flores, él mismo me pidió que le devolviese la suya. Como si temiese que aquello pudiera afectarme de alguna manera. Pero yo seguía teniendo claro que aquello no entraba en la lista de tipos de magia que al ceder a otros podía agotarme, o incluso matarme.

Cuando dormimos entre las flores deseé que nuestras tiendas hubiesen sido transparentes, igual que las casas de la Ciudad Etérea, y entendí un poco más su estrafalaria costumbre. Pero la seguridad estaba siempre para nosotros por encima de todas las cosas. Realmente eran flores mágicas, no se aplastaban con nuestras pisadas; ni siquiera al retirar la tienda habían mostrado daños. Como si fuese necesario que permaneciesen allí. Y algo me decía que ni siquiera Kaia habría podido arrancarlas para usarlas con su poder. Ov había dicho que en realidad se llamaba Gran Llanura de Flores Eternas, pero con el tiempo, para abreviar, la gente había ido perdiendo ese último adjetivo.

Fue al alzarse la luna por segunda vez cuando llegamos a Kairu y Zep se bajó para caminar a mi lado. El olor a mar era inconfundible, podía incluso escuchar al Inférnico rompiendo contra la costa, que no debía andar muy lejos. A pesar de ser de noche, había cantidad de gente por sus calles coloridas. Mirase donde mirase, las flores cubrían todo: los bordes de las aceras, las fachadas e incluso las

vestimentas de los kairenses. Estaba segura de que Kaia habría adorado esa ciudad. Seika y Cardan lo habían hecho, correteando por sus calles y olisqueando sus plantas.

Nosotros fuimos directos al puerto, en el que se extendían cantidad de mercadillos. Allí pudimos abastecernos de provisiones para el viaje al Obelisco del Atardecer y para el regreso. El mar a nuestra derecha era precioso, sus aguas cerúleas casi parecían acoger el brillo reflejado de las estrellas, que a su vez destacaban sobre los morados y azules del cielo.

Cuando terminamos fuimos a casa del viejo amigo de los Oakleaf, que también se hallaba junto a la costa. La puerta captó mi atención, de madera blanca cubierta de enredaderas con flores de un rojo muy vistoso. Ovraal se adelantó, poniéndose de espaldas a ella y clavando sus ojos verdes en todos nosotros.

—Ni se os ocurra llamar a la puerta, ¡por los colmillos de Drácula! —Se cruzó de brazos serio.

—¿Y quién iba a llamar? —preguntó Shed escéptico.

La mirada del brujo se posó en mí. Me revolví inquieta mirando a Zephyran que me dedicó una sonrisa.

—Ah, Camille. Esas flores son venenosas —aclaró Shedyel comprensivo.

—¿En serio ponen plantas venenosas en sus puertas? —pregunté sorprendida.

—Sí. Como si la naturaleza supiese que esta es la ciudad que la venera, siempre nace una persona con el don de Kaia aquí —explicó Ovraal—, y se encarga de proteger los hogares de los que lo necesitan. Skumring ha debido de incorporar esto a su puerta después de que lo raptase el enemigo.

—Vale…, y entonces… ¿cómo esperan que la gente avise de que viene a verlos sin sufrir desagradables consecuencias?

—Todos los kairenses están familiarizados con las distintas especies vegetales peligrosas —explicó el príncipe, dándome un ligero apretón en la mano a modo de consuelo—. Los de fuera sabemos que, si hay plantas en sus puertas, debemos tener cuidado por si son nocivas.

—Entendido, pero ¿cómo entramos?

—Colocándonos frente a la ventana, que también está protegida con otras plantas peligrosas diferentes, y esperando a que nos vea cuando pase por ella —explicó Ovraal.

—¡Oh, fantástico! Eso suena a una espera eternamente larga.

Agarré a Seika con fuerza entre mis manos mientras aguardábamos, con miedo a que se acercase a las flores. Aunque parecía que su instinto de animal mágico le revelaba que no podía aproximarse a ellas bajo ningún concepto. También Cardan, parado junto a Zep, miraba la casa con la cabeza inclinada, sin dar un solo paso.

Cuarenta y cinco minutos después seguíamos esperando, y yo había comenzado a perder la paciencia hacía rato.

—Si no nos ve, la otra opción es buscar una posada —rompió Ov el silencio.

—¿Y por qué no hemos hecho eso antes? —pregunté.

—Es de mala educación venir a una ciudad donde hay un amigo y no visitarlo y pasar tiempo con él, pelo gris.

En ese momento, un ruido captó mi atención. Me volví hacia la puerta, que se había abierto dejando al verdadero Skumring ante nosotros. Una amplia sonrisa recorrió su cara y sus ojos añil se detuvieron en Zephyran. Una sucesión de malos recuerdos llenó mi cabeza, desde que conocí al farsante hasta que me durmió en los jardines de Palacio. No era mi padre, tenía que recordarme. Era solo un viejo amigo de mi pareja y los reyes.

—Buenas noches. Es un placer veros por aquí, Altezas. ¿En qué puedo ayudaros?

Zep caminó hasta él sin soltar mi mano, por lo que me tocó seguirlo. Traté de digerir la realidad, separando a las dos personas con todas mis fuerzas en mi cabeza.

—Hemos venido a pasar la noche en Kairu.

—¡Oh, por favor! Pasad todos. Hay sitio de sobra en mi casa para vosotros.

Nos condujo al interior y cerró la puerta. Me preguntaba cómo entraba él en su propia casa con esas flores. Más tarde, durante el tour por la vivienda, Ov me explicó que tenían un hechizo para que solo el propietario de la casa fuese inmune a esas flores concretas.

Nos sentamos en la primera planta, alrededor de una mesita redonda de cristal. No había mentido al decir que tenía espacio de sobra, su casa era enorme. Las sillitas trasparentes estaban decoradas con lo que parecían lavandas.

—Siento no haber podido asistir a vuestra coronación, princesa.

Tragué con fuerza antes de responder, pero se me adelantó.

—Y siento que el enemigo se haya hecho pasar por mí y mi rostro os traiga malos recuerdos.

—Yo… No pasa nada, me acostumbraré.

—No os preocupéis —sonrió y se volvió hacia Zephyran—. Me alegro de que hayáis encontrado a vuestra aishiteru.

Después de hablarle de que era mi misión como salvadora la que nos había traído hasta aquí y de comentar que la batalla final estaba a la vuelta de la esquina, Skumring se levantó para prepararnos la cena. Yo no dejaba de pensar en que, según nos había asegurado, parte de los kairenses vendrían a Noctis a ayudar. No podían irse todos; era lógico, no debían dejar su ciudad desprotegida.

Cuando volvió con la cena, no me pasó desapercibido que una cría de anátida de colores negros y amarillos estaba junto a sus pies.

—Después de rescatar a este pequeñín, también tengo comida para vuestros amigos emplumado y pinchudo —explicó, dejando un gran plato para ellos en el suelo—. Os presento a Wailys.

Seika y Cardan se acercaron a él y se saludaron a su manera. Parecieron congeniar, porque enseguida se pusieron a comer.

Cuando Skum puso la bandeja junto a nosotros, observé la comida meramente sorprendida. Nos dio a cada uno un vaso de jugo de bayas y un plato con un filete, acompañado por un tallo largo con flores violeta tostadas. Depositó sobre la mesa lo que parecía una ensalada, con más flores de colores y frutos secos.

—«Es típico en Kairu comer flores. Tienen muchas propiedades, te sentarán bien» —escuché la voz grave de Zep en mi mente y sentí como sus ojos zafiro se clavaban en mí.

—«Creo que este mundo nunca va a dejar de sorprenderme» —contesté mirándolo fijamente y le sonreí.

—Lo único que no tengo es sangre para vosotros, lo siento —se disculpó Skumring, captando de nuevo mi atención.

—Oh, no te preocupes. Hemos cogido provisiones en el puerto —respondió Ovraal, echando una mirada fugaz a Shed.

—Eso es —respondió este, agachándose para coger la mochila y sacar tres cantimploras con sangre—. Tenemos nosotros.

Al terminar de cenar, tuve que admitir que las flores habían estado deliciosas. La mayoría tenían un sabor dulce que junto con el de la sangre de cérvido habían sido todo un manjar. Skum nos condujo a los dormitorios, también en la primera planta. Ov y Shed se quedaron en uno y Zep y yo en el otro. Seika y Cardan habían preferido compartir espacio en el cuarto de al lado con Wailys.

Cuando nos quedamos solos caminé hasta la ventana, como embrujada por las vistas; posé la mano en el cristal, justo a la altura de la luna. El sonido relajante de las olas llegaba hasta allí, el mar Infernico podía verse a través de la ventana. Sentí como Zephyran se colocaba a mis espaldas y sus manos se cruzaban sobre mi estómago.

—Son unas vistas preciosas —susurró contra mi oído—. Aunque no tienen nada que envidiarte.

Sus alas se plegaron hacia adelante y sentí el tacto agradable de sus plumas envolviéndome los brazos. Mis manos se posaron sobre las suyas y dejé que mi luz de curación destellase envolviéndolas. Él desplegó sus corrientes de oscuridad que viajaron por mis brazos hasta enroscarse entre la luz que yo emitía. La fusión de ambas cosas era preciosa.

—Estas vistas no serían lo mismo sin ti —susurré, fijando la vista en nuestros anillos, luego en nuestros tatuajes.

Elevó el brazo que contenía el tatuaje hasta posarlo sobre mi mejilla. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Me giré y lo miré a los ojos. Las corrientes de oscuridad desfilaban por sus zafiros cargados de amor. Posé mi mano en su mejilla y me aferré a su cintura con la otra. Usé mi velocidad para colocarlo de espaldas a la ventana. Era tan amplia que ni sus alas extendidas tapaban la luna, que hacía que sus plumas brillasen bajo su luz.

Él me dedicó una mirada traviesa. Mis colmillos reaccionaron asomándose.

—Eres precioso Zephyran Oakleaf, déjame demostrarte cuánto te amo.

Sentí la vibración de su cuerpo bajo mi contacto. Sin poder aguantar más, mis labios se estrellaron contra los suyos que me devolvieron el beso, de forma suave y dulce primero y después salvaje y apasionada. Su oscuridad estalló por toda la habitación y comenzó a envolverme. La sentía recorrer mis brazos, mis piernas, mi estómago. Venerando y acariciando cada punto de mi piel, con respeto y cariño.

El sabor a roble y a mar en noches estrelladas me inundó. Él emitió un pequeño gruñido en respuesta a mi mordisco. Mi luz nos recorrió y se mezcló con su oscuridad. Sentí como le mandaba una corriente de mi magia por todas sus células, una caricia a su ADN dejándolo intacto. Mi magia le llegaba por todos los poros de su piel, por fuera y por dentro, por todas y cada una de sus células.

Él me empujó con suavidad.

—Princesa de luz, no puedo con lo que me haces sentir.

Cogió mi mano y la posó sobre su corazón, que latía desenfrenado. Le invité a hacer lo mismo con su mano libre. Y por un momento nos detuvimos a escuchar nuestros corazones desenfrenados. Antes de que me hiciese caminar marcha atrás hasta la cama, donde nos deshicimos de todo lo que sobraba. Me revolví acalorada bajo su contacto; cuando él entró en mi interior, dejé que mis alas membranosas saliesen y se juntasen con las suyas.

Mis manos comenzaron a pasearse por sus plumas, él se estremeció bajo mi contacto. Cuando las suyas se deslizaron por mis alas comprendí como se sentía. Y ahí, bajo la luz de la luna y las estrellas, con el sonido del mar y de nuestros corazones luchando por expulsar una y otra vez todo el amor que teníamos dentro, sentí que podía quedarme a vivir en esa sucesión de instantes. Sentí que él y yo podíamos ser el principio y el fin del mundo. Podíamos ser infinitos.

Capítulo 50. El último templo



Zephyran

Cuando me desperté su olor a vainilla me inundó, y el recuerdo de lo que había pasado la noche anterior llenó mi corazón. Ella era increíble, más grande que nada con lo que hubiese podido soñar antes. No tardó en abrir los ojos y abrazarme un ratito más, antes de prepararnos para seguir el viaje.

Skumring nos despidió con un desayuno delicioso. Algo que tenía Kairu era que sus jugos de bayas eran los más espectaculares de todo Dusterkeit; vivir rodeados de flores debía de tener alguna ventaja. Lamentaba que no hubiese podido asistir a la coronación. Pero me marchaba tranquilo; encontrarlo tan bien después del rapto era lo único que había deseado para él. Y se había cumplido.

El Obelisco del Atardecer estaba a unas doce horas de la ciudad de Kairu; pero a caballito sobre Cam, pasado el mediantelunio habíamos llegado. La ruta discurría en toda su longitud junto al mar Inférnico. Apenas nos habíamos encontrado criaturas dispuestas a atacarnos; era como si respetasen el lugar al que conducía ese camino. Camille había querido volver a darme vista vampírica, pero yo me había negado. No quería que gastase energías, no cuando íbamos de camino al templo que le haría consumir bastantes fuerzas.

—Por cierto, Ovraal. Hay algo que deseo preguntarte desde hace tiempo —comenzó Cam.

—Dime, pelo gris. Si querías hacerlo, podías haberlo hecho desde que te rondó por la cabeza.

—No estaba segura de querer conocer la respuesta —admitió—. Estoy convencida de que Zephyran no me mintió, pero tú…, siempre pareces saber más de lo que dices.

—¡Uf!… Esto pinta mal —murmuró Shedyel.

Escuché un ruido fuerte.

—¡Cuidado!, estropeas mi chaqueta Ov —dijo Shed.

—Ni te he tocado. Dices muchas tonterías.

—A ti te gusta que las diga.

Imaginé a Cam poniendo los ojos en blanco.

—Bueno, ya me he cansado de esperar —habló la vampira, y me imaginé a ambos mirándola por unos instantes para evitar chocarse —. Ovraal, creía que mi poder no podía hacerme daño. Un brujo milenario ¿no sabía eso?

Ov no esperó ni un segundo para contestar.

—Bueno, no podría saberlo antes de encontrarse con el poder primigenio más poderoso que se ha dado nunca en Dusterkeit. Y discúlpame por no estar al día, por no haber conocido a nadie con un poder como el tuyo.

—Entonces no lo sabías —insistió.

—No, no lo sabía Camille. Siempre nos quedará algo por aprender, por muchos años que tengamos. ¿No?

Eso pareció convencerla, porque dejó escapar el aire que había estado conteniendo.

—Entendido, al menos el desconocimiento de eso me ayudó a aprender a manejar mi poder sin ningún temor. Y ahora… ahora ya no le tengo miedo —aseguró. Imaginé que apretando los puños con fuerza.

Una parte de mí sentía alivio de que, a pesar de todo, no temiese a su propia magia; pero la otra seguía temiendo que pudiese hacer alguna tontería llevándola al extremo. ¡Por los Animales Guardianes! Tenía el poder más grande de Dusterkeit, todas las magias estaban contenidas en ella. ¿Cómo no iba eso, de alguna forma, a exigir un precio?

El frenazo de Cam me devolvió a la realidad. Ante nosotros estaba el Obelisco del Atardecer. Sus colores rojos y naranjas se entremezclaban con tonalidades rosas. Su altura destacaba

enormemente sobre el cielo estrellado, azul y morado. En la parte de arriba el grabado de dos serpientes marinas enroscadas en S y casi mordiéndose las colas, formando el símbolo del infinito. Una blanca y otra negra; la luz y la oscuridad.

—Parece que hemos llegado, al menos todo lo cerca que deberíamos hacerlo antes de comer —puntualizó Ovraal.

Sonaba a que ocultaba algo; pero sabía que, más pronto que tarde, acabaría revelándolo.

—A mí me parece bien llenar el estómago ahora —opinó Shed, dejando a Cardan en el suelo.

—¡Cuaaack!

Me bajé de Cam, que también dejo a Seika a su lado y asintió dándoles la razón.

—¡Bien!, comamos entonces. —Me sumé a la opinión general.

Hicimos un círculo en el suelo y mantuvimos una conversación distendida mientras disfrutábamos de la comida. Nos acompañaban los sonidos del río Blood, cuyas aguas rojas fluían tras el obelisco, y del mar Inférnico con sus olas rompiendo en la playa al este.

Cuando terminamos, Camille caminó hasta el obelisco, decidida a hacer aparecer el Templo del Atardecer. Posó sus manos en él, claramente concentrada. La observé expectante, sabiendo que en su cabeza estaba materializándose esa canción que hablaba del principio de los tiempos. Los minutos comenzaron a desfilar fugaces, y ella a mirar alrededor en busca del templo; cada vez más confundida.

—¿Por qué ha terminado la canción, pero aquí no hay nada? —preguntó.

Miré a la playa y lo supe sin necesidad de que Ovraal lo dijese.

—¿Estás segura de que lo has hecho como siempre? —preguntó Shed, que no parecía conocer las leyendas tan bien como Ovraal y yo.

Nuestras miradas se encontraron. Ambos lo sabíamos.

Cam soltó el obelisco y nos miró.

—Vale, ¿qué me he perdido?

—Pelo gris, los dueños de este templo son Serpientes Marinas —explicó Ovraal.

Hizo una pausa, que rellené sin poder evitarlo.

—El templo está bajo el Mar Inférnico.

—¿Qué? ¿Y cómo vamos a llegar ahí? Dijiste que de media solo aguantábamos la respiración diez minutos bajo el agua. Y no parece algo que pueda hacerse en ese tiempo. —Se detuvo abruptamente, y supe lo que estaba pensando.

—Es demasiado arriesgado —me adelanté inquieto—. Respirar bajo el agua es un poder superior que tendrías que transferirnos a todos y cada uno de nosotros, incluso mientras tiras de tu magia ayudando a la Serpiente Marina de la Luz.

—Pues iré yo sola y me esperaréis aquí.

—¡Ni hablar! Sigue siendo demasiado peligroso. Nadie va a separarse del grupo —intervino Shed, mirando a su pareja en busca de ayuda.

—Calmaros queridos, yo tengo la solución —dijo con una amplia sonrisa. Y todos lo miramos.

—¿Y cuál es? —preguntó Camille impaciente.

—No solo un poder superior puede hacer que respiréis bajo el agua. También uno de mis hechizos —resolvió, pasando la mano con rapidez por su pelo negro—. Por eso mi presencia era tan necesaria para este templo.

—¡Gracias a la Diosa! Menos mal —suspiré aliviado.

—Ayúdanos entonces —pidió Cam.

—Un momento. No solo haré que respiréis bajo el agua, también que podáis hablar y muchas más sorpresas; la mejor me la guardo para el final. Es un hechizo muy antiguo, que solo los brujos más poderosos podemos realizar.

—Estás como una cabra oscura —lo pinchó Shed.

Pero todos nos moríamos de curiosidad por saber esas sorpresas.

—Vale, la expectación me está matando. ¿Nos vas a hechizar ya?

—De ninguna manera, pelo gris.

—¡¿Qué?!

—Primero tenemos que entrar en el mar —dijo pizpireto, y comenzó a caminar hacia la playa.

—Sigámoslo, es lo mejor —murmuró Shed.

—Te he oído —gritó Ov sin volverse.

Cam y yo nos dedicamos una mirada fugaz, nos encogimos de hombros y los seguimos. Seika no tardó en subirse sobre su pelo como la luna. Teniendo en cuenta lo que había pasado con los anteriores templos, este no debería andar muy lejos. Nada destacaba en el azul puro del mar, roto una y otra vez en blancas olas. Estábamos al lado de la playa, de un color tan claro que resultaba cegador. Cogí de la mano a Cam y avanzamos sobre la delicada y fina arena.

—Me muero de la curiosidad —confesó Camille conforme nos acercábamos a las aguas salvajes y llenas de espuma.

—Yo también.

—Aunque me da algo de miedo lo que pueda haber bajo las aguas de mar.

—No te preocupes. Pase lo que pase estamos juntos. Y Ov, Shed, Sei y Ard también estarán con nosotros.

—Lo sé —respondió con determinación, cuando el agua comenzó a mojar sus pies.

Miré al horizonte, donde el mar se perdía en el cielo y no parecía tener límite. Sintiendo como el agua algo fría se metía en mis botas.

—¿No deberíamos quitarnos los zapatos? —preguntó Cam.

—No será necesario —respondió Ov misterioso—. Vamos, meteos un poco más en el agua para que pueda usar el hechizo con vosotros.

El mar le llegaba ya por la cintura; cubría demasiado pronto. Avanzamos en silencio; sentí como el agua tocaba las puntas de mis alas. Vi que Cardan ya nadaba, dando vueltas en círculos entre Ov y Shed; tan solo se detuvo para inclinar la cabeza y observarme cuando Cam y yo nos colocamos junto a los vampiros.

Parecía que yo era el único que sentía el frío, los vampiros no lo hacían, y Ard nadaba como si nada. No quería entorpecer, tampoco abandonarlos. Iría hasta donde fuese necesario con tal de no dejar sola a mi aishiteru. Su misión nos pertenecía a los dos; porque ella era una pieza fundamental de mi vida y porque la paz de Dusterkeit era lo que siempre había deseado. Por ella y por un mundo mejor.

Sentí los ojos púrpura de Cam clavados en mí.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Seguro? Porque estás tiritando.

—No pasa nada, me acostumbraré.

—No será necesario —otra vez la frase favorita de Ovraal—, empezaré contigo. Dame tus brazos.

Le obedecí. En cuanto sus manos me tocaron noté el poder de su magia antigua y primigenia. Sentía en la sangre que era un hechizo mucho más poderoso que aquel de disfrazarnos. Un cosquilleo me recorrió todo el cuerpo; y de pronto ya no sentía el frío.

—¡Tus alas! ¡Tu camiseta! —gritó Cam alucinando; no menos que yo mismo al sentir el vacío que quedaba a mis espaldas y el aire chocando con mi torso al descubierto.

—Mis alas no son lo más impresionante de esto —murmuré demasiado sorprendido.

—¿Qué ha…? —comenzó Cam.

Pero entonces Ov la agarró a ella. Y en cuestión de segundos su ropa también desapareció, viéndose reemplazada por un top de conchas brillantes que cubría su pecho. Sus colmillos asomaron, como si necesitase comprobar que seguían ahí.

—¡Somos sirenas! —gritó.

Ovraal sonrió, conforme con el efecto que su hechizo había causado en nosotros.

—Técnicamente, eres una vampisirena. Y tu príncipe es un tritón. Las alas estorbaban para esta aventura acuática.

Capítulo 51. Bajo las aguas del Mar Inférnico



Camille

No me acostumbraba a mi cola de sirena. Ni siquiera después de haber visto la cantidad de peces extraños, que pasaban tranquilamente a nuestro alrededor, dejándonos nadar en paz sin alarmarse ni molestarnos. Sus escamas eran iridiscentes, como si su capacidad de captar diferentes colores de una misma luz fuese paralela a la mía de manejar diferentes poderes a partir de una misma magia. Los arcoíris se sucedían a mis espaldas con cada coletazo; casi parecían destellar en las oscuras profundidades a las que mi vista ya estaba acostumbrada (cortesía del hechizo de Ovraal).

La cola de Zep era negra, igual que sus corrientes oscuras que en esos momentos reptaban a su alrededor; como si no terminase de fiarse del fondo marino. El apéndice caudal de Shed era azul celeste, representando su poder acuático; y el de Ov plateado, como si eso fuese un símil al poder de controlar la mente, quizás por el color del cerebro. Me habría reído, pero estaba demasiado inquieta por lo que pudiera suceder.

No se olvidó de los animales. Sei conservaba la parte superior de su cuerpo, pero la inferior era una aleta como las nuestras, de color canela y con pinchos; un gracioso sirenerizo. Y Ard…, a pesar de que sus patas eran ideales para nadar, también había obtenido una de esas extensiones en la mitad de su cuerpo; la suya verde esmeralda con alguna que otra pluma pegada, más adorno que utilidad. Un

patisireno había dicho Ov, ganándose el picotazo de una anátida indignada.

—Podéis hablar —había dicho Ov después de un buen rato de silencio—. Os lo recuerdo por si acaso lo habéis olvidado.

—No lo hemos hecho. —Hablé por primera vez, comprobando maravillada como mi voz repelía el agua, impidiendo que entrase por mi garganta—. Curioso esto de ser una vampisirena por un día.

Nadábamos como si hubiésemos nacido para ello, como si nuestro cuerpo supiese como moverse a pesar de nunca haber tenido cola. Parte del hechizo que tantas cosas abarcaba.

—A ver, que me quede claro. Entonces, ¿podéis nadar a velocidad vampírica? —pregunto Zephyran.

—Por supuesto que sí, alteza. Nos hemos transformado en nuestra criatura acuática o sirénido equivalente —aclaró el brujo.

—Un día de estos voy a hacerte pagar por todas las cosas que te guardas y nos haces descubrir a la fuerza —amenazó Shedyel en tono serio. Pero sabíamos que iba en broma.

—Estaré esperándote.

—¿Entonces las vampisirenas existen?

—Por supuesto. Aunque los de la tierra nos creemos que somos los únicos, bajo el mar vive mucha gente.

Una escena apareció clara ante mi mente. Recordé una imagen fugaz de cuando habíamos huido del castillo de mi padre, sobrevolando el mar Inférnico: la cola negra que me había parecido ver entre las aguas revueltas, esa que creía haber imaginado. Y todo cobró sentido entonces. Lo verbalicé en voz alta.

—Sí, pelo gris. Seguramente lo que viste era una vampisirena, o cualquier otra clase de sirénido grande —contestó Ov.

—¿Y dónde están?

—Bueno, igual que la tierra no está enteramente habitada por vampiros y ángeles negros. Tampoco el mar por ellos.

—Un momento. ¿Me estás diciendo que las leyendas del reino submarino son reales? —preguntó Zephyran.

—Sí, hace mil años la reina Aequora Darkness reinaba para todas las criaturas acuáticas, igual que lo hacía otra dinastía sobre la tierra.

—¡Mirad ahí! —Señalé el templo, visible en la distancia, poniendo fin a su conversación.

Más a lo lejos, parecía que la sombra de una ciudad submarina se alzaba imponente, incluso más alta que el propio templo. Nadé veloz, impaciente por terminar lo que habíamos empezado. Por devolver la luz a la última pareja de Animales Guardianes. Escuché que mis amigos y Zep me seguían, pero no me detuve hasta quedar frente al templo. Sus colores naranjas, rojos y rosas destacaban sobre el azul del mar. El frontón era curioso: triangular, con sus dos lados superiores ondulados simulando olas sobre las que cabalgaban las estatuas de las Serpientes Marinas, desplegadas por toda su longitud hasta converger en el centro, entrelazándose en un signo de infinito diferente al del obelisco. Parecían proteger a la infaltable estatua de Helios. Su canción cuando había tocado el obelisco había hablado de un mar eterno y atemporal desde el inicio de los tiempos, como una constante sempiterna.

—¿Quién eres y quién te ha dado autorización para venir aquí? —Una voz pastosa y grave captó mi atención.

Bajé la cabeza y recorrí con la vista las largas escaleras decoradas con motivos marinos. Me costó un poco percatarme al fin de que, junto a las columnas que presidían la entrada, nos miraban lo que parecían dos… vampitritones, deduje cuando sus colmillos asomaron, ¿vigilando la entrada?, con dos tridentes casi tan largos como ellos.

—Yo… —comencé.

Ov se colocó a mi lado y no me dejó terminar de hablar.

—Buen antelunio, sirénidos. Os presento a la princesa y futura reina de la superficie, Camille Dageraad. La salvadora que nuestro mundo estaba esperando.

El príncipe se colocó a mi otro lado y Sei se coló entre los dos, sin dejar de mover con fuerza su cola pinchuda.

Los soldados cruzaron una mirada fugaz antes de observarme dubitativos. Después el reconocimiento pareció teñir sus facciones; no supe si porque su vista se clavó en Zephyran o porque asumieron que lo que decía mi amigo era cierto. Sentí la presencia de Shed y Ard a nuestras espaldas.

—Os habría preguntado que cómo es posible que seáis de la superficie y llevéis colas —comenzó el soldado de la izquierda mirando al brujo—. Pero…, está claro que os acompaña el joven príncipe Zephyran.

—Soy un brujo de los antiguos, manejo esta clase de hechizos.

Los dos asintieron y acto seguido se pusieron firmes y nos saludaron militarmente.

—Disculpad nuestra falta de modales en ese caso, Altezas. De cualquier modo, estamos a las órdenes de la reina Aequora, ante quien respondemos. Ahora debemos proteger el Templo del Atardecer con nuestra vida y solicitar a todo el que quiera entrar sus motivos.

—¿Aequora sigue reinando? —pregunté sin poder evitarlo.

—Yo nunca dije que hubiese dejado de hacerlo —respondió Ovraal, y se volvió hacia los soldados—. Señores, nuestra princesa es la salvadora como ya he dicho antes. Necesita entrar para devolver a una de vuestras veneradas Serpientes la luz que le pertenece, y así poder cerrar por fin la grieta de la superficie que amenaza a la paz mundial.

Los soldados se miraron y me adelanté movida por la curiosidad.

—Si el templo solo aparece cuando yo toco el obelisco, por qué podéis custodiarlo.

—Aunque sea aparentemente inmaterial para los ojos no elegidos por los Guardianes, siempre permanece en el mismo sitio. Es su hogar —comenzó uno.

—Pero en la ciudad de Atlenia, la reina, y todos los que hemos jurado lealtad a las Serpientes Marinas frente al terreno aparentemente yermo en el que está su morada, adquirimos la visión. Podemos ver el templo y también a sus moradores, siempre.

—Nuestra ciudad —siguió el primero— se construyó junto al templo precisamente para estar más cerca de ellas.

Recordé la sombra de la ciudad que había visto extenderse por detrás del templo. Los soldados siguieron pasándose la conversación de uno a otro.

—Sabemos que en la superficie tenéis otras costumbres. Pero aquí, todos los sirénidos veneramos a los únicos Guardianes del Mar

y los soldados custodiamos su templo con orgullo. Podéis pasar, pero debéis dirigiros a ellos como Aekis y Seris si fuera necesario.

—Aunque ahora mismo visualmente no se pueda saber quién es quién, ya que el pobre Aekis es de Oscuridad al igual que su hermano. Desde que el enemigo pasó matando a nuestros compañeros soldados que vigilaban el templo en aquel momento.

—Lo sentimos… —murmuré—. Gracias por dejarnos pasar.

—Uno de nosotros os acompañará en todo momento y el otro seguirá custodiando la entrada. Pero sí, podéis pasar.

Miré a mis amigos y a Zep; todos fueron asintiendo uno a uno. Sabíamos que era el último paso para que la grieta que llevaba tanto tiempo asolando nuestra ciudad se cerrase; por fin. En realidad, ambas grietas, la una no podía ser sin la otra. Agarré la mano de Zep, cuyas corrientes de oscuridad se deslizaron como agua por mi brazo y observé nuestros tatuajes, perfectamente visibles. No había mentido cuando dijo que estábamos juntos en esto, nunca lo había dudado; y le estaba eternamente agradecida.

Comenzamos a nadar sobre las escaleras y observé que el soldado que nos seguía era el más amigable de los dos. Se revolvió el pelo azul celeste con inquietud, mientras clavaba sus ojos amarillos en nosotros, en silencio.

Cuando entramos al templo, la fascinación por su belleza hizo que por un momento olvidase todo lo demás. Sus paredes eran de diferentes tonalidades de azules y rosas, como si no quisiesen perder el sello de uno de los colores del atardecer; pero sin olvidar que llevaban la bandera del mar, que formaban parte de él. Y no solo eso, estaban decoradas con multitud de conchas y corales que se extendían por todas las paredes, bajo la luz de unas esferas de cristal llenas de algas bioluminiscentes en movimiento.

Pero lo que me dejó fascinada fue que la parte superior de las paredes y todo el techo eran una gran vidriera formada por infinidad de pequeños cristales. Una verdadera obra de arte representando a ambas Serpientes, de nuevo en la conocida forma del infinito. Y sobre ellas una figura femenina que habría reconocido en cualquier parte. Su largo pelo rubio platino, lleno de flores, parecía volar en el agua de vidrios y brillaba con la luz que entraba a su través. Sus ojos

violeta de destellos iridiscentes miraban hacia arriba, donde su mano llena de pulseras se alzaba con los dedos flexionados, casi como si pudiese sostener al pequeño Helios que estaba sobre su mano. La diosa Heleia.

Llevaba un vestido diferente al que le había visto en su aparición cuando estaba inconsciente. Era igualmente vaporoso, pero esta vez parecía contener todos los colores del océano. Parecía el océano mismo; lleno de conchas, algas y pequeños brillos que simulaban el plancton bioluminiscente. Sus grandes alas negras extendidas, cubriendo casi por completo la parte superior del infinito de las Serpientes, como si las cobijase bajo sus alas. Su cuerpo entero parecía rutilar, igual que los de las Serpientes; dejaban pasar, con mayor intensidad que el resto de la vidriera, toda la luz del sol que venía de la superficie, allí amplificada mágicamente. La luz oscilaba irregular a través de los cristales, casi parecía verse el movimiento de las aguas del Inférnico sobre el templo.

—Lo sé, la primera vez impresiona —Tuvo que ser el soldado quien rompiera el silencio, todos nos habíamos quedado mudos.

—Es precioso —conseguí decir al fin.

Zep me sonrió.

—Tienes toda la razón, princesa.

—Oye, por cierto, ¿quién ha traído las ofrendas para ellos? No sé qué comen.

—Yo —contestó Ov, extendiendo la mano con un puñado bastante grande de algas—. Las he recolectado mientras veníamos hacia aquí. Me parecía más civilizado que matar pececitos; además, diré en mi defensa, que podrían perder su frescura por el camino.

El soldado sonrió y no entendí por qué; pero agarré las algas de Ov. Justo en el momento en el que el agua del templo comenzó a vibrar con fuerza, respondiendo a algún fuerte movimiento.

—¡Cuaaack! —parpó Cardan alterado.

Sei nadó hasta agarrarse a mi pelo, con las dos únicas patas que le quedaban en su estado de sirenerizo.

Dos siseos gemelos comenzaron a escucharse, primero suaves y luego cada vez más cercanos y contundentes. La pared entera pareció agitarse a su ritmo, antes de que finalmente una cabeza

gigantesca asomara por la puerta. Reprimí las ganas de llevarme las manos a la boca por la impresión. Una cabeza negra de dragón clavó en mí sus ojos amarillos, macizos como oro insoldable; las escamas que la cubrían terminaban en multitud de puntas gruesas y alargadas de color morado brillante.

El resto del cuerpo fue apareciendo, deslizándose con agilidad y grandeza a través de la puerta. Todo él estaba cubierto de escamas, que alternaban entre el negro y diferentes tonalidades de violeta. En su parte dorsal tenía una hilera de protuberancias puntiagudas; cuando estuvo más cerca, pude ver que cada una de ellas contenía el grabado de una constelación. Al final su cuerpo se hacía cada vez más delgado hasta terminar en la cola, rematada en una aleta púrpura y llena de puntitos grises brillantes, aparentemente rota en cantidad de bifurcaciones puntiagudas.

Mientras el otro Guardián idéntico al primero salía, todos permanecimos en silencio. No tenía ni idea de quién era Aekis y quien Seris, pero seguro que no tardaría en descubrirlo. El primero continuó acercándose hacia mí y yo observándolo muy rígida. Debían ser inofensivos, al menos para quien quería ayudarlos, pero no lo parecía; imponían demasiado. Su cara se detuvo a escasos centímetros de la mía, y me pregunté si podría matarme de un bocado.

—«Camille Dageraad, la salvadora de Dusterkeit» —Su voz sonó clara en mi mente, como el murmullo de las olas.

—«¿Por qué te está gruñendo?» —preguntó Zep a través de nuestro puente mental.

—«No lo hace, me está hablando. ¿No podéis oírlo?».

—«No, solo escucho rugidos bastante escalofriantes».

La Serpiente me seguía mirando fijamente, como si supiese lo que estaba haciendo.

—Me está hablando a través de la mente —verbalicé, para tranquilizar al resto antes de que hiciesen cualquier tontería.

—«¡Qué divertida eres, princesa!».

—¿Cómo sabes que lo soy? —pregunté, sin tener claro si podía leer mis pensamientos y prefiriendo que no lo hiciese. Pero la explicación vino a continuación.

—«¿Aparte de porque cada vez que tocas un obelisco nos transfieras una parte de ti y de lo que has hecho? A cambio de que nosotros te guiemos a nuestro templo y que tú sepas de alguna manera dónde estamos».

Lo miré estupefacta. Y recordé como en el primer templo, el de los Unicornios Guardianes, había sabido exactamente lo que tenía que hacer. Una fuerza superior a mí me había indicado que debía permanecer con las manos sobre el Obelisco del Amanecer.

—«¿Sorprendida? ¿No te lo ha dicho ninguna de las parejas anteriores? Has tenido que llegar al último templo para descubrir el misterio que te guio hasta nosotros la primera vez. ¡Qué curioso!».

—Lo siento —fue todo lo que se me ocurrió decir.

—«No tienes nada de lo que disculparte. Ya estaba yo para revelártelo. Aunque no te diré quién de los dos es el de la Luz y quién el de la Oscuridad».

Aparté de manera fugaz mi cara de la suya para ver a su compañero que serpenteaba a sus espaldas, observándonos en silencio.

—«Tócame y descúbrelo» —continuó, cuando mi mirada volvió a él—. «Quiero ver la magia de la salvadora en acción».

—Está bien —asentí. Estrujé las algas, recordando que las llevaba en las manos; las elevé para que las viese—. Antes de nada, esto es para vosotros.

Las olisqueó en silencio y dejó escapar un gruñido. Temí que no le gustasen. ¿Qué pasaba si un Animal Guardián rechazaba una ofrenda?

—«No es mi comida favorita; soy más de pececillos. Pero no rechazo los regalos, princesa».

Recordé la risa del soldado y comprendí todo. Agarró un alga con los dientes y la ingirió con rapidez. Cuando quedó la mitad de la ofrenda, la deposité en el suelo en señal de invitación para la otra Serpiente.

—Lo siento, los peces podrían haber perdido frescura de camino aquí. Cogimos algo más imperecedero. ¿A tu hermano le gustan más?

—«Descúbrelo tú misma» —contestó girándose hacia él, que comenzó a nadar hacia nosotros con rapidez hasta que se detuvo a olisquear las algas. Siseó justo antes de comérselas en silencio; deduje que por lo menos no le desagradaban.

Me volví hacia el primero a la vez que él lo hacía. Y nos miramos, sabiendo lo que venía a continuación.

En silencio, posé mi mano sobre su cara y me concentré. Entré en su interior comprobando todas y cada una de sus células. Sonreí con lentitud cuando me di cuenta de que no les pasaba nada, de que su ADN era correcto y no debía ser cambiado.

—Eres Seris, la Serpiente Marina de Oscuridad —verbalicé con lentitud.

Él me devolvió la sonrisa.

—«Fascinante. He sentido como tu magia recorría mi cuerpo. Como tocaba mis células. Pero no seré yo el que experimente como las cambias. Adelante» —Se volvió hacia su hermano sin perder la sonrisa de dientes afilados.

Asentí y caminé en silencio. La otra Serpiente, que ya había dejado de comer, posó sus ojos en mí. Me pregunté cómo sería cuando le devolviese su luz.

Me agaché para colocar los ojos a su altura, ya que estaba bastante cerca del suelo lleno de corales.

—Hola, Aekis. Voy a devolverte aquello que te arrebataron hace tanto tiempo. Lamento lo que hayas tenido que soportar.

Posé la mano en su cabeza.

—«Gracias, princesa con el pelo de luna. Será un honor recibir tu ayuda».

Sonreí, dándome cuenta de lo diferentes que eran unas parejas y otras. Hasta que me adentré en su interior y solo pude pensar en sus células falsamente oscuras. En cómo su luz había sido injustamente reprimida. Desaté mi poder como una extensión de mi cuerpo. Estaba siendo más fácil que las veces anteriores; no sabía cómo, pero lo sabía. Mi magia había evolucionado un poco más.

Y les fui devolviendo la luz una a una, con la rapidez de una estrella fugaz. Había nacido para ello, era uno de mis destinos. Su cara comenzó a brillar y vi como sus ojos me miraban con

fascinación, mientras terminaba de devolverle todo lo que siempre había sido suyo. Aún con la mano sobre él, viendo su nuevo aspecto, me di cuenta de que ya había terminado. Y no me dolía la cabeza, no me encontraba mal. Mi poder había crecido y yo había cambiado con él.

Separé la mano con lentitud y observé su aspecto satisfecha. Con una idea retumbando en mi mente: la grieta se ha cerrado por fin. Ya estamos más cerca del final.

Me permití observar su cuerpo antes de que la pequeña victoria hacia un mundo mejor calase mis huesos. Su cabeza era ahora blanca y sus ojos de color añil como la noche, como si en él aún quedase una pequeña parte de la oscuridad; su hermano, por contra, los tenía amarillos representando la luz. Las puntas que remataban su cabeza se habían vuelto amarillas y rutilantes. Las escamas de su cuerpo eran blancas, pero también de diferentes tonalidades de azul claro. La hilera de protuberancias de su parte dorsal parecía ahora contener los rayos de Helios. Y la cola dorada, con infinidad de puntitos grises brillantes.

Me di cuenta de que Aekis también me estaba mirando.

—«Una vez más, gracias princesa. Dile a nuestro soldado que te lleve ante Aequora y cumplirá tu deseo».

—¿Mi deseo?

—«Sentí tu urgencia por regresar a Noctis cuando tocaste el obelisco. Hazme caso, te llevarán ante ella. Ahora te están eternamente agradecidos todos los habitantes del mar. Y también lo estarán los de la superficie cuando venzáis al mal. Confío en ti princesa. En ti y en todos los que te acompañarán en la guerra, porque la unión hace la fuerza».

—Muchas gracias, Aekis.

¿En qué podría ayudarme la reina Aequora Darkness para regresar a Noctis? ¿Tendría la misma capacidad de teletransporte que los Kitsunes Guardianes?

Me giré para cruzarme con los ojos zafiro de Zep que me miraba con una amplia sonrisa; le sonreí de vuelta. Ov y Shed alzaron las manos y chocaron entre ellos guiñándome un ojo. El soldado inclinó

levemente cuerpo y tridente en una cortés reverencia. Nadé hasta él en silencio, sintiendo como mi pelo volaba con el agua.

—Princesa Camille, gracias por devolver lo que le fue arrebatado a Aekis —habló sin erguirse.

—¿Te inclinas ante mí o ante las Serpientes?

—Ante vos, Alteza.

—Álzate, es lo menos que puedo hacer por Dusterkeit soldado… ¿Puedo saber tu nombre?

—Umi, Alteza —respondió colocándose recto.

—Umi, por favor. ¿Podéis tu compañero…, no sé cómo se llama, o tú llevarnos ante la reina Aequora Darkness?

—Es Okean, Alteza. Sí, uno de nosotros puede llevaros ante la reina. Pero creo que vuestros amigos y el príncipe os están mirando a la espera de una celebración junto a las Serpientes Marinas —respondió dubitativo.

—Está bien —respondí volviéndome.

La grieta se ha cerrado me repetía una y otra vez, tratando de que esa verdad se asentase en mi cabeza. Después de tanto tiempo lo habíamos conseguido. Observé como las Serpientes Marinas Guardianas nadaban con agilidad a través del templo, haciendo formas con sus colas sin dejar de moverse, incluida la del infinito. El mar eterno desde el principio de los tiempos, me recordé.

Zep se adelantó hasta darme un largo abrazo y depositar un beso en mi frente. Posó las manos en mis mejillas y agachamos la cabeza hasta que nuestras frentes se tocaron.

—Lo has conseguido, sabía que lo harías. Enhorabuena mi princesa de luz.

—Yo no lo habría hecho sin vuestra ayuda —le recordé.

—No hay por qué hacer una misión esencial para el mundo solo. En compañía es mejor, ¿no crees? —Separó la cara y me dedicó una amplia sonrisa.

—Sí, supongo que tienes razón.

—Oye, ¿estás bien? Te noto como si esto no te hubiese afectado.

Y sentí como todos estaban pendientes de mi respuesta.

—Creo que mi magia ha evolucionado. Estoy perfectamente.

—Me alegro tanto, Camille. Sabía que irías creciendo poco a poco, eres poderosa y te lo mereces.

—Tú también lo eres.

Parecía dispuesto a ofrecer una réplica, pero no lo hizo. En lugar de eso, sonrió.

—Vamos, Ov, Shed y Ard están esperando —Me agarró de la mano y nadamos hacia ellos.

Sentí como Sei soltaba mi pelo y nadaba veloz adelantándonos con su cola pinchuda; era demasiado graciosa. Vi que iba hacia Cardan que estaba junto al cuenco de comida que había para ellos en el fondo.

Ov y Shed alzaban en el agua cuatro botellitas, tres de ellas de sangre. Esperaban a que nos acercásemos con una amplia sonrisa y dos grandes Serpientes posadas tras ellos, con los ojos fijos en nosotros; la gratitud era claramente visible en sus pupilas.

Zep cogió su botellita de zumo de bayas. Cogí la mía de sangre de cérvido.

—¡Enhorabuena pelo gris! Lo hemos conseguido.

—Sí, Camille. Bien hecho —pisó sus palabras Shed.

Alcé mi botellita. Se me escapó un poco de sangre que tiñó el agua a su alrededor. Hasta que Ov me explicó el truco.

—Pelo gris, si dejas la botella boca abajo no se sale.

Funcionaba. No pude evitar que uno de mis pensamientos aflorase.

—Será mejor que celebremos de verdad cuando hayamos derrotado al enemigo.

—Cuando eso suceda, haremos una fiesta a lo grande que nada tendrá que ver con este pequeño brindis, pelo gris.

—No dudes de que lo haremos —le siguió Zep.

Sonreí. No tenían remedio. Alcé de nuevo mi botellita.

—¡Por el cierre de la grieta y la recuperación de los Animales Guardianes! —comenzó Ov.

—¡Por la salvadora! —exclamó Zep.

—¡Por todos nosotros! —continuó Shed.

—¡Cuaack! —parpó Cardan; estaba segura de que nos entendía. Sei emitió un ruidito. Y me habría encantado comprenderlos en ese

instante.

—¡Por un mundo mejor! —completé, chocando con ellos y llevándome la sangre a los labios.

Capítulo 52. La grieta



Kaia

Me guardé las flores en los bolsillos del traje de cuero resoplando. Tenía los brazos llenos de cortes, pero por lo demás estaba ilesa. Sentí como la tormenta de Aerian amainaba en el cielo. Acabábamos de terminar con la horda de monstruos y entes oscuros que había caído inesperadamente de la grieta. Quizás como un último intento de mermar nuestras fuerzas.

Los vampiros del ejército real habían viajado por el Bosque Espejismo para vigilar si las huestes enemigas se dirigían hacia Dusterkeit. Eran demasiados, como una gran nube negra que prometía sangre y sufrimiento; pero estábamos preparados, para cuando quiera que llegasen. Solo esperábamos que Camille y Zephyran estuviesen de regreso para entonces.

Miré al cielo, a la fea grieta que lo partía en dos. Suspirando aliviada, ya que no parecía que fuese a caer ninguna criatura horrenda más. Sentí como alguien posaba una mano en mi hombro y me sobresalté.

—Kaia —escuche la voz inconfundible de Aerian.

Me giré de golpe, sintiendo como mi trenza azul danzaba en el aire.

—Tú quieres matarme —clavé mis ojos rosa en los suyos como el oro líquido, a juego con sus rayos.

—No, creo que eso es lo que querían los que ya hemos eliminado.

—¿Estás bien? —pregunté, analizando su traje en busca de heridas.

Había un montón de sangre en su estómago. Me estremecí. Él vio dónde estaba puesta mi mirada.

—Tranquila, no es mía.

Suspiré aliviada.

—No me has respondido —urgí.

—Estoy bien, pequeña amazona. Solo tengo un tajo en la pierna que no sangra demasiado y una pequeña quemadura en el brazo. ¿Y tú?

—¿Eso te parece poco? Yo estoy perfectamente. Vamos a que te vean los sanadores de Palacio. Los soldados heridos ya han sido evacuados, ¿por qué tú no has hecho lo mismo?

—Kaia…

—¡Sin rechistar! —le interrumpí, preocupada porque solía dar a sus heridas menos importancia de la que realmente tenían.

Miré a su pierna derecha y vi la mancha de sangre roja, inconfundible.

—Kaia, por favor. Escúchame un momento —pidió suplicante.

—¿Qué es más importante que tu salud Aerian?

—Mira al cielo, y después usaremos nuestra velocidad vampírica para irnos.

Me volví temiendo lo peor. Pero lo que vi me dejó sin palabras. La grieta había comenzado a cerrarse a una velocidad vertiginosa. Camille lo había conseguido, había devuelto el equilibrio al mundo.

—¡Por los Animales Guardianes! —exclamé maravillada.

Comencé a escuchar en el campo de batalla las voces de los soldados supervivientes.

—¡La grieta!

—¡Mirad! Se está cerrando.

—¡La salvadora lo ha conseguido!

—¡La princesa nos ha salvado!

El cielo se cerró y quedó de un purísimo violeta, sin ningún rastro de la grieta que alguna vez lo había mancillado. Solo las líneas imaginarias de las constelaciones; las estrellas altas y luminosas rutilantes, heraldos de nuestra victoria.

Me volví hacia Aerian, saliendo del trance.

—Camille lo ha conseguido —habló él.

—Y le estaremos eternamente agradecidos. Pero ahora tú, soldadito de oro —lo señalé frunciendo el ceño—tienes que ir a curarte inmediatamente. Y no admito un no por respuesta.

—Sí, amor.

Antes de que pudiese decir nada más aceleré y lo cogí en brazos. Corrí todo lo rápido que mis piernas me permitían en dirección al Palacio de las Tinieblas.

—Encantado de que me cargues pequeña amazona —murmuró contra mi oído—. Tú siempre tan preocupada por mi salud. Eres una guerrera adorable.

—Y tú un guerrero imprudente.

—Y a pesar de todo, tú me amas.

—El responsable de eso es mi corazón —gruñí.

—Me gusta cuando te haces la dura e insensible. Pero en realidad todo te afecta y te importa más de lo que aparentas. Mírate, me estás llevando a que me curen.

—Cállate Aerian, antes de que cambie de opinión y te deje tirado en la primera calle desierta que encuentre. —Pero una sonrisa asomó en las comisuras de mis labios. Para mi desgracia.

—No lo harás y lo sabes. El camino sería mucho más aburrido si yo no lo llenase con mis palabras.

—Ya veremos si te sigue apeteciendo hablar cuando los sanadores pongan las manos sobre tu piel.

—Mientras pueda mirarte a los ojos, siempre tendré ganas de hablar y seguir adelante, Kaia —contestó en tono solemne.

Me estremecí y sentí como mi corazón se reblandecía.

—Lo primero es que te cures, para que yo pueda hacer lo mismo; entonces seré feliz —confesé al fin.

Él sonrió complacido.

Capítulo 53. Jack



Zephyran

Finalmente, las Serpientes Marinas habían convertido su recomendación en invitación y se habían unido a la fiesta. Fue justo después de que Camille nos hiciese partícipes de que Aekis le había aconsejado que fuéramos a ver a la reina Aequora, y ella cumpliría nuestro deseo de regresar a Noctis. Ovraal tan solo había sonreído, como si le pareciese divertido. Aún recordaba las palabras de la Serpiente, esta vez dirigidas a todo el mundo.

—«Hagamos una entrada triunfal en la ciudad de Atlenia. Rompamos con la tradición de que los Animales Guardianes no se dejan ver. Estamos celebrando».

Poco después de eso, todos salimos del templo agarrados a las protuberancias dorsales de Aekis, quien solo se detuvo para permitir que Okean nos mirase con cara de pasmo. Mientras Umi le explicaba que iríamos a Atlenia a lomos de la Serpiente Marina y le pedía a Okean que se quedase en el templo con Seris hasta su regreso.

—«Agarraos fuerte» —fue su única advertencia.

Si creía que los vampiros eran rápidos, la velocidad de Aekis no tenía mucho que envidiarles. El mar se volvió un borrón azul, con infinidad de líneas y manchas alargadas de colores que debían pertenecer a las diferentes criaturas marinas. Bastante ocupado estaba en agarrarme con todas mis fuerzas al Guardián; sujetarse con tan solo las extremidades superiores era todo un desafío.

Cuando redujo la velocidad, varios minutos después, suspiré aliviado; viendo el gracioso efecto de salir las burbujas de mi boca.

Alcé la vista. Frente a mí una exultante Camille, que parecía haber disfrutado mucho más que yo del viaje, miraba maravillada a lo que siempre había creído parte de una leyenda. La ciudad de Atlenia.

—«No os bajéis hasta que os lo ordene».

Los diferentes sirénidos exclamaban sorprendidos de que la Serpiente Marina de la Luz estuviese entre ellos y hubiese recuperado su forma original. Se preguntaban quiénes eran los que acompañaban a Umi, aunque algunos murmuraban que era el príncipe de la superficie. La noticia de la coronación de Camille parecía no haber llegado aún aquí abajo.

Yo en cambio observaba fascinado sus construcciones hechas de elementos marinos, totalmente diferentes a las nuestras. Edificios enteros de coral de diferentes colores, otros con la fachada cubierta de conchas de bivalvos o de moluscos, incluso esqueletos de estrellas y erizos de mar. Pero lo más sorprendente de todo fue el Palacio de la reina Aequora Darkness.

—¡Es precioso! —murmuró Camille.

Observé las delgadas torres que ascendían rectas y majestuosas, recortándose contra el mar. Al igual que toda la fachada, estaban hechas de corales de una infinidad de colores que se entretejían con el predominante: el coral iridiscente, que adquiría unos colores u otros según la luz y la distancia a la que estuviésemos.

—«Bienvenidos al Palacio Arrecife».

Observe la gran puerta de cristal, decorada con multitud de algas. Estaba custodiada por dos vampisirenas, deduje al ver sus colmillos asomados, portadoras de sendos grandes tridentes.

—Príncipe Zephyran —dijeron al unísono, inclinando levemente el cuerpo en una semireverencia.

—Ella es la princesa Camille —la señaló Umi, que iba a la cabeza de Aekis—, los demás son sus amigos.

—Princesa Camille —repitieron con otra semiinclinación.

La puerta se abrió de golpe, revelando a una mujer menuda y de porte poderoso, que tenía pinta de haberlo escuchado todo. Llevaba una corona de conchas blancas, que terminaban en punta, con incrustaciones de piedras preciosas, de un azul a juego con su pelo cobalto.

—Majestad —dijeron las soldados presentando los tridentes delante de ellas, agarrados con ambas manos.

—¡Por las barbas de un tritón! —exclamó, llevándose la mano al pecho cubierto por un top de escamas celestes y delgadas filigranas de oro. Sus ojos estaban fijos en la Serpiente Marina de la Luz.

—«Ahora sí, podéis bajar» —dijo Aekis.

—Gracias por traernos —agradeció Camille comenzando a descender.

Él emitió un siseo, que más tarde Cam me tradujo:

—«Gracias a ti, por salvarme».

Descendí, agradeciendo poder soltar las escamas de la Serpiente, mientras observaba a la reina del mar y a Umi, que ya hablaba con ella. Su cola, de diferentes tonalidades de azules y blancos, parecía representar al propio océano y sus mareas; habría jurado que se desataban en ella. A ambos lados de su ombligo, dos trozos de tela celeste con brillos de color plata partían de su top y terminaban en su cola.

Agarré la mano de Camille, que ya tenía a Sei aferrado a su pelo gris, y nadé hasta Aequora. Sintiendo como un Cardan curioso se colocaba a nuestro lado y la miraba con extremo interés.

—Majestad. —Hice una reverencia cuando quedé frente a ella.

Camille me imitó.

—¡Oh, por los Animales Guardianes! No es necesario que vosotros me hagáis reverencias. Encima habéis salvado a Aekis. Y os estaré eternamente agradecida ya solo por eso.

—Ella lo hizo —habló Ovraal adelantándose con Shed y haciendo los dos sus correspondientes inclinaciones.

No pasó desapercibida para mí la mirada de reconocimiento de la reina, que clavó sus ojos azul verdoso en el brujo.

—Ovraal, ¿qué te trae por aquí?

—Aequora, las corrientes del destino vuelven a juntarnos. Fue Aekis quien nos dijo que podrías ayudarnos.

—¿Os conocéis? —gritó mi aishiteru incapaz de contenerse—. ¿Por qué no lo habías dicho antes?

—Bueno, milenios de vida dan para hacer muchas cosas que nunca alcanzaría a contarte por completo. Ella necesitó mi ayuda en

su día. ¿Cómo creéis que perfeccioné el hechizo que os mantiene como sirénidos ahora?

—Creo que nunca dejarás de sorprenderme, ¿verdad?

—Es mi especialidad —respondió con una amplia sonrisa.

—Puedes irte a freír murciélagos —contestó Camille sacándole la lengua.

—Bueno, antes de que os matéis entre vosotros, pasad y contadme cómo puedo ayudaros.

Umi se despidió de todos y se subió a Aekis para regresar al Templo del Atardecer. Nosotros seguimos a la reina al interior del Palacio Arrecife. Ov y Shed no paraban de hablar entre ellos. Aequora iba delante, con los animales y nosotros.

Observé que las paredes estaban decoradas con cantidad de elementos marinos, entre los que de vez en cuando podían apreciarse escenas con sirénidos.

—La gente viene a mí cuando tiene un deseo por cumplir —dijo al fin.

Ov y Shed guardaron silencio; sabía que la habían escuchado.

—Os invitaría a merendar, para que disfrutaseis de la gastronomía marina; pero algo me dice que tenéis prisa.

—Nada nos gustaría más, Majestad —respondí, tratando de buscar las palabras para no sonar desagradecido—. Pero debemos regresar cuanto antes a Noctis. Nos necesitan.

—Lo comprendo —respondió con sinceridad—. Quizás el resto de los sirénidos no esté tan al día de lo que sucede en la superficie, pero yo sí. Tengo mis fuentes.

Sonrió, y supe que sabía mucho más de lo que aparentaba. Quizás cuando apareció por primera vez no nos había escuchado, quizás sabía ya lo de Camille.

—¿Cuáles?

—Tu curiosidad puede ser un arma de doble filo, princesa. Pero responderé a tu pregunta. El poder elemental de la mayoría de los sirénidos es el de manejar el agua; porque nacemos con ella y somos parte de ella. Yo nací con ese poder, pero lo hice más inmenso que nadie, lo que terminó llevándome al trono.

»Tengo ojos en el mar, puedo ver a los habitantes de la superficie cada vez que rompen las olas; tengo oídos en el agua; y puedo manejar las mareas a mi antojo. Cuando miréis al mar, me estaréis viendo a mí devolviéndoos la mirada.

—Suena como una gran responsabilidad —respondió Camille.

—Lo es. La información es poder; pero también responsabilidad. Algo que muchos olvidan.

—«Pensé que sería capaz de teletransportarnos. Su poder me parece increíble; pero ¿cómo puede eso ayudarnos? No entiendo por qué Aekis nos trajo ante ella».

—«Algo me dice que estamos a punto de descubrirlo» —contesté.

—Contadme vuestro deseo. Aunque me parece que ya lo sé.

Se detuvo frente a una puerta de conchas de colores y los guardias apostados junto a ella presentaron sus tridentes.

—Deseo estar en Noctis lo antes posible. Deseo que todos nosotros lo estemos —nos señaló a todos.

—«Podría teletransportarnos a todos y terminar con esto. Aunque no puedo seguir tirando de mi poder después de ayudar a las Serpientes Marinas; incluso habiendo evolucionado. No sabemos lo que nos encontraremos en casa cuando lleguemos; ni donde están mis límites, pese a que cada vez sean menores».

—«Estoy de acuerdo contigo». —Cogí su mano y le di un leve apretón.

La reina del mar nos miraba con atención, mientras con una mano jugaba con las pulseras de conchas que decoraban una de sus muñecas.

—Cumpliré tus anhelos Camille —se volvió hacia los sirénidos y les gritó—, ¡guardias!

La puerta comenzó a abrirse. Me quedé quieto cuando me di cuenta de que se trataba del salón del trono.

—¡Vamos, pasad! No seáis tímidos.

Camille tiró de mí y la seguí. Todos lo hicimos. Pero mi vista estaba puesta en el trono: una gran almeja sobre una base de gruesos corales, tapizada de algas y adornada con conchas y otros corales más delicados. ¿Para que necesitaba estar ahí dentro? Mi

mirada comenzó a recorrer las paredes azules, regias y decoradas con perlas y piedras preciosas, hasta que la reina captó nuestra atención.

—Príncipe Zephyran no estás mirando en la dirección correcta.

Miré al frente, donde un gran caballito de mar oscuro se agitaba, permitiendo que Aequora acariciase su cabeza; eran del mismo tamaño. De pronto se puso rígido y nos miró con recelo. Su cuerpo era casi por entero negro, con trazos violetas y añiles por todo él.

—Os presento a Jack, el Gran Caballito de los Deseos. Mi fiel mascota. Si lo tocáis deseando algo con fuerza, lo hará realidad. Pero solo si él quiere.

Conforme nos acercábamos el caballito pareció ir relajándose, mientras Aequora le susurraba lo que suponía que eran palabras tranquilizadoras.

—¿Cumple cualquier deseo? —preguntó Cam cuando llegamos junto a Aequora.

Sabía lo que estaba pensando. Deseaba con todas sus fuerzas derrotar a su padre; pero tenía claro que esa no era una opción. De haber sido posible, todo sería demasiado fácil y a la vez demasiado peligroso. Cualquiera podría pedir cualquier cosa.

La reina sonrió y sus dientes brillaron como perlas.

—Joven princesa, sé que la magia tiende a confundir y a hacer pensar que todo es posible; pero no lo es. No cumple deseos que alteren en exceso los cursos del mundo. No puede matar por un deseo. Tampoco hacer que a alguien le aparezcan un millón de noxes solo por quererlos. No cambia los sentimientos de los corazones ajenos. No puede moldear el tiempo ni el espacio; en tal caso, eso le corresponde a la Diosa. Pero el teletransporte…, es tan solo una nimiedad que cumplirá para ti sin ningún problema. Eso sí, deberéis hacerlo de uno en uno.

Camille asintió.

—Esto va a ser divertido —se rio Ov por lo bajo.

—Gracias por todo Aequora —agradeció Camille.

—Corre a salvar el mundo; esa será la mayor gratitud que puedas darme. Os deseo la mejor de las suertes —le guiñó un ojo—. Cuando quieras puedes tocar a Jack.

Jack emitió un ruido de conformidad y Camille se acercó lentamente. La distancia que los separaba era corta, pero a mí se me hizo eterna.

Mi princesa posó la mano en la cabeza de Jack, pude ver como su ceño se fruncía por la concentración. La observé expectante.

—Al cuarto de Kaia —verbalizó, para que todos hiciésemos lo mismo.

Visto y no visto, en un segundo estaba aquí y al siguiente ya no estaba. Sei se quedó suspendido en la nada acuática; sin dar tiempo a que nadie hablase, tocó la cabeza del caballito y desapareció.

—Bien, ¿quién será el siguiente?

—Yo —me adelanté.

Capítulo 54. Asustando a Kaia



Camille

Aterricé encima de la cama de mi amiga, sintiendo poco después el peso de Sei sobre mi cabeza. ¿Habría pedido mi cabeza o el cuarto de Kaia para aparecer? De cualquier manera, lo había clavado. Alcé las manos para tratar de levantarme, pero me di cuenta de que la cola iridiscente de sirena aún sustituía a mis piernas.

Observé que Kaia estaba leyendo cómodamente sentada en su sillón lima, demasiado concentrada para notar mi presencia. Abrí la boca para captar su atención; pero en ese instante apareció Zephyran, justo delante de ella, haciendo que tirase el libro sobresaltada.

—¡Por el amor de Drácula! Vosotros queréis matarme de un susto ¿No podíais aparecer en la puerta como los dusterienses normales?

—Era más seguro hacerlo aquí. No sabíamos cómo estaba la situación en Noctis —contestó Zep. Se quedó mirando su cola extendida por el suelo, que le impedía hacer nada más.

—¿Me echabais de menos? —preguntó Ov tras materializarse a escasos metros de Zep.

Kaia recogió el libro con cuidado y se levantó, dejándolo sobre el sillón.

—¿Alguien me puede explicar por qué parecéis sirénidos? —preguntó cruzándose de brazos.

—¡Cuaack! —escuché a mis espaldas.

Me volví para comprobar que la anátida y Shed ya estaban aquí, junto al estante de las pesas.

—No lo parecemos, somos temporalmente sirénidos —la corrigió Ov—. La situación lo requería. Pero ahora mismo deshago el hechizo.

Su cola desapareció y se levantó acercándose a Zep. Esperé pacientemente a que llegase mi turno, mientras Kaia nos observaba, tragándose un montón de preguntas. Cuando todos volvimos a la normalidad Sei empezó a corretear por la habitación, como si necesitase verificar que de verdad volvía a ser un erizo oscuro. Observé agradecida mis piernas; la aventura acuática había estado bien, pero prefería poder caminar.

Me alcé y me dirigí a Kaia para darle un abrazo, que aceptó porque no le quedaba más remedio.

Me separé clavando la mirada en sus ojos rosa.

—Tenías que haber visto la Gran Llanura de Flores, te lo habrías pasado genial.

Ella sonrió lentamente.

—Es precioso sí, aunque esas flores son totalmente inofensivas. Tenéis que ponerme al día de lo que ha pasado. Algo sé, he visto como se cerraba la grieta. Yo estaba ahí.

Aquella información me relajó y me alteró a partes iguales. Era la confirmación de que había funcionado, aunque ya habían dicho los vampiros videntes que sería así. Pero, ¿habían hecho frente a más ataques en nuestra ausencia? ¿Cómo de cerca estaba mi padre de Noctis?

—¿Ha habido más incursiones enemigas bajo la grieta antes de que se cerrase? —pregunté, sin saber tampoco qué era mejor.

—Solo uno, y a una hora distinta a las habituales; como si tratasen de pillarnos desprevenidos y hacer una última limpieza de nuestras fuerzas.

—¿Y Aerian? ¿Estáis todos bien?

—Ha habido alguna baja, pero Aerian está bien. Hoy le toca patrullar por Palacio.

—¿En qué situación nos encontramos? —preguntó Zephyran.

—¿Y por qué has dicho una última limpieza? Eso no me da buena espina —intervino Ov.

—Cuando fui a la sala de sanadores escuché que calculan que para pasado por la mañana las fuerzas enemigas lleguen a la ciudad

de Noctis. Lo de última limpieza era solo una corazonada. De todas formas, si tuviese pensado algún ataque más por la grieta, ya no podría hacerlo por razones obvias.

Me estremecí, mi padre y su ejército estaban demasiado cerca. Teníamos que estar preparados para cuando llegase.

—Huele a batalla —murmuró Shed.

—¿Cuántos? —preguntó Zep como el ángel que está al mando del ejército.

—Los vampiros calculan que hay cincuenta mil soldados. Nos superan en número.

—¿De dónde ha sacado tanta gente? —pregunté con una creciente inquietud.

Teníamos que ganar, no había otro desenlace posible.

—Tiene demasiados monstruos y entes oscuros a su disposición, porque ángeles negros son muchísimos menos —puntualizó Kaia.

—Y solo entre esa minoría están los pocos miembros de la resistencia —murmuré.

Era nuestro factor sorpresa, y era mejor que nada.

Las palabras de mi padre calaron hondo en mi cabeza: «Sabía que tú restablecerías el equilibrio cuando yo ya me hubiese beneficiado lo suficiente de su inexistencia. Y cuando eso sucediese, ya me daría igual que cerrases la grieta y dejase de poder utilizar a los entes oscuros. En ese momento ya tendría suficientes monstruos y entes en mi ejército, y entonces te atraparía para que usases tu poder de modificación genética sobre mis ángeles negros, haciéndolos más poderosos. Así nos volveríamos invencibles frente al ejército de tu principito».

Claro, en todo este tiempo él había estado reuniendo entes oscuros, desde mucho antes de que yo llegase a Noctis. Un montón de ataques, bastaban de sobra para llenar sus filas; lo tenía todo pensado desde el principio. En el fondo tampoco esperaba menos de él.

—Todos los ejércitos de las ciudades de Dusterkeit que pueden permitirse enviarnos efectivos están en camino. Nadie se atreve a dejar su ciudad completamente desprotegida.

—Toda ayuda siempre es bienvenida Kaia —contestó Ov. Y los demás estábamos de acuerdo.

Después de hablar de la cada vez más cercana batalla final, le contamos a la vampira todo lo que habíamos hecho en nuestro viaje. No me sorprendió que ella, con todo lo que leía, supiese de las leyendas de Aequora Darkness y Jack. Nunca dejaría de sorprenderme que, en un mundo mágico donde todo era posible en un abanico mucho más amplio que en la Tierra, aún se dudase de la veracidad de las leyendas.

Se nos hizo de noche y decidimos cenar todos juntos en el gran salón de la familia real de la tercera planta. Era tan tarde que los reyes ya habían cenado cuando llegamos.

Una vez en la cama no pude evitar exponerle a Zep mis ideas.

—Me sorprende que tus padres nos dejen cenar cuando queramos en el comedor familiar con nuestros amigos. —Apoyé el codo contra el colchón y posé mi cabeza sobre mi mano, fijando mis ojos púrpura en él.

Él sonrió y deslizó una mano por mi pelo, colocándome uno de mis mechones gris platino detrás de la oreja.

—Es el comedor familiar —repitió mis palabras—. Todos podemos traer a nuestros amigos siempre que queramos, los amigos son la familia que uno elige, Camille.

Observé como finas corrientes de oscuridad reptaban por su cuerpo, dando una sensación de calma de la que me gustaría no escapar nunca.

—Tus padres son unos reyes especiales —contesté cogiendo su mano. Deslicé el pulgar por su palma con suavidad—, consideran a todos iguales a ellos. Habitantes de palacio es un término muy bonito que jamás había escuchado en la Tierra; tiene muchas implicaciones.

—No lo has oído porque lo hemos inventado nosotros. —Sonrió ampliamente—. De cualquier manera, la igualdad entre cada individuo es algo que nunca deberíamos perder de vista. Alcancemos el poder que alcancemos en la sociedad.

Sonreí de vuelta y me acerqué a él hasta posar la mano en su pecho. Sentí sus latidos acelerados y apoyé la cabeza dejando que

aquella agradable sensación invadiese todas mis terminaciones nerviosas, impidiéndome pensar en nada más. Su olor a roble calmó mi corazón durante varios minutos en los que sentí como me acariciaba la espalda en silencio, haciendo círculos con los dedos.

—¿Crees que sobreviviremos?

Me permití expresar mi mayor miedo. A pesar de que tenía que ser valiente, de que tenía que tener esperanza y confianza en todos nosotros. Tenía las tres, pero la posibilidad de que algo malo pasase…, de que alguno de nosotros pudiese morir en la batalla… me aprisionaba el corazón como un muro demoledor.

—Lucharemos por ello. Todos lo haremos y confío en que así sea —respondió clavando sus ojos zafiro en mí, con una promesa silenciosa en su mirada.

—¿Qué? —murmuré.

—No permitiré que te hagan daño, Camille. No va a pasarte nada.

Me alcé para colocar la cara a escasos centímetros de la suya.

—Yo tampoco dejaré que te lo hagan a ti.

Sentí su oscuridad por mis brazos.

—Estaremos bien.

Sabía que era una conversación repleta de frases teñidas de la más pura esperanza; en ella debía creer, a ella tenía que aferrarme. Lo hacía, aunque la proximidad de la batalla me estuviese poniendo de los nervios.

—Somos menos; pero también tenemos efectivos muy poderosos, como Ovraal o tú misma —añadió. Igual que si me hubiese leído la mente.

—Un solo rayo de su poder que nos alcance puede matarnos —verbalicé mi miedo.

—También lo puede hacer un acero clavado en el lugar correcto.

—Pase lo que pase, estaremos juntos.

—Siempre, mi princesa de luz. Juntos contra el mundo.

Capítulo 55. La última cena. El olor de la batalla inminente



Zephyran

Al día siguiente todo el mundo era perfectamente consciente de que podía ser el último que vería la luz si las cosas se torcían. Había respirado por cada rincón de Palacio el nerviosismo de todos sus habitantes. Los soldados lo llevaban por dentro, estaban preparados para lo que sucediese. Muchos de ellos decían que morir para defender a su gente era un buen final. No era tonto, sabía que en toda guerra había bajas; aunque esperaba que fuesen las menos posibles. Haría todo lo que estuviese en mi mano para ello.

Esta era la mayor batalla a la que se enfrentaría la dinastía Oakleaf. Camille se quedó con Seika y Kaia en la habitación de esta última hasta pasado el mediantelunio, haciendo cualquier cosa para entretenerse. Yo me reuní con Kurai y el resto del estado mayor del ejército, para revisar los preparativos y comprobar que todos estaban al tanto de lo que tenían que hacer.

Los efectivos de algunas ciudades ya se encontraban con nosotros, como los maneskinenses. Aproveché para invitar a sus jefes a la reunión de estado mayor. Después nos reunimos Kurai, el comandante que mandaría las tropas agregadas y yo con los oficiales de mayor rango de estas fuerzas; coordinamos con ellos su integración en nuestro ejército, les dimos instrucciones de cómo procederíamos y aclaramos sus dudas.

Cuando llegasen las tropas que faltaban, si lo hacían en medio del caos de la batalla, lo que era muy probable, también deberían saber qué hacer. Lo solucionamos enviando oficiales vampiros de enlace a su encuentro, para transmitirles las instrucciones y conducirlos a su lugar dentro de todo el despliegue. La suerte estaba echada o, mejor dicho, la estrategia ya estaba puesta sobre la mesa. Confiaba en que ganaríamos, así era como debía de pensar la mente de un soldado. A pesar de las cifras, que parecían en nuestra contra, sabríamos desenvolvernos.

Por la tarde, Camille había decidido tocar el arpa para calmar a todas las almas inquietas. Sabía que estaba asustada, habría que estar loco para no tener miedo; pero la valentía también estaba presente en su corazón y en el de todos nosotros. Ov, Shed, Kaia, Aerian y yo nos habíamos sentado en la primera fila a escucharla, junto con los reyes. Incluso Cardan y las anátidas del estanque habían entrado a la sala; sabían lo que sucedía, y no habían querido volver a salir de las paredes de Palacio en todo el día. La calma antes de la tormenta.

Tocó una melodía relajante con la maestría que siempre la había caracterizado, pero no me pasaron desapercibidas las notas de esperanza que teñían su pieza. Camille me había dicho a través del puente mental que se trataba de *La source* de alguien llamado Hasselmans. Estaba transmitiéndonos un mensaje a todos a través de la música. Podíamos hacerlo, podíamos obtener la victoria. Y supe que su melodía llenaría nuestras mentes hasta el fin de los tiempos.

—«Mi pequeña vampira, eres increíble».

Sus ojos se alzaron por unos segundos y se detuvieron en los míos.

—«Te amo, Zephyran».

La sala estaba a rebosar, llena de todos los nocteños a los que habíamos evacuado para que permaneciesen en el Palacio de las Tinieblas hasta que la batalla finalizase. Los que no habían cabido estaban desperdigados por el pasillo. Otros prefirieron quedarse en los dormitorios que les habíamos prestado, inquietos por lo que

pudiese pasar. Una minoría había decidido no abandonar su casa y les habíamos pedido encarecidamente que no saliesen.

Cuando la princesa terminó de tocar, mis padres aprovecharon el momento en el que estábamos todos reunidos dándole la enhorabuena para intervenir.

—Gracias por deleitarnos con tu música una vez más, Camille —empezó mi madre clavando sus ojos azules en ella. La corona con las fases lunares brillaba sobre su pelo rubio platino, casi blanco.

—Siempre es un placer oír la magia que haces con las notas, incluso en los momentos difíciles —intervino el rey; primero posando sus ojos como el oro líquido en ella, y después mirando al resto, hasta detenerse en mí—. Tu madre y yo queríamos invitaros, a vuestro círculo de amigos y a vosotros dos, a la última cena antes de la batalla.

—Sabemos lo importantes que son vuestros amigos y… bueno, es una buena noche para cenar todos juntos.

Sabía lo que había omitido. Para alguno de nosotros podría ser la última noche. Teníamos que aprovecharla. Yo quería confiar en que no sería así, debía mantener la esperanza para poder luchar sin que el miedo me nublase el juicio.

Shed puso cara de estar alucinando en todas las tonalidades de negro. De todos nosotros era el que menos acostumbrado estaba a interactuar con los reyes.

—Estaremos encantados de cenar en vuestra compañía, majestades. Ahora más que nunca debemos permanecer unidos —habló Ovraal muy sonriente.

Aerian asintió en silencio.

—No veo una mejor forma de pasar esta noche —respondió Kaia deslizando la mano con nerviosismo por su trenza azul.

—Será un honor —respondió Camille.

Seika se acomodó en la cabeza de Cam. Cardan y todas sus anátidas nos siguieron, por una vez en silencio. También habría hueco para ellos en la tercera planta.

Caminamos callados hasta el gran salón, bajo la atenta mirada de todo el mundo. Los refugiados, que no estaban tan acostumbrados a ver a los reyes de cerca, nos miraban con especial atención. Podía

leer el agradecimiento en los ojos de cada uno de ellos; sabían todo lo que habíamos hecho. Agarré la mano de mi aishiteru y le dediqué una mirada fugaz al escudo sobre mi camisa negra; todos éramos iguales y todos y cada uno de nosotros estábamos unidos contra el mal, luchásemos o no. El mal que opinaba todo lo contrario y que había estado tanto tiempo atormentando a nuestro mundo.

Nos sentamos a la mesa ya dispuesta; reparé en que había cantidad de platos, destacando sobre los brillos grises de su turmalina azul. Un habitante de palacio nos había estado esperando; hizo una reverencia al vernos llegar y se marchó, tras recibir el agradecimiento de mis padres. Volvió enseguida con una bandeja llena de comida para los acompañantes inesperados de Cardan.

Observé como las anátidas y el erizo comían sin ganas, carentes de su despreocupación habitual. Estaban tan afectados como nosotros.

—Hijo, estás muy pensativo esta noche —habló Zwarteziel.

Sentí como Camille apretaba mi mano por debajo de la mesa.

—Es normal, creo que a todos nos ha afectado saber que mañana el enemigo llegará a Noctis —comentó la reina, antes de dar un trago a su vaso.

Observé mi jugo de bayas y mi filete y comencé a comer. Sentía la mirada de todo el mundo sobre mí. Al final se cansaron y comenzaron a hablar de trivialidades. No sabía si realmente lograban desconectar de lo que se avecinaba o tan solo lo intentaban. Pero mi cabeza no lo conseguía, por más que les siguiese la corriente. Estábamos todos reunidos, hoy en torno a la mesa y mañana luchando por salvar Dusterkeit. Eso era lo importante.

Creo que nunca antes la víspera de una batalla me había afectado tanto. No estaba seguro de si porque sería la más dura de todas o porque Camille estaba en la ecuación. Puede que fuese un poco de ambas cosas.

Se hizo un pequeño silencio, en el que mis padres cruzaron una mirada fugaz. Me concentré en el sabor de la cena; como siempre estaba deliciosa. Pero no estaba preparado para escuchar lo que la reina dijo a continuación.

—Mañana nosotros también lucharemos a vuestro lado.

Casi me atraganto con el jugo al escucharlo.

—Mamá, ¿estás hablando en serio?

—Hijo, no podemos quedarnos de brazos cruzados viendo como vosotros batalláis junto a los soldados.

—Yo soy un soldado —respondí, como si eso lo justificase todo, aferrándome al vaso de cristal—, Aerian también. El poder de Ovraal es altamente valioso y a Camille, por desgracia, la necesitamos.

—«No puedes decidir por ellos. Estarán bien» —habló Camille con dulzura a través de nuestro puente mental.

—«Mi madre nunca ha participado en una batalla de este calibre» —respondí temeroso.

—«Es poderosa. Ella tiene la luz de las estrellas y yo la luz de la curación, ¿recuerdas?».

Me volví hacia sus ojos púrpura que me miraban con comprensión. Antes de que pudiese decir nada, habló el rey.

—Te recuerdo que yo antes ocupaba tu lugar en el ejército —su voz sonó calmada. Era la de un soldado preparado para la batalla.

—Pero Sereen no.

—No hace falta ser un soldado para luchar —contestó mi madre —. Todo el que se vea capacitado puede hacerlo. Necesitamos la mayor ayuda posible.

—Eso —apoyó Kaia apretando un puño—. Shed y yo también estaremos en el campo de batalla, aunque tampoco somos soldados.

Los miré uno a uno en silencio; en cada cuál vi su propio gesto de determinación. En el fondo tenían razón. Era una decisión personal que debía adoptarse individualmente. Eran sus vidas, y cada uno tenía las riendas de la suya.

—Está bien, lo entiendo —contesté sincero. ¿Quién permanecería de brazos cruzados en una situación así pudiendo contribuir?—. ¿Lo sabe el resto del ejército?

Por la mañana nadie me había informado de ello.

—He hablado antes con Kurai. Dijo: «Nuestro deber es protegeros, Majestad, ¿estáis seguro de ello?»

—Y tu padre le contestó: «Mi deber es proteger mi reino y velar por la paz. Me mancharé las manos al igual que vosotros. Ya juré una vez dar mi vida por Dusterkeit si fuese necesario».

Ambos se miraron con la ternura y el cariño de muchos años juntos a las espaldas.

Siempre me había sentido orgulloso de cómo mis padres habían ido tomando todas y cada una de sus decisiones para mejorar nuestro gran hogar. Tanto las que habían adoptado ellos solos, como las acordadas juntos; porque siempre habían apreciado enormemente mi opinión.

—Luchemos todos juntos entonces. ¡Por un mundo mejor!

—¡Por un mundo mejor! —contestaron mis padres al unísono alzando sus copas.

—¡Por un mundo mejor! —repitieron los demás elevando las suyas.

Alcé la mía y brindé también. Sin tener ni idea de qué nos depararía el mañana. Pero sabiendo que todos estábamos preparados para ello. No importaba lo que fuera.

Capítulo 56. La batalla final y el poder de las estrellas



Camille

Zephyran y yo habíamos pasado una noche que parecía una despedida cargada de promesas de esperanza, como si necesitásemos recordar todo el amor que nos profesábamos antes de que la guerra nublase toda nuestra paz. Sabíamos que al día siguiente nos mancharíamos las manos en el campo de batalla; pero en esos instantes solo importábamos nosotros bajo la luz de la luna y las estrellas, testigos de todo lo que habíamos hecho entre las sábanas. El motor que calentaba mi corazón, tanto en los días grises como en los de colores, era y siempre había sido él.

Al día siguiente me desperté con un nudo en el estómago, pero me forcé a desayunar; no sabía cuándo podría volver a comer. Me costaba respirar solo de imaginar que en cualquier momento mi «padre» llegaría para destrozar la pequeña burbuja de paz en la que nos habíamos sumergido. Si es que podía llamársela así, porque en realidad los nervios habían primado por encima de todo. En realidad nunca habíamos estado en paz, nunca lo estaríamos mientras él permaneciese con vida.

Tenía grabadas a fuego las palabras de Ahrienia en mi cabeza: «No dejes que tus sentimientos gobiernen tus decisiones. Y, por si te hace dudar, por si te hace replantearte las cosas, por si trata de manipularte, te lo digo yo: él no es una buena persona. No merece compasión. Debería ser eliminado de este mundo, por todas las

atrocidades que ya ha cometido y por las que planea cometer». Mi verdadero padre era y siempre sería Erik; los echaba de menos, a él y a Freya. Pero no podía permitirme pensar en eso ahora; solo en que debía terminar con la vida de Haguddrac. Sin pestañear. En esos momentos ya ni siquiera importaba pronunciar su nombre. Ya estaba aquí.

Zep y yo nos dimos un rápido beso cargado de esperanza y nos vestimos con los trajes de cuero negro; listos para pelear. Até la daga a mi muslo, recordando que pertenecía a Ahrienia Si mi magia no funcionaba, quizás podría matar a mi «querido» padre con ella, dándole así su venganza. Porque sabía que era yo la que debía matarlo. Sin pestañear. Con magia o con acero. Recordé que había apagado mi fuego como si se tratase de una vela; tenía que ser más lista que él. Aunque sabía que no sería fácil alcanzarlo; seguramente estaría protegido rodeado de todos sus seguidores. «La resistencia se encuentra entre ellos», me recordé.

Zephyran y yo nos miramos, listos para salir por la puerta. Y en ese momento un golpeteo insistente en la habitación hizo que pegase un respingo, temiendo lo peor. La luna acababa de ponerse y el antelunio tan solo acababa de comenzar.

—Altezas, ¿puedo pasar? —preguntó una voz temblorosa al otro lado de la puerta.

Mis peores sospechas se confirmaron, incluso antes de que mi aishiteru respondiese.

—Adelante.

Porque nadie temía a mi príncipe oscuro, no había ninguna persona o cosa en el Palacio de las Tinieblas capaz de infundir ese temor.

Un ángel negro apareció en el umbral. Un habitante de palacio, no un soldado.

—Altezas —comenzó, tragando con fuerza—. El ejército de pesadillas ha llegado con antelación a Noctis. El enemigo está entre sus filas.

Mi corazón se saltó un latido.

—Gracias, Emeris. Haz que corra la voz de que nadie que no vaya a combatir abandone Palacio.

—Ya lo estamos haciendo entre todos los habitantes de palacio, Alteza. También estamos llamando a las puertas de todos los que dijeron que lucharían.

Kaia, Shedyel y Ovraal pasaron fugaces por mi mente. Aerian seguro que ya estaría entre las filas de soldados.

—Gracias, Emeris. Puedes retirarte —concluyó Zep.

El habitante de palacio desapareció. Yo sentía la necesidad de salir de aquí cuanto antes.

Miré a Seika y a Cardan. Tenía una pregunta atascada en la garganta, que al final me esforcé en formular.

—¿Los llevamos?

—Creo que también debería ser decisión suya —contestó Zep.

El erizo y la anátida comenzaron a moverse hacia nosotros en respuesta. No sin que antes Ard dejará claro en su idioma al resto de compañeros de estanque que tendrían que esperar aquí hasta que todo pasase; porque ellos no estaban acostumbrados a luchar.

—Pues parece que quieren venir —añadió.

—Está bien; pero tenéis que tener mucho cuidado, por favor —les pedí, agachándome y dándoles una última caricia a cada uno.

Sei se subió a mi cabeza y me permití gastar un poco de mi magia para usar momentáneamente un poder superior, aprovechando su contacto. Sus ruiditos cobraron sentido.

—«Lucharé contigo hasta el final, Camille. Eres mi compañera y debo protegerte».

—«Yo te protegeré a ti. Eres el mejor compañero que una vampira podría desear. Te quiero Seika, no lo olvides» —le respondí, deshaciendo la conexión antes de que agotase más mi poder.

Él se removió en mi cabeza.

—Vamos —me dijo Zep, y se acercó para darme un beso en la frente.

Alcé la cabeza y le di otro en los labios.

—Vamos.

Salimos corriendo de la habitación; no podíamos perder ni un solo minuto. Cardan volaba veloz entre nosotros y Sei se aferraba a

mi cabeza, como si por nada del mundo fuese a soltarse; sabía que no lo haría. Corrimos entre los pasillos, llenos de gente hablando presa del pánico, pasando por las puertas de las habitaciones de Kaia, Shed y Ovraal que se unieron a nosotros en la carrera. Los reyes y Aerian ya habían abandonado su habitación mucho antes que nosotros.

Atravesamos el Jardín del Plenilunio; agradecí que aún no lo hubiesen pisado; deseando que no lo hiciesen jamás. Corrimos por la Plaza de los Orígenes, completamente desierta; los civiles se habían escondido en sus casas o en Palacio, me recordé. Atravesamos unas cuantas calles más hasta llegar a las afueras de Noctis, donde estaban dispuestos todos nuestros soldados. Haciendo frente a una gran masa de oscuridad que se cernía sobre nuestras cabezas: el ejército de pesadillas de Haguddrac.

El ruido de la pelea se volvió de pronto ensordecedor. Era un caos, el acero y la magia se entremezclaban en el aire. En cuestión de segundos, Kaia, Ovraal y Shedyel se dispersaron y una marea de monstruos y entes oscuros nos rodeó a Zephyran y a mí con los animales. Zep desplegó su oscuridad y asintió en un mensaje silencioso. Yo desenfundé la daga, justo en el momento en el que un monstruo sin ojos salto en el aire, con los dientes afilados a la vista, dispuesto a desgarrar piel, carne y órganos. Su cara se acercó peligrosamente a la mía, pero conocía el ángulo; clavé la daga con fuerza en su corazón y la sangre negra lo salpicó todo.

Me pregunté dónde estaría mi «padre»; pero los enemigos no paraban de aparecer, en una corriente infinita que me impedía pensar. Di un tajo detrás de otro, sin permitirme observar cómo le iría a Zephyran. Sabía que cualquier distracción podía costarme la vida. ¿Me la costaría? Mi padre aún me necesitaba para terminar de modificar a su ejército de ángeles negros.

Entonces me di cuenta. Conmigo no iban a matar, iban a debilitarme y a hacerme daño. Tampoco era algo que me consolase mucho; los planes que mi querido padre tenía para mí podían ser peores que la muerte. Bueno, a efectos prácticos daba lo mismo; igual podían tocarme, lo que me daría ventaja en la lucha. Dancé esquivando el agua de uno de los entes oscuros vampiro que tenía

su mirada vacía clavada en mí, tratando de aprovechar la más mínima ocasión para llegar hasta él y debilitarlo. Aún era pronto para tirar de mi capacidad para usar poderes ajenos. Sei le lanzó una nube de pinchos detrás de otra, pero el vampiro era demasiado rápido y los esquivaba con facilidad.

—Entrégate y terminemos de una vez con esto. —Sonó su voz tétrica de ultratumba.

Sabía que no era verdad. Mi padre no se retiraría teniendo la oportunidad de derrocar a los reyes. Los reyes, caí entonces; no los había visto.

—Nunca —gruñí, cogiendo velocidad para clavarle la daga en el pecho.

Entonces sentí que la espalda me ardía y me volví por instinto, empleando mi poder de curación para mitigar el daño. Un ente oscuro ángel negro me observaba, con una sonrisa maliciosa y una bola de fuego en sus manos. Volvió a disparar; pero esta vez lo esquivé, consciente de que tenía otro enemigo pendiente de mí.

Me moví como pude esquivando a ambos, hasta que el de atrás dejó de disparar. Me volví un instante, para comprobar que un soldado del ejército real le había rajado el cuello con una espada. Sei emitió un ruidito de advertencia, sentí que me empujaban y perdía el apoyo del suelo. El erizo salió volando y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Un monstruo sin ojos emitió un chillido demasiado cerca de mi cara, tanto que me llegó el olor a putrefacción; contuve una arcada. Sus alas oscuras y medio desgarradas tapaban parte del cielo estrellado del antelunio. En ese momento me di cuenta de que estaba cargado de relámpagos. Probablemente Aerian.

Sentí como algo me rasgaba la piel de los brazos y chillé por el dolor, comprobando que sus garras estaban clavadas en ellos y deslizándose hacia abajo. Endurecí la piel y sus manos se quedaron atascadas e inmóviles. Ignorando toda la sangre que estaba derramando, elevé la pierna y le metí un rodillazo en el estómago con todas mis fuerzas. Aproveché los segundos de contacto para hacer que sus garras se retrajesen y se volviesen diminutas, liberando mis manos.

El monstruo emitió un chirrido desagradable mientras se precipitaba hacia atrás. Era una emergencia; alcé la mano y el fuego se precipitó hacia él, quemándolo sin compasión. Corrí por el campo de batalla buscando a Sei, mientras permitía que mi piel se regenerase. No podía estar solo.

—¡Seika! —grité, una y otra vez, sin obtener respuesta.

Clavé la daga sin ningún tipo de control a todo el que se interpuso en mi camino. Necesitaba encontrarlo. No podía andar muy lejos, pero no estaba por ninguna parte.

Una criatura de ojos lechosos con una boca llena de filas de dientes afilados saltó en el aire dispuesta a herirme, la esquivé y choqué con algo duro. Un escalofrío me recorrió el cuerpo al ver que se trataba de un soldado del ejército real calcinado por el fuego. Las bajas habían comenzado, y lo peor era ver cómo sus cuerpos estaban desperdigados por el suelo. La posibilidad de darles un entierro digno dependería enteramente de nuestra supervivencia.

—¡Camille!

Escuché la voz de Kaia a mis espaldas, mientras unos pétalos azules tocaban la piel del monstruo haciendo que cerrase los ojos y cayese con un estruendo contra el suelo. Era una de las plantas que cultivaba en su habitación.

—Dormirá durante diez años —comentó poniendo una mano en la cadera, mientras se acercaba a él—. Bueno, eso sería si le dejásemos dormir.

Alzó su daga y la enterró en el pecho de la criatura.

—¿Estás herida? —pregunté acercándome a ella.

Ella señaló su pierna derecha que estaba empapada de sangre.

—Déjame ayudarte —pedí, acercándome a ella y poniendo las manos sobre su piel para curarla.

—Gracias Cam —contestó con una sonrisa sincera.

Los rugidos de los monstruos captaron nuestra atención, de fondo los truenos y los rayos partían el cielo. Esperaba que Aerian estuviese matando a una infinidad de ellos. Porque parecían no terminar nunca. Mirásemos a dónde mirásemos, estaba todo lleno de enemigos.

—¿Has visto a Seika? —grité para que me escuchase Kaia, mientras peleaba contra un ente oscuro que trataba de atraparme entre sus plantas.

—No —escuché su voz a mis espaldas—. Estará bien, no te preocupes.

Sabía que era una frase sin fundamento, tan solo cargada de esperanza. Pero yo tampoco podía perderla, o sería el fin.

Corté las plantas una y otra vez, mientras me iba acercando al vampiro de piel oscura. Cuando estuve lo suficientemente cerca le clavé la daga en el pecho.

—¿Buscas esto? —escuché una voz a mis espaldas.

Me volví, para comprobar que un ángel negro agarraba a Seika de mala manera tirando de su patita. Él se removía, tratando de zafarse, y le lanzaba pinchos que las sombras del otro absorbían una y otra vez. Me di cuenta de dos cosas: la primera que era uno de los ángeles negros a los que les había otorgado superfuerza y supervelocidad; y la segunda que tenía el poder de controlador de sombras, por tanto, la luz de la curación no podría alcanzarlo si no me acercaba a él lo suficiente.

—Suéltalo —rugí.

—Ven a por él si te atreves, prin-ce-si-ta —contestó escupiendo al suelo—. Es una lástima que tu padre haya dado órdenes de no matarte. Por mí podrías irte al infierno.

—Pagarás por lo que has hecho —lo amenacé.

Sentí la canción del fuego en mis venas y mis manos se llenaron de él. El ángel sonrió como si aquello le pareciese divertido. Lanzó una sombra en mi dirección y yo disparé fuego para consumirla. Cuando ambas corrientes chocaron, la sombra engulló el fuego al instante. Me di cuenta demasiado tarde de que las llamas no hacían nada contra su poder, que penetró en mi pecho pillándome desprevenida.

Me llevé las manos a él de forma instintiva. Aprovechó bien que estaba débil por el dolor. Se acercó a velocidad vampírica, me agarró de los brazos y me empujó contra el suelo.

—Pagarás por haberte ido de Finisternis, sucia vampira chupasangre —gruñó, y vi como la más pura ira teñía sus facciones

—. ¿Acaso no te enseñaron que el fuego es una luz impura y produce sombras inestables y por eso mi poder lo engulle? Solo la luz pura de las estrellas, puede anular mi poder. Cuestión de equilibrio natural, la luz está por encima de las sombras.

Me di cuenta de que había estado equivocada cuando creí que la luz de la curación también lo afectaría. Pero no, no fuera de mi cuerpo, tan solo hacía frente a sus sombras dentro de mí. Comencé a curarme para tratar de expulsar su negrura de mi interior; comprobé que era mucho más difícil que otras veces y requería una gran cantidad de energía por mi parte. El ángel se dio cuenta y apretó con fuerza mis brazos; supe que me saldrían moratones. Giré la cabeza, para comprobar que aún sostenía a Sei entre dos de sus dedos, sin soltarme.

Había creado un monstruo; muchos como él estaban entre las filas del enemigo.

—Voy a disfrutar haciéndote sufrir —gruñó.

Una de sus manos se alzó y se posó en mi pecho. Sentí como sus sombras entraban en mi interior, llenando mi cuerpo de una desolación que no me pertenecía. Luchaban contra mi magia de curación. No podía curarme tan rápido contra algo así.

—Cuando termine contigo, mataré a tu erizito delante de tus ojos, ¿qué te parece?

—Pú-drete —logré decir con la voz entrecortada.

Tenía que hacer algo o mataría a Seika. Pero, ¿qué podía hacer? Mi magia de curación estaba dividida entre deshacer sus sombras en mi interior y curar mi cuerpo; pero no era suficiente, la curación ocupaba demasiado espacio. Y sabía que si dejaba de sanarme perdería el conocimiento. Hice fuerza para liberarme; pero sus sombras ya me habían debilitado, lo suficiente como para que su fuerza fuese superior.

—¿Sabes? Me estoy aburriendo. No gritas, ni haces nada interesante. Veamos que hace tu erizo.

—¡No! ¡Déjalo en paz! —exclamé, dándome cuenta demasiado tarde de que había caído en la trampa.

—Eso es lo que te hace reaccionar, ¡eh!

Movió la mano de mi pecho hacia Seika y lanzó una ráfaga de sombras hacia él. El erizo dejó de moverse y quedó con la tripa hacia el cielo y los ojos cerrados.

—¡Ups! ¿Lo habré matado? ¿O solo lo he dejado inconsciente para poder desangrarlo mientras miras? Tic tac, el tiempo corre.

—¡Ya basta! —grité, luchando porque las lágrimas no asomasen.

Arrebatarle la magia que le había entregado me costaría demasiado y comprendí, más que nunca, lo peligroso que era el pequeño ejército que yo había modificado. Comencé a rebuscar en mi interior para usar un poder superior contra él. Haría que le cayese un rayo y no me importaban las consecuencias. Mis células se removían, advirtiéndome de que ya estaba usando mucho poder en contrarrestar las sombras que aún viajaban dentro de mí a través de la única mano que me sujetaba; no obstante, intenté tirar de ellas. Me sumergí en mi interior sin dejar de mirar a Seika, que no se movía. Tenía que ayudarlo, tenía que estar vivo. Necesitaba que lo estuviese.

Entonces una luz cegadora cruzó el aire, directa a donde la mano del controlador de sombras tocaba mi brazo, y sentí como todas las tinieblas desaparecían de golpe de mi interior. Sabía quién era a pesar de no poder levantar la cabeza del suelo. Detuve la búsqueda de las tormentas y confié en la reina; era la opción más segura para mi cuerpo.

El ángel negro se apartó de golpe de mí y alzó la vista al cielo. Aproveché para levantarme con dificultad, comprobando que ya no tenía nada que curar, porque la luz de las estrellas de la reina había extinguido todas las sombras de mi interior. Tan solo restauré mis brazos doloridos, sintiendo que la vitalidad había vuelto a mí. Agarré a Seika, asustada, y llevé la mano a su pecho, comprobando que su corazón aún latía. Suspiré aliviada y me concentré en curarlo. Pero no hizo falta.

Un rayo de luz de estrellas llegó desde arriba, sacando las sombras del interior de Sei. Él abrió los ojos y me miró aliviado; le acaricié la tripa y lo coloqué en mi cabeza con rapidez. Alcé la vista para mirar a la reina, que se alzaba en el cielo como si fuese una estrella. Nunca la había visto vestida para la batalla. El brillo blanco y

cegador que recorría todo su cuerpo destacaba sobre el cuero negro. Vi que con una de sus manos lanzaba un haz cegador al controlador de sombras, que se retorcía bajo su magia.

Corrí hacía él hasta clavarle la daga por la espalda, justo a la altura del corazón. Su cuerpo se movió ligeramente hacia atrás y su última mirada de odio se fijó en mí, justo antes de quedarse en blanco. Saqué la daga y dejé que cayese inerte al suelo. Juntos éramos más fuertes.

Sereen voló hasta el suelo y me sonrió, el brillo aún recorriendo su cuerpo; casi parecía alcanzar a sus ojos azules cristalinos. Era raro verla sin la corona, como si tan solo fuese una guerrera más.

—Gracias por ayudarnos.

—No ha sido nada, Camille.

Los enemigos pronto volvieron a captar nuestra atención, nos separamos y me quedé sola con Sei. Me pregunté dónde estaría mi padre; pero no había ni rastro de él por ninguna parte. ¿Estaría esperando a un momento determinado para mostrarse ante mí? No dejé de moverme entre sus criaturas, no había tiempo para detenerse. Me pregunté cómo estarían todos; hacía ya bastante que había perdido a Zep entre la marabunta de enemigos. Los soldados reales me quitaban de en medio a muchos. El problema era que había demasiados.

Capítulo 57. Luchar junto al poderoso brujo vampiro



Zephyran

Hacia bastante rato que había perdido de vista a Camille. El ejército enemigo era tan numeroso que era fácil perderse entre ellos. Tenía que confiar en que estaba bien. No podía pensar de otra manera, mientras me movía entre las calles de la ciudad que una vez había transmitido calma y ahora era un montón de caos. Mis corrientes de oscuridad estaban desplegadas a mi alrededor; había perdido la cuenta de las veces que había matado monstruos con ellas, de las que el crujido de sus almas había resonado acompañando a la tormenta; sin olvidar cuando les había hecho perder alguno de sus sentidos. No podía tener compasión con esas criaturas, o sería mi perdición; era una lección que había aprendido hacía ya mucho tiempo.

Cardan estaba en el aire a mis espaldas; no sabía cómo había logrado mantenerse a mi lado después de todos los enemigos que se habían ido sucediendo, uno detrás de otro, como un torrente infinito. Sus corrientes de oscuridad, cargadas de plumas que se clavaban cual flechas en las pieles de los monstruos, eran como un pequeño complemento de mi magia a mis espaldas.

En algún momento, el brujo había aparecido entre las filas de soldados del ejército real. Luchar al lado de Ovraal siempre me había parecido fascinante, verle desplegar todas sus técnicas era realmente impresionante.

—¡Buen antelunio, alteza! —gritó entre el clamor de la batalla, como si estuviéramos tomando el té en un salón de Palacio.

Todos los monstruos y entes oscuros que poseían ojos y nos estaban mirando automáticamente procedieron a despedazarse entre ellos. El problema era que este ejército parecía más prevenido de lo que lo habían estado antes las filas enemigas. Inmediatamente todos los supervivientes dejaron de mirar hacia Ov, como si acabasen de identificar al que sellaría el destino de sus mentes; como si ya estuviesen avisados.

Aun así, él se movió entre ellos, haciendo que por las malas lo mirasen y sucumbiesen a su poder. Seguimos la estrategia que habíamos acordado por si nos encontrábamos: yo iría a por los que no tenían ojos con mi oscuridad y él a por el resto, siempre que fuese posible.

—¿Dónde está Shedyel? —pregunté, aprovechando los segundos en los que lo tuve un poco más cerca.

—No tengo ni la menor idea, hace como media hora que no lo veo.

Un monstruo con alas rasgadas voló veloz por encima de nuestras cabezas, cortando la charla. Mi oscuridad se desplegó apuntando a su boca abierta. El crujido de su alma retumbó en la ciudad y cayó en picado al suelo, haciendo que pegase un salto gritando a Ard para que se apartase.

—Sabe defenderse solo —prosiguió sin dejar de moverse—. He visto como ahogaba con su agua a unos cuantos de estos sucios engendros.

—Bien —respondí, mandando varias bifurcaciones de oscuridad directas a los entes oscuros que tenía más cerca, mientras esquivaba una llamarada y un chorro de agua con facilidad.

Estrujé a los monstruos con fuerza hasta que cayeron inertes al suelo.

Un ángel negro se adelantó entre la multitud. Cada vez que veía uno me preguntaba si sería un miembro de la resistencia, fingiendo y esperando a que llegase el momento adecuado, o si de verdad era un enemigo. Habían dicho que debíamos matarlos sin pestañear, para no estropear el factor sorpresa; pese a ello, solo era capaz de dejarlos inconscientes.

Lo miré fijamente, dándome cuenta de que había perdido de vista a Ov entre los entes y los monstruos. Aunque era muy consciente de que seguía cerca por cómo caían uno detrás de otro; siempre matándose entre ellos.

—El príncipe Zephyran —comentó el ángel en tono burlón, lo que me hizo sospechar de que no era parte de la resistencia.

Lo miré desafiante en silencio, con la oscuridad lista para salir despedida hacia él. Sonrió, y un grito a mis espaldas captó mi atención; era uno de mis soldados vampiro.

—¡Cuidado Alteza!

Me giré, justo a tiempo para ver como diez ángeles negros, idénticos al que ahora dejaba a mi espalda, se abalanzaban sobre el vampiro. Cayó al suelo y temí lo peor. Bifurqué más mi oscuridad, en árbol para alcanzarlos a todos; pero el primer ángel aprovechó que me había vuelto para empujarme y caer sobre mí. Tenía fuerza vampírica; era el ángel negro al que Cam le había entregado la capacidad de formar copias de sí mismo.

Forcejeé con él, tratando de ver su mano para saber si era el original. Escuché el grito agonizante de mi soldado a mis espaldas y me estremecí, sabiendo que lo habían matado por protegerme. Mandé todas las corrientes que pude para desestabilizar a mi aprehensor, a la vez que le asestaba un puñetazo en el estómago. Él se llevó las manos ahí por instinto y pude ver en una fracción de segundo el color rojo que me revelaba que era una copia.

—Pagarás por esto y por ocupar el puesto de nuestro Señ…

Pero no le dejé terminar y mi oscuridad entró veloz por su boca. El ruido de su alma fragmentada, de copia, reverberó en el aire. Me aparté a tiempo para no ser aplastado por su cuerpo.

Teníamos que matar al original para eliminar a todas las copias. ¡Por la Diosa! Habían pasado a ser cincuenta.

—¡Qué mal asunto! Vamos a ver, enseñadme esas manitas —escuché la voz de Ov a mis espaldas.

Era el compañero ideal frente a ese contrincante. Suspiré aliviado; los ojos de unos cuantos ángeles estaban posados en él y, sin dudarlo, habían obedecido alzando sus manos. El problema era que todos eran copias.

—¡Qué despropósito! ¡Hacedme un favor y rajaos la garganta!

Las copias obedecieron. Observé que Cardan acababa de aparecer sobre sus cabezas; disparaba plumas negras que hacían que algunos volasen tratando de darle caza. Pero él se movió hacia Ov haciendo que otros tantos más cayesen en la trampa de mirar a sus ojos. Algunos de los soldados reales se habían sumado a la pelea y habían comenzado a asestar espadazos para deshacerse de más copias.

Entonces lo vi, bien escondido en el centro, entre todas sus copias. Un ángel más, con las manos a la altura de sus caderas, pero en un ángulo que me permitía ver que no tenía el punto rojo. Me volví hacia Ov.

—Léeme la mente —grité.

—«Está en el centro, cuarta fila posición cinco. Es el original».

El brujo sonrió.

—Esto va a ser muy divertido.

Se abalanzó entre las copias, como si no fuesen más que pox. Ellos trataron de alcanzarlo y le quité todos los que pude con mis corrientes de oscuridad. Cardan les lanzaba plumas a los ojos, para cegarlos y distraerlos. Los soldados se percataron de nuestro movimiento y también ayudaron. Ovraal continuó avanzando hacia su objetivo; se había metido más entre sus copias, pero ya no tenía escapatoria. Cuando el brujo llegó hasta él, lo empujó tirando de su fuerza vampírica y apretó sus brazos contra el suelo.

Alcé una barrera de oscuridad todo lo rápido que pude, aunque no lo suficiente. Un monstruo que se había colado entre los ángeles le lanzó un golpe de garra al brujo. Iba dirigido al corazón desde la espalda; pero, por suerte, lo esquivó y terminó desgarrándole el brazo. Mi oscuridad lo protegió poco después, mientras hacía que el ángel original liberase una de sus manos para entregarle su espada. Ov la cogió y, sin titubear, se la clavó en el pecho.

Al momento, todas las copias se desplomaron en el suelo. Caminé entre ellas hasta dar con el monstruo que aún acechaba a Ov. Mi barrera comenzaba a parpadear, pero mi amigo ya se enfrentaba a él. La sangre había dejado de manar; había usado un

hechizo de curación, supuse. Aunque no sería suficiente, necesitaría a Camille o a los sanadores de Palacio tarde o temprano.

—Bien hecho alteza —celebró Ov, clavando la espada, que aún llevaba en las manos, al monstruo.

—¿Estás bien? —pregunté preocupado.

—Estoy todo lo bien que podría estar con un corte como este. —Sonrió ampliamente y clavó sus ojos verdes en mí unos segundos—. No te preocupes príncipe, mi hechizo aguantará un tiempo antes de que vuelva a sangrar. Es un corte profundo, pero está contenido de momento.

No me gustaba ese «de momento». Pero la calma duró poco, porque aparecieron más entes oscuros y monstruos que terminaron separándonos a los tres, impidiéndome responder. Terminé luchando codo con codo con varios de mis soldados. Sus armas y nuestra magia formaban un frente infranqueable contra la variedad de poderes elementales de los entes oscuros y las garras y dientes afilados de los monstruos.

Lancé una corriente oscura detrás de otra, viendo como caían soldados de ambos bandos. Sin dejar de moverme hasta bien pasado el mediantelunio. No confiaba en que nadie parase, dando una tregua hasta la noche. Entonces algo se removió en mi interior con una fuerza abrumadora; como movido por algún hilo del destino giré la cabeza, tras dejar inerte en el suelo a una criatura alada.

Lo que vi me dejó sin respiración. Haguddrac estaba en el aire, a unos metros de mi posición. Clavó por unos instantes sus ojos rojos en mí y una sonrisa tétrica se instaló en su cara. Corrí por las calles, sin perderlo de vista. Camille estaba delante de él, en el suelo, luchando sin tregua contra varios integrantes de su ejército de pesadilla. Lamenté necesitar un descanso para poder volver a usar mi barrera de oscuridad, que ni siquiera sabía si funcionaría contra él. Y no podía arriesgarme.

Miró a Cam y se volvió hacia mí, con una sonrisa sardónica llenándole toda la cara. Comenzó a alzar la mano lentamente. Y lo supe. Todos mis pensamientos pasaron veloces y sin orden por mi cabeza, en cuestión de décimas de segundo que parecieron minutos,

mientras imaginaba como su rayo de destrucción saldría por su mano, directo al corazón de Camille. «Terminarás matando por ella. La pondrás por encima de todo a cualquier precio», habían dicho los vampiros videntes. Y lo cierto era que ya había matado por ella. Lo había hecho una y otra vez. Sin un ápice de duda. Había sido necesario y no lo había pensado. Ni por un segundo. Y sí, la ponía por encima de todo. A cualquier precio. Era mi aishiteru.

Ante mí solo se abrían dos destinos posibles, mientras no dejaba de correr. Estaba ya demasiado cerca, pero Camille no se había enterado todavía. Y no podía avisarla, o no me permitiría ocupar su lugar. Ya tenía el brazo en alto, apuntándola, y no le daría tiempo a apartarse. El último precio que pagaría en mi vida inmortal se alzaba ante mí a modo de sacrificio. Moriría por amor si ese era mi destino. Dejaría que ella viviese a cambio de mi existencia. La eternidad no tenía sentido si no era con ella.

Salté a la vez que salía el rayo de destrucción, preparado para recibir el impacto que no tardó en llegar. Mi oscuridad parpadeó y desapareció en ese instante.

—«Te amo. Cuando tu cuerpo se convierta en polvo de estrellas te encontraré, mi princesa de luz. Vive por los dos».

Sentí como la destrucción avanzaba por mis células; demasiado rápido. Ella se volvió bruscamente, como si hubiese sentido mi presencia, y la cara se le descompuso. Sonreí viendo como mis soldados ocupaban su lugar, defendiéndola con su vida. Sonreí, tratando de infundirle fuerza y esperanza, porque confiaba en ella. El dolor era agonizante pero no podía dejar de mantener la sonrisa. Por ella.

—¡NOOOOO! —Su voz sonó desgarrada.

—«Yo también te amo Zephyran Oakleaf. Pero no puedes abandonarme. ¡NO PUEDES DEJARME ASÍ!».

—«Lo sien-to, cari-ño». —Mi voz parpadeó con mis últimas fuerzas.

Cerré los ojos, dejando que la vida me abandonase. Feliz de haber compartido un tiempo con ella, de haber encontrado a mi aishiteru. Ella llenaría el mundo de paz y esperanza.

Capítulo 58. El abismo de mi poder



Camille

Me tiré al suelo, llenándome de arañazos por la fuerza. Pero no me importó. Nada importaba. Ni siquiera el ruido del acero. Me indicaba que los soldados reales luchaban en el suelo a mi alrededor. Me sentía culpable por no haberme dado cuenta antes. No lo vi. Tenía a mi maldito padre a mis espaldas. No podía procesar lo que acababa de suceder. Era la misma herida mortal que había matado a mi madre. A Ahrienia. Posé la mano sobre su pecho, con la esperanza de que aún pudiese latir. El vacío me devolvió la respuesta. No había latidos. Incrédula aún, usé mi tatuaje. Tampoco reaccionaba. No me decía donde se encontraba. Eso solo podía significar una cosa. Una cosa que no podía admitir en voz alta.

Lo cogí con cuidado y dejé su cabeza sobre mi regazo. ¡No podía ser! Tenía que haber algo que pudiese hacer la vampira más poderosa de todo Dusterkeit ¿De qué me servía tanto poder si no podía revivir a mi aishiteru? ¿De qué? Las lágrimas habían comenzado a desbordarse veloces de mis ojos. El nudo de la garganta amenazaba con asfixiarme. El aire apenas me llegaba a los pulmones.

—Lo siento, hija. Tenía que morir.

Alcé la mirada con todo el odio contenido. Y caí en la cuenta. Él no podía matarme. Me necesitaba.

—¡Lo has hecho a propósito! —escupí con rabia—. Sabías que se interpondría y entregaría su vida por mí. Te odio.

—Vaya, me has pillado. —Se carcajeó. Mi dolor no le importaba lo más mínimo—. ¿Qué puedo decir? Incumpliste tu promesa cuando te marchaste, y él perdió su seguridad.

—¡Déjame en paz! Voy a tratar de traerlo de vuelta —espeté.

—No lo conseguirás. No se puede volver de la muerte hija mía. Ni siquiera tú puedes hacer eso.

Le ignoré. No me importaba lo que dijese. Agotaría toda mi magia si era necesario. Escuché unas pisadas, pero no me volví. Comencé a sumergirme en mi interior, hasta que una voz captó mi atención.

—Pelo gris. He seguido a Zep y… —Se detuvo cuando se dio cuenta de lo sucedido y analizó mi expresión—. ¡Oh, por el conde Vlad Drácula!, Camille… Siento tener que ser yo el que te lo diga, pero… nunca he visto a nadie revivir a los muertos.

—Haz caso a tu amiguito —se mofó el enemigo—. Si te levantas ahora y vienes conmigo, quizás a él le perdone la vida. Si no, también será el último día de su eternidad.

Ov clavó sus ojos verdes en mí. Entendió que no podía levantarme. No podía. No podía permitir que Zep muriese. La sola palabra sonaba como algo terrible.

—Te he dicho que te vayas al infierno, padre. No iré contigo ni ahora ni nunca.

—Bien. Entonces vendrás por las malas.

Hag voló veloz hacia mí. Pero Ovraal se interpuso, frenándolo con su fuerza vampírica. Corría el tiempo en el que el corazón de Zep no latía. Mi propio corazón estaba asfixiándose con él. No podía permitirme creer en esa posibilidad. Me daba igual lo que dijese todo el mundo.

—Yo lo retendré, pelo gris —dijo el brujo entre dientes mientras forcejeaban.

—Gracias —murmuré con un hilo de voz. Ni siquiera sabía si me había escuchado.

Miré al príncipe y acaricié su mejilla con cuidado. Volví a sumergirme en mi interior. Recordé las palabras de Ov: «No hay ni un hechizo que pueda escapar al amor, que pueda romper las uniones mágicas que genera». ¿Podría aquella verdad universal

salvarme? Zep y yo estábamos unidos, más allá de la muerte; pero eso no lo devolvería a la vida. Apreté el puño con fuerza y me adentré más en mi poder. Más y más profundo, a donde nunca antes había llegado. Y sentí como inundaba mis venas. Era como cuando los Kitsunes me habían dado su sangre. Sentía el poder, como el de una diosa, poblando todas y cada una de mis células.

El ADN oscuro se abrió ante mí, como un abanico de posibilidades infinitas en el abismo más profundo de mi magia. Tenía todo a mi disposición. Era todas las formas vivas del mundo en todos sus aspectos. Era el poder que fluía por sus venas. Era la cura de sus muertes. Lo era. Realmente lo era. Sonreí. Sentí una quemazón abrasadora que recorría mis venas, como una advertencia de peligro.

—«Camille Dageraad, estás jugando con fuego. Tu poder ha evolucionado desde la última vez que hablamos. Pero ni siquiera tú, la más poderosa entre los de tu especie, puedes revivir a alguien. Ni aunque sea tu aishiteru. No estás lista aún». —La voz de la diosa Heleia retumbó en mi cabeza.

—«¿Por qué puedo escucharte? Me da igual el precio a pagar».

—«No es un precio. Morirás antes de conseguir tu objetivo. Y su muerte no habrá servido para nada. Puedo hablar contigo porque estás sumergida en los albores de los poderes de este mundo. Tu abismo es un todo infinito que te conecta a mí».

—«Me da igual. Tengo que intentarlo». Las lágrimas no paraban de deslizarse por mis mejillas. Sentí un mareo y el estómago se me revolvió, amenazando con vaciar su contenido. Por un momento sentí las patas de Seika, que tiraba de mi pelo como tratando de frenarme.

—«Estás advertida, Camille. No puedo hacer más por ti. Estoy obligada a no intervenir. Lo siento. Pero debo decirte que condenarás al mundo con esta decisión. Y todo lo que habéis hecho no habrá servido para nada».

—«Tú no lo entiendes. Tengo que intentarlo».

La Diosa guardó silencio. Seguí rebuscando en mi poder. Una frase llenó mi cabeza, como venida de ninguna parte: «La luz no tiene sombra». Le di vueltas a su significado, como si fuese la solución a todo; hasta que caí en la cuenta. La luz de mi curación

podría hacer frente a la oscuridad de destrucción de mi padre dentro del cuerpo de alguien. La oscuridad de la destrucción desaparece donde entra la luz.

«Y solo quien posee ambos poderes a la vez es capaz de revivir, curación y destrucción», continuaba. Tenía todas las magias del mundo, por lo que poseía la de mi padre y mi madre a la vez. Lo comprendí en ese momento; aunque sentía que las dos frases habían venido de algún sitio que no era mi cabeza. Moví la mano hasta el corazón detenido de Zep. Las venas cada vez me quemaban más.

—¡Cuidado!

La voz me sacó de mi trance y me giré, para comprobar como un monstruo se precipitaba hacia mí con las manos abiertas. Seika lanzó varios pinchos que se clavaron en su piel, pero no lo detuvieron. Antes de que yo pudiese hacer nada, un muro se interpuso entre nosotros. No era un muro, era Aerian; la tormenta era de pronto más notable. Su espada atravesó el corazón de la criatura.

—Gracias —murmuré.

Kaia apareció a su lado. Observé que estaban llenos de heridas y me estremecí.

—Confiamos en ti, Camille. Devuélvele la vida a Zephyran. Nosotros te protegeremos —aseguró mi amiga, colocándose junto al soldado.

—Gracias —murmuré conmovida.

Alguien confiaba en mí. Alguien creía que podía hacerlo. Y eso significaba mucho para mí. Incluso aunque los seres más antiguos dijesen que no podía.

—¡Oh, por la Diosa! ¡Mi hijo! —la voz del rey retumbó en mi cabeza.

—Majestad, luchad con nosotros para proteger a los príncipes —gritó Kaia entre el ruido de la batalla—. Camille lo traerá de vuelta. —Me guiñó un ojo.

El rey asintió, y los tres formaron una barrera a mis espaldas. Si el ejército de mi padre vencía al del rey, tendría que pasar por encima de ellos tres para llegar hasta mí. Miré a Ov, que aún peleaba él solo contra Hag. Pero no por mucho tiempo; Shedyel y la reina aparecieron flanqueando sus lados.

—Todos juntos venceremos —gritó Shedyel.

Y el caos volvió a estallar.

Volví a mi magia, que se había quedado detenida en el punto en el que la había dejado. Y lo supe. Tenía que combinar ambos poderes: destrucción y curación. Aquello me permitiría revivir a Zephyran. La canción resonó en mi cabeza, como si ese fuese mi destino desde el principio de los tiempos. Sentí como mi corriente de poder comenzaba a viajar desde mis manos a su corazón.

Sonreí; pero entonces sentí que algo iba mal. Un dolor abrasador me recorrió el cuerpo. Era como si mis células fuesen a explotar de un momento a otro. Chillé, sintiendo mis pulmones arder. Y comprobé aterrada como el corazón del príncipe continuaba detenido; como comenzaba a perder el conocimiento; como mi corazón se ralentizaba sin remedio. No, no podía ser. Luché contra mis ojos, que amenazaban con cerrarse. Traté de mandar mi poder de curación a mi cuerpo. Pero mi magia no reaccionaba. Se había quedado detenida entre mis manos y el pecho de Zep. Inútil e inservible.

—«Camille».

—«¿Mamá? ¿Estoy muerta? ¿Por qué puedo verte?».

El cuerpo de mi madre apareció a mi lado, mostrando una amplia sonrisa. Parpadeaba, entre ser opaco e incorpóreo. Y lo entendí sin que me dijese nada.

—«Me estoy muriendo». —Comprendí. Pese a que Seika aún permanecía inmóvil sobre mi cabeza.

—«Hija mía, he venido a impedirlo. Nuestra magia funciona, incluso después de la muerte. Aunque solo cuando los vivos aceptan recibirla permitiéndonos intervenir. Hagámoslo juntas como aquella vez en la Ciudad en Ruinas».

Asentí ante el contacto de su mano sobre la mía, que aún estaba en el pecho de Zep.

—«Si estoy muriéndome, ¿por qué no puedo ver a Zephyran?».

—«Porque toda muerte puede ser remitida en el plazo de una hora, cariño. Su alma aún permanece ligada a su cuerpo. Pero debo advertirte de algo: solo tienes la capacidad de revivir una vez en el

plazo de un año. Esto impide que el flujo de la vida y la muerte se desequilibre».

—«¿Por qué tú lo sabes, y Hag y Ov no?» —pregunté, sintiendo la cálida sensación de su magia de curación invadiendo mi cuerpo.

Al igual que en la Ciudad en Ruinas, aceptar su magia no era un contrato verbal. Con pensarlo era suficiente.

—«Te lo dije una vez: "Los muertos sabemos más que los vivos". No estoy segura de que tú y yo podamos revivir juntas a tu príncipe. Pero necesitas volver para ayudar a tu gente».

La miré angustiada, con un por qué atascado en la garganta.

—«Aun así lo intentaré, hasta que Ella me deje hacerlo».

Heleia. Ella no había contado con esta posibilidad. Quizás sabía que ni así podríamos ayudar a Zep. Pero no podía pensar en eso. Ella había dicho que aún no estaba lista. Como si en algún destino posible pudiese estarlo.

—«Gracias mamá».

Sentí por mis venas la combinación de la magia de curación de ambas, mientras todas mis células iban recuperando poco a poco su vitalidad. Escuché exclamaciones, que me devolvieron al mundo real; me di cuenta de que estaba brillando. Era una luz blanca y cegadora, como la de la reina. Pero no era la luz de las estrellas, era la luz de la curación de mi madre y mía. Era nuestra magia unida. Juntas éramos un todo poderoso. No me permití mirar hacia el campo de batalla. No podía detenerme.

Sentí que estaba recuperada; lo supe porque la figura de mi madre había vuelto a ser incorpórea, aunque había comenzado a parpadear. Sus ojos azules se detuvieron en los míos. En su mirada se leía la urgencia por acabar nuestra misión.

—«¿Cuál es tu precio por hacer esto?». —Caí entonces.

—«No podré volver a pasearme por vuestro mundo en tres años. No seré nada durante ese tiempo».

La miré angustiada.

—«No te preocupes. El precio ya está pagado desde que decidí ayudarte. Terminemos con esto».

Asentí en silencio. Le estaría eternamente agradecida por una infinidad de cosas. La llama de la esperanza ardía con fuerza en mi

interior.

Sentí el calor de sus manos, mezclándose con mi poder. Y comenzamos a enviarlos al corazón de Zephyran. Sentí todas las células del príncipe revelándose contra mi magia. Miré a mi madre confundida. Ella puso mala cara y desapareció de repente. Un escalofrío recorrió mi cuerpo; su pérdida me caló los huesos, y miré al pecho del príncipe. Volví a sentir como, de repente, todo ese poder era demasiado para mí; las venas comenzaron a arderme de nuevo. ¿De verdad iba a morir y todo esto habría sido para nada? Algo me empujó con fuerza, haciendo que cayese de espaldas a unos centímetros de mi aishiteru.

—«¿Es que no tienes amor propio?». —La voz de Tsuki, el Kitsune Guardián de Oscuridad, retumbó en mi cabeza.

—¿Qué estás haciendo? —le grité enfadada, sin importarme que fuese un ser legendario.

—«¿Que qué estoy haciendo yo? ¿Qué está haciendo la salvadora, suicidándose para nada? ¿Has perdido la cabeza?».

Se acercó a mí en silencio, mientras me incorporaba limpiándome las lágrimas. Escuché numerosas exclamaciones y me permití una rápida mirada al caos del campo de batalla. Había un montón de cadáveres a nuestro alrededor; el corazón se me contrajo. Cardan se había detenido a un lado del príncipe en algún momento; y no me había dado ni cuenta. Busqué a las seis personas que habían compartido tantas vivencias conmigo, y comprobé aliviada que estaban ilesos. Sentía el peso de Seika en mi cabeza, demasiado quieto; pero escuchaba sus latidos y sabía que no se había movido de ahí en todo este tiempo.

Hay una hora para revivirlo, recordé de pronto. Ya debían de haber pasado unos cuarenta y cinco minutos.

—Tengo que salvarlo, Tsuki. Tengo que intentarlo. ¿Qué haces tú aquí?

—«No te di mi sangre solo para que fueses más fuerte un tiempo. Te ligué a mí, de tal manera que sabría dónde estarías en cada momento; incluso cuando mi sangre desapareciese de tu sistema. Sabría cuándo estarías en peligro mortal. Pero no imaginé encontrarme que la causa sería esta».

—Por favor, ayúdame —supliqué—. Se le acaba el tiempo.

—«A eso he venido, princesa. Bebe de mi sangre y conviértete en quién has nacido para ser. Sin precios y sin dolor, saltando el tiempo del que careces para permitir que tu magia evolucione un poco más. Y úsalo. Úsalo para devolverle la vida a tu príncipe. Pero úsalo también para matar al que ha condenado a nuestro mundo durante tantos años. Venzamos juntos».

La punta azul oscuro de una de sus nueve colas negras señaló a mi padre. Quien nos observaba furioso y continuaba forcejeando, ahora con Zwarteziel, con Ov y con un montón de soldados reales. Shed lanzaba agua desde donde podía; solo para incordiarlo, porque la absorbía como si fuese inocua.

Asentí mientras acercaba la cola del otro extremo a mi boca. Mis colmillos asomaron, sabiendo lo que tenían que hacer.

—«Beber de la fuente hará que tu poder sea infinito, como está destinado a ser. Mientras mi sangre se mantenga en tu sistema».

Le hinqué los colmillos y bebí de su esencia milenaria. Noté como mi cuerpo se inundaba de ella. Me llené de la fuerza de las estrellas, de la fuerza del mundo. Sentí que no había límites entre el abismo de mi poder infinito y yo. Era como una diosa en el cuerpo de una vampira. Era la salvadora.

—«Ya es suficiente. Cumple con tu cometido, Camille Dageraad» —habló Tsuki apartando la cola de mi boca.

Asentí y gateé hasta Zephyran, sintiendo como mi magia vibraba por mis células pugnando por salir al mundo. Posé mis manos en su corazón. Muy consciente de la presencia del Kitsune Guardián a mis espaldas, sus colas asomando a ambos lados de mi cuerpo; como si fuésemos un todo. Me sumergí sin miedo en mi magia. Uní la destrucción y la curación en el caldo estelar de los orígenes del mundo. Percibiendo como, sin ninguna dificultad, obtenía el poder de revivir a quien más amaba, en este y en todos los mundos infinitos de los que pudiese componerse el universo. Sentí como mi magia viajaba por todas y cada una de sus células, devolviéndoles la vida que les había sido arrebatada. Hasta que su corazón volvió a latir bajo mis manos. Su pulso frenético retumbaba contra mis dedos.

Comencé a llorar, sin poder creer lo que estaba sucediendo. Sus ojos, como dos zafiros, se abrieron de golpe y me miró asombrado.

—¿Cómo? —preguntó.

—Tengo la sangre de Tsuki en mis venas. Mi magia te ha revivido. Pero no vuelvas a hacer eso nunca más Zephyran Oakleaf. No podré revivirte más veces hasta que no pase un año.

Y lo abracé con fuerza, sin poder parar de llorar. Sentí como sus brazos se posaban en mis hombros. Consciente de que no había una sensación mejor que esa en el mundo.

Capítulo 59. La Salvadora y el Destructor



Camille

Tsuki nos dejó todo un minuto antes de captar mi atención de nuevo.

—«Tenemos trabajo, salvadora. Súbete a mí».

Asentí y tiré de la mano de Zep, con la banda sonora de los entusiastas «cuacks» incesantes de Cardan.

—Él viene con nosotros. Cubrirá mis espaldas. No pienso dejarle solo acabando de venir de entre los muertos.

—«Tú decides».

Cuando ambos estuvimos sentados sobre el lomo de Tsuki, negro como un manto de estrellas, me tomé unos instantes para pensar. Sentí las manos de Zep sobre mi estómago, agarrándose para evitar la caída. Yo me serví de la fuerza vampírica para poder agarrarme tan solo con las piernas; iba a necesitar las manos. Escaneé el campo de batalla, dándome cuenta de que había demasiados caídos del ejército real. Si los ejércitos de las otras ciudades no llegaban pronto, todos morirían antes de que acabara con mi padre. Kaia, Aerian y Sereen seguían luchando, acompañados de muy pocos soldados.

Me volví hacia el responsable de todo, que me dedicó una amplia sonrisa; sin descuidar esquivar los ataques de Ovraal, Shedyel y Zwarteziel. Continuó sonriendo mientras una corriente de diamantes tocaba su piel; y se consumía, desintegrándose, mejor dicho, integrándose, en el aire. Tenía que curar a mis amigos, derrotar a mi padre y hacer algo con el ejército que iba mermando.

—«Es la hora». —Escuché en mi cabeza. Pero no era Tsuki. Era Forstaerker.

Me volví y lo reconocí. Era el ángel negro que ahora luchaba contra Aerian; camuflándose como un enemigo más, cuando era uno de los nuestros.

Asentí con la cabeza.

—Soy de la resistencia —oí que le decía—. Ha llegado la hora de que dejemos de luchar contra vosotros.

Aerian dejó de pelear contra él y se colocó a su lado con las armas en alto. Enseguida supe que yo no era la única que había escuchado a For en su cabeza; todos los demás miembros de la resistencia lo habían hecho. Junto con For, tres ángeles más comenzaron a luchar al lado de mis amigos. Una pequeña gota de esperanza en el caos. Eran pocos, pero bienvenidos.

Me volví hacia mi padre, que miraba furioso lo que estaba sucediendo. Vi como alzaba la mano hacia el rey, al mismo tiempo que este se giraba. Ov y Shed habían sido rodeados por monstruos y entes oscuros que los habían apartado de Haguddrac. Lo comprendí en la fracción de segundo en la que el poder de destrucción comenzó a viajar hacia él. Derrocar al rey era su objetivo final y le habíamos servido la oportunidad en bandeja. Sus ojos rojos me miraron con la prepotencia de quien sabe que ha ganado la partida. Nadie lo seguiría, ni aunque acabase con el rey del reino de la noche eterna.

Lo observé impotente, consciente de que la única forma de parar eso era apartarlo o interponerse, que alguien se sacrificase por él. «Apartarlo», retumbó en mi cabeza. Y una locura se materializó en mis pensamientos. Mi magia reaccionó; como si ese poder, tan similar al de los dioses, siempre hubiese estado dentro de mí. De alguna manera lo había estado, aunque permanecía oculto. Removí mis células para sacar de ellas el único poder primigenio que podría impedir la muerte del rey.

Cuando el rayo de destrucción estaba a un milisegundo de tocar su pecho detuve el tiempo. Sentí todo el peso del mundo sobre mis hombros; como algo muy difícil de sujetar, aún con toda la fuerza de mi poder.

—«Camille, jugar con el tiempo es peligroso».

—¿Por qué tú no te has detenido como los demás?

Las manos de Zep de pronto estaban demasiado frías contra mi estómago. Igual que las patitas de Sei en mi cabeza.

—«Porque soy un Animal Guardián. Ni nosotros ni la Diosa podemos detenernos con los flujos del tiempo. Escúchame bien: no puedes hacer nada que altere en exceso el curso del mundo; no podrás soportar el peso del mundo detenido durante más de unos minutos. Y lo más importante: no puedes detener el tiempo más de cinco veces al año, o pagarás el precio sin importar el poder que tengas. El tiempo te reclamará a ti por romper el equilibrio del espacio tiempo. ¿Entendido?»

Sentí como el peso aumentaba, como una gran carga cada vez más difícil de sostener, mientras asimilaba las palabras del Kitsune de Oscuridad.

—¿Pero puedo salvar al rey?

—«Una sola vida, que se extinguiría como consecuencia de un ataque que no ha sido evitado a tiempo, no altera los grandes cursos del mundo. No es nada contra esa inmensidad».

Asentí y dejé que mis alas membranosas saliesen a la superficie. Volé contra la fuerza del tiempo hasta alcanzar a Zwarteziel, demasiado asustada por lo que pudiese pasarle. Después lo agarré, sintiendo todo su cuerpo frío como un témpano, y lo bajé al suelo. Por último, lo coloqué en el centro del triángulo que habían formado Kaia, Aerian y Sereen, en un intento por cubrir sus espaldas de las fuerzas enemigas.

Volé hacia Tsuki; pero mi vista se clavó en Haguddrac unos instantes. Sintiendo que el mundo volvería de un momento a otro; la piel empezaba a arderme de sostener los cimientos. Una idea cruzó mi cabeza.

—«Ni se te ocurra. Matar a alguien con el tiempo detenido sí se considera algo que va contra las leyes naturales. Solo el tiempo decide cuando arrancarnos de sus brazos. Si quieres matar a alguien, ha de ser con él fluyendo por tu cuerpo».

—Está bien, lo mataré limpiamente —murmuré, sintiendo que la cabeza me iba a estallar.

Me coloqué rápidamente sobre el lomo de Tsuki. Por último, comprobé que el ataque de mi padre caería sobre suelo libre de aliados y enemigos. Porque, si mataba a alguien, me habría cobrado una muerte con el tiempo detenido. Me guardé las alas, mientras el silencio era sustituido por el ruido del caos de la batalla.

—¿Qué acaba de…? —comenzó Zep confundido.

—He detenido el tiempo y he salvado a tu padre. Está detrás de ti, protegido por nuestros amigos y la reina.

—Gracias Camille —murmuró con sinceridad—. Nunca dejarás de sorprenderme.

—«Puede que ahora sea el momento perfecto para decirte que puedo volar con el poder de la mente. Úsalo como te convenga, salvadora».

Mi padre clavó su mirada cargada de odio en mí.

—Hija mía, me estás dando muchos más problemas de los que nunca hubiese imaginado. Has detenido el tiempo. —Lo supo sin ninguna duda, dotado de la sabiduría de haber vivido tantos años. Y de pronto sus ojos rojos se llenaron de codicia y miró a Tsuki—. Parece que alguien te ha dado un empujón y tu poder está en su máxima capacidad. Te lo diré una última vez, para que luego no digas que no me he preocupado por tus amiguitos: esa panda de ángeles negros traidores que se hace llamar resistencia morirá. —Chasqueó los dedos y miré confundida en todas las direcciones, sin encontrar nada diferente—. Pero tú, hija, tienes el poder de detener esta guerra aquí y ahora. Entrégate, y mi ejército se retirará. Aún con todas las bajas que habéis ocasionado, seguís en una clara desventaja numérica. Por si no te has dado cuenta.

—Creo que antes no lo he dejado lo suficientemente claro. No pienso unirme a ti. Y deja de llamarme hija; porque tú no eres mi padre.

Él comenzó a carcajearse. Como si mis palabras fuesen lo más divertido que hubiese escuchado nunca.

—Lo lamentarás —aseguró, como si fuese una verdad universal.

—Llévame hasta él, Tsuki. No sé cómo. Pero voy a matarlo —susurré.

El Kitsune nos elevó en el aire; su forma de volar casi parecía una serie de saltos ágiles por el cielo. Contuve las ganas de girarme para comprobar que mis amigos y los reyes estuviesen ilesos. Sentí las corrientes de Zephyran pasando a ambos lados de mis brazos. Pero algo me decía que a mi padre no le afectaba ninguno de nuestros poderes.

Saqué las alas, para poder volar si era necesario. Mi padre las observó con una mezcla de admiración y repugnancia.

—Es una lástima que hayas tenido que portar esas sucias alas. Que haya sido necesaria la genética de los vampiros para que tengas una parte de ángel negro como yo.

—Soy una vampira y me da igual tu opinión.

Alcé la mano y mi poder crepitó, como un caldero de fondo infinito cuyas brasas salían fugaces a la superficie. El fuego salió por mis manos y apunté a mi padre, a la vez que la oscuridad de Zep se entremezclaba con mis llamas. Él nos observaba, como si fuese divertidísimo y tuviese todo el tiempo del mundo.

No necesitó moverse de su posición. El fuego y la oscuridad impactaron sobre su cuerpo, sin hacerle ni un solo rasguño. Me estremecí y me enfurecí. Como movida por una fuerza superior, comencé a lanzarle un poder detrás de otro: agua, hielo, plantas, rayos, viento. Pero él seguía en el aire impertérrito, moviendo las alas como si mi poder fuese una brisa de verano.

Y me di cuenta de la cruda realidad. Ningún poder lo afectaba. Podría habernos matado a todos hace mucho tiempo. Podría haber derrocado al rey matándolo en su dormitorio cualquier noche; podía romper las salvaguardas de Palacio. ¿Por qué no lo había hecho? ¿Por qué habíamos llegado hasta aquí?

—«Te equivocas en dos cosas princesa: no es indestructible; y no puede matar al rey, y a todos los que lo rodean, esperando que el mundo le jure lealtad. Te necesita a ti y a tu poder. Y ganar limpiamente con una guerra, para que todos se dobleguen. Él sabía desde el principio que tú eras la aishiteru del príncipe. Tu magia sí que lo haría invencible; y tu rango de princesa, una vez matase a los reyes, le ayudaría a ascender al poder sin ninguna oposición. Porque a él nadie le obedecería, pero a ti sí».

—¿Y tú cómo sabes todo eso? —murmuré, para que el enemigo no nos escuchase—. Los vampiros videntes no contaron tantas cosas.

—«Yo sé muchas cosas. Bueno, a los vampiros videntes les gusta contar verdades a medias y dejar que vosotros descubráis vuestro propio destino».

—¿Y cómo puedo vencerlo si es inmune a todo mi poder?

—«El destructor de células, destructor de poderes, mata todo aquello que el ADN oscuro pueda generar. Su poder de destrucción hace que perezca todo lo que toca.

»Camille Dageraad, salvadora de Dusterkeit, tendrás que abrazar esa parte de ti que te niegas a aceptar para vencerlo. Es lo único que puede salvaros a todos.

»Tu poder de modificar el ADN oscuro te da acceso a una magia infinita e impensable, que te ha permitido luchar como una guerrera. Modificas tu cuerpo a tu antojo. No solo eso, los tres tipos de magia (elemental, superior y primigenia) están en tus manos. Además, hay otros dos poderes primigenios ligados al de modificación del ADN oscuro de forma intrínseca, como algo inamovible; aunque uno de ellos no lo quieras admitir. Son parte de tu ser. Solo tú puedes portar los tres a la vez.

»Princesa de luz, ya has aceptado que el poder de curación, más potente incluso que el de tu madre, puede ayudarte a sanar lo insanable. Puede ayudarte a salvar a tu gente, curando sus heridas más graves.

»Pero la curación, por sí sola, no hará nada contra el destructor de mundos. Ahrienia no pudo vencerlo. Dime, pequeña vampira, ¿qué has recibido que te permita hacer frente al que porta la muerte en sus manos?

Capítulo 60. Amvrila



Kaia

En cuanto la resistencia proclamó ayudarnos nos recolocamos rápido y de forma eficaz. Aerian, la reina y yo formamos un triángulo, cubriendo nuestras espaldas. Forstaerker se había perdido por alguna parte, no estaba muy lejos, formando un cuadrado defensivo con los otros tres ángeles de la resistencia. Los cuatro, y seguramente alguno más que no veía, se habían atado en el brazo un pañuelo azul con el escudo real, en cuanto se habían descubierto y comenzado a ayudarnos; así no habría duda a la hora de matar a un ángel negro del ejército del enemigo.

El problema era su enorme superioridad numérica. Había bajas en ambos bandos, pero nosotros éramos muchos menos. El ejército enemigo parecía no tener fin. Las flores habían comenzado a escasear, lo notaba cada vez que metía las manos en los bolsillos; quedaban pocas. Y en medio de las calles de una ciudad como Noctis, eran escasos los elementos naturales de los que pudiese abastecerme para defenderme. Los cortes de los brazos y las piernas me escocían, y de vez en cuando sangraban; pero no me impedían usar la daga. Las flores habían pasado a ser un recurso valioso, para usar solo en caso de necesidad.

Podía sentir que las horas en la batalla también estaban pasando factura a Aerian; sus tormentas cada vez estaban más espaciadas en el tiempo. Escuchaba el ruido de su espada una y otra vez a mis espaldas; sin poder volverme. Esperaba a que los monstruos se acercasen, para clavarles la daga en cualquier parte vital. Un grito de

la reina hizo que mirase hacia atrás de manera instintiva, durante una fracción de segundo. Sus ojos azules estaban clavados en el cielo frente a mí.

Seguí la dirección de su mirada. Camille y Zephyran estaban montados sobre el Kitsune de Oscuridad en el suelo. En el cielo, a escasos metros, su padre lanzaba un rayo de destrucción que iba a matar al rey. Comprendí que todo el mundo estaba demasiado lejos para poder hacer nada; mi corazón se encogió. Y en el instante siguiente el rey había desaparecido. El rayo de destrucción cayó en el suelo, a escasos metros de donde estábamos luchando. Ahora el enemigo miraba a Camille con un odio crudo poblando sus ojos rojos.

Antes de que pudiese procesar dónde narices estaba Zwarteziel, la exclamación de la reina hizo que me girase. No sin antes incrustar la daga en un monstruo alado que casi me clava los dientes en el hombro, llevándose un trozo de mi trenza azul.

—¡Por los Animales Guardianes!

El rey estaba situado entre nosotros tres. Sin mediar palabra, se colocó junto a su aishiteru, rozando casi el hombro conmigo.

—Camille ha detenido el tiempo —explicó el recién llegado—. Eso me ha salvado la vida.

—¿Qué ha hecho qué? —pregunté sorprendida.

Pero tenía sentido. No había otra explicación lógica para lo que acababa de suceder. A estas alturas todos estábamos enterados de que la vampira salvadora, gracias a su poder de modificación del ADN oscuro, podía adquirir cualquier magia que se le pasase por la mente. Pero sabía que la Diosa le había advertido del precio de usar demasiado poder; y ya había revivido al príncipe y salvado al rey deteniendo el tiempo. Estaba convencida de que el Kitsune Guardián le había dado de nuevo su sangre, a pesar de no haberlo visto.

Mientras pensaba, clavaba la daga una vez, y otra y otra. Era una vampira y no estaba cansada; pero estaba segura de que los ángeles negros debían estar comenzando a sentir los primeros signos de agotamiento. Necesitábamos que Camille matase pronto al enemigo o no aguantaríamos mucho más. Era perfectamente consciente.

Un ente oscuro apareció de pronto entre los monstruos, alzó la mano y una llamarada cruzó el campo, directa a mi pecho. Antes de que pudiese pensar que hacer, un torrente de tierra se interpuso entre el fuego y mi cuerpo. Zwarteziel; respiré aliviada. No podía haber llegado en un mejor momento. Avancé, rompiendo la formación, y aproveché la guerra de poderes para mezclarme entre los monstruos. Gasté alguna flor para que se durmiesen, y le clavé la daga en el pecho.

Un chasquido de dedos muy sonoro, demasiado amplificado para ser nada más que eso, hizo que después de matar unos cuantos monstruos me permitiese mirar al cielo. Cam y Zep estaban en el aire sobre el Animal Guardián. El fuego y la oscuridad salían de ellos hacia el enemigo, que era totalmente inmune a sus ataques. Camille había sacado las alas y parecían estar hablando, puesto que el enemigo movía los labios. Pero no tenía ni idea de lo que estaban diciendo.

Un ángel negro apareció de pronto. Cuando se llevó las manos a los bolsillos y sacó flores iguales a las que yo usaba, supe que estaba luchando contra alguien con mi poder. Me recordé que también tenía fuerza y velocidad vampíricas. Caminé hacia él, esquivando las flores como si pudiesen hacerme algún daño; fingiendo. Mi munición de armas naturales había llegado, y no pensaba desaprovechar la oportunidad.

Varios monstruos trataron de abalanzarse sobre mí en el proceso, pero los esquivé con agilidad. No tardaron en aparecer dos soldados del ejército real que comenzaron a matarlos sin piedad. Tenía fuerza vampírica, pero no la había practicado cada mañana, como yo. Aceleré y lo empujé con todas mis fuerzas, haciendo que trastabillase y cayese al suelo. Mis manos se clavaron en sus muñecas.

Liberé una de sus manos mientras cogía la daga. El ángel sonrió creyéndose victorioso y me lanzó una flor a la cara. Le enseñé todos los dientes en una sonrisa triunfal y mi daga danzó por el aire en un movimiento limpio, directa a su pecho.

—Piénsatelo dos veces antes de atacar a alguien que ha vivido toda su vida con el poder que te han dado.

Comencé a meter las manos en sus bolsillos para cogerle las flores; pero algo me empujó contra el suelo, aplastándome las muñecas y las piernas. Alcé la vista para encontrarme con un fomens. Rugió, y su pútrido aliento alcanzó mi nariz haciendo que contuviese una arcada. No era un fomens, era el cambiaformas que Camille había creado. Sus ojos rojos estaban teñidos por la sed de sangre. Traté de soltarme, pero comprendí que no iba a conseguir librarme fácilmente. La fuerza de un fomens y de un vampiro estaban combinadas en sus venas, haciendo que fuese muy difícil para mí poder escapar de él.

Sus dientes asomaron y sus babas mancharon mi cara. Sentí como, ante el peligro, el corazón comenzó de pronto a latir frenético en mi pecho. Me revolví, tratando de soltarme sin éxito. El cambiaformas fue acercando su cabeza rápidamente. Y comprendí que si no gritaba nadie podría salvarme.

Chillé con todas mis fuerzas, sin poder apartar los ojos de sus colmillos afilados. Vi como se clavaron en mi cuello, y mi vida pasó como un torrente por mi cabeza. ¿Era este mi final?

—¡KAIAAA!

La voz inconfundible de Aerian partió el aire, mezclada con el sonido de un trueno. En el segundo siguiente un rayo iluminó el cielo y el cambiaformas cayó inerte sobre mí. Lo empujé para que no me aplastase y me alcé, sentándome. Comprobé que el cuello me estaba sangrando y apreté con una mano con fuerza, para intentar cortar la hemorragia.

—Kaia —repitió mi aishiteru agachándose.

Observé que su pelo rubio platino estaba revuelto y sus mejillas sonrosadas; como si hubiese alcanzado el límite de su poder con ese último rayo. Sus ojos como el oro líquido se clavaron en mí, mientras su mano viajaba hasta mi cuello para comprobar los daños.

—Creí que te perdía —murmuró. Y por primera vez su tono sonó cansado.

Observé que varios soldados del ejército real habían formado un círculo a nuestro alrededor. Proteger a los heridos era un lema de nuestras tropas que agradecí enormemente.

—Estoy bien. —Eso quería creer—. Gracias por salvarme.

—Déjame ver eso.

Aparté la mano que hasta entonces había estado presionando la herida. Él la observó en silencio.

—Tienes las marcas de sus dientes, pero no ha llegado a rasgar la carótida lo suficiente. Aun así, no dejes de presionar.

Asentí preguntándome cómo iba a luchar así.

—Tenemos que salir de aquí —afirmó.

—¡¿Qué?! No voy a abandonar el campo de batalla —aseguré, cuando entendí el significado de sus palabras.

—No seas cabezota. Tú me obligaste a mí a hacerlo aquella vez.

Recordé la última batalla bajo la grieta, ahora inexistente.

—Quiero ayudar. No huir como una cobarde.

—No puedes luchar así, pequeña amazona. Te matarán. Y no pienso permitirlo.

Un chillido a nuestras espaldas captó nuestra atención.

Me giré, y vi a Amvrila luchando con el rey. Sabía que era el gran arácnido oscuro del enemigo porque Camille nos había hablado de él. Sus grandes patas afiladas delanteras se movían tratando de ensartar al rey, una y otra vez, mientras este lanzaba una corriente de minerales detrás de otra. El arácnido era demasiado ágil; los esquivaba con una facilidad pasmosa, mientras no dejaba de salivar. Comprendí que el padre de Cam había llamado a esa monstruosidad cuando había chasqueado los dedos.

Pero era la reina la que estaba en peligro. Una ángel negro con el poder de crear hielo había encerrado en sendos bloques sus manos y sus piernas contra una fachada en lo alto, donde ninguno de los vampiros podíamos llegar. Su luz parpadeaba, el hielo era la debilidad de las estrellas; no podía hacer nada contra ese poder. Parecía estar tomándose su tiempo para hacerla sufrir, puesto que cada vez más hielo cubría sus brazos. Si nadie hacía algo iba a morir congelada.

El rey seguía enzarzado con el arácnido, tratando de librarse de sus patas sin éxito. Observé aterrada como más de la mitad de los soldados que habían estado protegiéndonos había caído. Sentí que estábamos malditamente perdidos, nuestros números habían

mermado demasiado. La posibilidad de que sobreviviésemos se tornó insegura.

Aerian me alzó entre sus brazos sin pensárselo.

—No huiré como una cobarde mientras todos los demás mueren.

—Hay que saber cuándo retirarse y no permitiré que tu vida termine en esta batalla. Ellos tienen posibilidad de luchar. Tú no.

Observé con las palabras atascadas en la garganta como el rayo de hielo definitivo se dirigía al corazón de la reina. Pero entonces algo sucedió. Un ángel negro se interpuso veloz entre ella y el ataque mortal. Cuando pude verlo mejor, comprobé que era Skumring, que cayó inerte al suelo poco después. Había entregado su vida por la reina. Algo se removió en mi interior; habría deseado que el precio de la supervivencia de Sereen no fuese la muerte de otro. Otro civil dispuesto a luchar caído. Pero estábamos en una guerra, y nuestros destinos estaban limitados por ella.

Una horda de ángeles negros apareció entonces, rodeándola, protegiéndola. Uno de ellos incluso derritió con fuego todo el hielo y la ayudó a salir de allí. Su luz brillaba con fuerza. Verla llena de vitalidad, a pesar de todo, hizo que suspirase aliviada.

Miré a mis espaldas y vi como una multitud de ángeles negros y vampiros se había congregado, ayudando a los pocos soldados del ejército real que quedaban. Y por primera vez tuve esperanza, cuando ya había creído que todo estaba perdido. Los refuerzos de las ciudades que faltaban habían llegado a Noctis para pelear. Nuestro número había aumentado una barbaridad. Más ángeles negros y vampiros, mirase donde mirase.

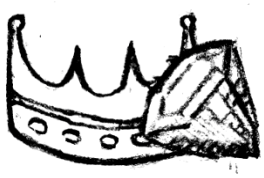
—Ahora que han llegado los refuerzos…, ¿me harás caso y me dejarás llevarte a la sala de sanadores? —Hizo una pausa, como si le costase decir lo que iba a decir a continuación—. Cuando te cures, podremos volver. Y te aviso de que solo me da para lanzar un último rayo para protegernos.

No supe si fueron los refuerzos los que me dieron la paz necesaria para irme, sin pensar que los abandonaba a su suerte. O si fue el miedo de que pudiese pasarle algo a Aerian lo que me hizo decir lo que dije a continuación.

—Está bien, llévame.

Aunque seguramente fue un poco de ambas cosas. Regresaría con el cuello curado y con más flores de mi habitación. Había perdido mi munición con patas en el momento en que el cambiaformas me había atacado.

Capítulo 61. El rey guerrero y el monstruoso arácnido



Zwarteziel

El repugnante arácnido no paraba de esquivar mis corrientes de minerales con una habilidad monstruosa. Casi parecía burlarse, clavando sus penetrantes ojos negros en mí y sonriendo con aquellos dientes afilados, llenos de restos de mi ejército. Lo peor era que comenzaba a sentir los primeros signos del agotamiento. Era perfectamente consciente de que cada vez me rodeaban más cadáveres; muchos ensartados por el repugnante bicho, otros ya habían pasado a su estómago entre desagradables crujidos. La esquivaba una y otra vez, mientras me preguntaba cuál sería su punto débil. Sus afiladas patas no parecían la solución. Todo el que se había acercado terminaba ensartado o dividido en dos; algunos lograban cortarle una pata, pero se regeneraban.

Tenía que alcanzar su abdomen, cada vez lo tenía más claro. Pero tenía demasiadas patas; no éramos suficientes para vigilarlas todas mientras realizaba esa peligrosa maniobra en el aire. Entonces, como si la Diosa hubiese escuchado mis plegarias, un ejército de ángeles negros de las ciudades vecinas comenzó a colarse entre los pocos soldados del ejército real que quedaban entre sus indestructibles infinitos pares de patas. Sin que mediara ninguna orden, se repartieron alrededor del monstruoso arácnido, vigilando cada una de sus patas.

El bicho me miró desafiante con sus insondables ojos negros; yo le devolví el gesto. Me elevé en el aire, agotado, pero batiendo mis

alas con fuerza. Alzó varias de sus peludas patas; pero el sonido del acero de varios soldados cortándolas resonó en el aire. Igual que el de la posterior regeneración. No me permití detenerme en aquellos sonidos de ruptura y regeneración que no paraban de inundar el aire. Me acerqué aún más a su abdomen, alcé el brazo y lancé una corriente de diamantes.

El arácnido chilló; pero no parecía haberle tocado un punto vital, puesto que seguía moviéndose. Seguí lanzando corrientes, una y otra vez, con la canción del acero de los soldados de fondo. Hasta que Amvrila trastabilló y perdió el equilibrio, emitiendo un grito agonizante. Volé veloz para apartarme de su ángulo de caída. Y contemplé satisfecho su cuerpo inerte. Con todas las patas apuntando al cielo.

Capítulo 62. La cara oculta de mi poder



Camille

«Camille Dageraad, salvadora de Dusterkeit, tendrás que abrazar esa parte de ti que te niegas a aceptar para vencerlo, es lo único que puede salvaros a todos», mi cabeza no paraba de repetir las palabras de Tsuki. Mientras lanzaba un torrente infinito de poder contra mi padre, una y otra vez; como si eso pudiese retenerlo. La realidad cayó sobre mí como una losa dispuesta a enterrarme bajo ella, igual que una tumba. Quizás no había querido aceptarlo en todo este tiempo, pero una pequeña parte de mi poder se parecía a mi padre más de lo que me hubiera gustado nunca admitir.

—«No sois iguales. Nunca lo seréis» —habló el Kitsune, tratando de alimentar a la pequeña parte de mí que gritaba que debía hacerlo.

Por un momento había sido bonito creer que sería capaz de derrotarlo tan solo con el abanico de poderes que podía generar modificando mis células una y otra vez; pero eso tan solo me había dado la fuerza necesaria para hacer cosas que de otro modo no hubieran estado a mi alcance. Me había permitido salvar la vida al rey o vencer a entes oscuros, monstruos y ángeles negros. Pero no podría matar a mi padre así. De ninguna de las maneras. Esa era la dura realidad.

Caí en la cuenta de que mi padre no había parado de insistir en que me uniese a él. No solo porque le ayudaría a crear un ejército invencible, sino también porque al ser princesa le pondría a su alcance obtener el poder de reinar que por sí solo no tendría. Ahora

cobraba sentido que quisiesen a Zep vivo durante la emboscada de la Ciudad en Ruinas, mientras que en Finisternis tuve que negociar su inmunidad. Estaba segura de que, de haberme capturado, me habría llevado a la fuerza a la coronación; al igual que pensaba llevarme ante los Animales Guardianes restantes para cerrar la grieta. Estaba todo hilado a la perfección. Era un plan que alguien había maquinado durante muchísimo tiempo, para que encajase como un siniestro puzle. Y esta era la última pieza. Yo era la única que podía matarlo.

—«Camille, tu poder no te define». —El tono comprensivo del príncipe cortó mis pensamientos de golpe.

—«¿Zephyran?¿Me estás escuchando?».

—«He oído todo lo que te ha dicho el Kitsune de Oscuridad. Y también tus pensamientos desde entonces. Estabas tan nerviosa que has abierto la conexión de nuestras mentes, y era como si me estuvieses hablando a mí».

—«Quizás es lo que en el fondo mi corazón necesitaba».

—«No tienes de qué preocuparte» —insistió—. «Todos los aquí presentes sabemos perfectamente quién eres. No importa lo que pueda salir de tus manos, princesa de luz».

Era como si él ya hubiese descifrado por sí solo el rompecabezas.

—«¿Lo sabes?».

Y me permití que sus palabras me calasen: «Tu poder no te define». Era cierto. Y sin embargo…

—«Me lo imagino. Puedo seguir acompañando todos tus ataques, usando mi oscuridad contra él; una y otra vez, hasta que estés preparada. Pero ten en cuenta que cuanto más tiempo pasa, más gente está muriendo. Y que esto no está haciendo absolutamente ningún daño a tu padre».

Clavé la vista en los ojos rojos de Haguddrac. ¿Solo era el poder que tenía que utilizar? ¿O también era que compartía sangre conmigo? Busqué en mi corazón; y supe que eso nunca me había importado. No había hecho nada para ganarse su papel de padre; a pesar de las veces que había tratado de ser agradable conmigo, a su manera. Descubrí que no me importaba lo más mínimo si yo de verdad le preocupaba o tan solo fingía. Mi miedo era parecerme a él.

—Hija mía, ¿cuándo os vais a cansar de atacarme? Estoy perdiendo la paciencia.

Alzó la mano apuntando a alguna parte a nuestras espaldas. Un rayo de destrucción cruzó el aire y golpeó a un ángel negro del ejército real, que cayó sin vida al suelo. El impacto chocó contra las paredes de mi corazón como una advertencia.

—Puedo hacer esto una y otra vez, hija. No importa que los números estén más igualados desde que han llegado los *miliciviles* de las demás ciudades de Dusterkeit a ayudaros. ¿Estás dispuesta a ver cómo mato a los tuyos una y otra vez? El ejército es solo parte del espectáculo.

Supe que no era del todo cierto. Porque sus huestes le permitían tenerme controlada y le ayudaban a eliminar a los míos. Pero también supe que no dudaría en matarlos a todos. No iba a unirme a él. Iba a destruirlo. Miré, solo unos instantes, hacia atrás, y comprobé que lo que decía era cierto. Había multitud de soldados de nuestro bando que antes no estaban allí.

—«Estoy contigo. Estaré contigo hasta el final. Estamos juntos en esto, ¿recuerdas? No importa lo que pase, Camille».

—«Juntos hasta el final» —respondí.

Volví a fijar los ojos en mi padre y le hablé al Guardián.

—Tsuki, llévanos hasta él —le susurré al oído.

No pensaba separarme del príncipe ni del Kitsune por nada del mundo. El Animal obedeció y comenzó a acercarnos. Paré toda la ráfaga de poderes que había estado empleando. Los ojos de mi padre brillaron de anticipación.

—¿Has decidido unirte a mí? —preguntó, cuando tan solo nos separaban escasos metros.

—No. ¡Hoy será el día de tu muerte!

Alcé la mano y escuché la única canción del ADN oscuro a la que nunca había querido prestar atención, salvo cuando la había usado para dar el poder de revivir. La de las cosas perecederas; la de las células que mueren destruyéndose lentamente, convirtiéndose en polvo. Sentí como me llenaba del poder de destrucción, como la oscuridad de la muerte recubría mis venas; hasta que un rayo oscuro, gemelo del de mi propio padre, pasó fugaz en dirección a su pecho.

Me pareció ver un atisbo de pánico en su mirada, rápidamente remplazado por la ira más primitiva. Su mano se alzó y su propio rayo chocó contra el mío; sentí las turbulencias en toda mi piel. Pero me mantuve firme, sintiendo como empujaba una y otra vez el poder de la muerte al exterior. Me mantuve así durante un tiempo que se me hizo eterno, hasta que me di cuenta de que algo pasaba. La destrucción se volvió contra mí y avanzó veloz hasta mi mano, sin que pudiese evitarlo.

Grité por la agonía, sintiendo como las células de mi mano ardían mientras iban perdiendo su propia vida. Tiré de la magia de curación y su paz se superpuso a la oscuridad por unos instantes, llenándola de una luz blanca cegadora, como si tuviera un guante luminoso.

Volví a alzar la mano dispuesta a intentarlo de nuevo; pero durante cinco veces más sucedió lo mismo. Su poder no me mataba, pero destruía mis células. Todos hablamos a la vez durante una pequeña pausa.

—«Por fin puedo entrar en tu mente. Estabas tan concentrada que no me dejabas. No es suficiente lo que estás haciendo. Piensa en lo que te he dicho, salvadora» —pidió Tsuki con calma.

—¿Por qué tu poder no me mata?

—«La primera vez me pilló por sorpresa y no pude interponerme. Las demás descubrí que no te mataría» —confesó Zep.

—¡Mi hija lleva en su vientre al heredero del enemigo! Lo he sentido cuando mi poder te ha tocado —bramó mi padre furioso.

Lo miré con los ojos como platos. Abrí la boca para responder, pero las palabras se me quedaron atascadas. Me giré y Zep y yo nos miramos sorprendidos. Después una sonrisa iluminó nuestras caras.

—¡No lo permitiré! —gritó. Y un rayo de destrucción viajó directo a mi tripa.

Zep alzó una barrera de oscuridad. Al mismo tiempo que yo desplegaba otro rayo de destrucción para contrarrestar al de mi padre, cambiando su objetivo por otra parte de mi cuerpo.

—«No puedes morir bajo su poder; eres la única que no puede, al igual que nosotros los Animales Guardianes. Contigo solo es capaz de emplear más o menos destrucción para que algunas de tus

células mueran; serán más, o menos, según la intensidad que aplique». —Tsuki nos transmitió su calma a todos.

Pero mi cabeza no paraba de dar vueltas a todo lo que había dicho. Mientras seguía lanzando rayos de destrucción a mi padre, una y otra vez.

—Soy más fuerte que tú. No me ganarás con la magia que llevo usando toda la vida, Camille.

Mi nombre en su boca sonó como algo terrible.

Entonces la encontré. Encontré la pista en el discurso de Tsuki: «La curación por sí sola no hará nada contra el destructor de mundos». Eso era. No solo tenía que abrazar la parte de mí poder que odiaba, sino que tenía que combinarla con la que daba vida. Con la que daba luz.

Alcé la mano de nuevo, satisfecha de haber resuelto el enigma. El corazón me latía con fuerza. Pero entonces nos tambaleamos y comenzamos a caer.

—«El mundo me está castigando por haberos revelado demasiado. No puedo volar más. Tienes que darte prisa, o perderás el efecto de mi sangre sobre tu sistema».

El Kitsune dio unos saltos en el aire para tratar de amortiguar nuestra caída. Mi padre nos observaba divertido.

Cuando sus patas tocaron el suelo me volví hacia Zep.

—Quédate aquí abajo y no te muevas por nada en el mundo. Ayuda a Tsuki a que no lo ataquen aprovechando que está débil —posé mi frente sobre la suya.

—Está bien, princesa. —Levantó la cara y depositó un beso sobre mi mejilla—. Danos la victoria y luego pensaremos el nombre de nuestro hijo. Estaré contigo en cada latido de tu corazón.

—Nuestros corazones siempre estarán conectados. Te amo.

—«Y yo te amo a ti, ahora y siempre».

Me alcé en el aire, batiendo las alas membranosas con fuerza. Noté un tirón de pelo; Seika se había agarrado más fuerte. El enemigo no dejó de lanzar un rayo de destrucción tras otro, que esquivé con facilidad. Hasta que uno me golpeó el ala y me hizo perder el rumbo y dar varias vueltas.

Cuando conseguí mantenerme, vi como un nuevo rayo iba directo a mi cabeza y volé hacia abajo para esquivarlo. Seguí volando veloz hacia arriba, sintiendo como la mezcla de poder que suponía la destrucción y la curación recorría mis venas. No era una mezcla, lo era todo. La modificación del ADN llevaba implícita la destrucción y la curación, era un escalón de poder más alto que ambos. Las dos magias de mis progenitores estaban contenidas en la de modificación genética. Fusionadas podían revivir; los dominios de la muerte entraban en los de la curación para explicarle cómo salir de ella. Pero entremezcladas y tan solo tocándose, podían matar. El contacto con el poder de la vida hacía a la muerte más poderosa. La oscuridad y la luz viajaban por todas y cada una de mis células.
Mientras me acercaba a mi padre lo suficiente, lancé un rayo de destrucción para distraerlo. Sus ojos rojos estaban clavados en los míos, pero no me impactaban lo suficiente como para que perdiese de vista sus manos. Con una me devolvió el ataque y comenzó a mover también la otra. Lo imité y dejé que la destrucción saliese por las dos mías, peleando con la suya. Noté como, poco a poco, él iba ganando terreno, como cada vez estaba más cerca de mis manos; hasta que dejé que toda la luz que había estado conteniendo viese el exterior. Primero salió por mis brazos, envolviendo todas las volutas de oscuridad que me habían pertenecido; a mí y también a mi padre. Fue tan fulminante que, en menos de un segundo, Haguddrac comenzó a gritar mientras mi poder de modificación recorría sus brazos; blanco y negro, aunque lleno de matices grises.

Se apartó. Como quien se quema cuando el fuego le ha dado demasiado cerca, y lanzó un rayo de destrucción. Me di cuenta demasiado tarde de que no era un ataque mal dirigido contra mí; no había fallado como consecuencia del daño que le había causado. En el momento en el que me giré, vi como su ataque viajaba veloz a donde estaba mi aishiteru. La muerte viajaba tan rápido que era irremediable. No llegaría a tiempo de interponerme.

Me preparé para detener el tiempo e impedir su muerte. Pero todo el poder que me estaba llenando las venas hizo que mi magia

se ralentizase, y antes de que pudiese sentir siquiera que el tiempo estaba en mis manos, el rayo alcanzó a alguien allí abajo.

No era Zephyran, lo comprendí rápidamente. Kurai se había interpuesto entre la muerte y el príncipe, entregando su vida sin dudarlo ni un segundo. Mi corazón se saltó un latido.

Escuché a mi padre reírse. Sentí como la rabia bullía dentro de mí. Primitiva y antigua. Era yo y no era yo. Mi poder me pertenecía a mí y a la vez al equilibrio de este mundo. Aquel que Haguddrac había profanado. Me acerqué a él todo lo que pude y le agarré las muñecas con fuerza.

—Vas a pagar por todo lo que has hecho. Espero que no encuentres la paz al otro lado. ¡Nunca serás mi padre! —rugí.

Su poder comenzó a salir rebelándose, pero mi magia lo silenció. El poder de todas las magias pensé. Y estallé.

—Nunca… tuve… elección —balbuceó.

Multitud de rayos blancos, negros y grises habían salido despedidos desde mi cuerpo hasta el suyo. Podía sentir como mi magia reclamaba la muerte de todas y cada una de sus células. Sus palabras me revolvieron algo por dentro; pero no me detuve. No me permití pensar.

—Todos la tenemos.

—Eres… igual que… tu madre. —Escupió sangre.

Sentí el momento exacto en el que su corazón dejó de latir. Mi magia estaba tan metida dentro de él que era imposible no notarlo. Ambos caímos al suelo. Él muerto y yo agotada. Mis manos se despegaron de él, haciendo que nos separásemos en el aire.

Noté como unas manos fuertes me cogían a medio camino. Y vi como el cuerpo sin vida de mi padre caía al suelo.

—Te tengo —murmuró Zephyran contra mi oído—. Lo has conseguido. Nos has salvado.

Me depositó con cuidado en el terreno. Me permití mirar a mi alrededor unos instantes. Vi multitud de cadáveres de todo tipo; el precio de una guerra. Pero también vi como los pocos miembros que quedaban del ejército enemigo comenzaban a huir como cobardes, ahora que habían perdido a su rey. Nuestros soldados los

perseguían, matando a los que se resistían y encadenando a los que no, para que pasasen a los calabozos a la espera de un juicio.

Mi corazón latía con demasiada fuerza, buscando entre la gente a mis amigos y a los reyes. Tardamos una media hora en encontrarlos a todos. Ovraal estaba tan débil que tuve que hacer un último esfuerzo con mi magia para devolverle toda su vitalidad.

—Gracias pelo gris. Nos has salvado a todos —musitó con una sonrisa—. Un poco más y no llego a mi siguiente cumpleaños.

—Lo hemos hecho todos juntos —le recordé. Aún sin asimilar que todo había acabado para siempre.

Shedyel tenía heridas de las que podían encargarse los sanadores de Palacio, según me aseguró Ov. No me cabía duda de que él lo había protegido y se había llevado la peor parte. Cardan se encontraba con ellos. Sentí que Seika seguía en mi cabeza ileso; había permanecido ahí quieto, vigilante y confiando en mí todo ese tiempo. Sus pequeños poderes nada habrían podido hacer contra un adversario tan poderoso.

Después aparecieron los reyes, avisando de que Kaia y Aerian habían abandonado el campo de batalla y que ellos también irían a la sala de sanadores a curar sus heridas. Todos eran conscientes de que mi poder había llegado a su límite y la sangre del Kitsune ya se había diluido en mis venas con el último esfuerzo de matar al enemigo.

Observé el cuerpo inerte de Amvrila boca arriba, con todas las patas tiesas apuntando al cielo. Cuando el caos de los enemigos supervivientes desapareció, todos empezaron a corear mi nombre.

—¡Larga vida a la princesa de luz y salvadora de Dusterkeit, Camille Dageraad!

Me llevé las manos al vientre por instinto. La reina me dedicó una mirada cómplice, como si lo supiese todo.

Un destello se coló entre los reyes y en su lugar apareció Kaia, y después Aerian.

—¿Me he perdido lo mejor?

—Te lo contaremos —le aseguró Zephyran.

Se hablaría durante semanas de ello. Tantas que Kaia se sentiría como si lo hubiese vivido en sus propias carnes.

De pronto, todo el mundo comenzó a soltar exclamaciones de sorpresa y a mirar al cielo. Lo que hizo que siguiese la dirección de sus miradas. Una gran bola de luz, que me parecería Helios de no ser por cómo se movía veloz hacia nosotros, destellaba haciendo que pareciese de día bajo su paso. La Luna a su lado ni siquiera le hacía sombra. Cayó al suelo, a escasos centímetros de mí, y se materializó con el cuerpo de una mujer, una diosa. Heleia.

Se hizo un silencio sepulcral cuando sus pies tocaron el suelo. Llevaba el mismo vestido blanco y vaporoso que le había visto portar en mi mente cuando estaba recluida en el Castillo Finisternis. Sus ojos violetas de destellos iridiscentes estaban clavados en mí. Caminó con lentitud, sin perder la gracia divina. Sus alas negras asomaban a su espalda, al igual que sus colmillos sobre sus labios rojos. Lo único que se movía era su pelo rubio platino, plagado de flores de una infinidad de tipos.

—Camille Dageraad, princesa de Dusterkeit —su voz dulce flotaba en el aire—. Has luchado con valentía, salvando la tierra que un día creé de la mayor amenaza que la ha asolado en milenios. Es por eso que se me permite bajar al mundo en mi forma carnal para poder concederte un único deseo. Uno que no altere los flujos del mundo con mi intervención. ¿Qué es lo que más anhelas?

No dejé de mirarla mientras mi cabeza viajaba a toda velocidad. Era feliz y lo tenía todo, pero había una única cosa que me faltaba. Una que quizás solo ella podría hacer por mí. Aunque…

—Ella lleva muerta mucho tiempo, no hay nada que pueda hacer por ella —aclaró interrumpiendo mis pensamientos. Los había leído —. Cumple tu otro deseo, eso sí puedo hacerlo.

—Quiero que mis padres vivan en Noctis con nosotros — verbalicé, por si había alguna posibilidad de que me malinterpretase.

—Tu deseo será concedido, princesa de luz. Te espero dentro de siete días, al caer la luna, en la Plaza Mitosis de la Isla Génesis y te hablaré de los términos que ha de cumplir tu petición.

—Gracias —murmuré, sintiendo como las lágrimas encharcaban mis ojos.

La Diosa asintió lentamente con la cabeza y, sin decir nada más, desapareció. Quedando en su lugar un miniastro de luz cegadora,

que no tardó en extinguirse.

Zep me miró sonriente, sabiendo lo que aquello significaba para mí. Me giré de tal forma que quedamos cara a cara. Nos sonreímos, pasando la mirada de nuestros corazones a mi vientre. Él acortó la distancia que nos separaba y yo lo abracé con fuerza, siendo consciente del peso de la vida que estaba entre nosotros.

Sentí sus dedos en mi barbilla. Alzó mi cabeza y lo besé, como si nada más importase. Él me devolvió el gesto posando una de sus manos en mi cuello. Me permití perderme en la conexión frenética de nuestros corazones. Nos separamos y busqué a mis amigos.

Noté una mano a mis espaldas y me giré para encontrarme con Ovraal.

—Pelo gris.

No estaba solo. Kaia, Aerian, Shedyel y los reyes se acercaron. Nos fundimos en un abrazo conjunto de celebración. Sentí las patitas de Sei apretando con fuerza sobre mi cabeza y el ala de Cardan a mi derecha. Noté como las colas de Tsuki nos envolvían con delicadeza.

—Todos juntos lo hemos conseguido —murmuré.

Ovraal alzó el puño en el aire y gritó victorioso. El resto se fueron sumando uno a uno, hasta que todos los supervivientes terminaron gritando al cielo.

—¡La paz ha vuelto a Dusterkeit!

Epílogo 1. Lo que sucedió después



Zephyran

Si queréis saber cómo terminó el largo día de la batalla final, os lo contaré.
El júbilo por la victoria duró poco. El silencio llenó cada calle de Noctis y fue el momento de llorar a los que habían perdido la vida en la batalla. Kurai y Skumring eran tan solo una pequeñísima parte de toda la gente perdida a la que le había cogido aprecio y cariño; la que ya no nos acompañaría en el resto de nuestros días. Pero solo podíamos estarles eternamente agradecidos por su sacrificio; ellos habían luchado con valentía hasta el final. Los vivos éramos los que habíamos tenido la suerte de sobrevivir y los que tendríamos que escribir los libros de historia. Todos recibieron un entierro digno, y esa noche se les rindieron honores en el Palacio de las Tinieblas. Al día siguiente se celebró el solemne entierro de todos los caídos de la ciudad de Noctis. El resto fue trasladado a sus lugares de origen para rendirles el debido homenaje. Todo el país guardó dos semanas de luto.

Pero la vida seguía. Así que tuve que nombrar a Aerian mi nuevo segundo al mando. El vacío de Kurai aún me pesaba, pero debíamos seguir adelante. Los heridos poco a poco fueron recuperándose, y todo fue retornando a la normalidad. En cuanto a Wailys, la pequeña anátida negra y amarilla de Skumring, fue escoltada hasta Palacio en los días sucesivos por un pelotón de mis soldados junto a Cardan. Skumring había dejado un cuidador a su mascota, pero se

encontraba terriblemente sola sin él. Cuando llegó al estanque de las anátidas, pudo encontrar la felicidad de nuevo junto a ellas. Aunque hay quienes dicen que, con frecuencia, se le ve con la mirada triste y perdida en el cielo, pensando en su dueño al que siempre su corazón le será leal.

No me olvidé de los ángeles negros de Dusternis. La ciudad renació con el paso de los meses. Mis padres y yo nos encargamos de que tuviesen todo lo que necesitaban para resurgir de sus cenizas. Y nos ocupamos de que no quedase ni un solo monstruo o ente oscuro acechando la ciudad; ni siquiera en el Castillo Finisternis, que reconvertimos en museo y biblioteca. Aunque, desde que el enemigo murió, la mayoría de sus seguidores que no habíamos capturado desapareció de nuestra vista, huyendo como cobardes.

En cuanto a Freya y Erik, los padres de Camille. Yo mismo la acompañé el día indicado por la Diosa a la Isla Genesis, cuyo cielo azul verdoso era tan especial que, con tan solo mirarlo, la calma invadía tu sistema. Ella nos teletransportó directamente a la plaza Mitosis. Sendas esculturas, representando las fases del proceso que le daba nombre, ocupaban cuatro puntos equidistantes de su circunferencia. Y allí, junto a la fuente central, estaba la Diosa sentada. Esperándonos.

Nos explicó que solo en la Isla Génesis y solo de su propia mano, podían pasar humanos desde la Tierra hasta Dusterkeit. Aunque únicamente en situaciones excepcionales, como esta; no importaba que la conexión entre ambos mundos no estuviese abierta por las auroras boreales. El paso desde la Isla Genesis impedía la pérdida de recuerdos, que en el caso de los humanos era al revés: ellos los perdían al viajar de la Tierra a Dusterkeit, nosotros al pasar de Dusterkeit a la Tierra; tal y como le sucedió a Camille en un tiempo que ya parecía muy lejano.

Sin embargo, había un precio ineludible. Los humanos no podían habitar en Dusterkeit; de intentarlo morirían. El equilibrio exigía su pago. Tras pasar a nuestro mundo, para poder quedarse, debían convertirse inmediatamente en vampiros. Y sí, Camille tenía que morderlos en el cuello para transformarlos. Si ellos aceptaban, ya no

habría marcha atrás; tendrían que permanecer en Dusterkeit con nosotros.

Camille temió que ellos prefiriesen quedarse en Noruega, pero yo lo supe: la elegirían a ella. En cuanto llegaron y sus ojos encharcados de lágrimas se detuvieron en su hija, lo tuve todavía más claro. Aceptaron el precio felices. Más aún cuando conocieron Noctis y les di una habitación, cercana a la de nuestros amigos, en el Palacio de las Tinieblas. Los reyes se mostraron encantados de alojarlos y en seguida congeniaron con ellos. Algo más les costó adaptarse a su nueva dieta. Camille pasó mucho tiempo enseñándoles a controlar la sed de sangre. Porque un vampiro recién convertido era igual que uno que hubiera pasado mucho tiempo sin beber sangre.

Por cierto, Ovraal y Shedyel terminaron quedándose en su habitación de Palacio. Decían que así tendrían dos casas y usarían una u otra según les apeteciese estar rodeados de gente o apartados a su aire.

Y sí, tal y como se habló, hubo una fiesta estratosférica en el gran salón de Palacio. Tuvo lugar al concluir el periodo de luto, dos semanas después de la batalla final. Todo el mundo necesitaba reponerse antes de sacar sus mejores galas. No faltó un homenaje en el que todo el que quiso se subió al escenario y le dedicó unas palabras a una o varias de las víctimas de la guerra. Bailamos, reímos y comimos hasta que se puso la luna y llegó el antelunio.

Unos meses más tarde, cumplí mi promesa y pinté un mural en una pequeña parte de la pared de la planta baja de Palacio, bajo la atenta mirada de Camille. Nos inmortalicé a nosotros dos, mirando por el ventanal hacia el jardín. Mis alas a ambos lados de su cuerpo, como si fuesen suyas. La luna cubriendo nuestras cabezas. Ninguno de los dos olvidaría nunca aquel día en el que le enseñé Palacio por primera vez, y que ahora parecía tan lejano. En lo sucesivo, todo el que pasase vería como nuestros cuerpos formaban un mismo ser bajo la luz de las estrellas; incluso cuando nosotros estábamos perdidos, descifrando el mensaje que nuestros corazones aún estaban escribiendo.

Después de eso la cogí de la mano y la llevé hasta mi sala de pintura. En todo ese tiempo había podido plasmar todas y cada una

de las escenas de nuestra vida que me habían marcado; aparte de las que ya le había enseñado, desde que nos conocimos hasta ese preciso instante. Ella mirando a las estrellas desde el balcón de nuestra habitación. Ella en la Gran Llanura de Flores Eternas de múltiples colores, cuando se giró y me miró con una amplia sonrisa; su pelo destacando sobre el cielo azul y morado y las flores de múltiples colores. La pinté y nos pinté en tantas escenas que perdí la cuenta.

Cuando se giró tras contemplar el último cuadro, se llevó una gran sorpresa al encontrarme arrodillado en el suelo con una pequeña caja de terciopelo azul. Ella se llevó las manos a la boca, impresionada.

—Camille Dageraad, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí —contestó con las lágrimas asomando—. Sí que quiero.

Me alcé para limpiárselas y ella me dio un abrazo, que terminó con nosotros perdidos entre los cuadros.

Y no, no había anillos en la caja como luego me contaría ella que dictaba la tradición humana. La de aquí era entregar algo que representase un momento importante vivido. La bola transparente en la que parecían moverse los aéteres, con sus melodiosas canciones y su infinidad de colores, rodó por la habitación; hasta que nos dimos cuenta de que la habíamos tirado de la mesa sin querer. Camille la colocó entre nuestras caras y sonrió.

—Creo que me he quedado sin deseos para formular —musitó.

—A mí todavía me queda uno —sonreí divertido.

—¿Cuál?

—Vivir una vida eterna a vuestro lado —posé la mano en su tripa.

—Ese es un deseo por cumplir, no uno que no vaya a tener lugar —me dio un golpecito en el hombro, divertida.

—Bueno, nada me impide formularlos y nada dice que no puedan ser cosas que estén destinadas a suceder. —Cogí la bola y la dejé en la mesa con cuidado—. ¿Cómo lo vamos a llamar?

—¿Lo?

—Ovraal dice que será un híbrido.

—¿Y él como sabe que no será híbrida?

—Es brujo.

—Blaze Oakleaf, entonces.

Epílogo 2. La Gran Boda



Camille

Cuatro años después.

Esperamos a que pasasen más de tres años para celebrar nuestra boda. Ese fue el tiempo de estar en ninguna parte de Ahrienia; el precio que tuvo que pagar para ayudarme en la batalla final. Queríamos que, allá donde estuviese, tuviese la oportunidad de presenciarla.

Durante ese tiempo Blaze creció en el Palacio de las Tinieblas, arropado por toda la gente que lo quería; que no eran pocos, teniendo en cuenta a nuestros padres y amigos. Sus ojos hechizaban con su luminoso azul verdoso, aunque tenían motitas de zafiro, recordando a los de su padre; pero el pelo sí que era del mismo gris que el mío. Los habitantes de Palacio se acostumbraron a verlo gatear, y luego andar, por los pasillos con una expresión risueña. Siempre acompañado de alguno de nosotros. Por cierto, su padre también lo añadió al mural, junto a nuestro retrato. Dijo que quería inmortalizar su cara de felicidad.

Era un híbrido, sacaba sus alas membranosas y sus colmillos cuando le apetecía. Al principio había que controlar que no le diese por planear en algún lugar no seguro o que intentase morder a alguien. Porque sí, como dijo Ovraal, somos vampiros civilizados y no mordemos a las personas; pero los bebés tenían que aprenderlo, familiarizarse con todos los entresijos de este mundo mágico. Y hablando de magia, parecía que había heredado el poder de su

abuela materna. Cuando cumplió los tres años comenzó a curarse por sí solo todos los rasguños que se hacía. Aquello me hizo sonreír.

Fijamos la Gran Boda para la noche del solsticio de invierno, cuando los campos se llenan de nieve y las flores más fuertes florecen en la adversidad; y eso éramos nosotros de alguna manera. Todo el mundo guardó silencio y las exclamaciones de sorpresa se sucedieron cuando aparecí en la sala de ceremonias. Miré por el ventanal, estaba nevando y los copos se entremezclaban con las estrellas. Escuché la música ceremonial que transmitía paz y sosiego; el instrumento principal era el arpa.

Mi padre sostenía mi mano, con una sonrisa de orgullo y los colmillos asomando. La Luna iluminaba mis pasos. Llevaba un vestido tan bonito que nunca me habría atrevido a soñar con algo así; con él Kaia había superado al del baile de la coronación. Siguiendo lo que ya comenzaba a ser costumbre, representaba mi poder en la tela. Por cierto, ya había alcanzado su máxima evolución en estos años; lo sentía bullir con fuerza dentro de mí.

La tela del vestido era negra y blanca, con finas hebras de ADN que cubrían el vuelo de la falda. Los colores se entremezclaban, dando grises que brillaban. Cuando la luz incidía directamente sobre ellos, los ADN adquirían una infinidad de colores diferentes, representando todo mi abanico de poderes. El corpiño tenía dos finos tirantes de plata y un escote corazón bordeado por una infinidad de flores de encaje. Algunas luciérnagas se me habían posado en la falda y en los brazos en señal de respeto, haciendo que todo pareciese aún más mágico.

Mi cabeza estaba coronaba por una tiara llena de piedritas grises brillantes: piedras de luna; sujetaba mi pelo suelto que se agitaba con mis pasos. Algunas flores se aferraban a mis mechones. También llevaba puesta la pulsera y el anillo que él me había regalado, y que no me había quitado desde entonces. Como detalle final, bajo el vuelo del vestido llevaba la daga de Ahrienia, atada al muslo con una cinta. No podía dejarla en mi habitación; porque era como si ella también estuviese aquí, guiando mis pasos.

Miré al público, localizando en primera fila a Kaia, Aerian, Shedyel, Ovraal, mi madre y los reyes. Cuando llegué a su altura me fijé en Seika, muy atento en las manos de Kaia, y en Cardan y Wailys, a sus pies. Blaze agarrado a las manos de Freya y Sereen al mismo tiempo. Pero lo que más me sorprendió fue ver allí, justo encima de Blaze, al fantasma de Ahrienia mezclado con ellos, con la misma sonrisa que Erik.

—«Acompañaré tus pasos solo un ratito. Después dejaré de ser visible; pero permaneceré aquí y en tu corazón. No lo olvides».

Contuve las lágrimas y me volví hacia el hombre de mi vida, cuya presencia eclipsó todo. Sentí el ligero apretón que me dio mi padre en la mano, infundiéndome ánimos. Él llevaba un traje que representaba a la oscuridad, como en el día de la coronación; pero tenía un aire más imponente, más poderoso. Me sonrió y le sonreí, dejando a mi padre al pie de los escalones. Subí poco a poco, con cuidado de no pisar la tela. Cuando llegué arriba nos miramos y, siguiendo la tradición, dejé que la luz de la curación cubriese mi cuerpo, sintiéndome como una pequeña estrella. Él hizo que su oscuridad lo rodease. Alzó el brazo, con el tatuaje del ADN cubierto por sus corrientes, y yo lo imité. Nuestras manos se tocaron y se sujetaron con delicadeza, mientras nuestros poderes viajaban de uno a otro. Aceptándose como un solo ser.

Cuando paramos no dejamos de mirarnos, detenidos cara a cara uno frente al otro; como si el tiempo se hubiese pausado para nosotros. La música cambió a una más solemne que hablaba de sueños imposibles que un día se cumplen. Tuvieron que ser las palabras de Fraxtanus, a nuestras espaldas, las que nos sacaran del trance. El ángel negro había sido el elegido para oficiar la ceremonia. Sus ojos verde lima se encontraron con los nuestros al mismo tiempo. Oreas, su pequeño pájaro negro y añil, no dejaba de batir sus alas, incansable a su lado.

—Hoy estamos todos aquí reunidos, aprovechando el solsticio de invierno y sus nevadas, para celebrar un paso más en la unión de los príncipes de Dusterkeit, que ya se reconocieron como aishiterus hace tanto tiempo.

Los ojos de Zep brillaron con intensidad.

—Y sin más dilación, con la Luna por testigo en este Reino de la Noche Eterna, procedo a leer los votos.

»Zephyran Oakleaf, portador del poder de la oscuridad y príncipe de Dusterkeit, ¿juras aquí y ahora, bajo la luz de las estrellas, amar y proteger a tu aishiteru, en la felicidad y en la adversidad, hasta que no seáis más que polvo estelar? ¿E incluso entonces, que el recuerdo de tu corazón latiente no deje de buscarla en los confines infinitos del universo?

—Lo juro y le entrego mis latidos. —Su mano tatuada se elevó hacia la mía; la oscuridad bullendo por su piel.

Frax se volvió hacia mí.

—Camille Dageraad, portadora del poder de modificación del ADN oscuro y princesa de Dusterkeit, ¿juras aquí y ahora, bajo la luz de las estrellas, amar y proteger a tu aishiteru, en la felicidad y en la adversidad, hasta que no seáis más que polvo estelar? ¿E incluso entonces, que el recuerdo de tu corazón latiente no deje de buscarlo en los confines infinitos del universo?

—Lo juro y le entrego mis latidos. —Alcé mi mano tatuada, rutilante con el brillo blanco de la curación, hasta enlazarla con la suya.

Mi poder cubrió su cuerpo en señal de protección. Sentí las caricias de su oscuridad por el mío.

Kaia se levantó y cogió de la mano a Blaze, que ahora llevaba una cajita decorada con constelaciones. La atención de toda la sala estaba puesta en ellos mientras caminaban hacia nosotros, escalón a escalón. Hasta que nuestro hijo se detuvo justo a nuestro lado, mirándonos. Soltando a mi mejor amiga, abrió la cajita con cuidado y exclamó por la sorpresa. Lo que no le impidió alzar sus manitas con la caja. Kaia lo cogió en brazos, para que su cara estuviese a la altura de las nuestras.

Los cuatro sonreímos mientras Zep y yo tomábamos cada uno una alianza. Observé la que tenía en la mano; era idéntica a la de Zephyran. Estaban hechas con auténtico polvo de estrellas plateado y las constelaciones esmaltadas en tonos dorados recorrían toda su circunferencia. En la parte de atrás estaban grabados nuestros nombres.

Ellos regresaron a su asiento y Fraxtanus siguió hablando.

—Como obsequio para recordar este día hasta el fin de los tiempos y que viaje con vosotros, podéis colocaros las alianzas. ¡Qué los Animales Guardianes guíen vuestros pasos en los momentos oscuros, y qué la luz de Heleia os ayude a avanzar!

Zephyran deslizó el anillo por mi dedo corazón, el que representaba lo que unía a los aishiterus, lo que nos unía. Allí quedo, para siempre hasta el final de los tiempos, acompañando al otro con el zafiro que un día me colocó cuando acepté ser coronada. Lo imité, sin dejar de mirarlo ni por un segundo. Ambos alzamos las manos y nuestras palmas se tocaron a la altura de nuestras caras. La fuerza de nuestras magias seguía presente.

—¡En nombre de la naturaleza, de la luna y las estrellas, de las flores y las montañas, yo os declaro marido y mujer! Aishiterus eternos.

Zep y yo acortamos la distancia que nos separaba y, bajo los aplausos incesantes del público, con la luna llena por testigo, nos besamos. Cogí su rostro entre mis manos y supe que, pasase lo que pasase, nada podría detenernos. Juntos éramos más fuertes. Juntos éramos invencibles.

Valladolid, 28 de diciembre de 2024

Agradecimientos

Mientras escribía esta historia he sentido todo tipo de emociones al lado de sus personajes, ha sido como vivirlo con ellos hasta llegar al esperado final. Me da pena despedirme de ellos, pero siempre serán eternos en estas páginas. Ha costado llegar a esta versión final, puesto que compaginar la escritura con el doctorado en el laboratorio no es fácil, y requiere de mucho esfuerzo. Pero como digo siempre, merece la pena con creces. Por dedicarme a las dos cosas con las que desde muy pequeña soñé.

Quiero dar las gracias a mi familia por estar siempre ahí para apoyarme. A mi abuelo, Julio David, por su inestimable ayuda con todo el tiempo que ha invertido en la maquetación, corrección y en la preciosa digitalización del mapa de Dusterkeit. A mi abuela, Puri, por leer todas mis historias, incluso aunque los nombres en esta bilogía fuesen algo complicados de recordar. A mis padres, Raquel y Jose, por apoyarme desde el principio en la decisión de escribir y por acompañarme en esta bilogía. A mi hermano, Raúl, que me preguntaba cuando saldría la segunda parte y yo deseaba saber la fecha tanto como él. ¡Ahora espero tu opinión! A mi pareja y aishiteru particular, Raúl, que lee todos mis libros en su propio ejemplar y los tenemos duplicados en las estanterías. Muchas gracias por todo tu apoyo, te amo tanto como Cam a Zep. Gracias por soportar todo el tiempo que he pasado encerrada con esta historia sin poder hacer nada más, por todas las sonrisas que me has sacado en el proceso y por hacerme los preciosos dibujos que aparecen al inicio de capítulo y en el pie de página, dejando con ellos un trocito inmortal de ti en el libro.

A Marvel y Duna, el alocado cuya energía no conoce fin y la cariñosa que me sigue cada vez que me ve. Ahora todos sabéis que los Perros Guardianes están basados en ellos. Estos peludos tenían que tener su propio papel legendario en mis historias. A Cardan, mi emplumado y divertido amigo inseparable. Él es el pequeño, o no tan pequeño, pato (anátida oscura) con pompón en el que se basa el compañero del príncipe. También inmortalizado en el papel.

Gracias también a mis amigos, con especial mención a Raquel, Sandra y Rocío. Y a mi prima Johanna. Vuestro apoyo significa mucho para mí. Me dirijo ahora a ti, Sandra: espero que esta historia llena de animales con la que te he tenido intrigada, nos dé para una larga charla telefónica. Si hace falta con un té menos sangriento que el de Ovraal, como si fuésemos Kaia y Cam. Creo que ya sabemos de sobra quien le pega a cada una.

Quiero agradecerle a Lorena (@alsaces_art) la ilustración de la portada, porque lo que ella hace es arte. Y, aunque todas sus portadas me encantan, esta es mi favorita sin ninguna duda. No puede ser más mágica y preciosa.

Y, por último, pero no menos importante, muchas gracias a todos mis lectores. Me encanta cuando venís a contarme lo que os ha parecido lo que habéis leído. Con esta bilogía he disfrutado mucho de vuestros mensajes y espero que este final esté a la altura de vuestras expectativas. Espero de corazón que os haya gustado esta historia y que también os cueste decir adiós, porque significará que he cumplido mi objetivo.

ÍNDICE:

Prólogo. El legado de Ahrienia 9

Capítulo 1. Una desagradable sorpresa; que igual no era tan sorprendente 17

Capítulo 2. Una parte de mí 24

Capítulo 3. Las pinturas del príncipe 30

Capítulo 4. Antelunio de estrellas fugaces 50

Capítulo 5. El inicio de nuestros viajes 59

Capítulo 6. Bosque Sterneskudd 71

Capítulo 7. El Templo del Amanecer 80

Capítulo 8. Una valiosa pista inevitable 99

Capítulo 9. Mientras tanto en la ciudad de Noctis 104

Capítulo 10. ¿Migraña vampírica? 113

Capítulo 11. Infinitos 129

Capítulo 12. Templo del Mediodía 139

Capítulo 13. Lago Laukang 149

Capítulo 14. Decisiones 160

Capítulo 15. Madre naturaleza vampira y sus límites 172

Capítulo 16. El ángel negro 178

Capítulo 17. Venganza 185

Capítulo 18. El Jardín Abandonado 192

Capítulo 19. El Templo del Crepúsculo 213

Capítulo 20. Sidoia 232

Capítulo 21. Tatuajes mágicos 243

Capítulo 22. El ADN y la oscuridad 250

Capítulo 23. Aikerns 259

Capítulo 24. Reencuentro 269

Capítulo 25. Futura princesa 285

Capítulo 26. Princesa de luz 290

Capítulo 27. La coronación 295

Capítulo 28. El destructor del equilibrio 317

Capítulo 29. Pánico 320

Capítulo 30. Operación de rescate 331

Capítulo 31. Bosque Espejismo 337

Capítulo 32. Señales del corazón 340

Capítulo 33. Mi padre 346

Capítulo 34. El monte Karanlik 361

Capítulo 35. Lo que los «bebés» durmientes no saben 368

Capítulo 36. Soy la perdición del pueblo 371

Capítulo 37. Los misterios de Somberheid 381

Capítulo 38. La modificadora del ADN oscuro 387

Capítulo 39. La Diosa 399

Capítulo 40. Caos de oscuridad 403

Capítulo 41. Dusternis 413

Capítulo 42. Vibración de aishiterus 420

Capítulo 43. Los Kitsunes Guardianes 441

Capítulo 44. Hogar, dulce hogar 452

Capítulo 45. El secreto de Seika 479

Capítulo 46. Furia 484

Capítulo 47. La indignación de Cardan y los hoshizora 487

Capítulo 48. Rumbo a Kairu 496

Capítulo 49. La ciudad costera 501

Capítulo 50. El último templo 510

Capítulo 51. Bajo las aguas del Mar Inférnico 519

Capítulo 52. La grieta 538

Capítulo 53. Jack 543

Capítulo 54. Asustando a Kaia 553

Capítulo 55. La última cena. El olor de la batalla inminente 561

Capítulo 56. La batalla final y el poder de las estrellas 569

Capítulo 57. Luchar junto al poderoso brujo vampiro 583

Capítulo 58. El abismo de mi poder 592

Capítulo 59. La Salvadora y el Destructor 605

Capítulo 60. Amvrila 614

Capítulo 61. El rey guerrero y el monstruoso arácnido 623

Capítulo 62. La cara oculta de mi poder 625

Epílogo 1. Lo que sucedió después 640

Epílogo 2. La Gran Boda 646

Agradecimientos 653

SOBRE LA AUTORA

Alba Montero Jodra: Nació en 1996 en Valladolid, bióloga y escritora. Le apasiona la ciencia y la escritura, por ello combina la investigación con la creación de sus libros. Pero también le encanta leer, ver anime, los videojuegos y los patos. Su pato Cardan es prueba de ello y su fiel compañero. Autora de fantasía (Saga Océano, Bilogía Eternidad, Bilogía Reino de la noche eterna) y de prosa poética (Cielo Estrellado: ardiendo como las estrellas; Réquiem de Sirena: hundida sin oxígeno; Sempiterna, Mizu. Compañera de vida; Renacer: florecer entre cenizas; Galaxia de colores: mundo de luces).

Redes sociales



-Instagram: @sunriseadn

-Página de Facebook: Alba Montero Jodra

-Autora de GoodReads: Alba Montero Jodra

-Correo: sunriseadn7@gmail.com



ESCANEA ESTE CÓDIGO QR

TE LLEVARÁ A MI PÁGINA DE AUTORA DE AMAZON

Allí también tienes las sinopsis de todos mis libros publicados.

Además, puedes seguirme si quieres enterarte de los últimos lanzamientos.

Si me dejas tu reseña, podré saber qué te ha parecido y además apoyarás mi trabajo.

Tu opinión contribuye al aumento de la visibilidad de mi libro en Amazon.

Muchas gracias por tu tiempo.

TÍTULOS PUBLICADOS

Saga Océano:



Bilogía Eternidad:





Reino de la noche eterna:



Prosa poética:

